

SARA HALLEY



CHICAGO COPS

REED

*Rendición*

SARA HALLEY



CHICAGO COPS

REED

*Rendición*

SARA HALLEY

CHIGAGO COPS  
REED  
*Rendición*

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso

del autor. Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o

se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a

la historia, sin intención alguna de plagio.

Título original: Chicago Cops Reed. Rendición.

©Sara Halley, 2.018.

Diseño de portada: Mónica Gallart, Bookcoverland.

Imagen de portada: Depositphotos.

Corrección: Carol RZ

Esta novela fue autopublicada en Amazon mayo de 2.018.

Esta novela fue registrada en SafeCreative con el código 1804256732376

*El mundo está en manos de aquellos que tienen el coraje de soñar y de correr el riesgo de vivir sus*

*sueños*

*Paulo Coelho*

*El alquimista*

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Epílogo](#)

[Playlist](#)

[Agradecimientos](#)

*Tu nuevo apartamento merece una inauguración.*

Capítulo 1

—Recuérdame otra vez, ¿por qué me he dejado convencer para venir aquí?

Jenna, mi mejor amiga y la persona que de forma despiadada me arrancó esa noche de la

comodidad de mi recién descubierto sofá, me ignoraba descaradamente. Por supuesto que me había

escuchado, sería un milagro el no haberle estallado un tímpano. Ella, sin embargo, continuaba

contoneándose al ritmo de la música mientras trataba de llamar la atención de uno de los camareros

de la barra. De alguna forma se las ingenió para arrastrarme hasta un club de moda tras engañarme

con malas artes y confusos mensajes aquella misma mañana.

Bien, ¿qué más podía deducir de esas palabras?

En su momento, pensé en una tranquila cena en casa a base de comida mexicana y una

considerable cantidad de margaritas viendo alguna peli de Gerard Butler, por ejemplo. Toda una

osadía, teniendo en cuenta que era jueves y que al día siguiente nos esperaban el trabajo a mí y la

universidad a ella.

Conociéndola como lo hacía, debí suponer desde un principio que mis planes se irían al garete,

lo cual se confirmó en el instante en el que llegó a mi casa. Con su largo cabello azabache y sus

rasgos exóticos, Jen era una belleza que nunca pasaba desapercibida, sobretodo cuando le sumabas a

eso una personalidad arrolladora y una lengua afilada; para la noche eligió un vestido negro de

manga corta y con un escote generoso, le llegaba justo por encima de las rodillas y se ajustaba

perfectamente a cada una de sus curvas, lo remató con unos tacones rojos de vértigo y una cazadora

de cuero. Yo, sin embargo, dado el cansancio y la falta de sueño que arrastraba desde un par de días

atrás, sumado a mi reticencia a salir de fiesta, no había puesto tanto esmero a la hora de elegir

vestuario: mis vaqueros negros favoritos y extra ajustados, una blusa amarilla *oversize* que me

parecía bastante sugerente y que dejaba a la vista uno de mis hombros y parte de mi espalda, unos

*peep toes* negros con tachuelas y el cabello recogido en un moño desordenado, que dejaba que

algunos mechones ondulados de mi cabello castaño fluyeran alrededor de mi rostro.

Simple, cómodo y sexy, me importaba un comino lo que dijese Jen al respecto.

Seguí esperando a que ella se dignase a reconocer mi presencia y, de hecho, no tardó mucho.

Poco después se giró con una sonrisa enorme y me pasó uno de los dos *Cherry Bomb* que había

pedido. Por eso siempre era ella la encargada de pedir las bebidas cuando salíamos, no solo era más

alta, lo cual por supuesto es un factor a tener en cuenta, sino que es de ese tipo de personas a las que,

no importa la multitud que te rodea , *la ves*. Así de simple.

Di un sorbo a mi bebida sin apartar los ojos de ella, que escaneaba el local con interés fingido.

Pude ver la lucha que mantenía para evitar que sus labios se curvasen ante la frustración que, bien

sabía ella, me causaba su silencio. Al final, no pudo evitarlo y, tras soltar una pequeña carcajada,

clavó su oscura y divertida mirada en mí.

—¡Oh, vamos, Mimi! —Odiaba cuando me llamaba así y lo sabía—. Las dos necesitamos una

noche de diversión.

Iba a replicar, a decirle que para mí era más que suficiente pasar tiempo con ella sin necesidad

de salir a un club, pero sacudió sutilmente la cabeza y continuó como si me hubiese leído la mente.

»Podemos quedarnos en tu apartamento cualquier día, pero hoy quería algo diferente. Tengo las

prácticas y pronto estaré hasta arriba con los exámenes finales y tú... —me dirigió una sonrisa

maliciosa—, bueno, ya es hora de que acabes con ese período monjil que te has autoimpuesto.

—¿Monjil... yo...? —Estaba completamente indignada, más cuando usaba un corto período de

sequía para burlarse de mí—. ¡No soy ninguna monja!

—Pues deja de comportarte como si lo fueras.

Estaba hirviendo. Respiré hondo y aparté la mirada sin fijarla en ningún punto en concreto.

Sabía que detrás de sus palabras solo había buenas intenciones y una genuina preocupación por mí.

Pero al parecer no me entendía, daba igual cuantas veces hubiésemos tenido la misma conversación.

—Sabes lo mal que lo pasé después de lo de...

—El innombrable —terminó ella por mí.

—Exacto —repliqué mientras ella agarraba mi mano libre y le daba un suave apretón.

—Bueno, por un lado, hace *meses* que ese gilipollas pasó a la historia y en el fondo te hizo un

favor. —Enarqué las cejas ante los distintos conceptos que ambas teníamos de lo que era un favor; al

ver mi expresión, desestimó el tema con un bufido y un aspaviento con la mano en la que sostenía la

copa, lo que provocó que gotitas de la bebida salpicaran a dos chicos que había a su lado, quienes,

gracias a Dios, no se dieron cuenta de nada—. La cuestión es... que ya ha pasado un tiempo, no hace

falta que saltes directamente a otra relación, solo... no sé, desmelénate un poco.

Habíamos discutido esto hasta la saciedad y comenzaba a cansarme el hecho de que mi vida

sexual terminase casi siempre convirtiéndose en nuestro tema de conversación. Como si con ello

fuésemos a arreglar el mundo.

¡Bah!

—Sabes que no so...

—Sí, sí, sí. —Sacudió la cabeza con una mezcla de aburrimiento y exasperación—. Tú no eres

así, *bla, bla, bla*. ¿A quién coño le importa? Nadie va a juzgarte, Mia. Además —sonrió divertida, lo

cual no me tranquilizaba en lo más mínimo—, no me digas que ese pájaro carpintero que te quita el

sueño no ha conseguido despertar tu libido ni un poquito.

Dicho esto, giró sobre sus talones y, con un pequeño tirón a la mano que aún seguía sosteniendo,

me instó sin palabras a ponerme en movimiento. La barra no quedaba demasiado lejos de la pista de

baile, por lo que al dirigir la mirada hacia el mar de cuerpos sudorosos que se contoneaban y

rozaban entre sí al ritmo de la música, el conjunto de luces estroboscópicas que terminaban de

propiciar el ambiente perfecto en el cual desinhibirse me cegaron parcialmente.

Varios empujones, algún que otro pisotón e innumerables disculpas murmuradas después,

llegamos por fin a una zona que, teniendo en cuenta la multitud que abarrotaba el local, se encontraba

relativamente despejada. Nos dirigimos a una de las mesas altas rodeadas por

taburetes que, por

cierto, se encontraba justo en el centro y nos vimos envueltas no solo por el sonido de la música, sino

por el eco de risas y conversaciones. Aún seguía dándole vueltas al último comentario de Jen cuando

nos sentamos, otorgándole a mis pies un momentáneo y agradecido respiro. Ella daba pequeños

sorbos a su bebida mientras escaneaba el local en busca de no sé muy bien qué, bueno sí,

probablemente a la caza del ligue de la noche. Le golpeé ligeramente la espinilla con el pie para

llamar su atención, a lo que arqueó las cejas en una pregunta silenciosa.

—¿El pájaro carpintero? —pregunté, ahora ya sin tener que gritar tanto como cuando estábamos

cerca de la barra. Afortunadamente, en este lado del club mis tímpanos no estaban tratando de salir

corriendo del canal auditivo.

¿Qué hizo mi mejor amiga ante mi pregunta? Simple. Se carcajeó, así que decidí esperar a que

parase con la burla dando buena cuenta de mi bebida. Dios, estaba deliciosa. El ligero dulzor de la

bebida energética y la cereza contrarrestaban la quemazón del vodka, lo cual convertía a ese cóctel

en una auténtica bomba de relojería, pues podría emborracharme muy rápido sin apenas darme

cuenta.

—Sí, ya sabes, la taladradora —respondió con una sonrisa, haciéndome olvidar mi pequeño

enamoramiento etílico. Yo seguía sin llegar al quid de la cuestión. Puso los ojos en blanco y

prosiguió mientras yo daba otro sorbo. ¿Ves? Una bomba, pronto tendríamos que ir a por otra ronda

—. ¡Jesús, Mia! Hablo de tu vecino, ese que no para de follar como un loco haciendo temblar el

techo de tu habitación y, dicho sea de paso, quitándote el sueño.

Escupí la bebida, fallando por milímetros a dos chicos que pasaban por nuestro lado.

Afortunadamente, no pareció importarles ya que nos miraban con sendas sonrisas dibujadas en sus

apuestos rostros; para mi absoluto bochorno, quedó claro que habían escuchado lo de *follar*. Ahora

bien, no estaba muy segura de las conclusiones a las que estarían llegando y menos cuando constaté

que Jen respondía a sus sonrisas con un guiño descarado.

De alguna manera, poco más de una hora después, sorbía mi tercera bebida e íbamos alternando

a ratos entre la pista de baile y la mesa donde nos habíamos sentado en un principio. Estábamos

pasándolo muy bien. Baile, risas y buena conversación con la persona a quien, no solo consideraba

mi mejor amiga, sino mi hermana a todos los efectos. No me di cuenta de cuánto lo necesitábamos

ambas hasta ese momento. Jen no dejó pasar la oportunidad y, cuando uno de los dos chicos de antes

la invitó a bailar, no lo dudó en cuanto vio que no me importaba quedarme sola un rato. Lo cual me

llevaba a lo que ella dijo acerca de mi vecino.

Me había mudado hacía tres días a mi nuevo apartamento. Una compañera de trabajo decidió

dejar Chicago para seguir a su novio a San Diego, ya que al parecer lo habían ascendido y le

ofrecieron un puesto de mayor relevancia dentro de su empresa en dicha ciudad. Ella sabía de mi

desesperada e infructuosa búsqueda de vivienda y no dudó en ofrecerme la suya. También me

informó de que era un buen edificio y de que jamás había tenido ningún problema vecinal, y —esto

fue lo mejor— que tenía lo que quedaba de mes con el alquiler pagado. Escuchar aquello fue como

maná para mis oídos; por supuesto, quise reembolsarle el total, pero se negó en rotundo aludiendo a

que ella ya casi tenía un puesto asegurado cuando se mudase a la ciudad, por lo que no era un

problema. Además, según me comentó, el casero no se lo habría reembolsado por lo que, de

cualquier forma, lo daba por perdido.

¿En serio se podía tener más suerte?

Por fin algo bueno. Por fin volvía a encauzar mi vida.

¿Verdad?

Más o menos.

Primero tuve que hablar con Mick, mi jefe, para informarle de que probablemente hasta el

domingo no iría a trabajar. Este regentaba lo que podríamos llamar un *bar de polis*. Sí, aunque a

priori no diera esa sensación al entrar, cuando habías pasado el tiempo suficiente rodeada de ellos

aprendías a destacarlos entre una multitud sin necesidad de ver un uniforme o el destello brillante de

sus placas. Y algunos eran mi familia, literal y figuradamente. Al parecer, como no tenía suficiente

con crecer en un seno familiar con dos hombres que constantemente me sobreprotegían y que,

además, eran más bien poco tolerantes, en mi búsqueda de autosuficiencia e independencia

económica, ¿dónde terminé trabajando? Exacto. En el mismo local al que acudían no solo mi padre y

mi hermano, sino también muchos de los hombres a los que crecí amando y reconociendo como parte

de mi familia; por supuesto, con el paso de los años hubo tanto cesiones como adiciones, y rostros

curtidos y ajados por el duro trabajo y el paso de los años dejaron paso a

otros más jóvenes cuyos

semblantes mostraban la firme convicción de que, en algún momento, conseguirían hacer una

diferencia. Solo el paso del tiempo y las situaciones complicadas que vivirían durante el

cumplimiento de su deber les abrirían los ojos y por fin verían lo equivocados o acertados que

estuvieron acerca de dichas suposiciones cuando ingresaron en el cuerpo.

En cualquier caso, tenían todo mi respeto y admiración.

Mick's, en algún momento, se convirtió en el lugar al que muchos de los policías de la

comisaría del Distrito 9 acudían a relajarse después de un turno, a ahogar las penas tras un día

complicado o simplemente a divertirse. Era un muy buen sitio para pasar el rato. La cuestión es que,

a pesar de que obtuve una beca y de que mis padres jamás emitieron una queja acerca de los gastos,

ya que tenían un fondo para la universidad que crearon para Luke y para mí cuando éramos niños, yo

seguía queriendo tener cierta independencia. Quería salir del hogar familiar y conseguir mi propio

dinero, llámalo orgullo si quieres.

Era consciente de que, por aquel entonces, a mis veinte años, sin experiencia y sin haber

alcanzado la edad legal para beber, mis opciones eran, cuanto menos,

limitadas; quizás camarera en

un local de comida rápida o dependienta en alguna tienda con el salario mínimo, en pocos lugares

más me contratarían. Por eso, cuando los gruñidos e improperios por parte de mi querido padre

dieron paso a la más leve reticencia, debí sospechar que mi momento reivindicativo se había

esfumado tan rápido como el humo de un cigarro al chocar contra un muro de hormigón que, en este

caso, era la férrea voluntad de Chuck Sullivan.

Sí, conseguí un trabajo.

Sí, obtuve ese pequeño atisbo de libertad e independencia. Pero la victoria fue agridulce, pues

fue él quien me consiguió el empleo en un lugar en el que, por supuesto, podría mantener un ojo en

mí.

En un principio, dada mi inexperiencia y que por mi edad no podía tocar una sola botella de

alcohol —al menos en teoría—, solo me dediqué a la limpieza del lugar y a la cocina para después,

cuando cumplí los veintiuno, pasar a atender la barra y las mesas, pues ya sabía cómo funcionaba

todo.

A decir verdad, fue un cambio agradable, pues amaba interactuar con las personas.

Solía trabajar allí tres días a la semana, que por lo general abarcaban entre el jueves y el

sábado, aunque esto variaba en función de la disponibilidad que me dejaba mi otro empleo. Por esto,

además de por la confianza y del cariño que nos prodigábamos después de tantos años de conocernos

y trabajar juntos, Mick no puso ningún impedimento cuando le expliqué la razón por la que

necesitaba unos días.

Luego estaba mi otro empleo, mi pasión. *Second Chance* podía, como bien indicaba su nombre,

suponer una segunda oportunidad para muchos chicos a quienes, por desgracia, les habían sido

negados unos derechos que iban directamente ligados a la infancia, pero para mí era eso y mucho

más. Suponía armarlos con la confianza y el conocimiento necesarios para enfrentar el mundo,

hacerles saber que no debían conformarse jamás y que la valía de una persona no se mide en función

de sus ingresos económicos o la posición social.

La cuestión es que, tras intercambiar turnos con algunos de mis compañeros y sí, haciendo

malabares después del hueco que Rachel —la chica cuyo apartamento ocupé— había dejado en

nuestras filas, conseguí cuadrar ese tiempo libre con el que había conseguido de Mick para poder

hacer una mudanza en relativa paz, aunque sin armonía, por supuesto.  
Mudarse siempre es una locura,

no importa que casi todas tus pertenencias permanecieran embaladas en cajas  
durante semanas por

ese hilo de esperanza al que te aferrabas pensando que, con suerte,  
conseguirías salir pronto de casa

de tus padres.

Otra vez.

Tras el agotamiento físico y mental después de tantas idas y venidas para  
alcanzar mi meta,

llegó la más absoluta satisfacción por un objetivo cumplido. Satisfacción que  
resultó tener una fecha

de caducidad. Tal era mi estado de agotamiento la primera noche en casa, que  
no sé exactamente

durante cuánto tiempo se sucedieron los ruidos, pero una vez que mi  
embotado y somnoliento cerebro

los registró, no había forma, ya fuese divina o humana, de ignorarlos.

*Pum. Pum, pum. Pum.*

Quizás fuesen los años de escuchar lecciones y advertencias acerca de la  
seguridad, entradas

forzadas, autodefensa, etcétera, que mi primer instinto —y no es que me  
fuese a servir de mucho en

caso de necesidad— fue ponerme en guardia y salir de la cama de un salto.  
Después de unos

segundos y tras apartarme la enmarañada melena de la cara, fui consciente de

mi entorno: nadie había

forzado ninguna entrada por lo que podía escuchar, el lugar desconocido era en realidad mi nueva

casa y, además, todo estaba en orden.

Bueno, casi todo.

Parece ser que los vecinos del piso de arriba o bien pensaban que el de abajo, es decir el mío,

seguía desocupado por lo que no dudaban en dar rienda suelta a sus más salvajes pasiones, o

simplemente les importaba un comino tener audiencia. Poco tardé en darme cuenta de que ese rítmico

golpeteo probablemente era ocasionado por el cabecero de una cama chocando contra la pared. Pero,

y ahí fue cuando alcé una ceja mirando hacia el techo de mi habitación, ¿qué tan fuertes debían ser las

embestidas para provocar semejante estruendo? ¿Cuándo había experimentado yo tal pasión

desenfrenada?

Con una pequeña sacudida de cabeza para despejar mis pensamientos, decidí darles tiempo y ya

que estaba levantada, fui primero a tomar un vaso de agua y después al baño. Al volver unos minutos

después, la habitación estaba sumida en un glorioso silencio, de modo que volví a acurrucarme en mi

cama después de comprobar en el teléfono que eran casi las tres de la

mañana. No pasaron ni quince

minutos cuando el suave eco de gemidos y gruñidos me sacó del estado de duermevela que casi, *casi*,

había conseguido guiarme a los suaves brazos de Morfeo. Con un gruñido, maldije mi mala suerte

cuando los que comenzaron siendo suaves ruidos fueron ganando intensidad y, por supuesto, acabaron

acompañados por ese maldito y rítmico golpeteo.

Otra vez.

Aquella primera noche en la que puedo asegurar que apenas conseguí conciliar el sueño, llegué

a dos conclusiones inevitables.

La primera, y la más importante, era que la capacidad de recuperación y dedicación de ese

hombre era, cuanto menos, encomiable. Por supuesto, dicha admiración rivalizaba directamente con

mi falta de sueño, por lo que no estaba muy segura de hasta qué punto contaba.

La segunda era que en ese momento entendía por qué Rachel pasaba más de la mitad de las

noches en casa de su chico. No era de extrañar que jamás hubiese tenido problemas con los vecinos.

*Bueno* —pensé aquella noche, mientras me cubría la cara con la almohada—, *bienvenida a*

*casa.*

Fui arrancada de mis pensamientos de forma abrupta cuando Jen se dejó caer pesadamente en el

taburete frente a mí mientras sonreía como una lunática y se abanicaba la cara con la mano. Fue al

levantar la vista para preguntarle a mi amiga por esa sonrisa medio desquiciada plasmada en su cara,

cuando lo vi. Y así, con la misma rapidez con la que se chasquean los dedos, me olvidé por completo

de lo que iba a decir, de dónde me encontraba e incluso de la música y de la gente que se divertía a

mi alrededor. A pesar de que soy una romántica de manual, nunca he sido de las personas que creen

en el amor a primera vista, o en lo que comúnmente se conoce como un flechazo en el sentido más

estricto de la palabra. Sí, creo en la atracción; sí, creo en la química, pero hasta ese momento jamás

había sentido como si tiraran de mí con una cuerda invisible. No voy a adornarlo y hablar de

violines, pequeños querubines y arcoíris de colores cuando el amor surgió.

No.

Fue algo tan simple, y a la misma vez tan trascendental y carnal, como quedarme atrapada en la

mirada de un completo desconocido que no me quitaba la vista de encima mientras sorbía una

cerveza a unas mesas de distancia de donde me encontraba. Tampoco era el tipo de hombre en el que,

por lo general, me fijaría. Sí, a pesar del espacio que nos separaba, de la oscuridad y de los juegos

de luces, podía decir que era increíblemente atractivo. Con el cabello oscuro y ligeramente

ondulado, mandíbula fuerte y, por lo que podía apreciar, tenía barba de unos cuantos días. Espalda y

hombros amplios y fuertes, y estaba vestido con un jersey oscuro arremangado hasta los codos que,

junto con el pequeño cuello en pico, me permitía vislumbrar rastros de tinta; también vi lo que me

parecían ser brazaletes de cuero y una cadena adornando sus muñecas. Además, pese a que estaba

solo apenas apoyado en el taburete, podía decir sin ningún género de duda que era alto. Fuese mi tipo

de hombre o no, debía reconocer que no se trataba de alguien que pasara desapercibido.

Atractivo. Sexy. Fueron los dos primeros calificativos con los que lo identifiqué.

Peligroso, fue el tercero.

Quizás no del tipo de peligro de asesino en serie, pero desde luego sí que encajaba en el de

macarra y mujeriego, si es que el poderoso magnetismo que emanaba y que tenía erizado cada vello

de mi cuerpo era alguna indicación de ello. Perfecto para una noche de sexo loco y sudoroso, nada

más. Lástima que yo era incapaz de separar el sexo de las emociones. Sí, una

verdadera lástima. Me

di cuenta de que había estado repasándolo descaradamente... y él también. La esquina de su boca se

alzó ligeramente en una sonrisa conocedora e hizo un pequeño saludo hacia mí con la botella de

cerveza, a lo que respondí con una pequeña sonrisa sintiendo mis mejillas arder por haber sido

cazada. Esta se borró de inmediato cuando Jen, que hasta el momento había estado parlotando

acerca de Dios sabe qué, espetó llena de ira:

—¡Bastardo, hijo de puta!

## Capítulo 2

Debo explicar que Jen es lo que comúnmente se conoce como una persona de mecha corta. No se

caracteriza por su paciencia o por tener el carácter más dulce y comprensivo. Quizás no me explico

bien si lo interpretas como que es una persona fría o insustancial. En absoluto. Pero sí que se trata de

alguien que lo ha pasado realmente mal en la vida, lo que causa que le cueste abrirse a las personas y

confiar de buenas a primeras; pero si lo hace, si estás en su lado bueno, te das cuenta de que no solo

tiene un corazón enorme, sino que es leal hasta la médula y ferozmente protectora. Una mamá osa de

manual. Supongo que es por eso por lo que siempre nos hemos compenetrado

tan increíblemente

bien, las dos caras de una moneda: mientras que ella es precavida, desconfiada y a pocos les permite

entrar en su círculo, yo siempre he tratado de ver el lado bueno de las personas, confiar y esperar lo

mejor de ellas, razón por la cual me he llevado los suficientes desengaños y golpes como para toda

una vida.

Por ese motivo, cuando aquellas palabras salieron de sus labios y vi el brillo de ira en sus ojos,

no necesitaba girarme ni escanear la multitud para saber a quién se refería. Había muy pocas

personas capaces de provocar esa mirada. ¿Indiferencia? Sí. ¿Rechazo?, también. Pero ¿ira? Solo

había un hombre, al menos que yo supiera, capaz de despertar sus más bajos instintos asesinos, y lo

curioso es que el daño no se lo había hecho a ella. Al menos, no directamente.

Miré a mi amiga de forma interrogante, a esas alturas y dada nuestra estrecha unión, no

necesitaba ponerle voz a la muda pregunta que estoy segura se reflejaba en mis ojos.

—No te ha visto y, de todas formas, tampoco creo que conmigo aquí tuviese el valor suficiente

como para acercarse —terminó con un gruñido, sin apartar la mirada de él. Casi podía decir que

estaba ansiosa por lo contrario, quería que se acercase a nosotras, a mí.  
Cuando seguí observándola

sin mediar palabra, preguntándome qué quería decir la amenaza implícita en  
su anterior declaración,

hizo un gesto desdeñoso con la mano mientras daba un sorbo a su bebida—.  
¡Oh, no es nada! En

realidad, la última vez que lo vi y tuvo el descaro de preguntar por ti le  
advertí que, la próxima vez

que se acercase a menos de veinte metros, le despellejaría los huevos con  
unas pinzas.

Lo único que pude hacer ante aquella declaración que, pese a implicar  
violencia estaba hecha

con la misma naturalidad con la que charlas acerca del tiempo, fue reírme y  
debo decir que, siendo

Peter el objeto de burla, resultaba catártico. Era lo menos que se merecía  
después de la mierda por la

que me hizo pasar tras dos años de relación, o al menos, lo que yo  
consideraba como tal. He aquí una

lección que aprendí de él: si entras en una relación de pareja debes aclarar  
desde un principio,

exponiéndolo de manera que incluso un niño de cinco años lo entienda para  
no dar lugar a dudas o

malentendidos, que la monogamia no es algo unilateral, sino un requisito  
indispensable.

—¿De verdad le dijiste eso? —pregunté aún sonriendo.

—Por supuesto que sí —respondió como si hubiera hecho la pregunta más

absurda del mundo

—. Y, además, le advertí que serían pequeñas.

—¿El qué?

—Las pinzas —aclaró con paciencia, como si fuese una niña—. Le dije que lo haría con las más

pequeñas que pudiese encontrar. —Movi6 las cejas a modo de burla y, como ocurrencia de último

segundo, añadió emocionada—. ¡Oh! De hecho, podrías... no sé, muévete o algo, ponte en su línea de

visión, ¿por favor?

Me limité a sacudir la cabeza, pues poco tenía que decirle. Bueno, quizás sí había algo.

—¿Sabes?, no creo que pudiéramos alegar enajenación mental transitoria en tu defensa cuando

lo tienes todo tan bien planificado, Jen. Además, el desmembramiento puede que resulte un tanto

excesivo por una infidelidad.

Dejó el vaso en la mesa con un golpe seco y me miró con los ojos bien abiertos, casi como si

me hubiera crecido una segunda cabeza durante el transcurso de nuestra conversación.

—¿Quién coño ha dicho algo sobre desmembrar a alguien?

—Tú, por supuesto.

—No, no, no cariño —enfaticó su respuesta con una sacudida de cabeza. Y

de verdad, de

verdad que me miraba como un maestro que descubre al alumno distraído y sin enterarse de la

lección del día—. Despellejar, óyeme bien, Mia. Despellejar que, por un lado, no es tan grave y por

el otro... bueno, es menos sucio.

Pronunció la última palabra con cierta reticencia, sin querer realmente decirla. Y es que Jen era

fantástica en todos los sentidos, parte de mi familia y de hecho la amaba como a una hermana. Sin

embargo, ¿por qué cuando me quedé sin casa no acepté compartir la suya de forma temporal? Fácil.

Era una completa obsesa del orden y el control, no hasta el punto de resultar enfermizo, claro, pero

por otro lado era un hándicap importante a tener en cuenta a la hora de plantear una posible

convivencia. Añade a esa manía el tamaño ridículamente pequeño de su apartamento y mi particular

concepto del orden, y tenías la receta perfecta para el caos más absoluto. El querer y conocer tanto a

una persona implica también el ser consciente de dónde se encuentran los límites y limitaciones de

cada uno, y pese a que pasábamos tiempo continuamente la una en casa de la otra o nuestra noche de

chicas, por lo general una vez a la semana, ambas sabíamos que el compartir un mismo espacio que

además resultaba ser un poco reducido, a la larga sería un completo desastre. Por eso, teniendo en

cuenta lo meticulosa que era en lo que a la limpieza se refería, no era de extrañar que hubiera

pensado en las pinzas. Mucho menos sangriento que el desmembramiento, por supuesto, menos que

limpiar después.

Dirigí una sonrisa a mi ruborizada amiga, que en ese momento miraba hacia la pista de baile

esperando, sin duda, alguna broma por mi parte acerca de una de sus más notables manías. Pero esta

vez no la habría porque, dejando a un lado el tono liviano de la conversación, la burla a costa de mi

ex o la supuesta amenaza que Jen representaba para él, sabía que realmente quería decir lo que dijo.

No acerca de una tortura más higiénica, que también, sino de ser capaz de cualquier cosa por

defender a aquellos a los que amaba. En este caso esa persona era yo, y no podía estar más

agradecida a la vida por tener a alguien como ella a mi lado, que sin importar lo duras que fuesen sus

circunstancias —y créeme cuando te digo que las suyas fueron realmente duras y complicadas—

siempre se levantaba y seguía peleando. Apartando esos pensamientos y todo lo relacionado con

Peter al fondo de mi mente para, si me sentía con ánimos, analizarlo en otro

momento, me levanté

porque mi vejiga llevaba un rato quejándose y, sin apenas ser consciente de ello, había empezado a

retorcerme en el asiento cual niña con problemas de incontinencia.

En cuanto Jenna me vio en pie, se levantó de un salto y, con una sonrisa y un gesto de cabeza,

señaló hacia la pista de baile.

—¿Por fin te animas? —preguntó emocionada. Lo cual he de decir que me hizo sentir un poco

culpable porque me di cuenta de que no la había acompañado a bailar todo lo que ella esperaba.

Aunque seguro que su pareja masculina consiguió distraerla lo suficiente.

Negué y le expliqué que iba al baño y que cuando acabase la buscaría en la pista. En ese

momento, como si hubiese sido convocado por mis anteriores pensamientos, apareció el susodicho

espécimen masculino que, con una encantadora sonrisa y colocando la mano en la espalda baja de

Jen, la guio con facilidad hacia la barra mientras ella me guiñaba un ojo con picardía. Todo parecía

indicar que la noche acabaría muy bien para una de nosotras.

Cuando di los primeros pasos me percaté de lo ligera, por no decir inestable, que me sentía. No

más alcohol para mí, no quería acabar con la cabeza en el váter. Traté de imprimir la mayor

seguridad posible a mis pasos, la cual obviamente vaciló justo en el instante en el que pasaba cerca

de la mesa de chico malo, alias macarra sexy. No sé si fue el alcohol, algo en el suelo que me hizo

tropezar o una desafortunada combinación de ambos, pero la cuestión es que mi pie se torció en un

ángulo un tanto extraño y habría acabado con el trasero y el ego severamente doloridos de no ser por

los magníficos reflejos del hombre, que consiguió sujetarme a tiempo. Mientras que ese tipo de

tropiezos eran de lo más común —sí, eso me decía en un vano intento de consolarme—, sentí las

mejillas ardiendo al resoplar para apartar los errantes mechones de cabello que me tapaban la cara;

moví el pie en círculos aún sin alzar la cabeza para asegurarme de que no había daño alguno, y de

hecho, estaba perfecto. Fue ahí cuando al levantar la vista, recorrí el cuerpo que se paraba frente a

mí y que, de alguna forma, me había salvado la noche. Botas oscuras, piernas largas y fuertes

enfundadas en unos jeans desgastados, y ahí, sí, ahí, justo frente a mis ojos, había un torso que, pese a

estar cubierto por un jersey oscuro que se le aferraba de la más correcta y deliciosa manera posible,

estoy segura de que haría llorar de envidia a cualquier dios del Olimpo: cintura estrecha, amplio

pecho, unos aún más amplios hombros —Dios, si había algo que me encantaba en un hombre eran

unos hombros y brazos fuertes, y este desde luego no decepcionaba—. Rastros de tinta asomaban por

un lado de su cuello, intrincados trazos y espirales oscuras se burlaban de mí, por lo que acerté la

distancia y me pegué a él. Por supuesto, este acercamiento fue con fines puramente profesionales y

objetivos pues valoraba el arte en cualquiera de sus formas, ya fuese en un libro, una pared, un lienzo

o... ¡qué digo! Sí, es cierto que me acerqué en un intento de ver mejor el dibujo, sin embargo, fue su

delicioso aroma el que me atrapó, el que me atrajo de tal forma que terminamos rozándonos en todos

los lugares correctos —o incorrectos, según el punto de vista desde el que lo mires—; tan cerca

estábamos que sentí su pecho subir y bajar de forma acelerada, y al alzar la vista descubrí que... se

estaba riendo.

De mí.

¡Oh, por Dios! Seguramente pensaba que era una lunática. ¿Lo había olisqueado? Estaba casi

segura de que no, pero claro, tampoco fui consciente de estar dibujando círculos en esos fuertes

antebrazos a los que aún me aferraba como si me fuese la vida en ello.

—¿Estás bien? —Sin importar la música o el barullo que nos rodeaba, su voz fue fuerte y clara

mientras bajaba la vista hacia mí con sus labios apenas curvados.

—Ehh... —Como si me hubiese quemado su simple contacto, me solté de él y di un pequeño

paso atrás poniendo entre nosotros una ínfima, aunque necesaria, distancia—. Sí, muchas gracias, me

has salvado de una buena caída.

Incluso con tacones, era bastante más alto que yo. Mi frente quedaba apenas al nivel de su

barbilla por lo que quizás estuviera en un metro ochenta y cinco o metro noventa de altura. Dado su

aspecto, puede que resultase intimidante, sin embargo, algo en este hombre me atraía como la luz a

una polilla. No sabía si era el alcohol que corría por mis venas lo que tenía mi sangre burbujeando, o

tal vez fuese su impresionante físico, el cabello deliciosamente revuelto que tenía a mis manos

cerradas en puños por el abrumador deseo de pasar mis dedos por él y echarlo hacia atrás, el

hoyuelo en la barbilla que quería lamer...

¡Jesús! Jen tenía razón, ese autoimpuesto periodo de sequía tenía que acabar de una vez.

—No te preocupes, es más normal de lo que crees. —Sí, seguro que muchas se quedaban

embelesadas mirándolo. Después se acercó más, con esos deliciosos labios que casi rozaban mi

oreja, provocándome escalofríos mientras nuestras mejillas se tocaban—. Además, nadie se ha dado

cuenta —terminó a modo de confidencia.

—Tú sí —respondí encogiéndome de hombros, a lo que le siguió el más leve indicio de sonrisa

mientras me miraba con intensidad a los ojos.

—Afortunadamente, sí.

Estaba sonriéndole como una boba, de nuevo consciente de mi urgencia por ir al baño, y a punto

de excusarme, cuando sentí que una mano errante y no deseada me agarraba por la cintura

provocando que me tensara de forma instantánea.

—Mia.

Mi nombre, una sola palabra, pero que saliendo de los labios equivocados consiguió borrar de

un plumazo las buenas sensaciones vividas solo unos segundos antes. Aunque cada músculo de mi

cuerpo estaba tenso, intenté evitar que la rabia y la repulsión se mostrasen en mi rostro mientras veía

cómo la postura del atractivo hombre frente a mí cambiaba en un abrir y cerrar de ojos, pasando del

dulce coqueteo a algo más agresivo. Adiós a la sensual sonrisa de la que fui receptora momentos

antes; ahora, sin embargo, observé cómo apretaba la mandíbula mientras sus ojos se posaban primero

en la mano que agarraba sin permiso mi cintura, para luego apenas pasar por la cara de su

propietario y terminar escaneándome a mí, buscando quizás la conformidad con dicho gesto.

Oh, poco sabía él que de ninguna maldita manera aceptaría cualquier cosa que viniera del

hombre a mi espalda. Furiosa, aparté su mano de mi cintura y me giré invirtiendo los papeles y

dejando a... cual fuese su nombre a mi espalda, para así encarar a la pobre excusa de hombre que era

Peter.

—¡No te atrevas a tocarme otra vez! —espeté y, pese a que no nos conocíamos más allá de un

intenso cruce de miradas y unas pocas palabras intercambiadas, sentí al macarra sexy tensarse tras de

mí. Como tantas veces suele ocurrir, las apariencias engañan y con sus tatuajes y aura peligrosa

incluida, ese hombre parecía dispuesto a defender a una mujer desconocida a la más mínima señal de

tensión.

—Mimi, cariño, déjam...

—¡No me llames así y no te dejes... nada! —grité sin dar crédito a su descaro. Alzó las cejas,

sorprendido por mi tono ya que no era algo que soliera hacer. Yo era Mia, siempre tranquila,

comprensiva, la voz de la razón. Lo miré de verdad por primera vez en tres meses, porque la última

vez que lo vi él no fue consciente de ello, estaba distraído. Sí, ocupado metiéndole la lengua hasta la

campanilla a otra mujer. Sin importar las rencillas entre nosotros o la forma en la que acabó nuestra

relación, para ser honesta, he de admitir que era un hombre muy atractivo, nada que ver con la

belleza salvaje a mis espaldas. No, la suya era menos agresiva, más suave, por decirlo de alguna

manera. Más alto que yo, Peter era un joven abogado de veintinueve años con un cuerpo atlético que

se ocupaba de cuidar a base de dieta equilibrada y carreras matutinas. Su corto cabello castaño

estaba algo más largo de a lo que me tenía acostumbrada, los ojos de color avellana, en los que

tantas mañanas y noches me había perdido, me miraban en ese momento con súplica y no había ni

rastro de esa sonrisa fácil que encandilaba a hombres y mujeres por igual.

Me arrepentí de mi estallido, sin importar lo justificado que estuviera, solo por el amor que una

vez le profesé y por el respeto que yo sí le tenía al tiempo que habíamos compartido juntos. Una pena

que dicho respeto no fuese mutuo. Con un suspiro cansado, me froté la frente

y le hablé, esta vez más

calmada:

—Mira, Peter, de verdad que no quiero discutir contigo.

—Te aseguro que tampoco es eso lo que yo buscaba —replicó con voz moderada—, lo único

que quiero es que hablemos. A solas. —Hizo especial hincapié en esto último, mirando por encima

de mi cabeza. Había tantas cosas equivocadas en esa petición que no sabía ni por dónde empezar a

explicarle el porqué de mi negativa y, la verdad, tampoco quería ser una partícipe indirecta de un

curso de meadas entre mi exnovio y un desconocido que me usarían como excusa solo para

engordar sus respectivos egos. De modo que hice lo más lógico: huir de la confrontación. O, al

menos, intentarlo.

—Peter, sinceramente —di una pequeña sacudida con la cabeza—, no tengo nada que hablar

contigo. Ya está todo terminado, se acabó, así que sé feliz. Ahora, si me disculpas, tengo que ir al

baño.

Abrió la boca para responder, pero no le di tiempo. No me interesaba nada de lo que quisiera

decirme. Giré dándole la espalda, apoyé las manos en el pecho de este misterioso hombre que hasta

el momento había permanecido en silencio y me puse de puntillas para poder hablarle al oído sin que

Peter escuchase lo que tenía que decir. Él agachó la cabeza facilitándome la tarea y me rodeó la

cintura con uno de sus fuertes brazos.

Oh, por Dios, qué bien olía.

—Gracias por no dejarme sola —asintió y le besé en la mandíbula, demorándome un poco más

de lo necesario y saboreando la sensación del ligero rastrojo de barba que la cubría—. Me llamo

Mia, por cierto.

Más que verla, sentí su sonrisa cuando rozó nuestras mejillas.

—Ethan —retumbó su profunda voz en mi oído. Ethan. Me gustaba el nombre. Y la voz. Y el

olor, y...

—¿Estás con este tipo? ¿Es una broma? —Por supuesto que Peter no se había ido, ¿cómo iba yo

a ser tan afortunada?

Las preguntas fueron hechas con una mezcla de incredulidad, repugnancia e ira a partes iguales,

y no le encontraba sentido a ninguno de esos sentimientos. ¿Tan difícil era creer que hubiera rehecho

mi vida? O, quizás, para él lo difícil era pensar que semejante maravilla se hubiera fijado en mí; no

lo sabía y tampoco me importaba. Ira, ¿por qué exactamente? Habían pasado tres meses desde la

última vez que lo vi y siete desde que rompimos, lo cual fue su culpa. Aquí no había medias tintas ni

responsabilidad compartida, no. Yo fui la engañada, la humillada y la persona a la que desecharon

sin miramiento alguno, así que no había cabida para reclamaciones de ningún tipo y menos en lo

concerniente a mi vida sexual o sentimental. No es que la tuviera, pero eso él no lo sabía.

Cansada y avergonzada, dejé caer la cabeza y di unos golpecitos con mi frente en el fuerte

hombro de Ethan, pensando en la manera de mandar a Peter a la mierda de la forma más educada

posible sin ponerme en evidencia. Giré la cabeza para poder verlo de reojo, ya que Ethan aún me

mantenía sujeta por la cintura.

—Mira, no tengo que dart...

—¿Cuál cojones es tu problema, imbécil? —Y hasta ahí llegó la diplomacia. Parecía que Ethan

no se andaba con medias tintas, sino que iba directo al punto que, en este caso y basándome en su

brusca pregunta, supuse que era deshacerse de Peter lo antes posible—. Ya te ha dicho que no tiene

nada de lo que hablar contigo, así que lárgate de una jodida vez.

—No estoy hablando contigo, de manera que ya puedes volver al asqueroso agujero del que

hayas salido —espetó Peter con asco, y... lo odié. De verdad, de verdad que lo odié y este

sentimiento no era nada comparado con lo que me provocó su traición. No, este era más potente, más

ardiente e hizo rugir a la vida la sangre que corría por mis venas. Había golpeado demasiado cerca

de casa porque esa forma de juzgar, denigrar o menospreciar a una persona por su aspecto o por el

lugar del que procedía, era algo que vivía casi a diario, quizás no directamente, pero no por eso

dolía menos—. ¿Mia? ¿Piensas responderme?

El agarre de Ethan en mi cintura se apretó ante las bruscas preguntas y, oh Jesús, necesitaba ir al

baño urgentemente o sin duda viviría uno de los momentos más vergonzosos de mi vida. Amagó para

avanzar en la dirección de Peter, con mis pies apenas tocando el suelo; si seguía con ese agarre en mi

cintura provocando que mi vientre se presionase contra su delantera, no podría aguantar mucho más.

Planté con más fuerza las palmas de mis manos sobre su pecho para distraerlo y que se borrara ese

feroz gesto de su cara.

—Vuelve a hablarle así, pedazo de mierda, y tenemos un problema.

—Seguro que sí, campeón —se burló Peter—. Tócame y veremos quién termina hasta el cuello

de problemas.

—¡Basta ya! ¡Los dos! —grité a Peter. Luego suavicé mi voz y toqué la mejilla de Ethan para

conseguir que me mirase. No lo conocía, pero no quería que se metiera en problemas por mi culpa—.

¿Por favor? —Clavó sus ojos en los míos, como buscando algo y asintió tras unos segundos que se

me hicieron eternos, a lo que yo sonreí agradecida, para después borrar dicha sonrisa y volver al

asunto que nos atañía en el momento—. Siete meses, Peter —espeté—, siete meses hace que no

estamos juntos, así que lárgate porque no tengo que darte ninguna explicación de lo que hago o dejo

de hacer con mi vida. Vuelve con Wanda o... —Lo despedí con un gesto de la mano, mirando de

nuevo hacia Ethan—. Con quien quiera que hayas metido ahora en tu cama.

Ethan me observaba con una sonrisa ladeada, y no estaba muy segura de por qué, pues

probablemente en vista de la conversación entre Peter y yo ya había sido capaz de discernir parte del

problema. Una perfecta primera impresión, claro que sí. Primero casi me caigo de bruces en un local

abarroto y luego el drama con un exnovio. Esperaba... no, deseaba que Peter lo dejase estar y

decidiera largarse, no solo por la cada vez más acuciante necesidad de ir al baño, sino porque quería

saber más acerca de este hombre que me salvó la noche en más formas de las que él era consciente.

Aflojó un poco su agarre en mi cintura, aliviando así parte de la presión en mi vientre, lo cual le ganó

un agradecido suspiro de mi parte. Colocó una de sus grandes manos en mi nuca con un agarre que,

pese a parecer posesivo, me resultó de lo más tierno, mientras dirigía una canalla y triunfante sonrisa

por encima de mi cabeza, a Peter estoy segura; su pulgar acarició mi mejilla y me miró justo antes de

que su boca descendiera sobre la mía. En cuanto nuestros labios se tocaron, dejé escapar un ruidito

más por sorpresa que por protesta; no era un beso tentativo, no pidió permiso de ninguna manera y

tampoco lo necesitó. No, este era un beso que irradiaba calor, que hablaba de deseo y atracción; dos

cuerpos y dos lenguas que hasta esa noche eran completos desconocidos, enlazándose, tocándose y

sintiéndose como si finalmente estuvieran en el lugar que les correspondía. No me importó que fuese

él quien llevara la batuta, me dejé guiar sin importarme nada de lo que había a mi alrededor, le rodeé

el cuello con los brazos y por fin, acaricié ese cabello que me moría por tocar desde que lo vi y que

resultó ser tan sedoso y grueso como aparentaba. Le di la bienvenida a su invasión y dejé que

nuestras lenguas se enredaran, que danzaran juntas de una manera tan perfecta que parecía haber sido

practicada miles de veces antes; notaba la presión de su mano en mi nuca como si estuviese tratando

de impedir mi huida y poco sabía él que esa estaba muy lejos de ser mi intención. Con un ligero

apretón de su mano, sentí cómo giraba mi cabeza para obtener un mejor ángulo y así profundizar aún

más el beso. No puedo empezar a explicar la miríada de sensaciones en las que estaba envuelta en

ese momento porque, durante los segundos o minutos que duró nuestro intercambio, solo era

consciente de él. Del firme y fuerte cuerpo que prácticamente me tenía envuelta, del brazo que

rodeaba mi cintura y que me mantenía presionada contra él, de la mano que permanecía en mi nuca y

del pulgar que acariciaba mi mejilla. Envuelta en su calor, en su olor y en sus fuertes y firmes brazos

me sentía flotar, por eso me embargó la decepción cuando, tras unos instantes en los que mi

excitación creció de manera exponencial, mordisqueando mi labio inferior finalmente puso fin a

nuestro beso, arrancándome un gemido de protesta mientras apoyaba su frente contra la mía y ambos

tratábamos de regular nuestras agitadas respiraciones.

Aparte de la decepción, lo único que había en mi mente en ese momento era la firme convicción

de que acababa de recibir el mejor primer beso de toda mi vida.

—Se ha ido. —La declaración, hecha en un tono moderado, me sentó tan bien como un puñetazo

en el estómago.

Desenredé los brazos de su cuello y, con un paso atrás, puse una necesaria distancia entre

nosotros, mientras le miraba con el ceño fruncido.

—¿Por eso me has besado? ¿Para echarle?

—No, lo he hecho porque me apetecía. Porque quería hacerlo desde que te vi allí sentada —

declaró con seguridad, señalando con la cabeza hacia el lugar del que había venido—. Si además ha

servido para darle en las narices a ese pedazo de mierda, bueno... es un ganar-ganar, ¿no?

No, para mí no lo era.

—Eh, gracias... supongo.

¿Qué más podía decir? No quería que pensamientos acerca de mi ex eclipsaran el magnífico

momento que acababa de vivir, sin embargo, ciertas necesidades fisiológicas debían ser atendidas

urgentemente.

—Tengo que ir al baño. —Señalé con el pulgar hacia el pasillo donde se encontraban los aseos.

Me sentí ridícula al decirlo, pero asintió y sonreí antes de girarme y echar a andar. Después me paré

abruptamente y me giré de nuevo para preguntarle—. ¿Estarás aquí cuando vuelva?

—No te quepa la menor duda de que estaré esperándote.

La mirada que me dedicó implicaba promesas que inmediatamente tuvieron a mi cuerpo

vibrando con anticipación. Yo no era así. No me besaba y toqueteaba con perfectos desconocidos en

mitad de un club abarrotado. Sin embargo, no me arrepentía de lo que había pasado con él.

En absoluto.

Con rapidez me dirigí hacia los baños y, una vez atendidas mis necesidades y comprobado mi

aspecto en el espejo, me dirigí otra vez hacia Ethan quien, como había prometido, permanecía en el

mismo lugar. Recordé que Jen esperaba que me reuniese con ella en la pista de baile, por lo que le

hice un gesto con la mano a este para que esperase un momento mientras yo la buscaba, pero me

quedé de piedra cuando la divisé en el espacio entre la pista y la barra porque no estaba sola, no. El

chico con el que estuvo coqueteando se encontraba detrás de ella con cara de circunstancias,

mientras mi amiga discutía acaloradamente con Peter. Por supuesto que la noche tenía que acabar así.

¡Maldita sea!

Aceleré mis pasos hasta llegar a su altura. No entendía nada de lo que mi mejor amiga le decía a

Peter, pero, conociéndola, seguro que lo estaría ilustrando con algunos de los más coloridos epítetos

de su repertorio. Me interpuse entre ellos poniendo fin a la discusión y le ordené a Peter que se

largase de allí de una vez por todas, a lo que él me respondió con brusquedad, primero alegando que

no fue él quien inició la discusión y por último mandándonos a la mierda a mí y a mi rottweiler.

Sus palabras, no las mías.

Emocional y físicamente cansada, decidí ignorarlo y dar por terminada la noche. Si Ethan seguía

interesado en conocerme podríamos intercambiar los números de teléfono y tal vez, con suerte,

quedar algún día próximo para tomar algo. Una pena, la verdad, pero en ese momento no estaba de

ánimos para nada más y prefería evitar más encontronazos no deseados. Jen inmediatamente estuvo

de acuerdo cuando le hablé de marcharnos a casa. Curioso que aceptase con tanta facilidad, algo a lo

que, por supuesto, tendría que responder más tarde.

Aunque una parte de mí no se sorprendió, no pude evitar que la decepción me inundase al no ser

capaz de encontrar a Ethan. Estaba segura de que fue testigo, otra vez, del desagradable intercambio

entre Peter, Jen y yo y decidió evitar más drama por esa noche. Después de todo, ¿quién se complica

tanto por un revolcón? No hacía falta ser un genio para saber que eso era lo que quería de mí, más

aún después del apasionado beso que nos dimos.

Llámame ingenua, pero nunca sentí una conexión instantánea tan potente como me había ocurrido

con él.

Sin conocerlo, sin saber absolutamente nada de él, sentí más. Experimenté más.

Con esos deprimentes pensamientos, abandonamos el local y tomamos un taxi para dirigirnos a

mi nueva casa.

Solas.

### Capítulo 3

Mi nuevo apartamento estaba situado en la segunda planta de un pequeño edificio en West Hoyne

Avenue, cerca de Wicker Park. Era una buena zona para vivir, algo más tranquila que el bullicio del

centro de la ciudad al que me acostumbré en los últimos tiempos cuando Peter y yo compartíamos

piso.

Antes de salir, cuando Jen se presentó en mi casa dejó una bolsa con todo lo necesario para

pasar la noche y tener otra muda para el día siguiente, lo cual tenía su lógica ya que era mi

apartamento el que se suponía que estábamos inaugurando. El viaje en taxi no duró más de quince

minutos, pero se me hicieron eternos mientras ella no paraba de gruñir y despotricar acerca de Peter,

lo que le había dicho a Peter, lo que le faltó por decirle a causa de mi interrupción, etcétera, etcétera.

Cuando llegamos a casa, se dirigió con paso tambaleante hacia el sofá color crema, donde se dejó

caer como si fuera un saco de piedras para poder continuar con su perorata. La ignoré, pues estaba en

modo bucle y sabía que nada la podría sacar de ahí; eché un vistazo a la estancia sintiéndome cálida

y orgullosa porque ya iba tomando forma después de una mano de pintura, aunque aún faltaban

algunos toques aquí y allá. Había fotografías, libros y más cosas por colocar para terminar de

llamarlo hogar, pero seguían guardadas en cajas, así que tendrían que esperar a que durante el fin de

semana tuviese tiempo de desembalar.

No sabía cuánto más bebió Jen durante el tiempo en el que estuvimos separadas, pero,

dejándola por imposible con su ebrio y enojado monólogo, pasé de largo la cocina y me dirigí hacia

el pasillo ubicado a mano derecha que conducía a mi dormitorio y al baño. Solo quería

desmaquillarme, ponerme el pijama y dejar atrás esa desastrosa noche.

La puerta de la derecha era el baño, que fue donde hice mi primera parada. Me paré delante del

lavabo y miré fijamente mi reflejo en el espejo mientras pasaba los dedos por mis labios recordando

el maravilloso beso con Ethan. Estaba claro que pese a la conexión que sentí, no era para mí, al

menos no esa noche, no en ese momento de mi vida. Creía en el destino y, si este quería que nos

volviésemos a encontrar, seguro que habría otro lugar para poder conocernos, otra noche, otro día.

Con ese pensamiento, me dispuse a desnudarme para tomar una relajante ducha, cuando algo que

escuché hizo que me parase en seco y volviera sobre mis pasos al salón para estar segura de haber

entendido bien.

—¿Qué pasa con Luke? —pregunté a Jen con el ceño fruncido. Estaba despatarrada en el sofá

en una postura muy poco femenina, pero a esas horas y tras la considerable ingesta de alcohol, no

íbamos a ponernos quisquillosas. Ella se sobresaltó ante mi pregunta, y supuse que, al haber

descartado los zapatos en algún punto del camino, no me escuchó acercarme a ella.

—¿Eh?

—Te pregunto que qué ocurre con Luke —repetí.

—¡Oh, nada! —Desestimó el tema cerrando los ojos de nuevo y con un movimiento de su mano

—. Solo decía que, bueno, ese cretino de mierda puede dar gracias por haberse topado conmigo.

Maldita sea, no podía estar diciendo lo que yo estaba interpretando.

—¿Por qué dirías eso? —Mi voz salió como un chirrido. No sabía ni para qué preguntar lo

obvio.

—Eh, eh, ¡cálmate! —Entreabrió un ojo—. Cuando dije cretino, me refería a...

—Ya sé que te referías a Peter.

—...Peter —continuó como si yo no hubiese hablado—, no es que Luke a veces no se comporte

como un cretino también.

—Jen.

—Pero solo es así— *hip*— conmigo. ¿Te habías fijado — *hip*— en eso, Mia?

Estaba divagando y la conversación no llegaba a ningún sitio, al menos, a ninguno que me

sirviera de algo.

—Jen, céntrate, por favor.

—¿Qué hay de — *hip*—malo— *hip*— en mí?

La pregunta fue hecha con tanta inocencia, que por un momento dejé de ver a mi amiga, una

mujer fuerte, segura y divertida, y volví atrás en el tiempo, a cuando éramos niñas y tantas veces

había formulado esa misma pregunta, aunque en referencia a sus padres. Me senté junto a ella y

coloqué su cabeza en mi regazo mientras le pasaba los dedos por el cabello.

—No hay nada malo en ti, cariño —respondí con dulzura—, ya sabes que Luke es... bueno, es

Luke. Es mi hermano y lo quiero, pero puede ser un verdadero dolor en el trasero, se parece

demasiado a mi padre. —Reflexioné, lo cual era cierto. Más de lo que él jamás admitiría—. Si a mí

me vuelve loca la mayor parte del tiempo, entiendo que ocurra lo mismo contigo. Ya sabes lo

sobrepotección que puede ser y tú eres de la familia, eres como su otra hermana pequeña.

Con esto último me gané un gruñido por parte de Jen, que se levantó como un resorte casi

golpeándome la barbilla con su cabeza en el proceso y se giró para encararme.

—¡No es lo mismo! —espetó.

—Jen. —Me armé de paciencia. De verdad que estaba muy cansada y además

no me había

olvidado del tema que me hizo volver desde el baño—. Sabes que eres tan parte de mi familia como

se puede ser, con o sin vínculo sanguíneo de por medio y Luke...

—No lo entiendes — *hip*— Mia, no es — *hip*— lo mismo.

Bien, ahora era Mia, no Mimi —gracias a Dios—. Era complicado tomarla en serio cuando los

hipidos la interrumpían continuamente y tenía todo el maquillaje emborronado por haberse pasado la

mano por los ojos.

—No, no lo entiendo y —levanté la mano indicándole que no había terminado cuando vi que

tenía intención de hablar—, si quieres podemos analizar las causas de esa animadversión de la que

hablas en otro momento. Ahora, ¿por qué es un problema que Luke y Peter se encuentren?

Abrió la boca y, con las mismas, la volvió a cerrar y apartó la mirada. No necesitaba más

respuesta que esa.

—¡Jesús! Jen, te pedí que no le dijeras nada acerca de lo que pasó.

—¡Tenían que saberlo! —protestó indignada—. No entiendo qué ganas ocultárselo, son tu

familia y él es un pedazo de mierda que necesita que lo pongan en su lugar. O una castración —

reflexionó en voz alta mirando a la nada—, física por supuesto, la química es temporal, no sería

suficiente.

Sabía que eran solo ideas, un poco sádicas, sí, pero al fin y al cabo no dañaban a nadie.

Entonces, algo de lo que dijo me golpeó.

—¿Tenían? —inquirí con cautela—. ¿Quiénes tenían que saberlo Jen? ¿A quién más se lo

dijiste?

—¡A nadie! —respondió con rapidez—. Pero bueno, ya sabes cómo es esto, la familia y todo

eso. Quererse, compartir, en lo bueno y en lo malo, hasta...

—Esos son los votos matrimoniales —repliqué furiosa.

—Sí, bueno, al final todo termina en familia.

—Jenna...

—Lucas se lo dijo a Chuck.

Oh, por el amor de todo lo sagrado.

Me levanté del sofá y me dirigí de nuevo al baño a por esa muy necesaria y necesitada ducha, no

quería que me dijese nada más.

—Mia...

—Jen, en serio... —Me detuve y suspiré derrotada sin girarme—. Voy a darme una ducha y

después te toca a ti. No te vas a meter en mi cama llena de maquillaje y oliendo a destilería.

Hice una mueca y seguí mi camino. Sabía que quizás no se merecía esas palabras, pero me dolió

que no fuese capaz de guardarse lo ocurrido con Peter. Al fin y al cabo, era mi vida, mi relación, mío

para contar o preservar, sin importar lo buenas que fuesen las intenciones que había detrás de su

indiscreción, seguía estando mal.

Una vez duchada, envolví mi cuerpo en una mullida toalla y fui a mi dormitorio. Mientras me

ponía el pijama pude escuchar a Jen cerrar la puerta del baño para tomar su turno; estaba casi segura

de que, para esas alturas y dada la ingesta de alcohol, ya estaría dormida en el sofá y tendría que ir a

despertarla, así que para ser sincera, me alegraba escuchar que nuestra anterior conversación la

había despejado lo suficiente como para que lo hiciera por sí sola. Llevaba alrededor de diez

minutos acostada de lado en mi cama, mirando por la ventana cómo la suave brisa otoñal de finales

de septiembre mecía las ramas de un árbol y sin pensar en nada, cuando ella entró en silencio a la

habitación y se metió en la cama junto a mí. Durante unos minutos permanecimos sin decir nada cada

una sumida en su propio mundo, hasta que después de lanzar un suspiro

derrotado, la sentí moverse

cambiando de postura antes de hablar.

—Lo siento, Mia. —Percibí la sinceridad en sus palabras; ella no era de las que se disculpaban

para hacerte sentir mejor, pero aun así permanecí en la misma posición sin girarme para enfrentarla

—. Sé que solo querías dejarlo pasar y evitar más drama alrededor de toda esa mierda, pero no pude

evitar contárselo a Luke.

—Sabías que mi hermano siempre lo odió, Jen —repliqué—, y esta ciudad es lo suficientemente

grande como para que no se encuentren en toda una vida, pero si eso pasa, quería evitar un

espectáculo. Ya es agua pasada, se acabó lo que sea que había entre nosotros.

Tal vez hablar de odio era algo extremista, pero sí es cierto que Peter nunca fue del agrado de

mi hermano y lo mismo valía para mi padre.

*No es claro, decían. El típico niño mimado acostumbrado a salirse con la suya sin esforzarse*

*siquiera.*

Quizás llevaban razón y solo me dejé cegar por su encanto y mis sentimientos por él. La

cuestión era que no les había ocultado las razones de nuestra ruptura por no querer reconocer que

ellos estaban en lo cierto, sino porque los conocía, sabía que recibirían el golpe peor que si lo

hubieran sufrido ellos directamente y que buscarían una forma de resarcirse.

—Lo sé y lo siento, de verdad. —Se aclaró la garganta antes de continuar—. Entiendo que no

hay excusa, pero ya está hecho y no quiero irme a dormir sabiendo que estás enfadada conmigo.

Reí. No pude evitarlo.

Con esas palabras me ganó y ella lo sabía. Una de las cosas que mi madre siempre nos decía era

que nunca había que irse a la cama sin haber arreglado antes lo que fuera que nos molestase. Claro

que ella se refería más bien a disputas conyugales, pero supongo que esto podía aplicarse a cualquier

ámbito de nuestra vida, al menos, yo lo hacía así. Siempre intentaba desenredar lo que me tuviese

preocupada o molesta, incluso sabiendo que después de hablar no podría conciliar el sueño, trataba

al menos de no irme a dormir estando enfadada. Esta mujer que era parte de mi familia y que además

de conocerme había escuchado esos consejos casi tantas veces como yo, sabía muy bien no solo

cómo funcionaba mi mente, sino la manera de ablandarme.

—Eso no es justo y lo sabes, Jen. —Exhaló al percibir la sonrisa en mi voz cuando me giré para

quedar cara a cara.

—Sí, bueno, lo hago lo mejor que puedo. —Rio. Parecía que la ducha la había despejado lo

suficiente como para mantener una conversación medio decente. Y sin hipidos. Alargó la mano

buscando la mía y se la cogí, dándole un pequeño apretón para hacerle saber que estaba bien.

Estábamos bien.

»¿Sabes? —continuó—. En el fondo me alegro de que todo terminase con ese pedazo de mierda

como lo hizo. —Fruncí el ceño. No era ningún secreto que ella y Peter no se admiraban, pero era otra

cuestión completamente distinta alegrarse de que todo acabase de ese modo. Como si me hubiera

leído el pensamiento, se apresuró a explicarse—. No de que te engañase, eso fue bajo incluso para

él. Lo que quiero decir es que, si la ruptura hubiera sido por pequeñas desavenencias o discusiones,

eso es algo que podríais arreglar en un momento dado y volver a intentarlo; de la otra forma,

bueno... no había vuelta atrás.

Me consideraba una persona tolerante, quizás demasiado algunas veces, pero la mentira era algo

que no dejaba pasar jamás. Pudo ser la forma en que nuestros padres nos educaron o el tener como

ejemplo a un hermano nueve años mayor que yo que siempre enfrentaba lo que fuera que se le pusiera

en el camino, la cuestión es que trazaba mi línea de tolerancia en ese punto.

—Sé lo que quieres decir.

—Además —suspiró de forma dramática—, ¿te imaginas el desastre si te hubieras casado con

él?

—¿Qué quieres decir?

—Mia Wachowsky —respondió con voz grave—. ¿En serio? No sé si podría salir por ahí

contigo llamándote así, nena.

Dejé escapar un sonido, a medias bufido y a medias carcajada. Sí, Peter se apellidaba

Wachowsky y, por alguna razón, a Jen esto le resultaba hilarante. No solo le ocurría a ella ya que mi

padre una vez que se dio cuenta de que la relación iba en serio, en más de una ocasión y con todo el

tacto que era capaz de reunir —es decir, ninguno en absoluto—, me preguntó que si llegábamos al

altar, Dios no lo quisiera, pensaba adoptar su apellido. Creo que era algo que le robó muchos

momentos de tranquilidad, pues en algunas barbacoas o reuniones familiares lo sorprendí mirándonos

con ojos entrecerrados y murmurando: *Wachowsky... Mia Wachowsky*, como si se estuviera

preparando para ello y, si la sacudida de cabeza que iba después de dichas murmuraciones era una

indicación de cómo se sentía, podía asegurar sin miedo a equivocarme que no le gustaba en absoluto

cómo sonaba. En resumidas cuentas, no le gustaba Peter. Punto.

—Sabes que habrías seguido queriéndome igual, muñeca. —Reí por su comentario.

—Sí, pero se me erizaba la piel con solo pensar en pequeños Wachowskys corriendo a mi

alrededor y llamándome tía Jen. —Se estremeció como si el simple pensamiento le pusiera realmente

el vello de punta, lo que nos hizo reír más.

—Los habrías querido igual.

—Sí, tanto como si fuesen míos, lo sabes. Solo... no sé, supongo que trataría de no pensar que

provenían de esa pobre excusa de hombre. —Sentí cómo se ponía seria de nuevo y me daba un

pequeño apretón en la mano—. ¿Estamos bien, hermana?

—Estamos más que bien, muñeca —respondí tranquilizándola—. Ahora duérmete y trata de

descansar, porque apuesto a que mañana vas a tener una resaca asesina.

Una Jen sobria era malhablada, una Jen con algunas copas encima era peor que un marinero

recibiendo whisky directamente en vena —de hecho, esa noche la vi tan animada que ni una vez la

corregí acerca de su lenguaje—, pero ¿una Jen con resaca? Oh, créeme cuando te digo que no

querrías estar cerca de ella en esos momentos.

—Buenas noches, Mia. Te quiero.

—Yo también te quiero, Jen —respondí.

Con todo aclarado entre nosotras, dejé mi mente vagar mientras escuchaba su respiración

ralentizarse hasta alcanzar un ritmo tranquilo y constante que indicaba que finalmente se había dejado

arrastrar por Morfeo al mundo de los sueños. Era curioso que nadie en mi familia hubiese

mencionado hasta el momento lo sucedido con mi relación, así que decidí que al día siguiente haría

una valoración de daños. Sin embargo, mis últimos pensamientos vagaron hacia el hombre alto,

fuerte y tatuado que me había dado el mejor y más ardiente primer beso de mi vida y a quien, por

desgracia, le había perdido la pista mucho antes de incluso saber por dónde empezar a buscar. Con

una respiración profunda, cerré los ojos, me lamenté por no haber conseguido algún otro dato que me

podiera ayudar a encontrarlo y me dejé arrastrar por el sueño que tan desesperadamente necesitaba

recuperar.

—¡Hijo de puta!

Ese insulto medio murmurado, junto con un codazo en las costillas me sacó del profundo estado

de sueño en el que me encontraba sumida. No sé cuántas maldiciones o furiosos susurros precedieron

a ese momento, pero lo que estaba claro es que no cesaron hasta que estuve bien despierta y alerta.

—¡Le voy a destrozar los huevos con un cascanueces!

—¿Uh? —pregunté aún tratando de orientarme, aunque algo más lúcida.

—¿Son ellos? —No esperó a que le respondiera antes de continuar—. No me extraña que

apenas hayas podido dormir estas noches atrás.

Esto último fue lo que me hizo parpadear en la oscuridad y tratar de entender a qué se refería

Jen, pues estaba más que perdida. En el segundo en el que conseguí despejarme un poco, supe de lo

que hablaba mi amiga porque los golpes y gemidos dejaban poco margen de error. En serio, ¿cómo

de delgados eran los tabiques y entresuelos del edificio? Tampoco sabía si eran ellos: un él con una

agenda muy apretada y un apetito al parecer insaciable, o una ella con la libido en plena ebullición y

sin problemas para llevar hombres a casa. De cualquier manera, tenían mi ciclo de sueño

completamente revolucionado.

—Vuelve a dormir, Jen —murmuré, rezando porque me escuchase.

—Oh, no, de ninguna jodida manera. ¡Se van a enterar! —Se levantó de la cama como un

resorte. Encendió la luz sin previo aviso, por lo que cubrí mis ojos, parpadeé por la ceguera

momentánea y la observé dirigirse al rincón donde había dejado su bolso sobre un pequeño sillón—.

La ley establece un máximo de decibelios durante la noche y los van a respetar. Esta noche... ¡Yo soy

la ley en este edificio!

¿He mencionado que Jen no solo tenía el sueño ligero, sino también un pésimo despertar? No

estaba segura de qué fue lo que sacó de su bolso, pero lo que sí vi fue a mi amiga salir pisoteando

fuerte de mi habitación como una mujer en una misión. De repente, me sentí más que despierta, salí

de la cama y la seguí dando tumbos hasta el salón donde la encontré murmurando incoherencias

mientras se dirigía hacia la puerta.

—¿Qué estás haciendo?

—Estableciendo unas normas básicas de convivencia por tu bien físico y mental —espetó

mientras abría con fuerza y sin ni siquiera mirarme.

La seguí descalza y sin importarme demasiado cómo me veía en ese momento, aunque la verdad

es que solo tenía que ver la melena desgreñada de mi amiga para hacerme una

idea de cómo lucía yo.

—¿Qué? —La seguí por las escaleras aún desorientada, aunque más alerta—.  
¿Qué quieres

decir?

—Quiero decir lo que estás entendiendo, amiga mía —aseveró mientras  
golpeaba con saña la

puerta del piso de arriba. Me encogí ante el estruendo, pues probablemente  
no solo había llamado la

atención del propietario, sino de medio edificio—. Nadie puede mantener su  
cordura si noche tras

noche le restriegan en la cara su falta de vida sexual con semejante  
espectáculo.

No necesitaba que me recordase cómo era mi vida sexual... o la ausencia de  
ella.

—Jen, soy yo la que vive aquí y...

—Chist... déjame a mí. —Volvió a golpear la puerta con fuerza mientras  
sacudía su otra mano y

fue entonces cuando vi lo que sujetaba en ella.

—Uh... Jen, ¿Qué es eso?

—¿Qué?

—¡Sabes muy bien qué! —Señalé con la cabeza el mencionado objeto, lo  
reconocería en

cualquier sitio—. No te hagas la tonta.

Más golpes en la puerta antes de encogerse de hombros con una fingida

indiferencia.

—Son la cartera y la placa de Luke.

Oh, por Dios bendito. Ya sabía, sin la menor duda, lo que tenía intención de hacer.

—¿Quiero saber por qué tienes tú la placa de mi hermano? —siseé.

—Probablemente, no. —Más golpes, mientras seguía ignorándome de forma descarada y

tratando de restar importancia al hecho de que estaba a punto de suplantar la identidad de un agente

del cuerpo de policía de Chicago—. Cuanto menos sepas, mejor para ti.

Golpe. Golpe. Golpe.

Y yo seguía mirándola sabiendo lo que se avecinaba.

—En realidad, es...

—¿Si? —preguntó una grave y ronca voz tras abrirse la puerta. Yo me había quedado en el

penúltimo escalón, por lo que la persona que atendió la llamada no me podía ver, solo se encontraba

de frente a Jen.

Tras esa pregunta miré con los ojos abiertos a mi amiga, cuya única respuesta fue un sonoro

jadeo seguido de un «Oh, señores del sexo caliente y sudoroso», mientras miraba con los ojos como

platos a su interlocutor. Estuve a punto de asomarme dando a conocer mi existencia, pero en el último

segundo me contuve.

»¿Que estés aporreando mi puerta a las tres de la madrugada tiene algún propósito o

simplemente te gusta joder? —inquirió la voz ronca, e inmediatamente mis vellos se erizaron. Eso

parece que sacó a mi amiga de su particular sueño húmedo, si es que la forma en que se relamía

mientras miraba al hombre frente a ella podía tomarse como un indicio de lo que quería hacer en ese

momento.

Murmuró un «al parecer no tanto como a ti, amigo» y después se recompuso rápido.

—Eh, sí, señor, por supuesto. —Se aclaró la garganta enderezando la espalda—. Estoy aquí

para informarle de que está violando, de forma flagrante debo decir, la normativa que regula el nivel

de ruido permitido en viviendas o zonas residenciales. Hemos recibido algunas quejas de...

—¿No me diga? —ironizó el hombre con voz burlona—. ¿Es usted policía, señorita...?

—Sullivan. —Con un palmetazo me cubrí los ojos. Esto no pintaba bien... para nada.

—De acuerdo, agente Sullivan, ¿qué piensa hacer al respecto? Ya ve —continuó con sorna—

que yo estaba llevando a cabo mis... *ejercicios nocturnos* —recalcó esas palabras confirmando un

tono seductor a su voz—, con la seguridad que mi hogar me proporciona y, sin embargo, me

encuentro con usted aporreando mi puerta de madrugada y en nombre de la ley, nada menos.

—¿Está usted burlándose de mí, señor?

—Por supuesto que no, agente. —Oh, sí lo estaba, solo había que escuchar el meloso y burlón

tono de su voz.

—Muy bien, usted lo ha querido. —Vi a Jen sacar, de no sé muy bien dónde, su teléfono, se lo

acercó a la oreja y habló con voz fuerte y clara—. Aquí la agente Sullivan. —Hizo una pausa y rio

—Sí, sí, estoy fuera de servicio, sin embargo, esto es una emergencia, tengo a un individuo hostil y

posiblemente voy a necesitar refuerzos. —Otra pausa durante la que fingió estar escuchando a

alguien al otro lado; esto se ponía cada vez mejor—. Sí, Tucker, tenemos un diez cincuenta y cuatro

en el...

Al mismo tiempo que me tapaba los ojos a causa de la vergüenza ajena, escuché una sonora y

muy divertida carcajada proveniente del hombre, supuestamente hostil, en cuestión. Yo no era policía

y evidentemente no conocía el código policial, pero sí estaba un poco familiarizada con él y sabía

que lo que Jen acababa de decir no estaba, ni de lejos, relacionado con el tema en cuestión. Al

escuchar las risas, Jen se olvidó de ese físico que al parecer en un primer momento le robó el

aliento, del código policial, del delito que estaba cometiendo y de todo en general.

—¿Qué le hace tanta gracia? —continuó en su papel de agente de la ley.

—¿Un diez cincuenta y cuatro? ¿En serio?

El escepticismo en la voz del hombre era más que evidente. Oh, no, ¿con quién nos habíamos

topado?

—Sí, ¿algún problema?

—En absoluto, lo único que ocurre es que, ni estamos en la carretera, ni veo a ningún animal

que precise ayuda o que suponga un peligro. Bueno, quizás sí. —Un segundo después, sentí cómo de

esa profunda voz, cada vez más familiar, se borraba todo rastro de burla y adquiría un tono

totalmente diferente. Más serio y autoritario—. No sé si es usted consciente de que hacerse pasar por

policía es un delito penado con hasta cuatro años de cárcel. De manera que le sugiero, *señorita*

*Sullivan*—recalcó las palabras, demostrando que ni por un segundo se había creído su actuación—,

que deje de tocarme los huevos, se dé media vuelta y regrese por donde vino,

si no quiere

encontrarse frente a un verdadero policía y terminar la noche con su bonito culo en la cárcel.

«Oh, mierda», pensé.

Que no maldijera en voz alta no significaba que por mi mente no pasaran mil insultos y

maldiciones diferentes. Cuando vi que Jen se quedaba congelada y a sabiendas de que esto nos podía

plantear más de un problema, sin importar nuestras conexiones con el cuerpo de policía de Chicago,

decidí dar a conocer mi presencia. Era el momento de hacer control de daños antes de que todo el

asunto se desmadrara. Prácticamente de un salto, salvé los dos escalones y me coloqué junto a mi

amiga para enfrentar al hombre que al parecer nos podía meter en un montón innecesario de

problemas. Primero la miré a ella rogándole con los ojos que se quedase en silencio y fue al girarme

cuando me quedé petrificada y expulsé de golpe todo el aire que en ese segundo contenían mis

pulmones.

«Azules. Son azules». Fue mi primer pensamiento.

En el club no había sido capaz de discernir el verdadero color de sus ojos, solo sabía seguro

que eran claros.

Cuál fue mi sorpresa cuando vi que esos ojos, cuyo color me recordaba al más hermoso océano

en un día de verano y que apenas unas horas antes me habían mirado con pasión, ahora irradiaban una

irritación a duras penas contenida; enmarcados por gruesas y negras pestañas, estaban en un rostro

donde podía apreciar el oscuro rastrojo de barba que me había pasado media noche deseado volver

a sentir contra mi mejilla.

Ethan.

Mi ruidoso vecino era Ethan.

Jesús, ¿en serio? ¿Era esto alguna especie de broma macabra?

Fue tal el shock que en un primer momento solo abrí la boca y la volví a cerrar incapaz de

pronunciar palabra, y me alegré de no ser la única afectada porque, al parecer, él se encontraba igual

de sorprendido. Había desviado su atención de mi amiga y clavó esos enormes y magnéticos ojos

azules en mí, repasándome de forma descarada de pies a cabeza. Hice una mueca, pues no necesitaba

mirarme para saber el desastre que era en ese momento: largas, onduladas y desgreñadas ondas

castañas, ojos marrones hinchados y probablemente enrojecidos tanto por la falta de sueño como por

estar recién levantada en mitad de la madrugada, otra vez. Un pijama que

consistía en un diminuto

short y una camiseta de manga corta de *HelloKitty* que me encantaba, pero nada sexy, y que tenía

tantos lavados que la tela ya casi empezaba a transparentarse.

Sí, estaba hecha una delicia.

Sin embargo, él estaba... comestible. Más que eso, estaba prácticamente desnudo, solo cubierto

por unos bóxers de color blanco que, además de hacer poco por esconder su evidente y más que

generosa semierección, contrastaban a la perfección con el tono ligeramente bronceado de su piel.

¿El *six-pack*? No, querida mía, no es ningún mito, de hecho, casi me atrevería a decir que en ese

abdomen había más músculo del que debería estar legalmente permitido. No me equivoqué en

absoluto en el análisis que le hice cuando estaba vestido. Si acaso, creo que no le hice la suficiente

justicia, porque solo pensaba en pasar mi lengua por su abdomen, bajar siguiendo las líneas de esa

maravillosa V y continuar...

Me sacudí los inapropiados pensamientos por dos razones.

La primera era que otra vez me había quedado embobada mientras lo miraba con descaros, y la

segunda, pero no menos importante, es que seguía siendo una ingenua que no aprendía, que no tenía la

menor idea en lo que al género masculino concernía. ¿De verdad había estado yo rememorando

nuestro beso y lamentándome por haberle perdido la pista, mientras él se buscaba otro sabor para la

noche? ¿En serio?

Cuando me di cuenta de que el sudor que perlaba ese fuerte, tatuado y marcado pecho era

debido a haber estado en la cama con otra mujer, me olvidé de la excitación que la simple vista de

este hombre me provocaba y le di la bienvenida a la irritación. Sí, tanto con él por ser un imbécil

mujeriego, como conmigo misma por ser tan inepta. Dios, era una locura, ni siquiera lo conocía.

—Mia... —murmuró sorprendido.

—Hola, Ethan —respondí con una ligera sonrisa y lo saludé con la mano. No le dejaría saber lo

afectada que me sentía por el inesperado encuentro.

Mientras, Jen miraba entre nosotros de ida y vuelta con el ceño fruncido por la confusión.

—¿Os conocéis? —Señaló con el dedo a uno y otro.

—Sí —contestó él al mismo tiempo que yo decía:

—No. —Enarcó las cejas ante mi respuesta, por lo que aclaré—. Más o menos, en realidad, nos

conocimos esta noche.

—¿En el club? —preguntó Jen con voz chillona. Ella mejor que nadie sabía lo fácil que era

conocer a gente cuando estabas abierta a ello, así que no estaba segura de qué era lo que le resultaba

tan increíble. Cuando le respondí con un escueto asentimiento se echó ligeramente hacia atrás,

volviendo a mirar entre nosotros—. ¿Y se puede saber dónde demonios estaba yo?

Ah, por supuesto que se lamentaba por no haberseme adelantado. Bueno, pues en lo que a mí

concernía y vistas las razones que nos habían llevado hasta ese instante, bien podía quedárselo para

ella. Cuando la miré alzando las cejas, traté de mostrar en mi cara la pregunta implícita en el gesto:

«¿De verdad tengo que responder a eso?».

Con un aspaviento de la mano, desechó el tema como si no fuese relevante en absoluto y se

volvió a admirar al monumento masculino en cuestión.

—Bueno, ¿dónde estábamos?

Ethan, que hasta el momento seguía con los ojos clavados en mí, desvió su atención hacia mi

amiga, aunque seguía sin parecer para nada contento. Enarcó las cejas y cruzó los brazos sobre su

fuerte pecho, lo que solo consiguió acentuar la buena forma en la que estaba y resaltar esos

maravillosos músculos que seguía queriendo lamer. Para nada impresionado con la melosa pregunta

de Jen, dio un paso adelante y se apoyó en el marco de la puerta con una medio sonrisa que, antes

incluso de que abriese la boca para responder, ya estaba segura de que no auguraba nada bueno.

—Estabas a punto de largarte, después de pedirme disculpas por perturbar la paz de mi hogar en

mitad de la noche.

Jen dejó salir un jadeo indignado.

Debo decir que el descarado de este hombre me hizo insultarlo incluso a mí... mentalmente, por

supuesto. Así que suspiré cuando la sentí ponerse rígida a mi lado. Aunque la agarré del brazo, no

pude evitar que diese un paso adelante y se colocara a pocos centímetros de Ethan.

—Perturbar... ¿La paz de tu hogar? ¿Yo? —farfulló furiosa—. ¡Si fueses más silencioso

follando no habría tenido que subir en mitad de la noche a aporrear tu puerta, Casanova de pacotilla!

—Y ese es precisamente tu problema —respondió él con sorna.

—¿De qué demonios estás hablando, cretino? —inquirió ella con los ojos entrecerrados, lo que

hizo que la lobuna sonrisa de él aumentara.

—Lo que estoy diciendo es —respondió lentamente—, primero, que si de

verdad supieras lo

que significa ser bien follada, entenderías que no hay manera de poder hacerlo en silencio; esto

puede ser porque, o bien eres la típica momia en la cama que solo se deja hacer, o tus compañeros

eran realmente incompetentes. Sea como sea, tienes mis condolencias. — Terminó con un gesto de

cabeza y llevándose la mano al corazón en un gesto dramático, pero estaba claro que se burlaba de

ella de forma descarada. Jen hervía de ira, pero antes de que pudiese responder, él continuó—. Y lo

segundo es que, si hubieras conseguido una buena follada para la noche, no estarías aquí

preocupándote de si soy o no ruidoso.

«Una buena follada para la noche».

Parecía algo dicho sin sentido en medio del calor de una discusión, sin embargo, para mí

significaba mucho más. Fue solo unas horas antes cuando Jen me dijo que me dejase llevar, que

disfrutara el momento y que conociera a alguien nuevo que avivase mi fuego. Y lo hice. Puede

parecer algo nimio, y no es que haya nada de malo en ello, pero no soy el tipo de chica que se besa

de la forma en que lo hice con un desconocido en mitad de un club abarrotado. Sin embargo, pasó,

me dejé llevar con este hombre cuyas palabras ahora me habían golpeado con la fuerza de una

tonelada de ladrillos. Sin ninguna duda, me faltaba experiencia y picardía en lo que respectaba al

género masculino, pues de verdad sentí algo totalmente diferente esa noche si lo comparaba con las

otras miles de veces que había sido besada a lo largo de mi vida.

Tonta, tonta, tonta.

El problema no era que me hubiese fijado en el típico chico malo porque, de hecho, desperdicié

dos años de mi vida con lo que en apariencia era un chico bueno, y mira lo bien que me fue.

No. El problema estaba en mí.

Aunque las palabras de Ethan seguían dando vueltas en mi cabeza, pestañeé para abandonar los

deprimentes pensamientos y con un tirón obligué a Jen a retroceder un paso. Hablé antes de que ella

pudiese hacerlo, porque lo que de verdad quería era poner fin a ese sinsentido que no nos estaba

llevando a ninguna parte y volver a la seguridad de mi apartamento.

—Mira —me dirigí a él con voz suave, aunque cansada—, lamentamos mucho haberte

interrumpido y todo este —hice un gesto vago con la mano, sin saber muy bien cómo definir lo

ocurrido sin provocar más tensión—, lo que sea. —Asintió mirándome,

quizás pensando que había

terminado, porque justo cuando parecía que iba a hablar, me adelanté—. Sin embargo, dejando a un

lado la calidad de nuestra vida sexual, te agradecería que intentases ser un poco menos ruidoso, es la

tercera noche que no consigo dormir y no sé cuántas más seré capaz de soportar.

Ahora era él quien parecía confundido por mis palabras. Descruzó los brazos y se enderezó con

el ceño fruncido.

—Espera, Mia, no me refería a t...

—Buenas noches, Ethan.

No me apetecía seguir escuchando. Con un par de tirones más, conseguí que Jen se pusiera en

movimiento y la obligué a pasar delante de mí para asegurarme de que bajaba las escaleras sin

provocar más pelea. Al fin y al cabo, era yo quien tendría que seguir viviendo en este edificio y no

ella.

—¡Espera! —La fuerte y grave voz de Ethan hizo que me detuviera en el segundo escalón antes

de girarme para mirarlo—. ¿Vivís aquí? ¿En el piso de abajo?

Yo creía que esa cuestión ya había quedado lo suficientemente clara, pero al parecer me

equivocaba de nuevo. Eso, o lo consideraba una coincidencia tan increíble que quería estar

realmente seguro de ello. Asentí a su pregunta y, por si aún quedaba alguna duda, aclaré:

—De hecho, soy yo quien vive aquí. Ella solo se está quedando a pasar la noche.

Alejó la mirada y se pasó la mano por el pelo mientras daba un pequeño asentimiento. No podía

dejar de observarle. A todo él. Tenía un cuerpo espectacular y me di cuenta ahora de que el tatuaje

que vislumbré por su cuello a primera hora de la noche comenzaba en su espalda; eran increíbles las

ganas que tenía de pedirle que se girase para poder apreciar cada rastro de tinta que decoraba su

piel, para delinear con mis dedos cada trazo, dibujo y letra que formaban parte de él. Las manos me

picaban por la creciente necesidad de acariciar ese cabello que, ahora sabía, se sentiría como la

seda deslizándose entre mis dedos. Ese calor que llevaba toda la noche atosigándome regresó sin

previo aviso y recorrió mi cuerpo como una descarga eléctrica haciendo que percibiera un

inesperado pellizco en mi bajo vientre. Junté las piernas buscando consuelo y esperé unos segundos,

pero al ver que no decía nada, me giré de nuevo para marcharme dando por finalizada la

conversación.

—Desapareciste.

Esa simple palabra no era solo una afirmación, sino que el tono con el que la pronunció estaba a

rebosar de acusación.

—¿Disculpa?

—Querías que te esperase y lo hice. Pensé que... —Negó con la cabeza mientras se pasaba otra

vez la mano por el pelo, revolviéndolo aún más—. Da igual, la cuestión es que te largaste sin ni

siquiera decir adiós.

Que él estuviera teniendo semejante descaro me podría haber parecido incluso gracioso en otro

momento, pero aquella noche mi vaso había llegado a su límite. Ethan no me debía ninguna

explicación, y era obvio que lo mismo valía para mí. Fue él quien desapareció sin dejar rastro y fue

él quien no tardó mucho en encontrar un reemplazo para la noche.

—Eres tú quien se marchó —respondí tratando de contener mi indignación, aunque de manera

inconsciente puse los brazos en jarras recordándome a mi *nonna* cuando nos echaba una regañina—,

fui a buscarte cuando solucioné... —Iba a hablarle sobre la discusión entre Jen y Peter, pero eso ya

carecía de importancia—. Volví, pero tú ya no estabas allí, así que me fui a casa.

—A casa —repitió—. Aquí.

—Sí, aquí, creía que eso ya había quedado claro.

Maldita sea, me estaba poniendo de los nervios y el tenerle prácticamente desnudo no es que

estuviese ayudando.

—¡Joder! Me cago en la puta. —Se frotó la cara con ambas manos y dio un paso en mi dirección

—. Mierda, Mia... creí que me habías dejado plantado.

Abrí la boca para responder, pero fui interrumpida por una suave y ronca voz femenina que

provenía del interior de su apartamento.

—Cariño, ¿piensas volver a la cama?

Me quedé petrificada porque durante unos segundos casi me olvidé de la razón por la que me

encontraba allí, pero esa pregunta junto con el suave arrastre de pies que podía escuchar cada vez

más cerca de donde nos encontrábamos, me devolvió a la realidad de forma abrupta. Sin apartar los

ojos de Ethan, le dediqué una tensa sonrisa a la vez que levantaba la barbilla señalando hacia su

apartamento.

—Bueno, no hay de qué. —No pude evitar que la amargura se filtrase en mis

palabras—.

Después de todo parece que encontraste una buena... —Me negaba a repetir lo que dijo antes, así

que rectificué en el último segundo—. Un buen plan para pasar la noche.

Abrió la boca con la intención de decir algo, pero un suave murmullo procedente de la chica

que lo esperaba aún ansiosa hizo que ambos desviásemos nuestra atención hacia la puerta de su

apartamento; no pude entender lo que la chica en cuestión dijo, pero tampoco es que necesitase

mucha imaginación para hacerme una idea. Mientras, él me miraba con una intensidad que nunca

antes sentí dirigida hacia mí y que erizó cada vello de mi cuerpo, de manera que decidí que era el

momento de llevar a cabo una digna retirada. Tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad

para apartar la mirada de esos impresionantes ojos azules que me contemplaban con más intensidad

de la que jamás había sentido, de unos ojos que escaneaban mi cara en busca de no sé muy bien qué.

»Ten una buena noche, Ethan —me despedí con voz suave mientras me giraba y bajaba los

escalones.

No vi su expresión, solo pude escuchar un enojado «joder», seguido por el clic de la puerta al

cerrarse.

¿Habría querido alguna explicación? Por absurdo que resulte, sí. ¿Quería que me siguiera y se

disculpara por haber desaparecido sin dejar rastro? Me considerarás un caso perdido, pero la

respuesta sigue siendo sí. Sé que puede parecer un triste consuelo después de saber, no solo que él

era mi ruidoso y fogoso vecino, sino que la fuerte conexión que sentí esa noche no había sido tan

recíproca como yo imaginaba, pero al menos habría demostrado un mínimo interés en mí.

Triste conformarse con tan pequeñas migajas, pero era algo después de todo.

De cualquier modo, no importaba lo que yo deseara o sintiera, porque al final volví a mi

apartamento a intentar conciliar el sueño con las imágenes de un Ethan prácticamente desnudo

reproduciéndose en mi mente sin cesar, mientras hacía frente a una Jen que seguía en plena

ebullición.

¿La nota positiva?

No volvimos a escuchar los ruidos que nos despertaron.

Capítulo 4

Afortunadamente, los siguientes días pasaron sin más incidentes ni noches en vela. Claro que eso no

significaba que hubiese dejado de pensar en él o que no fuese más que consciente de los ruidos

provenientes de su apartamento. Solo hubo algún cruce ocasional cuando alguno de nosotros entraba

o salía del edificio, eso sí, nunca coincidiendo que ambos fuéramos en la misma dirección. Lo único

que se mantenía igual era el poder que su mirada ejercía sobre mí; prácticamente me dejaba

paralizada en el sitio y me hacía sentir como una inexperta colegiala en lugar de la mujer de

veinticuatro años que en realidad era. Aunque tanto su mirada como la forma en que su cuerpo se

tensaba siempre que nos veíamos me indicaban que él tenía tantas ganas de acercarse a mí como yo a

él, nunca fuimos más allá de un educado saludo o la ocasional sonrisa que yo le dirigía, lo cual solo

hacía que mi frustración creciera a causa de una tensión sexual que, obviamente, no estaba en

absoluto resuelta.

Dejé la compra en el suelo para poder abrir la puerta del edificio y, tras hacer algunos

malabares, las recogí; iba de espaldas ya que con las manos no podía evitar quedarme encerrada en

la calle y tener que repetir el proceso. La puerta pesaba una tonelada e iba maldiciendo a quien la

instaló cuando choqué con lo que parecía ser un muro de hormigón. Perdí el

agarre en las bolsas y  
estas cayeron al suelo.

—¡Los huevos! —Sin ni siquiera mirar, ya sabía que se habían destrozado.

Un fuerte antebrazo apareció en mi línea de visión cuando la persona con la que había chocado

se agachó junto a mí para recoger mis cosas del suelo. El mismo delicioso aroma que se me grabó a

fuego unos días atrás volvió para atormentarme. No sabía bien de qué se trataba, pero sea lo que

fuere resultaba delicioso, embriagador.

—Lo siento. —Levanté la vista hacia dos orbes azules que me dejaron sin aliento—. Solo

pretendía ayudarte a sujetar la puerta o algo. —A través de una de las bolsas se vislumbraban los

huevos rotos—. Joder, qué desastre.

—Mis huevos —murmuré incapaz de apartar la vista de él.

—¿Disculpa? —Enarcó las cejas y, pese a que en su rostro apenas se apreciaba algún cambio

de expresión, sus ojos hablaban por él. Y allí había diversión. Mucha.

Entonces me di cuenta de lo que había dicho y deseé que me tragase la tierra.

—Quiero decir que... eh... —Esa frase era difícil de arreglar—. Pensaba preparar algunos

dulces y ahora... se han roto. —Señalé el desastre chorreante—. Los huevos.

Aunque aún parecía divertido, frunció el ceño al observar a lo que me refería.

—Pensaba salir a correr. —Se enderezó y me tendió una mano. En cuanto la tomé, lo sentí. Esa

especie de corriente que me recorrió la primera noche que nos conocimos de pies a cabeza—. Si

quieres puedo traerte algunos cuando vuelva.

Entonces me fijé en lo que llevaba puesto. Vestía un pantalón de algodón y sudadera con

capucha a juego. No estaba segura de si llevaba alguna camiseta debajo, puesto que por la apertura

de la cremallera solo podía ver su piel tatuada y un fino rastro de vello oscuro. Me empapé de la

visión frente a mí con avidez, queriendo memorizar cada detalle del magnífico espécimen que era

este hombre. Por Dios... ¿Había algo con lo que no se viese apetecible?

—No es necesario que te molestes.

—No admito discusión al respecto —atajó antes de suavizar su brusca respuesta—. Somos

vecinos, ¿no? Solo que en lugar de prestarte azúcar, te daré... huevos.

—Muy bien, como quieras. —Sonreí—. Aceptaré tus huevos como regalo de bienvenida. —

Abrí los ojos espantada. Jesús, ¡qué desastre!

Sacudió la cabeza —sin duda divertido— y me tendió la bolsa de los huevos. Al percatarse de

lo que había dentro, la apartó antes de darme tiempo a intentar alcanzarla.

—Mejor dejaré esto en el contenedor.

Nos despedimos y giré para subir las escaleras, pero en el último momento me detuve y lo llamé

cuando la puerta estaba a punto de cerrarse tras él. Asomó la cabeza y esperó a que hablara. Me

sentía cohibida, pero ya no había marcha atrás.

—¿Te apetecería tomar un café después? —Me observó en silencio y me sentí estúpida—. Lo

siento, no quería ponerte en un compromiso, no es neces...

—Me gustaría mucho tomar un café contigo. —Curvó sus labios en una medio sonrisa canalla

—. Solo si lo acompañas de alguno de esos dulces que pensabas hacer.

Reí y asentí antes de que me guiñase un ojo y comenzase a trotar por la calle. Lo observé a

través del cristal de la puerta. No podía apartar la mirada de su ancha espalda, de las largas y fuertes

piernas que con grandes zancadas comían terreno sin aparente esfuerzo. Como dijo que haría, lo vi

tirar la bolsa en un contenedor cercano para después cubrir su cabeza con la capucha de la sudadera

y echar a correr calle abajo.

Realmente quería conocerlo, saber más acerca de lo que le gustaba y lo que no, y escuchar esa

grave, profunda y ronca voz hasta el cansancio. No podía negar la punzada de dolor que sentí aquella

noche cuando estaba frente a él y que además aún persistía cada vez que lo veía. Tampoco me podía

olvidar de las razones que nos llevaron a ese momento: los gemidos, el constante golpeteo y el hecho

de que mi cansancio y la falta de sueño fueron causados por la cantidad de sexo que al parecer este

hombre necesitaba para vivir. Todo eso rivalizaba constantemente con los recuerdos de nuestro beso.

Ethan nunca vino.

Huelga decir que los huevos tampoco llegaron.

Sin importar todas las razones por las que un acercamiento probablemente no era la mejor de

las ideas, mentiría si dijera que no me entusiasmaba pensar en tenerlo en mi espacio, hablar con él.

De hecho, incluso ordené un poco el apartamento y, viendo que me pidió probar algunos de mis

dulces, preparé unos *brownies* con lo que aún tenía en casa.

Por supuesto, el mensaje era alto y claro. No tenía ningún interés en conocerme o en saber algo

acerca de mí. Fue mi primer plantón y debo reconocer que dolió, sobre todo porque por primera vez

me lancé y me arriesgué a ser yo quien invitase a la otra persona. La próxima ocasión que nos

encontrásemos lo saludaría con cordialidad, como buenos vecinos, y obviaría tanto la decepción que

sentí aquella tarde como la atracción que parecía tirar de mí siempre que lo veía.

No volvería a cometer el mismo error.

Era jueves y después de mi pequeño acto de deserción de la semana anterior, debo admitir que

me sentía con ganas de empezar mi turno en Mick's, lo cual me hizo reconocer que el obtener ese

empleo, algo que comenzó como un pequeño acto de reivindicación — aunque de poco me sirviera—,

terminó convirtiéndose en una parte importante de mi día a día. Mick no era muy exigente en lo que a

atuendo se refería, solo debíamos llevar la camiseta que él nos proporcionaba con el nombre del

local, pero por lo demás no le importaba si vestíamos falda, pantalón o unos pololos. La cuestión

era trabajar, evitar problemas y mantener bien servidos y contentos a los clientes. Me di un último

vistazo en el espejo antes de salir: la camiseta negra de Mick's no revelaba demasiado, pero era lo

suficientemente ajustada como para que mis pequeñas chicas no pasaran desapercibidas. Esa noche

decidí ponerme unos shorts vaqueros y unas botas altas negras que hacían que mis piernas pareciesen

más largas; un poco de sombra de ojos, rímel, algo de color en mis mejillas,

además de brillo en los

labios y estaba lista. Como me encantaban los ligeros reflejos dorados que aún permanecían en mi

cabello castaño después del verano, decidí dejarlo suelto y que esas ondas naturales que a veces me

volvían loca, fluyeran libremente hasta mi espalda baja.

Por lo general me gustaba caminar, o incluso correr —algo a lo que me aficionó mi hermano—,

pero para las noches de Mick's cogía el coche, aunque estaba bastante segura de que en cualquier

momento me haría la trastada y acabaría en mitad de la noche varada a un lado de la carretera

suplicando unos kilómetros más hasta llegar a mi destino. Mi viejo Volkswagen era mi mayor orgullo,

mi primer logro: era mío. Sí, probablemente tenía tantos o más años que yo, también algunos parches

oxidados, alguna que otra pequeña abolladura —nunca culpa mía, por supuesto— y, a veces, solo a

veces, tenía que patear cerca de la cerradura para conseguir abrir la puerta, pero ¿qué importaba? Lo

conseguí yo solita. Ni mis padres, ni mi beca... solo yo cuando logré ahorrar lo suficiente para poder

comprarlo. Era total y completamente mío, y eso era suficiente; la verdad es que no estaba segura de

cómo me tomaría el momento en el que tuviese que deshacerme de él.

Como de costumbre, tardó en arrancar y, por más que lo amase, jamás podría describir el

sonido del motor como un suave y relajante ronroneo, no. Ante todo era realista, y mi coche sonaba

más como un gato con graves problemas de tabaquismo y quizás también un poco de asma.

En resumidas cuentas, un desastre.

Tras algunas patadas a la cerradura, alguna que otra maldición murmurada por lo bajo y muchos,

muchos ánimos, finalmente logré llegar a mi destino sana y salva. Varios saludos, abrazos y sonrisas

después, y tras dejar mis pertenencias en la sala de descanso, fui a ocupar mi puesto tras la barra.

Eso sí, no perdí la oportunidad de achuchar a Mick quien, como buen irlandés, era muy efusivo,

aunque no muy dado a las muestras de afecto; bruscos asentimientos y pequeños gruñidos era lo que

con más frecuencia obtenías de él, así que es normal que cuando comencé a trabajar allí me

preguntase cómo demonios logró sacar ese negocio adelante siendo tan antisocial.

Pero no lo era, en absoluto.

Sabía que le molestaba la comparación como pocas cosas más, pero para mí no era más que un

gran oso de peluche gruñón. Era un hombre grande, intimidante para algunos incluso, con el cabello

cobrizo que, a sus pasados cincuenta, ya estaba más que salpicado de canas en muchos lugares y pese

a su expresión hosca, fueron sus ojos los que desde el primer momento me hicieron saber que en ese

hombre se personificaba el dicho de que las apariencias engañan. Me daban igual sus gruñidos o

protestas siempre que lo estrechaba en un abrazo o lo besaba en la mejilla, porque sus ojos verdes

sonreían y destilaban un cariño y un sentimiento de protección difícil de ignorar para alguien como

yo que, básicamente, me regía por los sentimientos más que por la razón.

La noche iba bien, animada. Veía muchas caras conocidas y por supuesto otras tantas nuevas.

Reconocí a varios chicos que trabajaban en la comisaría con mi hermano, también a algunas de las

chicas habituales que tenían una especie de fetiche por los hombres de uniforme y que cada semana

volvían intentando cazar a cualquiera de ellos con la esperanza de conseguir alguna clase de

estabilidad.

Ingenuas.

Eso es lo que eran, ya que no tenían ni la más remota idea de lo que suponía compartir la vida

con un policía. Sacudí mi cabeza cuando vi el descarado coqueteo de algunas de ellas y seguí

atendiendo y sirviendo órdenes.

Eran poco más de las once cuando vi aparecer a Terry y a Tucker, y sabía que Luke, mi hermano,

no tardaría mucho en cruzar esa puerta también.

—Mia... tan caliente como siempre, nena.

Puse los ojos en blanco. Tucker siempre estaba igual. Ni siquiera podría llamarlo coqueteo,

porque era tan sumamente descarado que sabía que no era en serio, pero lo curioso era que esa

misma línea sí que le funcionaba con otras mujeres.

Misterios de la vida, supongo.

—Buenas noches, chicos, ¿qué tal todo? —Sonreí, dirigiendo la mirada hacia Terry.

Ambos eran policías y además compañeros de mi hermano, pero mientras que a Tucker hacía

siete años que lo conocía, Terry era casi parte de mi familia desde siempre ya que también fue

compañero y amigo de mi hermano en el instituto por lo que, teniendo en cuenta nuestra diferencia de

edad, llevaba viéndolo por casa desde que podía recordar.

—Muy bien, cariño —sonrió en respuesta—, ya sabes, limpiando las calles de chicos malos,

nada nuevo.

Asentí.

Nunca profundizábamos acerca de los casos en los que trabajaban. Sí, captaba retazos de

conversaciones aquí y allá, pero nada más. Francamente, con saber que terminaban el día de una

pieza me daba por satisfecha.

—¿Lo de siempre? —pregunté ya moviéndome.

Terry asintió y me guiñó un ojo, así que fui a por dos cervezas; la atención de Tucker ya estaba

puesta en algún par de piernas femeninas, desde luego no se podría decir que perdía el tiempo.

Una vez que los dejé servidos, me marché para seguir atendiendo a los demás clientes y solo me

volví a acercar a ellos cuando vi que se las habían acabado. Había pasado al menos una hora y me

extrañó no ver a mi hermano aún por allí; no quería inquietarme, porque sabía que ya había

terminado su turno y además era un hombre adulto que sabía cuidar de sí mismo, pero supongo que

esa pequeña punzada en el estómago no desaparece nunca cuando formas parte de una familia de

policías. El bullicio había ido en aumento, por lo que tuve que inclinarme un poco sobre la barra

para acercarme a Terry y que pudiese escucharme.

—¿Dónde está Luke? —Dio un vistazo a su teléfono antes de responder.

—Debería estar aquí en cualquier momento —respondió también

inclinándose hacia mí—, él y

Reed tenían que resolver algunos asuntos de último momento.

—¿Reed? —Fruncí el ceño. El nombre me resultaba vagamente familiar—.  
¡Oh, sí! Es su nuevo

compañero, ¿no?

Terry cabeceó con una pequeña sonrisa tirando de sus labios. Era un hombre  
muy atractivo, y la

verdad es que no conseguía entender cómo aún continuaba soltero. Tenía el  
cabello de un color

castaño claro y algo más largo por arriba y casi al rape por los lados, alto, de  
al menos metro

ochenta y muy atlético, podía presumir de cuerpo ante cualquiera; pero eran  
sus ojos de un dulce y

precioso color café, lo que más me llamaba la atención de él porque sin  
importar que fuese un

hombre adulto de treinta y dos años, cuando los mirabas era como estar frente  
a un niño. Era

increíble el calor y la ternura que transmitían y no tenía la menor duda de que  
esa mirada de cachorro

le había conseguido muchas conquistas.

—Compañero, sí —explicó, con el codo apoyado en la barra y señalando con  
la botella de

cerveza—.Nuevo, no tanto.

—¿Qué quieres decir?

Tenía entendido que a su nuevo compañero lo habían trasladado aquí hacía solo un par de

meses, así que no entendía muy bien lo que Terry quería decir.

—Bueno, no hace mucho que está en la ciudad —aclaró, a lo que yo asentí porque eso ya lo

sabía—. Sin embargo, es un viejo conocido de tu hermano. Y mío, en realidad. Es de aquí y además

fuimos juntos a la academia.

—Oh, bien. ¿Lo conozco?

Si habían ido juntos a la academia y hacía tanto tiempo que se conocían, quizás lo hubiese visto

por casa o por el bar alguna vez con ellos, aunque la verdad es que en ese momento solo me era

familiar el nombre por habérselo escuchado decir a los chicos y quizás a mi padre.

—Nah, no lo creo. Pidió un traslado hace unos años por algún asunto familiar y ha estado en

Nueva York desde entonces. —Se encogió de hombros y dio un sorbo a su cerveza—. Además, esta

es su primera vez aquí.

—Pero creí que habías dicho que es de Chicago.

—En Mick's, quiero decir. —Rio, pues sabía que no todos pasaban la inspección de mi jefe,

poco le importaba a él que estos chicos fuesen policías o carniceros; si no le gustabas o dabas

problemas, estabas fuera—. Es la primera noche que conseguimos arrastrar su culo gruñón aquí.

—¡Y ya era la jodida hora, hombre! —añadió Tucker dando un golpe en la barra.

Al principio pensé que se refería a lo que Terry había dicho acerca de conseguir traer a Reed al

bar, hasta que me di cuenta de que miraba en dirección a la puerta. Me incliné tratando de ver algo y

aunque había bastante gente dificultándome la tarea, no tardé mucho en reconocer el rubio cabello

rapado de mi hermano. Sí, éramos la noche y el día no solo en cuanto a personalidad sino también

físicamente. Mientras que yo había heredado los rasgos mediterráneos de mi madre, Luke obtuvo no

solo la fuerte personalidad sino también la apariencia física de mi padre; no es que mamá y yo

fuésemos dos inocentes damiselas, pero sí más tolerantes que la parte masculina de la familia.

Sonreí cuando al fin lo divisé dirigiéndose hacia nosotros mientras me guiñaba un ojo, jugueteón.

Era terco, sobreprotector e incluso rozaba la intransigencia en más ocasiones de las que mis nervios

podían soportar, pero sabía que me quería por encima de todo y que aquello no era más que su

peculiar forma de cuidarme. No importaba que ambos, tanto él como mi padre, fuesen más que

conscientes de que tropezar, caerme y volver a levantarme formaba parte de la vida y nada ni nadie

podía protegerme ante eso, ellos seguían intentándolo. Y benditos fueran por ello, pero a veces

empequeñecían tanto la burbuja que casi no podía respirar.

Le devolví el guiño y me incliné un poco sobre la barra cuando se acercó para darle un abrazo,

mientras él a su vez me besaba en la mejilla. No lo había visto desde el viernes por la mañana

cuando lo llamé para devolverle su cartera y puede que no parezca mucho, pero somos una familia

muy unida y seis días sí es bastante tiempo, al menos para mí. Además, ese día tampoco hablamos

mucho. Llegó con cara de pocos amigos al lugar en el que habíamos quedado y cuando le pregunté

cómo era que Jen tenía su cartera, el músculo palpitando en su mandíbula y la mirada enfurecida en

sus ojos me conminaron a hacer algo muy sencillo: lo besé, le deseé un buen día y sin más, me dirigí

al trabajo.

Esos dos siempre estaban como el perro y el gato.

—¡Hola, *piccola*! —murmuró, dándome un ligero apretón con un brazo.

—¿Qué tal todo? —Sonreí por el apelativo cariñoso—. Parece que haga una eternidad que n...

Las palabras murieron en mis labios, así como mi sonrisa.

Y no fueron las únicas, porque todo a mi alrededor dejó de existir, no había música, ninguna

conversación que pudiese captar mi atención y conseguir que alejase la mirada de los ojos azules que

llevaban atormentándome toda la semana. Sabía que probablemente me veía como un ciervo ante los

faros, pero me sentía incapaz de moverme, incapaz de hacer algo más que no fuese empaparirme de su

apariciencia.

Ethan estaba parado detrás de mi hermano y, por lo que pude deducir de la mirada en su rostro,

estaba tan sorprendido como yo; si eso era algo positivo o no, aún estaba por verse. Estaba tan

imponente como esa misma tarde y la sensualidad que exudaba por cada poro de su piel lo convertía

en una criatura salvaje a tener en cuenta. Lo bebí con el ansia de un adicto en busca de su próxima

dosis: el cabello oscuro con esas ondas que me volvían loca, el hoyuelo en la barbilla y esa barba de

unos días que, lejos de hacerlo parecer desaliñado, lo hacía, si es que eso era posible, todavía más

atractivo. Pero era su mirada... esos ojos, esos de un azul tan increíble que jamás podría describirlos

lo suficientemente bien como para hacerles justicia y que, en ese momento, estaban clavados en mí

con una intensidad tal que erizaron cada vello de mi cuerpo.

Recordé la desazón de unas horas antes y aparté la vista.

Tonta, tonta, tonta.

—¡Mia! —Alguien, Luke en este caso, chasqueó los dedos delante de mi cara  
— ¡Eh! ¿Dónde te

habías ido?

No estoy segura de si me había estado hablando durante mucho tiempo antes  
de conseguir mi

atención de nuevo, y estaba a punto de hablar cuando Ethan se me adelantó.

—¿Mia? —Se dirigió a mi hermano, por lo que este se medio giró de manera  
que quedó a la

derecha de Ethan y ahora los chicos formaban un semicírculo delante de la  
barra, conmigo del otro

lado, por supuesto—. Tu hermana Mia, de la que me habías hablado... ¿Esa  
Mia?

—La misma —respondió Luke con una enorme y orgullosa sonrisa—. Reed,  
te presento a mi

hermanita. Mia —me miró mientras pasaba un brazo alrededor del cuello de  
Ethan y le daba uno de

esos apretones que los hombres consideran amistosos—, este es Reed, viejo  
amigo y nuevo

compañero.

Terminó palmeándole el pecho a Ethan, y aunque ese gesto habría sacado  
todo el aire de mis

pulmones, él ni siquiera pareció inmutarse mientras seguía con los ojos  
clavados en mi persona.

No solo me fijé en la sonrisa de mi hermano cuando nos presentó, sino que sus palabras y gestos

hacia su nuevo compañero no destilaban más que el cariño propio que viene de haberse conocido por

un largo tiempo.

Compañero.

Ethan era el compañero de Luke.

Lo que significaba que era policía. Otro más. Igual que Luke y papá, Terry y Tucker y...

*Porca miseria!*

No podía encapricharme con un policía. *No quería* encapricharme con uno de ellos. Vi lo que

eso suponía, la angustia, la incertidumbre...

Queriendo analizarlo con más tranquilidad en la soledad de mi apartamento, me sacudí el

estupor inicial que la noticia me había provocado y aparté la mirada de mi hermano para dirigirle

una pequeña sonrisa a Ethan, que no parecía mucho más feliz que yo en ese momento.

—Hola, Ethan. —Los nervios hicieron que el saludo sonase un poco más entusiasta de lo que

pretendía. Como no sabía muy bien qué hacer, le tendí la mano por encima de la barra—. Me alegro

de verte... otra vez.

Él miraba mi mano extendida como si fuese una serpiente a punto de atacar.

No pude evitar fijarme en el músculo que palpitaba en su mandíbula, señal de que apretaba los

dientes con fuerza, lo cual a su vez me decía que ese saludo quizás no fue el movimiento más

inteligente por mi parte. Pero ¿qué otra cosa debía hacer? Teniendo en cuenta la manera en la que nos

habíamos conocido y el humillante desplante de unas horas antes, no estaba muy segura en cuanto al

protocolo a seguir en este tipo de situaciones.

Después de unos segundos de vacilación, estrechó mi mano dándole un pequeño apretón que

sentí en cada parte de mi cuerpo y enarcó una oscura ceja con una mirada que decía:

«Si así lo quieres, así jugaremos».

—Mia. —Fue su escueto saludo tras lo cual soltó mi mano y dio un pequeño paso hacia atrás.

Los chicos, que habían sido testigos mudos del breve intercambio, nos miraban a uno y a otro y

empezaron a hablar unos por encima de otros. Bueno, no todos, mi hermano se quedó en silencio y

cruzó los brazos mientras miraba entre Ethan y yo como intentando adivinar lo que sucedía.

—Espera, ¿Ethan? —Eso vino de Tucker que estaba con el ceño fruncido.

—¿Ya os conocíais? —preguntó Terry señalándonos con la botella de

cerveza.

—Sí, bueno, más o menos —comencé yo, tratando de elegir bien mis palabras—, la semana

pasad...

—Somos vecinos —me cortó Ethan con brusquedad. Después, mirando a mi hermano, explicó

—. Mia se acaba de mudar a mi edificio. En realidad, vive justo debajo de mí.

Traté de no leer nada en aquellas palabras. Nada que no fuese exactamente lo que había dicho.

No es que yo quisiera alardear de lo sucedido en el club una semana atrás, aún menos delante de

mi hermano, pero obviando algunos detalles de aquella noche, no veía el problema en contar cómo

nos conocimos. No pensaba hablar de Peter, ni del beso, por supuesto, pero la manera en que

interrumpió mi explicación todavía sin saber lo que yo tenía o no intención de decir, me molestó.

Lo observé con el ceño fruncido y los brazos en jarras, pero él me ignoró de forma deliberada,

así que sin ni siquiera preguntar qué querían tomar, me fui a conseguirles unas bebidas a los dos

recién llegados. Sabía que Luke siempre empezaba con unas cervezas y Ethan... bueno, él estaba

bebiendo eso mismo en el club, así que decidí ir por lo mismo y si quería otra cosa era su problema,

no el mío. Tendría cerveza y se la bebería. Cuando volví con sus bebidas no lo miré, aunque era más

que consciente de sus ojos buscándome, traspasándome. Además, los chicos ya habían cambiado de

tema, aunque no presté atención hasta que Tucker habló en voz alta cortando la conversación y

haciéndose oír por encima del barullo.

—Espera, espera, acabo de caer en la cuenta... —No me gustaba para nada la sonrisa de

suficiencia que tenía dibujada en la cara—. Así que, ¿Mia es tu nueva vecina?  
—Ethan no respondió

y se limitó a dar un enorme trago a su cerveza. Me perdí observando el movimiento de su nuez de

Adán—. Así que nuestra pequeña Mia... es *ella*.

—¿Ella? —inquirió Luke en tono molesto y con el ceño fruncido mirando entre Ethan y Tucker.

—Colega. —Tucker soltó una carcajada al tiempo que me señalaba—. Tu hermanita es la chica

a la que Reed estuvo a punto de follarse hace unos días.

Capítulo 5

Reed

¡Hijo de puta!

Lo iba a destrozar.

Borraría esa sonrisa de comemierda de su estúpida cara en solo cuestión de

segundos. Conté

hasta diez mientras apuraba mi cerveza en un intento de ganar tiempo.

¿Tiempo para qué?

No tenía ni la más remota idea, solo un poco de maldito tiempo.

Joder.

Seguí abriendo y cerrando el puño mientras dejaba la botella vacía de cerveza con un golpe

seco en la barra. Tuve que hacer acopio de todas mis fuerzas para no abalanzarme sobre Tucker. No

era un mal tipo, al contrario, era una de las pocas personas a las que les confiaría mi vida, pero esa

gran bocaza suya acabaría por meterlo en problemas más pronto que tarde. Y el cretino seguía

riéndose. Miré de soslayo a Mia, que estaba con los ojos desorbitados clavados en Terry y, a pesar

del tono oliváceo de su piel, jamás se podría pasar por alto el hecho de que se había ruborizado. Y

ese sonrojo... esas malditas dulces mejillas sonrosadas, me hicieron pensar en cosas que jamás

debería relacionar con la hermana pequeña de Sullivan.

Mierda.

Dejé salir un suspiro cansado mientras me pasaba la mano por el pelo, sabía que tenía que decir

algo antes de que mi compañero hiciese saltar la mierda, pero no había hecho

más que abrir la boca

cuando este me encaró.

—Pero ¿qué cojones?

—Luke, eso no es lo que... —trató de explicarse Mia.

—¿Estuviste a punto de...? —Cerró los ojos, como si el simple pensamiento le doliera y

sacudió la cabeza—. Ni siquiera puedo decirlo, joder. ¿Con mi hermanita, Reed? ¿En serio? ¿En qué

cojones estabas pensando?

—No he hecho nada con tu hermana, Sullivan.

—Pero querías. —Ni siquiera lo preguntó, directamente hizo la declaración estando muy seguro

de que así era, y es que podría ser su hermana pequeña, pero habría que ser ciego para no ver que era

una auténtica belleza.

—Te repito que no ha pasado nada con tu hermana —repliqué con una paciencia de la que

generalmente carecía.

—¡Me importa una jodida mierda, Reed!

—¡Lucas, esa boca! —lo reprendió Mia. Casi me reí porque parecía realmente indignada por el

vocabulario de su hermano. Casi. Mientras yo seguía molesto con Tucker, ella se olvidó del pequeño

momento vergonzoso para reprender a un hombre adulto, a un policía nada menos.

—Mia, no me jodas —espetó Luke enfrentándose a su hermana, y no me gustó ni un poco su

forma de hablarle—. ¿Es verdad? ¿Estuvisteis a punto de...? Eso, ya sabes lo que quiero decir, joder

—inquirió sin apartar los ojos de ella mientras me señalaba con el pulgar por encima de su hombro.

Sabía que esto era cosa de familia, algo en lo que jamás de ninguna otra manera intervendría,

pero no solo yo era un punto clave en esta pequeña polémica, sino que consideraba a Luke mi mejor

amigo. Mierda, era casi como un hermano para mí; Chuck y él me ayudaron a levantarme cientos de

veces y ahora estábamos codo con codo cada día, cubriéndonos las espaldas. Pero había más.

Mia.

Llevaba toda la semana volviéndome loco, consciente de que la tenía viviendo a tan solo unos

pasos y, por primera vez en mi vida, no hice nada al respecto porque por increíble que parezca, me

sentía avergonzado por cómo fueron las cosas la otra noche. Y después de no haberme presentado en

su casa esa tarde... En realidad, quería hacerlo, lo quería más que nada, pero dos factores

importantes me hicieron retroceder. El primero era que ella no parecía el tipo

de mujer con las que

estaba acostumbrado a relacionarme y el segundo, si me acostaba con ella no podría ignorarla por

más que quisiera puesto que vivía en el piso de abajo y era inevitable que en algún momento nos

encontrásemos. Por otro lado, el estar pensando en ella continuamente tampoco ayudaba ya que nunca

me había sentido tan atraído por alguien a quien ni siquiera conocía.

Y ahora...

Verla tan vulnerable, con las mejillas encendidas y retorciéndose las manos mientras enfrentaba

a su hermano, me hizo querer saltar la barra, colocarla tras mi espalda y golpear a cualquiera que

tuviese los cojones de hacerla sentir mal otra vez. Puse una mano en el hombro de Luke para

apartarlo de ella y estaba a punto de hablar cuando fui interrumpido.

Otra vez.

Joder, estaba lento esa noche.

—¡Oh, mierda! —Tucker prorrumpió en carcajadas, llegando incluso a golpear la barra con el

puño varias veces mientras se agarraba el estómago con la otra mano. De hecho, se rio tan alto que

atrajo la atención de algunas personas que se encontraban cerca.

—¿Se puede saber de qué te ríes ahora? —preguntó Terry, mirando a su

compañero como si

finalmente hubiese perdido la cabeza.

Tucker se tomó unos segundos para reponerse antes de contestar; incluso lo vi limpiándose una

lagrima. Joder, eso no podía ser bueno. Rara vez teníamos el mismo concepto en cuanto a... algo, lo

que fuese, y seguro que esas diferencias se iban a hacer más patentes esa noche. En ese mismo

momento.

—Sullivan. —Tucker sacudió la cabeza como si estuviese disgustado, como cuando reprendes a

un niño pequeño—. No puedes cabrearte con Reed por eso, tío.

Alcé las cejas, pues eso era nuevo. Nuevo e inesperado.

—¿Y por qué mierda no puedo? —espetó Luke observándolo. Acto seguido levantó un dedo

mirando a Mia, pidiéndole silencio. Estaba claro que ya esperaba otra reprimenda por su parte.

—Porque, amigo mío... —respondió Tucker con una sonrisa de suficiencia —, tú también

querías follártela.

Luke se quedó completamente inmóvil a mi lado.

Yo permanecí mudo.

Mia soltó un pequeño chillido de sorpresa, mientras nos observaba a todos horrorizada y Terry,

que en ese momento había estado dando un sorbo a su cerveza, la escupió a punto de atragantarse,

salpicándonos a Luke y a mí en el proceso. Pero poco nos importaban unas cuantas gotas de cerveza

en la ropa.

—¿Qué mierda has dicho, Tuck? —preguntó Terry, aún tosiendo y pasándose la mano por la

barbilla para limpiar los restos de bebida.

—¿Te has vuelto jodidamente loco? —Luke no daba crédito y no sabía cuánta más mecha le

quedaba por quemar esa noche, pero, joder, recordaba vagamente la conversación acerca de mi

nueva vecina y por más que me pesara, Tucker tenía razón.

Más o menos.

—Luke, hermano, eso no es lo que Tucker quería decir. —Apoyé una mano en su hombro,

tratando de contenerlo. Si algo había sagrado para él, era su familia y la *piccola* Mia, como él la

llamaba, era su mayor debilidad.

—Oh, sí, eso es exactamente lo que quería decir.

Joder, Tucker no me lo estaba poniendo fácil.

—Tuck, déjalo ya —advirtió Terry, dirigiéndome una significativa mirada. Al parecer, no fui el

único en recordar la conversación.

—De eso nada, él —insistió señalando a Luke—, dijo que quería follarse a su hermana.

—¡Oh, por Dios! —murmuró Mia, tapándose la cara avergonzada.

Al mismo tiempo, Terry y yo espetamos un «joder» mientras tratábamos de contener a Sullivan

que, al grito de «te voy a reventar», se abalanzó furioso contra Tucker.

Lo entendía, de hecho, compartía el sentimiento, pero alguien tenía que mantener las cosas en

calma y lo curioso de la situación es que ese alguien pasase a ser yo, una ironía si me lo preguntas.

O todo lo calmadas que pudieran estar, claro.

Cuando conseguimos separarlos, me di cuenta de que varios de los allí presentes tenían su

atención completamente centrada en nuestro grupo y, por las miradas sorprendidas de muchos de

ellos, solo podía imaginar a qué enfermas conclusiones estaban llegando sus retorcidas mentes.

—Tío, tú lo dijiste, no yo —se defendió Tucker con las manos en alto en señal de rendición, y

por fin había borrado esa maldita sonrisa de su cara—. Recuerda que, cuando Reed nos contó todo el

rollo con su vecina, tú te ofreciste a follarla si él no lo hacía.

Eso era cierto.

Como también lo era el hecho de que en aquel momento ninguno de nosotros sabía que la chica

en cuestión era la hermana pequeña de Sullivan; él solo me había vacilado con respecto a ese tema

porque vio mi frustración, además del genio de mil demonios que gasté

durante esos días hasta que,

por fin, tras mucha insistencia acabé contándoles que me encontraba en un dilema. ¿Quería follarla?

Por supuesto que sí, además era incapaz de olvidar nuestro breve, aunque intenso, momento en el

club. ¿La había jodido con ella? Otra vez, la respuesta sería sí; maldita sea, fue ella quien

interrumpió mi polvo de aquella noche, que por otro lado solo fue mediocre así que tampoco es que

importase mucho, pero cuando la descubrí allí, mirándome ensimismada, con el pelo de haber estado

durmiendo y ese absurdo pijama de la gatita que no me preguntes por qué, pero en ella resultaba sexy

hasta la locura, solo quería... de todo, joder. Lo quería todo. Mi frustración, sobretodo, derivaba de

esta pregunta, ¿sería un problema follarla? Eso sería un sí enorme en luces de neón incluso. Yo no me

ataba, no me iban las relaciones y follar a mi vecina sería sin duda un grandísimo problema, y eso fue

antes de saber que era la hermana de Luke.

Mierda.

—¡No sabía que era mi hermana, imbécil! —gritó mi compañero, casi fuera de sí.

—Bueno, sí —cedió Tucker—, pero aun así dijiste que te la follarías.

—¡Te voy a reventar, cabrón!

Luke se abalanzó sobre él y, en ese momento, ya no hice ningún intento por detenerlo. Se lo tenía

merecido por ser tan bocazas, además, si no lo golpeaba él terminaría por hacerlo yo; eso le

enseñaría a retirarse a tiempo la próxima vez o directamente a no abrir la boca en según qué

situaciones. Terry, como siempre, estaba tratando de mantener la calma interponiéndose entre los dos

hombres y, mientras yo miraba entretenido el intercambio, no me percaté del enorme y furioso tipo

viniendo hacia nosotros hasta que golpeó con fuerza la barra con un bate de beisbol.

—¿Qué coño creéis que estáis haciendo, imbéciles?

El tipo era impresionante. Un gigantesco oso pelirrojo, furioso como un demonio y que en ese

momento nos apuntaba con su bate a los cuatro mientras permanecía junto a Mia detrás de la barra.

—Nada, Mick —se excusó Terry con una sonrisa—, está todo bien, ¿verdad muchachos? —

Hizo énfasis en la pregunta mirando entre Luke, que lanzaba dagas por los ojos, y Tucker, que se

arreglaba el cuello de la camisa.

—Más os vale, no quiero esa mierda en mi bar —espetó observándonos a todos, para luego

centrarse solo en Luke—. ¿Tengo que llamar a tu padre, muchacho?

—Joder, Mick, deja esa mierda que ya no soy ningún crío para que llames a mi padre cada vez

que hay un problema. —Luke habló con convicción, pero cuando apartó la mirada quedó claro que la

idea no le atraía precisamente. Curioso. Era algo que me apuntaría para futuras referencias. Aunque

conociendo a Chuck, tampoco es que me sorprendiera.

—Bien, pues deja de comportarte como un crío y no te trataré como tal. Sois policías, joder,

tenéis que dar ejemplo los tres. —En ese momento reparó en mí y entornó los ojos mientras me

evaluaba, no sé si tratando de reconocerme o simplemente intentando discernir por mi apariencia si

significaba más problemas—. ¿Y quién demonios eres tú?

Muy simpático el oso.

—Mick —lo reprendió Mia, quien curiosamente había permanecido en silencio. Estaba claro

que ella sí sabía de qué batallas permanecer alejada.

—Pequeña Mia, mi bar, mi casa, mis reglas, así que no me digas cuándo puedo o no maldecir.

—Con ella habló con más suavidad y gracias, joder, porque de lo contrario me habría importado una

mierda su edad o el hecho de que fuese el propietario del bar.

—Mick —intervino Terry, señalándome con el pulgar—, este es Reed, el nuevo compañero de

Sullivan y última adición a *La Novena*.

El tipo en cuestión volvió a mirarme y dio un pequeño gruñido de reconocimiento, a lo que yo le

respondí asintiendo. Presentaciones hechas. Mia puso los ojos en blanco y se marchó sin decir una

palabra para volver unos segundos después con más bebidas; para ese momento, Mick nos había

dejado claro que no quería más problemas en su bar o patearía nuestros culos a la calle. Una vez que

ella nos entregó a cada uno una cerveza, fue la primera en romper el silencio.

—Muy bien, veamos. En primer lugar, Lucas. —Estampó una sonrisa en su cara al dirigirse a su

hermano, aunque sentí que era forzada—. Entre Ethan y yo no hay nada, no lo ha habido y tampoco lo

habrá, así que deja de gruñir de una vez. Ethan —le tembló la voz y tuvo que aclararse la garganta

antes de continuar—, me alegro de verte de nuevo y ahora que sé que cubres a mi hermano, espero

que seamos amigos, además de vecinos. —Asentí, ¿qué mierda esperaba que le dijera?

—Claro, no hay problema.

—Terry —continuó Mia, acariciando el brazo que este tenía apoyado sobre la barra. Quise

arrancárselo—, eres un cielo, como siempre, y no sé qué haría sin ti. Tucker, por el amor de Dios,

controla lo que dices o acabarás en serios problemas cualquier día.

Para su crédito, debo decir que Tucker pareció realmente avergonzado tras las palabras de Mia,

por lo que se disculpó con una sonrisa y la besó en la mejilla.

—Muy bien —afirmó ella con voz cantarina y una enorme y preciosa sonrisa —, ahora sed

buenos chicos, bebed y comportaos, que yo tengo sedientos y ansiosos clientes que atender.

Con eso, se marchó balanceando sus caderas mientras yo era incapaz de apartar la mirada de su

perfecto y firme trasero. Los chicos reanudaron la conversación hablando de todo y de nada, pero yo

no prestaba atención. No podía dejar de contemplar a Mia mientras trabajaba sirviendo bebidas,

charlando animadamente con Mick y los clientes. Sabía que Luke, a pesar de aparentar normalidad,

seguía dándole vueltas a todo lo ocurrido y, aunque no quería esa mierda entre nosotros, me encontré

deseando que Mia me mirase y me sonriera a mí. Solo a mí. Pero no una de esas sonrisas que les

dedicaba a los demás, no. Quería el mismo tipo de sonrisa que me dirigió cuando nos conocimos, esa

que aún no la había visto volver a esbozar, esa que decía: «me gustas, me tienes».

Después de una noche de poco sueño y cansado de dar vueltas en la cama, a las siete y media

me rendí y me levanté. Mientras escaneaba el escaso contenido del frigorífico en busca de algo para

desayunar, rememoré el viaje de vuelta a casa. Decir que fue incómodo, sería el eufemismo del siglo.

Puesto que fue Luke quien nos llevó al bar en su coche, fue él quien me llevó de vuelta a mi

apartamento y, por supuesto, esperamos hasta que Mia terminó su turno para volver los tres juntos.

Ella había ido con su propio coche, pero la convencimos o, mejor dicho, Luke lo hizo, para que lo

dejase allí y regresase con nosotros con la promesa de llevarla para recuperarlo al día siguiente.

Imaginaba la conversación de haber estado solos en el coche él y yo. Pero, puesto que estábamos los

tres, fue ella la encargada de amenizarnos el viaje con un constante parloteo al que no presté la más

mínima atención, ya que estaba ocupado dejándome embriagar por ese maldito aroma que desprendía

y que me tenía alzando la nariz como el mejor perro rastreador. Era algo floral, no sabía qué, pero

algún tipo de flor y, ¿cómo coño seguía oliendo así después de pasar la noche trabajando en un bar?

Apartando esos pensamientos decidí tomar una ducha para despejarme. Salí de la cocina y me

pasé una mano por el pelo. Mierda, tenía que hacer hueco para cortármelo, estaba demasiado largo y,

pensando en eso, me dirigía hacia el pasillo cuando vi que alguien había pasado una nota de color

amarillo por debajo de la puerta de mi apartamento.

Al principio fruncí el ceño, pero rápidamente dejé que una sonrisa asomara a mis labios

mientras iba al baño para tomar esa ducha con una decisión ya tomada.

*No tuvimos el mejor de los comienzos,*

*¿lo intentamos de nuevo, amigo? Este vale es canjeable por*

*un desayuno en mi casa.*

*Mia.*

Un vale.

Me había regalado un jodido vale. No se puede decir que la chica no fuese original y, por

supuesto, estaba el hecho de que teníamos que llevarnos bien puesto que nos veríamos muy, muy a

menudo, pero ¿amigos?

Yo no tenía amigas.

No las quería.

No soy un completo cerdo, no me malinterpretes, pero no creía que un hombre y una mujer

pudiesen ser únicamente amigos, no sin beneficios, claro. El problema aquí radicaba en que ese

beneficioso aspecto de la supuesta amistad entre un hombre y una mujer a mí

me estaba

completamente vetado. No solo por su hermano, algo lógico conociendo mi modus operandi, sino

también por mí mismo, que ni quería ni necesitaba ese tipo de complicaciones en mi vida. Siempre

dejaba claras mis intenciones, hasta dónde estaba dispuesto a llegar; no creaba falsas expectativas,

simplemente buscaba una satisfacción física y después cada uno podía seguir su camino. Otra

cuestión era que podía afirmar, sin miedo a equivocarme, que Mia no era del tipo de chica de una

noche; estaba seguro de que para ella el sexo significaba más y que, sin importar la forma en que nos

conocimos, no se entregaba a cualquiera.

Daba igual que la chica fuese sexo andante, porque lo era; desde el momento en el que la vi en

el club, no pude apartar los ojos de ella y eso empeoró, pues cada vez que nos volvíamos a cruzar la

apreciaba mejor o descubría nuevos rasgos en ella que me enloquecían.

Su largo y ondulado cabello castaño, que se veía perfecto envuelto alrededor de mi puño; el

cuerpo con forma de reloj de arena, firme, perfecto, con curvas; ese trasero... joder, ese culo había

sido hecho pensando en mí y solo quería apretarlo una y otra vez. La piel olivácea, su boca...

maldita sea, yo había besado esa perfecta boca y quería volver a morder ese regordete labio inferior.

Pero sus ojos... de un color... no eran marrones—decir eso sería una mierda—sino más bien como

el caramelo fundido y hablaban de calidez, de dulzura, de inocencia.

Maldita fuera, yo no podía ser su amigo y menos cuando cada vez que la tenía cerca solo podía

imaginarme entre sus muslos.

No quería ser su amigo.

No lo sería.

Bien, entonces, ¿por qué me encontré bajando las escaleras hacia su apartamento para aceptar la

oferta y canjear mi vale?

## Capítulo 6

Aún seguía en una nube de camino al trabajo aquella mañana.

Quizás sería más apropiado decir que estaba sorprendida.

Después de la que se lio en el bar y del shock inicial al saber que Ethan era en realidad el tan

conocido Reed, apenas fui capaz de conciliar el sueño dando vueltas sin parar a posibles soluciones

que me ayudasen a reconducir la situación. Estaba claro que una vez conocida no solo su reputación,

sino también su profesión y la relación personal con mi hermano, entre nosotros únicamente había

cabida para algo cordial o para una amistad como la que mantenía con el resto de los chicos.

Teniendo en cuenta que nos veríamos a menudo, opté por lo segundo, aun siendo consciente de que no

me resultaría para nada fácil ya que la atracción que sentía hacia él era una de las sensaciones más

potentes y abrumadoras que había experimentado en toda mi vida. No sabía muy bien cómo dar el

primer paso e iniciar un acercamiento sin dar lugar a malentendidos, así que, a pesar de que a Ethan

podiese resultarle un gesto un tanto infantil, decidí hacer lo mismo que con algunos de mis chicos de

*Second Chance.*

Me bajé del autobús faltando todavía algunas calles para llegar al Instituto North Grand donde

daba clases, pero me gustaba caminar y el paseo me vendría bien para despejarme. Mientras *Burning*

*Up* de Eagle-Eye Cherry sonaba en mis auriculares, esboqué una sonrisa al recordar nuestro encuentro

de esa misma mañana.

Sí, como un gesto de buena fe, dejé en el apartamento de Ethan un vale canjeable por un

desayuno suponiendo que resultaría inofensivo y que de ninguna manera se confundiría con una cita o

con un intento de llegar a algo más, pero lo que jamás esperé fue que se lo tomase tan al pie de la

letra como para presentarse en mi casa ese mismo día cuando ni siquiera eran las ocho. Qué puedo

decir, no soy una mujer madrugadora y afortunadamente mi primera clase no empezaba hasta las diez,

así que, siguiendo con mi racha de buena suerte, aún estaba en la cama cuando escuché que llamaban

a la puerta. No necesitaba mirarme en el espejo para saber el desastroso aspecto que presentaba, sin

embargo, él... vestido con unos claros vaqueros desgastados, unas Converse negras y una simple

camiseta Henley negra, estaba imponente. Apoyado en el marco de mi puerta, con un tobillo cruzado

de forma casual sobre el otro, sostenía el vale entre dos dedos mientras me observaba con una ceja

arqueada y, aunque sus labios no sonreían, fueron sus ojos los que me dijeron lo divertida, o quizás

ridícula, que le resultaba la situación.

Sonrojada y azorada por creer que aquello había sido una buena idea, estaba a punto de

excusarme cuando me interrumpió.

—¿Esto es verdad?

—Por supuesto que sí —confirmé, confundida por la pregunta. De hecho, incluso cuadré los

hombros, sin apenas ser consciente de ello, en un intento de mostrarme segura de mí misma. No

dejaría que me avergonzase por haber intentado un acercamiento con él. Por supuesto, el movimiento

hizo que mis pechos sobresalieran y los ojos de Ethan de inmediato se clavaron en esa parte de mi

anatomía.

—Muy bien. —Se irguió tras carraspear y desviar la mirada; me pasó de largo sin esperar a que

lo invitase a entrar, dejándome en la puerta con la boca abierta por la incredulidad—. Pues entonces

veamos cuánta comida incluye este vale que me diste.

Y eso fue todo.

El principio de nuestra amistad.

Dios, aquello iba a resultar difícil porque, a pesar de que conocer a qué se dedicaba fue como

recibir un balde de agua fría, Ethan era... diferente. La noche anterior en Mick's no dejé de lanzarle

miradas furtivas a cada momento. Estuvo interactuando y charlando con los otros chicos, pero apenas

lo vi sonreír y, sin ninguna duda, no lo sentí tan relajado como esa mañana mientras compartíamos un

copioso y variado desayuno.

Cuando le hablé del instituto, parecía genuinamente interesado en mi trabajo, en conocer en qué

consistía exactamente, cuál era la finalidad del programa y su porcentaje de éxito, cómo eran los

chicos con los que trataba y por los que tanto me preocupaba... Todo. Así que, sintiéndome tan

cómoda como pez en el agua, no paré de parlotear durante el tiempo que estuvimos juntos, mientras

el respeto y una minúscula sonrisa se instalaban en su perfecto y precioso rostro.

Él era parco en palabras, por decirlo suavemente, y no parecía muy cómodo hablando de sí

mismo. Sin embargo, descubrí pequeños detalles mientras comíamos como, por ejemplo, que tenía la

misma edad que Luke —es decir, treinta y dos años—, que se conocieron cuando eran bastante más

jóvenes después de que mi padre lo sacara de algunos problemas, que estuvieron juntos en la

academia junto con Terry, que no siempre quiso ser policía y que era natural de Chicago. Le pregunté

qué lo llevó a mudarse a Nueva York, pero se cerró en banda, por lo que tampoco traté de

profundizar más en el tema; llegado el momento lo compartiría él mismo si lo consideraba oportuno,

aunque no podía negar que me picaba la curiosidad.

Oh, sí, y un dato curioso.

Se volvía loco por el dulce, literalmente. No entendía muy bien cómo, después de la cantidad de

comida que engulló durante el desayuno, se llevó un par de *mallocakes* de los que, según me informó,

daría buena cuenta en el camino a comisaría. Estaba recogiendo todo lo del desayuno cuando al abrir

un armario de la cocina los vio y no se lo pensó dos veces antes de lanzarse a por ellos; normalmente

yo no los comía —eran una bomba de calorías, esas puñeteras cositas engordaban con solo mirarlas

—, pero siempre mantenía una reserva porque a Jen la volvían loca y, bueno, para emergencias.

Nunca sobra el chocolate en una casa.

Casi había llegado al instituto cuando un chico a mi derecha me llamó la atención.

Estaba haciendo un grafiti en una pared y, obviando el hecho de que estuviese cometiendo un

pequeño delito contra la propiedad, debía admitir que tenía talento. Mientras admiraba el dibujo,

giró parcialmente la cara al agacharse para sacar algo de la mochila en el suelo y lo reconocí. Me

quité los auriculares y los guardé en el bolso antes de dar unos cuantos pasos para acercarme hacia

donde se encontraba él.

—Sabes que si la policía te coge haciendo eso estarás en problemas, ¿verdad?

Se levantó y, aunque no se giró y ni siquiera reconoció mi presencia, pude ver la tensión en su

espalda erguida. Tal vez empezar hablándole de la policía no fue lo más inteligente, así que decidí ir

por otra vía.

—Eres Benjamin, ¿verdad? —Silencio—. Te recuerdo de habernos cruzado alguna vez por el

instituto. Además, se supone que estás en mi clase, aunque no has aparecido por allí. —Más silencio.

Me removí inquieta porque necesitaba llegar a él—. ¿Sabes? He de reconocer que, aunque quizás no

lo has hecho en el lugar más apropiado, tienes talento.

Finalmente se giró para enfrentarme con una expresión para nada amigable.

—¿Por qué no se larga? —me despidió señalando hacia la acera con la barbilla en un gesto

desafiante—. ¿No ve que me importa una mierda lo que opine?

Suspiré.

Estaba claro que no iba a ponérmelo fácil, pero ¿cuándo lo hacían? Además, lo que dije acerca

del talento no solo era una estratagema para tratar de ganármelo, sino que se trataba de la valoración

de un trabajo desde un punto de vista profesional y objetivo.

—Bueno, pues es una pena, porque a mí sí que me importa lo que haces —repliqué con voz

suave y una sonrisa.

Sabía por experiencias pasadas que los comienzos con estos chicos nunca eran fáciles; debías ir

con pies de plomo, pues casi eran como pequeños animales acorralados: si los

asustabas, aunque

fuera un poco, saltaban sobre ti y los perdías. De manera que tenías que aprender a hacer oídos

sordos a muchos de sus desplantes y a armarte de paciencia, ya que el tiempo daría sus frutos y ellos

mismos verían su error.

—¿No me diga? —se burló y, pese a su hosquedad y el trato burdo al que quería someterme, no

se me pasó por alto que sus ojos se iluminaron con mis elogios ni el hecho de que, después de todo,

seguía habiendo un mínimo de respeto hacia mí al seguir tratándome de usted. Olvidemos que me

hacía sentir mayor, aunque solo le sacaba unos cuantos años; ese finísimo hilo que conseguí atisbar

era algo a lo que podía aferrarme—. Siga su camino y déjeme en paz.

Sacudió la cabeza con disgusto y se giró para continuar con su trabajo.

Si de verdad pensó que ignorándome conseguiría algo, estaba a punto de demostrarle lo

equivocado que estaba. Supuse que no hacía mucho tiempo que había comenzado con ese dibujo, ya

que de momento solo se podía ver la imagen de un chico cuya cara estaba parcialmente oculta por

una gorra y que enseñaba sus dedos medios a cualquiera que se dignase a echarle un vistazo. El juego

de luces y sombras, los colores que empleó, la expresión de enfado que se

podía atisbar en su

rostro... aunque no era el dibujo más original, había tanto realismo en él, tanto sentimiento... que

todo eso, junto con su actitud, me confirmaba lo que ya de antemano sabía y era que detrás de esa

fachada de chico duro había alguien enfadado, sufriendo... y esto...esto era su manera de

desquitarse, de expresarse.

De pedir auxilio aun sin ser consciente de ello.

—¿Sabes? Podrías dar rienda suelta a todo eso sin miedo a que te coja la policía, si vinieras a

mi clase, claro.

Se giró para enfrentarme y cruzó los brazos en una postura claramente defensiva. Era guapo, eso

había que concedérselo. Tenía el cabello ondulado de un rubio oscuro, los ojos eran de un profundo

color marrón y, aunque solo contaba con diecisiete años, podía apreciar una esbelta y bien formada

figura que estaba segura de que haría suspirar a muchas chicas en un futuro no demasiado lejano.

Súmale ese enfado y ese aire melancólico que parecía emanar de él y... *voilà*... obtienes el sueño

húmedo de la mayoría de las mujeres.

Igual que Ethan: físico impresionante, hosco y poco dispuesto a compartir algo más que su

cama.

Suspiré y deseché los pensamientos acerca de mi vecino y más reciente amigo.

Masoquistas.

Eso es lo que somos, unas masoquistas sin remedio.

—¿Ve que me dé miedo la policía? —se burló abriendo los brazos y señalando a su alrededor

—. Me importa una mierda la pasma.

Estuve a punto de corregirlo por su vocabulario, pero sin importar todo lo difícil que pudiese

resultar romper con ciertas costumbres, me contuve en el último segundo puesto que no quería

estropearlo antes siquiera de empezar.

Pasitos de bebé.

—Bueno, pues podrías hacerlo en un lugar más seguro, así no estarías aquí en la calle y quizás

podrías aprender un par de cosas.

—Y, déjeme adivinar —replicó con una irónica sonrisa asomando a sus labios—, esas cosas me

las va a enseñar usted, ¿verdad? —Se estaba riendo de mí y estaba claro que esa era, no solo su

forma de ahuyentarme, sino su método de autodefensa, por lo que respiré hondo para no dejar que me

afectase.

—Bueno, sí —traté de alentarle y me encogí de hombros de forma casual antes de continuar—,

y quizás tú también podrías enseñarme algo.

Vaciló durante unos segundos y volvió a cruzar los brazos mientras permanecía en silencio sin

apartar los ojos de mí, tal vez valorando mi propuesta. Al menos esa era mi esperanza y no que se

diese media vuelta y me dejase allí plantada, que era la otra posibilidad y que, por supuesto, con más

frecuencia ocurría en los primeros contactos.

»Mira —continué, dando un paso más cerca de él—, sé que te explicaron lo del programa. Mi

clase... digamos que no es la típica clase de instituto. —Envalentonada por su silencio y porque sentí

que por fin tenía su atención, seguí hablando para intentar convencerlo—. Todos los chicos a los que

doy clase son como tú y...

—Chicos como yo —repitió con voz fría y ahí, al ver cómo su rostro perdía toda expresión,

supe que no había escogido bien mis palabras a la hora de explicarme.

—Sí, bueno sabes lo qu...

—No soy ningún puto caso de caridad —espetó furioso e hizo un gesto con la barbilla hacia el

lugar en el que se encontraba el instituto—. Lárguese a domesticar a otro.

Con esas últimas palabras dio media vuelta, recogió sus cosas y se marchó sin girarse ni una

vez, dejando el grafiti ya olvidado.

Suspiré mientras me frotaba la frente y emprendí el camino de nuevo hacia el trabajo. Fue una

metedura de pata descomunal tratarlo como si fuese diferente a los demás, pero es que en cierto

modo lo era y no por ello lo estaba menospreciando, al contrario.

Debo explicar que colaboraba con *Second Chance*, que era un hogar de acogida para chicos que

esperaban adopción y que, además, en su mayoría habían vivido situaciones dramáticas y violentas.

Pero mi vocación era la enseñanza, el arte más concretamente, algo que heredé de mi madre, aunque

no con el mismo talento que ella poseía. La cuestión es, que hace algunos años se creó el PGIS o lo

que es lo mismo, el Programa de Graduado e Integración Social, donde se aunaban los esfuerzos, no

solo de algunas organizaciones como *Second Chance* o *Dreams ForKids* por ejemplo, sino de

algunos centros de enseñanza que apostaron por este proyecto con los ojos cerrados con el fin de

conseguir que la mayoría de sus estudiantes obtuviesen la mejor formación posible para enfrentar el

mundo real. Una gran cantidad de los chicos incluidos en este programa eran problemáticos, o

supongo que así es como mucha gente los definiría, pero eso ni siquiera rayaba la superficie. La

realidad era mucho más complicada.

La verdad era que la mayoría de ellos estaban furiosos por la mano que les había tocado jugar y

desesperados por escapar del núcleo de una familia disfuncional que no paraba de arrastrarlos hacia

el fondo. Muchos eran chicos que, en algún punto entre la infancia y la adolescencia, habían visto o

vivido situaciones abominables que nadie a tan temprana edad debería experimentar.

La verdad era que casi todos venían de familias con unos muy escasos recursos económicos y, a

sabiendas —o eso es lo que ellos creían— de que no podrían permitirse una formación que les

permitiera escapar de esa situación, optaban por conseguir según qué cosas de una forma, cuanto

menos, cuestionable.

La pura y cruda verdad era que muchos de ellos se sentían incomprendidos, y no me importa si

esto suena a cliché. Pocas personas se interesaban lo suficiente y se paraban a reflexionar acerca del

porqué de su actitud; solo eran capaces de quedarse en la superficie sin profundizar en las razones

que los movían a actuar de una determinada manera y, en muchos casos, los veían como un simple

fastidio basándose en su procedencia, sus modales o su forma de vestir.

Todo esto, el sentirse incomprendido o ninguneado, el enojo, la frustración y, por encima de

todo, el miedo y la desesperación, los convertía en el caldo de cultivo perfecto para las bandas

callejeras que, con promesas de protección y hermandad, acababan corrompiéndolos y utilizándolos

como simples peones en un juego demasiado arriesgado y peligroso. No importa cuánto los

combatiera la policía, esos grupos seguían proliferando a un ritmo alarmante.

Fue así como nació este programa, que es lo más alejado de la discriminación —como algunos

lo quisieron hacer ver en un principio— que puedo imaginar. De hecho, varios de los tutores, como

por ejemplo mi compañero Marc, son personas que en su día se beneficiaron de él y que, contra todo

pronóstico, salieron adelante y se forjaron un provechoso porvenir.

Se trata simplemente de explotar sus cualidades, de sacar el máximo partido de aquello que les

inspira; me da igual que se trate de baile, cocina, electromecánica, arte o cualquier otra cosa...

Todos tenemos ese algo que nos provoca una sonrisa, que nos ayuda a evadirnos; algo a lo que

recurrimos en busca de una vía de escape o que consigue absorbernos hasta tal punto que el resto del

mundo deja de existir.

Al final, cuando consigues que estos chicos, que pese a su juventud hace mucho tiempo

perdieron la fe en una sociedad que siempre los trató como si fuesen invisibles, se interesen, se

esfuercen y se den cuenta de que vale la pena, que hay alguien que de verdad cree en ellos y que sí,

son tan válidos como cualquier otro... el saber que has formado parte de esa lucha, que ayudaste a

darles el empujoncito aunque ellos hicieron todo el trabajo... es tan gratificante que no hay palabras

que alcancen a describir lo increíblemente realizada y orgullosa puedes llegar a sentirte.

Por eso, en cierto modo por mi innata terquedad y también porque sabía que Benjamin ni mucho

menos era un caso perdido, una vez que acabaron las clases ese día pedí en secretaría el expediente

del chico, el cual me facilitarían el próximo lunes. Cuando hablé con Marc acerca de lo sucedido y le

pregunté si lo conocía, no tuvo que pensárselo mucho antes de responder con un asentimiento.

—Te puedo decir que es un buen chico —dijo con convicción, mientras caminábamos hombro

con hombro por los pasillos ahora casi desiertos del instituto—, solo está enfadado y te aseguro que,

si no lo evitamos, no tardará mucho en meter la pata creyendo que así

ayudará en algo a su familia.

—Sacudió la cabeza, como tratando de librarse de algún recuerdo—. Ese chico haría cualquier cosa

por su hermana pequeña. Mira su expediente.

Y eso era lo que pretendía.

Pero tendría que esperar un par de días para conocer mejor su historia. Con eso en mente, nos

despedimos a la salida deseándonos un buen fin de semana y después de desestimar su ofrecimiento

de llevarme a casa.

Caminaba sumida en mis pensamientos, escuchando a Shinedown cantando acerca de segundas

oportunidades, cuando me sobresalté al ver un coche patrulla apenas a dos metros de mí circulando

al ritmo de mis pasos. Al agacharme un poco, comprobé que era mi hermano quien conducía y ahora

me miraba con un claro gesto de desaprobación plasmado en su rostro.

Sacudiendo la cabeza a sabiendas de que me esperaba algún tipo de sermón, Dios sabría por

qué en esta ocasión, me quité los auriculares y subí al coche. Tras besarlo en la mejilla, se incorporó

al tráfico y permanecí en silencio otorgándole el placer de tomar la iniciativa y deshacerse de lo que

fuese que lo estaba molestando.

—Deberías estar más atenta a lo que te rodea, Mia. Eres demasiado despistada.

Arqueeé las cejas con burla.

—Bueno, no debo estar haciéndolo mal cuando aún no me han asaltado hoy.

—Eso no es lo que quería decir.

Sí, ya sabía eso, pero si acababa haciendo caso de todas las advertencias que tanto él como

papá me daban continuamente, acabaría convirtiéndome en una paranoica.

—Sé muy bien lo que querías decir, Luke —repliqué con tono cansado.

—Pues no estaría de más que empezases a escuchar, para variar —espetó irritado, pasándose

una mano por su corto cabello rubio mientras que con la otra reforzaba su agarre en el volante—.

¿Qué habría pasado si, en lugar de ser yo, se hubiese tratado de algún acechador? ¿Eh? ¿O un

violador? ¿Qué hubieses hecho entonces? Habría sido así de fácil conseguirte. —Enfatizó su punto

chasqueando los dedos justo frente a mi cara, lo que solo provocó que me molestase más al sentirme

tratada como una niña. Además, tenía la sensación de que mi falta de atención a los detalles no era la

causa de su pésimo estado de ánimo, sin embargo, me había convertido en la desafortunada receptora

del mismo.

Y eso me irritó aún más que sus palabras.

—¡No lo sé, Luke! ¡Pero dímelo tú que lo sabes todo! —Agité las manos frente a mí—. No sé

cómo sería de diferente si fuese inspeccionando cada esquina o recoveco por el que paso. ¡No puedo

andar siempre a la defensiva por si, por algún casual, alguien decide atacarme!

Él se quedó en silencio a mi lado, observándome con los ojos bien abiertos y probablemente

sorprendido por mi estallido, ya que por lo general le daba la razón por el bien de su tranquilidad y

el de mi propia salud mental. Me giré en el asiento y miré por la ventana conforme íbamos dejando

atrás las calles que me acercaban cada vez más a la paz de mi hogar.

Después de unos momentos de tenso silencio, no pude resistirlo más.

—¿Esto no es un uso inapropiado del coche patrulla o algo así? Utilizarlo para llevar a tu

hermana a casa... eres un pésimo ejemplo, Lucas.

Mi hermano rio y la tensión entre ambos quedó olvidada. Después de eso, charlamos acerca de

todo y de nada. Me habló sobre su día y yo a mi vez le conté lo sucedido con Benjamin, y mi

preocupación acerca de que se metiera en graves problemas antes de poder siquiera tener la

oportunidad de llegar a él.

—No siempre podrás salvar a todos, Mia. —Fue su respuesta.

—Pero, Luke —me giré en el asiento y lo enfrenté intentando hacerle entender—, este chico sé

que no está perdido, todavía no, y además tiene talento, de verdad.

—No todos van a dejar que te acerques —replicó dándome una mirada de reojo, y algo en su

voz me hizo preguntarme por un segundo si aún seguíamos hablando de lo mismo.

Después de eso, el silencio reinó en el coche hasta que paró junto a la acera frente a mi edificio.

Me colgué el bolso al hombro, lo besé de nuevo en la mejilla y estaba a punto de abrir la puerta

cuando habló y detuve cualquier movimiento.

—Así que, ¿Reed, eh? —preguntó después de aclararse la garganta. Lo hizo en un tono tan

casual, que de no conocerlo tan bien, no habría dado mayor importancia a sus palabras.

Inmediatamente me puse a la defensiva y crucé los brazos bajo mi pecho.

—No estoy muy segura de lo que quieres decir.

Arqueó las cejas y sacudió la cabeza, levantando el labio con disgusto.

—No te hagas la tonta, hermanita, no te pega. —Se pasó la mano por el pelo y tras suspirar,

continuó—. Mira, no sé muy bien lo que pasó entre vosotros...

—Nada en absoluto —me apresuré a negar, ganándome un bufido de su

parte.

—...Pero —continuó, sin comprar mi mentira—. Reed no es... Te conozco Mia, sé cómo

funcionas y de la misma forma lo conozco a él, y te puedo asegurar... —  
Suspiró y miró por la

ventana antes de volver a clavar sus verdes ojos en mí, supongo que  
buscando la mejor forma de

tratar este tema con su hermana pequeña—. Él no tiene relaciones. De hecho,  
las rechaza de plano.

Tuvo momentos jodidos cuando crecía y... joder, él solo folla y que me  
condenen si permito que te

conviertas en otra muesca en su cinturón.

Hice un pequeño gesto ya que ni mucho menos estaba acostumbrada a tratar  
según qué temas con

él. No por mí, de hecho, Terry siempre estuvo más al tanto de estos temas  
que mi propio hermano,

pero él, al ser un hombre ocho años mayor que yo y con ese instinto  
sobrepotección tan firmemente

arraigado en él... digamos que nunca fue muy racional a la hora de asumir  
mis relaciones con el sexo

opuesto.

En realidad, espantó a todos cuanto pudo.

Era consciente de que me hablaba desde la preocupación más absoluta y  
sincera, y posiblemente

en esta ocasión estaba más que justificada, pero eso no significaba que fuese

a permitirle dirigir mi

vida o mis relaciones, sin importar que ya de antemano yo misma hubiese vetado la posibilidad de

tener algo más allá de una amistad con Ethan.

Sin embargo, eso él no lo sabía.

—Te aseguro que no tienes de qué preocuparte. —Traté de tranquilizarlo y seguí hablando antes

de que pudiera interrumpirme, tras darle un pequeño apretón en la mano que mantenía en su regazo—.

Nada en absoluto, Luke, lo digo en serio. Ethan es un hombre atractivo, sí, ¿y qué? —Hizo una mueca

y tuve que reprimir la sonrisa que luchaba por asomar a mis labios ante su incomodidad—. Me cruzo

con hombres atractivos cada día y eso no significa que tenga que pasar algo entre nosotros o que no

podamos ser simplemente amigos. Fíjate en Terry, por ejemplo, él...

Luke, que hasta ese momento había estado escuchando mientras observaba la calle a través del

parabrisas, giró la cabeza con brusquedad hasta dejarme clavada en el asiento con una mirada de

incredulidad reflejada en sus ojos.

—¿Qué demonios pasa con Terry?

Lo miré con la boca abierta sin dar crédito a lo que estaba insinuando. ¿Por quién narices me

tomaba?

Por el amor de Dios, yo no era ninguna Mata Hari, si acaso era su polo opuesto, pero supongo

que las revelaciones de la noche anterior aún lo tenían un poco en el borde.

—¿Te has vuelto loco? ¿Qué se supone que me estás preguntando? ¡Terry es como un hermano

para mí, cabeza de chorlito! —Entornó los ojos y pareció recapacitar sobre todo el asunto, pero

antes de que pudiese hablar, alcé una mano ordenándole silencio—. Mira, mejor no respondas, me

iré a casa y haré como que estos últimos minutos ni siquiera sucedieron.

Dicho esto, volví a colgarme el bolso, le di otro beso y salí del coche, pero me detuve justo

antes de cerrar la puerta intentando dejar a un lado mi irritación.

—¿Te veo en Mick's esta noche?

—No lo creo, estamos detrás de algo y tengo la sensación de que hoy se alargará más de la

cuenta. ¿Estarás bien?

—¿Cuándo? —Fingí ignorancia y luego me reí por su absurda pregunta—. Por supuesto que sí,

Luke, soy una chica grande y sé cuidarme sola.

—Muy bien, chica grande —replicó sonriente—, pues ten cuidado y cualquier cosa...

—Sí, sí, sí, te llamaré, no te preocupes. —Puse los ojos en blanco porque ya

me sabía la

canción—. Ahora lárgate a trabajar... ya sabes, proteger y servir.

Aún sonriendo por su gesto ceñudo cerré la puerta, giré sobre mis talones y me dirigí a mi

edificio mientras hacía un gesto de despedida con la mano por encima del hombro.

Pasé la tarde sin hacer nada en especial, en realidad, sin hacer absolutamente nada además de

holgazanear. Después de tomar una cena ligera, me duché y me preparé para la noche en Mick's. El

primer contratiempo vino cuando me di cuenta de que no había hecho la colada y no tenía ninguna

camiseta del trabajo limpia, no en casa al menos, así que me arreglaría y luego cogería una de las que

teníamos en el bar de reserva. Mick me iba a matar, eso, o directamente me daría una patada en el

trasero y se negaría a que cogiese más camisetas de su preciado arsenal.

Era un tacaño.

Considerando esa posibilidad, decidí ponerme un vestido que mamá me regaló en nuestra última

salida de compras juntas. Lo adoraba y era muy ella, muy yo. De un estilo *boho*, el vestido en color

crudo me llegaba justo por encima de las rodillas y estaba hecho de una vaporosa tela que otorgaba

fluidez a cada uno de mis movimientos, además tenía bordadas algunas flores

en suaves verdes y

rosas; justo bajo el pecho, incluía un cinturón de piel marrón que acentuaba mi figura, y la parte

superior tenía lo justo de escote y se sujetaba con unos finos tirantes. Dejé mi larga melena suelta,

añadí algo de maquillaje, unas botas marrones de media caña que combinaban a la perfección, varios

brazales de plata, mi cazadora vaquera y estaba lista.

O casi.

Porque nada más cerrar la puerta de casa, me congelé en el rellano al recordar que no tenía mi

coche. Luke me trajo directamente a casa desde el trabajo y ninguno de nosotros reparó en ese

pequeño detalle.

Pensé, pensé... y volví a pensar en una posible solución.

Jen no tenía coche, por lo que quedaba descartada. Luke tampoco me servía, a él lo dejaría

tranquilo por hoy ya que no necesitaba más charlas de hermano mayor. Tucker sería la última opción

y tampoco quería molestar a Terry.

Eso me dejaba a mi vecino.

Me mordí el labio, indecisa sobre qué hacer.

No quería que pensara cualquier cosa extraña si le pedía que me acercase al trabajo, sin

embargo, ya habíamos dejado claro esa mañana que éramos amigos, ¿verdad?

Y los amigos se hacen este tipo de favores, ¿cierto?

Pues estaba decidido, Ethan sería el afortunado en llevarme al trabajo. Eso, por supuesto,

contando con que estuviese en casa, porque igual ya estaba con Luke trabajando y toda esa arenga

mental había sido en vano.

Aparcando las excusas a un lado, no lo pensé más y me dirigí escaleras arriba para pedir el

primer favor a mi ruidoso y sexy vecino.

## Capítulo 7

No terminaba de convencerme sobre si era una buena idea o no.

Ese pequeño favor era una nimiedad, sin embargo, no pude evitar que me asaltaran las dudas.

Daba vueltas en el pequeño rellano frente a la puerta de Ethan, mientras me mordisqueaba la uña del

pulgar y con el sonido de mis pasos como única compañía. Cada vez que me paraba y levantaba el

puño con la intención de llamar, algo dentro de mí me lo impedía y volvía a retomar el pequeño

paseo. Me irrité conmigo misma por ese comportamiento infantil mientras me repetía que aquello era

un pequeño gesto entre vecinos y potenciales amigos, sin la más mínima importancia.

Ya, claro, sin embargo, no paraba de ver banderas rojas ondeando por todas partes.

Sacudí la cabeza, decidí dejar de pensar y simplemente llamé.

Apenas dejé pasar unos segundos, aunque se me hicieron eternos, cuando comencé a bajar las

escaleras una vez comprobado que Ethan no estaba en casa; la puerta se abrió a mis espaldas y me

detuve en seco haciendo una mueca antes de girarme con el corazón bombeando a mil por hora.

Suspiré y me dije que, desde ese momento en adelante, elegiría con más cuidado a mis

amistades. Desde luego, el hombre no me estaba facilitando la tarea y me di cuenta de que estar ante

su imponente presencia sin saltarle encima requería de una cantidad ingente de autocontrol por mi

parte.

No fui consciente de estar asintiendo hasta que Ethan habló.

—Que sí, ¿qué?

La burlona pregunta hizo que me enfocase en él, que me miraba con una diversión apenas

disimulada mientras permanecía apoyado en la pared junto a la puerta en esa postura tan chulesca

suya, con los brazos y los tobillos cruzados.

—¿Qué?

—Estabas asintiendo —respondió arqueando sus oscuras cejas—, así que me pregunto a qué

estabas diciendo que sí.

—Oh —sonreí avergonzada—, a nada, en realidad.

Me miró unos segundos con escepticismo, pero no insistió en el tema y mientras, yo... yo no

pude evitar devorarlo con la mirada, algo que al parecer ocurría cada vez que nos encontrábamos.

Vestía un vaquero gris y una camiseta negra de manga corta, y al tener los brazos cruzados sobre

el pecho, sus músculos estaban más que acentuados. Llevaba unas botas negras, también esas

pulseras de cuero y plata que parecían simplemente otra parte más de su anatomía; el cabello le caía

sobre la frente y se enroscaba alrededor de sus orejas en ondas húmedas, así que supuse que acababa

de tomar una ducha. Estuve a punto de cerrar los ojos para empaparme bien de ese delicioso aroma

que emanaba y que ya había empezado a relacionar directamente con él, pero su voz me detuvo.

—¿Sabes? Me preguntaba si te decidirías a llamar o si simplemente volverías por donde habías

venido —dijo con una sonrisa a medias, deteniendo de golpe mi escrutinio.

—¿Perdón?

—Llevo alrededor de cinco minutos escuchándote pasear ante mi puerta

farfullando sin cesar —

respondió, sin perder esa sonrisa ladeada que acentuaba un pequeño hoyuelo en el lado izquierdo y,

por ende, mis ganas de saltar sobre él—. Si necesitas algo, Mia, solo tienes que pedirlo, mi puerta

*siempre* está abierta para ti.

Siempre.

Su puerta siempre abierta... para mí, y lo dijo marcando hoyuelo.

No quería sacar conclusiones precipitadas, pero la tarea se me presentaba hartamente difícil debido

al profundo y ronco tono de su voz, y al hincapié que hizo en la última parte de su declaración.

¿A qué exactamente debía entender que se estaba ofreciendo?

A nada.

No debía confundir lo que allí ocurría. Por su bien y, especialmente por el mío propio, eso es

justo lo que debía entender, nada más allá de lo que en realidad había puesto en palabras.

—Eh... —Dudé un par de segundos, pero finalmente opté por lanzarme a por ello—. En

realidad, necesito un pequeño favor.

—Tú dirás —ronroneó. Me repasó de pies a cabeza y no se trataba de una inspección inocente.

Oh, no, de ninguna manera. La forma en que fue subiendo por mi cuerpo,

demorándose en mis

piernas, mi cintura y la manera de humedecerse el labio inferior cuando llegó a mi pecho...

Por Dios, mi cuerpo, que al parecer había decidido ignorar a mi cabeza, vibraba de emoción al

saberse apreciado. Sin embargo, no me gustó esa actitud chulesca.

En él no quedaba nada del hombre con el que había desayunado en mi apartamento aquella

misma mañana, por el contrario, en ese momento atisé al personaje del que había escuchado hablar

a los chicos, ese de quien mi hermano me advirtió, el mismo que me mantuvo en vela varias noches

debido a sus actividades.

—¿Sabes qué? No importa, no te preocupes —respondí con sequedad.

Giré y comencé a bajar las escaleras con toda la rapidez que mis piernas me permitían. Una

maldición murmurada después, Ethan me alcanzó cuando pasaba por delante de mi puerta y

agarrándome del brazo con suavidad, aunque con firmeza, detuvo mi espantada.

Porque siendo realistas, eso es lo que era.

—Espera, Mia, maldita sea. —Se pasó la mano por el cabello antes de clavar esos

impresionantes ojos azules en mí—. Ni siquiera me has dicho lo que necesitas.

—En realidad, no es importante. No te preocupes.

Le di una palmadita en el brazo con intención de seguir mi camino, pero me detuvo.

Maldita sea, Mick me iba a matar. No solo no llevaba mi camiseta, sino que además iba a llegar

tarde.

—Me importa una mierda si lo consideras importante o no —replicó con brusquedad—. Si has

subido a mi casa a pedírmelo, me importa; te lo preguntaré de nuevo, ¿qué necesitas?

—Es que... —suspiré derrotada y aparté la mirada—. No tengo mi coche, no sé si recuerdas

que anoche lo dejé cerca de Mick's. —Cuando asintió, continué—. Bueno, no estaba segura, porque

Luke me dijo que probablemente estaríais trabajando hasta tarde hoy, pero me preguntaba... si

estabas en casa, y no te importaba, bueno... si podrías llevarme hasta el trabajo. Nadie más puede y

queda algo lejos para ir caminando, así que pensé que igual tú...

Me detuve, antes de seguir haciendo el ridículo. Lo solté todo de sopetón sin apenas coger aire

y es que ese era el efecto que este hombre tenía en mí. Me convertía en un amasijo balbuceante de

enredadas y confusas terminaciones nerviosas que, eso sí, eran hiperconscientes de él y de la

masculinidad que emanaba por cada poro de su piel.

—Así que soy tu última opción.

¿Yo había dicho eso? ¡Mierda!

—Eh... verás, no quise decir...

—Estoy bromeando, Mia. —Apenas elevó la comisura izquierda del labio dejándome ver otra

vez ese maldito hoyuelo antes de girar y hablarme por encima del hombro, mientras volvía a subir las

escaleras de dos en dos—. Pensaba salir de todas formas, así que no me importa llevarte al trabajo.

Bueno, pues todo solucionado. Él pensaba salir de todas formas.

Y, por alguna extraña razón, quería que me llevase con él. Quería que me contase algo más

acerca de su vida, de lo que le gustaba hacer, de dónde iba cuando no estaba en el trabajo o en casa.

Aunque, pensándolo bien, no estaba muy segura de si la respuesta a mi última pregunta sería de mi

agrado si estaba relacionada con los ruidos provenientes de su apartamento las primeras noches que

viví allí.

Solo tardó unos segundos en aparecer guardando su cartera en el bolsillo trasero de los

vaqueros, mientras jugaba con las llaves del coche con la otra mano.

Al salir del edificio, la fresca brisa de principios de otoño acarició mi piel y

tomé una profunda

bocanada de aire sintiendo y saboreando el cambio que en breve tendría lugar y que dejaría los

árboles a medio vestir en profundos y ricos ocres y naranjas.

Puso la mano en la parte baja de mi espalda, enviando un involuntario escalofrío de placer e

inquietud por todo mi cuerpo, y me dirigió hacia un enorme y reluciente SUV negro aparcado en la

acera. Permanecimos en un cómodo silencio mientras conducía el vehículo con suavidad hacia el bar

y no pude evitar tamborilear los dedos en mi pierna cuando comenzó a sonar *Smelllike teenspirit* de

Nirvana por los altavoces. Me encantaba esa canción y debo decir que no me sorprendió su elección

musical, parecía muy él. De hecho, estaba encantada cuando le siguieron Soundgarden y Green Day .

Miraba las calles pasar a través del cristal mientras cantaba en voz baja, cuando de repente bajó el

volumen de la radio dejando solo un suave murmullo de fondo antes de hablar.

—Estuve a punto de preguntarte si querías escuchar alguna otra cosa —dijo con voz divertida,

lanzándome una mirada de reojo—, pero veo que estás llena de sorpresas.

Giré un poco el cuerpo en el asiento para encararlo mejor antes de hacerme la ofendida ya que

imaginaba hacia dónde se dirigía la conversación.

—Parece que el hecho de tener un buen gusto musical sea algo inaudito.

Mantuve el rostro inexpresivo, mientras Ethan me lanzó un par de ojeadas cautelosas antes de

devolver la vista a la carretera.

—No quería decir que no tuvieses buen gusto —respondió despacio, como tratando de escoger

con cuidado sus palabras—, es solo que pareces, no sé...

—¿Parezco qué? —lo interrumpí, decidiendo jugar un poco con él.

Resopló y se pasó la mano por el cabello, lo cual casi hizo que se me escapara una carcajada.

Era algo curioso ver a un tipo grande y duro como él siendo tan precavido alrededor de alguien como

yo, quien por lo general era considerada como una persona dulce e inocente. O quizás, pensándolo

bien, él trataba de escoger tanto sus palabras precisamente por eso, por miedo a herir mis

sentimientos y terminar con una molesta y llorosa mujer en su coche. No sabía él que, habiendo

crecido con Luke y papá, me había convertido en una mujer muy capaz de manejar a hombres como él

porque, siendo realistas y salvo algún detallito aquí o allá que aún tendría que descubrir, Ethan

estaba cortado por el mismo patrón.

—Bueno, joder... tú eres... ya sabes. —Hizo un gesto con la mano abarcando mi cuerpo

mientras me lanzaba una mirada—. ¡Joder! No lo sé, muy... ¿suave? No pensé que te gustase este

tipo de música, eso es todo.

Al verlo en tal apuro, no pude evitarlo por más tiempo y rompí a reír.

—¿Qué es tan gracioso? —farfulló ofuscado.

—Tú —respondí, todavía riéndome por su incomodidad.

Sacudí la cabeza y volví a mirar por la ventanilla, todavía más entretenida si cabe, mientras lo

escuchaba murmurar por lo bajo.

—¡Vamos, no me jodas! —El enojado murmullo solo consiguió divertirme más, para su

disgusto, por supuesto—. ¿Te importaría compartirlo con el resto de la clase?

Decidida a acabar con su miseria, respiré profundamente un par de veces antes de enfrentarlo y

aclararle la cuestión.

—Ethan, sabía lo que querías decir desde el principio. —Levanté la mano para silenciarlo

cuando vi que abría la boca para hablar—. Sé que muchas veces mi actitud o mi forma de vestir o lo

que sea que os parezco, da pie a que la gente me catalogue como un cierto tipo de persona —me

encogí de hombros restándole importancia al asunto—, pero por mí está bien,

nunca podrás decir que

soy predecible.

—Joder, por supuesto que no lo eres —murmuró. No le pregunté a qué se refería, pues no estaba

muy segura de si en realidad quería conocer la respuesta.

—¿Sabes? A veces resultas muy mono.

—¡Mierda, no! ¡Yo no soy mono! —replicó ofendido con su profunda voz de barítono.

—Sí que lo eres —me reafirmé con voz cantarina—. Estabas tan incómodo, tan temeroso y

preocupado por herir mis sentimientos. Eso es muy mono, Ethan.

—Estaba tratando de no incomodarte, pero eso no es mono —farfulló indignado—. De hecho,

creo que es algo varonil, así que no quiero que el adjetivo *mono* se relacione conmigo de ninguna

manera.

Reí porque en realidad sí que resultaba mono, pero decidí no hacer más leña del árbol caído y

dejarlo estar porque parecía un tema delicado para él. Por supuesto, del mismo modo que no pensaba

insistir acerca de lo mono que podía resultar, tampoco le diría qué otros adjetivos relacionaba con

él.

El trayecto se hizo bastante corto y, antes de darme cuenta, paró en la misma

puerta de Mick's.

Con cierta reticencia, ya que quería pasar más tiempo con él, me desabroché el cinturón y le agradecí

por el viaje.

—No tiene importancia, ¿volverás luego en tu coche?

—Sí, en realidad no lo tengo aparcado muy lejos. —Hice un gesto hacia la calle que teníamos

delante, aunque la verdad es que no se veía mi adorado Volkswagen—. Y tú, ¿tienes trabajo esta

noche?

—Sí, hay algo que tengo que resolver —respondió apartando la mirada, no sin antes echar un

vistazo a mis piernas desnudas. No se me pasó por alto la pequeña vacilación que precedió a su

explicación, ni el hecho de que, en realidad, no dijo que iba a trabajar, solo algo acerca de un asunto

pendiente, pero decidí no escarbar más en ello ya que tenía que dejarle su espacio para que fuese él

quien compartiera según qué cosas conmigo por propia voluntad.

Al parecer, mis chicos no eran los únicos con quienes debía ir con pies de plomo.

—Muy bien. —Me acerqué a él y le di un suave y casto beso en su rasposa mejilla, aspirando y

empapándome tanto como pude de su aroma, sin parecer una loca en el proceso—. Ten cuidado, ¿de

acuerdo?

Se congeló.

Literalmente.

No estaba muy segura de si su reacción se debía a mis palabras o al beso, pero después de esa

pequeña muestra de cariño y agradecimiento, clavó su mirada en mí con tal intensidad que fui

incapaz de moverme, así que me limité a explicarme.

»Bueno, ya sabes, eres policía... chicos malos... solo digo que tengas cuidado y procures

volver de una pieza a casa. —Estaba nerviosa, balbuceando—. A tu casa, por supuesto.

Asintió, pero no dijo una sola palabra. Así que, dando por terminado nuestro breve encuentro,

estaba a punto de bajar del coche cuando mi nombre saliendo de sus labios me detuvo con un pie ya

en el suelo.

—Dame tu bolso —exigió sin la más mínima delicadeza y yo me quedé de piedra.

—¿Perdón? —No estaba segura de haberlo escuchado bien.

Farfulló algo ininteligible antes de, sin ningún miramiento y obviando mis protestas, agarrar mi

bolso y empezar a rebuscar en él.

—Joder, en mi puta vida entenderé para qué cojones necesitáis las mujeres

tanta mierda aquí

dentro.

—Haz el favor de no maldecir tanto. —Me ignoró mientras seguía con la cabeza prácticamente

dentro de mi bolso—. ¡Devuélvemelo!

Me ignoró.

Irritada, terminé de bajarme del coche y, con las manos en las caderas al más puro estilo de mi

*nonna*, vi con impotencia cómo seguía registrándolo. Al parecer, la paciencia no era su fuerte y

terminó por volcar todo el contenido en el asiento que acababa de dejar libre.

Jadeé espantada por esa invasión de mi intimidad.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

Estaba a pocos segundos de abalanzarme sobre él, y en aquella ocasión nada tenía que ver esa

fuerte atracción que quemaba entre nosotros.

No.

Estaba irritada, avergonzada y me sentía impotente mientras veía mis llaves, tampones, un

pequeño estuche de maquillaje para emergencias, un spray antivioladores y demás objetos

personales —por supuesto muy necesarios y obviamente privados— ser revueltos justo frente a mí

por esta especie de bruto neandertal. El seguía a lo suyo sin prestarme ninguna atención, lo cual solo

estaba consiguiendo ofuscarme más.

—¡Ethan!

—Joder —masculló algo más que no fui capaz de entender y, cuando estaba a punto de

arrebatarle mis cosas, alzó la cabeza y dirigió esa impresionante mirada azul hacia mí, esta vez,

cargada de reproche—. Llevas todo esto... —Señaló con la mano mis desechadas pertenencias

esparcidas sobre el asiento, sin apartar en ningún momento sus ojos de los míos—. ¿Y no se te ocurre

llevar un puñetero teléfono móvil encima?

Fruncí el ceño por ese tono brusco que no me gustaba en absoluto, y menos aún cuando lo

dirigía hacia mi persona.

Así que era eso lo que buscaba con tanto ahínco.

De no sentirme tan sumamente irritada con él por su forma de coger lo que quiso y cuando quiso

sin mediar palabra, casi podría haberme echado a reír por lo absurdo de la situación. *Casi* es la

palabra clave porque por supuesto no lo hice, sino que mantuve la expresión en blanco y me incliné

sobre el asiento mientras, en silencio, devolvía mis cosas a su legítimo sitio, de donde por cierto

nunca debieron salir en primer lugar.

Aunque mantuve la cabeza gacha, estábamos muy cerca; apenas nos separaban unos centímetros,

los cuales se me antojaron demasiados pues era hiperconsciente del calor que desprendía su cuerpo,

de sus fuertes brazos extendidos mientras mantenía los puños cerrados y apoyados en el asiento a

cada lado de mí, de su aroma...¡oh, Dios, ese olor! Olía a jabón, a ropa limpia y a algo más que no

era perfume, pero que era incapaz de identificar como algo distinto a Ethan; era todo él y resultaba

absolutamente delicioso y embriagador, hasta tal punto, que de hecho tuve que hacer un esfuerzo

titánico para no acabar con esa pequeña distancia entre nosotros, esconder la cara en el hueco de su

cuello y lamer su piel para cerciorarme de si su sabor era tan maravilloso como su olor.

El mero pensamiento comenzó a excitarme y tuve que recordarme todas las razones por las que

hacerlo sería una pésima idea, además del hecho de que se suponía que era mi amigo y uno con el

que, por cierto, estaba muy irritada en ese momento.

—Mia, mírame joder —espetó con voz ronca—. No creas que te vas a ir de rositas, hablo en

serio.

Suspiré y cerré el bolso antes de alzar la cabeza para enfrentarlo, pero no estaba preparada para

quedar tan cerca de él; tanto, que nuestras narices casi se rozaban. Sabía que mi aliento salía

entrecortado a causa de las irrefrenables ganas que tenía de mordisquear esos gruesos labios de los

que no podría apartar la mirada ni aunque mi vida dependiese de ello. Mi mente volvió a la noche en

la que nos conocimos e inmediatamente necesité volver a sentirlo presionado contra mí, quería

enredar mis dedos en su sedoso y oscuro cabello y quería... no, *necesitaba* revivir ese dulce e

intenso tango que nuestras lenguas bailaron y de verdad, *de verdad*, que me moría por lamer el

hoyuelo en su barbilla. Nunca me había sentido así; nadie había despertado cada terminación

nerviosa con tanta intensidad ni me había hecho ser tan consciente de mi sexualidad; casi me

avergonzaba por tener ese tipo de reacciones cada vez que estaba cerca de él, porque esa no era yo.

O al menos nunca creí serlo.

—¡Mia!

—¿A ti nunca te han enseñado cómo pedir las cosas? —pregunté con una sonrisa de lo más

insolente, mientras me obligaba a mirarlo a los ojos. No me dejaría intimidar por él y menos aún

cuando sabía que no llevaba razón al molestarse conmigo, pero si incluso la hubiese tenido, eso

tampoco justificaba la forma en que me arrebató mi bolso, y era algo que tendría que enseñarle.

No respondió.

Simplemente me mantuvo la mirada durante unos segundos más antes de girar la cabeza y fijar la

vista en la calle del frente; la luz plateada de las farolas y la de los coches que circulaban

pasándonos incidían en el parabrisas y se reflejaban en él, facilitándome así el poder admirar su

fuerte y magnífico perfil. A duras penas fui capaz de retener el suspiro que pugnaba por escapar de

mis labios.

Sacudí la cabeza y saqué mi teléfono de un pequeño bolsillo con cremallera en la parte trasera

del bolso; siempre lo guardaba ahí porque si había algo en lo que tenía que darle la razón a Ethan,

era en que sí que llevaba muchas cosas en el bolso —todas necesarias, por supuesto—. Guardándolo

en este pequeño compartimento lo localizaba con rapidez y además no me perdía ninguna llamada

por pasar demasiado tiempo buscándolo entre todo lo demás.

—¿Esto es lo que estabas buscando entre *mis* cosas?

Cuando me miró, enarqué las cejas y le mostré el pequeño aparato en mi

mano mientras lo

sacudía juguetona. Sus ojos viajaron primero al teléfono, después a mí y, antes de dirigirlos de nuevo

al aparato de la discordia, se pasó ambas manos por la cara y medio resopló una risa, aunque por

supuesto trató de mantener su expresión seria.

—Dámelo, Mia —exigió, estirando una mano y moviendo los dedos, sin cortarse ni un pelo ni

reconocer que no había actuado bien.

—¿Disculpa?

No me podía creer su descaró y dejé que la incredulidad hiciera aparición no solo en mi voz,

sino en mi rostro. Aparté la mano con rapidez cuando trató de cogerlo y así habíamos vuelto al punto

de partida.

—¿Estás de broma?

Retiró la mano y volvió a frotarse la cara mientras dejaba escapar un ahogado y frustrado

«joder». Me hizo gracia verlo así porque, al parecer, era muy fácil desesperar a este hombre.

—Pídemelo bien —hablé con suavidad, pero también con la seguridad de quien se sabe

ganadora y, en aquel caso, yo lo era. No sabía por qué no me lo había pedido de la manera correcta

en primer lugar, ya que imaginaba cuál era su propósito y no habría dudado en dárselo. Sin embargo,

el problema aquí radicaba en las formas, en que al parecer este hombre tenía que aprender que no

siempre se puede andar tomando y exigiendo lo que uno quiere. Cuando solo me miró en silencio,

aclaré—. Ethan, pídemelo como lo haría cualquier persona normal y lo tendrás.

Volvió la vista hacia el parabrisas y vi cómo sacudía la cabeza, a medias divertido y

exasperado por mi exigencia. Después de tomar una respiración profunda — casi parecía que le había

pedido medio riñón—, clavó sus impresionantes ojos en mí y cedió.

—Mia, ¿podrías darme tu teléfono un momento?

—Por... —Enarqué las cejas, divertida, instándole a que continuase. Esto, por supuesto, me

ganó un gruñido por su parte.

—Por favor, ¿me dejarías el jodido teléfono un segundo?

¡Ays, qué cerca!

Casi lo había conseguido, casi. No estaba del todo mal, aunque tampoco perfecto, pero viendo

que se impacientaba por segundos decidí no tentar más a la suerte.

—¿Ves? —Sonreí y hablé con voz cantarina, mientras me inclinaba dentro de la cabina del

coche y se lo entregaba—. No ha sido tan difícil, ¿verdad?

Con un resoplido, cogió el teléfono y, mientras comenzaba a teclear en él, murmuró:

—Estás jodidamente loca, ¿lo sabías?

—¡No es así, en absoluto! —Me llevé una mano al pecho, con fingida indignación, para después

continuar con voz algo más severa—. Tú eres un bruto. ¿Tanto trabajo te habría costado pedírmelo en

lugar de asaltarme? Así no se hacen las cosas. ¡Y hablar bien no es tan difícil!

—¿Asaltarte? —Rio y me dirigió una mirada fugaz. Ignoró mi regañina, por supuesto. Tras un

último toque a la pantalla, su teléfono, que estaba en el salpicadero se iluminó, y declaró—. Ahí está.

Ahora tienes mi número y yo tengo el tuyo. Cualquier cosa, y quiero decir, lo que sea y a la hora que

sea, llámame.

Sintiéndome algo cohibida bajo su intensa mirada, recuperé mi móvil y, mientras lo devolvía a

su sitio, murmuré sin mirarlo:

—Te lo agradezco, pero llevo mucho tiempo trabajando aquí y ya estoy acostumbrada. —No

quería parecer desagradecida, pero ya tenía bastante protección con el resto de los hombres de mi

vida y tampoco quería que se sintiera en la obligación de cuidarme por ser la hermana de su

compañero—. En cualquier caso —sonreí, mirándolo antes de marcharme—, es un bonito detalle,

Ethan, y por supuesto, lo tendré en cuenta.

No sé muy bien cómo sucedió, pero un momento estaba retrocediendo para salir y cerrar la

puerta del coche y al siguiente, una de sus manos me retenía sujetándome por el brazo con suavidad.

Con la otra, ahuecó mi nuca, su fuerte mano me impedía la retirada y, a pesar de lo brusco que

podiese parecer el gesto, su toque tenía una gentileza y delicadeza indescriptibles; podía sentir sus

firmes y fuertes dedos abiertos y enredados en mi cabello, manteniéndome en mi lugar, mientras que

su pulgar se movía hacia atrás y hacia adelante por mi mandíbula acariciándome de forma casi

imperceptible, lo que hacía que su toque resultase aún más sensual. El gesto, la caricia y la

profundidad de su mirada azul provocaron que un escalofrío me recorriese de pies a cabeza.

—No es solo un bonito detalle—gruñó con voz profunda mirándome a los ojos—. Si digo que

me llames, me llamas. Hablo en serio. Trabajas de noche, llegas de madrugada sola a casa, de

manera que... *cualquiercosa* —enfaticó de nuevo—, por absurda que te pueda parecer, quiero que lo

hagas.

Estábamos tan, tan cerca, que nuestros alientos se entremezclaban.  
Nazareth cantaba en la radio

*Love Hurts.*

Este era el segundo momento intenso en la última media hora y, a decir verdad, no sabía cuánto

más sería capaz de soportar antes de finalmente ceder y abalanzarme sobre él así que, por supuesto,

decidí romperlo.

—¡Está bien, está bien! —claudiqué sonriendo y tratando en vano de zafarme de su agarre—.

No sabía que acababa de conseguir otro hermano mayor.

—Oh, créeme —murmuró mirándome con intensidad—, si de algo estoy jodidamente seguro, es

de que no soy tu hermano.

¿Qué se suponía que debía hacer yo con esa declaración?

Por el amor de todos los santos, este hombre... este brusco, exigente y delicioso hombre, era

demasiado intenso para mi sensible y casi olvidada libido. Dejé salir un aliento entrecortado

mientras buscaba en sus ojos una respuesta. Algo, lo que fuese.

Tras suspirar, se inclinó hacia delante y, después de darme un suave beso en la frente, me dejó

libre con un ligero apretón en la nuca. En el mismo instante en el que se separó de mí y se acomodó

en su asiento, eché de menos su contacto. El protector y posesivo agarre en mi nuca, su pulgar

acariciándome, la fuerza de su mirada y, sin embargo, ese beso en la frente era más un gesto fraternal

que cualquier otra cosa, aunque yo no podía—o no quería— terminar de sentirlo de esa forma. Para

mí era más. Con algo de decepción, aunque plasmando una sonrisa en mi rostro, me despedí de él y

fui a trabajar.

Como bien predije, Mick no estaba feliz por mi retraso y menosaún cuando le expliqué mi

pequeño percance con la camiseta. Cuando me dispuse a coger una del almacén, se limitó a

enarcarme una de sus gruesas cejas pelirrojas y con un medio gruñido negó con la cabeza dando por

zanjado el asunto.

¡Tacaño!

Fue una noche como cualquier otra trabajando entre risas, buen ambiente y recibiendo a algunas

caras conocidas y a otras nuevas. Jen llegó alrededor de las once con un par de compañeras de la

universidad, y también lo hicieron Luke y Terry para tomar algo. No sabía dónde estaba Tucker, pero

conociendo su modus operandi, seguro que no estaba solo en casa.

Cuál fue mi sorpresa cuando, alrededor de medianoche, vi aparecer una

familiar y muy amada

cara por el bar. Sin importar que ya estuviese bien entrado en sus sesentas, si de algo podía presumir

Chuck Sullivan era de poseer una imponente presencia que emanaba autoridad. Con unos viejos

vaqueros que habían visto mejores tiempos y una sencilla camisa a cuadros, se abrió camino sin

apenas dificultad por entre el mar de personas allí reunidas hasta llegar a la barra. Su casi perpetuo

ceño fruncido se alisó y dio paso a una sonrisa en cuanto llegó hasta mí. Me acerqué a una esquina y

pasé por el hueco bajo la barra, pues quería darle un abrazo completo, uno de la marca Chuck, de

esos que solo un padre sabe dar y que te engullen por completo haciéndote sentir cálida.

—Papá, ¿qué haces aquí? —Sonreí antes de envolver mis brazos en torno a su ligeramente

redondeada cintura.

—Tu madre tenía noche de cartas con las chicas y me estaba volviendo jodidamente loco en

casa —explicó con voz retumbante y reí imaginando la escena—. Si tengo que volver a escuchar algo

más acerca de esmaltes de uñas, recetas, cambios hormonales o las mejores posturas para el sexo en

la tercera ed... —se interrumpió al percatarse de a quién le estaba contando aquello, lo que me hizo

reír más—. ¡Joder, olvida eso!

—¡Papá! ¡Cuida ese lenguaje! —Le di una afectuosa palmadita en la espalda, pero él aún no me

soltaba—. Y tranquilo, que no me voy a escandalizar, te lo aseguro. —Le di un último apretón antes

de deshacerme del abrazo y aspiré el familiar aroma a colonia, *after shave* y...—. ¿Has fumado?

—¡Por supuesto que no! —respondió muy digno. Demasiado—. ¿Por quién me tomas?

Me puse las manos en las caderas y clavé la mirada en sus ojos verdes, tan parecidos a los de

mi hermano. No me creía su mentira y ambos lo sabíamos.

—Me alegro, porque tienes la presión por las nubes y ya sabes lo que te dijo el médico.

—Sí, sí, ya sé lo que dijo —cedió a regañadientes—. Si de ese matasanos dependiera, solo me

alimentaría del aire.

Sacudí la cabeza, lo besé en la mejilla y decidí dejarlo estar. No lo veía lo suficiente como para

perder tiempo regañándole en esos pocos minutos. Además, me constaba que mamá lo tenía bien

controlado en ese aspecto y mi abuela... sí, ella disfrutaba martirizándolo. El siguiente problema

llegó cuando comenzamos a discutir acerca de lo que debería beber, y es que mientras que yo insistía

en que lo mejor sería una Bud Light, él se negaba en redondo alegando que eso no era cerveza. En

ello estábamos cuando, de repente, vi aparecer a mi lado un enorme brazo cubierto de vello pelirrojo

que se dirigía directamente hacia mi padre y cuya mano propinó un sonoro y afectuoso golpe en su

hombro. De haber sido yo la receptora, con toda probabilidad me habría tambaleado, sin embargo,

papá permaneció imperturbable.

—¡Sullivan! —saludó la fuerte y profunda voz de Mick junto a mí—. ¿A qué debo el honor de tu

visita, viejo cabrón?

—Mick... —advertí, pero me ignoraron.

—Puedes estar seguro de que no es tu fea cara la que he venido a ver. —Rio mi padre mientras

se estrechaban la mano—. Sin embargo, tengo alguna queja con respecto al personal. —Mi jefe

enarcó la ceja al dirigirme una mirada interrogativa y yo me limité a sacudir la cabeza con una

sonrisa—. Échame una mano aquí, Mick, mi hija quiere servirme una jodida Bud Light y le...

—¡De ninguna maldita manera tomarás eso en mi bar! —espetó mi jefe indignado.

Me marché, ignorándolos, a buscar una cerveza *normal*, pues sabía que poco podía hacer

cuando ambos se ponían así. De todas formas, tampoco veía problema en que tomase una, aunque sí

es cierto que me preocupaba su salud y que tenía una edad en la que debía cuidarse. Serví una bebida

a ambos y, tras dedicarle un guiño a mi padre, los dejé charlando mientras continuaba con mi trabajo.

Estuve bastante ocupada y en un principio apenas pude acercarme a él un par de momentos, sin

embargo, pese a que mi cuerpo parecía funcionar en piloto automático sirviendo bebidas,

moviéndome de aquí para allá y sonriendo a los clientes, mi mente siempre parecía vagar hacia lo

mismo. O hacia la misma persona, debería decir. Al ver a Luke y a Terry charlando animadamente

con papá y Mick, no pude evitar preguntarme qué estaría haciendo Ethan, dónde o con quién se

encontraba, lo cual, probablemente, no solo no era de mi incumbencia, sino que resultaba obsesivo o

exagerado.

Fue un poco después de sacudirme esos pensamientos, que me tomé un pequeño descanso y

abandoné mi puesto tras la barra, para acompañar a aquel pequeño grupo que conformaba una parte

importante de mi familia. Papá me acercó a su lado y pasó un brazo alrededor de mis hombros.

—Bueno —retumbó sonriente, mirando a mi hermano—, ¿dónde está mi otro

chico esta noche?

Fruncí el ceño ante la pregunta.

—Te puedo asegurar —rio mi hermano tras dar un sorbo a su cerveza—, que en estos momentos

estará teniendo bastante más diversión que yo.

—¿De quién estáis hablando? —pregunté mirando entre uno y otro aunque, de alguna manera, ya

intuía la respuesta.

—De Reed, pequeña —respondió mi padre—. Parece que ese muchacho siempre se me

escapa...

—Ya no somos unos críos, papá —interrumpió mi hermano con voz gruñona.

—... Aunque debo admitir que me tranquiliza saber que es tu vecino —continuó él como si no

hubiese escuchado Luke, dándome una mirada de reojo. Por supuesto que estaba más tranquilo—. ¡Y

siempre seréis unos críos para mí! —Señaló a mi hermano con el dedo, hablando en un tono que

conocía demasiado bien y que no admitía discusión.

Terry rio mirando de reojo a mi hermano, que daba un sorbo a su cerveza ignorando las palabras

de mi padre. La única e inequívoca señal de que no solo las había escuchado, sino de que estas le

habían afectado, era el ligero sonrojo que adornaba sus mejillas.

—¡Eso te incluye pequeño White, así que cállate!

—Joder —murmuró este, sin duda también avergonzado, antes de concentrarse en su cerveza—.

Sí, señor.

Reí, resultaba inevitable cuando veías a mi padre siendo capaz de ponerlos en su lugar y de

avergonzarlos. Sin embargo, algo de lo que había dicho Luke...

—Creí que esta noche estaría trabajando, me dijo que había algo importante de lo que tenía que

ocuparse. —Traté de decir las palabras con total naturalidad, evitando por cualquier medio que mi

hermano intuyese cuánto me importaba su respuesta. Él frunció el ceño y su mirada se agudizó.

—¿Cuándo exactamente te dij...?

—No sé si Vivian podría considerarse como algo importante —respondió Terry, ajeno a lo que

sus palabras o a lo que aquel nombre me provocaba y a la inquisitiva mirada que mi hermano me

estaba dirigiendo—. Pero si ayuda a calmar el malhumorado culo de Reed, todos le estaremos

agradecidos, eso seguro.

Por un momento me quedé con la vista clavada en él, procesando y asimilando sus palabras,

sintiendo cómo una pequeña punzada de celos y de malestar me atravesaba. No tenía derecho a

sentirme así, lo sabía, pero creo que todos sabemos que hay ciertas cuestiones que jamás seremos

capaces de controlar. De reojo, vi cómo Luke me observaba y justo cuando abrió la boca para

decirme algo, se vio interrumpido por otra familiar voz.

—¡¡Chucky!!

Me aparté a tiempo de evitar ser arrollada por Jen, que se abrió paso a empellones, hizo a un

lado sin ninguna delicadeza a mi hermano y se abalanzó sobre mi padre.

—¡Maldita sea, niña! —Papá la envolvió en un fuerte y tierno abrazo antes de depositar un beso

en la cima de su cabeza. Mick y Terry rieron, yo seguía absorta en el tema anterior pero también les

dirigí una suave sonrisa y Luke los miraba con ese ceño fruncido marca Sullivan—. ¡Deja de

llamarme así, Jen, no soy ningún jodido muñeco!

—Oh, Chuck, sabes que te amo, es solo mi manera de ser afectuosa contigo.

—Cariño —dijo mi padre rodeando los hombros de Jen con su brazo—, sabes que eres otra hija

más, pero si continúas llamándome así le diré a Alda que estás más delgada y te invitará a comer. —

Clavó sus ojos en ella para que fuese consciente de la seriedad tras sus palabras—. Cada día.

Jen palideció y Terry y yo rompimos a reír. Aquella era una amenaza en toda regla, pues Alda

Sullivan podía ser muchas cosas, la mayoría de ellas maravillosas, pero entre ellas había una que

destacaba por encima del resto y es que era una pésima cocinera. No simplemente mala, no. Era

realmente horrenda.

Sacudí la cabeza y decidí volver al trabajo ya que mi descanso se había acabado. Sonreía,

servía y charlaba, pero mi mente se mantenía dando vueltas en torno a las palabras de Terry con

respecto a Ethan y esa otra mujer. Podría haberme dicho que tenía una cita, sin embargo, eludió el

tema y me hizo creer que tenía trabajo. O tal vez fui yo quien llegó a esa errónea conclusión, no lo

sabía, pero de cualquier forma por absurdo y extraño que pueda resultar me sentía dolida. O quizás,

decepcionada.

A decir verdad, no estaba muy segura. Lo único que tenía claro era que no me gustaba aquella

sensación.

Tras un rato más de charla con Mick y los chicos, papá se despidió después de hacerme

prometer que aquel domingo pasaría por casa para comer.

Como venía siendo costumbre, Jen y Luke tuvieron su particular batalla verbal —no sé muy bien

por qué, puesto que cualquier excusa les valía—, y poco después de que ella

se marchase iracunda

del bar también lo hizo mi hermano, ya sin ánimos para intentar divertirse. Siempre estaban igual y

aprendí a mantenerme al margen de sus agotadoras disputas.

Eran cerca de las dos y media de la madrugada cuando por fin llegué a casa. Había sido un

largo día y con algún que otro momento tan intenso como confuso de por medio, así que no veía la

hora de meterme en la cama. La calle estaba silenciosa a aquella hora, tan solo el suave sonido de las

ramas de los árboles dejándose mecer por la brisa de finales de octubre y el ocasional ruido de algún

coche en la distancia ponían banda sonora a la noche. Estaba en el portal del edificio,

maldiciéndome por, efectivamente, llevar tantas cosas en el bolso, mientras buscaba las llaves para

poder acceder al interior. Metiendo el brazo casi hasta el codo, busqué y rebusqué y solté una risita,

porque sin duda sería la envidia de *Mary Poppins* con tantas cosas como cabían ahí dentro.

—¡Os tengo! —declaré triunfante mientras las sacudía en el aire.

Acababa de introducir la llave en la cerradura cuando, de la nada, sentí que me agarraban por la

cintura con una mano mientras que otra cubría la que yo tenía en la cerradura a punto de girar las

llaves.

Se me paró el corazón e inmediatamente comenzó a bombear con una furiosa violencia.

No sé exactamente qué fue lo que se me pasó por la cabeza en aquel instante, de hecho, creo que

me quedé totalmente en blanco.

No hablé. No pensé. Creo que ni siquiera parpadeé.

Hice lo más lógico en esas situaciones.

Grité.

Grité como si mi vida dependiese de ello, como si me persiguieran los siete perros del infierno.

## Capítulo 8

—¡Maldita sea, nena! —espetó una voz en mi oído. Una que hizo que se erizase cada vello de mi

cuerpo, debo decir—. Vas a despertar a todo el maldito vecindario, deja de gritar de una vez.

Una vez escuché esa ronca y profunda voz, cesé de luchar contra su firme agarre y respiré

profundamente dejando que mis sentidos volviesen a la vida. El alivio de saberme a salvo dio paso

inmediatamente al enfado. ¿Por qué? Pues no estaba muy segura, pero me sentía tan feliz de que fuese

Ethan quien estaba a mi espalda y no algún desconocido, que inmediatamente me enfadé.

Ironías de la vida, supongo.

—¡Ethan!—Me giré en sus brazos y, de un manotazo, quité la mano que seguía acomodada en mi

cadera—. ¿Cómo es posible que no te haya escuchado acercarte?

La pregunta era más bien retórica, en realidad no esperaba recibir respuesta, sin embargo, la

obtuve.

—Quizás porque estabas absorta en tu propio mundo —sugirió él enarcando una ceja y sin una

pizca de humor en su semblante.

—No es eso. —Resté importancia a sus palabras con un gesto de la mano y miré hacia donde

estaba aparcado su coche. Entorné los ojos pensando—. Eres muy silencioso para ser un tipo tan

grande.

Cruzó sus fuertes, tatuados y hermosos brazos y me clavó en el sitio con su solemne expresión.

—Para empezar, soy policía y estoy entrenado para ser sigiloso cuando la situación lo requiere,

sin embargo... —Alzó un dedo silenciándome cuando abrí la boca para hablar, de manera que la

volví a cerrar—. Esta no era una de esas situaciones. De hecho, no lo he intentado siquiera. ¡Joder,

Mia, eres demasiado despistada para tu propio bien!

¡Oh, por Dios! Me negaba a ser sermoneada por él también. No podía con más charlas de ese

tipo, en realidad, esa noche ya tenía mi cupo de Ethan más que cubierto sin importar las ganas que

siguiera teniendo de estar con él o la forma acelerada en que latía mi corazón a causa de su cercanía.

—Sí, sí, sí, tengo que estar más alerta y bla, bla, bla... —Le di la espalda mientras ponía los

ojos en blanco y, finalmente, abrí la puerta del edificio encaminándome hacia mi piso.

Traté de ignorar el pellizco de emoción que agujeró mis entrañas por algo tan simple como su

cercanía. Tampoco me recreé con su magnífico porte o con aquel embriagador aroma que era todo

él... y que quedó empañado por un ligero tufillo a perfume femenino.

Vivian.

Supuse que ella sería la mujer que aquella noche había dejado su particular marca allí y el mero

pensamiento de él... de Ethan, con otra mujer... digamos que ahora sabía de dónde provenía aquel

enfado de momentos antes.

Era una pequeña bola de contradicciones, lo sé.

Pero es lo normal, ¿verdad? Me refiero a lo que sea que él hubiese estado haciendo aquella

noche, de hecho, fue así como nos conocimos o, para ser más exactos, como

nos dimos cuenta de que

éramos vecinos. De alguna manera fui testigo de sus actividades nocturnas, también escuché ciertos

rumores y, por supuesto, no podía olvidar las advertencias de mi hermano, así que no debería

sorprenderme. Viéndolo en retrospectiva, creo que me molestaba no solo el hecho de saber que se

había acostado con alguien más, sino que de alguna forma me lo ocultase cuando le pregunté por sus

planes para la noche. Y sí, la evasión es una forma más suave de mentir, pero, a fin de cuentas,

vienen a ser lo mismo.

Ethan me seguía muy de cerca. Le escuché mascullar algo entre dientes, muy posiblemente

ningún halago hacia mi persona, pero lo ignoré. Solo quería llegar a casa, darme una ducha, meterme

en la cama y dejar de pensar en este hombre cuya mera presencia enviaba escalofríos por todo mi

cuerpo. Subimos los pocos escalones que quedaban hasta mi rellano en un silencio únicamente roto

por el sonido de nuestras pisadas y quizás por los pensamientos de Ethan.

Sí, sus pensamientos, porque estaba segura de que se había quedado con ganas de decir más con

respecto al asunto de la seguridad, pero a decir verdad no le dejé muchas opciones cuando me limité

a continuar mi camino sin escucharle, de manera que casi podía oír los pensamientos bullendo y

pugnando por salir de esa cabeza suya. Tampoco es que fuese a darle la oportunidad de

verbalizarlos, ni mucho menos.

—Bien, buenas noches. —Me giré hacia él una vez hube abierto mi puerta—. Y gracias por...

—Me quedé en silencio porque, ¿por qué, exactamente, estaba a punto de darle las gracias?—. En

realidad, por nada —me respondí yo sola con una risita—, mi puerta te pillaba de camino y no te

pienso agradecer el casi haberme provocado un infarto.

Me miró impasible, totalmente inafectado por mi absurdo balbuceo.

—En realidad, esta noche te salvé de ser despedida —replicó con suficiencia, y esa altanería

me hizo sonreír y seguirle el juego. Quise olvidar mi molestia, pues era consciente de que nada bueno

podría salir de ahí.

—Eso es cierto —concordé, solemne—. ¿Y cómo puedo mi, oh caballero de brillante armadura,

pagar una deuda de tan vital importancia?

—Bueno. —Por un momento pareció incómodo mientras se rascaba la parte posterior del cuello

con una mano—. En realidad, estaba pensando en un chocolate caliente o, ¿quizás un café? También

estaría bien.

Me reí. Un café a las tres de la madrugada. Los dos solos. En mi casa. Por supuesto que esa era

la cosa más hilarante que podía escuchar tras semejante día. La risa se me cortó de golpe cuando vi

su expresión y me di cuenta de que, en realidad, lo decía en serio.

Ethan me estaba proponiendo pasar a mi casa a tomar un café. A esas horas. Ajá.

—¿Lo estás diciendo en serio? —pregunté con incredulidad, solo para asegurarme, y con los

ojos muy abiertos. También con el estómago hecho nudos a causa de la emoción, pero eso era lo de

menos, por supuesto.

Por un segundo pareció avergonzado, pero, con rapidez, lo cubrió con un bufido. Se acercó y,

mientras volvía a sujetarme por la nuca de esa forma tan suya, me besó en la frente antes de

despedirse y dar media vuelta.

—Por supuesto que no —musitó, aún con los labios en mi frente—. Descansa, cariño, mañana

nos vemos.

Su voz, su aroma, sus palabras... resultaba todo tan dolorosamente tierno que ya no veía aquel

beso como algo fraternal, aunque tampoco me atrevía a catalogarlo. Lo vi desaparecer escaleras

arriba y me sentí mal, como si hubiese perdido algo de vital importancia, una especie de vacío que

no tenía el menor sentido teniendo en cuenta que acabábamos de conocernos.

A la porra la hora, el cansancio, lo que hubiese estado haciendo o con quién, la tentación que me

suponía estar cerca de él y cualquier otra excusa o inconveniente que esta noche, mañana o cualquier

otro día se me pudiera ocurrir. Estaba a punto de mandar a volar la precaución porque no sabía muy

bien ni cómo ni por qué, pero tenía claro que, por algún motivo, Ethan no estaba muy acostumbrado a

pedir las cosas y ese gesto de incomodidad al rascarse el cuello y la mirada ligeramente

avergonzada, me dijeron cuánto esfuerzo le había supuesto hacer esa petición. Además, ¿quién en su

sano juicio denegaría la entrada en su casa a semejante espécimen masculino?

—¡Ethan! —grité asomándome por el hueco de la escalera y mirando hacia arriba. En el mismo

momento me arrepentí por mi arrebató, pues no eran horas de andar voceando. Él no tardó ni cinco

segundos en aparecer con una mirada interrogante en su rostro y sonreí.

—Vamos, baja y te invito a ese café. —Lo animé y le hice un gesto con la mano.

—¿Estás segura? Sé que es un poco tarde.

Era muy consciente de que no era un poco tarde, sino muy tarde, pero estaba

dispuesta a obviar

nuestras distintas percepciones con respecto a lo que era una hora adecuada para irse a dormir, en

pos de una buena ducha mientras él tomaba esa, al parecer, tan ansiada taza de café.

—Por supuesto que estoy segura, te lo acabo de decir, ¿o no?

Tras dedicarme una sonrisa capaz de derretir los polos, escuché sus pesados y apresurados

pasos mientras volvía a bajar.

Acababa de llegar hasta mí, que lo esperaba en la entrada de casa con la puerta abierta, cuando

la puerta de enfrente se abrió con un chirrido haciendo que ambos mirásemos en dicha dirección.

Hice una mueca, avergonzada, porque estaba segura de que muy probablemente habíamos despertado

a mi vecina. Vecina con quien, dicho sea de paso, aún no había tenido la oportunidad de interaccionar

mucho por distintos factores, destacando entre ellos mi falta de tiempo y sus pocas ganas de

relacionarse conmigo más allá de lo justo. Sus razones eran desconocidas para mí, pero seguiría

intentándolo con más ahínco.

No tuve oportunidad de disculparme porque, de inmediato, unos fríos ojos grises se clavaron en

los míos y me compelieron a permanecer en silencio.

La señora Walcott poseía un rostro que, pese a estar ajado por el paso de los años y

seguramente por una vida de duro trabajo, seguía siendo hermoso, y además su mirada, que hablaba

de innumerables vivencias pasadas y una invaluable sabiduría, infundía respeto. Su cabello entrecano

estaba pulcramente recogido en un moño, algo curioso teniendo en cuenta la hora, y su boca, que por

lo general estaba rodeada por finas y pequeñas arruguitas propias de la edad, en ese momento estaba

estirada en una tensa línea recta, señal inequívoca de que estaba a punto de ser el blanco de su enojo.

—¡No son horas! —espetó dirigiéndose a mí; algo justo, teniendo en cuenta no solo que era yo

quien vivía justo en frente, sino también la persona que gritó—. Llevas una hora parloteando sin

cesar, me mantienes en vela y necesito dormir, chica. Si sigues así, terminaré por llamar a la policía.

La miré sorprendida, pues no era para tanto. Además, esperaba que Ethan dijese algo con

respecto a lo de la policía, sin embargo, cuando lo miré me di cuenta de que luchaba por contener

una sonrisa mientras me observaba con los brazos cruzados. Entorné los ojos y comencé a

replantearme lo del café, pero tenía que deshacer los nudos por orden, de manera que más tarde

ajustaríamos cuentas él y yo.

—Lo lamento muchísimo, señora Walcott, le aseguro que no volverá a ocurrir y...

—¡Bah! Déjate de monsergas que ya conozco a las de tu clase. —Me evaluó con una mirada que

me hizo retorcerme en el sitio y después volvió a clavar en mí esas frías pupilas grises—. Eres muy

ruidosa, chica, sí, muy ruidosa y no me gusta.

Sentí que se me salían los ojos de las órbitas.

¿Cómo podía no gustarle?

Sí, es cierto que estaba acostumbrada a que al principio algunos de mis chicos mostrasen hacia

mi persona un cierto grado de hostilidad, pero era algo lógico y normal dadas las circunstancias.

Pero no con ella, no con mi vecina. No le había dado razones para ello y, además, ¿ruidosa, yo? Si

apenas se notaba que estaba en casa, pensé dirigiéndole a Ethan una mirada de reojo. Estaba claro

que ella no se veía afectada por las actividades nocturnas de nuestro silencioso espectador.

—Escuche, señora Walcott... —comencé a excusarme, solo para ser interrumpida de nuevo.

—No me des excusas —disintió, haciendo un gesto desdeñoso con la mano. De verdad que yo

siempre era una persona muy paciente y dispuesta, pero a las horas que eran,

después de ciertos

momentos de tensión vividos durante el día y con aquella mujer, que sin motivo alguno se mostraba

tan disgustada por mi simple existencia, estaba llegando a mi límite—. Te lo estoy avisando...

—Alice —interrumpió Ethan con voz firme, aunque con cierto toque de dulzura—, sentimos

mucho si te hemos despertado, te aseguro que no era nuestra intención.

¡Vaya, por fin!

Resultó algo curioso ser testigo de un cambio de actitud tan drástico como el que sufrió mi

vecina justo ante mis ojos. En un parpadeo, pasó de ser un chihuahua sobreexcitado y a la caza de un

hueso para morder, a un dulce gatito en busca de unas piernas en las que acurrucarse. Solo faltaban

los ronroneos.

—¡Oh, Reed, querido chico! —Sonrió con ternura, y se acercó a darle una palmadita afectuosa

en la mejilla—. No te preocupes, tú no tienes por qué disculparte.

¡Ja!

Seguro que si viviera debajo de él opinaría de forma muy diferente.

Ethan le aseguró que sí, que en realidad era él el culpable de que ella se hubiese desvelado, a lo

que mi vecina siguió restándole importancia. Tras un breve y afectuoso

intercambio entre ellos, nos

despedimos después de que él le prometiese a la señora Walcott que no demoraría más el echarle un

vistazo a aquellas chillonas bisagras. Después de su agradecimiento y una calurosa despedida para

él, y una fulminante mirada dirigida hacia mi persona, ambos entramos en silencio en mi apartamento

mientras ella volvía a la tranquilidad del suyo.

Sin decir una palabra, tomó asiento en un taburete del mostrador que separaba el salón de la

cocina y en el que usualmente comía, mientras que yo, como una autómatas, cogía tazas, azúcar y todo

lo necesario para preparar café.

En tanto que el delicioso olor del oscuro elixir invadía, no solo mis fosas nasales sino cada

rincón de la estancia, yo seguía sin dar crédito a lo sucedido con mi vecina.

—¿Cómo lo has hecho? —pregunté girándome hacia él; me apoyé en la encimera que había a mi

espalda y crucé los brazos.

Él, que tenía la vista clavada en mi trasero —y esto era una suposición basada únicamente en la

trayectoria de su mirada—, inmediatamente la alzó e, inconscientemente, la paseó por mis pechos

que a causa de mi gesto estaban algo más realzados. Con rapidez los descrucé, y jugueteé nerviosa

con las pulseras que llevaba puestas.

—¿Hacer el qué, exactamente? —Su ceño fruncido y la genuina confusión en su voz me dijeron

que en realidad no sabía de lo que estaba hablando.

—¡La señora Walcott! —aclaré gesticulando con las manos, y señalando hacia la puerta—. ¿Por

qué le gustas? No, no... —rectifiqué—. ¿Por qué no le gusto yo? ¡Si ni siquiera me conoce!

—Ah, así que eres de esas. —Asintió, como si ahora todo tuviese sentido.

—Explícate —exigí, volviendo a cruzar los brazos. No tardó ni dos segundos en redirigir su

atención hacia mis chicas, pero no me importaba, porque necesitaba saber a qué se refería.

Ni siquiera me molestó que mientras miraba mi escote se relamiera o el hecho de que tuvo que

cambiar de posición en el taburete.

No.

Por supuesto que no me fijé en eso.

De forma deliberada, evitaba mirar sus besables labios que en ese instante seguían ligeramente

humedecidos por el paseo de la misma lengua que, en algún momento no demasiado lejano, exploró

con pasión y ternura, con rudeza y tacto, mi hasta aquella noche, desatendida boca. Le miré a los ojos

y sentí como si nos estuviésemos comunicando sin necesidad de palabras,  
como si ambos

estuviésemos rememorando aquel primer, único y, al parecer, último beso;  
varias emociones

destellaron en esas hermosas pupilas azules, aunque lo hicieron con tanta  
rapidez que apenas fui

capaz de discernirlas. Sin embargo, algo que no podía obviar, era la forma en  
que apretaba la

mandíbula mientras nos sosteníamos la mirada.

Tras unos segundos que me parecieron eternos y en los que la tensión creció  
de forma

exponencial, al fin respondió.

—Nada. —Se encogió de hombros de forma casual—. Solo digo que eres el  
tipo de persona

que necesita agradarle a todo el mundo.

El calor que segundos antes recorría mi cuerpo, de repente se tornó en un frío  
balde de agua

arrojado sin miramientos a mi cara.

—¡Eso no es cierto! —protesté, indignada por la conclusión a la que había  
llegado.

—Oye... —Me dedicó una medio sonrisa y alzó las manos a modo de  
rendición—. No digo que

sea algo negativo, solo que necesitas esa aceptación por parte de los demás.

No sé qué cara se me debió quedar, pero hizo que Ethan soltase una sonora  
carcajada y yo, pese

a estar molesta, me dejé arropar por la sensación de calidez que ese sonido me provocó.

Él me observaba divertido, mientras aceptaba la taza de café que le ofrecía, sin leche y con

mucho azúcar, como ya descubrí que le gustaba en nuestro anterior desayuno. De repente, al ver esa

sonrisa burlona, decidí devolvérsela y exageré un jadeo a la vez que me llevaba la mano al pecho y

lo miraba con los ojos muy abiertos.

—¿Qué? —preguntó preocupado, sin dejarme apartar la mano de la taza que ambos

sosteníamos.

Ese simple contacto me provocó escalofríos, pero estaba decidida a no dejar que me lo notase.

«Mal, Mia, muy mal», me reprendí interiormente con voz severa. Aquello no podría funcionar de

ninguna manera, pero parecía que su cercanía conseguía borrar cualquier atisbo de sensatez de mi

mente. Solo con verle, desaparecían de mi cabeza todas las razones por las que era una mala idea

dejarme llevar por él, por nuestra atracción y por mis instintos, y era algo importante a tener en

cuenta.

Cuando conseguí apartar la mano, con nuestras miradas aún entrelazadas y con la barra de

desayuno como único obstáculo entre nuestros cuerpos, seguí con mi pequeña pantomima.

—No me digas... —comencé con un hilo de voz.

—¿Qué? —volvió a preguntar, escrutándome con la mirada. Al yo permanecer en silencio, se

exasperó más—. Mia, joder, habla de una maldita vez, ¿qué narices ocurre?

Le hice un gesto con la mano pidiéndole un momento y él aprovechó para dar un sorbo a su café

sin apartar sus pupilas de mí.

—¿También te has acostado con ella? —Su expresión se tornó pétrea y se quedó congelado con

la taza de café todavía tocando sus labios, sin embargo, percibí una pregunta clara en sus ojos, que

permanecían anclados en los míos, por lo que aclaré—. Ya sabes —dije en voz baja e inclinándome

sobre la barra de desayuno, como si alguien nos pudiera escuchar—, con la señora Walcott.

Y son momentos como esos los que deberían quedar grabados para la posteridad; habría pagado

una fortuna por tener alguna cámara a mano para poder inmortalizarlo. La incredulidad y el más

absoluto horror estaban destellando en su mirada mientras luchaba por no ahogarse con el café que,

hasta ese momento, degustaba con placer sentado frente a mí. A las tres de la madrugada, debo decir.

Prorrumpí en carcajadas mientras Ethan dejaba la taza sobre la barra con un golpe seco que de

puro milagro no la astilló, y se golpeaba el pecho con el puño en un intento de mitigar el golpe de tos.

Con una sonrisa satisfecha por pillarlo con la guardia baja, me levanté y me acerqué hasta

quedar parada junto a él.

—¿Te has vuelto...? —Medio jadeó y medio gruñó aún luchando contra el ahogo, mientras con

el puño se limpiaba algo de café de la barbilla—. ¡Estás demente! ¿Lo sabías?

Se me escapó una risita y ni siquiera traté de retenerla.

—Ey, creo que era una pregunta muy lógica, dadas las circunstancias —respondí con inocencia

y ya de paso, aproveché para darle unas palmaditas condescendientes en la espalda—. Había mucha

familiaridad ahí, amigo mío.

A punto estuve de mencionar sus antecedentes y la forma en que nos dimos cuenta de que éramos

vecinos, pero en el último segundo conseguí retener las palabras que posiblemente me causarían más

dolor e incomodidad a mí que a él.

Se me quedó mirando como si me hubiese crecido una segunda nariz.

—Familiaridad. —Sacudió la cabeza y después giró en el taburete para quedar frente a mí. De

alguna forma, y sin apenas darme cuenta, quedé enjaulada entre sus fuertes piernas y atrapada por esa

vibrante y eléctrica mirada azul que me perseguía a todas horas—. Parece ser que también eres

peligrosa para mi integridad física.

Estaba tan perdida en la sensación de saberme rodeada por todo él, y por la ligera caricia de su

mano mientras metía un mechón de cabello tras mi oreja, que casi lo dejé pasar.

—¿También? —Fruncí el ceño.

—¿También qué? —Su mano ahora agarraba mi cuello de esa forma que era tan suya, entre

tierna y firme, y su pulgar se movía hacia delante y hacia atrás en una dulce e íntima caricia, que a

mí...a mí me estaba volviendo loca.

—Has dicho... que... también soy peligrosa para tu integridad física —expliqué con voz

entrecortada a causa de sus caricias.

Una noche.

No, ni siquiera eso; solo unos momentos compartidos aquí y allá fueron todo lo que se necesitó

para que me olvidase de mi firme intención de mantenernos a mí y a mi corazón alejados de este

magnético y peligroso hombre.

No quería a un mujeriego. No quería a un policía, de ninguna manera. No quería al compañero

de mi hermano. Sin embargo, ahí estaba, perdida en su mirada mientras mi corazón bombeaba a una

furiosa velocidad y mi bajo vientre se apretaba con expectación.

Él se limitó a apretar los labios y negar ligeramente con la cabeza, así que supe que no

obtendría respuesta a mi pregunta. Aquí estaba él, que unas veces podía ser tierno, divertido y

encantador, y otras tan bruto como parco en palabras, cerrándose en banda de nuevo.

Pues muy bien, allí podía quedarse con su silencio como compañía.

—Sabes... —Apoyé una mano en su pecho y puse algo de necesaria distancia entre nosotros—.

Ha sido un día muy largo y necesito una ducha con urgencia, así que...

Ni siquiera me dejó terminar, antes de levantarse como un resorte.

—Claro, no te preocupes —dijo, ya de pie y a punto de irse.

Al instante me sentí mal y me di cuenta de lo bruscas que pudieron resultarle mis palabras.

—Oh, pero... puedes, ya sabes... no me importa si te terminas el café mientras yo estoy en al

baño. —Incluso aunque estuviésemos en distintas habitaciones, me gustaba saber que él estaba allí.

Que le apetecía quedarse. De hecho, me hizo ilusión ver la decepción en su mirada cuando pensó que

lo estaba echando de mi casa—. Hay pastel de manzana y algunos de esos dulces de chocolate que

tanto te gustan. Si quieres, claro.

—¿En serio, no te importa?

Ese atisbo de inseguridad en un tipo grandote y sexy como él...

—Por supuesto que no me importa. —Sonreí y enrosqué mis brazos alrededor de su cintura en

un pequeño abrazo de despedida—. Solo asegúrate de cerrar bien la puerta cuando... —Fui

bruscamente interrumpida por un bufido y cuando alcé la mirada, Ethan me miraba con una ceja

enarcada—. ¿Qué?

—Mia, por el amor de Dios, soy policía y me estás pidiendo que cierre bien la puerta al salir.

—Estaba indignado y aunque lo entendía, me hacía gracia, la verdad.

—Bueno, errar es humano, ya lo sabes. —Traté de apaciguarlo—. Todos podemos tener un

despiste.

De hecho, yo tenía muchos, pero eso era algo para tratar en otro momento.

O no.

—¡Yo no! —declaró, muy seguro de sí mismo.

Muuuy bien, no tenía la menor intención de tener esa discusión y en ese preciso momento con él,

de manera que decidí claudicar, le di una palmadita en el pecho —sin entretenerme demasiado para

sentir sus firmes músculos, por supuesto— y me fui al baño.

—Está bien, pues buen provecho y ¡buenas noches!

Sonrió de medio lado, ese tipo de sonrisa canalla que tanto nos gusta a las mujeres, antes de

enmarcar mi rostro entre sus manos y depositar un tierno beso en mi frente. En serio, no sabía si

debía empezar a amar o detestar aquellos besos.

—Buenas noches, cariño —murmuró con los labios aún en mi piel—, mañana nos vemos.

Y así, con las piernas tan temblorosas como la gelatina y un pellizco de emoción en el estómago

a causa de lo que dijo y del modo en que lo hizo, me fui a la ducha sin ser consciente todavía de lo

literales que serían sus palabras.

## Capítulo 9

Los días pasaban y, aunque todo parecía seguir igual, mi mundo se estaba volviendo del revés debido

al hombre que poco a poco y sin apenas ser consciente de ello, se había metido bajo mi piel.

Ethan se coló en mi vida con la suavidad de la brisa primaveral en un día soleado y fui yo

misma quien abrió esa ventana y se dejó envolver y acariciar. No hice nada para evitarlo, para poner

distancia. Por el contrario, le di la bienvenida a su apabullante presencia. Y digo esto porque, pese a

que él posiblemente no lo sabía, cada vez que entraba en una habitación, siempre que compartíamos

espacio en mi apartamento, parecía absorber todo el aire de alrededor o al menos así era como me

hacía sentir: siempre ahogándome debido a su cercanía y, sin embargo, parecía que había demasiado

espacio entre nuestros cuerpos. Nunca teniendo suficiente, a la par que me sentía sobrecargada.

Resultaba todo muy contradictorio y confuso.

En ocasiones, también irritante.

Aquella mañana fui a una cafetería cercana que tenía muy buena pinta, pero a la que nunca había

entrado. Volví a casa con unos *bagels* con queso fresco y arándanos que me tenían salivando con solo

mirarlos; cuando me disponía a entrar en el edificio vi que Ethan venía corriendo por la acera, así

que me detuve a esperarlo. Suspiré mientras lo observaba acercarse, era magnífico. Vestía pantalones

cortos de algodón y una sudadera gris cuya capucha cubría su rostro, sin embargo, lo habría

reconocido entre un millón. Puede que se debiera a la manera de moverse, a esa aura a la vez

peligrosa y protectora que emanaba, no lo sé, pero no podía apartar mis ojos de él.

—Buenos días. —Sonreí.

—Buenos días. —Se quitó la capucha y mechones húmedos de oscuro cabello atrajeron mi

mirada. Dios, cómo quería tocarlo—. ¿Qué llevas ahí?

Fruncí el ceño cuando, sin pensarlo dos veces, me arrebató las llaves y abrió la puerta

cediéndome el paso a mí primero. El gesto habría resultado caballeroso de no ser porque, una vez

más, volvía a apoderarse de las cosas sin permiso. Sencillamente las tomaba porque sí.

—Desayuno. —Le enseñé la bolsa sobre mi hombro mientras subíamos las escaleras—. ¿Te

apetece un café?

Casi cada mañana lo tomábamos juntos. Desde el día en el que le di aquel vale canjeable se

había convertido en una especie de ritual que ninguno de los dos parecía querer perderse. Al no

obtener respuesta, le eché un vistazo y enarqué las cejas al ver que tenía la vista clavada en mi

trasero. Llegamos a mi puerta y le tendí la mano para que me devolviese las llaves, pero, como era

de esperar, no lo hizo sino que abrió él mismo.

»¿Entonces? —inquirí a sabiendas de que no había escuchado mi anterior pregunta. Así de

concentrado estaba en mi retaguardia.

—¿Qué?

—¿Café? —Le mostré la bolsa una vez más—. Desayuno.

Cerró la puerta y entró, así que di por hecho que sí se quedaba. No esperaba menos. Puse los

ojos en blanco cuando también me arrebató la bolsa para ver que había en su interior y reí cuando,

con un gesto infantil que no le pegaba en absoluto, arrugó la nariz y sacudió la cabeza.

—Gracias, pero no. —Se asomó a la cocina—. ¿Tienes algo más?

Por supuesto que sí y él lo sabía.

Puse en el mostrador una bandeja de *brownies* de chocolate y nueces que sabía que lo volvían

loco. Mejor no pararme a pensar en las razones de que siempre tuviese en casa suministro de según

qué dulces desde que sabía que a él le encantaban, porque todo era fruto del azar. Sí, mejor

continuaría repitiéndome eso hasta que yo misma lo creyera.

Estaba de espaldas a él preparando el café. Sonreí cuando gimió a sabiendas de que ya estaba

comiendo, pero me detuve en seco al escuchar las palabras que seguidamente murmuró.

—Esto sí es un buen regalo de cumpleaños.

Creo que se trataba más de una reflexión para sí mismo y no de algo que él pretendiese que yo

escuchase. Pero lo hice. Me acerqué hasta él dejando el mostrador como única barrera entre

nosotros.

—Repíte eso.

—¿Qué? —El azúcar lo tenía tan embelesado que ni siquiera me miró. Golpeé la mano en la que

sostenía el *brownie* como si de un lingote de oro se tratara y este salió volando.

—¿Se puede saber qué te pasa?

¿Que qué me pasaba?

—Repíte lo último que has dicho. —No es que ignorase mi exigencia, es que me miraba sin

comprender a qué me refería—. ¿Es tu cumpleaños? ¿He entendido bien?

—Sí, ¿y qué? —Se encogió de hombros y cogió otro maldito *brownie*, como si no tuviera

importancia, como si el hecho de no mencionarlo fuese algo de lo más normal.

Volví a golpearlo cuando estaba a punto de dar un bocado y este también salió volando para

hacer compañía al anterior. Quité la bandeja de su alcance para asegurarme de obtener su atención.

—¿Cómo que «y qué»? —Inquirí con incredulidad. También estaba dolida al no entender que no

me lo hubiese dicho. Era una fecha importante y los amigos se contaban ese tipo de cosas—. ¿No

pensabas decírmelo? —No le di tiempo a responder—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—En primer lugar... —Cruzó los brazos sobre la barra y se inclinó hacia delante de modo que

nuestros rostros quedasen más cerca—. Deja de hacer eso de una maldita vez. —Señaló con el

pulgar en dirección a los dulces accidentados—. Y en segundo lugar —suspiró y se frotó la

mandíbula—, nunca celebro mi cumpleaños, por eso no te lo dije.

—¿Nunca?

—Nunca.

—¿Por qué? —No lo entendía y necesitaba saber.

Me miró durante unos segundos y, cuando se mantuvo en silencio tan solo traspasándome con

sus preciosos ojos azules, pensé que aquella pregunta sería una más de las que se quedarían sin

respuesta. por eso me sorprendió cuando comenzó a hablar.

—Cuando era niño... —Se calló y pude ver sus dudas, la indecisión sobre si debería o no

compartirlo conmigo. Sacudió la cabeza—. No me trae buenos recuerdos, eso es todo.

No es que pudiera presumir de leer a las personas con facilidad, porque de ser así no me

habrían decepcionado en tantas ocasiones. Sin embargo, no sé por qué, a pesar de que Ethan trataba

de mantener bien ocultas todas sus emociones, yo solo necesitaba mirar sus ojos para saber lo que

sentía. Ellos me hablaban por él y me decían todo cuanto necesitaba saber. En ese momento se me

encogió el estómago al ser testigo del profundo dolor que le causaba recordar ciertos momentos de

su niñez. No quería que relacionase un día que en teoría debería servir para celebrar la vida con

cualquier cosa que le provocase aflicción.

Sin decir una palabra, di media vuelta y saqué una bandeja de la nevera. No tenía velas de

cumpleaños, pero sí unas aromáticas de lavanda para cuando tomaba algún baño relajante. Frunció el

ceño cuando volví del baño y coloqué una con cuidado sobre la tarta.

—¿Qué es eso?

—Creo que resulta obvio —murmuré mientras rebuscaba en los cajones hasta dar con las

cerillas—. Una tarta de cumpleaños. Me temo que tendrás que conformarte con una vela aromática.

En realidad, la preparé para llevarla a casa en la comida familiar del domingo. Era una tarta de

chocolate y crema que papá adoraba, pero decidí que este sería un mejor destino para ella.

—¿Por qué? —preguntó con voz ronca. Cuando lo miré, él a su vez me observaba con una

intensidad abrumadora, algo muy difícil de describir pero que consiguió que el aire se atascase en

mis pulmones.

—Porque vamos a crear recuerdos nuevos.

Encendí la vela y le canté el cumpleaños feliz. Él no dejó de contemplarme en ningún momento,

siempre con nuestras miradas entrelazadas de modo que, lejos de sentirme ridícula al estar entonando

la canción yo sola, fue como si estuviésemos en un mundo en el que solo existíamos nosotros dos. En

el ambiente flotaban el entendimiento, el cariño y la lealtad de un modo que resultaba casi mágico.

Terminé la canción, pero él no se movía.

—Vamos —susurré—, pide un deseo.

Sopló la vela sin dejar de mirarme a los ojos y le sonreí. Se levantó y, cuando llegó hasta mí,

me envolvió en un fuerte abrazo escondiendo el rostro en el hueco de mi cuello. Quedé de puntillas,

apenas rozando el suelo y rodeé su cuello con mis brazos.

—Gracias —murmuró con los labios pegados a mi piel.

—Feliz cumpleaños, cariño.

El momento especial pasó cuando comenzamos a degustar la tarta, sin embargo, el recuerdo

perduraría en el tiempo. Poco después me contó que, a pesar de tener el día

libre, había ciertos

aspectos que quería revisar del caso en el que estaban trabajando. Tenía la certeza de que había más

detrás del asunto de lo que la mayoría podía imaginar.

—Si llevo razón, y créeme, en el fondo espero equivocarme... —Suspiró y se revolvió el pelo

—. Joder, si estoy en lo cierto no solo estamos hablando de gente de la calle, porque es probable que

personas de las altas esferas los estén financiando de algún modo para obtener otro tipo de

beneficios.

—¿Te refieres a políticos? —Dios, eso sería un escándalo.

—Políticos, abogados...

Jesús.

No me gustaría estar en su piel.

Le pedí que tuviese cuidado cuando se marchó y nos despedimos. Solo esperaba que aquel

momento le hubiese resultado a él tan especial como lo fue para mí.

Tal como prometí, el domingo me reuní con mi familia para almorzar en casa de mis padres. Me

divertía muchísimo en aquellas reuniones. Mamá ejerciendo siempre de mariposa social, divagaba,

reía y hablaba mientras ignoraba el hecho de que nunca, *jamás*, se le permitía cocinar en aquellas

ocasiones, de manera que se sentaba en la cocina mientras que mi *nonna* y yo nos hacíamos cargo de

todo. También lo hacía Jen si se presentaba con la suficiente antelación, porque sí, por supuesto que

ella también asistía como parte importante de mi familia que era. Luke por lo general era siempre el

último en llegar y ya ni siquiera se molestaba en inventar alguna excusa para sus retrasos. Entretanto,

y hasta saberse respaldado por otro saco de testosterona, papá se mantenía alejado de nosotras, o

quizás debería decir que se ocultaba de la abuela. Se querían, eso era indiscutible, pero ella amaba

meterse con él y teniendo ambos unos caracteres tan fuertes, lo más sano para todos era que

mantuviesen las distancias. Por otro lado, estaban Jen y Luke, que igual podían pasar de ignorarse, a

lanzarse dardos o a disfrazar insultos bajo una capa de fría y fingida cortesía. La abuela los miraba

con ojos entornados, papá, o era completamente ajeno a la situación o decidía ignorarlos en pos de

su presión arterial, y mamá disfrutaba de la comida mientras les dedicaba una sonrisa a ambos aquí y

allá. A decir verdad, me acostumbré tanto a ese tipo de interacción entre ellos que ver algo distinto

me habría resultado extraño. Además, prefería que la atención estuviese centrada en ellos a tener que

seguir defendiendo mi necesidad de independencia. Sí, a los veinticuatro años aún tenía que explicar

las razones por las que vivir sola era lo mejor para mí.

Pero no cambiaría ni una sola cosa de mi familia. Los amaba. Con sus virtudes y sus defectos,

con sus carencias, su sobreprotección, las ruidosas comidas, las fingidas peleas entre la *nonna* y

papá, la capacidad de mamá de evadirse en su propio mundo... Porque esos éramos nosotros: los

Sullivan y los Moretti.

Por supuesto, eso no quita que al entrar en mi apartamento me sintiera en paz y dejase escapar

un suspiro de alivio mientras me tumbaba en el sofá. El cielo se había teñido de un gris oscuro que

presagiaba tormenta, los arboles se mecían llevados por el aire que ya a esas alturas se había tornado

más frío. Adoraba aquella época del año, aquellas tardes. Busqué mentalmente entre mis películas y

al fin me decidí por una, me puse un café, y me acababa de sentar en el sofá con un plato del

delicioso tiramisú de la abuela, cuando se me ocurrió algo.

Cogí el teléfono y me mordí el labio, indecisa.

No estaba muy segura, pero ¿qué era lo peor que podía ocurrir?

Sí, venía de una bulliciosa comida en el hogar de los Sullivan y, sí, me gustaba la tranquilidad

que mi apartamento me proporcionaba, pero también quería compartir aquellas tardes de sofá y

película con alguien. Con él.

No lo pensé más y envié el mensaje.

*¿Ocupado?*

Dejé el teléfono en la mesita de centro junto al plato de dulce aún sin tocar. Y esperé.

Miré hacia el techo, pues ni siquiera sabía si estaba en casa o no. Ese hombre parecía un ninja,

nunca hacía ningún ruido que me indicase si se encontraba allí o no, nunca excepto...

Sacudí la cabeza, desechando aquellos pensamientos, cuando mi teléfono sonó con una

respuesta. Se me aceleró el corazón antes de leer lo que había escrito.

*¿Qué necesitas? ¿Estás bien?*

Reí porque, ¿de verdad pensaba que solo recurriría a él cuando necesitara algo? ¿Acaso nadie

lo llamaba sencillamente porque sí?

*Todo OK. En casa.*

Acto seguido, le envié la invitación.

*¿Apetece café, película y postre?*

Sí, sabía que posiblemente diciéndole que tenía dulces las probabilidades de que aceptase mi

oferta aumentarían considerablemente. Sin embargo, al releer el mensaje...

No.

No. No. No.

¿Sonaba lo del postre como otro tipo de invitación?

¡Oh, por todos los santos reposteros!

No quería malentendidos entre nosotros, pero es que, lo que a ojos de cualquier otra persona

podría sonar como una sencilla e inocente invitación para pasar la tarde, quizás a Ethan le resultase

insinuante. Y no quería eso, pero tampoco podía andar siempre de puntillas a su alrededor.

No, si realmente íbamos a ser amigos.

Un golpe en la puerta me hizo saltar del sofá. Miré el teléfono, sin respuesta. Daba por hecho

que sería él, ¿quién más?

Con el corazón martilleando, me levanté y, mientras me dirigía hacia la puerta, hice inventario.

Al poco de llegar a casa me puse algo más cómodo, y ahora vestía unos pequeños shorts de algodón

que quedaban prácticamente ocultos por una camiseta de mi hermano del CPD, que me encantaba,

aunque me quedase extragrande, y unos viejos y cómodos calcetines que se arrugaban a la altura de

mis tobillos.

Creo que quise poner los ojos tan en blanco que prácticamente me llegaron a la nuca. Me

ahuequé el cabello lo mejor que pude en un intento de adecentarme. Pero bueno, bien pensado, no

tenía por qué verme atractiva para un simple amigo, ¿verdad?

Por supuesto que no, me animé.

Ja.

Tomé una respiración profunda, abrí... y dejé escapar de golpe todo el aire al apreciar la vista

frente a mí. De verdad que resultaba frustrante lo que su mera presencia era capaz de provocarme,

las sensaciones y el cosquilleo que me asaltaban cada vez que lo veía. Me sentía como una inocente e

inexperta adolescente robando miradas furtivas al chico que le gustaba. No era necesario que él

pusiera esmero a la hora de vestirse, de hecho, creo que cuanto menos se preocupaba en ese sentido,

más sexy resultaba. Porque allí, apoyado en el marco de mi puerta, con los brazos y los tobillos

cruzados en su típica pose indolente, con barba de un par de días, el oscuro pelo revuelto y vestido

sencillamente con unos jeans negros y una camiseta gris, era una deliciosa visión con la que

cualquier mujer con un corazón latiente y sangre en las venas querría toparse al abrir la puerta de su

casa. Justo antes de abalanzarse sobre él.

Amigos. Éramos amigos. Lo había invitado a pasar la tarde en casa haciéndonos compañía y

pasando el rato, única y exclusivamente como amigos, me recordé a mí misma.

Pero aquel mantra quedó en el olvido en el instante en el que miré sus ojos. Aquellos de un azul

cobalto que, estaba aprendiendo, me contaban todo lo que las palabras no hacían. Aquellos en los

que adoraba perderme, en los que atisbaba un brillo especial siempre que me miraba.

Y... alto, me dije.

Sacudí la cabeza y me hice a un lado para permitirle pasar.

—No estaba segura de si estaría en casa —atiné a decir, tras aclararme la garganta. También le

di un buen vistazo a su magnífico trasero, para qué negarlo—. O de si tendrías planes.

—Evidentemente —comenzó dirigiéndose hacia la cocina—, la respuesta a la primera pregunta

es sí, estaba en casa. Y con respecto a la segunda —continuó mientras se servía una taza de café—,

no, no tenía planes. De hecho, estaba planteándome si salir a dar una vuelta, necesitaba despejarme

un poco.

Por un lado, no estaba muy segura acerca de cómo sentirme al saber que se

encontraba allí solo

porque no tenía nada mejor que hacer. Decidí no pensar en ello, puesto que fui yo quien lo invitó en

primer lugar y, en segundo, porque estaba allí, eligió estar allí y eso era lo que contaba.

Por el otro, me resultaba curioso ser testigo de lo bien que se desenvolvía en mi casa, con mis

cosas, la naturalidad con la que fluía todo en ese aspecto teniendo en cuenta lo poco que me solía dar

de sí mismo. Pero me sentía bien, me gustaba esa comodidad, esos pequeños gestos que normalmente

veías entre personas que llevaban años conociéndose y que entre nosotros surgían cuando apenas

estábamos rascando la superficie de una relación, sin importar de qué clase fuera.

Me había quedado absorta, en mitad de la sala y con la mirada clavada en él, aunque sin

realmente verlo, cuando se aclaró la garganta y me di cuenta de que, de hecho, me estaba repasando

de arriba abajo. Me eché un vistazo y de inmediato me sentí cohibida por mi aspecto. Me acerqué

hasta donde se encontraba para servirle un plato de tiramisú y coger el cuenco de palomitas que

preparé unos momentos antes, todo ello sin mirarlo.

—No seas demasiado duro —murmuré mientras me dirigía hacia la sala y dejaba el plato en la

mesa junto al mío—, es lo más cómodo para estar en casa.

—¿Qué llevas puesto? —preguntó con un tono borde en su voz que no supe muy bien cómo

identificar. Me giré para mirarlo y tenía los ojos clavados en la prenda, como si quisiera hacer un

agujero en ella.

—Oh, es de Luke —aclaré, mientras me giraba para buscar la película que ya había elegido. Sí,

ni siquiera le pregunté, demándame—. Se la birlé hace un tiempo y me gusta, en realidad, es bastante

cómoda. —El DVD estaba al fondo del mueble, por lo que tuve que arrodillarme en el suelo e

inclinarme bastante para poder alcanzarlo. Fue solo cuando escuché un murmurado y atormentado

«joder», que me di cuenta de la posición en la que había quedado, con mi trasero en el aire y

apuntando directamente hacia él. Me enderecé como si el suelo estuviese en llamas, puse la película

y me senté en el sofá, dejando entre nosotros una prudencial y necesaria distancia. Crucé las piernas

al estilo indio y, cuando le ofrecí uno de los platos, me percaté de la ardiente mirada que le estaba

dedicando a mis muslos. Carraspeé. Dios, aquello resultaba incómodo. No sabía cómo hacer frente a

lo que mi cuerpo demandaba, a la imperiosa necesidad que sentía de acurrucarme en torno a él. Sin

embargo, lucharía contra ello si con eso conseguía disfrutar de su compañía.

Él no me había preguntado sobre qué veríamos, así que no me sorprendió cuando con un

gruñido, dejó caer la cabeza contra el respaldo del sofá. Cerró los ojos y frunció el ceño como si

estuviese sufriendo un auténtico martirio y posiblemente así era. Contuve una sonrisa y me mantuve

enfocada en la televisión.

—Mia, ¿qué demonios es esto?

—Una película —respondí con sencillez.

Gruñó y se enderezó para mirarme.

—Está claro que tus gustos cinematográficos no están acordes con los musicales —rezongó,

observándome con los ojos entornados—. Da gracias a que este postre está delicioso. —Para

demostrar cuánto le gustaba, se metió una cucharada enorme en la boca y mis músculos se tensaron

con el gemido de placer que emitíó mientras lo saboreaba.

Madre de Dios.

—No seas tan gruñón. Hoy me apetecía algo tierno y además —lo miré de reojo—, creo que te

vendrá bien ver este tipo de película.

—¿Y cómo es eso? —inquirió con la mirada clavada en la pantalla.

—Bueno, digamos que quizás ablande un poco... —¿Cómo decirlo?—.  
Quiero decir, que

siempre vas con ese aire autoritario, tan policía, tan macho alfa y tipo duro,  
que supongo que no pasa

nada porque veas y sientas algo de romance para variar.

Hice una pequeña mueca, esperando que no se ofendiese.

—Esto no es romance, Mia —replicó con sorna—, esto es ciencia ficción.

—¿Perdón? —Enarqué las cejas, y él imitó el gesto cuando clavó sus  
penetrantes ojos azules en

mí.

—¡No me dirás que en serio crees todas esas estupideces!

Abrí la boca para replicar y la volví a cerrar sin decir palabra alguna. ¿Qué se  
suponía que

debería decirle? No era algo de lo que tuviese que convencerlo, no pensé que  
aquel fuese trabajo

mío. Durante toda mi vida fui testigo de lo que era el verdadero amor, aunque  
aún no lo hubiese

experimentado yo misma. Sí, estuve enamorada, o al menos creí estarlo, pero  
todavía no había

llegado a mi vida la persona que se convirtiera en todo el aire que mis  
pulmones necesitasen, un

hombre que me hiciese experimentar una conexión, amor y pasión de tal  
magnitud que todo lo demás,

cualquier sentimiento albergado hacia otra persona, palidciera en  
comparación.

No, aún no lo había encontrado, pero tenía la esperanza de que en algún momento nuestros

caminos se cruzarían. Y, cuando eso sucediera, si algo tenía claro es que no se trataría de alguien a

quien tuviese que rogar o convencer, no solo para que me amase, sino para que se dejase amar. Para

que creyese. Para que cerrase los ojos y se dejase caer confiando en que sin importar qué, siempre lo

sujetaría.

Aquella era otra de las razones por las que estaba convencida de que lo que quiera que sucedía

entre Ethan y yo no llevaría a buen puerto.

No respondí, le di un toquecito en la pierna y señalé la televisión donde *A walk to remember* se

reproducía mostrando a un joven y muy mono Shane West.

A partir de ese instante nos mantuvimos en silencio, pero no de los incómodos. Con él nunca lo

eran. Tomamos el café, compartimos palomitas, yo vi la película y él... bueno, no sé si estaba

aburrido o en realidad prestó atención, pero el hecho es que se quedó allí, conmigo. No estoy muy

segura de cómo ocurrió, pero en algún momento me quedé dormida y lo siguiente que supe es que

estaba cubierta por una ligera manta que siempre tenía en el sofá y que me encontraba acurrucada y

abrazada a Ethan, quien a su vez acariciaba de forma casi imperceptible mi brazo izquierdo. Era casi

como un susurro, como el más ligero toque de una pluma. No quería moverme por miedo a romper

aquel momento, y me costó Dios y ayuda retener el estremecimiento que me provocaba su contacto.

No sé si en realidad percibió que estaba despierta, no lo creo, pues seguramente habría detenido

aquel tierno recorrido por mi piel. Cerré los ojos y aspiré su aroma, evitando que la mano que

mantenía en su firme abdomen se contrajera ni un milímetro. ¿Cómo algo que se sentía tan

maravillosamente bien podía parecer equivocado en tantos sentidos? ¿Cómo era posible que aquella

conexión quedase en nada? La mayor parte de mi vida hice caso a lo que mi corazón me decía, así

que, ¿cómo ignorar lo que este me avisó casi desde el mismo instante en que nos conocimos? Abrí

los ojos de golpe cuando su teléfono comenzó a sonar sobre la mesita y me enderecé frotándome los

ojos. Ya ni siquiera se veían los créditos de la película, la pantalla de la televisión estaba en negro.

¿Cuánto tiempo llevábamos en aquella postura? ¿Por qué no me despertó antes?

Tardó unos segundos en incorporarse y, aunque no fue algo deliberado, vi que el nombre que

destellaba en la pantalla era el mismo que ya había escuchado con anterioridad: Vivian.

Mientras él, con el móvil en la mano y la vista clavada en él, decidía si responder o no, me

levanté y comencé a recoger todo antes de dirigirme hacia la cocina para darle algo de privacidad.

Se hizo el silencio, pero tardó poco en verse perturbado de nuevo por otra llamada entrante. Supuse

que no respondía debido a mi presencia e internamente lo agradecí, porque no quería ser testigo de

cómo quedaba con otra mujer. Cuando el teléfono dejó de sonar, el apartamento quedó sumido en un

silencio interrumpido únicamente por las gotas de lluvia repiqueteando contra el cristal de las

ventanas. La estancia estaba en penumbra y solo la suave luz de la cocina la iluminaba. Aún no le

había dirigido una mirada y tras escuchar sus siguientes palabras, decidí que no lo haría, que no me

giraría hasta que me llegase el sonido de la puerta de entrada al cerrarse.

—Creo que es hora de que me marche.

El calor que normalmente me provocaba su profunda y ronca voz, en aquella ocasión solo

consiguió que me invadiese, además de la decepción, un punzante dolor en el pecho que, quizás, solo

quizás, analizaría en otro momento.

—Claro, lo entiendo. —Asentí mientras enjuagaba los platos en el fregadero en un intento de

mantenerme ocupada—. Gracias por la compañía, supongo que te veré mañana.

Pretendía que se diese por despedido y que no esperase a que me girara en su dirección porque

un extraño bulto en mi garganta, que momentos antes no estaba ahí, me dificultaba incluso respirar.

Aquello era absurdo, no tenía derecho a sentirme así. Ninguno. Y, sin embargo, lo hacía.

No lo escuché acercarse, de manera que me sobresalté cuando, de repente, me vi rodeada no

solo por su calor, sino también por sus brazos que ahora descansaban a cada lado de mí tras haber

apoyado las manos en la encimera, enjaulándome entre ellos.

—Mia —murmuró acercando los labios a mi oreja—, solo voy a decir esto una vez porque, de

alguna manera, necesito dejarlo salir y después, si quieres, podemos seguir fingiendo que no ocurre

nada y hacer todas estas cosas de amigos. —Se detuvo, esperando, y cuando asentí en silencio,

continuó—. Me voy porque es jodidamente difícil estar cerca de ti, aunque al mismo tiempo sea lo

único que quiero, lo único en lo que pienso. Me voy porque eres demasiado buena, demasiado dulce

e inocente, tanto, que ni siquiera eres consciente de lo sexy que resultas y eso te hace aún más

deseable. Y mientras me digo que estás fuera de los límites por un sinnúmero de razones, solo puedo

pensar en las ganas que tengo de follarte. Imagino todas las posturas en las que me gustaría hacerlo,

todas las formas en las que podría disfrutar de tu cuerpo y saborearte. — Acarició mi mejilla con la

nariz y cerré los ojos, evitando apenas inclinarme más hacia él, rozar más mi cuerpo contra el suyo

—. Pero luego recuerdo que tú no estás hecha para mí ni yo para ti, que no soy lo que necesitas y

mucho menos puedo darte todo aquello que sueñas y mereces. Yo no soy el príncipe, Mia, en todo

caso soy el villano, el que te hará sufrir y llorar. —Bajó por la piel de mi cuello continuando con

aquella torturadora caricia—. Y, por primera vez, me mata ser consciente de eso. De manera que así

están las cosas y, dicho esto, una vez que salga por esa puerta olvidaremos todo y continuaremos

como hasta ahora, como dos amigos, yo como el compañero de tu hermano y tú como la hermana

pequeña de mi mejor amigo y la hija de un hombre al que admiro y respeto profundamente. De alguna

forma, ignoraremos esto, lo que quiera que sea, porque es lo que tenemos que hacer. —Subió hasta el

hueco entre mi cuello y el hombro, acercó más la nariz a mi pelo y aspiró profundamente—. Y, ¿qué

es eso?

—¿Qué? —conseguí graznar, fijando la mirada en los azulejos frente a mí.

—Ese olor. —Volvió a aspirar y liberó un gruñido que me hizo apretar los muslos—. Me vuelve

jodidamente loco, Mia. ¿Qué es?

Me aclaré la garganta.

—Es... es, jazmín. —Ni siquiera sé cómo conseguí decir las palabras.

—Jazmín —repitió. Tomó una respiración profunda antes de enderezarse—. No lo olvidaré, me

gusta. —Me rodeó la cintura con uno de sus brazos, me estrechó contra él y posó un suave beso en la

cima de mi cabeza antes de susurrar con los labios aún en mi cabello—. Buenas noches, cariño.

Tras aquellas palabras, lo siguiente que escuché fue el sonido de la puerta al cerrarse. Solté una

respiración temblorosa y apoyé los brazos sobre la encimera antes de dejar caer la cabeza entre

ellos.

Jesús.

¿Cómo esperaba que ignorase aquella declaración?

Ni siquiera estoy segura de cómo mis piernas aún me sostenían porque las sentía tan

temblorosas como la gelatina.

Oh, Dios mío.

¿Era posible que aquellas fuesen las palabras más dulces, sinceras, sucias y calientes que me

habían dicho en toda mi vida? ¿Todo al mismo tiempo? Sí, lo era. De acuerdo que no se trató de una

declaración de amor, o de alguna promesa, pero en mi opinión se acercaba bastante a lo primero. Por

Dios, ¿de verdad quería que tras su confesión hiciera como si nada hubiera sucedido?, ¿como si no

acabase de poner todo mi mundo del revés?

Eso era imposible. Impensable.

No es que fuese algo nuevo, pues yo era más que consciente de la química y la innegable

atracción que existía entre nosotros, de la tensión que cargaba el aire siempre que compartíamos

espacio; de la camaradería, la amistad y la comodidad que fue creciendo entre nosotros con el

transcurrir de los días. De acuerdo que, si uníamos todos los momentos que habíamos pasado juntos,

estos probablemente no sumarían más de una semana en total, pero a mí me parecían más. Muchos

más. Pero el escucharlo de sus labios, que me lo murmurase al oído con

aquella sexy y profunda voz

mientras su calor me rodeaba... fue una declaración cruda y sincera de lo que sentía hacia mí, y

aunque en su mayor parte hizo alusión al aspecto sexual, no se me escapó que había más, porque

pensaba en mí, en estar conmigo, solo conmigo. Y eso suponía un mundo viniendo de un hombre

como Ethan.

¿Qué debía hacer?

Ignorar sus palabras, tal como el demandó, sabía que resultaría una empresa casi imposible.

Pero tampoco quería presionarlo. Hasta el momento le había ofrecido todo de mí de forma libre y

deliberada, siempre esperando por un *quid pro quo* que jamás parecía llegar, obteniendo solo

pequeñas migajas, pequeños destellos aquí y allá acerca del niño que fue, del adolescente en el que

se convirtió y que dio lugar al hombre que me robaba más minutos al día de los que quería admitirme

a mí misma. Estaba segura de que al final, merecería la pena ver algo de él que sabía que mantenía

oculto al resto del mundo y el ser receptora y testigo de tan breves destellos, los convertía en la más

valiosa de las recompensas.

Algo que, por su rareza, lo convertía en algo que atesorar.

Sacudí la cabeza, abrumada y confundida. Sí, quería más. Sí, sabía que había mucho más de él

de lo que dejaba entrever. También era consciente de que, sin importar la atracción y conexión

existente, eran muchos los obstáculos a salvar, comenzando por su trabajo, mi familia y su raro

concepto de las relaciones. Aunque quizás, más que raro, debería decir que él no creía en las

relaciones en absoluto, y eso era algo que yo no podía ignorar, básicamente porque sabía que sería

incapaz de involucrarme con él de una forma física sin que los sentimientos aflorasen. No estaba

preparada para que me destrozasen el corazón, y eso era lo que acabaría ocurriendo. Era tan

inevitable como nosotros.

Esperaría, decidí.

Él llevaba razón y posiblemente lo mejor sería ignorar todo lo que me dijo, todo lo que mi

corazón y mi cuerpo me rogaban y ver cómo se desarrollaba la historia. Si es que había alguna.

Dios, estaba hecha un lío.

Al día siguiente le haría una visita a mi *nonna*. Ella siempre tenía sabiduría que repartir y

buenos consejos difíciles de ignorar. Con aquella decisión tomada y la cabeza vagando aquí y allá,

me dirigía hacia mi dormitorio cuando un golpe en la puerta me hizo fruncir el ceño y volver sobre

mis pasos. Al abrir, me congelé. Allí estaba Ethan en toda su gloria y en sus manos sostenía... pero

¿qué...?

Sin mediar palabra, puso el bulto en mis manos y cuando lo miré a los ojos con una pregunta

silenciosa reflejándose en los míos, fue cuando se decidió a hablar.

—Nunca —comenzó con voz grave—, nunca abras la puerta sin asegurarte primero de quién

está al otro lado. —Muy bien, eso no me lo esperaba. Abrí la boca y volví a cerrarla sin saber qué

decir. Observé lo que había colocado en mis manos y después volví a clavar los ojos en él—. Son

para ti, puedes usar esas de ahora en adelante.

Dio una significativa mirada a mi atuendo, se acercó, puso la mano en mi nuca y me obsequió

con uno de aquellos dulces besos en la frente antes de desearme buenas noches y desaparecer

escaleras arriba.

Aún en silencio y atónita, cerré la puerta tras de mí. Miré lo que aún sujetaba entre mis manos y,

cuando desplegué la prenda, una enorme sonrisa se instaló en mi rostro.

Camisetas.

Dos, para ser exactos. Una del cuerpo de policía, muy parecida a la que llevaba puesta y otra de

Metallica, de *Seek&Destroy*. ¡Las amaba! Hundí la nariz en ellas y me empapé del aroma de Ethan.

Olían a él. Dios, ¿en serio podía resultar más contradictorio este hombre? ¿Más frustrante? ¿Más

dulce?

Ya había decidido olvidar todo lo acontecido aquella noche, buscar algo de guía y dejar que

todo siguiera su curso, fuera cual fuese. Pero ahora llegaba él y hacía esto... quizás pueda parecer

absurdo, puede que estuviera viendo de más donde apenas había algo, pero si el hecho de que Ethan

me diese esas camisetas para que las usara no era algún tipo de declaración, no sabía qué más podía

ser.

Con una sonrisa jugando en mis labios, no esperé más. Me despojé de lo que llevaba puesto y

me puse una de ellas. Y así, feliz y con un pequeño pellizco de emoción en mi vientre, me fui a la

cama para dormir envuelta en su aroma.

No estaba muy segura de cómo esos detalles ayudaban en nuestra particular batalla para

mantener una simple amistad, pero decidí que me preocuparía por ello en otro momento.

Esa noche solo quería soñar.

## Capítulo 10

El lunes no empezó bien.

De hecho, nada fue bien desde la noche anterior.

Maldecía a los constructores por hacer las paredes o entresuelos tan finos y también a mi buen

oído. Porque cuando, aún sin haber conseguido dormirme, oí cómo Ethan trasteaba y se movía por su

habitación, y poco después me llegó el golpe de su puerta al cerrarse en medio de la quietud de la

noche, me fue imposible dormir. Casi empecé a pensar que estaba siendo tan ruidoso de forma

deliberada, porque quería que lo escuchase. No paraba de hacer cávalas, de barajar mil

posibilidades acerca de dónde podría estar. Quizás surgió alguna emergencia en el trabajo, pensé,

pero en el momento en el que esa idea pasó por mi mente, la preocupación por su bienestar quedó

relegada a un segundo plano cuando la imagen del nombre de Vivian parpadeando en su teléfono

volvió, golpeándome sin piedad. Siendo realista, y por todos los medios lo estaba intentando, lo más

probable era que hubiese ido a visitarla. Cuál era su relación, arreglo o como quieras llamarlo, no

tenía ni idea. Tampoco estaba segura de querer saberlo. Sin embargo, no

podía negar que me

molestaba el hecho de que compartiese con ella algo que ambos nos  
estábamos negando por distintos

y muy razonables motivos.

De manera que apenas pegué ojo. No paré de dar vueltas pensando,  
imaginando y regañándome

por estar cada vez más cerca del acoso y la paranoia. Supuse que él volvió en  
algún momento en el

que Morfeo finalmente me alcanzó, porque no lo escuché. Eso, o es que no  
durmió en su casa, lo cual

era muy probable dado que aquella mañana no fue a mi apartamento para el  
desayuno. Era parte de

nuestro ritual y debo reconocer que lo extrañé. Ni siquiera pensé en la posible  
tensión o incomodidad

que podría bailar en el ambiente.

¿Durmió con ella o no se sentía cómodo tras lo ocurrido el día anterior y me  
estaba dando

espacio?

*Arghhh.*

Cansada e irritada, no estaba en el mejor estado de ánimo cuando llegué a  
clase aquel día. Pero

mis chicos no merecían, y ni mucho menos necesitaban, ser receptores de mi  
mal humor, de manera

que pinté una sonrisa en mi rostro, charlé con ellos para distender un poco el  
ambiente y nos pusimos

manos a la obra. Estaba en mitad de una explicación cuando la puerta se abrió y un serio profesor

Endelson seguido de un taciturno Benjamin se adentraron en el aula.

—Señor Endelson. —Me acerqué a ellos para hablar en voz baja y que Benjamin no se sintiera

más incómodo y expuesto de lo que seguramente ya estaba—. ¿Todo bien?

Aunque la pregunta se la hice al profesor que lo acompañaba, dirigí la mirada hacia el chico,

que permanecía tras él en postura desafiante y con la vista clavada en una de las ventanas a mi

espalda.

—No estoy muy seguro de ello, Mia. —Me tragué la irritación que me provocó no solo el hecho

de que me tratase con aquella familiaridad para nada bienvenida, sino que hubiese irrumpido en mi

clase sin ni siquiera molestarse en llamar o que hablase en tono elevado—. Me parece que se te ha

perdido algo esta mañana.

Enfatizó sus palabras dando un ligero toque a Benjamin en el hombro. Apenas lo había

empujado, pero aquel desdeñoso gesto me encendió. No tenía derecho. Ninguno.

—Efectivamente, es uno de mis alumnos. —Me acerqué para sujetar al chico por el brazo y

atraerlo hacia mí—. Estoy segura de que cuando lo encontró él se dirig...

—Este pequeño delincuente —espetó, agarrándolo por el cuello y acercándose a él—, estaba

fumando hierba en los baños cuando lo pesqué y ni por asomo creo que tuviera intención alguna de

acudir a clase. —Me fulminó con una mirada de absoluto desprecio antes de continuar—. ¿Es así

como imparte sus clases, *profesora*? —Hizo un especial hincapié en la última palabra, casi como si

le produjera asco, antes de echar un vistazo al resto de mis chicos—. Eres poco más que una

chiquilla que no sabe nada acerca de la autoridad, no te respetan, no t...

Muy bien, hasta ahí llegaron mi paciencia y su absurdo y repugnante discurso.

Atraje al chico hacia mí, apartándolo así de las zarpas de aquel hombre.

—Benjamin, por favor, ocupa tu sitio —instruí con una calma exterior que rivalizaba con la

furia que hervía en mi interior a fuego lento. Además, no tenía sitio, apenas si lo vi en clases desde

que lo asignaran al programa, pero desempeñaríamos el papel. Él me dirigió una mirada interrogante

y con un movimiento de cabeza le urgí a ponerse en movimiento. Gracias al cielo, lo hizo sin

rechistar—. Chicos —hablé al resto antes de salir al pasillo prácticamente empujando al otro

profesor—, no arméis escándalo. Vuelvo en seguida.

Una vez que hube cerrado la puerta tras de mí, crucé los brazos y miré a aquel hombre al que

nunca se le debería haber permitido preparar a chicos jóvenes para enfrentar el futuro. No sabía qué

pudo llevar a semejante espécimen a dedicarse a la docencia, pero no tenía ninguna duda de que el

señor Endelson había errado en cuanto a aquella elección.

De aspecto rubicundo y con una incipiente alopecia que trataba de disimular de una forma

ridícula, aquel hombre se jactaba de ser uno de los profesores más valorados y respetados del

Instituto North Grand, pero poco sabía él que lo que en su mayoría sentían, no solo alumnos sino una

gran parte del profesorado, era un total y absoluto desprecio hacia su persona. Era intolerante y

avasallador, especialmente con los muchachos a los que él consideraba poco más que desechos de la

sociedad y que, en su opinión, no tenían nada que ofrecer o aportar ni ahora ni en el futuro, lo cual,

por supuesto, se aplicaba a todos mis chicos. Sobra decir que tampoco sentía respeto alguno por

profesores como Marc o como yo, que éramos jóvenes y carentes de experiencia, algo que no dudó

en dejar patente en cada una de nuestras escasas y distantes interacciones.

—Señor Endelson, esa no es forma de dirigirse a un alumno y usted lo sabe.

No se merecía que le hablase con tanto respeto, pero no quería ponerme a su altura.

—Mia —sonrió con desdén y volvió a tutearme—, esos chicos necesitan mano dura y no creo

que seas la persona idónea para impartirla. —Dio un paso hacia mí y, a pesar de la repugnancia que

me suponía respirar el mismo aire que él, me mantuve firme—. Eres demasiado joven y harías bien

en aceptar mi consejo y no emplear demasiado tiempo en ellos. —Señaló con la cabeza hacia la

puerta—. De cualquier forma, todos sabemos cuál será su final.

Que alguien que supuestamente estaba destinado a velar por los intereses de los chicos hablase

de ellos de aquella manera...

—Desde mi punto de vista —solté sin preocuparme en enmascarar la furia que sentía en aquel

momento—, el único desperdicio aquí es el que supone que alguien como usted ocupe un puesto de

trabajo que, obviamente, le queda grande. No se trata solo de que no le guste, es que no tiene ni la

más remota idea de cómo hacerlo y, si vuelvo a ser testigo de un comportamiento similar al de hoy,

presentaré una queja formal contra usted ante la junta escolar.

Dio un paso amenazante hacia mí, pero me mantuve firme pues no pensaba darle la satisfacción

de retroceder o de dejarle creer que me impresionaba. Me agarró el brazo con fuerza, tanta, que se

sentía que me cortaba la circulación Sus ojos refulgían con una furia más que evidente a causa de mis

palabras y, teniendo en cuenta que era solo un poco más alto que yo y la distancia a la que nos

encontrábamos, apenas pude reprimir una mueca de disgusto cuando su aliento a café y a tabaco

rancio inundó mis fosas nasales.

—No sé con quién demonios crees que estás tratando, niña —escupió en voz baja. Miró hacia

los lados para asegurarse de que estábamos solos y se acercó todo cuanto pudo—. Llevo en este

trabajo desde antes de que te hubiesen crecido las tetas. —Apreté los dientes por aquella

desagradable mención y porque su agarre en mi brazo se intensificó al punto de que quería gritar—.

No se te ocurra volver a amenazarme, porque conseguiré que te arrepientas. De un modo u otr...

—Suélteme.

Ya había tenido suficiente.

—No hasta que me hayas escuchado. —Aumentó la presión—. No hasta que entiendas cuál es tu

lugar aquí.

—Es mi último aviso, suélteme ahora mismo si no quiere otra queja más que

añadir ante la

junta. —También quise advertirle que de seguir así le patearía las nueces, pero preferí reservármelo.

Imagino que debió ver la determinación en mi mirada, así como la seriedad de mis palabras porque,

pasados unos segundos, finalmente me liberó y retrocedió un par de pasos—. Y, en lo sucesivo, si

vuelve a irrumpir en mi clase como ha hecho hoy, sin llamar o sin ser invitado, me encargaré de

echarle con la misma educación de la que usted hace gala.

Me deleité con el placer de ver cómo sus mejillas enrojecían tras escuchar mi no tan sutil

insulto y estoy segura de que su réplica no habría sido para nada agradable, pero tuvo que contenerse

a causa de que un par de profesores aparecieron caminando por un extremo del pasillo. Me dirigió

una última y furibunda mirada antes de girar sobre sus talones y marcharse, con el rechinar de sus

mocasines sobre el suelo de linóleo como único acompañante.

Saludé de forma distraída a mis compañeros y, cuando se perdieron de vista, me froté el brazo.

Dolía y bastante. No tenía ni la más mínima duda de que aquella fue su intención cuando me agarró y

precisamente por eso no me quejé en ningún momento. No conocía demasiado bien a aquel hombre,

pero, por lo poco que pude desentrañar de nuestros breves y escasos encuentros, además de todo

cuanto había escuchado acerca de él por terceros, era la típica persona que se regodeaba y engordaba

su ego a costa de las miserias y tropiezos ajenos. Era la única forma en la que podía permitirse mirar

a alguien más por encima del hombro.

Aún frotándome el doloroso punto en el brazo y sumida en mis pensamientos, apenas fui

consciente de haber entrado de nuevo en clase hasta que una voz habló.

—Señorita Mia, ¿se encuentra bien?

Levanté la vista y me di cuenta de que la clase se encontraba en silencio. Fue Rafe, uno de mis

chicos, quien hizo la pregunta y me observaba con ojos inquisitivos. Señorita Mia. Así fue como

solucionaron mi negativa a ser llamada Señora Sullivan y mi petición de ser solo Mia. No creí en

ningún momento que solicitar ser llamada así fuese una falta de respeto ni que socavara mi autoridad,

ni mucho menos. Pero sí asumí que el tener de alguna forma un trato más cercano les ayudaría a

sentirse más cómodos conmigo. Curiosamente, se negaron. De manera que buscaron un punto

intermedio y así fue como acabé convertida en la Señorita Mia. Y lo adoraba casi tanto como a ellos.

—Sí. —Me aclaré la garganta, sonreí y paseé la mirada por aquel grupo de caras que reflejaban

tanto duda como molestia—. Sí, por supuesto que sí, todo está bien chicos. — Los tranquilicé—. Solo

estaba aclarando un par de cuestiones con el señor Endelson.

Dirigí la mirada hacia Benjamin, sentado al final de la clase y que tenía la vista clavada en mi

brazo. No me di cuenta de que había vuelto a frotarlo y me detuve de inmediato cuando me miró a los

ojos y frunció el ceño.

—¡Ese tipo es un auténtico dolor en el culo! —dijo una de las chicas.

Continué observando a Benjamin y sonreí de forma alentadora. Esperaba que se sintiera cómodo

en mi clase, que no pensara en ella como otra forma de castigo sino como una salida.

—Ese tío necesita echar un polvo —aguijoneó otro.

Benjamin no solo no me devolvió la sonrisa, sino que frunció el ceño aún más, si es que eso era

posible. De seguir así, acabaría con una marca grabada permanentemente en el entrecejo.

—¡No, lo que ese imbécil necesita es una buena paliza y que le den bien por el cul...!

—¡Chicos! —llamé alzando la voz lo suficiente como para captar su atención—. Muy bien, creo

que todos sabemos lo que queréis decir, pero cuidado el lenguaje, por favor. Y

ahora —proseguí,

dando una palmada y con una enorme sonrisa asomando a mis labios—, creo que sería un buen

momento para estudiar la repercusión y evolución del romanticismo en el arte y la literatura.

Un coro de gemidos y protestas fue la respuesta a mis palabras y no pude evitar reír con

disimulo cuando me giré hacia la pizarra.

Dos horas después, habíamos terminado el día y le pedí a Benjamin que aguardase un momento

hasta que el resto de los chicos hubiesen abandonado el aula.

Cuando la puerta se cerró, me apoyé en la mesa y esperé hasta que hizo lo mismo en el primer

pupitre de la fila, quedando a unos dos escasos metros de donde me encontraba yo.

—Y bien, ¿qué te ha parecido la clase? —Se mantuvo en silencio y me miró—. ¿Ha resultado

ser la cruel tortura que esperabas?

Le hablé con suavidad, pero sabiendo también que me encontraba frente a un muchacho de

diecisiete años. Tan negativo podía resultar tratarlos con dureza como lo era hablarles con

condescendencia, como si de niños se tratasen. Necesitaban saber que de alguna forma los

respetabas, que no los veías como inferiores a ti.

Suspiré.

—Muy bien, ¿quieres contarme qué ha ocurrido esta mañana con el señor Endelson?

Me miró con el enfado reflejado en sus ojos y enderezando la postura.

—¿De qué serviría? Él ya dijo suficiente.

Me abstuve de maldecir en voz alta pues no sería el mejor ejemplo, pero interiormente me

arrepentí de no haberlo pateado en las nueces cuando tuve la oportunidad.

—Sí, escuché lo que dijo —concordé—, pero quiero oír tu versión de lo sucedido antes de que

llegaseis a clase.

—¿Por qué? —inquirió con brusquedad.

—Porque me importa y porque eres uno de mis chicos.

Mi respuesta fue sencilla, sin rodeos, sin querer adornar o apaciguar. Era sencillamente la

verdad porque, sin importar que aquel chico asistiera a mis clases con más o menos frecuencia, ya lo

consideraba como uno más, otro a quien proteger en la medida de lo posible y a quien tratar de

ayudar a encauzar su vida. Pareció asimilar la sinceridad tras mis palabras porque, aunque resopló

con hastío, respondió.

—Yo no estaba fumando hierba en el baño como ese tío dijo esta mañana. —  
Se pasó la mano

por el cabello y apartó la mirada, casi como si no quisiera estar mirándome cuando obtuviera una

respuesta negativa.

—Lo sé —asentí y él enarcó las cejas, sorprendido. Reí con suavidad—. De haber sido cierto

que estabas fumando hierba y el Señor Endelson te hubiese pillado *in fraganti*, no estaríamos

teniendo esta conversación porque con toda seguridad, te habría llevado —o arrastrado, pensé—,

hasta secretaría antes de alertar a la policía.

Un poco más apaciguado, volvió a relajar la postura manteniéndose apoyado contra el pupitre.

Él estaba con la vista perdida, contemplando a través de la ventana de clase los pocos rayos de sol

que iluminaban el césped que bordeaba el instituto y que a duras penas se abrían paso entre las

oscuras nubes que copaban el otoñal cielo de Chicago. Se avecinaba tormenta, y no solo en el

exterior.

—¿Estás traficando?

Giró la cabeza tan rápido, que apenas percibí el movimiento.

—¿Qué?

No importaba que fuese solo un joven chico, la brusquedad y el profundo tono de su voz dejaban

claro lo enfadado que estaba. No era de mi agrado tampoco, pero ocurría con tanta frecuencia que me

sentía en la obligación de abordar aquella espinosa cuestión.

—Tranquilízate, solo se trata de una pregunta, Benjamin. ¿Estás traficando para ellos?

Ambos sabíamos a quiénes me refería.

—No es tu jodido problema —espetó furioso. Se agachó para recoger la mochila que había

dejado a sus pies y, cuando se disponía a abandonar la clase, lo detuve agarrándolo por el brazo con

suavidad.

—En primer lugar, estás en mi aula de manera que cuida tu lenguaje y, en segundo lugar, es una

pregunta sencilla. No es tan difícil, únicamente tienes que responder sí o no.

Me miró a los ojos durante largos segundos. Después a la puerta, como si se estuviera

planteando huir de allí lo más rápido posible. Dio un pequeño tirón del brazo, de forma que me vi

obligada a apretar mi agarre o a soltarlo y, obviamente, opté por lo segundo. No quería que se

sintiera acorralado.

—No, ¿de acuerdo? —respondió mirándome a los ojos—. No me drogo, no he fumado hierba en

el baño y tampoco trafico mierda para nadie, ¿está satisfecha ahora?

—En realidad, sí, lo estoy. —Sonreí.

Aquello no era del todo cierto, pero por el momento debería ser suficiente.

Resopló con una renuente sonrisa jugando en los labios.

No estoy muy segura de si el hecho de no ser cuestionado le resultaba algo inaudito, si se sentía

abrumado por lo acaecido aquella mañana o si se trataba de una combinación de ambos, pero la

cuestión es que no huyó. No se enfadó, ni gritó y tampoco buscó segundas intenciones en mi

contestación.

—¿Por qué me crees? —cuestionó aún sin poder creérselo.

—¿Por qué no debería hacerlo?

—Esa no es una respuesta, profesora.

—Por favor, llámame Mia o Señorita Mia, lo que te resulte más cómodo. —  
Con esa cuestión

aclarada, tomé aire antes de darle la réplica que esperaba, aunque quizás no la que quería—. Es una

cuestión de confianza, Benjamin, y en este momento estoy depositando la mía en ti y en tu respuesta.

En cualquier caso, jamás pienses que de no ser cierto lo que me dices me estarías engañando a mí, no

realmente; de la misma forma que yo no saldría dañada. Al final, el único perjudicado en esta

historia siempre acabarías siendo tú.

No dejamos de mirarnos. Quise dejarle claro que yo no era el enemigo, no lo estaba

cuestionando o juzgando, mi cometido no era aquel. Únicamente quería que fuese consciente de que

estaba allí para él, de que había alguien que de alguna forma lo creía cuando decía que no estaba

metido en nada ilegal, al menos por el momento. Necesitaba hacerle comprender que éramos iguales,

aunque con distintas situaciones. El silencio en el aula se prolongó durante unos segundos y Benjamin

volvió a observar por la ventana el cada vez más oscuro cielo, asimilando mis palabras, supuse.

—¿Te has sometido ya a la prueba de fuego?

Aunque no me miró, supe que le había pillado por sorpresa con aquella pregunta por la brusca

bocanada de aire que aspiró entre dientes. Su pecho se elevó y descendió cuando tomó una

respiración profunda; sacudió la cabeza, aún concentrado en el paisaje exterior. Teniendo en cuenta

el entorno del que provenían la mayoría de mis chicos y que yo venía de una familia de policías, no

era algo inaudito o sorprendente que estuviera al tanto de aquellas cuestiones y de lo que, a grosso

modo, exigían las bandas callejeras para entrar en sus filas. Pero, por supuesto, él no era consciente

de hasta dónde alcanzaba mi conocimiento en cuanto a aquellas cuestiones.

—Bien —respondí con un evidente alivio en mi voz—. Si aún no has sido iniciado, es más fácil

escapar de ellos, no creo que buscasen represalias de ningún tipo si te retirases ahora.

Aquellas palabras captaron su atención y me miró fijamente con los ojos entornados.

—Para ser una simple profesora, cree saber mucho acerca de bandas. —No corregí su

suposición ni tampoco quise decirle que tenía un hermano y amigos policías, aquello solo le haría

correr en dirección contraria, de manera que me encogí de hombros como respuesta a la pregunta

implícita en sus palabras—. No tengo ninguna intención de escapar. — Apartó la mirada—. No soy un

puto cobarde.

—Por favor, el lenguaje. —No pude evitar corregirle. Suspiré. Allá íbamos —. Cuando dije

escapar, no se trataba de algo literal, es una forma de hablar, de hacerte ver que puedes y debes salir

de ahí antes de que sea demasiado tarde. —Abrió la boca para interrumpirme, pero levanté una mano

y la cerró de inmediato—. Y no creo que seas un cobarde, nadie creería eso. Tal y como yo lo veo,

solo serías un cobarde si lo haces simplemente por dejarte llevar por la corriente, porque si lo

piensas, entrar en esa banda, agarrarte a esas supuestas promesas de

hermandad y protección, es la

salida fácil. Eso es lo cobarde. —Di un paso hacia él e imprimí en mi voz la seguridad que sabía que

él necesitaba—. Sin embargo, buscar otro camino, pelear por ti, por tu futuro y el de tu familia... por

tu hermana, decir que no... eso no es debilidad, eso es valentía.

—No tiene ni puta idea de lo que habla —espetó furioso y a la defensiva.

—Está bien tener miedo —respondí con suavidad—. No es un signo de debilidad, sino todo lo

contrario. Enfrentar aquello que nos asusta, eso es ser valiente.

—¿Qué coño sabrá usted? —preguntó con desdén—. No tiene ninguna jodida idea de lo que

es... —Se detuvo reconsiderando sus palabras—. ¿Sabe qué? Gracias por lo de esta mañana, pero

no se meta en mis asuntos.

Tras decir esto último, abandonó el aula. Cerré los ojos, derrotada, cuando el portazo resonó en

la estancia.

Jesús.

Días como aquel, me hacían desear no haberme levantado de la cama en primer lugar. Llegué a

casa y era tal el cúmulo de sentimientos encontrados y no deseados que me invadían, que decidí ir a

correr un rato. Eso siempre me ayudaba a desconectar y poner en orden mis

ideas. Tras cambiarme a

unas mallas, camiseta térmica y zapatillas de deporte, cogí mi *ipod* y salí a la calle.

A las nubes que llevaban gran del día amenazando con lluvia, ahora se unía la inminente llegada

de la noche coloreando el cielo de diversos tonos de gris, desde el más acerado al más oscuro de su

gama, y mezclándose con el índigo y el cobalto. Inspiré profundamente y dejé que el cada vez más

fresco aire de Chicago me calmara. Olía a lluvia. Olía a otoño, a árboles dejándose mecer y

desnudar por el cambio estacional. El verde y las vivas pinceladas de color de las anteriores

estaciones se estaban convirtiendo rápidamente en los cálidos ocres, marrones y naranjas que tanto

me gustaban. Amaba aquella época del año. Quizás fuese extraño, y aunque también disfrutaba del

calor y la vida que la primavera y el verano traían, el otoño era el que hacía brincar mi corazón.

Hablaba de calidez, de una taza de chocolate caliente para templar tanto mi estómago como la fría

piel de mis manos al volver a casa; de tardes en el sofá tapada con una manta dejándome envolver

por el sonido de la lluvia al repiquetear contra el cristal. Significaba olor a canela, al fuego ardiendo

en una chimenea y el truco o trato que tanta ilusión traía para niños y no tan

niños.

Llevaba unos quince minutos de carrera y en ese momento sonaba *Overmy Head* de The Fray.

Ahora más calmada, me di cuenta de que era perfectamente normal sentirme como lo hice tras la

abrupta salida de Benjamin. Rara vez era fácil hacerles ver una salida diferente a la que ellos ya

daban como buena y, por supuesto, no era la primera vez que me sentía desmoralizada, por no decir

inútil, tras chocar contra los muros de terquedad y desdén tras los que se parapetaban los chicos. El

miedo y la incertidumbre eran un poderoso enemigo que llegaba en los momentos más inoportunos e

insospechados y que nos hacía tomar decisiones que de otra manera jamás habríamos valorado

siquiera. A veces lo disfrazamos, nos ponemos una máscara en un intento de ocultar lo que realmente

sentimos y no somos conscientes de que lo que acabamos mostrando al mundo que nos rodea puede

resultar más censurable que admitir lo que para muchos es un signo de debilidad. La ira, la

bravuconería, la indiferencia... son algunos de los trajes que nos ponemos, y todo con tal de no dejar

escapar una lágrima o pedir ayuda. Si lo piensas detenidamente, es cierto que hay que ser realmente

valiente para admitir que estás asustado, que tienes miedo. Para lanzar al aire

un grito de socorro con

la esperanza no solo de que alguien lo escuche, sino de que quiera hacer algo al respecto. Es por eso

por lo que jamás me rendía con ellos, con mis chicos. Apenas estaban comenzando a vivir, aún no

sabían hasta dónde alcanzaban sus posibilidades, todo lo que podrían hacer con sus vidas, las

personas que conocerían, los lugares que visitarían. Recordar lo ocurrido aquella mañana, el desdén

de Endelson hacia los alumnos de mi clase, la preocupación de todos, incluido Benjamin, al verme

entrar... todo aquello me recordó por qué hacía lo que hacía. Nada que mereciese la pena resultaba

fácil, de manera que seguiría luchando; lo haría por otro chico asustado, por alguien que, aún sin

saberlo ni ser consciente de ello, estaba lanzando gritos de auxilio.

Una sonrisa se dibujó en mis labios. Él todavía no lo sabía, pero yo podía ser mucho más terca

de lo que imaginaba. Solo necesitaba encontrar la manera de ganarme su confianza.

Continué corriendo un rato más, hasta que mis músculos comenzaron a protestar y mis pulmones

a quemar.

Cuando mi edificio apareció a la vista, desaceleré poco a poco hasta alcanzar un ligero trote, de

forma que mi cuerpo se relajase de forma gradual. Durante un rato conseguí apartarlo de mis

pensamientos, o quizás lo único que hice fue relegarlo a un pequeño rincón hasta sentirme lo

suficientemente preparada. ¿Preparada para qué? No estaba segura. Lo único que sabía era que Ethan

se había convertido en una constante en mis días, mis noches y mis sueños. Lo veía, lo sentía e

incluso lo olía por todas partes. Recordé la tarde anterior, cuando me acorraló y me enjauló entre sus

brazos. La necesidad, el deseo, el anhelo y la seguridad que me invadían siempre que estábamos

cerca era algo que jamás había experimentado en toda mi vida. Lo peor de la situación era que nunca

terminábamos de llegar a algún sitio en concreto, siempre a medias, siempre ignorando todo lo que

fluía entre nosotros de la forma más natural. Como si por el simple hecho de ignorarlo pudiésemos

conseguir que desapareciera.

¿Podía olvidar sus palabras de la tarde anterior? No, no podía y lo más importante: no quería.

Quizás estaba loca. Probablemente todo aquello acabaría en desastre. La única certeza que tenía

era que me negaba a ceder al miedo y acabar con la incertidumbre del «que hubiese ocurrido si...».

Tenía que descubrir hasta qué punto estaba Ethan dispuesto a colaborar y, si

debía tomar la

ausencia de noticias tuyas como un indicativo, supuse que no lo iba a tener demasiado fácil.

Seguí trotando suavemente en dirección a mi edificio e iba distraída tratando de desenganchar

las llaves de la cinturilla de mi pantalón, cuando me choqué con alguien de forma abrupta. Tan

concentrada como estaba en mis cosas no la había visto venir y, al llevar los auriculares puestos,

tampoco la escuché. Pero, al levantar la vista, me encontré con una enfurruñada mujer que hablaba y

gesticulaba hacia mí. Fruncí el ceño y apagué la música.

—Lo siento mucho —sonreí interrumpiendo sus palabras—, iba distraída y no te vi venir.

Era bastante guapa. Llamativa también. Tenía el cabello largo de color caoba que caía en ondas

sobre sus hombros, una figura esbelta y estilizada, más alta que yo y con unos ojos verdes que en ese

momento me lanzaban dagas. Parecía que no se había tomado demasiado bien nuestro pequeño

tropiezo.

—Bueno, pues deberías mirar por dónde vas —escupió colocándose bien el bolso.

A punto estuve de gruñir, pero me contuve en el último momento.

—Ya te he dicho que lo siento —respondí frunciendo el ceño hacia ella—.

Sigues en pie e

intacta. —Un pensamiento me golpeó—. También has chocado conmigo, así que supongo que ambas

perdimos de vista el camino.

Sonreí, ella, sin embargo...

—Aaargh —gruñó. Se limpiaba las mangas de su fina y escotada blusa como si mi pequeño

choque contra ella la hubiese ensuciado de alguna manera—. Vaya forma de mierda de terminar mi

día...

Continuó refunfuñando para sí misma mientras se iba pisoteando con fuerza por la calle. Sí,

pisoteando. Sacudí la cabeza mientras, ahora sí, me dirigía hacia casa.

El mundo estaba cada vez más loco y la gente más hastiada de todo.

Una buena ducha caliente, eso era justo lo que necesitaba. Después, si conseguía infundirme la

suficiente valentía, pasaría por casa de Ethan y lo invitaría a una taza de chocolate caliente.

Necesitábamos hablar.

Capítulo 11

Aquella conversación que tan necesaria consideraba, y a la que tanto temía, no llegó a producirse.

Tras ducharme y preparar algo de chocolate caliente, pensé en enviarle un mensaje de texto a

Ethan. Durante varios minutos, paseé y medité acerca de las distintas opciones que tenía. ¿Qué vía de acción tomar? ¿Cómo abordar el tema de forma directa, pero sin resultar agresiva? Me costó mucho decidirme, muchísimo, y al final opté por hacerlo en persona. Quería verlo. Ver su reacción cuando

nuestros ojos se encontrasen. En realidad, estaba muerta de miedo. Aterrorizada. Aquella no era yo,

nunca fui una mujer arriesgada o valiente en lo que a relaciones se refería y él suponía todo un

desafío para la comodidad a la que estaba acostumbrada. Porque sí, seamos realistas, aquello es lo

que era: miedo a lo desconocido, a arriesgar teniendo la convicción de que, probablemente, en aquel

proceso tendría casi tanto por perder como por ganar. Y eso sin tener en cuenta todas las razones que

no paraban de rondar mi mente y que me gritaban que aquello era una mala idea. Sin embargo, por

momentos me sentía confusa mientras que en otros me animaba a ser más atrevida, incluso si lo hacía

por alguien que ni siquiera era lo que yo siempre había buscado o creído querer.

Quizás de no haber sido tan conformista, no habría perdido dos años de mi vida junto a una

persona que ni me valoraba ni me respetaba lo suficiente como para mantenerlo en sus pantalones.

Pero tampoco quería pensar aquello, porque como siempre decía mi *nonna*:  
*No hay que arrepentirse*

*de querer, jamás; mejor compadece a quienes lamentarán haber desechado  
tal precioso regalo*

*cuando ellos mismos se conviertan en los despreciados. Y tenía razón  
porque, aunque no le deseaba*

mal alguno a Peter, estaba convencida de que en algún momento daría con  
alguien que le haría sentir

de la misma forma en que yo lo hice el día que lo descubrí en mi casa, *en mi  
cama*, manteniendo

relaciones sexuales con otra mujer. No importa si estás más o menos  
enamorada, si la relación está

rozando el nirvana o en un lento descenso a los infiernos, cuando alguien ha  
tenido un papel

mínimamente significativo en tu vida, lo menos que le debes es respeto y la  
consideración de darle

una digna salida.

Pero Peter ya era pasado. Y volviendo al presente estaba Ethan. El hombre a  
cuya puerta llamé

aquel lunes por la tarde y que no estaba en casa. Por supuesto que no estaba,  
pensé, molesta conmigo

misma. Martes y miércoles no fueron muy diferentes ya que continué sin  
noticias tuyas. Me estaba

evitando y aquello me dolía tanto como me enervaba y frustraba, pues jamás  
lo habría tomado por el

tipo de persona que optaba por jugar a las escondidas. En el instituto las cosas

no iban mucho mejor.

Por un lado, Endelson parecía estar en cada esquina y habitación en la que me encontraba y

Benjamin, o bien antagonizaba constantemente con algunos chicos de clase, o se mantenía en un

silencio que casi definiría como contemplativo; era como si ni siquiera estuviese allí y, de hecho, la

mañana del jueves no se presentó en clase.

El sol aquella semana apenas hizo acto de presencia en el cielo de Chicago, pero aquello no me

molestaba, no realmente, ya que disfrutaba de la lluvia y las tormentas. Además, iba acorde con mi

humor.

Al acabar las clases, caminaba por la calle sumida en mis pensamientos y preocupada por no

saber nada de Benjamin. Sabía que era un comportamiento relativamente normal dada su situación,

pero eso no significaba que me resultara más fácil de digerir. Tan ensimismada iba, que me

sobresalté cuando el estridente sonido del teléfono acabó con mis reflexiones. A clases llevaba un

bolso de mensajero y mi móvil se encontraba perdido de cualquier manera entre bocetos, apuntes y

libros, así que busqué y rebusqué hasta que por fin di con él justo antes de que la llamada se cortase.

—¿Sí? —respondí sin aliento, sin comprobar quién llamaba y casi dejando el aparato caer al

suelo.

— *La mia bella ragazza* —sonreí ante el saludo de mi abuela—, ¿estás ocupada, cariño?

—Jamás para ti, *nonna*, ya lo sabes.

—¿Podrías pasar por casa de tus padres? —inquirió, y de inmediato me preocupé.

—¿Ocurre algo? ¿Estáis tod...?

Me cortó con una risa que conocía demasiado bien y que de inmediato me hizo sospechar.

—Bueno, tu *mamma* y yo estamos perfectamente, *bambina*. Tu padre... —Rio con regocijo—.

Estaría bien si pasaras por casa, hay alguien a quien deberías conocer.

Me tensé y entrecerré los ojos. Por lo general, cuanto más irritado se encontraba mi padre, más

se divertía la abuela y cuando esta más se enfadaba era cuando a él se le veía más satisfecho. Todo

me hacía suponer que lo que fuera que hubiese hecho esta vez mi *nonna*, debía tenerlo realmente en

el borde cuando ella estaba buscando testigos para poder recrearse.

Prometí que estaría allí lo antes posible y colgué escuchando la risa de la abuela y gruñidos

quejumbrosos de mi padre.

Cuando llegué a la avenida Evergreen, fue como si de alguna forma mis problemas y

preocupaciones hubiesen quedado relegados en el fondo de un cajón a la espera de ser meditados y

atendidos en otro momento. Estaba en casa. Amaba aquella zona, aquella calle en la que pasé

interminables horas jugando, aprendiendo, creciendo y donde la frondosidad de los árboles era tal,

que incluso en los días más brillantes de verano no eran muchos los rayos de sol capaces de

traspasar la verde espesura que nos cobijaba y proporcionaba refugio. Abrí la verja del patio

delantero e inspiré hondo permitiendo que el aroma de la hierba recién cortada y el de las flores que

con tanto mimo cuidaba la abuela, me transportasen a otro tiempo. Uno en el que me sentaba en el

porche a esperar el regreso de mi padre, uno donde mis abuelos venían de visita y atravesaban el

patio con sus brazos entrelazados y en el que mi hermano mayor era mi chico favorito, el que siempre

acababa prestándose para jugar a las casitas durante mi infancia y para protegerme y resguardarme

conforme fui creciendo. Era una casa de lo más normal, nada ostentoso ni lujoso, solo otra más de la

típica familia media americana. De dos plantas y con la fachada de ladrillo rojizo, eran sus enormes

ventanales y contraventanas de madera blanca lo que más la hacía resaltar y lo que, además, daban

luz y vida a su interior. Admiré el bien cuidado césped y los parterres con coloridas flores que

albergaban el pequeño jardín; subí los pocos escalones hasta el porche delantero donde aún seguían

estando las dos mecedoras de madera y el pequeño balancín en el que pasé horas y horas charlando

con mamá, escuchando sabios consejos de la abuela y asimilando que para mi padre siempre sería su

pequeña niña y que, con toda probabilidad, tanto él como mi hermano continuarían atemorizando a

cada chico de clase que osara invitarme a salir.

Incluso antes de llamar al timbre de casa ya podía escuchar los gruñidos de papá y me pregunté,

no por primera vez, qué le habían hecho ahora.

Mamá abrió la puerta y una radiante sonrisa se extendió por su rostro en el momento en el que

me vio.

—Entra, cariño, pero te he dicho miles de veces que utilices tu llave cuando vengas —me

reprendió con suavidad tras darme un abrazo y cerrar—. Esta siempre seguirá siendo tu casa.

Lo sabía. Siempre lo sería y yo continuaría sintiéndola como tal, pero era una cuestión de

límites y respeto y, desde el momento en el que decidí independizarme, renuncié a ese derecho o

privilegio que otorga libre entrada a su casa. Era algo de lo que habíamos hablado hasta la saciedad

y que no pensaba volver a discutir.

Seguí a mi madre hasta la sala de estar guiada por la voz de mi padre y las risas de la abuela.

Mamá y yo éramos casi de la misma estatura y no había ninguna duda en cuanto a mi herencia

genética, pues era una versión más joven de Alda Sullivan aunque, sí, también con algunos rasgos de

mi padre, por supuesto. Llevaba su ondulado cabello castaño recogido en un moño y un vestido largo

en tonos lila que fluía con suavidad hasta sus tobillos. Esa era ella: relajada, cómoda,

despreocupada. Sencilla en el mejor sentido de la palabra.

—¿Qué le ocurre a papá? —pregunté deteniéndome en el pasillo un momento. Necesitaba algo

de información para saber un poco mejor a qué atenerme.

Mamá suspiró y sonrió girándose hacia mí.

—Ya sabes cómo es. —Restó importancia a los improperios que se escuchaban provenientes de

la sala con un gesto de la mano—. Estoy segura de que en un rato se olvidará del tema, pero tu abuela

no para de pincharlo y no me está ayudando en absoluto.

—¿Ayudando con qué? —inquirí cada vez más confusa.

Los marrones ojos de mi madre, un poco más oscuros que los míos, se iluminaron con el brillo

propio de la ilusión.

—¡Oh, espera a verlo, cariño! —Me cogió de las manos, instándome a andar —. ¡Es

absolutamente adorable!

Papá estaba parado en mitad de la estancia con los brazos cruzados y lanzando dagas por los

ojos en dirección al sofá. Tenía las mejillas encendidas a causa del enojo, o a eso supuse yo que se

debía.

—¡De ninguna maldita manera! —espetó sacudiendo la cabeza. Aún no parecía ser consciente

de mi llegada—. ¡No pienso ceder, esta vez no!

La abuela se encontraba sentada en un extremo del sofá y, aunque con sus piernas juntas y los

tobillos cruzados parecía la perfecta imagen de la inocencia y el recato, yo la conocía mejor. Se veía

tremendamente satisfecha. Al principio pensé que era a ella a quien miraba mi padre, pero no, las

dagas que papá lanzaba por los ojos iban dirigidas hacia el pequeño bulto situado junto a mi *nonna* y

al que ella acariciaba con ternura.

—¿Qué ocurre?

Ante el sonido de mi voz, papá se giró hacia mí y la exasperación que momentos antes sentía,

pareció multiplicarse por diez.

—¡Oh, diablos, no! —Lanzó las manos al aire mirando entre mamá y yo—. ¡Tú también, no!

—¡Chuck!

—¡Papá!

Los ojos de la abuela chispeaban cuando me miró y dejó escapar una ronca risita para luego

continuar con las caricias al pequeño bulto junto a ella. Papá se acercó a mí arrepentido por su

estallido, me abrazó y me dio un beso en la frente.

¡Vaya con los besos en la frente!

—Lo siento, cariño —se disculpó—, pero dudo mucho que me vayas a servir de ayuda, sino

más bien todo lo contrario.

—Vamos, Chuck —mamá le dio unas palmaditas condescendientes en el pecho—, no seas tan

melodramático.

La curiosidad me podía y me encaminé hacia el sofá.

—Papá, primero tengo que saber qué es lo que... —Un gatito. Una pequeña bola asustada se

acurrucaba junto a mi abuela alimentándose del cariño y de las caricias que esta le prodigaba—. ¡Un

gato! ¡Oh, abuela! ¡Es una monada! —Me senté y lo puse en mi regazo. Alterné la mirada entre los

tres—. ¿De dónde lo habéis sacado? Es absolutamente adorable.

Sonreí cuando el pequeño animal comenzó a ronronear con suavidad.

—Bueno...

—Lo encontré junto a un contenedor cuando me dirigía a casa esta mañana. —Jen apareció de

repente. Estaba devorando un rollo de canela, así que supuse que venía de la cocina cuando

interrumpió la explicación de mamá—. Es tan pequeño y estaba tan asustado... —Hizo un mohín y

miró a papá—. Mi casero no me permite tener animales y no podía dejarlo abandonado en aquel

sucio callejón.

Papá alzó la vista hacia el techo y acto seguido cerró los ojos mientras sus labios se movían en

silencio, probablemente rogando por paciencia. Mamá se acercó a Jen y le pasó un brazo por los

hombros estrechándola con afecto.

—Por supuesto que no podías, cielo, hiciste muy bien en traerlo.

—Creo que fue una maravillosa idea —convino la abuela y papá la fulminó con la mirada—.

Aquí estará perfectamente cuidado.

—Estará cuidado, pero no en mi casa —masculló él, cruzando los brazos—. Podéis encontrarle

otro lugar a esa cosa.

Alcé al gatito hasta ponerlo al nivel de mis ojos. No era un gato muy común, eso era

indiscutible. Era muy pequeñito, solo un cachorro, y no era más que un pequeño saco de pellejo. No

por su delgadez, que también, sino porque no tenía ni un solo pelo en su cuerpo. Tenía unos enormes

ojos dorados y la piel de un suave tono rosado con algunos parches grises en la cabeza y el lomo. Era

diferente, único y me encantaba tanto por su rareza como por la ternura que desprendía.

—Vamos, papá, no me puedes negar que una monada. —Giré al gatito en el aire para que mi

padre lo mirase—. Fíjate bien en esta carita, por favor.

—Vamos, Chuck —azuzó la abuela—. Deja de gruñir de una vez, sabes que se va a quedar.

—¡He dicho que no!

—Te olvidas, cariño —mamá soltó a Jen y se acercó a papá con los ojos entornados—, de que

esta también es mi casa.

—Sí, y creo que ya he hecho las suficientes concesiones.

Cuando habló, lanzó una mirada significativa a mi *nonna*, pero ella, lejos de sentirse ofendida,

pareció si acaso más satisfecha aún cuando comenzó a reír. Con un gesto de la mano, desestimó las

palabras de papá como si no le afectaran en absoluto.

—No puedo creer que hayas dicho eso, Chuck.

—Alda, no te preocupes cariño. —La abuela miró a mamá con una tranquilidad que me

sorprendió—. Ya sabemos que no ofende quien quiere, sino quien puede. — Continuó hablando e hizo

un gesto vago con la mano en dirección a mi padre—. *Tuomarito è un asino*, sus palabras son barro

en mis delicados pies.

Jesús.

Algunas cosas nunca cambiaban.

Jen rio. Mamá suspiró y se frotó la sien con cansancio. Yo miraba entre todos ellos y mi *nonna*

se veía muy complacida cuando papá apretó los puños a los costados y sus mejillas enrojecieron a

causa de la indignación.

—¡Eso es todo! ¡Te he entendido perfectamente! —estalló señalando hacia la abuela con un

dedo acusador. Ella enarcó las cejas—. Muy bien, tal vez no, pero no lo necesito. Estoy harto de que

me provoques en mi propia casa y estoy seguro de que esto ha sido idea tuya.

—¡Ojalá! —Se inclinó hacia delante para mirar a Jen—. Recuérdame que luego te lo agradezca,

*bambinamia.*

—¡Claro, señora Moretti!

—Abuela —corrigió esta. Jen asintió con todo el amor que sabía que sentía por mi familia

reflejado en su hermoso rostro. No era la primera vez que le pedía que la llamara así.

Papá las ignoró y se giró para encarar a mi madre.

—Alda, elige: el gato o yo.

Abrí los ojos sorprendida por el absurdo ultimátum. Jen, que estaba a media mordida del rollo

de canela, a punto estuvo de atragantarse y la abuela prorrumpió en carcajadas. Solo veía el perfil de

mamá, pero no cabía duda de que estaba sorprendida y de que, por supuesto, aquellas palabras,

aunque dichas con toda la seriedad del mundo, le resultaban de lo más ridículas. Dio un paso

adelante y puso una mano en la mejilla de papá, sonriéndole con ternura.

—Chuck, cariño, detente un momento y piensa en lo que acabas de decir.

Jen, que hasta entonces se había mantenido en un segundo plano, se removió inquieta en el sitio

antes de hablar.

—Señora Sullivan, en serio, no quería causar problemas —murmuró con aire culpable, mirando

entre ellos—. Puedo volver a llevármelo y ya le encontraré otro lugar en el que pueda quedarse.

Estábamos tan inmersos en los estallidos de papá, las risas de la abuela y todo lo demás, que

ninguno escuchamos la puerta de entrada, de modo que nos sorprendimos cuando la fuerte voz de mi

hermano rompió el silencio reinante en aquel momento.

—¿Qué demonios es eso?!

Luke tenía los ojos clavados en el pequeño bulto en mi regazo, alcé la mirada para responderle

y la sonrisa murió en mis labios cuando vi quién le acompañaba.

Ethan.

El corazón parecía que se me saldría del pecho en cualquier momento y se me hizo un nudo en el

estómago cuando clavó sus preciosos ojos azules en los míos. Abrí la boca queriendo decir algo,

cualquier cosa, pero volví a cerrarla. Ocurrió lo mismo que tantas otras veces, todo a mi alrededor

dejó de existir, todo excepto él, no había suficiente aire en aquella habitación ahora que

compartíamos espacio. La conexión que sentí desde el primer momento en que lo vi, reapareció con

toda su fuerza exigiendo atención, demandando una solución que aflojara

aquella cuerda invisible

que a cada momento parecía más y más tensa. Lo miré. En realidad, me embebí de él, de su

imponente físico: los hombros anchos y sus fuertes brazos cruzados a la altura de unos pectorales

bien definidos que se me grabaron a fuego la misma noche en que nos conocimos. El pelo revuelto,

los tatuajes que quería memorizar y que adornaban su piel y, por supuesto, las muñequeras de cuero

que formaban parte de él. Sabía que no nos conocíamos, de hecho, apenas si estábamos rascando la

superficie, entonces, ¿cómo era posible sentir algo tan intenso en tan corto periodo de tiempo? Y lo

que más me aturdí, ¿cómo era posible sentirlo hacia alguien que encarnaba todo lo que siempre

había rechazado en una pareja, lo que jamás creí querer? La vida, o el destino, tiene una curiosa

forma de dar lecciones y eso es algo que me quedó claro desde nuestro primer beso. Lo peor era ser

consciente de que él se sentía de la misma forma hacia mí, o al menos en parte, porque siendo sincera

conmigo misma y a pesar de saber que en aquel caso los contras pesaban mucho más que los pros,

tenía que reconocer que lo que allí se estaba gestando era algo más que una simple atracción. Y

estaba muerta de miedo.

La conversación continuó a nuestro alrededor, pero ambos estábamos tan centrados el uno en el

otro que poco nos importaba. No fue hasta que mamá pronunció mi nombre, que volví al momento en

el que nos encontrábamos antes de la llegada de mi hermano y Ethan.

Con mucho esfuerzo, arranqué mi mirada de la suya y la dirigí hacia mi madre.

Fruñí el ceño y me aclaré la garganta.

—Perdona, ¿qué?

Ella miró entre nosotros, sin duda consciente de que algo ocurría, pero gracias al cielo, no hizo

mención alguna al respecto.

—Por favor, cariño, dile a tu padre que no puede poner ese nombre al gato.

Contemplé al pequeño animal en mi regazo e ignoré el gruñido descontento de la abuela.

—¿Qué nombre? —inquirí mirando a papá que, por primera vez, se veía satisfecho.

—Lucifer —espetó la abuela y casi me atraganté.

—¡Papá! —No me lo podía creer. Luke se rio por lo bajo, mamá me observaba suplicante, Jen

puso una mano en sus labios escondiendo una sonrisa e incluso Ethan tenía ese brillo divertido en la

mirada cuando enarcó las cejas—. ¿Cómo se te ocurre pensar en ese nombre para el pobre gato?

—Esa cosa es tan fea que solo puede ser un engendro del demonio —  
refunfuñó traspasando al

pobre animal con los ojos—. El nombre le viene como anillo al dedo.

Teniendo en cuenta la forma en la que observaba al pequeño gato, no me veía  
capaz de refutar

aquella curiosa, aunque aplastante, lógica. De hecho, viendo las expresiones  
de los presentes, creo

que todos tuvimos que esforzarnos en reprimir las carcajadas.

—En realidad, señor S —comentó Jen con voz divertida—, es un Sphynx. —  
Papá tenía una

expresión en blanco cuando la miró—. Un gato esfinge.

La aclaración sirvió de poco porque papá se veía, si es que eso era posible,  
aún más espantado.

—¿Quieres decir que se va a quedar así?

—Bueno, si con así se refiere a... —dudó un segundo—. Quiero decir,  
crecerá en tamaño, pero

sí, básicamente se quedará así... sin pelo.

Reñí a mi padre cuando empezó a maldecir. La abuela cogió al gato y  
reanudó las tiernas

caricias mientras esbozaba una satisfecha sonrisa y mi madre consoló a Jen  
para que no se

preocupase, porque hizo bien en llevar a... Lucifer a casa. ¡Dios! Me costaría  
mucho llamarlo por

aquel nombre.

—¿Dónde está Brutus?

Fruncí el ceño ante la pregunta de mi hermano porque con todo aquel embrollo ni siquiera había

reparado en su ausencia. Como si hubiese estado a la espera de escuchar su nombre, el pequeño

cruce de chihuahua apareció derrapando por el pasillo y fue directamente a los pies de mi padre, que

lo recogió y palmeó con afecto. Era tan pequeño que casi no se veía entre las manazas de papá, lo

más llamativo eran sus pequeños y brillantes ojos negros, su oscuro hocico y la hilera de dientes de

la mandíbula inferior que sobresalía más que la superior. Él fue la primera obra de caridad de Jen.

—¿Este es Brutus?

Ethan enarcó las cejas y observó al pequeño can, que en ese momento gruñía a Luke como si

quisiera saltarle a la yugular. No sé por qué, pero le tenía una terrible manía a mi hermano.

—Sí. —Papá se irguió, dispuesto a defender a su mascota ante la burlona pregunta—. Que no te

engañe su tamaño, este chico es un magnífico perro guardián, además de valiente y un buen

compañero. —Sonreí porque el día que Jen lo trajo a casa, ocurrió exactamente lo mismo que con...

Lucifer. Ethan me miró con una pequeña sonrisa bailando en sus labios, antes de levantar las manos a

modo de rendición para aplacar a papá, quien se dio por satisfecho con el gesto—. Reed, hijo,

disculpa todo este... esto, en fin, ya ves que esta es una casa de locos. Y ahora, ¿se puede saber por

qué cojones has tardado tanto en venir?

—¡Papá!

Me ignoró y se acercó a Ethan para darle uno de esos abrazos masculinos, ya sabes, de esos de

un solo brazo y palmeando con fuerza su espalda. Tras saludarnos con un beso a Jen, a mamá, a la

abuela y a mí, Luke se unió a ellos y no pude más que mirarlos tan embobada como asombrada. Me

desconcertó ser testigo de la camaradería y complicidad con la que interactuaban los tres. No

alcancé a escuchar de lo que hablaban, pero cuando las sonrisas dieron paso a ceños fruncidos y a

bajos murmullos, di por hecho que habían pasado a temas relacionados con el trabajo. Mamá y la

abuela, como buenas anfitrionas que eran, no tardaron en servirnos café y una distinta variedad de

dulces recién hechos que, aunque sé que nadie más fue consciente de ello, hizo que los ojos de Ethan

adquirieran ese brillo especial que no dejaba de sorprenderme. Él acababa de dar un mordisco a un

*brownie* de chocolate mientras asentía a algo que había dicho papá, cuando se percató de que lo

observaba e intercambiamos sonrisas cómplices y un guiño juguetón, que hizo que mi estómago se

anudase por segunda vez aquella tarde.

Algún tiempo después, los cuatro nos excusamos, cada uno por sus propias razones; nos

marchamos y dejamos a mis padres y a la abuela en casa ayudando al nuevo miembro de la familia a

adaptarse. No estaba muy segura de cómo resultaría aquello, la verdad. Nos acomodamos en el coche

de Ethan con mi hermano en el asiento del copiloto y nosotras dos en la parte trasera. Por alguna

razón, y pese a que el ambiente en casa de mis padres fue de lo más distendido, el silencio reinante

en el vehículo me resultaba de lo más tenso e incómodo. La primera parada fue para dejar a Jen y mi

hermano se ofreció a acompañarla para asegurarse de que llegaba bien a casa, poco le importaron

los gruñidos que ella profirió al respecto. Sacudí la cabeza cuando, una vez acomodada en el asiento

delantero, vi por el cristal cómo ambos caminaban sin hablar y con al menos medio metro de

distancia entre ellos. Subí un poco el volumen de la radio cuando comenzó a sonar

*Burnittotheground* de Nickelback. Me encantaba ese grupo. Ethan tamborileaba los dedos en el

volante al ritmo de la música y yo hacía lo propio en una de mis piernas

mientras movía la otra,

consiguiendo a duras penas mantenerme en el asiento del coche. Ambos nos miramos de reojo al ver

nuestras respectivas reacciones y sonreí. Él sacudió la cabeza esbozando aquella media sonrisa que

tanto me gustaba y bajó un poco el volumen antes de hablar.

—Jamás hubiera imaginado a Chuck como un tipo al que le gustasen los chihuahuas —comenzó

con tono burlón.

Reí por lo bajo al recordar el día en que Brutus llegó a casa de mis padres. Lo de Luc... el gato,

quedaba en una simpática anécdota en comparación.

—De hecho, no lo es. —Doblé una pierna en el asiento y pasé la otra por encima, giré un poco y

acabé con la espalda contra la puerta, de manera que así lo miraba de frente —. Ahora son

inseparables y papá adora a ese perro, pero el día que Jen se presentó con él en casa de mis padres,

fue una auténtica locura. Si lo pienso bien, lo de hoy ha sido *pecata minuta*.

—¿Jen?

Me observó por un breve segundo antes de devolver la vista a la carretera. Olvidé que Luke y él

aún no habían llegado a casa durante esa parte de la discusión.

—El apartamento de Jen es diminuto, y además su casero no le permite tener

animales. —

Asintió sin mirarme y proseguí—. Ella está terminando la carrera de enfermera veterinaria. Adora a

los animales, desde siempre, así que cuando ve a alguno desvalido o abandonado es incapaz de mirar

hacia otro lado, de manera que acaba con la responsabilidad de encontrarle un hogar o al menos un

refugio provisional hasta dar con una familia. —Sacudí la cabeza con una sonrisa antes de mirar

hacia el cristal delantero donde algunas las primeras gotas de lluvia de la tarde comenzaron a

golpear con suavidad—. Podrías pensar que, siendo esta la tercera vez, mi padre ya estaría

acostumbrado.

—¿Cómo es que Jen aún no ha terminado sus estudios? —preguntó. No juzgó, solo se sentía

curioso.

Suspiré y miré a través de la luna delantera.

—Es una larga historia. —Sacudí la cabeza—. Y no es mía para contar.

Se limitó a asentir y, cuando desvié la vista hacia él, juro que pude ver la aprobación reflejada

en su rostro.

—¿Cuál me he perdido? —inquirió con el ceño fruncido. Sus ojos azules me miraron con

confusión antes de que esta fuese sustituida por un brillo pícaro—. Está el chihuahua Brutus, también

designado como el guardián y protector del hogar Sullivan. —Se mantuvo serio, pero yo no pude

evitar sonreír. Asentí y crucé los brazos—. Luego, tenemos al engendro del demonio...

—¡Ethan! —Estaba horrorizada, aunque no pude evitar reír por la lógica de mi padre a la hora

de buscarle nombre al pobre gato—. No hables así de él, pobrecito.

—Mia, sin importar tu buen corazón, tienes que admitir que esa cosa es jodidamente fea.

—Es... diferente —rebatí. Aceptó, aunque no parecía muy convencido.

Durante unos breves segundos, nos sumimos en ese cómodo y amigable silencio en el que, con

una simple y pequeña sonrisa y un cruce de miradas, nos decíamos todo lo que necesitábamos que el

otro supiera. Estábamos bien, al menos de momento.

—Bien. —Se aclaró la garganta y arqueó una ceja—. Tenemos a dos, y el tercero es... —Movié

una mano en el aire para que yo continuase.

—Norris. —Cuando se quedó en silencio y me miró de soslayo, aclaré—. Es un yaco, un loro

gris de cola roja. No me preguntes cómo fue a parar a las manos de Jen, porque ninguno tenemos idea

de ello, simplemente sucedió. Un día se presentó con él y, cuando mamá y la

abuela lo vieron y

supieron que estaba deprimido a raíz de haber sido maltratado, aceptaron cuidar de él sin pensárselo

dos veces.

—¿El pájaro estaba deprimido? —preguntó con algo de sorpresa.

—No es un simple pájaro, Ethan —aclaré—, es un loro y los de esta clase son bastante

sensibles.

—Ya —aceptó, todavía algo escéptico. Tras unos segundos, una sonrisa se dibujó en sus labios

—. Dime una cosa, ¿quién le puso el nombre al pájaro?

Fruncí el ceño, no muy segura de qué importancia tenía eso.

—Lo hizo la abuela, ¿por qué lo preguntas?

Aún no había terminado de hablar y él ya sacudía la cabeza. Sus hombros temblaban a causa de

la risa, aquella misma que yo atesoraba y consideraba como algo precioso por las pocas ocasiones

en las que la escuchaba. Sonreí sin poder evitarlo. Jamás podría describir lo que me hacía verlo así,

escuchar aquel sonido y sentirlo en lo más profundo de mis entrañas hasta el punto de hacerme

estremecer.

—¿Qué? ¿Qué ocurre?

—Joder —rio ignorando mi pregunta y me miró con una chispa divertida iluminando sus

preciosos ojos azules—, está claro que las mujeres de tu familia sois una fuerza a tener en cuenta,

eso seguro.

—Ethan, ¿qué?

—Tu abuela no le tiene demasiado aprecio a tu padre, ¿no?

Apenas presté atención a sus palabras, distraída con aquel dichoso hoyuelo.

—¿Qué quieres decir?

Inspiró hondo para reponerse de aquel inesperado, aunque bienvenido, ataque de risa y me

dirigió una breve mirada antes de volver a centrarse en la carretera.

—El nombre del pájaro... del loro, quiero decir, ¿de verdad que no te has dado cuenta?

—No tengo la menor idea de lo que estás hablando.

—Si unes el nombre de tu padre, Chuck, con el del loro, tenemos...

Tardé unos segundos en darme cuenta de lo que trataba de decir.

—¡Chuck Norris! —musité. Me llevé las manos a la boca y lo enfrenté con los ojos bien

abiertos. No podía creer que no me hubiese dado cuenta antes de aquello—. ¡Oh, Dios mío! —Reí,

alucinada por el ingenio de la abuela—. No me lo puedo creer, esa mujer...

—Después se me

ocurrió algo—. ¿De verdad crees que lo hizo a propósito?

Me miró como si hubiese perdido la cabeza.

—Mia, cariño, te aseguro que el nombre de ese loro no ha sido fruto de la casualidad. —Tenía

razón y, conociéndola, no es que me extrañase demasiado. También explicaba la animadversión entre

mi padre y aquella mascota en particular—. No se llevan muy bien, ¿no?

Pensé que se refería a mi padre y a Norris. Después me di cuenta de que su pregunta no estaba

relacionada con mis pensamientos.

—Ah, no. —Hice un gesto con la mano restando importancia al asunto—. En realidad, se

adoran. De hecho, creo que ambos se han acostumbrado a aderezar sus vidas a costa de pinchar al

otro. Hace su día a día más interesante.

—No lo dudo —murmuró con una suave sonrisa que le devolví.

Nuestras miradas se enlazaron por unos breves y preciosos segundos. Se me hizo un nudo en el

estómago y uní con fuerza las manos en mi regazo para evitar tocarlo, para no alargar una de ellas y

apartar un oscuro y rebelde mechón de cabello que caía por su frente. Aspiré una temblorosa

bocanada de aire. Me había convertido en adicta a la complicidad que existía entre nosotros y que

resultaba tan natural y necesaria como el respirar. Estaba enganchada a él, a su profunda y rica voz,

al hoyuelo sobre el que quería posar mi dedo, a su fuerte mandíbula sin afeitar y a las pulseras de

cuero que eran como otra parte más de su anatomía. Incluso necesitaba su aspereza y terquedad tanto

como escuchar aquella rara, preciosa y genuina risa. Con un estremecimiento, me admití a mí misma

que lo necesitaba... no, que lo quería en mi vida.

De momento, volvíamos a ser nosotros. Lo demás, solo el tiempo lo diría.

## Capítulo 12

El regreso a casa transcurrió con normalidad. Al menos, con toda la que se puede tener cuando el

grado de atracción entre dos personas resulta tan abrumador.

Hablamos poco, aunque para ser sincera y como casi siempre ocurría, fui yo quien llevó el peso

de la conversación. Le hablé de Benjamin, de mis problemas para llegar a él y lo frustrante que me

resultaba aquella situación. Omití el tema de Endelson pues no quería añadir más leña al fuego y,

teniendo en cuenta que Ethan era tan protector como mi hermano, era muy probable que quisiera

tomar el asunto en sus manos.

A pesar de que las palabras que me dijo unos días atrás, cuando estábamos en mi cocina,

continuaban revoloteando constantemente por mi cabeza, traté de actuar como si nada hubiese

ocurrido. Como si no me hubiesen afectado en absoluto. Como si no hubiera pasado aquella semana

extrañándolo como una loca, no solo por lo que sentía por él, sino por la tranquilidad que me

aportaba. Ethan era un magnífico oyente y, mientras que mis reacciones eran más viscerales y en la

mayoría de los casos me guiaba por lo que mi corazón me decía, él lo analizaba todo desde la

distancia. Era mucho más práctico, aunque para nada frío pese a que a veces pudiera dar esa

sensación. No me pesaba en absoluto reconocer que en aquel preciso momento de mi vida me sentía

un poco perdida, tanto en el ámbito sentimental como en el profesional. Todo en lo que había basado

mi existencia parecía estar volviéndose del revés. No estaba segura de cómo gestionar lo que sentía

por él porque, sin importar cuánto hubiese tratado de negármelo a mí misma, estaba tanto en mi

corazón como en mi cabeza y tratar de ignorarlo o minimizarlo, no hacía que desapareciese por arte

de magia.

Después estaba Benjamin quien, como era de esperar, no me lo estaba poniendo fácil. En

absoluto. Tenía el convencimiento de que jugar la baza de su hermana

pequeña para que entrase en

razón y me permitiera ayudarlo podría hacer que la balanza se inclinase hacia el lado contrario que

yo quería. Pero también era consciente de que quizás me vería obligada a ello en algún momento.

Aunque solo como último recurso.

Mañana. Esperaría a mañana para ver cómo se sucedían los acontecimientos.

Esa noche me fui a trabajar con un pellizco de emoción en el estómago sabiendo que Ethan iría

al bar. Me propuso llevarme él mismo y gruñó cuando lo besé en la mejilla y decliné su ofrecimiento.

He de reconocer que me resultaba entrañable su preocupación por mi bienestar y la aversión que le

provocaba mi adorado Volkswagen. En ningún momento lo consideré un efecto secundario

proveniente de su instinto protector o de su necesidad de controlarlo todo. No. Lo tomé como lo que

realmente era: una total falta de consideración hacia mi coche *vintage*. Una joya por la que

probablemente cualquier coleccionista pagaría una importante suma de dinero. No solo a mí, sino

también al taller mecánico donde tendría que ponerlo a punto, por supuesto.

Dejando eso a un lado, tras tomar una ligera cena temprana y relajarme un rato en el sofá, me

preparé para mi turno. Mick refunfuñó cuando lo abracé y besé, pero eso no

era ninguna novedad,

solo su forma de darme la bienvenida. De hecho, creo que se encontraba feliz puesto que, como había

hecho la colada esa semana, llevaba la camiseta con el nombre del bar, que no era demasiado

escotada, pero enseñaba lo suficiente. La combiné con mis jeans negros ajustados y unas botas

también negras de tacón que me llegaban hasta las rodillas. Jen las calificaba como las «botas

fóllame». Dejé que mi largo cabello castaño fluyera en ondas por mi espalda y me apliqué el toque

justo de maquillaje, como siempre. Que tuviese ganas de ver a Ethan aquella noche no implicaba que

tuviese que poner demasiado esmero a la hora de arreglarme.

El tiempo pasó volando mientras Liam y yo nos hacíamos cargo de la barra y Mick estaba por

aquí y por allá atento a todo. En un momento dado, cuando llevábamos quizás un par de horas

trabajando, nos presentó a una chica a la que al parecer tenía intención de hacer una prueba aquella

noche; en función de cómo lo hiciese, la contrataría o no. Ya estaba simpatizando con ella, pues

nuestro jefe era un hueso duro de roer.

—No sabía que estabas contratando, Mick.

El me lanzó una mirada reprobatoria y se cruzó de brazos. Cuando miré hacia

la chica, entendí

cómo de mal podría haber sonado aquello.

»Oh, no. No, no. —Negué y la miré con una sonrisa—. No quería decir que... bueno, te darás

cuenta de que Mick no es demasiado comunicativo...

—Hablo de lo que es importante —gruñó con el ceño fruncido. Lo ignoré.

—...Quiero decir que lo comprobarás si te quedas, por supuesto. —Liam rompió a reír junto a

mí y supe que había vuelto a meter la pata—. Lo siento, mira, olvida todo lo anterior y mucha suerte

esta noche, en serio.

Me dedicó una genuina sonrisa y tendió la mano para que se la estrechara.

—No te preocupes. —Restó importancia al asunto—. Te he entendido perfectamente. Soy

Brooklyn.

—Yo soy Mia, encantada de conocerte. Y este —señalé por encima de mi hombro con el pulgar

— es Liam.

Brooklyn sonrió hacia él y lo repasó lentamente con la mirada. Mordí una sonrisa porque poco

sabía ella que nada tenía que hacer por aquellos lares, puesto que Liam bateaba para el equipo

contrario. Mick nos reorganizó, dejándonos a nosotras dos atendiendo la barra y enviando a Liam a

hacerse cargo de las mesas. No sabía si conseguiría el trabajo, aunque esperaba que sí, pero de

inmediato conecté con ella. Era dulce, divertida, muy habladora y también astuta y descarada. Sabía

manejar perfectamente a los hombres que le regalaban los oídos, frenaba sus avances y los alejaba

con una sutileza que en ningún momento les hacía sentir ofendidos. Con tacto, pero también con

firmeza. Y es que no me extrañaba su éxito porque era preciosa. El perfecto ejemplo de una chica

*pin-up*. Tenía el cabello de un profundo color caoba que caía en gruesas ondas hasta su pecho y se

había hecho un recogido en uno de los lados con un precioso broche de mariposa; ojos color avellana

que consiguió resaltar con un grueso delineador y máscara de pestañas. Sugerentes labios en color

escarlata que no perdieron la sonrisa en ninguna ocasión y que iban a juego con el escotado top que

realzaba su más que generoso busto. Brooklyn era un paquete sexy, sugerente y provocador que,

unido a su encantadora personalidad, la convertían en una mujer de lo más atrayente.

En un momento dado, estaba de espaldas a la barra mientras reponía algunas botellas. Tarareaba

*Come as you are* de Nirvana , cuando escuché algo que solo puedo describir como un ronroneo

seguido de:

—¿En qué puedo ayudarte, cariño?

Levanté la vista hacia el espejo que ocupaba toda la parte de la barra para ver qué, o más bien

quién, había conseguido atraer el interés de Brooklyn de aquella manera. Un latigazo de celos me

hizo enderezar la columna cuando vi a Ethan reflejado en él. Ella tenía una mano en la barra y la otra

apoyada sobre su estrecha cintura mientras esperaba obtener su atención. Un ardiente fuego comenzó

a ascender desde mi bajo vientre hasta llegar al punto en que mis mejillas se encendieron, no solo a

causa de la inquietante e inesperada ira que las atenciones de mi compañera hacia Ethan me

provocaron, sino también debido a que, sin importar la sugerente pose en la que ella se encontraba,

él tenía los ojos clavados en mí. No quería girarme, lo cual resultaba ridículo teniendo en cuenta que

ambos nos observábamos con intensidad a través del espejo. Tomé una respiración temblorosa y

finalmente me decidí a encararlo, me limpié las manos con un paño que tenía a mano, más por los

nervios que porque realmente lo necesitara. Miré entre ellos, buscando algo... ¿El qué? No lo sabía,

pero era muy consciente del atractivo de Brooklyn, de hecho, las proposiciones que recibió y el tarro

de propinas hablaban por sí solos.

Estaba tan ensimismada admirando a Ethan que no escuché lo que mi compañera estaba

diciendo. Sin embargo, las últimas palabras de la oración me llamaron poderosamente la atención, y

no de una buena manera.

—¿Qué? —La miré, queriendo asegurarme de haber entendido bien.

Sonrió, mostrando su blanca y perfecta dentadura.

—Digo que se me da bastante bien preparar cócteles. Orgasmo en la playa...

—Dirigió sus ojos

hacia Ethan—. Es una de mis especialidades.

Oh, Jesús.

No. Aquello no podía ser posible.

—¡De ninguna maldita manera!

Dos pares de ojos me miraron. Los de color avellana, muy abiertos y sorprendidos. Los azules,

aquellos que podría dibujar incluso a ciegas, estaban iluminados por una chispa de diversión. Fue

entonces cuando me di cuenta de que había hablado en voz alta.

»Quiero decir... —Me aclaré la garganta. No podía mirar a Ethan—. Él siempre bebe cerveza.

—A veces puedo hacer excepciones.

¿En serio? ¿Me estaba vacilando o simplemente poniendo a prueba mis

límites?

Lo fulminé con la mirada, pero de inmediato suspiré al darme cuenta de que, si era lo que él

realmente quería, yo no tenía ningún derecho a inmiscuirme. Quizás incluso me viniera bien una

pequeña dosis de realidad para recordarme con el tipo de hombre que estaba tratando.

—Por supuesto —respondí con voz suave y mirándolo a los ojos—, eso va a gusto del

consumidor.

No estoy segura de si lo imaginé, pero por un fugaz momento me pareció ver la decepción

reflejada en su rostro. Como si aquella respuesta no fuese la que en realidad esperaba obtener de mí.

Brooklyn miró entre nosotros, probablemente tratando de descifrar lo que allí ocurría, buscando el

significado oculto de aquel breve intercambio de frases. Algo debió ver, algo que incluso puede que

a mí se me escapara. Se acercó con una suave sonrisa, me dio un tranquilizador apretón en el brazo y,

en un bajo tono que solo yo pude escuchar, murmuró:

—Todo tuyo, cariño.

No, no lo era. Ni de lejos. Pero incluso en el caso de que aquello se hubiera tratado de una

competición, que no lo era, no quería ser la mujer con la que el chico se

queda a falta de una mejor

opción.

Suspiré y sacudí la cabeza por lo absurdo de todo aquello.

—¿Y bien? —Me giré hacia Ethan. Le hablé con más brusquedad de la que probablemente él

merecía, pero no pude evitarlo—. ¿Qué va a ser?

—Cerveza, por supuesto —respondió con tono tranquilo.

—¿Seguro? —Enarcó las cejas y ladeó ligeramente la cabeza escrutándome con una intensa

mirada—. ¿No te apetece probar algo distinto?

Aquella sonrisa ladeada que tanto amaba y que hacía destacar aún más aquel bendito hoyuelo,

hizo acto de aparición. En los ojos de Ethan había calor, determinación y verdad. Todo aquello se

reflejó en sus siguientes palabras.

—Cariño... —Apoyó los brazos en la barra y se inclinó hacia delante, hasta que nuestros

rostros quedaron a escasos centímetros—. Si quisiera probar algo más, lo haría. —Sus pupilas se

desviaron hacia mis labios—. Pero estoy bastante seguro de que quiero una cerveza.

Se echó hacia atrás y me dejó clavada en el sitio con una penetrante mirada que decía más que

cualquier palabra. Di un pequeño asentimiento y ordené a mis temblorosas

piernas que se pusieran en

movimiento.

El resto de la noche pasó en un borrón. Los chicos llegaron, saludaron, bromearon y tomaron sus

bebidas. Mick gruñó cuando Tucker convirtió en su objetivo de aquella noche el conseguir algo con

Brooklyn, sin embargo, al ver cómo ella manejaba la situación por su cuenta, no se entrometió. El

flirteo de mi compañera con Ethan quedó en el olvido porque, en cierto modo, no podía culparla.

Sabía que era un hombre que llamaba la atención. Diablos, todos ellos lo hacían. De hecho, cuando

la presenté al cuarteto que conformaban y supo que eran policías, se le iluminaron los ojos. Claro

que aquel brillo se difuminó un poco cuando Tucker se volvió más y más insistente a medida que

avanzaba la noche. En un momento dado, casi al final de nuestro turno, Brooklyn llamó a Mick y le

preguntó si le importaba que ella eligiese la canción en el ordenador donde se encontraba la lista de

reproducción aleatoria. Mi jefe frunció el ceño y la miró con sospecha, pero finalmente la curiosidad

pudo más que él.

Comenzó a sonar *Keep your hands to yourself* de The Calling.

Me reí. Sabía lo que venía porque ya había escuchado la canción, pero ese no

parecía ser el

caso de Tucker. Él se veía genuinamente desconcertado cuando Brooklyn le sirvió una cerveza y se

quedó cruzada de brazos delante de él.

*She said don't hand me no lines and keep your hands to yourself*

*Cruel baby babybaby*

*why you want to treat me this way*

*you know i'm still your lover boy*

*i still feel the same way that's when she told me a story 'bout free milk and a cowand*

*she said no huggin no kissin until i get a wedding vow*

—¡Oh, joder, no! —gritó Tucker a viva voz, cuando por fin comprendió el mensaje. Una ronda

de vítores, silbidos y aplausos le siguió, a lo que mi compañera respondió con un guiño y un beso al

aire para él, y una exagerada reverencia para el resto de nosotros.

—¡Cómprale un anillo! —vociferó uno de los clientes entre risas.

Mick sacudió la cabeza con una reticente sonrisa jugando en sus labios, viéndose tan

sorprendido como divertido por la situación. Segundos después, se dirigió hacia ella, le dio una

torpe palmada en la espalda y anunció:

—Chica, estás contratada.

La felicitamos y el ambiente se aligeró aún más. Apenas quedaban clientes y con Liam y

Brooklyn como refuerzo, aquella noche me fui antes a casa. Luke se ofreció a llevarme a pesar de ser

consciente de que tenía mi propio coche y entrecerró los ojos con sospecha cuando Ethan le dijo que

él se aseguraría de que llegara sana y salva. Mi hermano no podía refutar la lógica de aquello puesto

que vivíamos en el mismo edificio, de manera que tuvo que callar mientras le lanzaba una mirada de

advertencia.

Íbamos en un tranquilo y amigable silencio durante el recorrido por las oscuras calles de

Chicago mientras escuchábamos música. No recuerdo bien qué le dije, fue algo relacionado con el

grupo que en ese momento sonaba, pero la cuestión es que mi ocurrencia lo hizo reír cuando nos

bajábamos del coche ya frente a nuestro edificio. Tenía una mano en la parte baja de mi espalda y yo

lo miraba embelesada, algo que siempre ocurría al escuchar el profundo retumbar de su risa, cuando

de repente se congeló a medio camino. Fruncí el ceño por el brusco parón y seguí la dirección de sus

ojos.

Era ella.

La chica con la que choqué por accidente la mañana que volvía de correr y que fue tan

desagradable. Se encontraba de pie, apoyada en la pared de nuestro edificio y por las miradas que

ambos cruzaron, ninguno de ellos se hallaba feliz en aquel momento.

—¿Qué haces aquí, Vivian? —demandó Ethan con rudeza. Agradecí no ser la receptora de aquel

tono de voz, pero aquello no fue lo único que hizo que mi piel se erizara.

¿Aquella mujer era Vivian?

¿La misma Vivian con la que mantenía una relación? ¿La misma que lo llamaba incesantemente

la tarde que estábamos en mi apartamento?

Jesús.

Era una belleza y no me extrañaba que él desapareciera tantas noches para estar con ella.

Habría preferido no ponerle cara porque, aun sabiendo que la mujer con la que compartiese cama

seguramente sería hermosa, era mil veces peor comprobarlo en persona.

Enfundada en un ajustado vestido negro que llevaba bajo una gabardina de color escarlata,

Vivian comenzó a caminar hacia nosotros, que continuábamos parados en el mismo lugar. La

seguridad de la que hacía gala con cada paso que daba conseguía que la mía disminuyera al mismo

ritmo que se reducía la distancia entre nosotros. En ningún momento dejó de mirar a Ethan, solo

durante un fugaz segundo clavó la vista en el brazo que desaparecía tras mi espalda y casi en el

mismo instante, dejé de sentir el calor que su mano me proporcionaba incluso a través de las capas

de ropa.

Quizás sea ilógico, pero me sentí desprotegida. Tomé una respiración profunda y me arrebujé

más en mi chaqueta. No sabía muy bien qué hacer. ¿Debería quedarme? ¿Marcharme?

—¿Es por ella? —El desdén con el que formuló la pregunta me hizo levantar la mirada. Me

observaba con desprecio, como si fuese poco más que una molesta china en sus brillantes zapatos de

diseñador. Ante el tenso silencio allí reinante, me dirigió una ladina sonrisa antes de volver su

atención hacia Ethan. Él, me di cuenta, apretaba con fuerza la mandíbula y la observaba con fijeza.

Me preocupaba lo que pudiese haber entre ellos. Estaba asustada por la conversación que sin

duda tenían pendiente. Quería escucharla y al mismo tiempo borrar el último minuto y medio y hacer

como si nada hubiera pasado, como si el final de nuestra noche no hubiese sido interrumpido de la

peor forma. Por suerte o por desgracia, no fui yo quien tomó la decisión sobre

qué hacer.

—Mia, vete a casa. —Cuando lo miré, suavizó la voz—. Por favor.

Asentí en silencio y, tras murmurar un «buenas noches», me encaminé hacia nuestro edificio. No

fue hasta que entré en mi apartamento y me apoyé en la puerta cerrada, que me permití analizar lo

ocurrido. No estaba segura de si la brusquedad con la que Ethan le habló a Vivian fue fruto de la

sorpresa por encontrarla allí esperando o porque yo le acompañaba cuando ocurrió. Hice acopio de

toda mi fuerza de voluntad para no mirar por la ventana y observarlos, pues lo más probable era que,

con mi suerte, alguno de los dos me pillara in fraganti.

Estaba nerviosa. Inquieta y, aunque sabía que no tenía derecho, también dolida. Había

escuchado a los chicos hablar de ella, de que era con quien al parecer Ethan se acostaba de forma

regular, pero una pequeña parte de mí, la romántica, la soñadora y quizás también un poco egoísta,

tenía la esperanza de que aquello hubiese acabado, de que él pensara en mí tanto como yo en él. De

que no le apeteciese acostarse con alguien que no fuese yo. Sacudí la cabeza sintiéndome de lo más

estúpida.

No éramos nada.

No teníamos algo que fuese más allá de una amistad. Cielos, ni yo misma estaba segura de lo

que quería, de lo que sería capaz de ofrecerle o de lo que podría conseguir de él. Eso, si es que él

estuviese dispuesto a dar algo de sí mismo, lo cual tampoco tenía muy claro.

Suspiré, puse algo de música y fui a tomar una ducha. Necesitaba sentir el agua caliente

acariciar mi piel y destensar mis músculos. No quería pensar en lo que podría estar ocurriendo entre

Vivian y él en aquellos momentos.

Minutos después, vestida con una de las camisetas que Ethan me dio y unos pequeños shorts de

algodón, me planté en mitad del salón con los brazos en jarras. Estaba intranquila y de ninguna forma

podría conciliar el sueño en aquel estado, de manera que ni siquiera me planteé ir a la cama. Pintar

me relajaba. También lo hacía la cocina. Me mordí el labio, debatiendo cuál de las dos me ayudaría

más... la cocina, decidí.

Comencé a sacar ingredientes sin haber decidido aún qué haría. Tenía claro que algo dulce,

viendo que estaba rodeada de azúcar, huevos, harina, chocolate, naranja... Algo se me ocurriría, sin

duda. Así me encontraba, batiendo y removiendo una mezcla que estaba segura de que resultaría en

algo bastante apetitoso, cuando un enérgico golpe en la puerta me sobresaltó.  
El corazón me latía con

fuerza y los nervios me atravesaron como una corriente eléctrica. Sabía quién  
se encontraba al otro

lado. No tenía la más mínima duda. Había pasado bastante tiempo desde que  
lo dejé en la calle

acompañado de otra mujer, pero ya sentía la apremiante necesidad de mirar  
aquellos magníficos ojos

azules.

Cuando abrí, ninguno de los dos dijo una sola palabra. Él me dedicó una  
larga e intensa mirada,

demorándose en mis piernas desnudas y atravesándome cuando reparó en lo  
que llevaba puesto. Me

hice a un lado. Una invitación silenciosa, una bienvenida a mi refugio, pero  
no sería yo quien iniciase

la conversación que sin duda él sentía que debíamos tener. Ethan quiso venir,  
aunque no tenía por

qué. Él buscó este encuentro, de manera que le correspondía a él tomar la  
iniciativa.

Continué con mi anterior tarea y casi podía sentir su mirada cavando un  
agujero en mi espalda,

posiblemente, preguntándose por qué decidí cocinar a aquellas horas de la  
noche de entre todas las

cosas que podría estar haciendo como, por ejemplo, dormir.

—No esperaba que viniera aquí. —Fue lo primero que dijo para romper el  
silencio.

¡Ja! Seguro que no.

La mezcla ya estaba más que cremosa y lista, sin embargo, yo seguía removiendo con energía y

aunque mi brazo comenzaba a resentirse, no podía detenerme, necesitaba dejar salir toda aquella

frustración de alguna forma.

—No hay nada entre nosotros, Mia.

Aquello dolió. Mucho.

—Ya sé que no tenemos nada. —Añadí más chispas de chocolate a la mezcla. Nunca estaban de

más. Además, quizás así no pensaría en el ligero temblor de mi voz—. No me debes ninguna

explicación, si es eso por lo que has venido.

—Me refería a ella —respondió tras unos segundos—. No hay nada entre Vivian y yo.

Oh.

Me detuve en seco en el mismo instante en el que sus palabras me llegaron.

—Eso está bien, supongo. —Quise darme una palmada en la frente por aquella insulsa

respuesta. Vertí la mezcla en un molde y me aclaré la garganta—. De todas formas, como te he dicho

antes, no me debes ninguna explicación.

No lo escuché moverse, no podía oír más que los pensamientos desordenados en mi mente,

pero, de pronto, sentí el reconfortante y cálido peso de sus manos cuando las colocó en mis hombros.

Cerré los ojos disfrutando de aquella sensación, de la cercanía que no me di cuenta de que ansiaba y

necesitaba. Bajó acariciando mis brazos con suavidad. Cuando llegó a mis manos, las guio hasta

colocarlas sobre la encimera y enlazó nuestros dedos dejándome enjaulada con su pecho presionado

contra mi espalda. Aquella se convirtió en la más maravillosa celda que jamás se hubiese creado.

—Ese es el problema —murmuró con los labios rozando mi mejilla—. Por alguna extraña

razón, siento que te la debo. No quería que te quedases pensando que...

«¿Qué?», quise exigir.

Abrí los ojos, tomé aire y con la vista clavada en los azulejos frente a mí, le pregunté en voz

baja:

—¿Qué estamos haciendo, Ethan?

—No lo sé. —Acarició mi sien con su rasposa barbilla y me inclinó hacia él. Necesitando más.

Demandando más—. Que me condenen si tengo alguna jodida idea de lo que está ocurriendo. Solo sé

que quiero estar aquí.

Dios, yo también lo quería.

Dio un pequeño apretón a mis dedos antes de deslizar las manos en una suave y tortuosa caricia

ascendente, pasando por mis brazos, mis hombros... y después continuó bajando hasta anclarlas a

cada lado de mis caderas. Acercó la nariz a mi cabello e inhaló profundamente. Dejó la frente

apoyada sobre mi coronilla mientras su respiración se volvía más agitada.

—Ethan... —musité con voz entrecortada. Cuando le escuché murmurar un frustrado «joder», no

pude resistirlo más y me giré para mirarlo. Necesitaba alguna guía, algo, lo que fuese que me ayudase

a decidir. A actuar. Y no podía pensar en nada mejor que en sus ojos, aquellos que siempre me decían

todo aquello que las palabras no eran capaces de expresar.

Me puse de puntillas y coloqué mis manos a cada lado de sus mejillas en una tierna caricia.

Adoraba la sensación de su barba raspando mi piel. Cuando cerró los ojos, decidí probar. Quise

tomar aquello que llevaba semanas anhelando. Me arriesgué y rocé mis labios contra los suyos.

Teniendo en cuenta que fue poco más que un susurro, no sé si aquello se podría considerar un beso,

pero así lo sentí en lo más profundo de mi ser, como el más dulce reencuentro de todos los tiempos.

Miré su ceño fruncido, se veía como si estuviera sufriendo, pero quise pensar que sentía lo mismo

que yo: que en el supuesto de que aquello saliera de la peor forma posible, lo tomaba como el más

dulce de los castigos. Cerré los ojos cuando sus manos rebuscaron hasta colarse bajo mi camiseta y

se instalaron en mi cintura con un firme, aunque suave, agarre. Piel con piel, me alimenté de su calor.

Cogí fuerzas con ese simple contacto y volví a rozar nuestros labios para, acto seguido, morder con

suavidad su labio inferior.

—Mia... —murmuró con voz ronca.

—¿Hmm? —Hice lo que llevaba soñando desde la noche que nos conocimos: besar aquel

dichoso hoyuelo. Raspé su barbilla con los dientes, siempre con suavidad. Inhalé profundamente,

alimentándome con su aroma, con aquella esencia que le pertenecía a él en exclusiva y a la que me

había vuelto adicta; dejé que mis labios vagasen por su mentón, por el cuello y, apoyando las manos

en su pecho, me detuve en el hueco que conectaba con su hombro. Me deleité al percatarme de que

tenía la piel de gallina a causa de mis caricias. No podía tener suficiente de él. Siempre fui una mujer

precavida, pero aquella noche, en aquel preciso momento, decidí lanzar por la ventana cualquier

resquicio de prudencia.

—Mia —advirtió de nuevo cuando mis manos comenzaron a vagar por sus pectorales. Hundí

más la nariz en el hueco de su cuello y dejé escapar un pequeño quejido cuando fueron sus manos las

que comenzaron a moverse y a explorar bajo la tela de mi camiseta—. Necesito que te detengas —

gruñó cuando mordisqueé su piel con suavidad—. Necesito que me digas que no.

Lo ignoré.

De fondo sonaba *Soulmate* de Natasha Bedingfield. Aplané la mano sobre su pecho, justo en el

lugar donde sabía que se encontraba un corazón que en ese momento latía con la fuerza de un caballo

desbocado, y me pregunté si sería posible. Si, quizás, ya había llegado a mi vida lo que siempre

había anhelado, lo que cualquier persona desea para sí, lo que desde pequeña admiré cuando veía

interaccionar a mis padres. Soñaba con sentirme querida, deseada, comprendida sin necesidad de

pedirlo. Quería esa conexión que no puedes explicar con palabras y que solo entienden quienes la

han experimentado alguna vez. Deseaba dejarme envolver por unos brazos que, pese a su poder,

jamás me lastimarían, sino que me otorgarían consuelo y protección. Deseaba que la pasión entre

ambos fuese tan feroz que, sin importar el tiempo transcurrido, seguiría

convirtiendo mis piernas en  
gelatina.

Tal vez ya había encontrado a esa persona sin ni siquiera buscarla.

—Ah, joder... —Sonaba torturado. Sentí que alzaba la cabeza, como si  
estuviese mirando al

techo—. ¡A la mierda!

Todo fue tan repentino que no me dio tiempo a reaccionar. Un momento  
estaba de pie, con

nuestros cuerpos rozándose y al siguiente nos giró y me levantó sin apenas  
esfuerzo para dejarme

sentada sobre la barra, siendo él quien quedó acomodado entre mis piernas.  
Con una mano me agarró

la cintura y colocó la otra en mi nuca enredando sus fuertes dedos en mi  
cabello mientras con el

pulgar me acariciaba la mandíbula. Amaba cuando hacía eso, de hecho,  
incluso lo anhelaba y

esperaba siempre que nos veíamos.

Era nuestro. Éramos nosotros.

Fuerza y ternura.

Poder y entrega.

Sin embargo, en aquella ocasión fue diferente. Puede que pasara un segundo  
o puede que más,

no estoy segura. Pero clavó sus ojos en los míos como si estuviera dándome  
tiempo para detenerlo, y

poco sabía él que no pensaba hacerlo. En el momento en el que coloqué mis brazos alrededor de su

cuello, se abalanzó sobre mí y por fin... por fin pude sentir de nuevo aquellos labios de la forma en

la que los necesitaba.

No fue un beso dulce. Tampoco tentativo. Al igual que la noche en la que nos conocimos, no

necesitaba permiso ni tampoco lo pidió, sino que tomó lo que sabía que le sería entregado de buena

gana. Aquel beso hablaba de pasión, de necesidad y de un deseo durante largo tiempo reprimido. Era

un recordatorio de la conexión que sentí desde el primer momento en que lo vi y de lo que había

querido volver a experimentar, tanto si quería reconocerlo como si no. Gimoteé en protesta cuando se

separó de mí, aunque en el instante en el que dobló los brazos por detrás de la cabeza y agarrando el

cuello de la camiseta tiró hasta sacarla... ¡Oh, Dios! Verle así, toda aquella piel oscura y suave, los

tatuajes, la ligera capa de vello que descendía en una suave línea hasta desaparecer bajo la cintura de

los jeans... no perdió tiempo y, como si fuese un animal hambriento, se abalanzó de nuevo sobre mí.

Nuestras lenguas se acariciaron, se entrelazaron y bailaron un sensual tango que no hizo más que

aumentar mi excitación y arrancarme un gemido. Ethan, alentado, me acercó

más a él de manera que

mis pechos se presionaban contra él y pude sentir su excitación clavada en mi entrepierna.

Mordisqueé su labio inferior y su reacción no se hizo esperar. Todavía manteniendo el agarre en mi

nuca, me ladeó ligeramente la cabeza para obtener un mejor ángulo y profundizar aún más el beso.

Quería más, necesitaba más. Pero había demasiada ropa, demasiad...

El sonido de la puerta al cerrarse y una voz que conocía, aunque no esperaba, hicieron que nos

detuviésemos en seco.

Capítulo 13

Reed

No podía olvidar lo ocurrido la noche anterior.

Imágenes de Mia relampagueaban en mi mente una y otra vez.

Mia, abriendo la puerta vestida con nada más que mi jodida camiseta.

Mia, mirándome con aquellos ojos centelleantes de deseo.

Mia, besándome. Provocándome. Jugando conmigo, con fuego.

Mia, desinhibida, sin restricciones y acunándome entre sus piernas mientras se dejaba devorar.

Mientras rogaba por ser devorada.

Joder.

Me pasé las manos por la cara y froté con fuerza. Aquello era una puta locura.

¿De verdad acordamos en algún momento ser solo amigos? Era la pregunta que me hacía una y

otra vez desde aquellos primeros días y nunca obtenía respuesta. O sí, pero ninguna me satisfacía lo

suficiente. Y mucho me temía que, después de lo ocurrido la noche anterior, después de haberla

probado y saboreado por segunda vez, tras haber obtenido aquel pequeño indicio de lo que podíamos

ser juntos, del fuego que podríamos crear... Sí, no había ni una jodida oportunidad de mantenerme

alejado de ella.

Mierda, no hacía más que pensar en despertar cada mañana y perderme en esos cálidos y dulces

ojos que parecían caramelo líquido, mientras me hundía en ella y apretaba su cabello en mi puño...

Ahí estaba.

Fue justo ese pensamiento el que me dejó en estado de pánico durante unos segundos.

No el del sexo, eso era perfectamente lógico y normal dadas las circunstancias. No. Fue el

deseo, por primera vez, despertarme cada mañana con la misma visión que me había recibido en la

puerta el día que bajé a su casa a canjear el vale del desayuno porque, sin importar los años que

pasasen, seguiría cerrando los ojos y sería capaz de verla con la misma claridad que en aquel

momento: un cuerpo pequeño, aunque curvilíneo y una piel olivácea que prácticamente rogaba por

ser probada centímetro a centímetro; los diminutos shorts, que apenas cumplían alguna función y una

camiseta gris al menos dos tallas más grande, de la Universidad de Chicago, que dejó patente el

hecho de que no llevaba sujetador. Pero es que, a ese magnífico físico, le acompañaba una

personalidad jovial y burbujeante a la que era francamente difícil resistirse. Cuando la miré...

cuando de verdad la miré aquella mañana... mierda, aún a costa de quedar como un imberbe y

blandengue adolescente a tope de hormonas, debo admitir que tenía ante mí la visión más perfecta

que jamás, ni en mis mejores sueños, pude llegar a imaginar. Salvo la de la noche anterior al verla

entregada y deshaciéndose entre mis brazos.

Medio bufé una risa y golpeteé el escritorio con el bolígrafo que sostenía entre mis dedos al

recordar el abrupto final de nuestra noche.

*—¡Cariño, ya estoy en ca... sa! —El saludo de Jenna, que comenzó como un jovial grito,*

*terminó casi en un susurro. Pero no la miré. No podía. Me negué.*

*Terminamos el beso sorprendidos por la interrupción. Ambos jadeantes y con la respiración*

*agitada, nos miramos a los ojos y por los suyos pasaron muchas emociones diferentes en un breve*

*lapso de tiempo. Sin embargo, si había alguna que predominaba, esa era el deseo. Sin romper en*

*ningún momento el contacto entre nuestras pupilas, di un último apretón a su nuca antes de*

*retroceder un paso acabando también con el contacto entre nuestros cuerpos. Apreté la mandíbula.*

*Aquello no podía terminar así, joder. No era una simple cuestión de sexo o de encontrar*

*satisfacción, era algo más. Se trataba de la necesidad de sentirla a ella.*

*—Eh... chicos, puedo volver en otro momento —interrumpió Jenna nuestro silencioso*

*intercambio—, porque si seguís mirándoos así, voy a empezar a arder por combustión espontánea.*

*«Lárgate». A duras penas contuve las palabras. Después de todo, y muy en el fondo, era una*

*buena chica.*

*—Tú y yo no hemos terminado —prometí. Y era algo que estaba más que dispuesto a cumplir.*

*Me hinché con satisfacción al ver cómo sus pupilas se dilataban a causa de mis palabras,*

*orgullosa al saber cómo le afectaba. Me acerqué a ella, la agarré por la nuca y la besé en la*

frente. Parecía un gesto inocente, pero fue la única concesión que me hice tras conocer quién era,

tras haberme prometido que no cruzaría la línea.

Bueno, pues adiós, porque aquella jodida línea era solo un punto en el horizonte. Pero

mantendría aquel gesto. Éramos nosotros. Era suyo.

Me estaba poniendo la camiseta después de que Jenna colocase su bolso en la barra, junto a

Mia, cuando exclamó:

—¡Santos señores de los bendecidos con una buena genética! —Contuve una carcajada.

Aquella chica era... extraña—. Creo que llevo demasiado tiempo sin sexo —murmuró en voz baja

y repasándome con la mirada. Oh, joder, ¡no!

—Hola, Jenna —saludé, con la intención de distraerla. No me gustaba el ceño fruncido en el

rostro de Mia y no quería dar lugar a algún tipo de malentendido aquí.

—¡Hola woodpecker !

Fue mi turno para fruncir el ceño cuando aquel maldito apelativo consiguió arrancarle una

risa a Mia. Miré entre ellas.

—Algún día tendréis que explicarme qué ceño significa eso.

—¿Acaso has olvidado cómo nos conocimos, amigo? —preguntó ella con sorna y, sin esperar

*respuesta, continuó—. Porque te puedo asegurar que aún escucho ese golpeteo constante: tap,*

*taptap, tap... tú siempre serás el pájaro carpintero. En serio. —Rio—. No sé cómo Mia pudo...*

*Se quedó en silencio al ver el ceño fruncido de su amiga. Me pregunté cómo habría*

*terminado aquella declaración. Mia se disculpó y se fue al baño, dejándonos solos. Cuando Jenna*

*se cruzó de brazos y entrecerró los ojos, no había que ser un genio para adivinar lo que venía a*

*continuación.*

*—¿Qué crees que estás haciendo?*

*Enarqué las cejas y crucé los brazos.*

*—No creo que sea de tu incumbencia.*

*Se acercó a mí o quizás debería decir que me acechó... algo gracioso, teniendo en cuenta que*

*le sacaba más de una cabeza y unos cuarenta kilos. Pero tenía valor, eso no podía negarlo.*

*—Te equivocas —espetó, clavando su delgado dedo en mi pecho—. Esa mujer... —señaló*

*hacia el baño— es mi mejor amiga, mi hermana, mi familia. —Simpaticé un poco con ella cuando*

*se le quebró la voz al decir esto último—. No voy a quedarme sentada y ver cómo le rompes el*

*maldito corazón. Porque lo harás, lo sé. Te conozco —declaró mirándome a*

*los ojos.*

*Era una mujer hermosa, de eso no había duda. Pero era demasiado... no lo sé, en realidad,*

*me mareaba siempre que la tenía cerca. Era como si no pudiese estarse quieta ni un segundo.*

*—No tienes ninguna maldita idea de quién soy, Jenna, así que no me jodas.*

*—Di un paso*

*hacia delante y ella retrocedió, tal como esperaba que hiciera—. Estoy seguro de que Mia aprecia*

*tu preocupación. —Traté de suavizar la voz—. Pero no te entrometas, está muy lejos de mi*

*intención hacerle daño. Es lo último que deseo, te lo aseguro.*

*Apartó la mirada y asintió. Me sentí como un cabrón cuando vi sus rasgados y oscuros ojos*

*brillar con lágrimas contenidas, incluso sabiendo que no era yo el causante.*

*—Sin embargo, lo harás —musitó en voz baja.*

No podía dejar de pensar que probablemente tenía razón.

Yo no era del tipo de hombre que se comprometía a largo plazo, demonios, ni siquiera lo hacía a

corto plazo y sabía que ella querría más, merecía más, y me destrozaría ver su mirada cuando

comprendiese que yo no podría dárselo. Eso, sin tener en cuenta a Sullivan y... oh, ¡mierda! ¡Chuck!

Ni siquiera quería empezar a imaginar lo que haría conmigo si pensaba que me estaba aprovechando

de su niña. Bien podría olvidarme de obtener cualquier tipo de satisfacción sexual si alguna vez se

enteraba de lo que quería hacer con su hija.

Sin embargo, me resultaba imposible permanecer lejos de Mia. Sonreí al recordar el pollo que

me montó con el tema del bolso y el teléfono; ahora entiendo que la relación de una mujer con su

bolso es equiparable a la de Gollum con el anillo, quiero decir que, nunca... *jamás*, se husmea en el

bolso de una mujer. Esa lección fue una que Mia se encargó de recalcar una y otra, y otra vez, en

los sucesivos días tras el incidente. Aprovechaba cada oportunidad en la que por una u otra razón

dejaba sus pertenencias momentáneamente desatendidas para señalarme: *¿Ves esto, Ethan?* ,

preguntaba enseñándome el bolso de los cojones. *Bien, pues no se toca. Nunca. Es como leer un*

*diario: íntimo y personal. Está mal.* Y tras chasquear la lengua y dejar las cosas en su sitio, se iba

con ese ligero bamboleo de caderas que me volvía jodidamente loco.

Pero los momentos en el bar, en su apartamento o cuando la acompañaba a casa no eran los

únicos que me descubrían pequeños detalles que me iban convirtiendo en cada vez más adicto a ella.

Sabedora de mi debilidad por el dulce incluso se le ocurrió idear una especie de concurso,

competición o lo que sea. La verdad, no sabría muy bien cómo definirlo puesto que ella era la única

concurante y yo el más que dispuesto jurado. Según me contó, su madre era una artista y podía hacer

magia con sus manos, sin embargo, en la cocina era un auténtico desastre. Por otro lado, su abuela

materna o su *nonna*, como ella la llamaba, tenía unas habilidades culinarias que avergonzarían a

cualquiera de los chefs más cotizados del mundo. Mia adoraba a su abuela y desde bien pequeña

pasó incontables horas con ella en la cocina aprendiendo distintos platos — especialmente italianos

—, mientras disfrutaba no solo de su compañía sino de las historias y vivencias que le regalaba.

Rollos de canela, pastel de zanahoria, tartas de manzana, de cereza, *cannolis*... y un sinfín más

de postres, conseguí degustar durante mis visitas a su apartamento en su afán por descubrir cuál era

mi favorito. Seguiría prestándome encantado a ser su conejillo de indias.

Un golpe en la nuca me devolvió al lugar en el que estaba y Sullivan me pasó de largo hasta

llegar a su escritorio, que quedaba justo frente al mío.

—Despierta de una vez, Reed, y mueve el culo, tenemos que irnos.

—Estoy despierto, capullo, ¿qué pasa?

Cuando vi que se ponía la chaqueta, me levanté y lo imité para después coger

las llaves de mi

coche y el teléfono antes de seguirlo. Luke me miró y enarcó una ceja antes de soltar un bufido y

sacudir la cabeza con diversión; sin embargo, no se me pasó por alto la tensión que mantenía su

espalda más erguida de lo habitual.

—Sí, claro, soñando despierto diría yo —continuó con la burla; una vez en la calle, tuvo que

modificar su trayectoria y dar zancadas más largas para alcanzarme cuando lo ignoré y seguí

caminando hacia mi *chevy*. Si íbamos juntos, lo hacíamos en mi coche y conducía yo. Punto—. Si se

trata de Vivian, debe ser una jodida amazona en la cama si consigue mantenerte embobado todo el

puto día.

Apreté los dientes ante la mención de aquel nombre. Esperaba haberle dejado clara la situación

la noche anterior. No pensaba tolerar más visitas sorpresa y, ni mucho menos, que mirase a Mia del

modo en que lo hizo.

Me detuve en seco antes de subir, lo observé por encima del capó y él hizo lo propio en su lado

del coche, imitando mi postura.

—¿Se puede saber de qué cojones estás hablando? —Aunque intuía por dónde iban los tiros,

quería asegurarme de que estábamos en la misma página.

—Hablo de tu nueva conquista, ¿de quién si no? —Desbloquee el coche y ambos entramos. No

pensaba tener esa conversación y, de hecho, él sería el último interlocutor al que elegiría para según

qué confesiones, por razones obvias—. Tiene que ser una jodida diosa para tenerte sonriendo como

un imbécil a todas horas.

Vivian no tenía absolutamente nada que ver con mi estado de ánimo, pero preferí no sacarlo de

su error; aquello desembocaría en preguntas para las que aún no estaba preparado y para las que ni

yo mismo tenía respuesta.

Y cómo era Mia en la cama era algo que todavía tendría que comprobar por mí mismo.

O no, joder.

Me estaba volviendo loco. No tenía ninguna duda acerca de lo que mi cuerpo exigía cada vez

que la tenía cerca, lo cual rivalizaba directamente con lo que mi cabeza me recordaba que era lo

correcto. Y mi corazón... él no tenía ni voz ni voto en aquel asunto; nada bueno podía salir de ahí.

Mientras daba vueltas a esta situación en la que yo solo me iba enredando cada vez más, me

incorporé al tráfico siendo apenas consciente de que mi compañero

continuaba hablándome. De

verdad me alegraba de que hubiese salido de ese estado sombrío en el que estuvo envuelto los

últimos días, y no estaba muy seguro de si se debía a que había arreglado las cosas con esa estirada

novia o exnovia suya o lo que fuese, pero yo prefería seguir ocupándome de mis asuntos y por

supuesto, de ninguna jodida manera le confesaría quién había puesto esa sonrisa en mi cara.

De repente, algo que dijo me llamó la atención.

—¿Hacia dónde has dicho que me dirija? —Cuando repitió la dirección, fruncí el ceño antes de

hablar de nuevo—. Eso está cerca del instituto de Mia, ¿no?

Quizás eso explicara la tensión que creí percibir en él cuando me habló del aviso. Por suerte,

teniendo en cuenta que era viernes y la hora, estaba más que seguro de que ella se encontraba en

casa, tranquila y segura, descansando para su turno de la noche en *Mick's*.

Sí, conocía sus horarios. ¿Y qué?

Desde ese instante, y hasta que llegamos al lugar indicado, permanecemos en un tenso silencio,

ambos sumidos en nuestros propios pensamientos que en ese momento sabía que iban dirigidos hacia

la misma mujer. Aunque por distintas razones, por supuesto.

No nos fue difícil localizar el lugar, ya que una ambulancia y varios agentes custodiando la

escena y manteniendo a raya a los curiosos que comenzaban a arremolinarse alrededor, eran tan

fáciles de pasar por alto como un faro en mitad de la noche.

Una vez hube aparcado, nos apeamos del todoterreno aún en silencio, caminando lado a lado en

perfecta sincronía, lo cual atestiguaba no solo lo bien que nos conocíamos, sino lo claro que

teníamos nuestro objetivo que, en ese caso, se trataba de un cuerpo ensangrentado tendido en la sucia

acera.

Mientras Sullivan se detuvo a hablar con el que al parecer era el agente al cargo —hasta el

momento— y así ser informado de las circunstancias que nos habían llevado hasta allí, yo seguí mi

camino sin apenas registrar nada a mi alrededor; nada, excepto el cuerpo sin vida que yacía a

escasos centímetros de mí. Me acuclillé y me deshice de las gafas de sol para poder frotar mis ojos.

¡No era más que un puto crío, joder!

No importaba cuánto tiempo llevase haciendo aquel trabajo, había situaciones a las que jamás

me acostumbraría y esta... esta era una de ellas: ver el cuerpo roto, no, más que eso... ver el cuerpo

absolutamente destrozado de un niño, porque eso es lo que era. Aquello hizo que una candente e

imparable furia recorriese cada parte de mi ser. Y luego estaba su familia... esos padres cuya última

imagen de su hijo sería una en la que él estaba sin vida, tendido en la camilla de una sala de

autopsias tras haber sufrido lo indecible.

Mientras examinaba el cuerpo y todo a su alrededor, una pequeña marca tanto en su cuello como

en la mejilla derecha me llamaron poderosamente la atención, de manera que pedí unos guantes a uno

de los técnicos que aún pululaban por la escena para no tocarlo directamente con mis manos y

contaminar posibles pruebas. Lo miré más de cerca, girando muy ligeramente su cabeza para obtener

una mejor visión y, si antes creí estar furioso, nada se comparaba con la impotencia que se sumaba a

la mezcla tras reconocer la marca.

Un dragón. Pequeño, porque probablemente la marca se transfirió por medio de algún tipo de

anillo, pero no había lugar para el error aquí.

Estaba hasta los cojones de esa jodida pandilla de criminales, que no solo tenían a los federales

y a medio departamento en jaque, sino que en su mayoría se dedicaban a captar, corromper y

enganchar a niños; estudiantes o chicos con situaciones familiares complicadas que buscaban un

escape y a los que atraían a su lado con una facilidad pasmosa.

Aquella era una de las razones por las que más admiraba a Mia, me di cuenta al observar a

aquel pobre y roto chico. Ella no era capaz de imaginar lo orgulloso que estaba de ella al ser testigo

del tesón, resolución y decisión que empleaba para ayudar a aquellos jóvenes y que combinaba con

una dulzura, entendimiento y jovialidad contra los que era difícil, por no decir imposible, luchar.

Al final, ambos peleábamos contra un enemigo común, la diferencia radicaba en los métodos

empleados.

Poco después, mientras se llevaba a cabo el levantamiento del cadáver para su traslado, me

encontraba aún en silencio escuchando tanto a Sullivan como al policía con quien en un principio se

encontró al llegar a la escena, cuando un chico parado entre los varios curiosos allí congregados me

llamó la atención. No tenía nada especial, solo un chico normal, uno más del montón, de no ser

porque sus ojos estaban clavados con una intensidad casi aplastante en el cuerpo sin vida que estaba

siendo introducido en la ambulancia; fue esa fijeza y la mirada vidriosa, junto con el color ceniciento

de su piel, los que me dijeron que estos chicos no eran desconocidos entre sí.  
Él no me prestaba

atención, sin embargo, yo ya me encaminaba hacia él con un propósito en  
mente cuando una voz, una

dulce voz, hizo que me detuviese en seco a medio camino.

—¿Ethan? —Desvié la vista del chico hacia el que me dirigía y la busqué  
entre las personas allí

agolpadas.

No tardé mucho en localizarla; intentaba asomarse y llamar mi atención  
alrededor de un policía

que, con los brazos abiertos en cruz, impedía que ella se deslizase más allá de  
la cinta policial. Me

miró con el alivio reflejado en su rostro y habló con el policía mientras me  
señalaba, pero este, como

es normal, no le prestaba ninguna atención.

—No se preocupe, agente, yo me encargo desde aquí —dije con voz  
autoritaria al hombre en

cuestión, mientras tomaba la mano de Mia a la vez que levantaba la cinta con  
la otra para que ella

pasara por debajo. Un simple asentimiento fue toda su respuesta; la jerarquía  
mandaba, por supuesto.

—¿Qué ha ocurrido?

—¿Qué demonios haces aquí?

Ambos hablamos a la vez y mis palabras sonaron más bruscas de lo que  
pretendía. Joder, era un

bestia pero no sabía cómo evitarlo. Ella, sin embargo, no pareció notarlo y paseaba la mirada con

nerviosismo entre la camilla que transportaba el cuerpo y mi cara.

—Oh, nada, es solo que hoy me quedé más tiempo en el centro revisando algunos trabajos —

respondió en voz baja y distraída, antes de clavar sus ojos color miel en los míos—. ¿Qué ha

pasado?

Mierda, ¿podría ser el chico fallecido alguno de sus alumnos? Sabía cuánto se preocupaba por

ellos, cuánto se implicaba en lo que hacía y que para ella era más que un trabajo; no quería ser el

portador de las malas noticias, pero no había forma de suavizar el golpe tampoco.

De manera que tomé una respiración profunda... solo para ser interrumpido —o salvado— por

Sullivan.

—¿Qué estás haciendo aquí, Mia?

Me sentí en cierto modo aliviado, pero cuando la atención de Mia se centró únicamente en su

hermano no pude evitar sentir un pequeño deje de irritación. No quería pararme a analizar el porqué

de tal sentimiento, puesto que él era su hermano y obviamente estaba preocupado por ella y por lo

que su presencia aquí podría suponer; eso, por no hablar de que si hubiese

salido un poco antes de

trabajar... bueno, no quería pensar en las implicaciones de ello. De lo que podría haber presenciado

o incluso sufrido de primera mano. Pero tampoco podía obviar mi necesidad de ser yo en quien

buscase apoyo y consuelo. De ser yo aquel a quien necesitase, porque solo unas horas antes me

confió gran parte de ella cuando la sostuve contra mí cuerpo, cuando conseguí un atisbo del fuego que

aquel pequeño y curvilíneo cuerpo escondía.

Joder.

No estaba acostumbrado a sentir tal preocupación por una mujer, no por una que no fuese un

miembro de mi familia, y hacía años que tal cosa no sucedía a la inversa convirtiéndome a mí en el

centro de alguien. Volví al momento, atraído por un jadeo escapando de la boca de Mia.

—¿Ha sido uno de mis chicos?

Mierda.

El temblor en su voz me mataba y, además, no tenía ni jodida idea de si sus peores temores se

confirmarían o no; ni siquiera sabía el nombre del chico muerto en cuestión. Clavé los ojos en mi

compañero, esperando y exigiendo una respuesta a la pregunta de su hermana. Él hizo una mueca,

abrió la pequeña libreta donde fue tomando notas de todo lo relacionado con la escena y, cuando

estaba a punto de sacarnos de dudas y de ofrecer esa pequeña porción de información, sentí cómo

una pequeña mano reclamaba la mía. Me tensé. Agarrarme de las manos con una mujer

definitivamente no era algo que soliera hacer, en realidad, si era sincero conmigo mismo, no lo hacía

en absoluto.

Demasiado personal.

Demasiado íntimo.

Demasiado perfecto, así lo sentí.

Esta era Mia, me necesitaba y sin palabras, con ese pequeño y sutil gesto, estaba pidiendo lo

que segundos antes deseé y de ninguna jodida manera se lo negaría, de forma que dejé que nuestros

dedos se entrelazasen; mi mano, grande y fuerte envolviendo la suya, tan pequeña y delicada y... me

gustó el hecho de sentirme su protector, su respaldo; la miré y di un pequeño apretón a su mano

haciéndole saber que estaba ahí, que me tenía con ella. Lo demás lo resolveríamos llegado el

momento.

—Ronald Spits. —Sullivan dijo el nombre con cuidado, casi podía asegurar que incluso ahí

había un poco de miedo por la posible reacción que obtuviésemos por parte de Mia.

Ambos contuvimos el aliento.

Ella, a pesar de que la pena seguía instalada en sus facciones por lo desagradable de la

situación, se limitó a fruncir el ceño repitiendo en voz baja el nombre, más para sí misma, sin duda

tratando de ponerle rostro. Esto ya me dijo que no se trataba de uno de sus chicos, porque no había

manera de que olvidase alguno de sus nombres, ni por casualidad.

—Oh, Dios mío, lo conozco —musitó con un hilo de voz, mirando entre nosotros dos—. No es

uno de mis alumnos, *era*, quiero decir... pero...—se corrigió con una pequeña sacudida de cabeza y

cerró los ojos un par de segundos. Cuando los abrió de nuevo, fue para dirigirse a su hermano—.

¿Recuerdas el chico del que te hablé hace unos días? Ellos eran...

—Mia, tendrás que ser un poco más específica si quieres que sepa de quién demonios hablas.

—La interrumpió mi para nada delicado compañero y, aun siendo curioso, dado mi poco tacto, casi

lo agarro por la camisa para exigirle un poco más de tacto con su hermana. Suerte que nuestras manos

seguían entrelazadas, porque cuando se trataba de Mia, me importaba una mierda lo que fuese

aquello que lo había tenido en el borde últimamente.

Ella estaba afectada porque un chico tan joven hubiese perdido la vida de forma tan repentina y,

afortunadamente, no había visto el estado en el que habíamos encontrado a esa pobre alma; miré su

hermoso rostro mientras ella escaneaba con cierta aprensión la escena que nos rodeaba. Algo captó

su atención y abrió los ojos sorprendida, diciendo en voz baja un nombre que apenas llegué a

entender, para luego repetirlo en voz más alta y clara.

—¡Ben!

Sullivan chasqueó la lengua a la vez que golpeaba la palma de su mano con la pequeña libreta

que sostenía en la otra.

—Claro, joder, me hablaste de él el día que t...

—Cállate, Lucas, no es eso, es él. —lo cortó ella, y yo la miré arqueando las cejas ante la

pequeña e inesperada reprimenda.

De repente, perdí la cálida sensación allí donde unos segundos antes nuestras manos estaban

unidas. Y no me gustó, lo cual me hizo sentir... extraño. Seguí la dirección que tomaba Mia y traté de

enfocar aquello que la había sobresaltado. Cuál fue mi sorpresa cuando vi que se dirigía hacia el

mismo chico al que tuve la intención de interceptar justo en el momento en el que ella llegó a la escena.

Joder.

Sabía que de alguna manera estaba relacionado; mi instinto, que pocas veces me fallaba, me lo

gritó nada más verlo.

La seguí mientras ella se deslizaba bajo la cinta policial y se abría paso entre los curiosos que

merodeaban por el lugar, a la vez que gritaba un par de veces el nombre de nuestro objetivo tratando

de llamar su atención.

—¡Benjamin!

Cuando el susodicho se dio por aludido, miró primero a Mia y después me vio a mi siguiéndola

de cerca; lo que sea que vio en mi expresión debió acojonarlo porque, tras abrir los ojos asustado y

pese a que no alcancé a escucharlo, no tenía la menor duda de que la palabra que sus labios

dibujaron fue un enorme y gran:

—¡Mierda!

Y después... echó a correr. Maldita sea.

Odiaba cuando hacían eso, porque de una u otra forma los acabaría cogiendo.

Tras un resoplido molesto, me fui de caza.

## Capítulo 14

Aquella era una de esas ocasiones en las que habría agradecido tener unas piernas mucho, mucho más

largas. Estaba perfectamente bien con mi físico, pero cuando primero Ben, seguido por un Ethan

espetando maldiciones y rematando la marcha con un Luke no mucho más contento que su compañero,

me dejaron atrás con esa pasmosa facilidad, he de admitir que, como mínimo, me frustré.

En realidad, me enfadé.

También me preocupé. Mucho.

No por los dos hombres de cerca de metro noventa contruidos a base de músculo y mal humor,

no. En ese momento mi mayor preocupación residía en el chico de diecisiete años que corría como

alma que lleva el diablo tratando de escapar de ellos.

Los pulmones me pedían un respiro con desesperación y los músculos me quemaban debido al

sobresfuerzo; era imposible seguirles el ritmo y, de hecho, no estaba segura de cuándo los perdí de

vista, seguramente solo habían pasado unos minutos, pero se me antojaba muchísimo más. Me detuve

unos segundos al llegar a una intersección, apoyé las manos en las rodillas y escaneé los alrededores

en busca de alguna pista que me indicase qué dirección habían seguido, mientras trataba de recuperar

el aliento.

Nada. Ni un pequeño indicio que me ayudase a encontrarlos.

Estaba... ¡¡Agghh!!

Estaba molesta.

¡Cielos! Corría casi cada día, no era ninguna enclenque y, sin embargo, ahí estaba, sin saber

hacia dónde dirigirme, medio asfixiada y con muchas posibilidades de que aquella misma noche un

moratón adornase mi cadera, allí donde mi bolso de mensajero había golpeado sin cesar desde que

empecé aquella absurda persecución.

Decidida a encontrarlos, me incorporé y reanudé la marcha con un suave trote. La terquedad que

suponía tener sangre Moretti corriendo por mis venas me instaba a seguir, a no cejar en mi empeño

hasta dar con ellos. No me preocupaba por la integridad física de Ben, ni mucho menos. Estábamos

hablando de mi hermano, por el amor de Dios, quien no solo era policía sino un buen hombre, y lo

mismo aplicaba para Ethan; sabía que ninguno de los dos le haría el más mínimo rasguño, pero era

muy consciente de la situación de Benjamin, sabía que estaba en la cuerda floja y a unos pocos

soplidos de inclinarse hacia uno u otro lado de la línea, por lo que prefería evitarle una situación en

la que se pudiera sentir acorralado. No sé si será la analogía más correcta, pero en este caso era

como un perro que, si se sentía atacado, respondería con dentelladas.

Eso era lo que quería evitar.

Seguí trotando, buscando, escaneando... y no sé cuánto tiempo pasó hasta que el esfuerzo

obtuvo recompensa. Fijándome bien, no estábamos demasiado lejos de donde habíamos empezado la

carrera, solo a unas pocas cuerdas de donde encontraron el cuerpo del otro pobre chico; era como si

hubiésemos estado corriendo en círculos. Estaban atravesando un pequeño parque cuando los vi:

Luke extendiendo el brazo e instándoles a detenerse antes de cruzar, Ben en el centro, mirando al

frente en actitud desafiante, y Ethan... bien, no se le veía muy feliz mientras

llevaba al pobre chico

agarrado por el cuello de la camiseta —quien por lo que pude apreciar a la distancia a la que nos

encontrábamos, iba esposado— y le espetaba a saber qué maldiciones o amenazas cerca del oído.

Bueno, turno para intervenir.

Sin pensármelo dos veces, y sin mirar, crucé la calle a toda prisa dejando en mi estela a algún

conductor descontento y gritándome obscenidades tras tener que frenar bruscamente.

«¡Buenos reflejos!», quise alabar, pero supuse que no lo apreciaría, del mismo modo que no lo

hacían los dos hombres que me esperaban en la acera con cara de pocos amigos.

—¿Estás bien? —pregunté preocupada a Benjamin, poniendo mis manos a cada lado de su

rostro. Aunque en un principio se tensó a causa del inesperado contacto, después exhaló y me dirigió

una ladeada e insolente sonrisa antes de asentir.

Uh, esa sonrisa canalla me recordaba mucho a alguien.

Sabía que había dos hombres furiosos reclamando mi atención, pero hasta que no dejé ir la

preocupación por mi chico, no pude centrarme en lo que decían.

—¿Estás jodidamente loca? —Ese era Ethan medio gritando y medio gruñendo, a quien solo

enarqué una ceja como respuesta, consiguiendo así que se enfureciera más—. En serio, Mia, ¿tienes

el más mínimo sentido de autopreservación? —Me sujetó por el brazo como siempre hacía, con

firmeza, pero también con ternura y, cuando estaba a punto de responderle, me fijé en esos

maravillosos ojos azules y vi algo que me hizo tragarme una respuesta descarada: preocupación. No

era que estuviese enfadado, bueno, sí lo estaba, pero tras ese enfado escondía una genuina

preocupación por mi bienestar; realmente se asustó cuando casi me atropellan.

Lo cual, pensándolo bien, era lógico.

Buscaba una respuesta que lo apaciguase y había colocado mi mano sobre la suya, que aún

sostenía mi brazo, cuando Luke intervino:

—¿En qué cojones estabas pensando? —preguntó mirando entre Ethan, yo y nuestras manos que,

de alguna manera, todavía seguían unidas. Enderezó aún más su postura y espetó—: Se lo pienso

contar a papá.

¿Sabes ese momento en el que tu hermano mayor, ese grande y fuerte policía de treinta y dos

años, te amenaza con contarle a tu padre algo que has hecho?

Bien, pues poco más puedo decir, excepto que tuve que hacer un titánico

esfuerzo para no

romper en carcajadas allí mismo.

Pero sí crucé los brazos bajo mi pecho y lo enfrenté.

—Eso es muy infantil, Lucas, pero si te hace feliz... —Hice un gesto con la mano, dándole

permiso y desestimando el tema—. Puedes hacer lo q...

—No sabía que eras de esos —rezongó Ethan enderezando también la postura.

Ante la burla, mi hermano frunció el ceño y se irguió, sin duda molesto por el jocoso comentario

de su compañero. Luke le respondió algo a Ethan, pero yo ya no prestaba atención a su pequeño

intercambio infantil y fuera de lugar, no. Mi atención estaba centrada en el joven chico de diecisiete

años que permanecía esposado y bajo el firme agarre de un policía para evitar una nueva huida, algo

que, por otro lado, dudaba mucho que siquiera se le hubiera pasado por la mente. No quedaba rastro

del shock y la pena que minutos antes estaban reflejados en su rostro mientras veía el cuerpo sin vida

de su joven amigo ser introducido en una ambulancia. Ahora, sin embargo, miraba el intercambio

entre los dos policías que lo flanqueaban con las cejas enarcadas y un pequeño deje de diversión.

No es que pudiese culparlo.

Imagino que percibió mi mirada sobre él y clavó sus ojos en mí,  
abandonando así cualquier

rastro de diversión con tanta rapidez que, de no haber sido testigo de ello  
mientras él estaba

distraído, podría llegar a pensar que había sido obra de mi imaginación.

—¿Te encuentras bien? —pregunté acercándome más a él. Al principio no  
respondió, por el

contrario, desvió la vista y apretó los labios en una línea firme haciendo gala,  
una vez más, de la

terquedad que al parecer era su sello más personal—. Benjamin, quiero decir,  
Ben —rectifiqué en el

último segundo, sabía que a estas edades no sería lo más normal ser llamado  
por su nombre completo

y sí por el diminutivo. Además, sonaba mejor—. Solo quiero saber si te  
encuentras bien, nada más.

De fondo escuchaba los bufidos y gruñidos que seguían intercambiando  
Ethan y Luke, pero ellos

no eran mi problema, al menos no en ese preciso momento, porque la persona  
que requería toda mi

atención era un joven y perdido chico quien, gracias al informe que me  
dieron en secretaría junto con

la información que me pudo proporcionar Marc, ahora sabía que amaba a su  
hermana pequeña,

Sadie, por encima de todas las cosas. Él era quien la cuidaba y se preocupaba  
de que tuviese todo

cuanto pudiera necesitar y tanto era así, que de hecho el joven Ben estaba

demasiado cerca de

dejarse enredar por las famosas bandas que captaban a este tipo de jóvenes para encargarles sus más

sucios trabajos, alimentándose de su desesperación y ofreciéndoles a cambio falsas promesas de un

futuro mejor.

Lo que no les contaban era que, con toda probabilidad, no llegarían a cumplir los veintidós sin

haber puesto antes un pie en la cárcel. Eso si es que no terminaban muertos en cualquier callejón

antes, por supuesto. Sacudí ligeramente la cabeza desechando aquellos lúgubres pensamientos ya que

acababa de ver cerrarse una bolsa para cadáveres en torno a un estudiante y no quería ni siquiera

empezar a imaginar que a Ben pudiese ocurrirle lo mismo. No, si yo tenía algo que decir en el asunto,

y por supuesto que lo tenía; ni mucho menos pensaba darme por vencida con él a causa de lo que

sabía que por su parte no era más que una fingida indiferencia. Eso era lo que él estaba esperando.

Eso fue lo que recibió de la mayoría de los adultos que de una u otra forma formaron parte de su

vida.

Una indiferencia disfrazada de resignación por no haber llegado a él, por no conseguir ayudarlo

o guiarlo cuando, con toda probabilidad, ni siquiera lo habían intentado. No de verdad.

Poco sabía él que no podría librarse de mí tan fácilmente.

—Escucha, Ben...

—Lee.

—¿Disculpa? —Me acerqué fingiendo no haberlo escuchado con claridad y por fin fui

recompensada con una mirada suya. El hecho de que se dignase a reconocer mi presencia ya suponía

un pequeño avance.

—Lee —repitió con voz resignada, consciente de la difícil situación en la que se encontraba y

posiblemente considerándome el menor de sus males—. Todos me llaman Lee, nadie me dice

Benjamin, ni tampoco... —Terminó con un suspiro apartando su mirada de la mía—. Tampoco, Ben.

—De acuerdo, Lee. —Sonreí tanteando, aun sabiendo la frágil línea que estaba pisando—.

¿Estás bien? ¿Te has hecho daño?

Me miró enarcando las cejas como si la pregunta le resultase de algún modo divertida y encogió

los hombros para asomar por un lado las manos que mantenía esposadas a su espalda como diciendo:

«¿En serio?».

—Podría estar mejor, la verdad —respondió con una tímida y encantadora sonrisa ladeada. Ese

pequeño gesto consiguió que mi genuina preocupación por su bienestar quedase relegada a un

segundo lugar y que el conseguir sacarlo de aquel atolladero sin sentido se convirtiese en mi

prioridad.

Sí, por supuesto que podría estar mejor, y ahí entraba yo. La cuestión estaba en quién cedería a

mi petición con el menor número de protestas posibles. Por un lado, estaban la confianza y la

sobreprotección de Luke junto con los derechos de los que se creía poseedor por el hecho de ser mi

hermano mayor y, por el otro lado, estaba Ethan cuya forma de actuar era más parecida a la de mi

hermano y mi padre de lo que yo misma quería reconocer. Sin embargo, un punto a mi favor era que

nuestra relación había experimentado un cambio. O eso creía yo.

Lo que había entre nosotros era algo que aún tenía que analizar dado lo ocurrido la noche

anterior. No es que tratase de apelar a lo sucedido y aprovecharme de lo que yo consideraba una

pequeña debilidad para obtener su favor en ese caso, pero tras hablarle de mis preocupaciones por

este chico y saber la forma en la que me implicaba con mis alumnos, creí que cedería. Que me

entendería.

Imaginé que me resultaría más fácil de convencer.

—¿Podrías quitarle las esposas a Lee? —pedí a Ethan colocando una mano en su fuerte

antebrazo. Por supuesto, seguía enfrascado en una acalorada conversación con mi hermano. Ni

siquiera quería saber de qué hablaban.

Se hizo el silencio en nuestro pequeño grupo, tan solo interrumpido por el sonido de la vida que

seguía su curso a nuestro alrededor. Me miró a los ojos, después dirigió la mirada a mi mano que

permanecía en el lugar donde la había colocado para llamar su atención y terminó por volver a

clavar sus ojos azules en mí. Me llené de esperanza, segura de que no se opondría.

Casi podía saborear la pequeña victoria.

—No.

¿No? Así, ¿sin más?

Fruncí el ceño al no recibir más explicación por su parte, además de esa rotunda y determinante

negativa.

Oh, no. De ninguna manera me pensaba conformar.

—¿Cómo que no? —Me aparté de él y me coloqué junto a Ben en una pose claramente

protectora, mientras apoyaba las manos en las caderas. Sí, cada día me parecía más a mi *nonna*—.

¿Por qué no? —exigí.

Miró primero a mi hermano que en ese momento dejó el control del «detenido» en manos de

Ethan y cruzó los brazos con una sonrisa que, por alguna extraña razón, reflejaba satisfacción.

Después dirigió los ojos hacia el chico, que en silencio permanecía esposado, y finalmente me

inmovilizó en el sitio con su firme y azulada mirada.

—Porque no. —Ofreció como toda explicación.

Aaargh.

Frustrantes.

Así es como resultaban todos los hombres que de alguna u otra forma pasaban a ser parte de mi

vida y aquella parquedad, esa manera de tratar de imponerse a mis deseos y peticiones, poco sabía él

que no era algo nuevo o desconcertante para mí y que estaba más que acostumbrada a lidiar con ello.

Bien se encargó mi madre de adoctrinarme en ese sentido. No a propósito, por supuesto, pero, si

había un hombre terco, sobreprotector y parco en palabras, además de acérrimo seguidor de la ley,

ese era Chuck Sullivan, y Dios sabía que durante los últimos treinta y cinco años mi madre no solo

capeó temporales, sino que salió victoriosa de cualquier tormenta, cabalgando las olas cual amazona

y con mi padre como guía para alcanzar de forma segura la orilla.

Sí, Alda Sullivan definitivamente podría considerarse la reina de todo cuanto la rodeaba.

Enarqué las cejas y mantuve mi postura esperando a que se explicase. Llegados a ese extremo,

me vería obligada a presentar una queja o lo que se requiriese para conseguir que liberasen a

Benjamin. A Lee, quiero decir.

En realidad, no estaba muy segura del protocolo a seguir en aquellos casos, pero lo que sí tenía

claro era que no tenían nada sólido para mantener retenido a ese chico a excepción de que había

huido de ellos.

—Esa respuesta no me sirve, Ethan, y lo sabes. —Se mantuvo firme, en silencio. Me giré para

mirar a mi hermano y, aunque mi actitud denotaba determinación, esperaba que la súplica en mis ojos

consiguiera ablandarlo—. Lucas, no hay razón alguna para que lo mantengáis detenido, es solo un

chico.

—¡Eh! Yo no soy... —comenzó a protestar Lee, pero lo fulminé con la mirada exigiéndole

silencio. Gracias al cielo, lo hizo.

—Lucas, por favor, tenéis que liberarlo. Sabes que esto es desproporcionado.

Mi hermano, ofuscado, se pasó la mano por la cara y ya me sabía vencedora en aquella causa

hasta que Ethan decidió hablar y seguir complicando algo que, a mis ojos, resultaba de lo más

simple.

—No —atajó con voz profunda y determinada—, el chico se viene con nosotros a comisaría. Es

testigo de un crimen y debemos tomarle declaración.

Lee palideció al escuchar sus palabras y a mí, al verlo, se me hizo un nudo en el estómago.

Aquello no era justo.

No era más que un niño. ¿Acaso Ethan no podía entenderlo?

—¡Pero si yo no he hecho nada! —protestó el chico, tratando de ocultar el temblor en su voz.

—Ethan, creo que lo estás llevando demasiado lejos —intercedí, tratando de hacerlo entrar en

razón—. No tenéis una base sólida, nada por lo que podáis acusarlo, y lo sabes.

—Sé que este chico ha visto algo —espetó señalándolo, pero sin apartar sus ojos de mí—.

Estoy jodidamente seguro de que sabe más, mucho más de lo que tu linda cabecita pueda imaginar y

que me jodan si no consigo que me dé toda la información que esconde.

Sus palabras me enfurecieron.

Mucho más que eso, me dolieron.

Pero dejando mis heridos sentimientos a un lado, una idea me golpeó con la velocidad de un

rayo, haciendo que las palabras abandonasen mi boca incluso antes de poder pensar en las

repercusiones que las mismas podrían tener.

—Estaba conmigo —declaré con convicción mirando a Lee. Él frunció el ceño, pero al entender

mi propósito, relajó la expresión de su rostro.

Mi hermano, que a punto había estado de mediar en el pequeño enfrentamiento entre su

compañero y yo, cerró la boca y cuando la volvió a abrir fue para pronunciar mi nombre a modo de

advertencia.

—Mia.

—¿Qué? —pregunté con inocencia—. Es cierto, es mi alumno y ambos estábamos en clase

cuando ocurrió lo de ese pobre chico.

—Creí que habías dicho que estabas corrigiendo unos trabajos y por eso salías más tarde del

instituto —aseveró Ethan, mirándome con suspicacia.

Uh, olvidé eso por completo.

—Bueno, sí —aclaré con lentitud, escogiendo con cuidado mis siguientes palabras—. Pero me

debía un par de tareas que no entregó en su momento y aproveché para terminarlas en clase mientras

yo corregía.

Ahí estaba.

No podrían refutar eso, ¿verdad? Además, sabía que el chico no me contradecía de ninguna de

las maneras. Comprendía a Ethan y también a mi hermano, de veras que sí. De hecho, yo era más que

consciente de que con toda probabilidad Lee sí que sabría algo acerca de la muerte de Ronald, no

porque hubiera participado en ella, ya fuese de forma directa o indirecta, sino porque tenía la certeza

de que estaba relacionada con la banda que a tantos jóvenes estaba captando por la zona. Pero

llevarse al chico a la comisaría, esposado, asustado y presionarlo hasta el cansancio para que

hablase, solo conseguiría que los viese a ellos como al enemigo y a los verdaderos delincuentes

como la vía de escape más segura.

No.

No podía consentir que se me escurriese entre los dedos la posibilidad de hacerle ver que había

más futuro para él que la delincuencia. Que el dejarse arrastrar por gente que

para nada valoraba su

potencial, su bienestar o su vida lo llevaría, en el mejor de los casos, a la cárcel.

Se creó un silencio incómodo y lleno de expectación entre los cuatro. Lee nos miraba de hito en

hito, esperando a que se decidiera dónde pasaría las siguientes horas de su vida. Mi hermano no

pronunció ninguna palabra, dejando el asunto en manos de su compañero, lo cual me resultó

desconcertante.

Ethan y yo nos sosteníamos la mirada, ambos sumidos en una batalla por aquello en lo que

creíamos, por lo que considerábamos justo, por lo que estábamos seguros de que era el camino

correcto a seguir. La pena era que, en aquel caso, nuestros caminos y creencias eran diametralmente

opuestos.

Perdida en aquellos ojos azules que me perseguían día y noche, dudé.

Casi estuve a punto de rectificar y darle la razón si con ello conseguía borrar la decepción que

en aquel momento podía leer en su mirada. Decepción provocada por saberse atrapado y ninguneado

a causa de una mentira, que sin importar las buenas intenciones que se escondieran detrás de esta, no

le dejaba más salida que liberar a Lee. Ambos lo sabíamos y, lejos de

sentirme victoriosa, pude

saborear la amargura del arrepentimiento por habernos colocado a ambos en aquella tesitura. Más,

cuando era consciente de que estaba haciendo su trabajo y lo que consideraba correcto cuando la

muerte de un chico tan joven estaba de por medio. Pero me mataría el hecho de no interferir en

aquella situación si con ello pudiese hacer una diferencia en la vida de otro niño. De dos, en

realidad, porque lo que afectaba a Lee también suponría un punto de inflexión en la vida de su

hermana pequeña.

Pasaron unos segundos en los que Ethan no dejó de mirarme a los ojos, buscando algo, quizás

esperando a que me retractara, a que le dejase vía libre para hacer lo que él creía que era necesario

y, cuando no sucedió, me dedicó una fría sonrisa que no le llegó a los ojos antes de hablar y quitarle

las esposas al chico.

—No te relajes demasiado, estoy seguro de que no será la última vez que nos veamos —

advirtió con voz dura a Lee tras liberarlo, haciendo que este tragase con dificultad mientras se

masajeaba las muñecas.

Se giró y echó a andar sin ni siquiera dirigirme una mirada.

Mi hermano me miró de reojo y sacudió la cabeza antes de seguir a su compañero.

—Espero que sepas lo que haces.

Sí, yo también lo esperaba.

Me sentí fatal, tanto, que de hecho me costaba tragar debido al nudo que me oprimía la garganta.

Ver a Ethan alejándose de mí, con aquella seguridad y firmeza en su caminar, la espalda erguida,

los hombros tensos y sin mediar palabra, con esa decepción y dureza de la que fui receptora en los

últimos momentos antes de que me diese la espalda, caló en lo más profundo de mi ser de una forma

que supuse que tendría que analizar más tarde.

Dejé escapar un suspiro tembloroso antes de recomponerme y girarme hacia Lee que, con el

ceño fruncido, tenía la vista clavada en el asfalto.

—Vamos, Usain, hora de ir a casa. —Me miró sin comprender a qué me refería—. ¿Usain Bolt?

—Seguía observándome sin tener ni la más remota idea de lo que quería decir—. El corredor ese tan

famoso. —Cuando enarcó la ceja a modo de respuesta, decidí darme por vencida—. Olvídalo, solo

camina. Pero ya sabes, si el dibujo no funciona, en un futuro podrías plantearte el atletismo, eres muy

rápido.

Dejó escapar un bufido de diversión y cruzamos la calle siguiendo la estela de mi hermano y

Ethan. Caminamos en un amigable silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos y, aunque

había mucho de lo que quería hablar con él, decidí dejarle tomar la iniciativa. Ambos sabíamos que

le había salvado el trasero, pero mientras que él probablemente esperaba que se lo echase en cara y

que le exigiese una compensación a cambio —porque eso era a lo que seguro estaba acostumbrado

—, yo decidí esperar. Sabía que mi instinto no me engañaba con él. Estaba más que segura de que era

un buen chico. Asustado, sí. Confundido, por supuesto. Y eso es lo que trataría de explicarle a Ethan

cuando llegase a casa. Tenía la certeza de que una vez le expusiera su caso, su situación, entendería

por qué tuve que intervenir antes de permitir que se lo llevarasen.

—Gracias —habló con voz débil, aunque percibí sinceridad detrás de aquella única palabra

pese a que no me miraba.

—No te preocupes. —Sonreí y le di un pequeño codazo—. Aunque pueden resultar un poco

intimidantes, son buenos hombres. —Señalé con la barbilla la dirección en la que caminaban Ethan y

Lucas que, debido a sus grandes zancadas, cada vez quedaban más lejos de dónde nos

encontrábamos.

—No son ellos quienes más me preocupan —murmuró con la mirada perdida.

Asentí, pues entendía lo que quería decir. Había personas mucho más aterradoras y peligrosas y

supuse que, por primera vez, tras haber visto a su amigo asesinado, estaba empezando a ser un poco

más consciente de cómo podían terminar las cosas para él si no seguía las directrices marcadas por

aquellos a quienes en algún momento consideró como su única salida.

Era una mujer paciente, no solo porque formase parte mí, sino porque creciendo en el tipo de

familia que yo tenía era algo más que necesario. Quizás esa era la razón por la que conseguía que los

chicos acabasen confiando en mí, no los presionaba; tampoco lo haría con él, dejaría que fuese Lee

quien marcase el ritmo de esta nueva relación. Aunque con condiciones, por supuesto.

Ninguno volvió a hablar en los siguientes minutos. Fue una vez que se vislumbraron al final de

la calle las luces de los coches patrulla, la cinta policial y los agentes terminando de hacerse cargo

de la escena y de los posibles testigos, que Lee ralentizó el paso mientras mantenía la vista clavada

en el lugar, y yo hice lo mismo para mantenerme a su altura.

—Lo digo en serio —comenzó a hablar con voz suave—, es... ha sido genial lo que has hecho

por mí. —Se me hinchó el corazón al escucharle, pero no lo interrumpí—. Sé que no parece

importante, bueno, quiero decir que sí lo es, ha sido... —Se rascó la cabeza, contrariado—. Ya

sabes... eso ha sido... sí, ha estado bien.

Reí con suavidad al ver que se le sonrojaban ligeramente las mejillas y enlacé mi brazo con el

suyo. Sí, entendía perfectamente lo que quería decir y el verlo así, sin la dureza en su mirada como

aquel día en el que hablamos por primera vez, sino con la vulnerabilidad propia de un chico de su

edad que solo buscaba su sitio en la vida, no hizo más que confirmar lo que mi instinto me gritaba

acerca de él desde un principio.

—No hay de qué. —Sonreí y choqué juguetonamente nuestros hombros.

—¿Sabes? No estás tan mal para ser una profesora. —Volví a sonreír y le di un pequeño apretón

en el brazo que mantenía enlazado con el mío. Iba a hablar, a agradecerle el cumplido, cuando sus

siguientes palabras hicieron que me detuviera en seco—: Me gusta Ben. En realidad, Sadie es la

única que me llama así. —Al ver que me había quedado parada, corrió a explicarse apartando la

mirada—. Bueno, solo... yo, bueno... en fin, quería que supieras que no me importa. Si quieres

llamarme así, claro, aunque tampoco me importa si prefieres ir por Lee.

El pobre chico estaba avergonzado, apenas era capaz de mirarme y volvía a rascarse la cabeza

con aquella mueca infantil que le había visto unos momentos antes.

—Me gusta Ben —respondí con voz suave. Puede no parecerlo, pero el hecho de que me

confiase aquello, de que compartiera conmigo aquella pequeña parte de él, suponía un enorme paso

para ambos y la relación de confianza que trataba de forjar.

Asintió y dejó escapar un pesado suspiro, como si el simple hecho de reconocerlo le hubiera

supuesto un mundo y, probablemente, así era.

Nos despedimos y, cuando había recorrido algunos metros en la dirección opuesta a él, recordé

algo. Me giré y lo llamé en voz alta.

—¡Oye, Ben! —Aunque no respondió, me miraba esperando a que continuase hablando y no se

me escapó el hecho de que tardó unos segundos en reaccionar a su nombre—. El lunes te quiero en

mi clase y, por cierto, me debes dos trabajos.

Sacudió la cabeza, divertido, y también, supuse, sorprendido por mi exigencia.

—Definitivamente, eres otra profesora más —replicó con voz burlona.

Hice una mueca y alcé la vista al cielo, que poco a poco comenzaba a oscurecerse y a teñirse en

tonos rosáceos y naranjas. Fingí que pensaba en sus palabras.

—Profesora sí, pero no soy otra más —declaré con convicción. Él asintió riendo y dijo algo

que, aunque debido a la distancia no lo pude escuchar, di por hecho que estaba de acuerdo; si era con

mi afirmación o con los trabajos que le estaba ordenando que hiciese, era algo que aún tendría que

comprobar. Señalé con dos dedos antes de volver a hablar—. Dos dibujos, Ben. Los quiero la

semana que viene. Tema libre, así que sorpréndeme.

Enarcó una ceja y asintió.

—Muy bien —respondió en voz alta antes de girarse y continuar su camino—. Los tendrá la

semana que viene, profesora.

Torcí el gesto mientras lo veía alejarse. No soportaba que me llamasen así, me parecía tan...

impersonal. Pero bueno, eso lo aclararíamos en otro momento. De hecho...

—Entonces, te veo el lunes, ¿verdad? —Tuve que alzar la voz un poco más debido a la

distancia que nos separaba.

—Sí, sí, el lunes en clase, profesora. —Sacudió la mano a modo de despedida

sin ni siquiera

girarse, pero percibí con claridad la sonrisa en su voz.

Casi tenía ganas de hacer un pequeño baile de la victoria allí mismo, pero habría resultado

inmaduro.

Aunque me sentía feliz —casi podría decir que pletórica— y orgullosa por aquella pequeña

batalla ganada con otro chico que entraría en el programa *Second Chance*, aquellos sentimientos

quedaron ensombrecidos al recordar la mirada de Ethan, su espalda y las largas zancadas que daba

para alejarse de mí lo más rápido posible. De manera que volví a casa con el firme propósito de

arreglar aquello, hablar con él, conseguir que me entendiera y hacerle ver que no era tan grave mi

intervención de aquella tarde.

Estaba segura de que lo dejaría pasar porque, después de todo, éramos algo más, ¿verdad?

## Capítulo 15

No supe nada de Ethan aquel viernes.

De hecho, el sábado tampoco dio señales de vida. Decir que aquello me molestaba y me dolía,

sería un eufemismo. No concebía que él, un hombre adulto, huyese cada vez que la situación se

descontrolaba o no se desarrollaba como esperaba. Tuve mucho tiempo para pensar y, como es

lógico, rememoré nuestro último beso. La sensación de su cuerpo presionado contra el mío, la

seguridad y la fuerza que me imprimía su sola presencia, la arrolladora pasión que se desencadenaba

con un simple toque, con una mirada.

También recordé la conversación que mantuve con Jen una vez que Ethan se marchó de mi

apartamento.

*—¿Se puede saber cómo es que tienes una llave de mi casa?*

*Me giré en mi sitio para mirarla y me di cuenta de que seguía con la vista clavada en la*

*puerta por la que había salido Ethan un momento antes.*

*—Santo Dios, ¿te has fijado en ese trasero? —preguntó con un suspiro antes de mirarme—.*

*Por supuesto que sí lo has hecho. —Rio—. ¿Qué decías?*

*—Has entrado en mi apartamento. Con tu propia llave, Jen.*

*—Oh, sí, eso. —Desestimó mis palabras con un gesto de la mano. Se apoyó con los brazos*

*cruzados sobre la barra de la cocina—. Hace un par de días visité a tus padres y pasamos una*

*tarde estupenda.*

*—¿Y puedo saber por qué te dieron la llave para que hicieras una copia? —*

*inquirí, porque sí.*

*Ya que me había interrumpido, bien podía tener la historia completa.*

*—Solo velamos por ti, Mia, toda precaución es poca. —Como ocurrencia de último momento,*

*agregó—. Además, ya sabemos todos lo olvidadiza que puedes llegar a ser.*

*—Bien, de acuerdo —concedí, ignorando la alusión a mi sistema organizativo—. Pero no*

*puedes entrar aquí cuando te plazca, Jen, utilízala solo para emergencias.*

*Hice hincapié en la última parte pues, visto lo ocurrido momentos antes, no quería volver a*

*encontrarme en otra situación semejante. O peor.*

*—Hablando de lo cual, ¿se puede saber qué estás haciendo?*

*—Me limito a seguir tu consejo —expliqué.*

*—Mia, acabo de interrumpir lo que podría definirse como una follada en seco sobre... —Se*

*apartó de la barra como si estuviera en llamas—. ¡Oh, mierda!*

*—No ha ocurrido nada, Jen. Puedes seguir ahí tranquilamente ¡Y vigila esa boca!*

*—Prefiero el sofá —insistió, ya poniéndose en pie e ignorando mis palabras.*

*—Cuando voy a tu casa, no me detengo a pensar dónde habrás estado retozando con alguno*

*de tus ligues —acusé.*

*—Mejor así, cariño. —Rio, sacudiendo la cabeza—. De todas formas, cada*

*superficie de mi*

*casa está impoluta.*

*—Eso no lo dudo —repliqué—. Tampoco es que haya muchas superficies que limpiar, ese*

*lugar es diminuto.*

*—No nos desviemos de la cuestión. —Cambió de tema y se acomodó en un extremo del sofá.*

*Me senté en el otro lado, doblando una pierna bajo la que permanecía apoyada en el suelo, en una*

*perfecta imitación de su postura. Así quedábamos frente a frente—. ¿Qué es lo que estás haciendo,*

*Mia?*

*Suspiré antes de responder, pues ni yo misma estaba segura, y así se lo hice saber.*

*—No tengo ni la más remota idea. —Miré hacia la ventana que daba a la calle—.Solo...*

*supongo que solo me estoy dejando llevar.*

*—De verdad te gusta —declaró.*

*—Mucho —concordé mirándola—. Desde el mismo momento en que lo conocí. No consigo...*

*no puedo sacármelo de la cabeza y estoy cansada de luchar contra lo inevitable. Contra lo que*

*quiero.*

*—Es policía —dijo, consciente de que aquel era uno de mis reparos—. Y,*

*esto es solo una*

*analogía, pero Mia, tú eres arcoíris mientras que él es un jodido tornado de grado cinco. Arrasará*

*contigo y lo sabes.*

*—Lo sé, lo sé. —Suspiré. Su preocupación no era más que un fiel reflejo de mis propios*

*pensamientos—. Y no soy ninguna ingenua. No lo veo todo de color de rosa, soy muy consciente de*

*todos los pormenores que pued...*

*—Además —me interrumpió—, Luke se va a cabrear. Mucho.*

*Sonrió como si ya estuviera disfrutando el ver la cabeza de mi hermano a punto de estallar*

*debido a la furia.*

*—Bueno, pues Luke deberá aprender a ocuparse de sus propios asuntos —repliqué con*

*convicción—. ¿No pelearías tú por aquello que quieres? —Me miró en silencio y después bajó la*

*vista hacia el cojín que mantenía entre sus brazos, como si en él pudiese encontrar todas las*

*respuestas—. Lo harías, Jen. Te conozco y jamás te rendiste cuando de verdad querías algo.*

*Sacudió la cabeza y cuando me miró, lo hizo con una triste sonrisa dibujada en sus labios.*

*Sus oscuros ojos, aquellos que siempre había podido leer con facilidad, se veían cautelosos y no*

*conseguía descifrar el porqué.*

*—Solo espero que sepas lo que estás haciendo, cariño.*

No paré de reproducir aquella conversación en mi mente.

También me mataba el hecho de no saber qué pasaba por su cabeza en aquellos momentos y, lo

que es peor, agonizaba al ser consciente de que era más que probable que estuviese decepcionado

conmigo por lo ocurrido con Ben.

Después del apasionado beso que nos dimos en mi cocina, supuse —al parecer de manera

errónea— que aquello supondría un antes y un después en nuestra relación. Un punto de inflexión. Y

sí que lo fue, pero el resultado estaba demasiado lejos de lo que yo imaginé en un principio. Mientras

que para mí las líneas trazadas se desdibujaron hasta dejar un lienzo limpio en el que comenzar a

esbozar nuestra historia, él permaneció al otro lado, más lejos que antes si cabía. Como siempre,

esperé más de lo que la otra persona estaba dispuesta a dar, pero ese día, mientras permanecía

tumbada en el sofá haciendo tiempo antes de prepararme para mi turno en Mick's, quise aferrarme a

la idea de que posiblemente aquello era lo mejor. Una relación sentimental entre Ethan y yo suponía

complicaciones desde cualquier ángulo por el que lo mirases. Especialmente

si no funcionaba.

Además, si hubo algo que siempre tuve claro en mi vida fue que, nunca, *jamás*, mantendría una

relación con un policía. Vi lo que aquello le hizo a mi madre. Fui un silencioso testigo de sus noches

en vela, de las horas gastadas sentada a la mesa de la cocina tomando un café de madrugada o

tratando de mantenerse ocupada con alguna de sus pinturas o trabajos artesanales; vi el miedo que

escondían sus dulces ojos castaños mientras internamente oraba porque el teléfono de casa no sonara

para darle una noticia que sabía que la destruiría. Primero los desvelos y preocupaciones vinieron

propiciados por el temor a que a mi padre le sucediese algo estando de servicio y más tarde, aquel

sentimiento se intensificó cuando mi hermano decidió seguir los mismos pasos e ingresar en la

policía.

Por supuesto, ella nunca quiso que fuésemos conscientes de su temor, siempre sonreía y era

dulce con nosotros. Como niños que éramos, ella quería que viviésemos felices, tranquilos e

ignorantes en lo que concernía a los peligros que suponía el trabajo de nuestro padre. Fue cuando

contaba con alrededor de diez años que empecé a notar los desvelos de mi madre. Jamás olvidaré

haberme despertado a veces en mitad de la noche y notar que en la planta baja la luz seguía

encendida. Ahí fue cuando comencé a ser consciente de que a veces sus sonrisas eran una simple

máscara del miedo que escondía. Entendí que, algunos abrazos de buenas noches que se alargaban

más de la cuenta eran la forma de reconfortarse a sí misma. Muchas veces, sin saberlo, nos

convertimos en su ancla, en la roca a la que aferrarse.

Admiro su labor y dedicación, considero a muchos de esos hombres una parte importante de mi

familia y, de hecho, me preocupo muchísimo por su bienestar, pero no soportaría vivir esa

incertidumbre cada día de mi vida. Huelga decir que esa inquietud era mi fiel compañera en lo que

concernía a Lucas, Terry y sí, también Tucker, por supuesto. Sin embargo, ellos llegaron a mi vida

porque sí, no los elegí, no fue algo que pedí, sencillamente eran parte de la familia; aunque atesoraba

cada momento compartido con ellos y no concebía un mundo en el que no estuviesen, no formaba

parte de mis planes el lanzarme de cabeza a una relación a sabiendas de cómo podría resultar todo

aquello. Estaría eligiendo convertirme en mi madre, en el sentido de que pasaría a ser la mujer que

viviría noches en vela siempre que su marido tuviese turno de noche, alguien,

que miraría con temor

el teléfono de casa siempre que dichas llamadas coincidieran con sus horas de trabajo.

Aquella, me di cuenta, era la dicotomía en la que me encontraba dividida desde que conocí a

Ethan y, por primera vez en mi vida, me planteé ir más allá con alguien como él. Con un policía, un

mujeriego y alérgico al compromiso, un hombre terco, sobreprotector, reservado y en ocasiones

melancólico... Mi cabeza me decía que éramos demasiado diferentes, polos opuestos. No obstante,

durante aquellas horas me di cuenta de que, a pesar de la ferocidad con la que mi mente rechazaba la

idea, mi corazón siempre iba por otros derroteros y gritaba exigiendo atención porque tenía la

absoluta certeza de a quién quería. Claro que todo aquello podrían ser simples divagaciones

derivadas del malestar que me provocaba el silencio reinante entre nosotros.

Mientras me vestía aquella noche, decidí enfrentar la situación con Ethan y dar por finalizado

aquel periodo de mutismo; supuse que un día era tiempo más que suficiente para enfriarse y dejar ir

el enojo, pero incluso si no lo había hecho, yo no podía continuar así.

Un día.

Más de veinticuatro horas de silencio, de no saber nada de él, de no darme

opción a intentar

explicarme y de apenas ser capaz de conciliar el sueño a causa de aquel malentendido sin resolver.

Era una mujer paciente, pero todo tenía un límite y aquella situación rayaba lo absurdo.

De manera que me di prisa para estar lista con tiempo suficiente, poder hablar con Ethan con

tranquilidad y llegar a tiempo al trabajo. Sabía que Mick me quería, pero tampoco convenía abusar

de la confianza y más teniendo en cuenta que acumulaba en mi apartamento tantas camisetas del bar

que pronto podría montar mi propio stand. Sí, mejor no llegar tarde.

Resultaba curioso que, a pesar de todos los momentos compartidos con él en las últimas

semanas, me ponía bastante nerviosa pensar en ir a su apartamento aquella noche para aclarar las

cosas. Supuse que se debía a que no estábamos en los mejores términos y tampoco tenía muy claro

cuál podría ser su reacción al verme. La dureza con la que reaccionó cuando vio a Vivian en el portal

esperando destelló en mi mente y sacudí la cabeza. Él no me trataría de aquella forma, no podía

siquiera imaginarlo. Me convencí de que podíamos solucionarlo, después de todo éramos dos

personas adultas y maduras y, lo que en un momento fue una disparidad de opiniones, terminó de la

mejor manera ya que parecía que Ben quería continuar por el camino correcto.

Así que todo solucionado, ¿verdad?

Me di un último repaso en el espejo de mi dormitorio, ahuequé mis largas y rebeldes ondas

castañas y, una vez satisfecha con el resultado, abandoné mi apartamento y subí las escaleras para

hablar con aquel terco y exasperante hombre.

Con una última arenga mental para alimentar un poco más mi confianza, llamé a la puerta y

esperé.

Nada.

Aguardé unos segundos más antes de volver a golpear. El resultado fue el mismo, pero juraría

que había escuchado ruidos provenientes de su apartamento mientras me arreglaba, así que hice lo

que cualquier persona en mi situación: pegué la oreja a la puerta para intentar escuchar cualquier

sonido que me indicase si él se encontraba dentro o no... y así fue como me encontró Ethan cuando

por fin se decidió a abrir.

—Eh... —Me enderecé avergonzada y pasé las manos por mi cabello con el fin de mantenerme

ocupada con algo, mientras mi mente elaboraba posibles respuestas que justificasen haber sido

cazada espiando—. Hola, yo...

Las palabras quedaron olvidadas cuando absorbí la imagen frente a mí:  
Ethan, en toda su

magnífica gloria, alto, fuerte, con aquel aroma que tanto adoraba y que me  
tenía luchando con la

necesidad de cerrar los ojos para aspirar con fuerza. Imponente, como  
siempre. Tenía el cabello

húmedo, seguramente acababa de tomar una ducha, y los oscuros mechones  
se enroscaban detrás de

sus orejas. Barba de unos días, un jersey de color gris, cuyas mangas  
arremangadas me permitían ver

sus tatuajes y aquellas gruesas pulseras de cuero que siempre llevaba.  
Pasados unos segundos me

aclaré la garganta y alcé la vista para mirarlo a la cara, a esos ojos del color  
del océano que me

decían más de lo que muchos podrían imaginar y que en aquel momento  
carecían de la calidez a la

que había llegado a acostumbrarme cuando estábamos juntos.

Titubeé y me removí inquieta.

No podía leer nada en su rostro, ninguna emoción. Era como si las hubiese  
parapetado tras un

muro y aquello me descolocó porque estaba acostumbrada a lidiar con esa  
actitud con mis chicos,

pero no con él.

No con Ethan.

En las semanas que hacía que lo conocía, había visto sus ojos velados por la pasión y el deseo

la primera noche en la que nos conocimos. Me vi amparada por su instinto protector. Fui testigo de la

calidez y el respeto con el que trataba a la señora Walcott, también de aquel gesto aniñado y

avergonzado cuando a las tres de la madrugada quiso pasar a mi casa a tomar un café y algo de

chocolate; vi cómo, aunque su rostro permanecía impassible, sus ojos se encendían con diversión ante

algunas de mis ocurrencias y también cómo se armaba de paciencia cuando me negaba a dejar a su

suerte a mi pequeño Volkswagen para que él me llevase a casa en su coche después de trabajar.

Por eso, ver su rostro en blanco, como si apenas nos conociésemos, como si no fuese más que

una pequeña molestia de la que quería deshacerse lo antes posible, casi consiguió ponerme de

rodillas allí mismo.

—¿Mia? —preguntó, no interesado, sino más bien curioso acerca del motivo que me había

llevado a su puerta. Aunque bien podía imaginárselo, por supuesto.

—Sí, yo... —Respiré hondo, enderecé la postura y me animé mentalmente a conseguir mi

propósito, que era solucionar aquello de una vez por todas—. En realidad, quería hablar contigo,

¿tienes un momento?

Me dio la espalda y escuché el sonido de llaves mientras las cogía de una pequeña mesa que

había junto a la entrada. Se guardó la cartera en el bolsillo trasero de los vaqueros y cerró la puerta

de casa, para después quedar frente a mí.

Fruncí el ceño.

Nunca había estado en su apartamento, lo cual era curioso teniendo en cuenta la cantidad de

tiempo que pasábamos en el mío, pero aquello, cerrar de esa manera, además de grosero era una

declaración de intenciones. Un anticipo de lo que sabía que vendría en el momento en el que abriese

la boca.

—La verdad es que tengo algo de prisa —declaró con voz impersonal, clavándome su firme

mirada. No se escondía, no dudaba, tampoco rehuía una batalla, era tan simple como que le traía sin

cuidado—. ¿Necesitas que te lleve al trabajo? No es que me coja de camino, pero pensaba salir de

todas formas.

Y así fue como me convertí en la típica vecina molesta a la que tienes que sacar de apuros. Pasé

a ser una muesca en su cinturón a la que probablemente quería borrar y, lo más triste de todo, era que

ni siquiera nos habíamos acostado.

Se me hizo un nudo en la garganta, notaba las mejillas ardiendo a causa de la humillación que

barrió a través de mí y me tomó cada gramo de fuerza que poseía no permitirle ver todos aquellos

sentimientos reflejados en mis ojos. Porque, aunque no quería reconocerlo, Ethan me gustaba. Más

que eso, se había convertido en alguien importante para mí, independientemente de las reservas que

me provocaba su trabajo. Me había costado Dios y ayuda conciliar el sueño aquella última noche

porque no soportaba saber que estaba molesto conmigo, pero quise darle su espacio y no estaba muy

convencida de si ese día y medio que nos di de margen había servido de ayuda o, por el contrario,

contribuyó a empeorar la situación. De cualquier forma, que me tratase con aquella indiferencia dolía

de muchas maneras distintas, pero ya me había dejado pisotear no hacía demasiado tiempo por un

hombre, y no pensaba cometer el mismo error. En vista de cómo se estaba comportando, me di cuenta

de que la conexión que creí sentir entre nosotros había sido algo unilateral, de manera que lo mejor

sería mirar hacia delante y si, en algún punto del camino, Ethan quería formar parte de mi vida, sería

bienvenido. Aunque con ciertas reservas, por supuesto.

Sin embargo, no me iría sin decir lo que tenía guardado con respecto a Ben y el percance que

nos había llevado hasta ese punto. No estaba en mí el esconderme.

—No te preocupes, puedo apañármelas por mí misma. —Rechacé su ofrecimiento, además de

porque no lo necesitaba, porque tampoco es que se viese especialmente entusiasmado con la idea—.

¿Sabes? Solo quería hablar de lo que ocurrió el otro día con Ben. —Cuando me dedicó una mirada

en blanco, me expliqué—. Mira, lamento si me entrometí o interferí en tu trabajo, ¿de acuerdo?

Entiendo que te molestases, pero también necesito que te pongas en mi lugar. Ben es solo un chico y

lo asustasteis. Llevaba tiempo tratando de llegar a él y si no hubiese hecho algo en aquel momento,

sabía que perdería cualquier posibilidad de que me escuchase. O a vosotros, para el caso.

Cruzó los brazos para quedar en lo que yo consideraba una pose claramente defensiva, era como

si se estuviese preparando para una pelea y eso era lo más lejano a lo que yo pretendía al ir a

buscarlo aquella noche. Con cada segundo que pasaba, me sentía más y más perdida.

—La cuestión es que interferiste —respondió, y en sus ojos vislumbré parte de los rescoldos

del enojo que aún guardaba—. Conseguiste quitarme a un posible testigo de

asesinato, Mia.

—Ese chico no vio nada.

—¿Y cómo demonios puedes saberlo? —inquirió con un gruñido y bajando la voz, lo cual me

indicaba lo enfadado que estaba—. Ni siquiera estabas allí.

—¡Ni tú tampoco! —rebatí, convencida de que aunque posiblemente no actué con lógica, sí que,

a fin de cuentas, hice lo correcto—. Solo te basas en simples suposiciones. ¿Has pensado que quizás

solo estaba cerca del lugar equivocado en el momento equivocado? No. Lo juzgaste sin conocer los

hechos. No sabes nada de él, Ethan, la vida tan complicada que ha tenido o cuánto tiene que pelear

cada día.

En el momento en el que las palabras abandonaron mis labios me arrepentí porque él no era así.

Lo sabía. Podría tener muchos defectos, pero juzgar a alguien de aquella manera en la que lo estaba

acusando, no era uno de ellos.

Sin embargo, no tuve tiempo de retractarme.

—Ni se te ocurra —advirtió con voz baja y peligrosa, acercando su rostro al mío—. No me

jodas con esas patrañas tras las que te escudas para hacer lo que haces. No tienes ni puta idea de

nada, Mia, no me conoces, no sabes nada de mí y estoy jodidamente seguro de que prefiero que siga

siendo así. ¿Querías explicarme por qué actuaste del modo en que lo hiciste? ¿Por qué defendiste a

un posible iniciado del CSG? Bueno, ya lo has hecho y sigo opinando lo mismo. Te metiste donde no

debías y de paso me jodiste a mí, así que buen trabajo.

Lo miré con incredulidad, además de dolida más allá de las palabras. Ni siquiera sabía por

dónde empezar a defenderme o si debía tomarme la molestia de hacerlo. Jamás creí que me

encontraría en su lado malo y, tras ser la receptora del fuerte carácter que no solo había vislumbrado

en algunos momentos, sino del que tanto había escuchado, lo único que quería hacer era salir

corriendo de allí, porque ni mucho menos fue aquella la imagen que vi en mi mente cuando decidí

hablar con él. No creí ser merecedora de tales acusaciones ni de tan desagradables palabras. Intenté

hacer lo correcto. Mi única finalidad era ayudar a un chico que, sin duda, estaba asustado y perdido.

No quería aplausos ni medallas. Era mi trabajo, mi vocación. Lo que sentía que debía hacer,

solo eso. Quizás me equivocaba o quizás no, pero no merecía que me hablase de aquel modo por

hacer lo que consideraba correcto.

—Yo, eh... muy bien —musité en voz baja y desviando la mirada hacia algún punto de las

escaleras, aunque sin realmente ver nada—. Sí, yo... sí. —«Céntrate, Mia»—. Solo quería

disculparme por los problemas que te haya podido ocasionar y... —«Quería explicarme, quería

volver a lo que éramos» pensé, girándome hacia las escaleras. No soportaba permanecer allí ni un

segundo más—. Bueno, en definitiva, se trataba de eso, quería hablar contigo acerca de lo ocurrido,

nada más.

Con el silencio por respuesta, bajé las escaleras aguantando las ganas de llorar y me dirigí

hacia el trabajo. No me siguió y, por supuesto, tampoco se disculpó. Si conocía algo a Ethan —y lo

hacía, sin importar cuánto lo negase él—, puede que lamentase el modo en que me dijo las cosas,

pero, sin duda, era lo que realmente creía, lo que sentía. Aún continuaba sentada en el coche, dejando

caer las lágrimas contra las que momentos antes luché y tratando de procesar lo sucedido, cuando lo

vi salir del edificio y subir en su coche antes de abandonar la calle a toda velocidad.

—Dos cervezas y dos chupitos de tequila. —La voz de Jen me devolvió al momento. Ya me

quedaba poco para terminar el turno y gracias al cielo por ello, porque Mick

amenazó con

despedirme al menos cuatro veces en el transcurso de la noche. Así de ensimismada estaba.

Cuando se las serví me ofreció una de cada, a lo que yo fruncí el ceño y las rechacé.

—Estoy trabajando, Jen.

Enarcó las cejas y levantó el vaso de tequila en el aire ofreciéndomelo de nuevo.

—No es la primera vez que bebes en el trabajo, además, estoy segura de que Mick me dará las

gracias por forzarte a ello.

—Lo dudo —repliqué con una sonrisa tras aceptar la bebida.

Después de tomar un enorme trago de cerveza para aliviar la quemazón del tequila, Jen se

interesó por la razón que se escondía tras mi estado taciturno de aquella noche.

—No es nada —mentí—, supongo que ha sido una semana larga, eso es todo.

Ni siquiera sé por qué me molesté en intentarlo. No solo nos conocíamos a la perfección, sino

que ella parecía tener un radar que no dejaba escapar ni una excusa o mentira que se

tepidiera ocurrir.

—Déjate de estupideces, Mia —espetó apoyándose sobre la barra que nos separaba—, llevas

toda la noche moviéndote en automático y tienes la misma cara de cuando maté por accidente a tu

perro.

—Eso nunca sucedió.

—No —convino, mirándome con una sonrisa—, pero habrías tenido esa misma expresión en tu

rostro de haber sucedido.

Reí.

No importaba lo mal que me sintiera, ella siempre conseguía solucionarlo o al menos aliviarlo.

Además, en aquel momento se dio el añadido de que tenía un par de copas de más, lo sabía, no se

trataba de alguna suposición, máxime teniendo en cuenta que yo misma se las había servido. Sin

importar que Ethan no hubiese aparecido tampoco aquella noche, nuestro encontronazo anterior, que

el resto de los chicos sí estuviesen allí pasando un buen rato o el tener que ser testigo de cómo mi

hermano se manoseaba con una mujer cerca de las mesas de billar, aún podía vigilar las espaldas de

mi amiga y preocuparme por su bienestar.

Llevaba un buen rato coqueteando con un tipo que, si bien era bastante atractivo, también

emanaba cierto aire intimidatorio, o al menos aquella fue la primera sensación que me asaltó al

observarlo con un poco más de detenimiento. De alguna forma, me recordó a los típicos matones de

instituto. Sabía que ella se jactaba de poder cuidarse sola, pero eso no hacía que mi intranquilidad

por su bienestar menguase. En absoluto.

—Oye, Jen. —Señalé con un gesto de la barbilla hacia el lugar en el que se encontraba su chico,

ligue o lo que fuese—. ¿Quién es tu amigo?

Ella, que continuaba con los brazos cruzados y con medio cuerpo prácticamente encima de la

barra, giró levemente la cabeza y miró hacia el lugar que le señalé. Cuando se volvió, tenía una

enorme y traviesa sonrisa dibujada en el rostro.

—Te has fijado, ¿eh? —Meneó las cejas con ademán juguetón—. Trabaja como entrenador

personal en un gimnasio, tiene treinta años y esta noche se va a convertir en un muy, muy afortunado

hombre. Gracias a mí, por supuesto —aclaró, como si no la hubiese entendido. Sin embargo, me

faltaba algo importante.

—Muy bien, y su nombre es... —Dejé la frase a medias con la esperanza de que ella la

completase.

De ninguna manera permitiría que Jen se fuese con un desconocido sin saber al menos su

nombre. No quería resultar estrecha de miras, ni paranoica, pero una mujer joven y soltera debe

tomar cuantas medidas estén a su alcance en pos de su bienestar. Nunca sabes con quién te vas a

encontrar, por muy encantador que en un principio pueda resultar. Supongo que esa línea de

pensamiento es otra consecuencia más de haber crecido rodeada de policías. Toda precaución es

poca.

—Jeremy —respondió con una sonrisa, sabedora de mi inquietud—. Jeremy Kingston.

—Muy bien, solo ten cuidado, ¿de acuerdo?

—Siempre, ya lo sabes. —Se inclinó sobre la barra y me dio un beso en la mejilla antes de

volver con su ligue, tras dejarme claro que se había percatado de mi intento de esquivar sus

preguntas. Por supuesto, retomáramos el tema, pero esperaba que para cuando ese momento llegase,

mi ánimo hubiese mejorado al menos un poco.

Continué trabajando, sirviendo y sonriendo.

Mick me controlaba como un halcón, lo cual, aunque me incomodaba por saberme tan

minuciosamente observada, también me enternecía pues sabía que dicho escrutinio era el resultado

de su preocupación por mí. Supongo que para quienes me conocían, no era lo

habitual encontrarme en

aquel estado de ánimo y si mi jefe podía presumir de algo, era de su capacidad de observación. De

hecho, pensándolo bien, ni siquiera tras la traición de Peter y la posterior ruptura me sentí tan mal

como en aquella ocasión.

Fue en un momento ya tarde en la noche cuando, mientras reponía vasos limpios, escuché a

Terry y a Tucker hablando. Acababa de servirles unas cervezas y se demoraron un momento cerca de

la barra antes de volver al sitio donde mi hermano y sus correspondientes ligues esperaban; mientras

trataba de centrarme en la tarea que tenía entre manos, no pude evitar agudizar el oído cuando

escuché surgir el nombre de Ethan.

—Tuck, te repito que ya lo avisé de que esta noche estaríamos aquí —decía Terry en aquel

momento con voz cansada—. Joder, somos compañeros, pero eso no implica que debamos pasar todo

el maldito tiempo juntos.

Contuve las ganas de corregirlo por la forma de hablar pues estaba más interesada en escuchar

el resto de la conversación.

—Ya lo sé, capullo, y tampoco es que quiera pasar cada hora del día con su culo malhumorado,

pero ¿has visto cómo está este sitio de mujeres esta noche? —De reojo vi cómo movía las cejas

juguetón mientras escaneaba el bar y se frotaba las manos—. Creo que le habría venido bien para

quitarse algo de tensión, en cualquier momento va a estallar.

—Bueno, pues parece que Vivian lo mantiene lo suficientemente ocupado como para no tener

que preocuparse por eso —replicó Terry.

Y sin él saberlo, hizo mi mundo añicos con aquellas palabras. Aquel nombre no me era

desconocido porque, de hecho, era el mismo que vi en la pantalla de su móvil unos días atrás cuando

lo llamó con bastante insistencia. Aquel nombre, pertenecía a la mujer a la que conocí solo unas

noches atrás. La misma con la que, según Ethan, no mantenía relación alguna. Él fue quien me lo dijo.

Justo antes de nuestro beso.

—¡Auch!

No estoy segura de cómo ocurrió exactamente, pero los siguientes segundos —o tal vez minutos

— fueron un borrón en mi aturdida mente.

De alguna forma, rompí accidentalmente uno de los vasos que manejaba en ese momento,

cortándome en el proceso. De inmediato, Terry y Tucker se preocuparon y Mick no tardó mucho en

acudir a mi lado. Una vez tranquilo al saber que me encontraba bien, sacudió la cabeza y me envió a

casa.

—Mick, estás exagerando. —Traté de convencerlo con voz tranquila—. Ya ves que es un corte

sin importancia, puedo terminar mi turno sin problemas.

Me puse algo de hielo en la palma de la mano sobre el paño que Brooklyn me dio para

envolverla y así cortar el pequeño flujo de sangre que tan preocupados los tenía a todos. Cierto es

que había una cantidad considerable, pero no era la primera vez y sabía que sería cuestión de unos

pocos minutos para que todo pasara.

Odiaba ser el centro de atención, era algo que siempre traté de evitar a toda costa. Tampoco es

que en mi vida hubiese algo reseñable que me convirtiese en algún fenómeno digno de admirar, pero

en momentos como aquel, solo quería hacerme más pequeña y desaparecer hasta no dejar rastro.

Jen dejó atrás a su nuevo amigo y se acercó rauda hacia dónde nos encontrábamos. Luke, por

supuesto, hizo lo propio y llegó también a interesarse por mi estado, aunque en su caso lo hizo con su

ligue a la zaga. De hecho, la chica lo tenía sujeto por el brazo de manera que le restregaba sus pechos

de forma descarada mientras me miraba de reojo. Posiblemente no sabía que yo era su hermana; algo

curioso, teniendo en cuenta que no era la primera vez que los veía juntos y que además llevaban toda

la noche coqueteando y besándose en el bar. Quería decirle que no necesitaba marcar territorio

conmigo y que, por el amor de todo lo sagrado, dejase de restregarse con mi hermano justo ante mis

narices. Divertida, miré a Jen, quien a su vez los observaba con el ceño fruncido.

—Oye, *barbie* —espetó, dirigiéndose a la chica en cuestión—. No es necesario que lo marques

como una chihuahua en celo. —Me señaló con la barbilla—. Suéltalo de una jodida vez para que

pueda acercarse a *su hermana*.

—Jenna —dijo Luke a modo de advertencia. Sin embargo, lo hizo mientras se deshacía del

agarre de la chica. Supuse que, después de todo, quizás Jen no estaba tan equivocada y él también se

sentía como si lo estuviesen marcando. De todas formas, no me parecía el tipo de chica para mi

hermano, y esto dicho con total objetividad, no en plan perra a quien no le parece adecuada ninguna.

Es que despedía una mala vibra que no hizo más que confirmar mi suposición acerca de ella en

cuanto abrió la boca.

—¿Y quién es la china? —ronroneó destilando veneno. La pregunta iba dirigida a mi hermano,

sin embargo, ella tenía los ojos clavados en Jen y la miraba con burla.

Oh, Jesús, ya sabía lo que venía.

—¿La china? —inquirió mi amiga, con voz engañosamente suave. Me miró, enarcó las cejas y

señaló con la cabeza en dirección a la amiga o lo que fuese aquella chica de mi hermano—. ¡Que

quién es la china, dice! —Rio y, antes de que me diese tiempo a rogarle que no hiciese ninguna

tontería, se lanzó a por ella.

Con un furioso grito como pocas veces le había escuchado proferir, Jen alcanzó a darle un golpe

en la cara a la otra chica quien, sorprendida, no pudo hacer más que chillar e intentar salir de su

alcance. Afortunadamente, Terry fue rápido y pudo detener a Jen antes de que lograra golpearla de

nuevo, mientras mi hermano se colocaba delante de su chica con actitud protectora. Y Tucker...

bueno, él miraba la escena entre sorprendido y excitado hasta el punto de que en un momento dado

estaba segura de que acabaría pidiendo una piscina de barro o algo parecido. Mick, que venía de

coger un paño limpio para mi mano, se colocó junto a mí observando la escena con el ceño fruncido.

Sin embargo, y para mi más absoluta sorpresa, se mantuvo en silencio y dejó que fuese mi hermano

quien solucionase aquella escena.

—¡Jen! —bramó Luke. Golpeó la barra con tal fuerza que los vasos y botellas que descansaban

sobre ella repiquetearon. Me sobresalté; creo que nunca, jamás, había escuchado a mi hermano gritar

de aquella manera— ¡Para de una jodida vez! —No es momento de corregirlo, pensé—. ¡No todo el

puto mundo gira a tu alrededor, joder! —prosiguió, mirándola furioso—. Mi hermana está herida...

—«No es para tanto», quise decir—. Y aquí estás tú, montando una escena, como siempre.

Jadeé.

Fui testigo de muchas discusiones, piques y tensiones entre aquellos dos a lo largo de los años,

pero, bajo mi punto de vista, aquello sobrepasaba la línea. No tenía ni la más remota idea de lo que

ocurría, de lo que llevó a mi hermano a comportarse de aquella manera, pero cuando miré a Jen fue

como si toda la lucha la hubiese abandonado de golpe mientras se quedaba petrificada entre los

brazos de Terry. En aquel momento agradecía que la estuviera sujetando pues, más que como

prevención, sentí que él le servía como apoyo, si es que el cetrino color de su rostro se podía tomar

como una indicación acerca de cómo se sentía.

—Eso no es lo que... —musitó ella, con voz dolida y mirándolo a los ojos. Se había hecho el

silencio en el bar. Apenas se escuchaba algún murmullo o entrechocar de vasos. Tan solo la música.

Jen miró a su alrededor mientras Terry aún la abrazaba desde atrás, reconfortándola, porque ese era

él, no la dejaría sola mientras se venía abajo.

—¡Basta! —espetó Luke, ahora con voz más baja—. Para de una vez. — Sacudió la cabeza y

desvió la mirada antes de darle la espalda a mi amiga.

Lo que estaba ocurriendo entre ellos era algo que todavía tenía que analizar, pero supuse que

había estado tan inmersa en mi propio drama que no había estado lo suficientemente atenta a aquellos

que me rodeaban y que conformaban mi pequeña y particular manta de seguridad.

Era una penosa amiga.

La miré y abrí la boca para decir algo, no sabía muy bien qué, pero no podía quedarme de

brazos cruzados. Ella posó sus ojos en mí y esbozó una pequeña y triste sonrisa mientras escuchaba

lo que fuese que Terry le decía al oído en aquel momento.

Dejé que Luke me examinara la mano, pues sabía que no me dejaría tranquila. Miré a Mick

esperando que hubiese recapacitado en cuanto a su decisión de enviarme a casa y le dediqué una

dulce sonrisa.

Se limitó a cruzar los brazos mientras sacudía la cabeza, manteniéndose firme en su decisión. En

serio, estaba comenzando a cansarme de hombres tercos y sobreprotectores. Pero entendía su

inquietud y preocupación por mí, ya que eran muchos años los que hacía que nos conociáramos y era

parte de mi familia también. Además, si bien el corte no era grave, sí es cierto que tendría que andar

con mucho cuidado para que no se volviese a abrir y eso, trabajando como camarera, resultaría harto

complicado.

Aunque ya había decidido no insistir y hacer caso de su sugerencia y marcharme, Mick me

observó con el ceño fruncido durante unos segundos.

—Esta noche no eres tú —reflexionó—. Dejaremos las explicaciones para otro momento,

pequeña Mia, pero ahora te vas a casa.

No discutí. Me sentía fatal porque Liam no fue aquella noche a trabajar, de manera que

quedaban Mick y Brooklyn para sacar adelante el trabajo de cuatro personas.

De cualquier forma, era cierto que no me encontraba bien. No lo hice durante toda la noche y las

palabras de Terry solo empeoraron mi estado de ánimo, hasta el punto de sentir una opresión en el

corazón apenas soportable. No me sentía con el suficiente ánimo como para seguir ofreciendo

sonrisas y palabras amables. En aquella ocasión, era yo quien necesitaba de un confortable refugio.

El problema radicaba en que los brazos en los que quería buscar ese consuelo, esa paz, eran los

únicos que me estaban vetados. Los mismos que en aquel momento, con toda probabilidad, estarían

envueltos alrededor de otra persona.

Cerré los ojos con fuerza para deshacerme de aquellas imágenes.

Me despedí de todos y, aunque en un principio me negué, Jen insistió en acompañarme. Le rogué

que se quedase y disfrutara de la compañía de aquel chico, pero alegó que tendría otras noches para

estar con él, que si merecía la pena y tenía un interés genuino en ella esperaría al siguiente encuentro.

No era necesario que cancelase sus planes y, para ser franca, prefería estar sola. Pero supuse que

conociéndome como lo hacía ella, era consciente de que algo no andaba bien y no desistiría hasta que

me abriese en canal.

Conduje mientras ambas permanecíamos en silencio, cada una sumida en sus propios

pensamientos lo cual, conociendo a Jen, resultaba extraño pues estaba más que segura de que para

ese momento ya me habría acribillado a preguntas.

*WalkYou Home* de Karmina sonaba en la radio y apreté los labios. Los ojos me quemaban a

causa de las lágrimas no derramadas. La amalgama de sensaciones que batallaban en mi interior me

estaba volviendo loca. Sabía que nuestra relación estaba en un punto complicado. Conocía la

naturaleza de Ethan, todo: desde su terquedad, hasta el irracional miedo a comprometerse con una

mujer, pasando por la continua reticencia a revivir momentos de su niñez. Su sobreprotección, sus

momentos oscuros, sus interminables y exasperantes silencios. La convicción de que todo era blanco

o negro, nunca siendo capaz de imaginar un punto intermedio.

Pero también sabía de su lealtad hacia aquellos a quienes quería, de la ferocidad con la que

defendía sus ideales, del valor que otorgaba a las palabras optando por el silencio si estas no iban a

transmitir algo que mereciese la pena. La sonrisa canalla, el hoyuelo que tanto amaba, la ternura con

la que me trataba, casi como si tuviese miedo de romperme; los dulces besos en la frente, el agarre

posesivo en mi nuca, la forma en que me decía «cariño», su debilidad por el dulce, la timidez con

que enfrentaba ciertas situaciones. Y, por supuesto, la pasión de la que solo conseguí una pequeña

muestra.

Insuficiente.

Todo me parecía insuficiente.

No importaban los reparos hacia su trabajo, el trato que me prodigó unas horas antes o la

posible reacción de mi hermano por lo que pudiese ocurrir entre nosotros. Quería más. Necesitaba

más. Y el mero pensamiento de Ethan intimando con otra mujer me llevó al borde. Dejé escapar las

lágrimas que hasta el momento retenía a base de voluntad, el camino se tornó borroso y me vi

obligada a detener el coche a un lado de la carretera antes de provocar un accidente.

Jen se sobresaltó y de inmediato se inclinó para girarme el rostro mientras yo lloraba

desconsolada.

—¡Mia! —Cuando apoyé la cabeza en el volante y continué llorando, maldijo de la forma más

colorida que alguien se pueda imaginar—. Maldita sea, ¿qué ocurre? Sabía que algo no iba bien, ¡lo

sabía! ¿Se trata de Reed? ¡Por supuesto que sí! —respondió a su propia pregunta sin esperar

contestación por mi parte y clavó la vista en el cristal delantero del coche—.

¡Os habéis acostado!

Es eso, ¿verdad? Pedazo de mierda inmunda...

Continuó con su perorata y no me molesté en corregirla ni una sola vez. Al menos me sirvió de

distracción. En cuanto logré sobreponerme un poco, limpié las lágrimas que aún mojaban mis

mejillas y la saqué de su error.

—No, no nos hemos acostado —aclaré.

—Pero ha hecho algo, ¿verdad?

Moví la cabeza en sentido afirmativo, pero luego me retracté porque tampoco estaba segura de

aquello y dije:

—No.

Jen me examinó con el ceño fruncido, sin duda confusa por la ambigüedad de mi respuesta.

—Bien, Mia, veamos. O ha hecho algo, o no. —Levantó levemente la voz cuando vio que yo

abría la boca para responder—. Te conozco y no te pondrías así por nada. — Me tomó la mano en un

gesto de consuelo y me miró a los ojos—. Y ahora, dime qué ha hecho ese cabrón para saber si debo

estrangularle las bolas con sus propias esposas o no.

Reí.

No pude evitarlo.

La risa se mezcló con un sollozo y, llegados a ese punto, ni siquiera estaba segura de a qué se

debían mis lágrimas, si a la risa o a la pena. Era lo que siempre ocurría con ella. No importaba lo

mal que se viese la situación, ella siempre conseguía iluminarla de alguna forma con su humor y la

particular forma que tenía de ver el mundo.

Así que se lo conté.

En aquella noche de mediados de octubre, paradas a un lado de la carretera y con el refugio que

mi viejo y destartado Volkswagen nos proporcionaba, derramé todo aquello que me angustiaba.

Mi confusión, mi miedo, mis celos, mis recién descubiertos sentimientos y mi supuesto delito, la

razón que me había llevado a tal desasosiego.

Tras contárselo todo, no es que la pena desapareciese, pero sí que sentí mi alma un poco más

ligera. Como si el haberlo compartido hubiese dividido el dolor en pequeñas secciones, ayudándome

a compartimentarlo todo y ponerlo a un lado para, quizás, poder decidir mejor qué vía de acción

tomar más tarde. Cuando lo hubiese analizado todo.

Aunque, ¿cuándo el corazón y la razón se ponen de acuerdo en algo?

Sabía la respuesta.

Nunca.

Rara vez coinciden en lo que les conviene. En lo que quieren. En lo que necesitan.

Pero esa es una de las curiosas maravillas acerca de los seres humanos, ¿verdad?

Siempre me acusaron de actuar guiándome únicamente por el corazón, como si aquello

supusiera un delito, algo inaudito. Como si cuando actúas en base a la razón, en base a lo que tu

mente considera aceptable, no hubiera cabida para el error. ¿Quién sabe lo que es mejor?

Era consciente de lo que mi corazón rogaba, del mismo modo que no podía dejar de sentir lo

que mi razón me gritaba. Pero decidí que habría otro momento, otro día u otra noche en la que tomar

decisiones.

De manera que un poco más liviana, con mi mano sangrando de nuevo y con una Jen que no

sabía si estaba más molesta por la actitud de Ethan o por el lío que estaba montando en el coche a

causa de la herida, volví a la tranquilidad de mi apartamento.

A pensar. A decidir.

O quizás, solo a esperar.

## Capítulo 16

Reed

Había tenido un día de mierda.

Era el mejor resumen y eso, suavizándolo.

El CSG nos tenía al límite, no de las fuerzas, pero sí de la paciencia. Aquello no era mi fuerte,

pero había unas normas, unas reglas, leyes que acatar y seguir, las mismas que había prometido

cumplir, y tenía que continuar a la espera. Acechando, persiguiendo, buscando. Pero a veces

resultaba jodidamente difícil. Sabíamos muchos de sus movimientos. Podríamos atribuirles la autoría

de innumerables crímenes y, sin embargo, no hacíamos más que encontrar trabas.

Todo debido a la puta burocracia.

Nosotros salíamos a la calle, nos poníamos de forma consciente y deliberada en la línea de

fuego, pero nos veíamos con las manos atadas cuando los superiores, los jueces, quienes fueran,

pedían más.

Más datos. Más pruebas. Más.

Más, mientras los crímenes y la captación de chicos, cada vez más jóvenes, se seguían

sucedendo un día tras otro.

Más, mientras teníamos a los federales respirándonos en el cuello, exigiendo resultados y

jodiendo nuestros avances mientras ellos analizaban pruebas y datos sentados en sus despachos.

Que se jodan.

En lo que a mí concernía, bien podían irse a la mierda. Todos ellos.

No puedes venir a mi casa, a mis calles, *a mi ciudad*, a enseñarme cómo gestionar los

problemas. No es una cuestión de soberbia. No tengo todas las respuestas, no sé cómo dar solución a

todos los rompecabezas, pero no te atrevas a mirarme desde arriba, parapetado tras esa sensación de

falsa seguridad que te proporciona el pequeño trono que te has agenciado, y darme lecciones. No,

cuando te basas en cifras y en los informes que yo, entre otras muchas personas, elaboro. Y lo hago

desde un punto de vista empírico, por así decirlo. He visto su cuerpo roto, he escuchado el llanto

desgarrado de unos padres destrozados, mis fosas nasales se han sentido inundadas por el olor

metálico de la sangre. No pretendas saber cómo enfrentar el asesinato de un niño o la violación de

una chica. El tráfico de drogas, la extorsión, las amenazas. La lista era tan extensa y variada, que no

sabría por dónde empezar a destriparla.

Suspiré y me froté los ojos, cansado.

Joder, me encantaba mi trabajo. Era lo que quería hacer, pero estaba tan cansado... que pagué

mi frustración con la persona que menos se lo merecía.

Sentado en el coche, frente a mi edificio y viendo la luz encendida en la ventana del apartamento

de Mia, me pasé la mano por el pelo y resoplé. Cerré los ojos y apoyé la cabeza en el asiento

mientras tamborileaba el volante con mis dedos.

La cagué.

Así de simple.

Sí, seguía cabreado por lo ocurrido con aquel chico, su alumno. O eso dijo ella, porque según

mis últimas noticias, aún buscaba la forma de llevarlo a su terreno cuando el crimen del otro chico

tuvo lugar. Era una pequeña conspiradora, pero sabía que tenía la mejor de las intenciones y, eso,

aunque digno de alabanza, no dejaba de ser un problema en el momento en el que interferías en una

investigación por asesinato. ¿Qué demonios pensaba que quería hacer con el chico? Casi me sentí

insultado cuando pidió que lo dejásemos libre, pero supe ver la verdad y esta era que en aquel

instante la preocupación tomó el control y habló por ella.

Sin embargo, aquella no fue la única razón de mi distanciamiento.

El mantenerme alejado de ella fue una de las cosas más jodidamente difíciles que había hecho

en mi vida. Yo, que jamás me ataba. Yo, el mismo que se largaba justo después de echar un polvo o

que solo les concedía unos minutos de más en mi apartamento antes de pedirles que se marchasen.

Una simple cuestión de cortesía, por supuesto; al igual que llamar a un taxi para que volvieran

seguras a casa.

Pero con Mia no podía hacer ninguna de esas cosas.

Estaba al límite. Estaba furioso más allá de lo que las palabras podían expresar.

Cabreado con ella, por hacerme sentir. Por llegar a mi vida, con esa dulce y burbujeante

personalidad suya, con su compasión y comprensión, con esa sensualidad de la que parecía

completamente inconsciente y que, a mis ojos, la hacía aún más atractiva; por cargarse de un plumazo

todo aquello en lo que se basaba mi existencia. Cabreado conmigo mismo por permitirme sentir, por

dejar que aquella supuesta amistad derivase en este desastre; en una maraña de sentimientos que ni

yo mismo alcanzaba a comprender, porque la necesitaba en mi vida, pero no quería hacerlo. Porque

hacía mucho tiempo que aprendí, por las malas, lo que el amor puede hacer a las personas. Porque

aprendí que cuando un corazón se rompe, arrasa con todo cuánto está a su alrededor, de forma

indiscriminada, además. Porque un corazón roto no es capaz de ver más allá de su propia miseria y,

demasiado pronto, comprendí que algo que se supone que debe hacer feliz a una persona, puede con

la misma facilidad hacer miserables a un número indeterminado de víctimas que ni siquiera eligieron

estar ahí. Que no pidieron estar ahí.

Sí, estaba acojonado.

Era un hombre adulto y no me pesaba en absoluto reconocerlo.

Además, estaba su familia.

Joder.

Yo no tenía una familia al uso. No conocía lo que era un bullicioso día de Acción de Gracias

donde se brindaba, se comía hasta decir basta y donde los miembros de una familia terminaban

desinhibidos y, con toda probabilidad, reprochándose absurdos del pasado que a nadie le

importaban. De niño, habría pagado por un día como esos de los que tanto escuchaba quejarse a

compañeros de clase. Ahora, me importaban una mierda.

Mi familia se limitaba a las personas que con el paso del tiempo y con sus acciones

desinteresadas hacia mí se habían ganado ese puesto. Se habían ganado mi respeto y lealtad para con

ellos. Y el número era bastante limitado. Por suerte o por desgracia, entre esas personas se

encontraban miembros de la propia familia de Mia. Chuck, su padre, y Luke, su hermano y mi

compañero.

Joder, me cortarían las pelotas si llegasen a imaginar en las posiciones en las que me había

imaginado con su *piccola* Mia.

Dejé caer la cabeza contra el volante y resoplé.

Tenía que terminar con aquella mierda. No podía traicionar la confianza que otras personas

habían depositado en mí. Mi corazón no tenía nada que decidir al respecto y en cuanto a mi cuerpo,

tendría que joderse y seguir desahogándose en otros lugares. No podía hacer de ella otra simple

follada. No era justo para ella. Podía sacarla de mi vida con la misma facilidad con la que le había

permitido instalarse en ella. Yo era un animal de costumbres y tenía la intención de continuar con

ellas sin sentirme culpable después. Incluso en eso estaba jodido, hombre.

Salí del coche y me dirigí hacia el portal con el firme propósito de hablar con

ella al día

siguiente. Me disculparía por la forma en la que la había tratado y seguiríamos con aquella jodida

amistad, mientras cada cual hacía su vida. Por separado. Se acabó eso de pasar tanto tiempo en su

casa, o en su trabajo o...

Acababa de abrir la puerta del edificio cuando algo llamó mi atención.

Sangre.

No una cantidad ingente, pero la suficiente como para alarmarme.

Me agaché. Justo en la entrada había una mancha de tamaño considerable, como si la persona

herida hubiese estado ahí detenida. Miré a mi alrededor, pero no vi nada extraño. Me enderecé, entré

y observé que el rastro continuaba hacia las escaleras.

Un escalofrío me recorrió la espina dorsal y la adrenalina hizo que el corazón comenzase a

bombear desbocado.

Con la espalda pegada a la pared y con todos mis sentidos a pleno rendimiento, comencé a

ascender por las escaleras. Vigilante, sin dejar de observar hacia arriba a la espera de cualquier

sonido o movimiento. De cualquier pista que me indicase qué carajo significaba aquella sangre.

Necesitaba mi pistola, maldita sea. Me sentía desnudo sin ella, pero no tenía

lógica ir a echar un

polvo armado, no parecía algo necesario, ¿verdad?

Sacudí la cabeza y me concentré en el tema en cuestión.

Pasé el primer piso y seguí el rastro que continuaba por los escalones. Nada más, ningún ruido,

nada que indicase problemas. Quizás estaba siendo paranoico, puede que solo fuese deformación

profesional, pero nunca se era lo suficientemente precavido. Llegué al rellano del segundo piso y una

furia como pocas veces había sentido me recorrió de pies a cabeza.

Furia y pavor.

El rastro de sangre se perdía bajo la puerta del apartamento de Mia. Incluso en la puerta, junto

al pomo, había una mancha.

Joder, no.

No.

Necesitaba mi *Glock* del 37, pero cualquier segundo de más que tardase en intervenir y

averiguar qué demonios estaba ocurriendo podía resultar fatal, de manera que no me planteé siquiera

el subir a mi apartamento a coger mi arma. Tenía que entrar ahí y tenía que hacerlo cuanto antes

mejor; cuando me preparaba para una cuenta regresiva de tres, escuché gritos. Gritos de mujer: los

de Mia entremezclados con los de alguien más.

Ni siquiera pensé, reaccioné. Dejé que el instinto y la necesidad de mantener a Mia a salvo se

hicieran cargo.

A la mierda todo.

Me eché hacia atrás y, sin dilación, pateé la puerta a la altura de la cerradura, reventándola en el

acto. La madera del marco se astilló y se abrió con tal fuerza, que el estruendo resultante cuando la

madera golpeó la pared era imposible de ignorar. Inmediatamente me interné en el piso en busca de

cualquier amenaza.

Al grito de «policía» los chillidos se hicieron, si es que eso era posible, aún más estridentes.

Tardé unas décimas de segundo en asimilar la escena frente a mí. Y, de nuevo, ni siquiera me

detuve un momento, solo dejé que las palabras se derramasen, porque eso fue lo que hicieron. No

pasaron por ningún filtro, no las procesé y ni mucho menos las pensé.

—¿Qué cojones estáis haciendo?! —bramé, mirando de una a otra. Por fin los gritos cesaron

cuando se dieron cuenta de que era yo quien había irrumpido en el apartamento—. ¿Se puede saber

en qué demonios estáis pensando?! —No esperaba una respuesta y tampoco les permití dármela.

Alcé una mano ordenando silencio y con el índice y el pulgar de la otra, me pellizqué el puente de la

nariz a la vez que cerraba los ojos—. ¿Qué mierda estoy diciendo? —murmuré más para mí mismo

—. Vosotras no pensáis, joder, vosotras solo... ¡Maldita sea! —exhalé.

Doblé ligeramente las rodillas y apoyando mis manos sobre ellas, agaché la cabeza y respiré.

Necesitaba aire y que mi corazón ralentizase el ritmo. Joder, no podía conseguir el suficiente

consuelo para mis pulmones y me sentí estúpido cuando incluso tuve ganas de llorar a causa del

alivio.

¿Qué mierda pasaba conmigo?

Un tenso silencio se instaló en la habitación y, aún en la misma posición, alcé ligeramente la

vista.

Ya no estaban abrazadas y gritando como dos puñeteras *banshees*. Ahora Jenna se había

colocado al frente, con las manos en las caderas y erigiéndose como la fiel protectora amiga que era

mientras Mia, con una expresión que oscilaba entre la conmoción y la sorpresa, presionaba una mano

sobre su corazón y con la otra se tapaba la boca mirándome con ojos desorbitados.

Volví a agachar la cabeza y la sacudí.

Poco a poco la adrenalina iba abandonando mi sistema y, por más que me cueste reconocerlo,

no quise cambiar de postura por no ver el temblor que sabía que se haría cargo de mis manos.

Cuando la escuché gritar... ¡joder! En toda mi vida me había sentido más aterrorizado que en

aquel momento.

Era Mia... era mía.

Quería mi vida de vuelta. Quería mi tranquilidad, ir al trabajo, encontrar a alguien con quien

pasar un buen rato y nada más. No necesitaba aquella inseguridad, las risas, las confesiones, las

bromas, la complicidad en la que habíamos caído. La natural compenetración con la que nos

comunicábamos. Quería...

—Creo que he mojado las bragas.

Las palabras de Jenna me hicieron levantar la cabeza y mirarla. Más tranquilo, me enderecé; sin

embargo, no me moví del sitio, no traté de acercarme a ellas. A Mia.

Ella apartó la mirada de mí y la enfocó en su amiga. La miró de arriba a abajo sin comprender

bien sus palabras, si es que la confusión en su rostro podía tomarse como una indicación de lo que

pensaba.

Jenna, consciente de que ambos la observábamos a la espera de una explicación, no tardó en

dárnosla.

—¿Acaso no has visto lo mismo que yo? —preguntó a Mia con incredulidad y después me

señaló, todavía con la vista clavada en su amiga—. Un metro noventa de policía cabreado y en plan

protector acaba de tirar abajo la puerta de tu casa. Literalmente, debo añadir. —Después me miró y

sonrió mientras se mordía el labio—. ¿Qué mujer en su sano juicio no se pondría cachonda con

semejante despliegue de masculinidad?

Mia resopló a medio camino de la risa y algo de la tensión pareció desaparecer. Al menos de

ellas, porque cómo me encontraba yo, era otra cuestión totalmente diferente.

Me pasé la mano por el pelo y aparté la mirada.

En cualquier otro momento, aquel comentario incluso me habría parecido gracioso. En el tiempo

que había conocido a Jenna me di cuenta de que ella era así: no había máscaras ni segundas

intenciones. No filtraba lo que pensaba. Si le caías bien lo sabías y lo mismo ocurría en caso

contrario. Me gustaba porque era directa e iba al grano, y en todo momento eras consciente de lo que

podías o no esperar de ella. Trataba de parecer ruda y fuerte todo el tiempo,

siempre irónica y con

alguna respuesta sabelotodo, pero si te fijabas bien, eran sus ojos los que delataban un cierto anhelo

y vulnerabilidad que no dejaba translucir ante cualquiera.

Sin embargo, aquello no era de mi incumbencia.

Respiré hondo y traté de enfocarme en el asunto que me había llevado hasta allí. Miré el suelo y

vi pequeñas manchas de sangre. Fue un momento después que me fijé en Mia, que permanecía en el

mismo lugar, y descubrí que tenía un trapo manchado de sangre envuelto alrededor de una de sus

manos.

Casi de forma inconsciente, di un paso adelante preocupado.

—¿Qué te ha ocurrido?

—¿Qué haces aquí, Ethan? —Sonrió cuando ambos hablamos al mismo tiempo. Sin embargo,

era una pequeña y triste sonrisa, y a mí me mataba saber que era el responsable de ello. Cuando no

contesté, hizo un gesto con la otra mano restando importancia al asunto—. Oh, nada de lo que

preocuparse. Me hice un pequeño corte cuando se me rompió un vaso esta noche mientras trabajaba.

Enarqué las cejas ante la vaga explicación.

—A mí me parece mucho más que un pequeño corte, Mia. —Saboreé su

nombre en mi lengua.

Una pequeña concesión, me dije—. Hay sangre en el portal y el rastro continúa por las escaleras y

hasta tu puerta. Por eso entré aquí como lo hice —expliqué, ahora más calmado—, vi la sangre, os

escuché gritar y reaccioné.

—Hemofilia —ofreció por explicación.

—¿Qué?

—Soy hemofílica —aclaró con voz calmada y removiéndose incómoda bajo mi firme mirada—.

Mi sangre no... mi sangre no coagula como la de la mayoría de las personas, de manera que

cualquier corte, por pequeño que sea, puede parecer más grave de lo que realmente es.

—No tenía ni idea —murmuré mirando de sus ojos a la mano herida que acunaba junto a su

pecho.

—Bueno, genio, eso no es algo que pongas en tu tarjeta de presentación —se entrometió Jenna, y

había un filo en su voz que no supe muy bien cómo identificar—. Apenas la conoces, de manera que

no había razón para que lo supieras.

—¡Jen! —siseó, enfrentando a su amiga con el ceño fruncido. Después dirigió la mirada

primero hacia mí con una disculpa reflejada en sus ojos y después por encima de mi hombro—. Has

destrozado mi puerta.

—Estaba preocupado. Primero la sangre y después los gritos... no sabía lo que pensar.

—Oh, eso es muy dulce.

Fruncí el ceño.

—Deja de decir que soy dulce, Mia. No lo soy.

A ese paso acabaría con mi virilidad de un plumazo.

—Estábamos de celebración —explicó. Cuando me limité a enarcar las cejas, prosiguió—. El

nuevo trabajo de Jen.

Perfecto. Había irrumpido en su apartamento, destrozado una puerta y todo por un pequeño corte

y el nuevo trabajo de su amiga.

Joder, aquello no paraba de mejorar.

El inconfundible sonido de unas bisagras chirriando anunció la presencia de un nuevo visitante

y, cuando me giré, no daba crédito a lo que tenía delante.

—¿Estáis bien? —preguntó la señora Walcott asiendo con fuerza un bate de beisbol. Nos vio a

los tres parados en mitad de la estancia y después reparó en la sangre—. ¿Qué es toda esta sangre?

¿Qué ha ocurrido?

—No te preocupes, Alice. —Me apresuré a tranquilizarla—. Mia ha tenido un pequeño

percance, pero ya está todo bien.

Ella miró entre nosotros, antes de clavar sus ojos grises en Mia.

—¿Estás bien, chica? —Cuando esta asintió, antes de que pudiese decir una palabra, la señora

Walcott continuó hablando—. Pues espero que te encargues de limpiar todo este desastre, niña.

Observé a Mia, que estaba boquiabierta y, un segundo después, Jenna pasó por mi lado y, con

cariño, rodeó con su brazo los delgados hombros de nuestra vecina.

—No se preocupe, Alice. —Se hizo cargo mientras la dirigía hacia su apartamento—. Por la

mañana no quedará ni rastro. Váyase a dormir tranquila, nosotros nos encargaremos de todo.

—Muy bien, cariño. —Le palmeó la mejilla con afecto antes de entrar en su piso—. Eres una

buena chica, Jen, lo dejo en tus manos.

Cuando esta volvió al salón, aplaudiendo orgullosa, Mia la miró con incredulidad.

—¿Se puede saber por qué me odia tanto esa mujer? —preguntó con voz chirriante—. Y, ¿desde

cuándo te llevas tan bien con la señora Walcott? ¡Ni siquiera vives aquí!

—Será mi encanto natural, cariño —se mofó ella. Después miró hacia la destrozada puerta antes

de devolver su atención hacia nosotros—. Esta noche me quedaré a dormir contigo. De ninguna

manera te dejaré sola con la puerta en ese estado. —Lo último lo dijo dirigiéndome una mirada

afilada, como si debiera sentirme culpable por aquello. De ninguna jodida manera me disculparía por

intentar protegerlas.

Pasé por su lado con mi atención centrada en Mia y, sin mirar a ninguna a los ojos, hablé antes

de siquiera haber procesado las palabras.

—Es mi culpa, de manera que yo me quedaré a dormir aquí.

—¿Qué? —susurró Mia. Cuando no respondí, continuó—. Ethan, no es necesario que...

—He dicho que me quedaré y no admito discusión.

—Pero...

La ignoré y me coloqué a su lado, dando por terminada la conversación.

—Déjame ver —pedí y, con delicadeza, sujeté su mano para quitar aquel trapo que a duras

penas consiguió contener algo de la pequeña hemorragia—. ¿Deberíamos ir al hospital? ¿Necesitas

que te vea un médico?

No tenía ni idea de lo que suponía aquella enfermedad, si es que era

considerada como tal o

como dolencia. Lo que fuese. De cualquier modo, me informaría más acerca de ella. La guie hacia el

fregadero de la cocina y ella se dejó llevar sin oponer resistencia, lo cual supuso un pequeño alivio,

pues imaginé que no estaría demasiado furiosa conmigo por el trato que le di más temprano aquel

mismo día si aún no me había echado a patadas.

—No es necesario, es un corte pequeño, así que no necesita puntos —explicó con la vista

clavada en nuestras manos, mientras yo me deshacía del rústico vendaje—. Además, parece que ya

ha dejado de sangrar.

—¿Estás segura? —inquirí, aún preocupado—. Había bastante sangre.

Efectivamente, un momento después comprobé que la herida no era tan profunda como en un

principio supuse.

Exhalé aliviado.

Joder, estaba totalmente fuera de mi zona de confort y no tenía ni la más remota idea de lo que

estaba haciendo. De lo único que estaba seguro era de la reconfortante sensación que me producía el

simple contacto con su piel.

—Tienes razón —concordé—, no parece que necesite puntos. Sin embargo,

deberíamos

vendarla bien para evitar que vuelva a sangrar. ¿Tienes un botiquín?

—Sí, en el mueble del baño, voy a...

—Yo iré —espeté. Necesitaba un momento. Un poco de distancia.

Sin ni siquiera mirarla, me dirigí hacia el baño y, de fondo, escuché el sonido de un teléfono.

Para el momento en el que regresé, Jenna estaba en la pequeña cocina junto a Mia, hablando con ella

en voz baja y con el bolso colgado al hombro. Le dio un beso en la mejilla a modo de despedida y,

antes de darme cuenta, me había cortado el paso. Se colocó ante mí con los brazos cruzados bajo el

pecho mientras escuchaba el agua correr en la cocina.

No parecía importarle la obvia diferencia física que había entre nosotros, mi superioridad en

ese aspecto, aunque por supuesto, jamás se me ocurriría sacar ventaja de ello. Ella se colocó frente a

mí, con fuego en sus ojos y una clara advertencia implícita en sus palabras.

—No sé lo que crees que estás haciendo —habló en voz baja para evitar que Mia nos escuchase

—, pero será mejor que no le hagas daño. Es mi mejor amiga, mi hermana y la mejor persona que he

conocido, y no se merece que la usen y la descarten como si no valiera una mierda. Ya te lo advertí.

—Y yo te dije que lo que ocurra entre ella y yo no es de tu incumbencia. —  
Cuando abrió la

boca para replicar, me adelanté—. Deja que seamos nosotros quienes  
decidamos qué podemos o no

podemos hacer.

Me miró a los ojos, imagino que tratando de discernir lo sinceras que eran  
mis palabras.

—Es su vida —susurró con voz suave y mirando a Mia por encima del  
hombro—. Es vuestra

historia para escribir, pero conozco a los de tu calaña y cuando la cagues,  
porque lo harás, te cortaré

las pelotas.

—¿Me estás amenazando? —inquirí divertido.

Sonrió, pero no había nada amigable en el gesto. Me palmeó la mejilla antes  
de dar por

terminado el intercambio.

—Solo te estoy diciendo cómo sucederán las cosas, amigo. La conozco a ella  
y sé qué tipo de

hombre eres tú, es cuestión de tiempo, nada más.

Tras esto, enderezó la espalda y salió del apartamento con andares orgullosos.

Joder.

No necesitaba que me dijeren lo que yo ya sabía que con toda probabilidad  
ocurriría.

Quisiera reconocerlo o no, Mia se había convertido en una parte importante

de mi vida, sin

embargo, yo no era el hombre que ella necesitaba. No estaba hecho para amar como ella se merecía;

no era el tipo que vivía en un residencial, no quería una valla blanca, ni un perro, ni niños jugando en

el jardín. Aquel no era yo.

Pese a que la misma energía que siempre parecía fluctuar entre nosotros estaba presente también

en aquel momento, se hizo un silencio agradable mientras, con toda la ternura que pude, comencé a

trabajar en su mano limpiando y vendando de nuevo la herida.

Pero cuando ella habló y percibí el temblor en su voz, sentí flaquear mi determinación.

—Te echo de menos.

Maldita sea, no me lo estaba poniendo fácil.

Capítulo 17

*¡Lo dije!*

Realmente lo dije. Ahí estaba, acababa de admitirlo en voz alta.

Tenerlo tan cerca de mí, con nuestros hombros rozándose y con sus fuertes y grandes manos

trabajando en mi vendaje con infinita ternura, fue lo que provocó que las palabras salieran de mis

labios sin pensar. Lo único que deseaba era apoyar mi cabeza en su hombro, hundir la nariz en su piel

y embriagarme de aquel maravilloso aroma que emanaba de él y que era solo Ethan. Quería que me

rodease con sus brazos, sentirme reconfortada por su calor y su fuerza, y dejarme envolver por él

como si de una manta de seguridad se tratase, donde sabía que nada más que él sería capaz de llegar

a mí. Resultaba aterrador reconocer cuánto lo había necesitado, cuánto anhelaba su toque, su mera

presencia, pero estaba cansada de luchar contra lo que sentía por él, de dejar que el miedo tomase el

control y de no permitirme vivir el momento.

Llevábamos con aquel baile desde el mismo momento en el que nos conocimos y obviar aquella

conexión, por unas u otras razones, no nos estaba llevando a ningún lado. Cada vez que dábamos un

paso hacia delante, de alguna forma acabábamos retrocediendo hasta la casilla de salida. Y no podía

más. No negaré mi parte de culpa, pues yo misma traté de mantenerlo únicamente como amigo,

siempre a un brazo de distancia; la mayor parte del tiempo aterrada por quién era él, por su trabajo,

por mi hermano, por nuestras diferencias, por todo. Pero ya no más. No podía seguir negando lo que

había entre nosotros, lo que mi corazón me gritaba siempre que su nombre pasaba por mi mente, lo

que mi piel ansiaba y mi alma me rogaba. Por fin, durante aquellas horas de

silencio y vacío, me

reconocí lo que sentía, lo que necesitaba. Quería nuestra complicidad,  
nuestros cafés y ver el brillo

infantil en sus ojos siempre que le cocinaba algún dulce; la ladeada y canalla  
sonrisa que me

regalaba solo a mí, su aroma, su toque, su profunda voz e incluso su  
terquedad y sobreprotección. Las

partes buenas y las no tan buenas.

Lo quería todo.

Lo quería a él.

Tras escuchar mis palabras, Ethan se quedó petrificado a mi lado, tanto, que  
comencé a

preocuparme por lo que mi confesión podía provocar. Por la aún mayor  
brecha que se podría abrir

entre nosotros. Sin embargo, no me retractaría porque ya era el momento de  
enfrentar las cosas, se

acabaron las espantadas y el obviar lo evidente. Pasaron unos segundos en  
silencio hasta que reanudó

la tarea de vendar mi mano, pero aún no me miraba y me removí inquieta.

—No soy un buen hombre, Mia.

Lo miré y tenía la mandíbula apretada. Una expresión que casi podía  
identificar con dolor se

reflejaba en su apuesto rostro y yo necesitaba acariciarlo con mis dedos y  
borrar aquel ceño

fruncido.

—Eso no es cierto —musité, girándome ligeramente hacia él para poder verlo mejor—, eres

uno de los mejores hombres que he conocido en mi vida.

Terminó con el vendaje, se enderezó y cruzó los brazos mientras se apoyaba contra la encimera

de la cocina. Quise gritar por la pérdida de su contacto, por aquella absurda distancia que estaba

poniendo entre nosotros, otra vez. Y todavía no me miraba.

Terco, terco hombre.

Quizás también me asaltaron las ganas de golpearlo. Un poco.

»Ethan, mírame. —Cuando mi ruego no surtió efecto, traté de imprimir algo más de fuerza a mi

voz. Tal y como lo hacía cuando hablaba con mis chicos y quería su atención —. *¡Mírame, maldición!*

—Tenía que corregir aquello de maldecir cuando me sentía molesta con él. Cerré los ojos un

momento y respiré hondo antes de volver a hablar. Pareció que mi pequeño estallido le resultó

divertido, pues me observaba con ese brillo que tanto echaba de menos reflejado en sus ojos—. No

importa lo que digas, te conozco. Y puedes tratar de pelear cuanto quieras, pero eres un buen hombre.

*Te conozco, Ethan, lo sé...*

—Tú no me conoces en absoluto, cariño —rebatí con tono sardónico, alimentando así mis

ganas de golpearlo.

—¡Pues déjame hacerlo! —pedí exasperada y al borde de las lágrimas a causa de la impotencia

—. ¡No me das nada! No me cuentas nada, no sé cómo fue tu infancia, ni tu adolescencia, ni siquiera

sé cómo llegaste a cruzarte con mi padre y Lucas. No sé lo que piensas o quieres en este preciso

momento. ¡Dame algo, por pequeño que sea!

—Que no lo haya hecho ya, debería ser señal suficiente para que dejases de insistir —espetó

con voz dura mirándome a los ojos. De verdad que me lo estaba poniendo difícil y no sabía cuánto

más podría soportar. Él no era uno de mis chicos y no podía tratarlo con la misma deferencia, porque

aquello sería el equivalente a arrojarme por propia voluntad a los pies de los caballos para que me

pisotearan a su antojo.

—Puedes esconderte cuanto quieras...

—No lo estoy haciendo, joder —me interrumpió, pero lo ignoré como si ni siquiera lo hubiese

escuchado.

—...Pero *te conozco* y no importa cuánto quieras negarlo; sé cómo eres y quién se esconde

detrás de toda esa fachada de... de macho alfa que te has construido y que al parecer te funciona tan

bien. —Di un paso más cerca y, aunque nuestros cuerpos no se tocaban, me conformaba con sentir el

calor que emanaba de él—. Sé que no engañas a nadie más que a ti mismo, que no das falsas

esperanzas a las mujeres con las que... —Tragué con fuerza, pues no quería decir las palabras—.

Con las que te acuestas, que saben a qué atenerse contigo. Pero también sé que eres fuerte y protector,

un hombre leal, agradecido, fiel a sus creencias y tan terco como algunos de los hombres más

importantes en mi vida. Solo... solo necesito que me des algo más. Necesito saber que no soy la

única que siente lo que hay entre nosotros, que no soy la única que se ha negado lo que quiere.

Necesito que me digas algo, Ethan.

El *por favor* que no dije estaba implícito en mi declaración y ambos lo sabíamos.

Tras decir aquello, sentí que mi voz se rompía de la misma forma en que lo hacía mi alma cada

vez que él se alejaba de mí. Me mantuve expectante, en silencio, dándole espacio y tiempo para

asimilar mis palabras, mi desesperado ruego. El corazón estaba a punto de salirseme del pecho a

causa de los nervios, mientras él continuaba con la vista clavada en el suelo,

dejándome ver su perfil

y cómo palpitaba el músculo de su mandíbula.

En el instante en el que, de forma casi imperceptible, comenzó a sacudir la cabeza ya supe lo

que se acercaba sin necesidad de que le diese voz a sus pensamientos.

—No eres como las demás, Mia, y es por eso por lo que no puedo darte lo que quieres —

respondió clavando sus preciosos ojos azules en mí. No fue capaz de camuflar el anhelo que tantas

veces percibía cuando me miraba y que, en aquel preciso momento, casi consiguió ponerme de

rodillas—. *Lo que mereces.*

—¡Eso no tiene ningún sentido! —exclamé, alzando las manos confundida y exasperada—. Sé

que soy diferente para ti. Sé que nosot...

—Precisamente —atajó. Se enderezó y descruzó los brazos sin romper el contacto visual—.

Tienes razón, eres diferente. Eres diferente a cualquier persona que haya conocido y es por eso por

lo que sé que no soy lo que necesitas. Pretender lo contrario, sería un suicidio emocional. —Agaché

la mirada y crucé los brazos. Me sentía vacía, triste, tan... tan triste... Se acercó a mí hasta que

nuestros cuerpos casi se rozaban y sus pies entraron en mi línea de visión. Lo escuché respirar hondo

justo antes de sentir cómo acunaba mi nuca y enredaba los dedos en mi  
cabello con aquel tierno y

posesivo gesto que había llegado a amar. A necesitar—. Nena, déjalo estar,  
por favor —musitó con

los labios tan cerca, que percibí cómo su aliento me acariciaba—. Ahora vete  
a dormir, yo me

encargaré de la puerta, no te preocupes. —Depositó un suave beso en mi  
frente demorándose más

tiempo de lo habitual. Aquel gesto me supo a gloria y a agonía. A bienvenida  
y a despedida.

Hambrienta de él como estaba, no pude evitar inclinarme buscando su  
contacto y apoyar las manos en

su fuerte y amplio pecho. En todo momento mantuve la cabeza gacha, de  
manera que no pudo ver la

solitaria lágrima que recorría mi mejilla—. Buenas noches, cariño.

De repente, se apartó de mí, dejándome huérfana y necesitada de contacto.  
Me tambaleé ante lo

inesperado del movimiento y escuché cómo se dirigía hacia la puerta y  
comenzaba a trastear con ella.

Tomé una respiración temblorosa, alisé mi ropa en un gesto nervioso y, me  
disponía a seguir sus

indicaciones e irme a la cama, cuando una idea me golpeó y me detuve en  
seco en el pasillo, justo

ante la puerta de mi dormitorio.

No era la primera vez que lo hacía y, probablemente no sería la última: en  
muchas ocasiones

había comparado a Ethan con algunos de mis chicos, algo inevitable teniendo en cuenta las cada vez

más evidentes similitudes entre ellos. Tuve una especie de epifanía en el último segundo y comprendí

que, al igual que ocurría con ellos, él no asimilaba bien que le insistieran en algo cuando ya había

tomado una decisión. Se cerraba a cal y canto y era incapaz de ver más allá; no solo eso, sino que se

sentía presionado y acorralado y, aunque en mi caso no atacó, sí que huyó despavorido sin ni siquiera

haber presentado un poco de batalla. Sin luchar por lo que yo sabía que podía derivar en un amor

intenso. Épico.

Siempre alentaba a mis muchachos a que, si las palabras no ayudaban, trataran de expresar

aquello que sentían de otra forma, ya fuese el deporte, el arte, la música...

Música.

Miré el pequeño estéreo en mi sala de estar y, antes de que la idea hubiese terminado de

cristalizarse en mi mente, me dirigí hacia allí. Aquello era un último intento desesperado de llegar a

él, de decirle lo que anhelaba, de expresar cuánto lo necesitaba, de suplicarle que me diese más, que

no se rindiera con nosotros. Un último ruego.

La última vez que le pediría más.

Busqué y, cuando encontré la canción que quería, subí el volumen lo suficiente como para no

molestar a nadie, pero sí para que Ethan fuese capaz de escuchar la letra.

De sentirla.

Él estaba terminando de encajar la puerta en los goznes y tratando de cerrarla, aunque a duras

penas. Vi su espalda tensarse y cómo, durante un par de segundos, se detuvo en lo que estaba

haciendo cuando las palabras le llegaron.

*PrivateParts* de Halestorm, con las voces de Lzzy Hale y James Michael, resonaba en la

estancia envolviéndonos y poniendo una fuerte, aunque melancólica, melodía a las preguntas, ruegos

y miedos que nosotros mismos no habíamos sido capaces de verbalizar.

Pese a que ya la conocía, fue en aquel preciso momento cuando logré meterme en la piel de

quienquiera que la hubiese escrito, porque era un fiel reflejo de nuestra situación. Me sentí un poco

menos sola al comprender que no era la única, que, en algún lugar, quizás en otro momento, alguien

más se sintió de la misma forma que yo en aquellos días, y es que solo una persona que lo hubiese

vivido en propia piel sería capaz de plasmar aquellos sentimientos en un papel. De crear aquella

hermosa y desgarradora canción.

Cuando comenzó el estribillo observé cómo, aún de espaldas a mí, Ethan apoyó las manos

contra la puerta a cada lado de sus hombros y con un golpe seco, dejó caer la frente contra esta. Me

sentía incapaz de apartar la mirada de él y me dolía en el alma ser testigo de la pelea que, con toda

probabilidad, se estaba librando en su interior. Yo, por mi parte, dejé que las lágrimas fluyeran

libremente y recorriesen mis mejillas sin moverme del sitio. Ambos teníamos nuestros miedos,

nuestros propios demonios a los que enfrentarnos y sabía... *sabía* que, una vez aceptados y

superados, seríamos increíblemente fuertes juntos. Pero mientras tanto, durante el tiempo en el que

nos dejásemos vencer y guiar por estos, también tendríamos el poder de destrozarnos mutuamente.

Aquello no era una sorpresa, sino algo de lo que fui plenamente consciente desde que lo conocí,

desde que comencé a aceptar la atracción que sentía hacia él, desde que me permití ceder a las ansias

por saber más, por obtener más de él.

Él tenía la capacidad de romperme en mil pedazos. Y sí, estaba aterrorizada. De todo. De no ser

suficiente para él, de lo kamikaze que me había vuelto en lo referente a nosotros, de no poder superar

la inquietud y el miedo que su trabajo me provocaban, de lo diferentes que

éramos, de no conseguir

que se abriese a mí... de que no lo hiciese por completo, porque ya no quería aquellos pequeños

atisbos, aquellas migajas que me fue dando aquí y allá y, pese a ser consciente de que yo había visto

más de su yo real que cualquier otra persona, seguía sin ser suficiente.

Lo quería todo.

Porque eso es el amor, ¿verdad? Es entregarse sin medida, es permitir a la otra persona ver, no

solo las luces, sino también las sombras; saber que te ama, no a pesar de ellas, sino con ellas. Porque

son parte de ti, de quién y cómo eres. Y porque, siempre y cuando estéis juntos, podéis coger todos

aquellos colores, luces y sombras y crear la más hermosa de las composiciones.

Así es como siempre he visto el amor.

No se trata de la imperiosa necesidad que algunos sienten de cambiar a la otra persona, porque

eso supondría poco menos que aniquilar su alma, su esencia, todo aquello que se supone que te hizo

amarla en primer lugar. No, no se trata de eso, porque no creo que en el amor haya cabida para las

imposiciones. Tampoco considero que se deban suplir las carencias del otro, sino que se

complementen, que formen dos partes de un todo que, separadas parecen un

caos pero que una vez las

juntas, tienen perfecto sentido.

Puede parecer lo mismo, pero te aseguro que son dos conceptos muy diferentes.

No sé cuánto tiempo transcurrió. Aunque a mí me pareció una eternidad, solo pudieron ser

segundos, pues aún sonaba la misma canción. Justo cuando Ethan se giró para encararme se

escuchaba cómo ella, desesperada, le decía a él que le esperaría, porque al final merecería la pena.

Y, sí, por supuesto que yo también lo haría.

No era capaz de descifrar el mensaje que sus ojos transmitían en aquel momento, quizás por

miedo, por el profundo temor que sentía a enfrentar lo que fuese que quería decirme. Solo sabía que

aquella sería la última vez porque, aunque el poner aquella canción era un ruego, una petición...

también se trataba de una declaración. Porque del mismo modo que estaba intentando llegar a él,

explicarle cómo me sentía y lo que me estaba haciendo y pese a la incertidumbre que atenazaba mi

corazón, tenía claro que no me movería del sitio. No daría ni un paso para romper la distancia que en

ese momento nos separaba. Le estaba pidiendo más, le rogaba que se entregase a mí, a nosotros, pero

también le dejaba claro que era él quien debía moverse. Era él quien tenía que ir a por mí, no al

contrario.

Yo también necesitaba saber que aquello era lo que él realmente quería. También necesitaba una

declaración de su parte y saber que no estaba sola, sino que pelearíamos y renaceríamos juntos.

No sé si fueron todas las palabras no dichas que colgaban en el aire entre nosotros, no estoy

segura de si fueron mis lágrimas o la letra de la canción, pero fue como si de repente algo hubiese

hecho clic dentro de él. Sus ojos azules, aquellos que tantos de mis sueños habían acaparado, entre

un latido y el siguiente se llenaron de fuego y determinación y, lo último que supe, fue que Ethan

atravesaba la estancia en unas pocas y largas zancadas prácticamente precipitándose contra mí.

De repente, sus grandes y poderosas manos estaban a cada lado de mi cuello, con el pulgar

rozando la mandíbula y el resto de los dedos enredados en mi cabello, tal como le gustaba. Tal como

yo necesitaba. Solo tuve tiempo de aferrarme a sus muñecas, no estoy segura de si era para no perder

el equilibrio o para evitar que se separase de mí. Quizás ambos. Cuando estrelló sus labios contra

los míos, fue tal el alivio... me sentí tan absolutamente desbordada de

emociones, que ni quise ni

pude evitar que un sollozo escapase desde lo más profundo de mi alma.  
Aquel no era un beso dulce,

de ninguna manera. Es más, incluso me atreveré a confesar que, de haberlo  
sido, me habría sentido

decepcionada. Sin embargo, sí que hablaba de pasión y de necesidad, de amor  
y de anhelo, de

rendición y de rabia y, en definitiva, de una amalgama de diferentes  
sentimientos que habían estado

durante un muy largo tiempo reprimidos.

Me entregué a él, a nosotros, porque nada más, *nada*... nada excepto sus  
manos tocándome, su

calor rodeándome y su cuerpo engullendo el mío, importaba. Una vez que  
nuestras lenguas se

recontraron en un desesperado y desordenado baile, todo lo demás dejó de  
existir; el miedo, la

precaución, las dudas, la angustia vivida en los últimos días... dejé que todas  
escapasen por la

ventana mientras me aferraba a la seguridad que solo él era capaz de  
proporcionarme. Me parecía tan

increíble que por fin estuviese ocurriendo que mis manos vagaban sin rumbo  
fijo, no sabía bien

dónde dejarlas, por dónde comenzar a acariciar, a explorar, porque lo quería  
todo. De manera que

pasearon por sus fuertes brazos, acaricié su amplio y definido pecho, me  
deleité un poco de más en

su rasposa mandíbula y, finalmente, agarré puñados de su cabello aferrándome a él, desesperada. Si

fui brusca y le hice daño no dio muestras de ello; si acaso, pareció encenderse más. En un fluido e

inesperado movimiento que me hizo jadear, colocó sus manos a cada lado de mi trasero y, sin

esfuerzo aparente, me levantó. De manera instintiva, mis piernas se enroscaron alrededor de sus

caderas justo antes de que quedase aprisionada entre la pared y su fuerte cuerpo. El beso se

profundizó, se volvió más frenético, si es que aquello era posible. Me faltaba el aire, pero había

deseado tanto aquello que no pensé en separarme de él para aspirar una bocanada; aún me sentía

caminando sobre una fina línea que en cualquier momento podría desaparecer y me aterrorizaba que

cualquier movimiento de mi parte, por pequeño e insignificante que este pudiese parecer, dejase lo

que estábamos viviendo como otra fantasía frustrada más. No, de ninguna forma sobreviviría a

aquello.

Así que me dejé llevar.

Cerró un puño en mi cabello tomando el control del beso mientras la otra comenzó a vagar por

debajo de mi blusa, acariciándome el abdomen, las costillas y terminando por dar un pequeño,

aunque firme, apretón a uno de mis pechos.

Yo gemí y él gruñó.

De repente, había demasiados obstáculos entre nosotros, demasiada ropa y la quería toda fuera

del camino. Quería sentir a Ethan, nada más.

Solo a él.

¡Jesús! Para ese momento ya me sentía demasiado excitada y eso que ni siquiera habíamos

entrado en materia aún. Y así, de repente, me estrellé contra la realidad porque aquel pensamiento,

algo que podía parecer nimio e inocente, me golpeó con la fuerza de un camión. Vacilé. Yo no... yo

no era como las mujeres con las que él estaba acostumbrado a... *relacionarse*. No tenía demasiada

experiencia. No es que la cantidad de sexo practicado fuese escasa —había estado dos años con

Peter, ¡por el amor de Dios!—, pero tampoco era algo desorbitado. Además de Peter, solo me había

acostado con otras dos personas, que calificaría más como chicos y menos como el hombre que en

ese momento me sostenía. Lo que quiero decir es que, más que una cuestión de cantidad, mi miedo

provenía de la calidad de lo que yo había experimentado hasta entonces. No sabía si podría estar a la

altura de las expectativas que él pudiese tener con respecto a mí, a nosotros.

Sé que puede parecer

absurdo, pero yo no podía olvidar mis primeros días —o noches— viviendo allí. La forma en la que

nos conocimos.

Él debió percibir mi tensión porque, tras un pequeño mordisco a mi labio inferior, se separó

hasta dejar unos centímetros de distancia entre nuestros labios. Rozó su nariz contra la mía y yo cerré

los ojos deleitándome en el placer que aquella pequeña caricia me provocaba.

—¿Estás segura?

Sí.

No.

A decir verdad, no estaba segura acerca de cómo podría resultar, pero por supuesto que sabía

que aquello era lo que quería. Más de lo que había deseado nada en mi vida.

Abrí los ojos para encontrarme con su penetrante mirada, con aquellos ojos en los que el azul

cobalto dejaba paso a uno más grisáceo cerca de las pupilas y en los que podría perderme durante

horas porque, no importaba lo que Ethan dijese o lo que callase, daba igual lo cerrada pudiera

volverse su expresión, eran sus ojos, aquellos que desde el primer momento me habían cautivado, los

que normalmente me decían todo cuánto necesitaba saber.

No hablé. No pronuncié sonido alguno porque no era necesario. Enmarqué su rostro entre mis

manos y con los pulgares acaricié su áspera mejilla. Recorrí con la mirada cada centímetro de él. Las

cejas, las oscuras y espesas pestañas, la nariz... Acaricié sus entreabiertos labios y me di un baño

con su cálido aliento antes de volver a encontrarme con su mirada. Esto era. Ese era el momento...

nuestro, de nadie más. Era aquello por lo que llevaba semanas esperando o, quizás, ya lo esperaba

incluso desde antes de conocerlo. ¿Quién sabe? Puede que todo lo vivido con anterioridad fuese solo

parte del aprendizaje para llegar hasta aquí. Para llegar hasta él.

No lo dudé ni por un instante.

—Estoy aquí —musité.

No estoy segura de si captó el trasfondo de mis palabras. Mi declaración iba mucho más allá

del plano físico. Estaba con él. Por y para él. En cualquier sentido y en todos los que las palabras

podiesen abarcar. Más allá de lo que mi voz pudiese expresar. Lejos de miedos, reproches y dudas.

Puede que viese la decisión en mi rostro o que fuesen mis palabras las que le dieran la

seguridad que necesitaba para avanzar; de cualquier modo, lo siguiente que supe fue que sus labios

se estrellaban contra los míos de nuevo. Seguía siendo un beso lleno de necesidad, de anhelo... pero

en esta ocasión había más porque cada vez que nuestras lenguas danzaban, con cada roce de sus

dientes en mis labios, también pude saborear honestidad, pasión, fuerza y ternura. Una mezcla de

sensaciones y sentimientos, que por lo general se solapaban unos a otros, se unieron en ese instante

en una de las más hermosas danzas que dos personas pueden crear.

No sé cómo llegamos al dormitorio. No recuerdo el momento en el que mi espalda tocó el

colchón. Solo era consciente de Ethan. De su olor, de su sabor, de sus fuertes brazos rodeándome, de

sus manos que, teniendo muy clara su misión, me despojaron de la ropa con una pasmosa facilidad.

Cubrió mi cuerpo con el suyo soportando la mayor parte de su peso en los antebrazos, que

descansaban a cada lado de mi cabeza. Me sentí extraña, repentinamente tímida al notar la tela de sus

vaqueros y de su camiseta rozando mi piel desnuda. No quería sentir su ropa, lo quería a él. Moví las

manos con intención de comenzar a desnudarlo, pero el agarre de su mano en mi muñeca me detuvo.

Cuando lo miré, se limitó a sacudir la cabeza y, sin apartar en ningún momento sus ojos de los míos,

se las arregló para sujetar mis muñecas con una sola de sus manos por encima

de mi cabeza. Cerré

los ojos al tiempo que se me aceleraba la respiración; mi corazón comenzó a bombear a un furioso

ritmo, fruto de la mezcla de nervios, excitación y temor que en ese momento me embargaba. Me

estremecí y cada vello de mi cuerpo se erizó cuando, con una agonizante lentitud, sus labios y dientes

comenzaron a torturarme, dejando un reguero de besos y suaves mordiscos en un viaje exploratorio;

mordisqueó mi cuello, besó el valle entre mis pechos, se deleitó lamiendo mis pezones y siguió

jugando hasta llegar a mis caderas. Para ese momento, yo ya me encontraba en la cima de la

desesperación.

—Joder —masculló paseando los labios entre mi piel y el borde de mis braguitas—, sabes

incluso mejor.

Levanté la cabeza y lo miré.

—¿Qué?

—Tu piel —aclaró con los ojos cerrados y lamiendo mi piel con suavidad—, sabe incluso

mejor de lo que huele.

Dejé caer la cabeza y cerré los ojos. Llevaba toda la noche trabajando en un bar y estaba más

que excitada y ansiosa. Aquello no era algo en lo que me apeteciese pensar o de lo que quisiera

hablar; de hecho, me sentí avergonzada, pero mentiría si dijera que sus palabras no me encendieron

incluso más.

Besó con ansia un lado de mi cadera y acto seguido raspó mi piel con sus dientes mientras

dejaba salir un primitivo y oscuro gruñido de las profundidades de su garganta. Era casi como si

realmente quisiera devorarme y el hecho de contenerse le supusiera un enorme esfuerzo. Ni siquiera

fui consciente de que mis bragas habían desaparecido hasta que sentí sus dedos paseando entre mis

húmedos pliegues. Acariciando, tanteando, recreándose en la excitación que me habían provocado...

insertó dos de ellos en mi interior y yo no sabía cuánto más podría soportar.

—Ethan. —Me retorcí y gemí desesperada porque me estaba volviendo loca. Porque quería

más. Porque lo quería a él—. Por favor... no puedo... —Levanté la cabeza, pero él miraba cómo sus

dedos entraban y salían de mi interior—. Ethan, te necesito. Ahora.

Se detuvo y alzó la mirada. Nuestros ojos conectaron, se enlazaron y mil emociones pasaron por

los suyos demasiado rápido como para poder identificarlas. No sé qué vio en los míos, pero apretó

la mandíbula y su expresión se volvió más feroz, más intensa. Nerviosa, me lamí los labios.

—¡Joder!

Tras aquella maldición murmurada, sentí la pérdida de su calor cuando se levantó de la cama

para comenzar a despojarse de la ropa con una furiosa urgencia. Durante unos segundos, me recreé

admirando su esculpido pecho, la obra de arte que era su piel repleta de tatuajes y que, bañada por la

plateada luz de las farolas que se colaba a través la ventana, le hacía parecer un ángel esculpido en

mármol. Uno hermoso, hermético y complicado. Pero mío, al menos de momento. Cerré los ojos y

traté de calmar mi respiración. Fue como si mis sentidos se agudizasen de repente, pero solo si

aquello que les alcanzase estuviera relacionado con él. Únicamente captaba su olor, el susurro de sus

ropas cayendo al suelo en un montón junto a la cama; aún podía saborearlo en mi lengua y, como si

no quisiera privar a ninguno de los otros dos, mi piel fue recompensada con el roce de la suya

cuando se tumbó sobre mí aguantando el peso en sus antebrazos. Abrí los ojos para perderme en el

oscuro e insondable mar azul que eran los suyos. Sin pronunciar palabra alguna, metió una de sus

piernas entre las mías instándome a abrirme, a acunarlo entre ellas y, por

supuesto, lo hice. Comenzó

a mecerse con suavidad tanteando mi entrada con su dureza; ni siquiera lo vi completamente desnudo,

pero ahora podía sentirlo. Con el pulgar me acarició la mejilla y giré la cara buscando más. De

alguna manera acabé mordisqueándole el dedo e inspiró una bocanada con brusquedad antes de que

volviera a mirarlo a los ojos.

—No va a ser dulce —advirtió con voz ronca mientras sentí como, poco a poco, comenzaba a

entrar en mí.

Podría haberle dicho que hacía un tiempo que no me acostaba con nadie. Haberle pedido que

fuese con cuidado. Pero no lo querría de ninguna otra manera en la que no fuese él mismo.

—Estás muy lejos de poder asustarme. —Arquee el cuello cuando posó sus labios allí para

darle un mejor acceso—. Quiero todo lo que tengas.

Mis últimas palabras se convirtieron en un gemido cuando, sin más preámbulos ni

contemplaciones, Ethan entró en mí con una certera estocada. No mentiré, los primeros segundos

quemó e incluso pudo resultar un poco incómodo hasta que mi cuerpo se amoldó a él, hasta aceptar

aquella deliciosa invasión. Me sentía plena, feliz y cuando comenzó a

moverse, al sentirlo entrar y

salir de mi interior, no había ningún otro lugar en el que quisiera estar.  
Ninguna otra persona con la

que quisiera compartir aquella intimidad. Me miró, escaneó mi rostro en  
busca de cualquier rastro de

incomodidad y le dediqué una suave sonrisa para hacerle saber que estaba  
mejor que bien. Él

continuaba moviéndose lentamente, enmarqué su rostro entre mis manos y lo  
acerqué para

mordisquear su labio inferior. Rotó ligeramente las caderas provocando una  
deliciosa fricción y

arrancándome un lastimero gemido.

—Oh, dios... Ethan.

Aquello fue todo cuanto necesitó para dejarse llevar y dejar a un lado el  
temor a dañarme. Tal

como prometió, no fue dulce, ni lento ni suave. Tampoco brusco o salvaje.  
Fue él. Intenso, arrollador

y profundo. Cada poro, vello y terminación nerviosa eran hiperconscientes de  
él y de cada uno de sus

movimientos y envites. En pocos minutos, la habitación se llenó con nuestros  
jadeos y aceleradas

respiraciones y con el sonido de nuestra sudorosa piel chocando entre sí. Me  
aferré a él como si mi

vida dependiese de ello y, de hecho, era exactamente así como me sentía.  
Como si en cualquier

segundo, en el mismo instante en el que el contacto entre nuestros cuerpos se redujese, él pudiera

desaparecer. Nos besamos, nos devoramos, no como si fuese la primera vez, sino más bien como si

pudiera ser la última y necesitáramos imprimirnos el sabor del otro para jamás olvidarnos cuando

estuviésemos separados. En un momento dado, nos giró dejándonos de lado y, aún sin romper el

contacto entre nuestros labios y lenguas, agarró mi pierna y la ancló con fuerza a su cadera. Con

aquel ángulo lo sentía incluso más adentro, si es que eso era posible. Gemí y lo agarré con fuerza del

pelo. Él apretó el amarre en mi muslo y no me sorprendería si encontraba alguna marca allí en un

futuro cercano, pero no me importaba. Masculló un atormentado «joder» y, con un fluido movimiento,

volvió a colocarnos en la posición original, con él acunado entre mis piernas. Aceleró el ritmo y sus

embestidas se volvieron más intensas; cada vez que entraba en mí era más consciente de la necesidad

—tanto la suya como la mía— de sentir más, de llegar más adentro, de obtener más. Me estaba

volviendo loca y no sabía cuánto más podría aguantar. Me sentía en la cúspide del placer más

absoluto y delicioso que hubiera experimentado en toda mi vida.

—Ethan... no puedo... —Una de sus estocadas casi me cortó la respiración

—. ¡Oh, Dios!

—Maldita sea —gruñó. Escondió el rostro en el hueco de mi cuello, pero, tras unos segundos,

volvió a alzar la cabeza y me miró con una intensidad abrumadora mientras aceleraba el ritmo.

Ambos estábamos al límite—. Vamos, Mia.

No pude contenerme más. Jadeé, gemí y me aferré a él con todo lo que tenía. Éxtasis, el más

puro y absoluto. Cerré los ojos mientras él continuaba embistiendo más fuerte, más intenso.

—Mírame.

Obedecí tras la ronca demanda.

—Joder, sí. —Me besó con fuerza y no me importó ni un poquito que asaltara con violencia mis

ya sensibles y magullados labios. Unos instantes después gruñó y sentí cómo se corría en mi interior

antes de comenzar a desacelerar sus movimientos. Dejó caer parte de su peso sobre mí y lo abracé

con fuerza cuando ocultó el rostro en el hueco entre mi cuello y el hombro. Ambos abrazados,

jadeantes, sudorosos y satisfechos.

Cerré los ojos y sonreí. Había pasado, por fin. Estábamos juntos, en mi cama, desnudos y no sé

si aquello podría considerarse hacer el amor, pero sin duda habíamos alcanzado un nivel distinto en

nuestra relación, una conexión mucho más íntima.

Permanecimos allí tumbados en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Él

permanecía sobre su espalda y con la vista clavada en el techo mientras que yo, como si así pudiese

evitar su huida, me acoplé abrazándolo de costado y apoyé la cabeza en su pecho, escuchando el

fuerte y rítmico latido de su corazón. Tenía miedo de hablar y de que el simple sonido de mi voz

pudiese explotar aquella pacífica burbuja en la que nos encontrábamos ocultos. En cualquier caso,

¿qué se supone que debes decir en ese tipo de situaciones? Aquello era algo completamente nuevo

para mí. Siempre que me acosté con alguien en el pasado sabía exactamente qué tipo de relación

teníamos, estaba más o menos segura de qué esperar después. Pero esto... esto era algo nuevo.

También aterrador porque era imposible negar mis sentimientos hacia él y además estaba el hecho de

que habíamos cruzado una barrera de la que ya no habría vuelta atrás. A la porra lo que mi mente me

estuvo advirtiendo durante semanas. Yo no podía separar nuestra relación física de mi corazón

porque en muy raras ocasiones encuentras a alguien con quien hablar sin palabras; una persona que te

acaricia con la mirada, que te sonrío de forma diferente, como si fueses única,

y que te besa como si

solo con eso pudiera continuar en pie y enfrentar el mundo.

No, eso es algo que únicamente había leído en novelas románticas; algo de lo que en raras

ocasiones oí hablar a otra persona. Era de ese tipo de cosas que encuentras tan extrañas e

inalcanzables que llegas a creer que jamás te ocurrirán a ti, casi como si se trataran de una utopía.

Ahora que lo estaba experimentando, que, literalmente, lo estaba abrazando, pensaba aferrarme a él

con todas mis fuerzas. Y pelear, por él, por mí y por lo que sabía que podíamos ser juntos.

Quizás parezca un pensamiento de lo más intenso tras una primera vez juntos, pero yo no lo

consideraba así porque estuvimos jugando al gato y al ratón prácticamente desde el instante en el que

nos conocimos. Adelantando, retrocediendo, compartiendo, conociendo y, sí, también peleando.

Finalmente, decidí romper el silencio.

—¿Te quedarás conmigo? —Se tensó ante mis palabras y cerré los ojos maldiciéndome por ser

tan ingenua. No solo me refería a aquella noche, pero supuse que eso era algo que podríamos tratar

en otro momento—. Me gustaría que lo hicieras.

Hablé en voz baja no queriendo asustarlo ni presionarlo. Paseé los dedos por

su esculpido

pecho en una caricia tranquilizadora mientras esperaba su respuesta; dejé salir el aire que había

estado reteniendo cuando percibí cómo sus músculos comenzaban a relajarse bajo mis manos.

—No hay problema —murmuró con voz ronca.

Bueno, no era exactamente una declaración ni tampoco las palabras que me habría gustado

escuchar tras lo que compartimos momentos antes, pero de momento eran algo con lo que empezar a

trabajar.

Por aquel momento, me valdrían.

Capítulo 18

Reed

Apoyé las manos en los azulejos de la ducha y dejé que el agua caliente se llevase los últimos rastros

de la noche pasada.

Estaba hecho un puto lío, joder.

Dejar aquella cama, desenredarme de Mia con cuidado de no despertarla y abandonar su

apartamento a hurtadillas requirió de una considerable cantidad de esfuerzo y voluntad. Pero

necesitaba pensar. Ni siquiera sé cómo demonios fui capaz de permanecer con ella aferrada a mí

durante toda la noche sin follarla otra vez. Cuando me pidió que me quedara me sorprendió, no por

sus palabras, porque por alguna extraña razón eran algo que esperaba, que quería que dijera; lo que

jamás habría concebido era que, sin necesidad de escuchar la petición, yo ya hubiese sentido como

algo natural el permanecer allí. Ni siquiera pasó por mi mente largarme como si el lugar estuviese en

llamas y no, no es ninguna exageración, es lo que por lo general ocurría. Mi modus operandi, si

quieres llamarlo así; evitaba complicaciones y malentendidos porque, aunque desde un principio

dejaba claro con las demás mujeres que aquello era sexo y nada más, si te demorabas un poco, si

dabas lugar a carantoñas o a acurrucarse hablando de esto y aquello, siempre

creían o querían ver

algo más. Algo que de alguna retorcida manera acababa derivando en más ternura, más reproches,

exigencias o imposiciones.

De-ninguna-jodida-manera.

Pero Mia... maldita sea, le dije que era diferente a todas las demás y era totalmente en serio.

Por eso precisamente me tenía acojonado, porque con ella todo fluía de la forma más natural, era

como... como si las cosas no pudiesen seguir un camino distinto, como si ese fuera el curso normal.

¿Que aquellas emociones y acciones iban en contraposición directa de lo que siempre has sido? A la

mierda, ni siquiera te pares a pensarlo porque te volverás jodidamente loco. Por eso tuve que salir

de allí poco antes del amanecer, porque la próxima vez que la enfrentase quería hacerlo con la mente

despejada y las ideas claras. Necesitaba un poco de distancia para ver todo en perspectiva, y con

ella acurrucada en torno a mí era absolutamente imposible hacerlo. Lo sé porque lo intenté, joder si

lo hice; eso fue lo que me dije a mí mismo mientras disfrutaba de su pequeño y curvilíneo cuerpo

enroscado a mi alrededor; cuando pasaba de forma distraída los dedos por entre sus cabellos y sí,

también cuando me inclinaba más cerca para tomar una profunda respiración y aspirar su aroma.

Estaba pensando, por supuesto, pero no embobado como un puñetero adolescente después de perder

la virginidad la noche del baile de graduación.

Sacudí la cabeza, me cerré bien la cazadora de cuero y metí las manos en los bolsillos. Hacía un

frío del demonio a aquellas horas, pero decidí que el aire fresco me haría bien y además compraría

algo para desayunar. La sorprendería siendo yo quien, para variar, llevase el desayuno.

Sin importar que mi intención hubiese sido poner en orden mis pensamientos, durante la

caminata no cesaba de reproducir las mismas imágenes en mi mente una y otra vez:

Mia.

Mia deshaciéndose entre mis brazos. Mirándome con aquellos expresivos ojos que nunca

ocultaban nada.

Mia excitada, vulnerable y entregada. Dándose a mí en todos los sentidos y en más formas de

las que cabría esperar porque sabía que para ella lo ocurrido no era solo sexo. No era ese tipo de

mujer. Olvidando el modo en el que nos conocimos y nuestro primer acercamiento, era más que

consciente de que no era lo que ella solía hacer y, aunque por lo general habría mirado hacia otro

lado en busca de alguien dispuesta a pasar un buen rato sin más complicaciones, Mia tenía algo. No

sabría definirlo, joder, ni yo mismo tenía idea de qué se trataba exactamente; únicamente era

consciente de que, igual que las polillas con la luz, ella me atraía sin remedio y, cuanto más me

acercaba, más deslumbrado me sentía. A la mierda eso de quemarme. Ardería en el infierno si con

eso conseguía más noches como la anterior.

Tras una media hora, di con una cafetería que tenía buen aspecto; ignoré el descarado coqueteo

de la camarera y las miradas cautelosas que me lanzaron un par de clientes. Estaba seguro de que por

mi aspecto ni en un millón de años imaginarían que era policía y, por ende, alguien a quien no

deberían temer; eso, si lo que les preocupaba era que los asaltara. Me tocaba las pelotas aquella

forma de prejuzgar a alguien por su aspecto. Sí, tenía tatuajes, vestía con ropa oscura y cuero y,

posiblemente, la barba y el gorro de lana daban una impresión algo hosca, pero ¿y qué? Cuánto más

conocía a las personas, más disfrutaba de mis momentos de soledad. Con un par de cafés, algunas

rosquillas y un par de esos *bagels* con queso crema y salmón que tanto le

gustaban a Mia, emprendí el camino de regreso.

No tenía ni la menor idea de lo que estaba haciendo. Joder, estaba perdido desde que puse mis

ojos en ella la primera vez. No era solo una cuestión de lo diferentes que éramos, lo cual ya suponía

bastante, era todo, maldita sea. Nuestra diferencia de edad de casi nueve años que, aunque puede

parecer una absurdez, unida a mi estilo de vida me otorgaban una experiencia en todos los sentidos

de la que ella carecía. No porque la considerase inmadura, todo lo contrario, era simplemente una

cuestión de ser realistas; mientras que yo cargaba con mi propio y pesado equipaje, mis vivencias y

mi cuestionable actitud en algunos momentos y ámbitos de la vida, ella creció rodeada de amor, de

una familia que la protegía, cuidaba y guardaba por encima de todo y de todos. Estaba agradecido

por ello porque alguien con su buen corazón no merecía menos y posiblemente, de haber crecido en

otras circunstancias, ahora carecería de aquel brillo en su mirada y de la luz que parecía iluminar

todo cuanto la rodeaba siempre que entraba a una habitación. No, Mia era jodidamente perfecta así.

Dulce, generosa, desinteresada a la par que fuerte y fiel a sus principios. Y sexy, joder, tanto que no

creo que ella misma fuese consciente de lo que me hacía.

No tenía ni idea de lo que suponía estar en una relación con una mujer, no porque fuese incapaz

de permanecer fiel, sino porque nunca fue algo que quise o que me planteara. No quería esa

complicación, punto. Pero con ella estaba dispuesto a intentarlo; no sería fácil... yo no era fácil y eso

lo hacía algo más interesante porque, aunque yo la tildaba a ella de inexperta, en este caso sería yo el

desvirgado. Qué ironía.

Tenía claro que debería hablar con Chuck. Era lo más parecido a una figura paterna que había

tenido en mi vida, lo quería y respetaba no solo por quien era, sino por todo lo que hizo por mí, por

seguir dándome la bienvenida a su familia, aunque ya me hubiese convertido en un hombre adulto que

se labraba su propio camino. No quería que malinterpretase mis intenciones ni que escuchase lo que

estaba ocurriendo por alguien que no fuese yo; necesitaba mirarlo a los ojos y que viese la verdad en

los míos porque ese era un rasgo que compartía con su hija, nunca pude engañarlo. Siempre pareció

ver a través de mi acritud, de la chulería y violencia de la que hice tanta gala en un momento de mi

vida y, en definitiva, no se rindió conmigo. Jamás se lo podré agradecer lo suficiente. En cuanto a

Sullivan, bueno, entiendo la actitud protectora hacia su hermana, y más si te dicen que se va a enredar

con un tipo como yo; eso es algo que espero no experimentar nunca. Sin embargo, y a pesar de todas

las razones por las que podría oponerse a nuestra relación, sea lo que sea lo que tenga que decir al

respecto lo escucharía, pero nada más. Siendo sincero, me preocupaba lo que su familia opinase al

respecto. Puedes pensar que es un rasgo más de inmadurez por mi parte o la búsqueda de una excusa

con la que poder echarme atrás después de lo sucedido la noche anterior, pero nada más lejos mi

intención. No pienso adornar la realidad, crecí jodido. Probablemente no fui el adolescente más fácil

con el que tratar, pero entiende que hay ciertas carencias que no se pueden suplir con nada que la

misma persona que te priva de aquello que anhelas no esté dispuesta a proporcionarte. Y sí, me

refiero a mi madre y al donante de esperma que en raras ocasiones hacía las veces de padre, una

miserable excusa de ser humano que, en pos de preservar una idílica doble vida bien montada,

consideraba suficiente un cheque de pago durante los primeros años de mi vida. El dinero se fue

reduciendo de forma gradual hasta desaparecer por completo y lo mismo ocurrió con sus visitas,

dejando tras de sí a una mujer con el corazón destrozado y a un niño confuso y desamparado. Me vi

privado no solo de una figura paterna, sino también del cariño y la atención que necesitaba de mi

madre que, sumida en una debacle sentimental que la dejó irreconocible, se olvidó de proteger a la

persona que permanecía a su lado, aquel que dependía de ella. Durante los primeros años, agachas la

cabeza ante las miradas lastimeras que algunos vecinos te dedican y también cuando otros chicos te

insultan debido a tu ropa o aseo insuficiente; no lo entiendes, pero es imposible luchar contra la

vergüenza que ello te provoca aun tratándose de algo que se te escapa de las manos. El tiempo pasa

y, a medida que te haces mayor, la pena queda relegada a un segundo plano y acabas enfrentando

miradas desdeñosas y una total falta de empatía o preocupación por parte de los adultos. Los vecinos

me miraban de reojo cada vez más cautelosos por el pequeño delincuente en el que me estaba

convirtiendo y los profesores nunca se preocuparon lo suficiente como para indagar un poco, tratar

de hablar conmigo o entenderme. Algo, joder. Pero lo más fácil era continuar con sus tranquilas vidas

y no darme más atención que la necesaria cuando ellos consideraban que causaba problemas. Al

experimentar ese tipo de situaciones desde una edad tan temprana aprendes a protegerte, ¿cómo? Te

vuelves más fuerte, te vistes de indiferencia y eriges a tu alrededor un sólido e infranqueable muro

que no deje traspasar toda la mierda que te rodea y que tampoco deje entrever aquello que te afecta.

El problema es que no solo mantienes las sombras a distancia, también lo haces con la luz, las

posibilidades y las puertas que se te abren. Desgraciadamente, esto es algo de lo que únicamente te

vuelves consciente cuando a veces es demasiado tarde.

Por eso admiraba tanto lo que Mia hacía por sus chicos y esperaba que ellos supieran apreciar y

valorar el increíble regalo que suponía tener a alguien así, que apostaba y se preocupaba por ellos

tan profundamente. Del mismo modo, esa era la razón por la que siempre me sentiría en deuda con

Chuck y la familia Sullivan; él fue la primera persona que supo y quiso ver a través de mí, de mi

furioso e irascible trasero, y me puso en mi lugar. Me dio una oportunidad, me ofreció una salida.

Probablemente, de no ser por él, hoy mi vida sería muy diferente y las pocas visitas que recibiera

serían a través de un cristal de seguridad en la prisión del condado de Cook.

Mentiría si dijera que pensar en comenzar algo más estable con Mia no me provocaba cierta

aprensión porque, el ser consciente de que en un momento u otro tendría que abrir las puertas a mi

pasado y a mi presente, a mis emociones y a mis temores, me instaba a salir corriendo en dirección

contraria. No resulta fácil romper con ciertos hábitos o modelos de conducta después de tantos años

protegiéndote del exterior. Dejar entrar a otra persona es tremendamente complicado y en lo que a mí

concierno digno de admiración porque serás vulnerable, estarás expuesto a salir dañado, destrozado

incluso, teniendo como única garantía el amor y la buena voluntad de la otra parte implicada. Pero de

eso se trataba la confianza, y estaba dispuesto a intentarlo.

Solo esperaba que al final del trayecto mis bolas continuasen intactas. Apreciaba muchísimo a

Chuck y sabía que el sentimiento era mutuo, y confiaba en que ese sentimiento le impidiese patearme

el trasero cuando supiera que salía con su hija.

Una maldita relación.

Sacudí la cabeza con una renuente sonrisa tirando de mis labios y llamé a la puerta.

No sabía qué ocurriría aquella mañana, cómo abordaríamos la situación o avanzaríamos desde

allí. De lo que estoy seguro, es de que lo último que esperaba encontrarme era a una mujer con los

ojos hinchados y enrojecidos y una actitud de lo más combativa. No había rastro alguno del brillo

que por lo general iluminaba sus ojos, por el contrario, en aquel momento se veían apagados. Toda

ella parecía... afligida, triste.

De inmediato me preocupé, di un paso en su dirección y dejé que mis dedos se enredasen en sus

cabellos cuando acuné su nuca. Fruncí el ceño cuando retrocedió rompiendo el contacto entre

nosotros.

—¿Qué ocurr...?

—Imagino que ya puedo decir que he obtenido una pequeña muestra del auténtico Reed, ¿no?

Habló con indiferencia e incluso me atrevería a decir que hubo desprecio al pronunciar mi

nombre, sin embargo, no se me pasó por alto el pequeño temblor en su voz.

—¿De qué estás habl...?

—¿Cuánto esperaste?

—¿Qué?

¿De qué demonios iba todo aquello?

—Me refiero a que supongo que debo estar agradecida porque, en lugar de salir corriendo nada

más terminar, fuiste capaz de aguantar en mi cama hasta que me dormí antes de huir.

Maldita sea.

—Mia, eso no es lo qu...

—Pero no debería estar sorprendida, ¿verdad, *Reed*? —Frustrado, me pasé la mano por la cara

orando por paciencia—. Es tu *modus operandi*, después de todo.

Respondí con cuidado, tratando de explicarme y de deshacer aquel enredo.

—Creo que te estás confund...

No me dejaba terminar ni una puta frase, joder.

—¿Sabes? Después de todo, creo que deber...

—¡¡Para de interrumpirme de una maldita vez!! —bramé ofuscado. Me sentí como una mierda

cuando se estremeció a causa de mis voces, pero desde que llamé a su puerta no me había dado ni un

jodido respiro—. Mia —continué con voz más calmada—, si me permites hablar sin cortarme de

nuevo, verás que se trata de un malentendido.

Quería escucharme. Se sentía curiosa acerca de lo que tenía que decir y, conociéndola como lo

hacía, supe que quería creer las palabras que salieran de mi boca. Aun así, se mantuvo firme en el

lugar; no me invitó a entrar y decidí concederle ese espacio que, en silencio y con los brazos

cruzados en actitud desafiante, parecía estar reclamando.

Suspiré.

»Muy bien, veamos... —Joder, a aquello me refería. Esa era la mierda que quería evitar y para

la que no me había preparado suponiendo que con ella sería todo más fácil. Craso error—. No salí

corriendo, lo que...

—Me desperté cuando aún era de noche, *desnuda y sola* en mi cama —espetó y me sentí fatal

cuando vi cómo se aguaban sus hermosos ojos.

—¡Chist! —Levanté un dedo para silenciarla—. Creí que habíamos acordado que no más

interrupciones.

Asintió en silencio y lo tomé como mi señal para continuar.

»Como estaba tratando de explicar, no salí huyendo. Solo fui a comprar el desayuno. —Levanté

la mano en la que aún sostenía la bolsa y se la enseñé—. Compré esos *bagels* con queso crema que

tanto te gustan. —Me miró a los ojos y tuve que pelear muy duro contra una sonrisa cuando, al mirar

el paquete que sostenía en el aire, parte de su ruda fachada pareció desmoronarse. Di un paso hacia

ella, acuné su nuca y exhalé aliviado cuando apoyó la frente contra mi pecho mientras yo le besaba la

coronilla—. Estoy aquí, es sólo que... tenía que aclararme, necesitaba pensar.

No sabía qué demonios había dicho ahora, pero, en un segundo, percibí como se tensaba entre

mis brazos antes de dar un paso atrás.

—Necesitabas pensar. —No preguntó, se limitó a repetir mis palabras. Entornó los ojos y fruncí

el ceño—. Y, ¿acerca de qué, exactamente, necesitabas aclararte? —Volvió a cruzarse de brazos y

retrocedió un poco más, aumentando así la distancia que nos separaba.

Debía proceder con cautela, me di cuenta.

—Acerca de lo que hacer con respecto a nosotros.

Asintió como si esas fueran las palabras que esperaba escuchar, sin embargo, no se veía

satisfecha. De hecho, parecía todo lo contrario.

—Ya. Dime una cosa, ¿esto es algo que te sucede a menudo?

—¿Qué? —pregunté tan cauteloso como exasperado. Estaba perdido aquí, maldita sea.

—Porque te diré algo —espetó enderezando la postura—, si lo que te preocupa es dejarme

embarazada después de lo de anoche, puedes dejar de apretar el trasero puesto que tomo la píldora y

en ese sentido estamos cubiertos.

—Joder. —No me di cuenta de que lo había dicho en voz alta.

—Creo que eso ya lo dejamos cubierto hace algunas horas —observó con ironía. Desde luego,

esta era una faceta de Mia completamente nueva para mí—. Lo que en realidad me gustaría saber es,

si teniendo en cuenta tu currículum, debería estar preocupada por haber contraído alguna ETS.

Nunca, *jamás*, había sido tan descuidado. Bajo ninguna circunstancia tenía sexo sin utilizar un

condón, esa era una norma que no admitía discusión. Era... demonios, era esta mujer que me

perturbaba hasta el punto de hacerme olvidar todos los fundamentos básicos sobre los que construí

mi vida.

—No tienes de qué preocuparte —respondí entre dientes y apretando la mandíbula con fuerza

—. Es la primera vez que olvido usar un condón, así que puedes estar tranquila.

—Es bueno saberlo —replicó dirigiéndome una tensa sonrisa. En un movimiento inesperado,

me arrancó la bolsa con la comida de las manos—. Ahora, si no te importa... voy a desayunar.

De ninguna manera.

—Espera un maldito m...

—Estoy famélica, Reed.

—¡Deja de llamarme así de una jodida vez!

—¿Por qué? —Inclinó la cabeza hacia un lado como si no entendiera mi exabrupto—. Estas

últimas horas he conocido al auténtico e infame Reed, de manera que considero justo tratarte como

tal.

Me froté la cara porque aquello iba de mal en peor y me estaba sacando de mis casillas.

—Dame un descanso, Mia —rogué... sí, *rogué*—. Esto no es lo que yo quería.

Pasaron unos segundos en silencio durante los cuales esperé que meditase mis palabras y

comprendiera que todo era un malentendido.

—Bueno —respondió tras aquella pequeña pausa y se encogió de hombros con una triste

sonrisa en los labios—. No siempre obtenemos aquello que queremos, ¿verdad?

Tras aquellas palabras, me cerró la puerta en las narices dejándome solo, confuso y con cara de

imbécil en mitad del pasillo. No fue hasta unos minutos antes que me di cuenta de cuánto me gustaba

que me llamase por mi nombre; no estaba seguro de si se debía a que fue así como me presenté la

noche que nos conocimos o porque de verdad ella era capaz de ver algo diferente en mí, algo

especial, que me distinguía del resto y que nadie más consiguió atisbar en mis treinta y tres años de

vida. Le cuestión era que para ella quería continuar siendo Ethan, el mismo hombre al que se entregó

la noche anterior, al que reñía, cocinaba, sonreía y en el que confiaba y buscaba consuelo. Reed era

el tipo con el que tenía que lidiar el resto del mundo, pero no ella, jamás Mia. Cuando me llamó así y

además lo hizo con aquel desdén que casi pude palpar, lo sentí como si me hubieran dado un

puñetazo en las entrañas.

Una ronca y baja risita me arrancó de golpe de mis pensamientos y me giré para encontrar a la

vieja señora Walcott apoyada en el marco de su puerta y sacudiendo la cabeza con condescendencia.

Curioso que las bisagras no me hubiesen advertido de su presencia.

—Parece que después de todo la chica tiene agallas —murmuró sonriente y con tono malicioso.

—Es de mala educación espiar las conversaciones privadas, Alice —reprendí con suavidad.

Me gustaba mucho aquella mujer, incluso cuando la mayoría de las personas la consideraban

demasiado áspera. O puede que fuese precisamente por eso que la tenía en tan alta estima.

—Las conversaciones privadas se mantienen a puerta cerrada, querido. — Enarcó las cejas—.

Si tenéis una pelea de enamorados en el pasillo y junto a mi puerta no se considera espionaje y ni

mucho menos algo reprochable.

Sacudí la cabeza y reí. No corregí su suposición de lo que éramos porque no quería entrar en

aquella discusión.

— *Touché*. —Incliné la cabeza a un lado mientras la estudiaba. Se veía extrañamente satisfecha

con mi situación—. ¿Cómo es que se te ve tan contenta por el hecho de que me acaben de dar

calabazas? Creía que no eras muy fan de Mia.

Puede que sonase rastrero por mi parte decir aquello, pero solo estaba constatando un hecho y

planteando la misma pregunta que tantas veces se había hecho Mia tras recibir algún desplante por

parte de Alice.

—No tengo ninguna duda de que es una buena chica, querido Reed. —Señaló con la barbilla

hacia la puerta a mi espalda—. Pero no me gustan las personas cobardes o pusilánimes, por lo

general son esas de las que más te debes cuidar ya que tratarán de salvarse a cualquier costo.

No podía estar más equivocada y sentí la urgente necesidad de defenderla.

—Estás muy confundida con ella, Alice. Mia es de esas personas que se descuida a sí misma

pensando siempre en el bienestar de los que la rodean.

—Lo sé, chico, no creas que no me doy cuenta de las cosas. —Hizo un círculo señalando su

rostro con una mano—. Que sea vieja no significa que no vea más de lo que muchos creéis. —Sonrió

tanto que creo que se le marcaron nuevas arrugas en su ajado rostro—. Y además parece que por fin

le han crecido un par de bolas para ponerte en tu sitio.

—Eso parece —concordé y me crucé de brazos—. Sin embargo, estaba equivocada con

respecto a lo que y...

—He escuchado lo ocurrido. —Bajó más la voz y sacudió la cabeza—. La abandonaste cuando

más vulnerable se sentía y le quitaste la confianza que seguro esperaba encontrar al despertar. Una

mujer necesita sentirse segura con el hombre al que se entrega. —Chasqueó la lengua—. Si de

verdad te importa, mete la colita entre las piernas, pero no para salir huyendo sino para reconocer

que te has equivocado. Demuéstrale que es importante para ti.

Cuando hizo alusión a «mi colita», a pesar de entender perfectamente a qué se refería, tuve que

luchar contra la urgencia de encogerme y cruzar las piernas. Estamos hablando de mi sexagenaria

vecina, maldita sea, hay según qué límites infranqueables en cuanto a las conversaciones que

podíamos mantener.

Pero tenía razón, no había ninguna duda de que había metido la pata y era

algo que tenía la

intención de enmendar. Le daría el día, nada más. Por la noche la vería en Mick's y no le dejaría más

opción que la de escucharme.

Era mi turno.

## Capítulo 19

El haberme mudado a aquella zona, no solo contaba con la ventaja de que el trabajo y la casa de mis

padres quedaban más cerca de la mía, sino que en Wicker Park podías encontrar multitud de parques,

zonas verdes y de ocio por las que poder pasear y distraerte de diversas formas. Y eso fue justamente

lo que hice.

Una vez hube dado buena cuenta del desayuno que Ethan compró, tomé una ducha, me vestí con

ropa cómoda y salí a perderme por aquellas calles de mi querida Chicago hasta que llegase la hora

de ir a comer con mi familia. Admito que el detalle de recordar el tipo de *bagels* que me gustaban fue

algo inesperado, como también lo fue despertarme sola en mitad de la noche y acostada en una cama

cuyas frías sábanas aún conservaban su olor, no tanto así su calor, señal inequívoca de que hacía un

tiempo de su marcha.

Creo que miserable es la palabra que mejor define cómo me sentí en aquel momento. Imagina

por un instante que, pese a todas las objeciones que tu mente te pone en el camino, el hombre por el

que llevas semanas suspirando en silencio, el mismo que te roba horas de sueño y la mayor parte de

pensamientos conscientes durante el día, cuando parece querer dar un paso más allá contigo de

repente retrocede de forma inesperada, y además lo hace en tu momento más vulnerable. No quiero

parecer infantil, sí, soy consciente de que una noche de sexo no implica nada más allá de eso mismo.

También sé que no solo no me negué, sino que propicié aquel encuentro. Lo quise, lo deseé con tanta

fuerza que nada más importaba, nada excepto nosotros dos. Quizás mi error fue haber interpretado la

noche anterior como algo más; sí, estaba siendo injusta, lo sabía, pero no era capaz de dejar a un

lado el recuerdo de mi cama vacía. Entendía que esto era nuevo para él, que necesitaba pensar y

poner todo en perspectiva, pero puede que por un fugaz momento hubiese esperado que compartiese

conmigo aquellas inquietudes y dudas. Era lógico tenerlas, eso no puedo negarlo de ninguna manera,

y mentiría si no admitiera que yo también estaba asustada. Pero de eso se trata una relación, en eso se

basa la confianza, en compartir todo aquello que normalmente reservas para ti, en apoyarte en alguien

más para aliviar la carga. Le habría dicho que estaba aterrorizada, que aquello también era nuevo

para mí, sobretodo porque él era diferente a cualquier otra persona con la que había estado hasta el

momento, sin embargo, no me dio la oportunidad. Para ser justos, yo hice lo mismo cuando, no solo

le cerré la puerta en las narices, sino posiblemente también a cualquier oportunidad que hubiésemos

tenido. Pero mientras transcurría el tiempo en casa de mis padres, me dije a mí misma que era lo

mejor. Olvidaríamos lo ocurrido y seguiríamos adelante. Supuse que a él no le costaría mucho

trabajo hacerlo puesto que se trataba de algo a lo que estaba acostumbrado.

Durante la comida, mi *nonna* no paró de lanzarme miradas suspicaces; no habló acerca de mi

extraño estado de ánimo, pero supe desde el principio que no le pasó por alto que estaba absorta en

mi propio mundo, distraída, apenas prestando atención a los intercambios sucedidos entre unos y

otros y con breves y escuetas respuestas cuando no me quedaba más remedio que interactuar de

alguna manera. Después de todo, ellos eran mi familia, los que realmente contaban.

Fue cuando ya me marchaba y estaba a punto de bajar los escalones del

porche, que la abuela

me llamó y di media vuelta para pararme frente a ella.

—¿La mirada cautelosa que normalmente lleva? —Colocó las manos enmarcando mi rostro, me

miró a los ojos y me dedicó una suave y tierna sonrisa mientras sacudía la cabeza—. Cuando te mira,

sus ojos brillan de una forma que pocas veces he visto antes. —Me abrazó susurró junto a mi oreja

—. Tienes que creer, *la miabambina*. Todo saldrá bien.

Apreté porque no quería soltarla, con ella siempre me sentía bien, comprendida, a salvo. No

mencionó su nombre, pero no era necesario pues ambas sabíamos que se refería a Ethan sin

necesidad de más palabras. Cuando nos separamos, miré y admiré aún más a aquella mujer que tan

importante era en mi vida; me fijé en sus ojos color caramelo tan parecidos a los míos, su corto

cabello color sal y pimienta que se negaba a teñir porque decía que le restaría personalidad, y su

rostro que, sin importar cuántas arrugas lo adornasen, continuaba siendo hermoso y fiel reflejo de una

de las mujeres más fuertes que había conocido en mi vida. Agradecía a Dios cada día el seguir

teniéndola junto a mí porque, sin importar la edad ni los años que transcurriesen, yo continuaría

necesitándola.

Sonreí, la besé y sin más palabras, me marché a casa. Llegué con el tiempo justo para comer

algo rápido, darme una ducha y arreglarme para mi turno de aquella noche en Mick's. Reconozco que

pasé más tiempo del habitual en casa de mis padres con tal de estar el menor tiempo posible en mi

propio apartamento. Cobarde, lo sé, pero no me apetecía otro encuentro con él, no estaba preparada

para ello, al menos de momento.

El ambiente en el trabajo esa noche era de lo más distendido con lo cual me resultó mucho más

sencillo dejar a un lado cualquier pensamiento indeseado. Además, aquella semana se daba la

excepción de que, en lugar del jueves, trabajaría al día siguiente puesto que se celebraba *Halloween*

y era una noche de bastante trabajo. Se notaba en el ambiente las ganas que la gente tenía de que

llegase la noche del lunes, todos excepto Mick, quien se encontraba para nada entusiasmado con

nuestra idea de ir disfrazados al día siguiente. Él estaba incluido, por supuesto. Anticipándonos a su

negativa, fue Liam quien se encargó de encontrarle un disfraz apropiado para la ocasión y debo

admitir que de haber estado en su lugar yo también estaría preocupada. Sus gruñidos eran algo

habitual y a lo que generalmente no prestábamos atención pues formaban parte de su encanto natural,

pero aquella noche lo convirtieron en el blanco de nuestras bromas y en un sujeto fácil de torturar.

Incluso Brooklyn se nos unió sin importarle lo más mínimo el ser la más reciente incorporación a la

plantilla y, por consiguiente, la que más probabilidades tenía de ser despedida; apuntaba maneras y, a

decir verdad, me gustaba trabajar junto a ella.

El bar estaba lleno y mientras Tucker trataba —sin éxito— de llevarse a Brooklyn a su terreno,

yo charlaba con Luke siempre que tenía un respiro entre cliente y cliente. En eso estábamos cuando vi

aparecer por la puerta a Jen, que iba cogida de la mano del chico con el que coqueteó unos días atrás

—Jeremy, si recordaba bien—, y cerrando la marcha se encontraba un ceñudo Terry. Algo curioso,

pues era extraño ver aquella expresión en su rostro. Mi amiga besó a su más reciente conquista y, tras

un breve intercambio de palabras, él se dirigió hacia un grupo bastante ruidoso de gente que supuse

serían sus amigos y ella se encaminó hacia nosotros con una brillante sonrisa plasmada en su rostro

que no decayó ni siquiera bajo el severo y riguroso escrutinio de mi hermano.

—¡Hola! —Prácticamente brincó sobre la barra, de modo que me acerqué para besarla en la

mejilla, contagiada de su buen humor.

—¿No vas a presentarnos a tu amigo? —preguntó Luke con brusquedad.

Ella se giró con rictus serio y colocó una mano en su cadera mientras con la otra gesticulaba

burlándose de mi hermano.

—¡Hola, Luke! ¿Qué tal estás? —Giró sobre sí misma dándole la espalda a mi hermano e

imitando su voz—. Todo bien, Jen, ¿cómo te encuentras? —Volvió a girar para encararlo—. ¡Oh,

perfectamente! Muchas gracias. —Entornó los ojos y lo taladró con la mirada. Mi hermano,

impávido, se limitó a enarcar las cejas—. Y así es como se saludan las personas normales.

Ella, que se había girado para estar cara a cara conmigo, cerró los ojos cuando mi hermano

volvió a hablar.

—¿Quién es? —Apuntó con la barbilla hacia el tipo en cuestión cuando Jen se volvió para

encararlo.

—Con quién salga no es de tu maldita incumbencia, Lucas —siseó, y supe que estaban a punto

de discutir de nuevo. No le dio tiempo a responder cuando, de repente, cambió su tono a uno más

burlón—. Por cierto, ¿dónde te has dejado a *barbie* esta noche? ¿Tenía cita con su cirujano plástico,

quizás?

—Para tu información, ya no estamos juntos —respondió con tranquilidad—. Pero debo decir,

Jen, que me decepcionas. —Ladeó ligeramente la cabeza, observándola, reprendiéndola con la

mirada—. Que ella tenga mucho de lo que tú aún careces, no significa que merezca tus insultos y

mofas infantiles.

Por Dios, pero ¿qué le ocurría? Miré a mi hermano, a aquel hombre que de repente me resultaba

del todo desconocido por las crueles palabras que cada vez con más frecuencia lanzaba a mi amiga.

Vi cómo ella se contenía para no abalanzarse contra él y cuando abrió la boca para responder, decidí

que era mi turno para intervenir.

—Jen, ¿qué te sirvo, cariño? —Me ignoró, de hecho, estoy convencida de que ni siquiera me

escuchó tan concentrada como estaba en asesinar a mi hermano con la mirada—. ¡Jen! —repetí esta

vez más alto para captar su atención.

Tardó unos segundos, pero finalmente me miró, aunque se la veía un poco aturdida.

—Sí, eh... una cerveza y... —Pensó un par de segundos—. Un orgasmo en la playa.

¡Maldita! Sabía que aún me costaba hacerme con la coctelera.

—¿Y algo más rapidito?

Enarcó una de sus oscuras cejas y tamborileó los dedos sobre la barra.

—No, me apetece un orgasmo en la playa.

Ambas ignoramos el desdeñoso bufido de Luke. Brooklyn, que se encontraba cerca, puso una

mano en mi hombro y sin ni siquiera detenerse se ofreció a prepararlo.

—Yo me hago cargo, Mia. —Sonrió—. Quizás mientras, vuestro amigo encuentre otra damisela

dispuesta a suspirar por él.

Tucker, que se encontraba cerca, la escuchó y protestó fingiéndose ofendido. Reí, pero no puedo

decir lo mismo de mis dos acompañantes quienes no parecían estar de ánimos. Decidí optar por un

tema seguro que no provocase tensión mientras Jen conseguía su dichoso cóctel.

—Bueno, ¿qué tal el trabajo en la clínica?

Mi amiga, tan apasionada de los animales como era, sonrió brillante. Ilusionada.

—Es genial, Mia y mi jefe... oh, ¡deberías verlo! —Me miró con un brillo pícaro en los ojos y

comenzó a gesticular—. Rozando los cuarenta, alto, atractivo y, por si fuera poco, es una de las

personas más desinteresadas que he conocido; el otro día, sin ir m...

—Ten cuidado, Jen —interrumpió Luke con tono mordaz—. No creo que

hable muy bien de ti

que te tires a tu jefe y, además, ¿qué sería de tu nuevo amigo?

Ella hervía de furia, pude verlo. No solo eso, sino que la comprendía a la perfección. Ella y mi

hermano siempre tuvieron una relación bastante peculiar, pero jamás habían llegado a esos extremos

y me dolía. Me dolía profundamente porque los amaba a ambos. No podía seguir ignorando que, lo

que comenzaron siendo pequeñas riñas propias de amigos y familia, se recrudecían de forma gradual.

Por ambas partes. Sin embargo, lo de esa noche... hablaría con Luke, necesitaba comprender el

porqué de una actitud tan impropia de él.

Brooklyn dejó el combinado de Jen en la barra, pero, puede que percibiendo la tensión en el

ambiente, no tardó en irse; le dirigí una sonrisa de agradecimiento y cogí la cerveza para que mi

amiga pudiese marcharse con su cita antes de que aquello acabase convirtiéndose en una batalla.

Asió las bebidas, pero no me miró, sino que clavó los ojos en Luke y yo... yo me preparé para lo que

pudiera venir.

—¿Sabes? De hecho, es un hombre al que admiro profundamente —habló con voz calmada, algo

que me sorprendió—. Reúne todas las cualidades que cualquier mujer pueda

desear, pero estoy en

una relación. —Esas eran nuevas noticias para mí y fruncí el ceño—.  
Deberías probarlo alguna vez,

ya sabes... ¿Fidelidad? ¿Compromiso? Sé que esos conceptos te resultarán  
extraños, pero no forman

parte de ninguna utopía.

Giró sobre sus talones para marcharse sin esperar respuesta.

—Lo haré cuando encuentre a una mujer que realmente merezca la pena. —  
Luke alzó la voz para

hacerse oír sobre el barullo—. Ya sabes, la indicada.

Ella se detuvo en seco. Un cliente reclamaba mi atención, de manera que  
también comencé a

caminar hacia él y decidí dejar que ellos se apañasen o que con suerte se  
ignorasen por el resto de la

noche.

—¡¡Hijo de puta!! —suspiré y me detuve en seco yo también. A ese ritmo  
Mick acabaría

despidiéndome—. ¡Maldito pedazo de mierda!

Por un segundo, pensé que aquellas maldiciones de Jen iban dirigidas a mi  
hermano y supongo

que a él le ocurrió lo mismo. Pero mi amiga no lo miraba, de hecho, creo que  
se olvidó de la

conversación anterior cuando se percató de la persona que se abría paso en  
aquel momento hacia la

barra.

Peter.

¿Qué, en el nombre del cielo, estaba haciendo allí?

¡Jesús! Estaba claro que iba a conseguir suficientes distracciones aquella noche como para

compensar lo que quedaba de año.

Antes de poder parpadear, Jen se abalanzó sobre él y comenzó a gesticular furiosa; no gritó,

pero no necesitaba escuchar las amenazas que sin duda le estaría dirigiendo. De pronto, vi cómo mi

hermano la asió por la cintura y, como si no pesara nada, como si se tratase de un pequeño e

insignificante obstáculo, la alzó en el aire y la giró para dejarla tras él y así tener el camino libre con

mi ex. Ya me estaba moviendo para salir a su encuentro cuando otro actor inesperado apareció en

escena.

Ethan.

¿En serio?

Nosotros dejábamos en vergüenza al camarote de los hermanos Marx.

Jen, indignada, se dirigió hacia mí despotricando sobre la falta de tacto de mi hermano al

robarle su momento. Pero no me importaba, tenía que llegar hasta ellos, porque la mirada confiada

que segundos antes lucía Peter se había transformado en una de inquietud. Fuera lo que fuese lo que

Ethan y mi hermano le estaban diciendo, no podía saberlo. Además, ambos me daban la espalda en

ese momento de manera que ni siquiera podía ver sus expresiones. Sé que fueron solo segundos, pero

en ese pequeño lapso de tiempo mi hermano consiguió que Peter lo acompañase a la calle tras

propinarle una poco amistosa palmada en la espalda.

Me disponía a perseguirlos, a interrumpir lo que fuese que estaba ocurriendo en ese instante...

hasta que un amplio pecho se interpuso en mi camino.

Reconocía aquella chaqueta de cuero. Dormí la noche anterior con mi mejilla apoyada sobre el

pecho del hombre que la vestía e incluso con los ojos cerrados, reconocería aquel aroma entre un

millón. Con un suspiro de derrota, levanté la mirada hacia él y, tal como ocurría siempre que lo tenía

delante, su imponente presencia me dejó momentáneamente paralizada.

—Necesito que me dejes pasar.

—No lo creo —replicó serio—. ¿Qué hacía ese imbécil aquí?

Poco le importaba a él.

—No tengo ni idea y, si te apartas, podré averiguarlo por su propia boca.

Si es que mi hermano no se la había golpeado ya.

—Según me dijiste, todo entre vosotros está terminado. —Enarcó las cejas—.  
De forma

definitiva, además. Así que no le veo sentido ni a su presencia aquí esta  
noche, ni a tu interés en

hablar con él.

Oh, de ninguna manera.

—Escúchame bien —espeté y clavé mi dedo en su pecho—. No sé quién te  
has creído que eres

para pensar que puedes opinar sobre con quién puedo o no hablar, pero si por  
un segundo piensas que

después de lo de anoche v...

—La noche de ayer ha sido lo mejor que me ha ocurrido en muchísimo  
tiempo. —Con más

suavidad de la que podría imaginar, apartó mi dedo acusador, sujetó mi mano  
y la llevó a sus labios

para besarla, dejándome aturdida—. Y lo de esta mañana ha sido un  
malentendido que espero que

hayas visto a estas alturas.

¿Me estaba culpando a mí?

—Te dije que necesitaba tiempo —repliqué apartando la mano y cruzándome  
de brazos.

Enarcó las cejas y me dedicó esa media sonrisa ladeada que le daba un  
aspecto aún más

canalla, si es que aquello era posible.

—Y yo considero que ya te he concedido el suficiente.

Gruñí. Sí, gruñí porque era de lo más exasperante.

Me disponía a responder cuando vi aparecer a mi hermano con una presuntuosa sonrisa

plasmada en su rostro y me dirigí hacia él.

—¿Qué has hecho?

—Hermanita, no te preocupes. —Rodeo mis hombros con uno de sus brazos —. Solo le he dado

unas pocas indicaciones para que pase la noche en otro local.

—Luke, no tenías ningún derecho a dec...

—Tengo todo el derecho. —Me soltó y se paró frente a mí, agarrándome los hombros y

mirándome directamente a los ojos—. Ese tío es un pedazo de mierda que no merece respirar el

mismo aire que tú. Hiciste bien en sacarlo de tu vida, pero si lo vuelvo a ver por aquí le daré tal

paliza que tendrán que identificarlo por su expediente dental.

Me sonrió, pero supe que hablaba en serio. No dudaría en llevar a cabo su promesa incluso si

eso le acarreaba problemas en su trabajo. Miré a Ethan, se veía mortalmente serio y comprendí que,

pese a no estar definido lo que éramos, actuaría de igual forma. Me desesperaba su necesidad de

protegerme siempre. Lo entendía, de veras que sí, pero me volvía loca.

Devolví la sonrisa a mi

hermano y lo besé en la mejilla.

»Además —dijo con voz burlona cuando ya me apartaba de él—, tengo el visto bueno de Mick

para echarlo a patadas si se le ocurre aparecer de nuevo.

Me quedé paralizada. Vi que Luke cabeceaba en dirección a la barra y me giré para encontrar a

mi jefe devolviendo el gesto.

Aaargh.

Entrecerré los ojos y bufé de forma muy poco femenina.

—Sois... sois... ¡Por mí podéis iros todos a sembrar tomates!

Mi hermano se carcajeó y Ethan lo miró conteniéndose.

—Es su delicada forma de mandarnos a la mierda, compañero.

Me marché y los dejé allí a ambos riéndose a mi costa. Sí, Ethan se estaba riendo y con ganas.

Reprimí mi propia sonrisa al escucharlo cuando vi que Mick me observaba atentamente; le lancé una

mala mirada y volví al trabajo.

Manteniendo mi papel de mujer ofendida, traté de ignorarlos el resto de la noche, hablándoles

solo lo imprescindible cuando tenía que atenderlos; y sí, Mick también recibió el tratamiento del

silencio... hasta que me recordó por lo que estaba dispuesto a pasar la noche

siguiente por lo mucho

que nos apreciaba a todos. No me quedó más remedio que aceptar la derrota e ignorar su intromisión

en mi vida privada, aunque, como él alegó, no se trataba de tal cosa, sino que simplemente se

reservaba el derecho de admisión en su local.

Nada más que decir por mi parte.

Estaba riéndome de un comentario de Liam cuando, incluso antes de verlo, lo sentí a mi espalda;

dirigí la mirada hacia el espejo y allí estaba él, lanzando dagas por los ojos a mi compañero.

—Todo tuyo, nena —murmuró este junto a mi oreja.

Suspiré y me giré.

—¿Otra cerveza? —Dos palabras. Las mismas que le había dirigido siempre que se acercaba a

la barra.

—Parece ser —dijo ignorando mi pregunta y siguiendo a Liam con la mirada, que atendía a un

par de chicas—, que debo estar atento a todos los hombres que pululan a tu alrededor.

Puse una mano en mi cadera.

—Para empezar, nadie «pulula» a mi alrededor y, aunque así fuera, no soy tu problema. —Abrió

la boca, pero continué hablando antes de darle tiempo a responder—. Por otro

lado, en el caso de

Liam, eres tú quien debería tener cuidado, no yo.

Me miró en silencio. Después a Liam. Tardó unos segundos, pero cuando mis palabras calaron

en su mente, una pequeña O se formó en sus sensuales labios. Eso no lo vio venir y era tal su

expresión de sorpresa que no pude evitar reír. Sacudí la cabeza y, aunque no me lo había confirmado,

le serví lo mismo de siempre. Otro cliente reclamaba mi atención y, tras atenderle, confirmé que

Ethan continuaba apoyado en la barra. De hecho, se le veía muy cómodo y con pocas intenciones de

moverse de allí.

Continué trabajando, charlando con los clientes e ignorándolo de forma descarada hasta que,

veinte minutos después, no pude soportarlo más.

—¿Qué? —Enarcó las cejas y me impacienté—. ¿Qué quieres? —Continuó mirándome en

silencio con una medio sonrisa insolente dibujada en sus labios—. ¿Acaso piensas quedarte ahí como

un halcón toda la noche?

—No tengo nada mejor que hacer. —Fue su escueta respuesta.

—¿Qué quieres de mí, Ethan? —Alcé las manos en el aire, exasperada—. Te lo estoy poniendo

fácil, no te he pedido nada aparte de un poco de espacio.

Ladeó la cabeza escrutándome con aquella penetrante mirada que me hacía revolverme en el

sitio.

—¿Quién dice que lo quiero fácil?

¡Jesús! No lograba entender a este hombre.

—¿Me estás diciendo que ahora que te pido espacio, es cuando tú estás interesado? ¿De eso se

trata?

—En ningún momento he dejado de estar interesado, Mia.

—Porque, déjame decirte, que no estoy tratando de hacerme la difícil, lo que te dij...

—Para un momento —me interrumpió, y lo curioso es que parecía divertido—. Hablo en serio

cuando digo que sigo queriendo esto tanto como lo hacía esta mañana, anoche y la semana pasada. De

hecho... —Se pasó la mano por su rasposo mentón—. Si lo pienso bien, ha sido así desde la noche

en que nos conocimos.

Lo miré.

Lo miré incapaz de articular palabra.

¿Qué me estaba diciendo exactamente? Quería preguntárselo y al mismo tiempo me asustaba

hacerlo. Él mismo me dejó claro lo que pensaba del amor y del romanticismo. Me constaba que

nunca se ataba a nadie para algo que no fuese sexo casual y sin ataduras. No era posible que

estuviese insinuando que quería comenzar una relación conmigo, ¿o sí?

—Pero esta mañana... —Mi voz estaba teñida de dudas y ni siquiera acabé la frase.

—Ya te dije, o al menos eso intenté... —Enarcó una ceja y supe que aún le molestaba que le

hubiese cerrado la puerta en las narices. Suspiró—. Mia, todo esto es nuevo para mí y hay muchos

factores a tener en cuenta. —Miró atrás brevemente hacia el lugar en el que se encontraba mi

hermano—. Es solo que no quiero joderla contigo y quería poner mis pensamientos en orden, eso es

todo.

Sabía que apreciaba a mi hermano, además de su compañero era su amigo y, aunque lo entendía,

continuaba pensando que cómo me sintiera yo debería ser su prioridad y después podríamos

ocuparnos de todo lo demás. Juntos.

—Mira, como te he dicho, no te estoy pidiendo nada más que lo que ya teníamos antes de lo de

anoche. —No podía creer lo que estaba a punto de decir—. Te estoy dando un pase libre. Sé que no

te van las relaciones y no creo que sea eso lo que realmente quieres ahora, de modo que... —Hice un

gesto vago con la mano—. Te libero de la obligación que puedas creer que tienes conmigo.

Me miró impasible. Esperé a que dijese algo y...

Se rio. De hecho, lo hizo con ganas, una risa ronca, profunda y sincera. Me crucé de brazos,

aunque me sentía completamente desconcertada por su reacción ya que, sin duda, no era eso lo que

esperaba.

—Tú... —Levantó un dedo pidiendo un momento y dio un sorbo a su cerveza—. ¿Tú me

liberas? —Sacudió la cabeza e hizo algo inesperado: se inclinó sobre la barra, alargó la mano y

acunó mi nuca en aquel gesto que consideraba tan nuestro mientras me perforaba con sus ojos azules

—. Mia, ¿de qué demonios estás hablando?

—Creo que resulta bastante obvio. —Me puse a la defensiva. Estaba hablando en serio y él se

lo tomaba a broma.

—Teniendo en cuenta que no tengo ni una jodida idea de lo que estás tratando de decir,

explícamelo del modo en que lo harías con un niño. —Acercó su rostro al mío hasta que entre

nuestros labios apenas quedaba un suspiro—. Dímelo claro, cariño.

Oh, por Dios.

Estaba jugando sucio. Lamí mis labios que, repentinamente, sentía resecos y me aclaré la

garganta antes de darle lo que me pedía.

—Lo tuyo es el sexo casual. —Levanté un dedo y continué haciéndolo mientras enumeraba todas

las razones por las que cada uno debía seguir su camino—. No te van las relaciones ni crees en ellas

o en el amor. —Tomé una respiración profunda—. Si soy fiel a mí misma y a lo que siento, no puedo

darte eso a lo que estás acostumbrado con otras mujeres sin salir mal parada en el proceso y, por otro

lado, si lo nuestro sale mal sería un desastre de grandes proporciones no solo porque somos vecinos

y tendríamos que vernos cada día, sino porque eres amigo de mi hermano y sé que una de las razones

por las que no has intentado algo conmigo es porque te preocupa lo que él piense al respecto.

—¿Eso es lo que crees? —Fruncí el ceño ante su pregunta.

También, no lo negaré, me sentía un poco inquieta por la imagen que debíamos dar en ese

momento a cualquiera que nos viese. Quizás resulte hipócrita, pero si lo nuestro se iba a quedar en un

simple encuentro, no quería que Luke nos viese de aquella manera e interpretase algo que diera lugar

a una discusión.

—Tendrás que ser un poco más específico. —Intenté apartarme, pero me lo impidió cuando, no

solo se negó a soltar mi nuca, sino que nos acercó aún más.

—Cómo bien dices, tu hermano, además de mi compañero, es mi amigo, una de las pocas

personas a las que confiaría mi vida sin dudarlo ni un maldito segundo. Lo admiro y lo respeto, del

mismo modo que lo hago con tu padre. —Acercó los labios a mi oreja y su voz se profundizó—.

Ocupan un lugar importante en mi vida, pero ahora... ahora también estás tú y, de algún modo, te has

convertido en la primera en mi lista de prioridades. No pienso ir a ningún sitio que no sea tu cama.

Esta noche. Contigo. Es lo único en lo que he pensado durante todo el puto día. —Me estremecí a

causa de sus palabras. Ni siquiera sé el momento en el que mis manos se aferraron a su camiseta; las

aplané sobre sus pectorales y deseé recorrer y acariciar aquel firme pecho sin temor a verme

cuestionada o reprendida—. Si aún no he besado esos labios jodidamente sexys hasta hacerlos

enrojecer, es por respeto a ti y a que estás en tu puesto de trabajo, pero me importa una mierda quién

nos vea, lo que piensen o lo que tengan que decir al respecto, y vas a poder comprobarlo por ti

misma.

Fue tan rápido que, a menos que alguien hubiera estado pendiente, se lo habría perdido; un beso,

sus dientes raspando mis labios y una ligera caricia de su nariz en mi mejilla, eso fue todo cuanto

necesité para dejarme sin palabras. Al momento siguiente, me guiñó un ojo, cogió su cerveza y, con

paso decidido, se encaminó hacia donde se encontraba mi hermano con el resto de los muchachos y

algunas otras personas que no conocía.

Parpadeé y me quedé embelesada admirando su trasero, su ancha y fuerte espalda y, en general,

todo él; el conjunto más sexy con el que me había topado en mi vida y que debajo de la ropa solo

mejoraba.

Entonces, algo hizo clic y atravesó aquella nube lujuriosa que embotaba mi mente casi cada vez

que Ethan se encontraba cerca, y me puse en movimiento. No podía pretender hacer lo que yo creía,

¿cierto? Por supuesto que sí. Él no pensaba, no era capaz de esperar a un momento más propicio y ni

siquiera se le ocurrió que, en el caso de que realmente estuviéramos juntos, me gustaría ser yo quien

hablase con Luke. Pues claro que no, como buen hombre de las cavernas que era tenía que encargarse

él, en el bar, en mi lugar de trabajo y que, además, estaba repleto de gente. Perfecto para montar una

escena, tal como sospechaba que ocurriría si no llegaba a tiempo.

No fui lo suficientemente rápida. Sin importar que llevase mi uniforme de trabajo y que la gente

me conociese, también era pequeña, de manera que resultaba un tanto complicado abrirse paso entre

las personas que abarrotaban el local; me irrité, puesto que, cuando Ethan me dejó en la barra un

momento antes admirando su apretado trasero, atravesó la estancia como si se tratara de Moisés

abriendo las aguas del Mar Rojo. Yo, sin embargo, tropecé, codeé y me disculpé varias veces hasta

que por fin llegué hasta ellos.

Supe el segundo exacto en el que se lo dijo; cuáles pudieron ser sus palabras exactas, no tenía la

menor idea, pero me lo imaginaba. El semblante de mi hermano cambió de forma drástica ya que

pasó de lucir una amigable sonrisa mientras apoyaba la mano en el hombro de su amigo, a fruncir el

ceño, a romper todo contacto físico entre ellos dando un paso atrás y a escrutar el rostro de Ethan en

busca de confirmación. Como si pensara que aquello solo podía tratarse de una broma de mal gusto y

debiera cerciorarse.

Primero la incredulidad y luego la rabia se reflejaron en la cara de mi hermano, mientras que

Ethan se cruzó de brazos y se mantuvo estoico en el lugar, ya preparado para lo que fuese que su

compañero pudiera lanzarle a la cara.

Sin embargo, no fue a él a quien se dirigió primero, ni mucho menos. La primera persona a la

que exigió una explicación fue a mí. Era tal la decepción y el enfado que vi reflejados en su mirada

que no supe cómo reaccionar en un principio, mucho menos, sin saber exactamente qué le había

contado sobre nosotros.

—Dime que no es verdad —demandó furioso y con los puños apretados—. Dime que está

jodidamente bromeando y que no estáis juntos.

## Capítulo 20

Creer en una familia como la mía siendo la benjamina tiene, como todo en esta vida, sus ventajas e

inconvenientes. Del mismo modo que eres la más mimada y quien suele acaparar toda la atención,

también te conviertes en algo precioso que cuidar y proteger, más aún siendo niña, sin importar lo

arcaico o anticuado que esto pueda sonar. Todas las niñas tienen un héroe cuando son pequeñas y

este, por lo general, suele ser su padre; yo tuve dos, pues también contaba con

mi hermano mayor.

Aquel que sí, se metía conmigo, me chinchaba o ignoraba a veces cuando de forma incansable

insistía en estar con él y sus amigos; también era el chico fuerte que me cuidaba, me hacía reír,

soportaba con estoicismo las horas de té acompañando a mis muñecas, me enseñaba y explicaba todo

aquello que no entendía, y mantenía a raya a los matones y a los chicos con dudosas intenciones hacia

mí. Por supuesto, él no discriminaba y trataba de mantener a raya tanto a los malos como a los

buenos, de forma que conseguir una cita para el baile o simplemente para ir al cine o a tomar un

helado se acababa convirtiendo en una misión casi imposible.

El problema ahora radicaba en que él parecía no entender que ya no era aquella niña con

coletas, sino una mujer independiente de veinticuatro años que, por más que lo amase, no le debía

explicación alguna con respecto a lo que hacía con su vida.

Se tomó esas libertades cuando echó a Peter unas horas antes, pero no dejaría pasar esta

segunda ocasión.

Puse las manos en mis caderas y le sostuve la mirada.

—Si estamos o no juntos, no creo que sea de tu incumbencia, Luke.

Además de que, sin importar las palabras de Ethan, eso era algo que aún estaba por determinar.

Pero, por supuesto, no pensaba reconocerlo en voz alta.

—Eres mi hermana pequeña —espetó y dio un paso hacia mí—. Por supuesto que me incumbe,

¿sabes si quiera con quién te estás enredando?

—¿Con tu mejor amigo? —pregunté con tono mordaz y enarcando las cejas.

—¡Exactamente! —Lo señaló por encima del hombro, pero no apartó la mirada de mí en ningún

momento—. Lo conozco mejor que nadie, lo cual te incluye a ti, y sin importar que sea un buen

hombre y mejor compañero, también sé que es un completo cabrón con las mujeres...

—Muchas gracias, compañero —murmuró Ethan ante sus palabras.

Luke pareció no escucharlo o simplemente decidió ignorarlo antes de continuar.

—... ¿Sabes siquiera con cuántas ha follado? ¿A cuántas le he visto darle boleteo? ¿Te ha

hablado de Vivian y de que ayer mismo estuvo con ella? —No creo que mi hermano lo percibiera,

pero aquellas últimas palabras fueron como un puñetazo en mis entrañas. Sí, por supuesto que sabía

quién era Vivian, pero, lo de ayer... ¿fue de allí de dónde venía antes de que nos acostásemos juntos?

¿Estuvo con ella y conmigo la misma noche? Miré a Ethan quien, a su vez,

tenía aquellos preciosos

ojos azules clavados en mí; no supe qué querían transmitirme en aquel momento, solo sabía lo que

necesitaba que dijese.

—Por supuesto que sé quién es Vivian —respondí cuando conseguí volver a mirar a mi

hermano, y traté de imprimir a mi voz toda la seguridad que en mi interior flaqueaba a causa de las

dudas y preguntas sin respuesta.

—Bien, ¡pues que me condenen si permito que te conviertas en otra muesca de su cinturón! —

Alzó las manos al aire y después me señaló—. ¡No pienso consentirlo!

Me envaré.

—Puesto que no tienes ninguna autoridad en lo referente a mi vida privada, no hay nada aquí

que puedas o no permitir. —Ahora fue mi turno para señalarlo o, más bien, apuñalarlo con mi dedo

índice en el pecho—. Con quién comparta mi cama, mi corazón o mi vida, es problema mío, y solo

mío.

Tan concentrada estaba en mi hermano y en nuestra discusión que, cuando sentí unos brazos

rodearme la cintura desde atrás, di un respingo. Eso fue hasta que su aroma y el calor que desprendía

actuaron como un bálsamo calmante; no solo eso, sino que estaba allí para reconfortarme y apoyarme

porque, aunque fue él quien comenzó todo aquello al hablar con Luke, me dejó lidiar con ello a mi

manera incluso si él también tenía mucho que decir al respecto.

Aún teníamos mucho que discutir y aclarar, entre otras cosas, y siendo lo primero de la lista

estaba, lo que comentó mi hermano sobre la noche anterior con Vivian. Pero allí, en aquel momento,

éramos un frente unido ante aquel intento de mi hermano de imponer su autoridad. O la que él creía

que tenía.

Puse una de mis manos sobre las suyas, que estaban unidas en mi cintura. Luke no se perdió el

movimiento y tardó poco en estallar.

—Aparta tus jodidas manos de mi hermana ahora mismo.

—Lo siento, compañero —replicó Ethan con voz calmada—, pero eso solo sucederá si es ella

quien me lo pide.

—¿Qué coño crees que estás haciendo, Reed? —Se pellizcó el puente de la nariz y tomó una

respiración profunda antes de volver a taladrar a Ethan con la mirada mientras a mí me ignoraba—.

Esto no es ningún puto juego, es mi hermana de la que estamos hablando, maldita sea. No es como las

mujeres a las que estás acostumbrado y, comparada contigo, es solo una niña.

Hirviendo de indignación, traté de dar un paso adelante, pero Ethan apretó mi cintura y me

mantuvo en el lugar, aunque no ocurrió lo mismo con mi voz.

—¡Ese es tu maldito problema, Lucas! ¡No soy ninguna niña, sino una mujer, aunque te niegues a

verlo! —Estaba gritando, algo que en muy raras ocasiones hacía, pero aquello fue la gota que colmó

el vaso—. ¡Me gusta mi vida, mi independencia, me gustan los hombres y... y me encanta el sexo!

Justo ahí, viví uno de los momentos más humillantes de toda mi vida porque, en el preciso

momento en el que pronuncié las últimas palabras, se produjo un corte entre canción y canción de

modo que mi voz pareció alzarse por encima de todo lo demás. Las conversaciones, las risas, el

entrechocar de vasos... todo quedó relegado a un segundo plano, o al menos así fue como lo percibí

yo. Miré a mi alrededor percatándome de las distintas reacciones que mis palabras suscitaban entre

quienes se encontraban cerca. Los ojos de mi hermano se agrandaron de forma desmesurada,

probablemente en shock por mi declaración y es que no parecía querer ver que sí, era su hermana,

pero también una mujer sexualmente activa y ya era hora de que lo aceptase de una vez. Terry y

Tucker, que se encontraban cerca, miraban de hito en hito, pero sin inmiscuirse en ningún momento en

la discusión —una sabia decisión, debo añadir—. No podía ver a Ethan, pero, incluso sobre el

sonido de *Holiday* de Greenday , escuché su murmurado y apreciativo «joder, nena». No solo eso,

sino que me sentí aún más mortificada cuando noté su pecho sacudirse contra mi espalda.

Maravilloso. Era realmente maravilloso que eligiese aquella noche, aquel momento, para honrarnos

con su rara y despreocupada risa.

Liam caminaba con una bandeja en dirección a la barra y, por supuesto, no dejó pasar la ocasión

de hacerme saber que me había escuchado.

—Estoy contigo, encanto. —Acompañó sus palabras con un guiño juguetón y se marchó.

Luke puso una de las manos en su cintura y con la otra se pellizcó el puente de la nariz, con la

cabeza gacha. No estaba segura de si estaba tratando de calmarse, de poner en orden sus ideas o

buscando la mejor forma de enfrentar la situación antes de decir algo que pudiera crispar más el

ambiente. Sea como fuere, la poca mecha que le quedaba pareció esfumarse con la llegada de Jen.

—¿Se puede saber qué está ocurriendo? —Miró entre los tres y entonces cayó en la cuenta de la

posición en la que nos encontrábamos Ethan y yo, con sus brazos rodeando mi cintura. Tardó un par

de segundos en sumar dos más dos—. Oh, ya veo. —Sonrió y palmeó el brazo de Ethan antes de fijar

sus oscuros ojos en mí con preocupación—. ¿Te encuentras bien? No es que no esté feliz por ti, que

lo estoy, pero quizás deberíais hablar de esto en otro lugar. —Miró de reojo a mi hermano—. Estáis

llamando la atenc...

—Lo que hablemos o dónde lo hagamos, no es de tu maldita incumbencia — espetó Luke. Lanzó

una breve y desagradable mirada a Jeremy, que llegó en ese momento y rodeó los hombros de mi

amiga con uno de sus fornidos brazos—. Esto es un asunto familiar, de manera que puedes largarte

porque no pintas absolutamente nada aquí.

Jadeé.

Miré a mi hermano absolutamente desconcertada y herida por sus palabras. Por lo que estas

implicaban, máxime porque se las hubiese dicho a ella. Precisamente a ella.

Jen se veía petrificada, en shock. Más herida de lo que jamás la hubiese visto, lo cual ya era

decir mucho. Incluso Terry y Tucker, que lo habían escuchado también, se veían atónitos. Aquel

hombre distaba mucho de ser mi Lucas. Ella no apartó en ningún momento la

mirada de él y, pasados

unos segundos, se recompuso y enderezó la postura; aunque yo, que la conocía bien, no me perdí el

dolor que brillaba en sus rasgados y oscuros ojos.

—Esta ha sido la última vez, Luke —dijo con voz serena y clara, negando con la cabeza—. Te

lo aseguro, la última vez. —Parpadeó y me besó en la mejilla antes de marcharse—. No quiero

alterar más la situación, llámame mañana, cariño.

Sin otra palabra o mirada, giró sobre sus talones y se marchó acompañada por aquel tipo. Se me

anegaron los ojos de lágrimas cuando la vi desaparecer entre las personas que seguían charlando y

disfrutando de la noche, sin ser conscientes de que ante ellos estaba pasando una mujer

profundamente dolida, aunque ella jamás se permitiera reconocerlo.

—¿Por qué has hecho eso? —inquirí y, con furia, limpié una lágrima de mi mejilla. Vi cómo mi

hermano apretaba la mandíbula con la vista clavada en la dirección por la que Jen se había marchado

segundos antes—. No te reconozco, Lucas. De verdad que no.

Un pesado silencio se instaló en nuestro pequeño grupo.

¡Dios! No sabía qué hacer, qué decir. Me sentía superada por toda la situación. Por la reacción

desmedida de mi hermano tanto con Jen como conmigo y por el hecho de que se opusiera con tal

fervor a una posible relación entre Ethan y yo. Tampoco entendía que este estuviera tan obcecado en

comenzar algo conmigo de repente y que, necesitando demostrarme hasta qué punto iba en serio, no

hubiese podido esperar a otro momento para hablar con mi hermano. O al menos permitirme a mí dar

ese paso. Quizás así hubiésemos evitado todo aquello. O no.

Mick apareció un instante después, lanzó sendas miradas de advertencia a Ethan y a mi hermano,

y me pidió que lo acompañase. Lo hice, pero debo admitir que con cierta renuencia pues no quería

dejarlos allí sin mí para mediar entre ellos. Una vez llegamos a la sala de personal, mi jefe, con un

tacto poco habitual en él, me pidió que cogieses unos días libres, de hecho, me dio toda aquella

semana, de manera que no tendría que volver al trabajo hasta el jueves siguiente si no había novedad

en el frente. Me dolió aquello, no lo negaré, pero él adujo que entendía que mi vida estaba

atravesando ciertos cambios y que necesitaba poner todo en orden; nos quería, dijo, nos consideraba

parte de la familia, pero no quería verse en medio de ciertos tipos de dramas. Alegué que la noche

siguiente habría mucha clientela y que me necesitaría, pero él lo desestimó

porque contando con

Brooklyn no habría ningún problema. Sí, aquello también picó. Sin embargo, lo entendía, de veras

que sí.

Confundida, cansada y dolida, cogí mi bolso y chaqueta, lo besé en la mejilla y, tras desearle

buenas noches, me despedí de él hasta la próxima semana. Cuando llegué al bar no había ni rastro de

mi hermano; Terry y Tucker estaban charlando con un par de amigos y algunas chicas, y Ethan me

esperaba apoyado en un taburete con expresión sombría y los brazos cruzados. Me despedí de los

chicos y, en silencio, nos dirigimos hacia la calle con la reconfortante sensación que me producía su

mano apoyada en mi espalda baja. No rompió el contacto hasta que me hube acomodado en su coche.

Durante la mayor parte del trayecto ninguno habló, ambos sumidos en nuestros propios pensamientos

o, quizás, esperando escuchar qué tenía que decir la otra parte con respecto a lo sucedido.

Iba mirando las calles pasar a través del cristal de mi ventanilla, cuando decidí dar yo el primer

paso.

—¿Por qué se lo dijiste? ¿Por qué allí y de ese modo?

—¿Pretendías mantener lo nuestro en secreto?

Clavé la mirada en él, que a su vez me dirigió una fugaz a mí.

—Esa no es una respuesta —repliqué. Bajó el volumen de la música y supe que tenía toda su

atención—. Podrías haber esperado, ni siquiera yo tengo claro lo que está ocurriendo entre nosotros,

Ethan. Aún hay cosas que debemos aclarar, ciertas... cuestiones que necesito que me expliques. —

Sacudí la cabeza reviviendo el desagradable momento vivido entre los tres, los cuatro, incluyendo a

Jen—. No debiste hacerlo, no así, sabes lo protector que es y tú... sois amigos, compañeros, debiste

imaginar cómo se lo tomaría.

Dejó salir una fuerte respiración y me miró.

—¿Qué necesitas que te explique?

—¿Perdón?

—Has dicho que hay ciertas cuestiones que debemos aclarar y otras que necesitas que te

explique, dime cuáles.

Bueno, había muchas cosas que quería saber, pero la más apremiante...

—¿Estuviste anoche con ella?

Supongo que estaba preparado para aquella pregunta porque no se veía para nada sorprendido,

de hecho, probablemente esperaba que se la hubiese hecho antes, sabedor de lo impaciente que me

volvía siempre que quería saber algo.

—Sí, sí estuve con Vivian anoche. —Se me encogió el corazón e incluso me falló la

respiración. Fue tal el latigazo de dolor que sentí, que no pude continuar mirándolo, tampoco quería

que él fuese testigo de las lágrimas que de forma instantánea acudieron a mis ojos nada más escuchar

sus palabras, de manera que volví la cabeza hacia la ventanilla—. Pero no me acosté con ella, si es

eso lo que estás preguntando. —Bajó la voz—. No pude hacerlo.

Me sentía algo mejor al saber que no lo hizo, sin embargo, continuaba siendo una declaración

extraña.

—¿Qué quieres decir con que no pudiste hacerlo?

Suspiró.

—Quiero decir exactamente eso. —Sentí su mirada sobre mí, pero yo aún no quería enfrentarlo

—. La llamé, fui a su casa, pero... no pude hacerlo, joder. Tú eras todo en lo que podía pensar.

Parpadeé intentando deshacerme de la humedad de mis ojos y ahora sí lo miré mientras la

incredulidad, el dolor y la furia se batían en duelo en mi interior.

—¿Por eso fuiste allí? —El desprecio goteaba de mis palabras—. ¿Para no pensar en lo que sea

que sientes por mí? Así es como lo solucionas todo, ¿verdad? Echas un polvo y comienzas desde

cero otra vez.

Iba tan concentrada en nuestro intercambio que tardé unos segundos en darme cuenta de que ya

nos habíamos detenido frente a nuestro edificio. Quería quedarme tanto como necesitaba marcharme

dando un portazo que hiciese temblar todo su estúpido coche.

—No es así, Mia —repuso pasándose la mano por el pelo. Estaba frustrado, bien, pues

bienvenido al club—. O puede que sí, no lo sé, maldita sea. Solo necesitaba...

—¿Aclararte? —inquirí con ironía.

—No —espetó taladrándome con la mirada—. Sé lo que siento, pero quería...

—¿Poner en orden tus ideas?

—¡Deja de interrumpir y escúchame, maldita sea! —Finalmente estalló ante mi insolencia y

descaro.

Apenas contuve la sonrisa al verlo tan exasperado, pero mantuve mi rostro inexpresivo e hice un

gesto vago con la mano, dándole permiso para seguir.

—Puedes continuar —repliqué solemne.

Bufó y se pasó la mano por el rostro, pero ignoró la burla. Giró de lado en el asiento y mantuvo

un brazo apoyado en el respaldo y el otro en el volante; se inclinó hacia delante y me vi incapaz de

mirar a otro lado que no fueran sus preciosos ojos azules.

—El problema es que sé lo que siento, pero me negaba a reconocerlo o a hacer algo al respecto.

Eres hija y hermana de dos de los hombres a quienes más admiro y respeto, Mia, y yo no soy un

hombre de relaciones, ya lo sabes. Además, somos la noche y el día, joder. — No me estaba diciendo

nada nuevo—. Eres distraída, desordenada, inocente y demasiado... chispeante. —Abrí la boca para

replicar, pero volví a cerrarla cuando su expresión se intensificó, casi dejándome sin aliento—. Pero

también eres dulce, confiable, fuerte, sincera, desinteresada, terca y sexy como el demonio.

—Eh... no soy terca —musité con un hilo de voz.

Eché la cabeza hacia atrás y dejó salir aquella ronca y profunda risa que me volvía loca.

—Joder. —Sacudió la cabeza mirándome con una sonrisa—. Eres diferente, de eso no hay duda.

—No estoy muy segura de si eso es algo bueno o no.

—Lo es —respondió serio—. Me vuelves loco y, por más que lo haya intentado, no consigo

sacarte de mi cabeza. No quería pensar en ti y es por eso por lo que fui a ver a Vivian, pero lo

irónico es, que una vez allí, solo podía ver tu hermosa cara. —Acunó mi nuca enredando los dedos

en mis cabellos y acercó nuestros rostros—. Por eso no pude hacerlo, de hecho, ni siquiera pienso en

acostarme con alguien que no seas tú. Nos quiero a nosotros, en tu cama, toda la noche. Todas las

noches.

Dejé salir una respiración temblorosa cuando apoyó su frente contra la mía y cerró los ojos.

—Ethan, si vamos a intentarlo... una relación no es solo sexo. —Se separó unos centímetros y

ladeó ligeramente la cabeza mientras me observaba—. No es que tenga algún problema con eso —

aclaré con rapidez—. Ninguno en absoluto, lo de anoche fue... Dios, fue maravilloso, no es eso a lo

que me refiero.

—Estoy de acuerdo —replicó con su sonrisa canalla.

—¿Un poco engreído? —No le di tiempo a responder—. Lo que quiero decir es que una

relación se basa en más, muchísimo más además del sexo, y necesito saber que no estoy sola en esto,

que te abrirás a mí por complicado que te resulte. Que confiarás en mí.

Pasó unos segundos en silencio observándome con intensidad antes de asentir.

—Lo sé, no creas que no lo hago. —Me dio un suave y dulce beso en la

frente—. Pero sé

paciente conmigo, ¿de acuerdo? No puedes acabar con más de treinta años de retraimiento de la

noche a la mañana.

Sonreí y asentí con los ojos cerrados disfrutando de su contacto. De él, de nosotros. Al instante

siguiente, sus labios estaban sobre los míos, probándome, saboreándome, tentándome. Me besó con

la seguridad que le caracterizaba, pero también con una ternura que me desarmó. Lamía,

mordisqueaba y rozaba deleitándose, como... como si quisiera memorizar la sensación, como si lo

estuviera marcando de alguna manera. Y yo, que cuando desperté esa mañana no estaba muy segura

de dónde derivaría todo lo ocurrido la noche anterior o si tendría la oportunidad de volver a sentirlo,

me recreé, me entregué y le concedí acceso. Nuestras lenguas se enredaron y bailaron tan bien como

en las anteriores ocasiones, provocando que mi respiración se acelerase y que su agarre en mi nuca

se tensara. Rodeé su cuello con mis brazos, lo acaricié y, muy pronto, la intensidad del beso creció

del mismo modo que lo hicieron mi deseo y necesidad de él.

Gemí en protesta cuando poco después rompió el contacto entre nosotros, lo cual le arrancó una

ronca y baja risa.

—Cariño —murmuró escondiendo el rostro en el hueco entre mi cuello y el hombro—, si no nos

detenemos ahora, acabaré follándote en el asiento trasero. —Dios, me volvía loca su crudeza—. Y,

por más atractiva que me resulte la idea —mordisqueó aquel sensible punto —, soy policía y no

estaría bien visto que me detuviesen por escándalo público. —Ascendió lentamente y raspó con

suavidad mi mandíbula—. Además, tengo la intención de tomarme mi tiempo esta noche con ese sexy

cuerpo tuyo. —Rozó con la nariz la piel de detrás de mi oreja. Me estremecí cuando su cálido aliento

me acarició—. Pasaré toda la maldita noche familiarizándome con él. —Apretó uno de mis pechos y

jadeé—. Quiero saber lo que te gusta. —Mordió el lóbulo de mi oreja—. Lo que te excita. —Posó la

mano en el hueco entre mis piernas y apretó, consiguiendo que la costura de los jeans se clavara en

aquel punto sensible. Me estaba volviendo loca—. Que me condenen si permito que nada ni nadie

nos interrumpa.

Continuó besando mi cuello mientras seguía ejerciendo presión con la mano en mi clítoris. Gemí

y mi respiración se volvió errática.

—Sal del coche ahora mismo —ordené con voz ronca.

No esperé ni un segundo más y con el sonido de su risa, bajé del vehículo, cerré la puerta con

fuerza y me encaminé hacia nuestro edificio.

—¡Ven aquí!

Chillé cuando uno de sus fuertes brazos me rodeó la cintura y, en un movimiento que aún hoy no

sé muy bien cómo explicar, me levantó en el aire y me giró de modo que quedábamos cara a cara. De

forma instintiva, enlacé mis brazos en torno a su cuello y enrosqué mis piernas en su cintura. No dejó

de mirarme a los ojos en ningún instante, e infinidad de palabras se dijeron en aquel momento de

silencio y entendimiento entre nosotros. Eso era lo que ocurría siempre, no necesitábamos llenar el

tiempo con palabras o declaraciones vanas, por lo general, muchas de las cosas más importantes las

transmitían nuestras miradas. Un beso en la frente de despedida. Unas viejas camisetas. Una taza de

café o unas galletas recién horneadas. El aroma del jazmín y el sonido de una puerta al cerrarse.

Éramos nosotros, construyendo nuestra historia a partir de pequeños detalles que significaban un

mundo porque nos definían, porque le decían a la otra persona todo cuanto necesitaba saber acerca

de nuestros miedos, necesidades, anhelos y sueños. No siempre se necesita recurrir a las palabras,

no, si lo que vas a decir carece de significado alguno.

Un momento él abría la puerta de entrada al edificio y al siguiente, casi sin darme cuenta,

quitábamos la ropa del otro, parados en el centro de mi dormitorio, mientras nuestros labios y

lenguas se negaban a separarse.

Paseé las manos por su esculpido pecho, admirando una vez más los trazos de tinta que

adornaban su piel y deposité un beso justo en el lugar donde su corazón golpeaba con una fuerza

inusitada. Me permití venerarlo, pues era más que digno de ello y caminé haciendo un círculo a su

alrededor, acariciándolo no solo con mis manos, sino también con mis ojos. Jamás me cansaría de

admirar aquel magnífico cuerpo que exudaba fuerza y poder por cada poro. Sonreí al percatarme de

que su piel se erizaba con mi contacto, sin embargo, no tuve mucho tiempo para deleitarme con ello

pues giró sobre sí mismo, me levantó y me llevó a la cama, dejándome caer sobre ella con suavidad.

—Mi turno —murmuró. Se lamió el labio inferior justo antes de comenzar a torturar uno de mis

pechos.

Aquella noche descubrí que Ethan no solo cumplía sus promesas, sino que además era un

hombre muy minucioso y concienzudo.

Besó, lamió, acarició y mordisqueó cada centímetro de piel, cada valle y montículo de mi

cuerpo. Me tomó, embistió y, en definitiva, me poseyó como jamás habría creído posible.

Conectamos más allá de lo que las palabras puedan explicar alguna vez.

Y así, saciada, satisfecha y feliz, me dormí cuando el alba ya despuntaba en el horizonte,

abrigada por el calor de su cuerpo y escuchando el fuerte y constante latido de su corazón.

## Capítulo 21

Cuando desperté aquella mañana, lo hice envuelta alrededor de un cuerpo fuerte, cálido y con el que

me sentía muy íntimamente familiarizada, aunque no lo suficiente. Jamás sería suficiente. Al principio

no me moví, temía que si hacía el menor movimiento desaparecería y aquello quedaría en otra

fantasía frustrada más. Sin embargo, no pude resistir aquella quietud durante mucho tiempo y pronto

me permití explorar aquel tonificado pecho, trazando suavemente con mis dedos cada marca y rastro

de tinta que adornaban su piel. El constante y rítmico latido de su corazón junto con el suave

movimiento de su pecho al respirar actuaban como un bálsamo relajante que no invitaba a abandonar

aquella cama, ahora convertida en refugio.

Sintiéndome audaz, raspé ligeramente con la uña uno de sus pezones, sonreí al ver cómo este se

erizaba y cuando alcé la vista fue para encontrarme directamente con dos preciosos orbes azules que

me observaban con un brillo hambriento. Huelga decir que permanecemos en la cama hasta bien

entrada la mañana. No hubo sexo, pero sí besos, caricias y ese tranquilo silencio que no era

necesario llenar con nada más que el sonido de nuestras respiraciones. En un momento dado comenté

lo nuevo y extraño que le resultaba aquello, aunque de una buena forma, aclaró.

—¿Te refieres a estar así acurrucados en la cama? —aventuré.

Con la vista clavada en el techo, tomó una respiración profunda mientras acariciaba mi espalda

de forma distraída.

—Me refiero a todo —aclaró, mirándome con intensidad—. Jamás permanezco hasta tan tarde

en la cama y tampoco amanezco acompañado. —Pareció meditar unos segundos sus siguientes

palabras—. De hecho, puestos a ser sinceros, nunca estoy acompañado en la cama si no hay sexo de

por medio.

La verdad, eso era algo que ya imaginaba, pero en lo que prefería no pensar.

—Bueno, supongo que en cierto modo te estoy desvirgando.

Dejó escapar una ronca y profunda carcajada antes de apretarme más contra su costado y besar

la cima de mi cabeza.

—Sí, supongo que esa es una forma de verlo.

Aunque le ofrecí que tomase una ducha en mi baño mientras yo preparaba el desayuno, él

argumentó que sería mejor hacerlo en su casa puesto que no tenía ropa limpia; cuando le sugerí que

se envolviera en una toalla para subir a su apartamento, se limitó a sacudir la cabeza y a enarcar una

ceja al más puro estilo Ethan. Probablemente, si en el trayecto se cruzase con la señora Walcott de

aquella forma la pobre mujer sufriría una apoplejía. Estaba preparando la masa para gofres cuando

imaginé aquella situación y dejé escapar una risita.

—Casi temo preguntar en qué estás pensando. —Se pegó a mí, me besó en el cuello

consiguiendo que me estremeciera y, tras hundir dos dedos en la mezcla ya terminada, se los llevó a

la boca.

A punto estuve de acompañar su gemido con uno propio. Lo amonesté por

meter la manaza en la

masa y poco después se marchó para asearse mientras yo terminaba el desayuno.

Aunque se ofreció a comprar algo para desayunar o a que saliéramos a alguna cafetería, me

apetecía quedarme en casa y ser yo quien lo preparase. En el hogar de los Sullivan, el desayuno

siempre fue un momento sagrado, algo que compartíamos todos juntos, sin excusas; no importaban las

prisas, el trabajo, un examen o incluso si estábamos enfadados. Charlábamos de lo que nos deparaba

el día, de lo ocurrido con anterioridad o incluso se convertía en la antesala de un fin de semana en

familia. Perdí aquello cuando Peter y yo nos fuimos a vivir juntos, rara vez coincidíamos en la hora

del desayuno y, si lo hacíamos, apenas se detenía lo suficiente como para disfrutar del momento o de

mi compañía, siempre pendiente del teléfono, de sus informes o leyendo el periódico. Pensándolo

bien, me daba cuenta de que, quizás, durante mucho tiempo me mentí a mí misma alargando una

relación que distaba mucho de lo que siempre deseé para mi futuro, algo que en nada se parecía a las

relaciones de pareja que tanto admiraba y que durante toda mi vida tomé como ejemplos de lo que

significaba el amor verdadero. Es algo curioso que aquellos momentos que

tanto apreciaba y

necesitaba para comenzar bien mi día, Ethan me los devolviera aun sin ser consciente de lo

importante que era para mí. La mañana que canjeó aquel vale de desayuno, no solo compartimos

comida, vivencias o un básico intercambio de cuestiones personales, no. Por primera vez desde que

me mudé me sentí en casa y lo curioso es que lo logró alguien que, a pesar de ser un perfecto

desconocido para mí, me resultaba tan familiar y cálido como el sabor de aquel café que

compartimos.

Cuando durante el desayuno mencionó que trabajaría hasta tarde, me tensé. De forma inevitable

imágenes de él y de mi hermano discutiendo acudieron a mi mente, pero no tardó en tranquilizarme al

respecto.

—Lo conoces, sabes lo protector que es. —Sujetó mi barbilla entre su pulgar e índice y me

obligó a mirarlo—. De estar en su pellejo, yo habría reaccionado del mismo modo si mi hermana

pequeña se relacionase con un tipo como yo. —Abrí la boca para protestar, pero sacudió la cabeza

para acallarme—. Conoce mi historial y, aunque soy consciente de que mereces más, por primera vez

en mi vida me estoy permitiendo ser egoísta y me niego a dejarte escapar.

Aquellas sencillas palabras hicieron que una agradable calidez inundase mi pecho.

—Eres un buen hombre. —Acaricié su rasposa mejilla—. No te menosprecies pensando que no

eres suficiente, ni me des más crédito del que merezco al decir que puedo tener algo mejor, porque

no es así.

Vi la tormenta en su mirada, sus ganas de discutir y rebatir mis palabras, pero lo acallé con un

beso.

Poco después recibió una llamada que lo hizo maldecir de las más coloridas formas

imaginables y que acabó con el buen humor reinante hasta el momento. Desde pequeña aprendí a

mantenerme al margen cuando se trataba del trabajo de mi padre y de mi hermano, y pretendía hacer

lo mismo con Ethan, pero la preocupación estaba ahí latente, más aun, viendo su sombría expresión.

No pretendía obtener los escabrosos detalles de la investigación que tenían en marcha, ya sabía —o

al menos suponía— lo básico y tenía claro que estaba de algún modo relacionado con el tráfico de

drogas, las proliferantes bandas callejeras y la violencia que desataban a su alrededor y, sí, también

con la muerte de aquel pobre chico unos días atrás. De manera que acabé preguntándole al respecto

antes de que se marchase. Teniendo en cuenta lo hermético que solía ser, me sorprendió cuando

comenzó a hablar.

—Llevamos meses recopilando pruebas y el hecho de que no paremos de chocarnos contra

muros una y otra vez, solo alimenta nuestra ansia por desentrañar qué demonios hay detrás de todo

esto.

Estábamos lado a lado, cada uno en un taburete en la barra que separaba la cocina del salón. Él

daba vueltas de forma distraída a su ahora vacía taza de café mientras hablaba.

—Y os frustra —aventuré. Lo conocía tanto como a mi hermano, así que no era de extrañar.

—Sí, nos frustra. —Medio sonrió sin ganas y se pasó la mano por el cabello dándole un aspecto

desaliñado y sexy a la vez—. Me cuesta creer que unos simples pandilleros tengan los medios o el

peso suficiente como para salir indemnes una y otra vez sin ayuda externa. —Empuñó la mano con

tanta fuerza que sus nudillos se blanquearon—. Hay más, joder, lo sé, me lo dice el instinto y eso es

algo que rara vez me traiciona. Pero mientras descubrimos qué cojones hay detrás de toda esta

mierda, la droga sigue circulando en las calles, en los colegios y chicos jóvenes se siguen

encontrando en medio del fuego cruzado.

Y eso lo estaba matando.

Lo sabía porque mientras lo escuchaba hablar pensaba en mis chicos, aquellos que quisieron

hacer la diferencia, que se negaron a ser un número más en las estadísticas, y también me mataba ser

consciente de que pese a sus esfuerzos por encontrar algo mejor puede que en un momento u otro

acabasen atrapados.

Acaricié su puño y lo deshice para enlazar nuestros dedos.

—Lo que sea que esté ocurriendo, estoy segura de que no tardaréis en averiguarlo. Podéis ser

muy... obstinados cuando os lo proponéis. —Enarcó una ceja ante mi elección de palabras y sonreí

—. También tenaces, inteligentes...

Me rodeó la cintura con un brazo y acabé sentada en su regazo. Me gustaba y desesperaba el ser

manejada con tanta facilidad, era una curiosa mezcla de sensaciones. Bueno, para ser sincera, me

encantaba.

Al menos el ambiente pareció aligerarse un poco, también se calentó cuando reclamó mi boca

para un ardiente beso de despedida que me dejó ávida de más. En un principio, se despidió de mí

hasta el día siguiente alegando que no sabía a qué hora llegaría a casa y que no quería despertarme

llamando a la puerta a altas horas de la madrugada.

—Sin compromiso, no quiero que enloquezcas por esto. —Le tendí una copia de mi llave—.

Pero si tu problema es solo por llamar a la puerta quiero que tengas la opción de entrar a mi casa o

de simplemente dirigirte a la tuya, y nos veremos para el desayuno... si te apetece, por supuesto.

Observaba la llave en su mano como si se tratase algo que necesitaba ser diseccionado. Por un

momento temí haber sido demasiado directa y haberlo hecho demasiado rápido, pero mis dudas se

disiparon en el instante en el que colocó la mano en mi nuca y me atrajo hacia él con ímpetu para

besarme hasta dejarme prácticamente sin aliento.

—Esto... —Levantó la llave cerca de nuestros rostros—. No evitará que te despierte, sin

embargo, ahora tengo todo el maldito día para decidir la mejor forma de hacerlo.

Y así, con las piernas convertidas en gelatina, a causa no solo del beso, sino de todas las

promesas y posibilidades que sus palabras suponían, lo vi marcharse con aquel aplomo y seguridad

que le caracterizaban.

No sabía qué más hacer.

Limpié el apartamento, corregí exámenes y adelanté trabajo para después del pequeño receso de

Halloween, e incluso hice la colada, ¡la colada! Esa tarea me resultaba terriblemente aburrida, de

manera que, ya que tendría que pasar al menos dos horas en el sótano donde se encontraba el cuarto

de lavandería del edificio, decidí aprovecharlas haciendo algo que amaba y que por alguna razón

olvidé durante algún tiempo.

Dibujé.

Durante horas me perdí en mí misma haciéndolo. Sin pensar, sin preocupaciones, sin prisas. Ni

siquiera el ruido de las máquinas conseguía distraerme.

Solo se trataba de un papel en blanco esperando a que mi alma dejase su huella en él.

Ni siquiera necesitaba tener delante aquello que quería reflejar; a veces, simplemente

necesitaba cerrar los ojos unos segundos para no dejar ningún detalle fuera, para no omitir nada de lo

que lo hacía quién era, todo aquello que él mismo parecía ignorar acerca de sí mismo, y no me

refiero al aspecto físico, me refiero a todo.

Inspiré satisfecha dándole una última ojeada al dibujo y, con suavidad, tracé el contorno de su

rostro, después cerré el cuaderno y lo guardé. No volvería a dejar transcurrir tanto tiempo sin dibujar

de nuevo, me prometí con una sonrisa.

En un principio, pensé en ir a Mick's a tomar algo, pero descarté la idea rápidamente pues no

quería que mi jefe se sintiera mal de alguna manera. Además, los chicos estaban trabajando,

Brooklyn y Liam no podrían estar conmigo tampoco y Jenna, creyendo que esa noche estaría en el

bar, ya tenía planes con el tal Jeremy y, aunque se ofreció a cancelarlos en pos de una noche de

chicas, me negué en rotundo. No es que aquel hombre me gustase especialmente, había algo extraño

en él que me producía incluso cierto rechazo, pero era su plan, su elección — al menos de momento

— y no consentiría que mi aburrimiento rigiera su noche. También podría haber ido a pasar un tiempo

en casa de mis padres, pero era un largo trayecto y ya casi anocheía, muy pronto las calles se

llenarían de gente con ganas de fiesta y de pasarlo bien, también de niños acompañados de sus

padres pidiendo el truco o trato por las casas. Mamá amaba esa noche, dar dulces a los pequeños y

ver la ilusión con la que se iban con sus bolsas un poco más llenas. Era tal su

entusiasmo, que papá y

la abuela tardaron un tiempo en hacerla comprender que, si ofrecía demasiadas golosinas a los

primeros niños en pasar por casa, no quedaría nada que dar a los demás. Pero esa era mi madre, una

entusiasta sin medida.

Puede que fuese por haber estado pensando en dulces y golosinas que de pronto sentí ganas de

cocinar algún pastel. Revisé los ingredientes que tenía y salí a la calle a comprar lo que me faltaba,

había una tienda a un par de calles que, a pesar de no ser muy grande, estaba bastante bien

abastecida. Caminaba de vuelta a casa, comiendo regaliz rojo y sonriendo ante el entusiasmo de un

grupo de chicas jóvenes disfrazadas de Dorothy de *El Mago de Oz* —aunque estas eran bastante más

exhibicionistas—, cuando a punto estuve de dejar caer la compra al suelo al chocar contra alguien.

—Lo siento mucho, iba dist... —Me sorprendí al ver de quién se trataba—. ¿Ben? ¿Qué estás

haciendo aquí?

No esperaba encontrarlo por aquella zona que, hasta donde yo sabía, quedaba bastante lejos de

su casa.

—Hola, profesora. —Me abstuve de corregirlo. Llevaba una sudadera oscura,

las manos en los

bolsillos y parecía inquieto.

—¿Te encuentras bien? —inquirí preocupada.

Parecía intranquilo, observaba a nuestro alrededor como si esperase a que alguien saltase desde

detrás de un arbusto de un momento a otro, lo cual consiguió alimentar mis propios recelos.

—Sí, solo... —Se rascó la nuca en un gesto nervioso y no me miraba a los ojos—. Estaba

dando una vuelta, ya sabe...

Por supuesto que sí y yo acababa de convertirme en Totó.

—Bueno, si estás seguro de que te encuentras bien... —Reajusté la bolsa en mi brazo izquierdo

—. Creo que me iré a casa, esto pesa. ¿Te veré en clases el próx...? —Me arrebató el paquete—.

¿Qué estás haciendo?

—Vamos, la acompañaré a casa. Hay gente que lleva de fiesta desde bien temprano y no debería

caminar sola por aquí.

Aquello resultaba de lo más surrealista.

—Creo que te olvidas de quién es el adulto aquí.

—No es mucho mayor que yo. —Enarcó las cejas y sus oscuros ojos brillaron con picardía.

Tuve que reír ante su descaro.

—Bien, pues recuérdalo y, por favor, deja de hablarme de usted. —Asintió con una pequeña

sonrisa mientras comenzamos a caminar—. Sin embargo, sigo siendo la adulta y la figura de

autoridad, no lo olvides.

—Por supuesto, profesora.

Fueron alrededor de cinco minutos, pero al igual que me ocurría con Ethan, no sentí la

necesidad de llenar aquel silencio con palabras que probablemente harían que el chico retrocediese

si consideraba que metía las narices donde no me llamaban. Por supuesto que había decenas de

preguntas rondando por mi mente, pero una de las claves para obtener la confianza de mis chicos era

la paciencia. Ser su profesora, formar parte de aquel programa, no solo consistía en enseñar, formar

y guiar, también tenías que aprender a esperar y, por encima de todo, a escuchar. A veces eran

palabras, otras suspiros, gruñidos o resoplidos y, en ocasiones, el silencio decía todo cuanto

necesitabas saber.

Cuando llegamos a mi portal estaba a punto de despedirme de él y agradecerle por

acompañarme, pero, a pesar de superarme físicamente y de su oscuro aspecto,

no pude dejar de ver

al niño que en realidad era y que en ese momento parecía no solo reacio a marcharse, sino también

perdido. Lo que estaba a punto de hacer infligía muchas de las normas que debía acatar siendo yo su

profesora y, aún consciente de los problemas que aquello me podría acarrear en un futuro, decidí

arriesgar y confiar en mi instinto, que en ese momento me gritaba que no debía ignorar lo que fuese

que allí ocurría.

—Oye —llamé cuando ya se giraba para marcharse—, si no tienes ningún plan mejor, podrías

subir conmigo un rato.

En un principio me miró confundido, levantó la vista hacia el edificio y después ladeó la cabeza

analizándome antes de responder.

—¿Me está invitando a su casa, profesora?

Oh, por el amor de... ¿Qué pensaba exactamente que le estaba ofreciendo?

—¡Para cocinar! —aclaré riendo por la conclusión a la que había llegado—. Pensaba preparar

un pastel y no me importaría un poco de compañía, solo se trata de eso, Ben.

Se rascó la nuca y apartó la mirada. Incluso en la penumbra no se me escapó el sonrojo que tiñó

sus mejillas y me sentí un poco culpable por avergonzarlo. Quizás yo me

expresé mal en un principio,

pero resultaba ridículo que él pensara que estaba tratando de seducirlo.

—Claro, sí... eh... —Parecía incómodo—. En realidad, no tengo planes, pero tampoco tengo

idea de cocinar.

—Bueno, pues es un buen día para aprender algo nuevo, ¿no te parece? —  
Abrí y lo invité a

pasar. Sacudiendo la cabeza comencé a mascullar para mí misma—. Jen no se lo va a creer cuando le

cuenta que me han hecho parecer la señora Robinson.

—¿Quién?

—El graduado, preciosa película —aseveré dejando la compra en la encimera de la cocina—.

Pero aunque tú te llames Ben, yo no soy ninguna señora Robinson, que quede claro.

Cuando lo miré, estaba parado en mitad de la sala con rostro ilegible.

—Profesora, no tengo ni la menor idea de lo que está hablando.

Por supuesto que no la tenía.

—Bien, pues ven a lavarte las manos y comencemos con el trabajo.

Y eso fue lo que hicimos. No mentiré, al principio resultó un tanto incómodo para ambos. Por mi

parte tardé unos minutos en sacudirme el temor de lo que sucedería con mi trabajo en caso de

malinterpretarse aquella situación y Ben... bueno, se le veía perdido, tímido y también con ganas de

hablar pese al hermetismo con el que se protegía. Por eso fue por lo que lo invité a acompañarme,

porque recordaba las incontables horas que pasé con mi *nonna* en la cocina, amasando, horneando,

mezclando y hablando. Contando anécdotas, confesando secretos e inquietudes y escuchando

consejos; era como estar en una pequeña burbuja donde nada externo podía afectarnos, donde las

palabras se mezclaban con el sonido de las cacerolas y los sentimientos afloraban, a la par que el

aroma de la comida se intensificaba.

Mantuve la charla ligera e incluso conseguí arrancarle alguna risa aquí y allá. Percibí el amor

con el que hablaba de su abuela y de su hermana pequeña, Sadie. Me contagié de su buen humor

cuando me habló de la niña y sus ocurrencias, pero había algo que dejaba fuera del mapa.

—¿Qué hay de tus padres?

No quería dar la impresión de estar entrometiéndome en su vida, incluso aunque así fuera, pero

necesitaba hacerle saber que podía hablar conmigo. Tras ver de reojo cómo detenía lo que estaba

haciendo, no esperaba recibir respuesta, de modo que me sorprendió cuando comenzó a hablar.

—Mi padre nunca estuvo en escena. Los primeros años pasaba algunas temporadas en casa,

pero después de que Sadie naciera se largó y nunca volvió a mirar atrás. —Se encogió de hombros

como si no importara, pero pude ver el dolor en sus ojos—. Mamá no lo hizo mucho mejor después

de eso. Es una jodida adicta, siempre lo fue. —Contuve las ganas de corregirlo—. Pero también se

largó y le importó una mierda lo que nos ocurriera a nosotros; solo aparecía de vez en cuando para

intentar sacarle pasta a la abuela. —Curvó los labios en una sonrisa despectiva—. Pero parece que

por fin ha entendido que no va a conseguir nada de nosotros.

—¿Cuánto hace que no sabéis nada de ella?

Me dio la bandeja de galletas y la introduje en el horno. Toda la casa olía a una mezcla de

chocolate, canela y naranja gracias al bizcocho que ya se enfriaba en la encimera.

—No lo suficiente —espetó con amargura.

—Ben, estoy suponiendo que tu abuela es una mujer mayor y que por lo tanto no puede trabajar.

—Me acerqué a él, que parecía muy concentrado en el bizcocho y evitaba mirarme—. Si solo sois

vosotros tres, ¿de qué se supone que estáis viviendo? ¿Cómo conseguís...?

¿Cómo terminar aquella frase sin meter la pata con él? Podía imaginar mil

formas en las que

estaba consiguiendo los recursos para sobrevivir y mantenerse a flote, y estaba convencida de que

ninguna era legítima.

Cruzó los brazos y me encaró.

—No lo hagas, no empieces con esa mierda.

—Estoy preocupada y alguien tiene que hacerlo. No te corresponde a ti cargar con esa

responsabilidad, no eres más que un chico.

—Yo decidiré lo que puedo y no puedo hacer. —Enmascaró el enojo con burla—. ¿Qué? ¿Se

supone que debo esperar a que me rescates? Vas a salvarme, a convertirme en tu nuevo proyecto de

caridad, ¿es eso?

Coloqué una mano en su brazo intentando aplacarlo y lo miré a los ojos para que viese la

sinceridad en los míos.

—No eres ningún caso de caridad, Ben —respondí tranquila—. Pero no debes avergonzarte por

pedir ayuda cuando está claro que la necesitas, hay otras cosas en las que debes centrarte ahora

mismo. Piensa en tu abuela... piensa en Sadie y en lo mejor para ella, piensa en vuestro futuro. —

Ahora venía el tema espinoso—. Escúchame, puedo ayudaros. Hay personas

con las que podemos

hablar acerca de vuestra situación; ellos darán con la mejor solución y estaréis bien. Todo mejorará,

te lo aseguro.

Se sacudió como si lo hubiera quemado y me miró con tal dureza y desdén que jamás dirías que

aquella expresión provenía de un chico tan joven.

—¿Me estás hablando de los putos servicios sociales?

—Estás malinterpretando lo que trato de decir.

—Pues yo creo que no. Ah, ¡joder! —Se frotó la cara con fuerza y me señaló con el dedo—. No

te metas, ¿me oyes? No hagas nada. No tardaré mucho en cumplir los dieciocho, pero ni por un

momento creas que dejaré que se lleven a mi hermana lejos de mí.

—¡No es eso lo que pretendo! —aclaré y di un paso atrás porque claramente ambos

necesitábamos espacio.

—He escuchado las suficientes historias acerca de esos lugares y no permitiré que se la lleven,

¿me oyes? Somos una familia. ¡¡Es mi maldita familia de la que estamos hablando!! —bramó furioso.

Pasó por mi lado en dirección a la puerta—. Tenían razón, joder. Tenían razón.

Lo seguí y me interpose en su camino antes de que se marchara. Lo estaba

perdiendo.

—Ben, por favor, tranquilízate. No es lo que estás pensando.

—Y una mierda. —Se detuvo en seco y me miró sin expresión—. Déjame salir y no me hagas

apartarte.

Suspiré, pero no me moví del sitio.

—Escucha, en ningún momento he hablado de separarte de tu hermana, ¿me oyes? Pero necesitas

ayuda, ¿qué bien le harás si terminas en la cárcel? ¿Eh? ¿Qué crees que ocurrirá cuando tú no estés y

tu abuela no pueda hacerse cargo de ella?

Él sabía muy bien qué sucedería en caso de suceder lo que yo temía. Muy a mi pesar, no se

trataba de algo improbable, sino todo lo contrario; las probabilidades jugaban en su contra si seguía

el camino del que yo intentaba desviarlo. Pero no escuchaba, estaba tan obcecado y furioso que no

atendía a razones. En aquel momento, no.

—Apártate.

Quería pelear, hacerlo entrar en razón. Pero en ese punto sería absurdo siquiera intentarlo, de

manera que lo hice.

Lo dejé marchar y el sonido de aquella puerta al cerrarse sonó a fracaso. Hundimiento y

frustración se instalaron en mi estómago como la más pesada de las losas; imágenes de aquella bolsa

para cadáveres acudieron a mi mente en tropel y me prometí que haría todo cuanto estuviese en mi

mano para ayudar a aquel chico. No importaba lo furioso o valiente que quisiera parecer porque en

el fondo, lo que lo movía a actuar de aquella forma eran el amor y el miedo. Una peligrosa

combinación que en ocasiones nos empuja a convertirnos en temerarios kamikazes incapaces de

medir las consecuencias de nuestras decisiones. No era la primera vez que enfrentaba una situación

de aquellas características, aunque sí he de reconocer que Ben se estaba convirtiendo en todo un

desafío, además, compartir tiempo con él, verlo abandonar aquella máscara de valentía mientras

charlábamos y cocinábamos me hizo apreciarlo aún más. No era más que un niño, uno asustado y que

desde bien pequeño sólo recibió desdén e indiferencia por parte de aquellos quienes se suponía que

debían protegerlo y amarlo. Solo era un joven chico de diecisiete años aferrándose al amor de una

niña que constituía todo su mundo.

Es curioso que aquello de lo que muchos de nosotros a veces nos quejamos, esas pequeñas

trivialidades que tan molestas nos resultan en lo referente a la familia, es lo

mismo con lo que tantas

otras personas sueñan cada noche, cada momento en el que se sienten solos y no tienen quien los

arroje, les lea un cuento o sencillamente los abrace y les haga sentir que todo estará bien y, que

incluso si se caen, no deben temer porque siempre habrá alguien dispuesto a sujetarlos. Es algo

maravilloso, ¿verdad? La sensación de seguridad, el saber que sin importar qué, no estás solo y, sin

embargo, no lo valoramos lo suficiente.

Siempre, desde bien pequeña, agradecí al cielo y a la vida el regalo que me fue otorgado en

forma de familia. Una con hombres tercos y sobreprotectores, con una madre vivaz y alocada y una

abuela tan sabia y tenaz como alborotadora. Pero el denominador común era el profundo amor que

sentíamos los unos por los otros capaz de enfrentar cualquier adversidad.

En todo aquello pensaba mientras volvía a perderme en mi cuaderno de bocetos, con el aroma a

galletas recién horneadas inundando cada rincón del apartamento y con el corazón afligido, mientras

escuchaba *Walkyou home* de Karmina y mi creencia de que incluso los valientes necesitan ayuda se

reafirmaba.

Sentí que unos fuertes brazos me cargaban e incluso en el estado de

somnolencia en el que me

encontraba, me acurruqué más contra aquel fuerte pecho en el mismo instante en el que reconocí el

inconfundible aroma de Ethan. Con cuidado, me depositó en la cama, me cubrió con las mantas y,

poco después, lo sentí presionado contra mi espalda, envolviéndome no solo de una forma física,

porque él era calor, era fuerza y seguridad, pero también la ternura y el consuelo que en ese momento

yo tanto necesitaba. No hubo palabras ni tampoco el intento de hacer algo más, tan solo éramos dos

personas prestándose fuerza, consuelo y calor. Cada uno haciéndolo a su manera y cada uno

necesitándola por diferentes razones.

Tan solo éramos Ethan y Mia.

## Capítulo 22

No sé qué hora era cuando Ethan llegó a casa aquella noche y me llevó a la cama, pero desperté sola

aún envuelta en su aroma y calor, y me dejé guiar hasta la cocina por el delicioso olor a café recién

hecho. Con avidez, absorbí su imagen, de espaldas a mí, vestido solo con los vaqueros y unas botas

Martens negras; cualquier pequeño movimiento que hacía provocaba que cada músculo se ondulara y

flexionara de la manera más exquisita y, como si de un titiritero moviendo

mis hilos se tratase, me

dejé llevar, envolví mis brazos alrededor de su cintura y besé con ternura el centro de su espalda

mientras mis manos vagaban y acariciaban su tonificado y desnudo pecho. Aspiré su olor y me

reconforté con su calor disfrutando el tenerlo allí, en mi espacio, en mi casa, en mi vida.

Nos sentamos a desayunar y no tardó en comenzar a devorar el pastel y algunas de las galletas

que cociné la noche anterior. Estaba tomando un sorbo de café mientras lo escuchaba hablar acerca

de la investigación que tenían en marcha, cuando vi mi cuaderno de bocetos abierto sobre la pequeña

mesa de centro en el salón. Me detuve y paseé la mirada entre Ethan y el cuaderno, consciente de que

él vio lo que dibujé el día anterior y en parte sorprendida ante su silencio al respecto. Claro que

ambos éramos muy diferentes y mientras yo habría preguntado acerca de ello, él permanecía sereno,

imperturbable, como si no fuésemos nosotros reflejados en aquellas páginas, como si no se tratase de

mis sentimientos y mi visión de nosotros juntos plasmados en un papel. No sabía si sentirme aliviada

u ofendida por su mutismo, la verdad. Quizás fue la prudencia, o puede que el miedo a preguntar por

algo tan personal dado lo nuevo de nuestra relación, pero la cuestión es que

decidí ignorarlo.

Continuamos desayunando y decidí contarle lo sucedido el día anterior con Ben. Como era de

esperar, conforme avanzaba la historia su humor se iba oscureciendo hasta terminar mirándome con

ese característico ceño fruncido suyo.

—Tienes que ser más prudente, no debiste traerlo a tu casa.

—Vi la oportunidad de acercarme a él y la tomé —respondí antes de dar otro sorbo al café—.

Además, es solo un chico y es inofensivo.

Incluso aunque en un momento dado conseguí ponerme un poco nerviosa, sabía que lo era.

Además, él no necesitaba saber ese pequeño detalle.

—Creo que lo estás subestimando, nunca sabes cómo van a reaccionar las personas si se sienten

acorraladas —replicó. Se levantó para dejar la taza en el fregadero y se reclinó contra la encimera

cruzando los brazos y los tobillos—. Olvidas que es tu alumno, ¿no podrías tener problemas por

confraternizar de esa manera con él?

Me removí inquieta pues ese fue el primer pensamiento que me asaltó el día anterior, pero no

hice nada malo, nada extraño, nada más allá de preocuparme por un chico joven que necesitaba

ayuda. Así se lo dije, le expliqué que mis chicos eran especiales y que no me arrepentía de intentar lo

necesario para que no se desviasen del camino, incluso si mis métodos resultaban poco ortodoxos,

pero él continuaba sin verse muy convencido.

»Creo que lo estás enfocando de la forma equivocada —respondió con esa serenidad que lo

caracterizaba—. ¿De verdad son especiales? —Sacudió la cabeza—. No lo creo, pero les ha tocado

jugar una mano de mierda en la vida y sí, puede que en su caso estemos hablando de circunstancias

excepcionales si los comparas con el resto de los adolescentes promedio, pero eso no significa que

debas colocarlos en un pedestal o encerrarlos en una burbuja. Te aseguro que así no los ayudas, en

absoluto.

Abrí la boca para contestar y volví a cerrarla. ¿Era eso lo que yo hacía? En realidad, no. Sin

embargo, Ethan estaba malinterpretando mis métodos y lo que yo trataba de explicarle.

—Y según tú, ¿qué se supone que debo hacer? —pregunté con irritación, algo que, debo añadir,

pareció divertirlo, viendo la media sonrisa que asomó a sus labios.

Se acercó quedando al otro lado de la barra y apoyó los brazos sobre esta mientras se inclinaba

hasta dejar nuestros rostros a escasos centímetros.

—Todo lo que has estado haciendo hasta ahora y nada que de alguna forma los coloque en una

posición de poder con respecto a ti. Sigue luchando y preocupándote por ellos, pero hazlo de modo

que sepan que solo ellos pueden salvarse y más importante aún, que deben querer hacerlo. Son

responsables de las decisiones que toman y del camino que eligen seguir. — Suavizó el tono de voz y

en su mirada apareció una expresión de ternura que pocas veces había visto antes—. Más les vale

apreciar el regalo que eres. —Acarició mi mejilla con los nudillos y no pude evitar inclinarme hacia

su toque—. Ojalá hubiésemos tenido su misma suerte.

Las últimas palabras fueron casi un susurro y, aunque me miraba, no parecía verme, sino que

más bien estaba perdido en sus recuerdos. Me sorprendió la tristeza con que las pronunció y busqué

en su mirada por una respuesta. Sabía tan poco de él, se guardaba tanto de mí. De todos.

—¿Quiénes? —musité.

La pregunta pareció sacarlo del trance en el que se encontraba. Se irguió y ya no me miraba,

sino que clavó aquellos preciosos y atormentados ojos azules en la ventana que quedaba a mi

espalda; no me perdí que apretaba la mandíbula mientras reajustaba las pulseras de cuero en su

muñeca. No insistí, sabedora de que tal y como él dijo acerca de mis chicos, debía ser el mismo

Ethan quien quisiera compartir conmigo lo que fuera que lo torturaba. Deposité un tierno beso en su

hombro al pasar junto a él mientras recogía los restos del desayuno, dándole su espacio y dejándole

saber al mismo tiempo que estaba ahí para él, para escucharle. Segundos después, me abrazó por

detrás y, como tantas veces hacía, escondió el rostro en el hueco de mi cuello e inhaló

profundamente; feliz al saberme rodeada por su calor, me apoyé más en él e incliné la cabeza hacia

atrás, otorgándole mejor acceso.

—¿Me lo contarás algún día? —Le acaricié el antebrazo cuando mis palabras hicieron que

detuviera las dulces caricias de sus labios en mi piel.

Apoyó el mentón sobre mi cabeza y me abrazó con más fuerza mientras exhalaba.

—Lo haré, te lo prometo.

—¿En algún momento cercano? —pregunté insolente, lo cual me ganó una de sus profundas y

raras carcajadas, además de una fuerte palmada en el trasero.

Los siguientes días nos acomodamos en una tranquila y placentera rutina y lo

curioso fue, que

pese a lo poco que aún nos conocíamos, sabiendo todo lo que nos quedaba por descubrir acerca del

otro, lo hicimos con la misma facilidad con la que respirábamos. Quizás se debiera a todos esos

pequeños detalles y momentos que compartimos desde el principio, pero la cuestión es que no

resultaba forzado o tenso, no sentíamos la necesidad de poner una etiqueta a lo que allí ocurría,

simplemente disfrutábamos el pasar tiempo juntos. De hecho, puedo asegurar sin temor a equivocarme

que Ethan estaba más en mi apartamento que en el suyo propio, pero al no haber pretensiones de más,

todo se volvía más fácil, cómodo y fluido. Además, por suerte pusimos remedio a aquella

desesperante tensión sexual que nos asfixiaba desde la noche que nos conocimos.

No todo fue sexo.

Creo que por primera vez experimenté la más verdadera, pura y genuina intimidad que puede

existir entre dos personas, la misma de la que fui testigo y partícipe indirecta desde mi niñez, aquella

acerca de la que leía en libros y que me emocionaba al ver algunas películas. A veces, escuchas a

personas referirse a la intimidad como si todo se redujera al sexo, simplificándola hasta el punto de

obviar los pequeños detalles que acercan a las personas, los que consiguen que de verdad se

conozcan y conecten a un nivel profundo. Interpretar un suspiro, acariciar con una mirada, un tierno y

casto beso en la frente cuando te niegas más, prestar tu fuerza con un simple abrazo, contagiarte de su

ilusión por un pastel, comunicarte sin necesidad de palabras y, en definitiva, todas esas cosas que

solo el tiempo, la comodidad y la confianza te dan. El sexo, entregarte en el plano físico, es otra

parte más del ritual, otra muestra de tu fe en la otra persona, ni esencial ni secundario, diferente.

Puede que fuese por encontrarnos en ese proceso de conocimiento mutuo, o quizás porque ya

había aprendido a identificar sus estados de ánimo, que en los siguientes días traté de estar ahí para

él sin presionar por información. Lo que fuese que ocurría en el trabajo lo tenía al límite, más

taciturno y hermético de lo habitual, sin embargo, en lugar de apartarse de mí, reclamó aún más mi

compañía. No nos vimos mucho y en su mayor parte era de noche cuando llegaba a mi apartamento,

pero cada mañana me desperté rodeada por su calor después de que él me trasladase en brazos desde

el sofá a la cama, porque sí, a sabiendas de que volvería a mí, por las noches me quedaba en la sala

de estar esperándolo y experimentando en mi propia piel lo mismo que probablemente sentía mi

madre cuando papá trabajaba de noche.

Aunque aún necesitaba hablar con Luke, todo parecía ir bien tanto en el plano personal como en

el profesional. Sí, cierto es que no volví a tener noticias de Ben y aquello me carcomía por dentro,

pero poco sabía yo que la calma estaba a punto de llegar a su fin de la forma más abrupta e

inesperada posible.

Era viernes por la mañana y llovía a cántaros, por lo que decidí coger mi coche para ir a clases,

pero, por supuesto, este tenía otras intenciones y no se dignó a arrancar. Ya llegaba tarde y, con el

tráfico convertido en un caos, no tuve más remedio que enviar un mensaje a Marc para que me

cubriese durante unos minutos mientras yo llegaba al instituto.

A la carrera y empapada, las voces se escuchaban desde el final del pasillo y no tenía ninguna

duda de dónde provenían. Aceleré mis pasos con el corazón latiendo fuertemente contra mi pecho y

abrí la puerta de clase solo para encontrar una batalla en toda regla. Rafe — uno de mis chicos—

estaba de pie, con los puños apretados a los costados y con una mirada amenazante dirigida a Ben

que, sentado en una postura indolente en su silla, no se veía para nada afectado o intimidado. Marc se

encontraba de pie con los brazos cruzados junto a Rafe, imagino que para evitar que este saltara

sobre el otro y, aunque solo podía ver su perfil, parecía más que molesto. El resto de los chicos

estaban expectantes, algunos en silencio y otros increpando a Ben. Ninguno se percató de mi llegada.

Cerré la puerta con fuerza para atraer su atención y hacerme notar por encima de las voces. Veinte

pares de ojos se giraron en mi dirección.

—¿Alguien puede explicarme qué está ocurriendo aquí?

Me desprendí del bolso y el abrigo y caminé hasta pararme cerca de Ben para poder ver los

rostros del resto de los alumnos, así como el de mi compañero. Puede que también mi posición se

debiera a que me sentía bastante protectora hacia él.

Marc apretó la mandíbula y tenía la vista clavada en Ben. Nunca lo había visto tan enfadado.

Abrió la boca para hablar, pero Rafe se le adelantó.

—¡Este tío es un cabrón! —Dio un paso amenazador hacia delante, pero Marc lo retuvo

colocando una mano en su pecho.

—Rafe...

—Lo siento, señorita Mia. —Suavizó el tono y me miró con una tormenta oscureciendo sus ojos

grises—. ¡Pero lo es! ¡Es un maldito desagradecido hijo de p...!

—¡Rafe!

—Usted no sabe lo que ha estado diciendo por ahí.

Suspiré y observé a Ben, quien ya no parecía tan relajado en su asiento. Un coro de murmullos

se escuchó en acuerdo con sus palabras. Levanté una mano y en pocos segundos las voces se

silenciaron.

—¿Marc?

Cuando mi compañero me miró, supe que lo que fuese que saliera de sus labios en ese momento

sería realmente grave.

—Parece ser que nuestro joven Ben ha estado esparciendo por el instituto algunos... rumores.

Fruncí el ceño y miré entre ambos.

—¿Rumores sobre qué?

—Díselo tú mismo —espetó Marc dirigiéndose al chico en cuestión—. Es lo menos que le

debes después de lo que has hecho.

El susodicho apartó la mirada y cruzó los brazos, manteniéndose en silencio. Se me hizo un

nudo en el estómago.

—¡Eres un cobarde de mierda! —lo increpó Rafe.

—Díselo, pendejo —murmuró otro, por el acento supe que se trataba de Manuel, aunque toda mi

atención seguía centrada en Ben.

Estaba a punto de hablar, de preguntarle yo misma a qué se referían, cuando la puerta de clase

se abrió de súbito y un petulante subdirector Endelson me pidió —o más bien exigió— que lo

acompañase, mientras Marc se quedaba al cargo de los chicos. Aunque con cierta renuencia, decidí

seguirlo y cerré tras nosotros, sin embargo, me detuve allí mismo cuando él continuó caminando por

el pasillo. Si creía que lo acompañaría sin más explicaciones, estaba más que equivocado. Dejó de

andar al percatarse de que me había quedado atrás.

—Vamos, Mia, no tenemos toda la mañana y el director nos está esperando.

Me tragué la irritación por ser tratada de nuevo con aquella confianza con la que disfrazaba el

desprecio y el poco respeto que sentía hacia mi persona.

—¿El director? ¿Por qué?

Dio unos pasos más cerca de mí y un brillo malicioso se reflejó en sus ojos, lo cual no

presagiaba nada bueno.

—Debería ser él quien te informase en primer lugar, pero creo que puedo hacer una excepción.

—Volvió a acortar la distancia hasta el punto de que pude oler el tabaco en su aliento—. Parece ser

que tu... dedicación con este trabajo no conoce límites.

Pasó el dorso de su rechoncha mano por mi mejilla y me aparté asqueada.

—En primer lugar, nunca vuelva a irrumpir en mi clase sin haber llamado antes a la puerta —

espeté y él se irguió sacando pecho como si de un pavo real se tratase—. En segundo lugar, de ahora

en adelante se dirigirá a mí como señorita Sullivan o profesora Sullivan, puesto que no recuerdo

haberle brindado en ningún momento la confianza necesaria como para ser tratada de cualquier otra

forma. —Fue mi turno para dar un amenazante paso en su dirección. Quería golpearlo, pero en nada

me ayudaría—. Y, por último, si alguna vez se le ocurre volver a tocarme de cualquier manera,

presentaré una denuncia ante la junta escolar, ante la policía y ante Dios mismo si es necesario, pero

primero le patearé las nueces desde aquí hasta San Francisco para recordarle lo que significa

respetar a una mujer.

Me hubiese encantado tener una cámara para dejar constancia de la expresión de estupefacción

que en ese momento mostraba. Jen habría estado orgullosa, no tenía la menor duda de ello.

—Estúpida niña...

—Ahórreselo, señor Endelson —atajé, cansada de sus tonterías—, y haga el favor de

explicarme qué está sucediendo. Tengo a los chicos esperando por mí.

Y lo hizo.

Oh, por supuesto que lo hizo, pero no porque yo lo solicitara, no. Quería hacer daño, no solo

eso, quería estar en primera fila cuando yo escuchase aquellas palabras, de manera que el hecho de

ser él mismo el portador de dichas noticias le resultó más que satisfactorio. Cuando acabó, engreído

y orgulloso, demandó de nuevo que lo acompañase, pero me negué a hacerlo hasta haber hablado con

mis alumnos.

Esperé hasta que desapareció de mi vista para permitirme caer por lo que significaba todo

cuanto me dijo.

Jesús.

Me llevé una mano a los labios sintiendo que comenzaban a temblar tanto como el resto de mi

cuerpo. Física y emocionalmente tocada, me apoyé en la pared, puse las manos en las rodillas y tomé

algunas respiraciones profundas tratando de recomponerme antes de volver a clase. Gracias al cielo

no había nadie en los pasillos para presenciar mi derrumbe. Ese imbécil misógino confirmó mis

peores temores, todo aquello que tenía mi estómago hecho nudos desde que había llegado a clase.

Dios mío.

No sabía qué hacer, cómo enfrentar aquella situación o a quién acudir. Me sentía total y

absolutamente perdida y solo quería volver a casa, acostarme y hacer como si aquel día jamás

hubiera ocurrido. Pero no podía. Era una mujer adulta, más que eso, era una profesora, había

personas que confiaban y creían en mí y a las que les debía más que eso.

Me tomé unos segundos más antes de volver al aula y cerrar la puerta —esta vez con suavidad

— detrás de mí. Permanecían tal y como los dejé unos minutos atrás, pero ahora me observaban

expectantes y se respiraba tal nivel de hostilidad en el ambiente que incluso el aire me parecía más

espeso. Caminé despacio hasta colocarme en el centro de la clase, avancé por el pasillo entre los

pupitres, miré los rostros a mi alrededor y después fijé la mirada en Ben, quien se sentaba más

erguido en su asiento con aspecto taciturno.

—¿Por qué? —El dolor teñía mis palabras—. ¿Por qué lo has hecho?

—Yo no... —Sacudió la cabeza y apartó la vista, pero no pensaba darle una salida fácil.

Tendría que enfrentar las consecuencias de lo que había hecho.

—Mírame —exigí, y no tardó en obedecer—. Creí en ti, confié en ti, estaba tratando de

ayudarte, ¿y tú me acusas de intentar seducirte? —Nadie interrumpió ni pareció sorprendido. Por

supuesto, ese era el motivo de la pelea anterior, solo que yo fui la última en enterarse—. Dime, ¿por

qué?

—No me estabas ayudando, así no —respondió en voz baja.

Y entonces lo entendí.

Recordé la razón por la que se marchó molesto de mi apartamento y su advertencia de que me

mantuviese al margen. Su hermana pequeña, Sadie. Él pensó que, si yo interfería, acabarían

separándolos y a ella la enviarían al sistema hasta dar con una familia que la adoptase, de modo que

su solución fue...

—¿Pensaste que deshaciéndote de mí se terminarían tus problemas? —Sacudí la cabeza con

incredulidad—. ¿Tienes la menor idea de lo que has hecho? ¿De la posición en la que me has

colocado? —A medida que hablaba, mi tono se elevaba cada vez más—.  
¡¡Solo quería ayudarte!!

—No tienes ni idea —replicó a la defensiva—. No sabes cómo es vivir donde  
nosotros lo

hacemos, las cosas que...

Terminé con las excusas.

—Escúchame con atención —demandé. Miré a mi alrededor—. Todos  
vosotros. —Tomé una

respiración profunda, pues sentí que me rompería de un momento a otro—.  
No quiero escuchar más

excusas o pretextos que justifiquen por qué actuáis de una determinada  
manera. Sois jóvenes, pero no

niños, de modo que debéis afrontar las consecuencias de vuestras decisiones  
con madurez y valentía.

—Esto último lo dije mirando a Ben—. Si cometéis el error de compadeceros  
de vosotros mismos

acabaráis convirtiéndoos en corderos y les estaréis facilitando el trabajo a los  
lobos, seréis presa

fácil y mucho más fáciles de derribar. —Dirigí mi atención al resto, atenta a  
sus expresiones—. Os

miro y, ¿sabéis lo que veo? Supervivientes. —Imprimí en mis palabras la  
pasión que ellos mismos

me inspiraban—. Supervivientes del sistema, de las circunstancias que les ha  
tocado vivir y de la

vida en general. Veo a un grupo de personas fuertes, que no se rinden y que  
pueden hacer una

diferencia si se lo proponen. Aquí no hay ninguna víctima, no en mi clase.  
Muchas veces tropezaréis

y caeréis, pensaréis en abandonar, pero os volveréis a levantar como los  
luchadores que sois, unas

veces solos y otras aceptando una mano amiga. —Volví a mirar a Ben—. No  
hay vergüenza en pedir

ayuda, por el contrario, reconocer miedo o debilidad denota valentía y te hace  
más consciente de ti

mismo. Está bien que reconozcáis vuestras limitaciones, pero jamás permitáis  
que eso os impida

volar y alcanzar vuestras metas.

No podía continuar allí.

No, sabiendo lo que probablemente me esperaba en el despacho del director y  
aún menos al ver

los afligidos rostros de mis chicos. Algunos reflejaban tristeza por lo  
acontecido, otros,

determinación; alguno me dirigió una sonrisa de ánimo y Ben... en su rostro  
había una combinación

de arrepentimiento y dolor que hizo que el corazón se me encogiera.

Marc se acercó a mí y besó la cima de mi cabeza mientras pasaba un brazo  
por mis hombros.

—Te quedas al cargo de los chicos —musité ya acercándome para recoger mi  
bolso y abrigo.

—Estate tranquila, todo se solucionará.

Yo no estaba tan segura, pero asentí.

Apreté el agarre alrededor de la taza de chocolate permitiendo que mis manos absorbieran su

calor, dejándome reconfortar por él.

La reunión fue tal y como esperaba. A medida que el director exponía los acontecimientos que

nos habían llevado allí, Endelson —que también estaba presente— se veía más y más complacido, lo

cual solo alimentaba mis ganas de patearle la entrepierna y borrar esa presuntuosa sonrisa de su

sonrosado rostro.

En ningún momento me amilané, al contrario, me senté allí erguida y tranquila puesto que no

había ningún peso extra en mi conciencia. No hice nada malo o inapropiado; sí, probablemente no era

habitual pasar tiempo con un alumno fuera del horario escolar, y además en mi casa. Sabía lo que se

podía interpretar en aquella situación, pero aquello de lo que se me acusaba era lo más alejado de la

realidad que existía. Únicamente pretendía hablar con él, conseguir que confiase en mí y en el

programa. Así se lo expuse al director, pero de nada sirvió. Ante las continuas interrupciones de

Endelson, finalmente le pidió que nos dejase solos, algo que agradecí profundamente. Harris era un

buen hombre y me hizo saber que confiaba en mí y que no tenía la menor duda de que nada

inapropiado ocurrió entre dicho alumno y yo. Sin embargo, existía un protocolo, un procedimiento a

seguir en estos casos, lo cual me llevaba de vuelta a mi apartamento, porque hasta que no quedase

todo aclarado no podría volver al instituto.

Y eso me estaba matando.

Sentía tantas, tantas ganas de llorar que el hecho de no haber derramado ni una lágrima me

resultaba algo insólito. Me dolía profundamente y al mismo tiempo era como si estuviese entumecida.

Me pregunté, no por primera vez, si al estar pasando tanto tiempo con Ethan me había contagiado de

la facilidad con la que él enmascaraba sus emociones.

Ethan.

Fue la primera y única persona en la que pensé tras todo lo ocurrido. Era todo cuanto quería, su

calor, su fuerza y uno de esos abrazos que solo él me podía dar, del tipo que te hace sentir protegida,

tranquila e invencible, como si nada en el mundo pudiese alcanzarte mientras te halles envuelta en

sus brazos. Sin embargo, tendría que esperar. En un principio pensé en llamarlo, estuve a punto de

hacerlo, pero aquella no era una conversación que quisiera mantener por teléfono, además, tampoco

estaba segura de cómo abordar el tema puesto que ni yo misma lo había

asimilado aún. Le envié un

mensaje para ver qué tal llevaba el día y, según deduje de su respuesta, no demasiado bien.

Esperaría hasta la noche, pensé mientras veía la lluvia golpeando el cristal.

Puesto que no me apetecía ver o hablar con nadie más —al menos por el momento—, cogí mi

cuaderno y dibujé. Lo hice hasta que apenas podía sentir los dedos, lo hice hasta que conseguí sacar

todo el dolor, la frustración y el enojo por lo que Ben me hizo. Por lo que se hizo a sí mismo, pues

estaba segura de que aquella carga no le resultaría fácil de llevar. ¿Se había equivocado? Por

supuesto que sí, no había forma de justificar aquello, pero incluso con decisiones equivocadas

continuaba siendo un buen chico, de eso no tenía la menor duda.

La mañana del sábado amanecí en el sofá, sola y helada; desorientada miré a mi alrededor, pero

no había señales de vida y sabía que, de haber llegado Ethan, ambos estaríamos en la cama en ese

momento. No fue hasta que miré el teléfono que vi el escueto mensaje que me envió alrededor de las

cuatro de la madrugada, avisándome de que aún le faltaba un rato para llegar a casa y de que cuando

lo hiciese iría directo a la suya para no despertarme. Eran solo las siete y media y miré hacia el techo

preguntándome si ya estaría en su apartamento, pero incluso si así fuera lo dejaría descansar, ya

tendríamos tiempo para vernos más tarde.

O eso fue lo que pensé.

A medida que el día avanzaba más inquieta me ponía. Yo no servía para estar encerrada en casa

de brazos cruzados. A media mañana salí a correr, o al menos a intentarlo, puesto que a los veinte

minutos comenzó a llover de nuevo y tuve que dar media vuelta. Después llamé a Jen; últimamente no

nos veíamos demasiado y necesitaba algo de tiempo de calidad con mi mejor amiga. Nos fuimos de

compras y, cuando le conté todo lo sucedido el día anterior, se detuvo en seco casi consiguiendo que

unos chicos que venían detrás la arrollasen en el proceso.

—¿Me estás jodiendo? —Sacudí la cabeza divertida y ella gruñó mientras comenzaba a caminar

—. Si me lo encuentro pienso patearle los huevos hasta convertirlos en zumo.

—Por el amor de Dios, Jen, es solo un chico.

—¿Qué? —Me miró confusa durante unos segundos y después refunfuñó y sacudió la mano en el

aire—. Oh, él... —Negó con la cabeza—. No, ese chico... bueno, sin duda necesita que lo pongan en

su sitio, pero me refería al otro imbécil.

—Jen...

—Bien, muy bien. —Levantó las manos en rendición, pero una lobuna sonrisa asomó a sus

labios—. Pero no estaría de más que se lo contases a Ethan, seguro que ese enano cabrón se cagaría

en los pantalones nada más verlo.

Gruñí.

Eso era lo último que necesitaba, a cualquiera de los hombres de mi vida amedrentando a mis

compañeros de trabajo, fuesen estos desagradables o no.

Esperé hasta que nos sentamos a descansar y tomar un café para hablar de lo sucedido el último

día que nos vimos en Mick's.

—Escucha, Jen, lamento lo que Luke te dijo el otro día.

Estaba buscando algo en su bolso y se detuvo en seco antes de continuar sin alzar la cabeza en

ningún momento.

—Sabes que no suelo escuchar nada de lo que dice tu hermano.

—¿Habéis hablado? —inquirí, preocupada por su tono distante—. ¿Te ha llamado? Y, por

cierto, ¿qué os ocurre últimamente? Tanta discusión me está volviendo loca, es demasiado incluso

para vosotros.

—No lo he visto desde ese día en el bar. —Se encogió de hombros y apartó la mirada—. De

todas formas, no te preocupes, todo volverá a donde debe estar.

Habló con voz neutra, como si no importase en absoluto e incluso sonrió al mirarme, pero yo la

conocía mejor.

—Eres parte de mi familia, jamás dudes eso. —Acerqué mi mano a la suya, que descansaba

sobre la mesa, y le di un ligero apretón—. Eres una más de nosotros, lo sabes. —Sacudí la cabeza—.

No entiendo qué mosca le ha picado a Lucas, no parece él en absoluto. — Miré a Jen que, a su vez,

me observaba con una extraña expresión y apenas parpadeaba—. De cualquier manera, estoy segura

de que pronto se disculpará y volveréis a estar como el perro y el gato.

Creí escucharla murmurar por lo bajo:

—No contengas la respiración esperando eso.

—¿Qué?

—Nada. —Sonrió con demasiado entusiasmo—. ¿Pedimos?

Después de eso, ninguna volvió a mencionarlo.

Reímos, caminamos, comimos, tomamos otro café, me habló acerca de Jeremy y de su trabajo,

con el que estaba absolutamente ilusionada. Yo le conté acerca de Ethan y nuestros progresos, de

cómo ambos nos habíamos involucrado en la vida del otro sin apenas darnos cuenta y de la forma

más natural.

—Estás enamorada hasta las cejas, nena —declaró sin asomo de duda.

Abrí la boca para negarlo, para decirle que no me encontraba en ese punto, sin embargo, las

palabras no salían. Era incapaz de pronunciarlas, ¿por qué? ¿Lo amaba? Sí, hacía un tiempo que nos

conocíamos y me atraía más de lo que alguna vez consideré siquiera posible, me comprendía y me

escuchaba. No, más que eso... se interesaba por todo lo que ocurría en mi vida, por mis inquietudes,

mis miedos y mis sueños, él de verdad quería saberlo todo. Lo mismo me ocurría a mí, la diferencia

radicaba en que Ethan era extremadamente reservado. Con todo. Con su vida, su trabajo, su pasado...

sabía muy poco de él, y le estaba dando tiempo para adaptarse a lo nuestro, para demostrarle que

estaba aquí para él sin importar qué y que podía confiar en mí. Era consciente de que llevaría tiempo

conseguir un equilibrio, pero no me importaba esperar porque sabía en lo más profundo de mi

corazón que merecería la pena al final, que era él. No se podía crear un vínculo tan fuerte entre dos

personas que no estaban destinadas a estar juntas, no concebía esa posibilidad.

Volví a mirarme en el espejo una última vez antes de salir.

No era lo que solía usar habitualmente, pero no podía negar que, aunque diferente, me veía bien.

Más que eso, me veía muy sexy.

Mientras estábamos de compras recibí una llamada de Ethan que, con voz cansada, me informó

que volvía a comisaría. Algo acerca de una pista en el caso que tenían entre manos. Antes de hablar

con él ya había decidido que aquella noche iríamos a Mick's y cuando se lo dije prometió que nos

veríamos allí.

—¿Nos veremos esta noche?

—Joder, sí —gruñó con voz ronca—. Te he extrañado como un puto loco

todo el día.

Maldecía como el que más, aun así sus palabras consiguieron que se me retorciera el estómago.

Iba a responderle cuando de repente Jen me arrebató el teléfono y mi mano se quedó vacía

suspendida en el aire.

—Oye, ¿*woodpecker*? —Sonrió pícara y me miró—. Sí, bueno, deduje que eras tú por esa

sonrisa bobalicona en su cara. —Intenté quitarle el teléfono, pero se escabulló—. Bien, escucha, más

vale que esta noche muevas tu culo a Mick's si no quieres que la mitad de los tipos de allí se lancen

en bandada a por tu chica. —Asintió a lo que él estuviese diciendo—. Verás, estamos de compras y

además de las botas fóllame... bueno, estoy segura de que no querrás perderte el resto de su atuendo

para la noche.

La miré con el ceño fruncido cuando me devolvió el teléfono con una sonrisa socarrona.

—No hay de qué.

—Gracias —siseé—. ¿Ethan? Oye no cr...

—¿Botas fóllame? —inquirió con voz ronca. Escuché pasos, el sonido de una puerta al cerrarse

y después, silencio—. He tenido una maldita erección en una sala repleta de tipos y déjame decirte

que eso es cualquier cosa, excepto usual. —Me quedé muda al teléfono y creí escucharlo murmurar

una maldición—. Joder, se me va a hacer eterno hasta que llegue esta noche. No veo el momento de

ponerte las manos encima.

—¿Me está amenazando, agente? —bromeé con voz juguetona.

Me gustaba saber que me echaba de menos tanto como yo a él.

—Te estoy haciendo una promesa, cariño —respondió—. Haré que la noche sea tan larga para ti

como lo serán las siguientes horas para mí.

Lo dijo con voz profunda y sexy. Poco después nos despedimos, pero tardé bastante tiempo en

deshacerme de los estremecimientos que sus palabras me provocaron.

Anticipación, era tanto un

regalo como una tortura y no podía esperar.

Ahora, parada en mi habitación delante del espejo, evalué y aprecié una vez más mi atuendo.

Era atrevido, fuerte, sexy y revelando solo lo justo. Después de lo que Jen dijo, efectivamente me

hice con lo que ella llamaba *las botas fóllame* que, básicamente, eran unas botas altas hasta la

rodilla, negras y con un tacón tan alto que sería un milagro si mis tobillos no acababan pagando las

consecuencias de tal elección. Unos jeans extra ajustados en color granate y que, a decir verdad, me

quedaban como un guante, pero lo mejor era la parte de arriba, donde vestía un top sin mangas y de

cuello alto en color negro. ¿Y qué lo hacía especial? Que era de encaje, solo unos pequeños detalles

florales de terciopelo lo adornaban y se podía distinguir a la perfección el precioso sujetador negro

que llevaba debajo. Lo completé con ojos ahumados y labios carmesí, además de mi cabello suelto

en largas y desordenadas ondas. Sí, tenía todo el aspecto de alguien con ganas de disfrutar y pasarlo

bien, lo cual hacía, del mismo modo que necesitaba despejarme y olvidar el resto de los problemas

en mi vida.

Con la intención de hacer precisamente todo lo anterior cogí mi pequeño bolso, una cazadora de

cuero negra y me dirigí a Mick's.

Cuando abrí la puerta del bar, el bullicio, las risas, el entrecocar de cristal y *Satisfaction* de

los Rolling Stones me dieron la bienvenida, e inmediatamente sentí mi ánimo elevarse otros

cincuenta puntos más.

Poco a poco me abrí paso, saludando por el camino a las caras conocidas y clientes habituales.

Divisé a mi amiga en la barra riendo por algo que Liam dijo; en el momento en el que estuve a su

altura me incliné sobre la barra y lo besé en la mejilla, e hice otro tanto con mi amiga antes de

deshacerme de la chaqueta. Jen gritó con aprobación y los ojos de mi compañero se abrieron

sorprendidos mientras asimilaba mi atuendo.

—Nena, estás... —Di un paso atrás, él se asomó sobre la barra y me dio un barrido completo

con la mirada—. Muy caliente. En serio, muy, muy caliente. —Sopesó un segundo sus siguientes

palabras—. ¿Sabes? Si vinieras así vestida a trabajar no me cabe duda de que los tipos harían cola

para entrar. No es que necesitemos más clientela, pero, en fin... ya sabes lo que quiero decir.

—Sí, sí, ya lo sé. —Reí—. Sin embargo, no creo que Mick estuviese muy de acuerdo con eso.

Y hablando del rey del lugar... miré en la dirección en la que por lo general se encontraba, pero

Liam lo llamó a voz en grito.

—¡Oye, jefe! —Vi su pelirroja cabellera girarse en dirección a mi compañero—. ¡Nuestra chica

ha venido de visita!

Para cuando llegó hasta nosotros, Liam ya nos estaba terminando de servir dos deliciosos

*cherry bomb*. Mick me evaluó con una mirada y enarcó una de sus gruesas cejas al tiempo que se

cruzaba de brazos.

—No traes puesta la camiseta del bar.

—No —concordé con un solemne gesto de mi cabeza.

—De modo que no vienes a trabajar —adivinó con voz gruñona.

—Exactamente. Hoy vengo como una cliente más. —Miré a mi alrededor. El bar no estaba

abarroado, aunque si lo suficientemente lleno—. Pero si necesitas que me ponga manos a la obra no

me importa en abs...

—Nada de eso, diviértete, te lo mereces. Además, tu padre querría mis pelotas en una bandeja

de plata si te exhibiera de la forma en la que vas vestida.

A punto estuve de escupir el trago de bebida. Liam y Jen rieron.

—No soy ningún mono de feria para que me exhiban, Mick —protesté indignada.

—Eso no significa que no tenga razón —razonó. A su modo, como siempre. Entornó los ojos y

me observó—. ¿Todo bien, pequeña Mia?

—Todo genial, jefe —asentí. No se veía convencido del todo—. Nada que no pueda solucionar,

te lo prometo.

—Bien, te quiero aquí el jueves.

—Hecho.

Quería volver. Sé que solo había pasado una semana, pero necesitaba ese escape. Adoraba estar

allí.

Sin avisar, me abalancé sobre la barra y lo abracé con fuerza. Segundos después sentí a Jen y

Liam unirse al abrazo grupal.

—Maldita sea, ¡me estáis asfixiando! —gruñó y los tres rompimos a reír, conoedores de lo

poco que le gustaban las muestras de afecto. Aunque sabíamos que secretamente las apreciaba, no

importa si lo quería reconocer en voz alta o no.

—Oye, jefe. —Escuché la voz ahogada de Liam a mi espalda—. Creo que esto merece

celebrarlo con tu canción.

—¡Joder, no! —espetó este malhumorado.

Jen y yo reímos y deshicimos aquel improvisado abrazo grupal. Aplaudimos y silbamos en

acuerdo mientras Mick volvía al otro extremo de la barra.

—¡Eh, Brooklyn! —llamó Liam a voz en grito—. Pon la canción del jefe, estamos de

celebración.

No lo hacía por eso, sencillamente le gustaba irritar al susodicho.

—¿Y cuál demonios es esa canción, si puede saberse? —inquirió ella con una mano en su

torneada cadera. Nos saludó a Jen y a mí con un guiño y una sonrisa que le devolvimos levantando

nuestros vasos en el aire antes de dar un sorbo cada una.

Mi compañero murmuró algo acerca de tener que enseñar un par de cosas a esa bonita novata y

se dirigió hacia el equipo de música.

Instantes después, Jen y yo alzamos los brazos al aire movidas por el buen rollo que nos

inspiraba aquella canción.

*I'm shipping up to Boston* de DropkickMurphyssonaba con fuerza. Aplausos, gritos y vítores

salieron de muchos de los presentes, especialmente de los clientes más asiduos. Brooklyn movía la

cabeza al ritmo de la música mientras atendía a unos clientes con una sonrisa en sus labios. Liam

provocaba a nuestro jefe y le instaba a levantar el trasero del taburete en el que se había sentado; este

lo observaba tratando de parecer serio, pero sin poder evitar una renuente sonrisa. Acabó cogiendo

su adorado bate de beisbol y ese gesto fue suficiente para que mi compañero volviese a su lugar en la

barra, aunque lo hizo riendo y bajo la atenta mirada de muchos de los presentes, por supuesto.

Mick miró a su alrededor. Sabía cuánto odiaba ser el centro de todas las miradas, pero poco

podía hacer ya contra ello. Tenía que darles lo que querían o no lo dejarían en paz. Consciente de

ello, alzó el bate en el aire y se unió a todos los que ya cantábamos.

I'm a sailor peg

and I've lost m y leg

clim bing up the top sails

I've lost m y leg!

I'm shipping up to Boston!

I'm shipping up to Boston!

I'm shipping up to Boston!

I'm shipping off... to find m y wooden leg

Brooklyn, sorprendida, rompió a reír al descubrir aquella desconocida faceta de nuestro jefe.

Terminó de servir unas bebidas y se acercó hasta donde estaba con una bebida de color azulado en su

mano. Me guiñó y acercó el vaso, de manera que tanto Jen como yo hicimos lo mismo para

entrechocarlos suavemente.

—Cada día que pasa, me gusta más trabajar aquí. —Dio un sorbo, nos guiñó un ojo y se fue

contoneándose en una estrecha y favorecedora falda de tubo negra para atender al siguiente cliente.

Sí, entendía el sentimiento porque a mí me pasaba exactamente igual. Sin

embargo, aquella

noche sería una clienta más.

Llamé a Liam y pedimos otra ronda.

## Capítulo 23

Reed

Llegamos poco después de la medianoche.

Ni siquiera pasé por casa para tomar una ducha. Necesitaba despejarme y no solo yo, el resto de

los chicos se encontraban del mismo modo. Sus rostros reflejaban cansancio, frustración y enojo,

siendo este último el que predominaba por encima del resto. Terry en un principio dijo que se

marchaba a casa, no sintiéndose con ganas de entablar conversación con nadie más, pero parece que

finalmente recapacitó y decidió que una copa, o dos, o diez, probablemente le vendrían bien. Yo, por

mi parte, no podía esperar para ver a Mia y poner mis manos sobre ella. No sabía qué demonios me

ocurría, pero era incapaz de sacarla de mi cabeza.

Entré al local seguido por el resto y nos congelamos.

Pero ¿qué coño...?

—¿Qué demonios ocurre aquí? —gruñó Sullivan junto a mí, haciéndose eco de mis

pensamientos.

—Joder. —Terry observaba la escena con los ojos muy abiertos y una sonrisa  
—. ¿Cher?

— *The shoopshoop song* — aclaró Tucker situándose junto a él. Los tres  
giramamos las cabezas y lo

observamos sin decir ni una palabra. Él se removió en el sitio y apartó la  
mirada—. ¿Qué coño

miráis? A mi madre le encantaba esta canción.

Lo ignoré mientras Terry le daba un mal rato por conocer no solo a la artista,  
sino también la

canción y devolví mi atención a la barra, o más bien a la chica que tras esta  
bailaba y cantaba como

si no hubiera un mañana.

Maldita sea.

Jen no bromeaba cuando me advirtió aquella tarde. Tanto ella como Mia y la  
nueva camarera,

Brooklyn, estaban tras la barra haciendo alguna especie de coreografía,  
riendo y cantando mientras

animaban al resto de clientes a que las acompañasen desde sus respectivos  
sitios. La gente estaba,

sin duda, animada; las coreaban, gritaban, silbaban y aplaudían y sí, algunas  
chicas se unieron al

baile. Sin embargo, la atención masculina estaba centrada en las tres bellezas  
que al parecer

comenzaron todo esto. Eran hermosas, de eso no había duda, pero Mia

sobresalía por encima del

resto, eclipsándolas con aquel brillo que parecía desprender y que me atrapó desde el mismo

segundo en que puse mis ojos en ella. Es lo que hacía, lo que era, lo que la convertía en algo

adictivo. No solo era preciosa por fuera, sino que esa vulnerabilidad con la que la gente la

identificaba estaba muy lejos de la realidad puesto que era fuerte y dulce, tenaz y comprensiva,

inteligente, divertida y compasiva... y un sinfín más de calificativos que me podría pasar toda la

noche enumerando.

Joder, estaba loco por ella.

Sonreí cuando perdió el paso, pero al instante siguiente se recuperó con una carcajada que ni

siquiera la música fue capaz de enmascarar. Luke lanzaba improperios junto a mí mientras analizaba

la escena, Terry sacudía la cabeza, divertido, y Tucker se preguntaba en voz alta qué coño pasaba por

la cabeza de Mick para montar semejante espectáculo sin estar nosotros allí mientras se comía a la

nueva chica con los ojos. Ignoré a todos y me encaminé hacia la barra dejando en la puerta todo el

mal humor y la frustración que me carcomían los últimos días.

No aparté los ojos de ella en ningún momento, no podía. Como si sintiera mi

mirada, Mia giró

levemente la cabeza en mi dirección y me lanzó un guiño y un beso. Una  
pequeñez, algo

insignificante, pero que unido a lo jodidamente sexy que se veía y, maldita  
sea, a que era ella,

consiguió que mi entrepierna se animara en busca de acción.

Me coloqué justo frente a ella con los brazos cruzados y conseguí que  
trastabillara un poco y

que aquel adorable sonrojo tiñera sus mejillas cuando la devoré con la mirada  
descaradamente.

Aquella noche tenía intención de hablar algo importante con ella, pero sin  
duda dicha conversación

tendría que esperar hasta que me saciara de ella, si es que eso era posible.

Ni siquiera el codazo que Luke me dio en las costillas consiguió atraer mi  
atención.

—Deja de mirarla así —espetó cerca de mi oído—. Es mi hermana, hombre.

Bufé divertido por el tormento con que pronunció las últimas palabras.

—Lo sé —respondí sin mirarlo. No quería perderme nada de Mia—. Y  
quieras admitirlo o no,

es una mujer hermosa, fuerte y jodidamente sexy que podría tener rendido a  
sus pies a quien quisiera.

—Ella miraba entre nosotros con el ceño fruncido—. Soy un cabrón  
afortunado que, por primera vez,

siente que pertenece al lugar en el que está. —Giré la cabeza para mirarlo a  
los ojos—. Te lo dije, no

estoy jugando y, aunque he tardado mucho tiempo en reconocerlo y en llegar a un acuerdo con ello,

quiero sentar cabeza y quiero que sea con ella. Va a ser con ella —sentencié y el decirlo en voz alta

lo hizo aún más real—. No me jodas y ni si te ocurra hacerle daño otra vez o tendremos un problema.

Guiñé un ojo a Mia para tranquilizarla y me uní al aplauso del resto de parroquianos cuando la

canción terminó.

Gracias por los pequeños favores, joder.

La vi pasar por el hueco que había en un rincón de la barra y se encaminó hacia nosotros. La

mirada de mi compañero se ablandó al observar a su hermana pequeña que, le gustase o no, ya no era

ninguna niña.

—Me alegro de que seas tú, tío. —Me dio una fuerte palmada en la espalda. Teniendo en cuenta

sus palabras, supe que era amistosa o de lo contrario mi puño ya estaría saludando a su boca—.

Cuídala y sé feliz, te lo mereces. Los dos lo hacéis. —Dudó un momento—. ¿Se lo vas a contar?

No estaba muy seguro de a qué parte se refería, pero asentí pues cada momento estaba más y

más convencido de que ni podía ni quería ocultarle nada.

Fue al encuentro de ella y se inclinó hablándole al oído. No sabía lo que le

podría estar

diciendo, pero el brillo en los ojos de Mia y el fuerte abrazo en el que ambos se fundieron me dijo

todo cuanto necesitaba. Los Sullivan continuaban ganándose mi admiración y respeto cada día. No

eran perfectos, nadie lo es, pero superaban y aparcaban sus diferencias en pos del amor que sentían

los unos por los otros; estaban ahí para el otro sin importar qué, y no solo eso, sino que además

acogían bajo su ala a personas a las que otros muchos no darían una segunda mirada haciéndolos

sentir en casa. En un hogar, parte de algo importante. Yo era un ejemplo de ello y, según deduje de

mis conversaciones con Luke y Mia, Jen también lo era. Les debía más de lo que nadie podría

imaginar, ni siquiera ellos mismos.

Tragué aquel maldito nudo y levanté a Mia en un abrazo para besarla como llevaba deseando

todo el día. No dudó ni se sorprendió por el gesto, de hecho, enroscó las piernas alrededor de mi

cintura haciendo que me olvidara por un momento de dónde nos encontrábamos, aunque, a decir

verdad, me importaba una mierda. Me devolvió el beso con ferocidad y yo la devoré, mordisqueé y

enredé los dedos en el cabello de su nuca al mismo tiempo que aquel olor a jazmín que tan fascinado

me tenía invadía mis fosas nasales. Gimió mientras nuestras lenguas se enredaban en un beso

abrasador y me envaré pensando en todo lo que le haría allí mismo. Sentía el pantalón cada vez más

apretado. Hizo un pequeño movimiento con sus caderas en busca de fricción y supe que tenía que

parar aquello o la llevaría a los servicios para hacer con ella lo que llevaba imaginando todo el día,

incluso si su hermano estaba allí. Ella merecía más que ser tratada como otra cualquiera. Con un

torturado gruñido, mordisqueé por última vez su sexy y regordete labio y eché la cabeza hacia atrás

para mirarla.

Alguien gritó que nos consiguiéramos una habitación, pero lo ignoré. A la mierda todo lo que no

fuese ella.

—Hola.

—Hola a ti también —suspiró con la vista clavada en mis labios. Reí—. ¿Qué? —inquirió

mirándome ahora a los ojos, aunque me pareció que le costaba un poco enfocarse.

—No te preocupes, cariño —respondí ante su suplicante mirada otra vez dirigida hacia mi boca

—. Te aseguro que habrá mucho más de eso esta noche. De hecho, habrá mucho más de todo.

Pasó las manos por mis hombros, por mi cuello y enredó con fuerza los dedos en mi cabello.

—Eres tan, tan sexy. —Pasó la nariz bajo mi barbilla e inhaló con fuerza antes de morder la piel

con suavidad—. Y hueles... mmm. —Volvió a inhalar—. ¿Te he dicho alguna vez lo loca que me

vuelve tu olor?

Algo en su voz, en su comportamiento... Tiré con suavidad del cabello que aún permanecía en

mi agarre en la base de su cuello, hasta que conseguí que alzase la cabeza. La miré con atención.

—Mia, cariño, ¿estás borracha?

—No —respondió de inmediato—. Pero tú eres tan... tan sexy, tan... *grrrrr*.

Sí, definitivamente estaba borracha. Y caliente, joder. Supe que tenía que detener aquello

cuando volvió a moverse para conseguir fricción. Coloqué las manos en su pequeña cintura y con

suavidad la devolví al suelo. No ayudó en absoluto, pues sus manos comenzaron un tortuoso viaje

por mi vientre, pectorales, cuello y, en definitiva, por cualquier zona a su alcance.

—¿Cuánto has bebido exactamente? —pregunté sujetando con gentileza sus muñecas y

deteniendo su sensual ataque.

No es que importase demasiado, simplemente estaba siendo curioso.

Entrecerró los ojos

meditando la respuesta y se balanceó un poco.

—Solo un par de copas. —Enlazó los brazos alrededor de mi cuello y se puso de puntillas

rozando nuestros labios—. Podemos tomarnos la última o podemos saltarnos eso e irnos

directamente a mi cama, ¿qué me dices?

Le diría que me lo estaba poniendo jodidamente difícil. Cerré los ojos y apoyé la frente sobre la

suya. Joder, quería eso más que nada y, aunque no estaba excesivamente borracha, sí que llevaba más

que unas copas encima e iba contra mí mismo irme a la cama con ella cuando estaba así. La parte

positiva es que estaba descubriendo a la Mia más desvergonzada y desinhibida, la que reclamaba lo

que quería y no se preocupaba por nada más que no fuese eso. Y me gustaba. En realidad, me volvía

loco.

—Me parece que por esta noche ya has tenido tu justa cuota de bebidas, cariño.

Pareció encenderse como una bombilla.

—Oh, ¿eso es un sí a la cama?

Reí. No pude evitarlo. Joder, esa mujer me había arrancado más sonrisas en las últimas semanas

que nadie más en mi vida.

—Sí, eso es un sí. —La besé en la frente y la abracé—. Vámonos de aquí, pequeña revoltosa.

Probablemente no aguantase despierta el trayecto en coche, de manera que era absurdo

explicarle que no habría sexo, tal como ella esperaba. Al menos esa noche, por supuesto.

Estábamos recogiendo sus cosas cuando una vivaz Jen se acercó a nosotros, sosteniendo una

bebida de un tono rojizo en cada una de sus manos. Antes de poder reaccionar siquiera, Mia le

arrebató una de ellas y dio un largo trago. Cogí el vaso y lo dejé en la barra junto a nosotros, pero a

la suficiente distancia como para que no lograra alcanzarla de nuevo.

—Creo que ya has tenido suficiente. —Observé a Jen con atención—. De hecho, creo que las

dos habéis tenido suficiente.

Ella, con gesto altivo, enarcó las cejas y bebió hasta tomar casi la mitad del contenido antes de

que una gran mano hiciese lo mismo que yo momentos antes con el vaso de Mia. Jen se giró con las

manos en las caderas y enfrentó a un lívido Luke.

—¿Por qué coño has hecho eso?

—Suficiente, Jenna —respondió él sin inmutarse.

Mia enroscó los brazos alrededor de mi cintura y comenzó a frotar la cara contra mi pecho.

Joder.

—Yo diré cuándo es suficiente —espetó ella, hirviendo.

No esperé una respuesta de mi compañero y decidí intervenir. Quería sacar a Mia de allí lo

antes posible, antes de ponerme en evidencia al no poder esconder lo que sus roces me estaban

haciendo.

—Jen, ¿te acercamos a casa?

—Me llevo a mi hombre de aquí —murmuró Mia arrastrando ligeramente las palabras. Luke la

miró frunciendo el ceño.

—¿Cuánto ha bebido? Antes no me pareció que estuviese tan mal.

—Ya sabes cómo es esto, te golpea cuando menos te lo esperas.

—Sí. —Clavó los ojos en Jen, que seguía frente a él—. Llévala a casa, Reed, yo me ocupo de

ella.

—Contén la respiración —espetó esta con furia.

—¿Qué has dicho? —Mi compañero se cruzó de brazos aún mirándola.

—De ese modo, quizás con suerte te asfixies, porque de ninguna manera en el infierno vas a

llevarme a casa. —Le dio la espalda y fue a coger su bebida de nuevo—. O a

cualquier otra parte, ya

que estamos.

Él volvió a arrebatársela. Enarqué las cejas, entretenido por el intercambio entre esos dos.

—He dicho que pares de una vez, Jen. —La sujetó por el brazo para que lo mirase y ella se

soltó con un brusco tirón.

—No se te ocurra volver a tocarme, lo digo en serio, Lucas.

Aquí había más y no podía irme sin estar seguro de que ella se encontraba bien, aun sabiendo

que Sullivan jamás la lastimaría.

—Jen, ¿te acercamos a casa?

—Sí...

—No —atajó con brusquedad mi compañero—. He dicho que yo me ocupo.

—¿Jen?

—Métete en tus jodidos asuntos, Reed —bramó él—. Asegúrate de que mi hermana llega bien a

casa y déjame esto a mí.

Para ese momento, tanto Mia como yo mirábamos entre ellos tratando de dilucidar lo que

ocurría. No tenía la menor duda de que, aun sin que nadie me lo confirmase, allí se escondía más

historia de lo que nadie podía imaginar. Toda la lucha anterior pareció dejar a

Jen de golpe.

—Aprecio el gesto, *woodpecker*. — Casi le gruñí por aquel estúpido apodo y ella sonrió—.

Estaré bien. De todos modos, aún no me apetece irme, pero gracias.

Después de que ella y Mia se dieran uno de esos interminables y ebrios abrazos diciéndose

cuánto se querían y que pronto tenían que repetir, nos despedimos del resto y nos pusimos en marcha.

A la mierda Sullivan, lo que ocurriera entre Jen y él no era asunto mío. Joder, ya tenía suficiente en

mi plato para estar servido durante una buena temporada.

Tal como predije, no llevábamos ni cinco minutos de camino cuando Mia comenzó a roncar con

suavidad en el asiento a mi lado. El alcohol afecta de muy diferentes formas a las personas cuando se

emborrachan y a ella parece que la despojó de la vergüenza y la timidez que vislumbré en lo que al

sexo se refería. Sí, era pasional y entregada en la cama, pero al mismo tiempo tímida e incluso en

algunos momentos, me atrevería a decir que insegura. No sabía si eso era debido a que se sentía

abrumada por mi trayectoria, pero quería que fuera consciente del hecho de que jamás, en toda mi

vida, experimenté con alguien más lo que sentía con ella.

Cogí en brazos a una adormilada Mia y a duras penas logré abrir la puerta de

entrada al edificio

y la de su apartamento sin que se me cayera su jodido y pesado bolso del demonio.

Golpeé la puerta con el pie para cerrarla y me dirigí hacia el dormitorio. Me permití el lujo de

desnudarla tomándome mi tiempo, sin urgencia ni prisas, besando su suave piel sin ninguna intención

más que la de sentirla y deleitarme con su aroma y su calor, con el hecho de que era tan mía como yo

suyo. Porque lo era, joder. En todas las formas posibles. No me sentía asfixiado, no presionaba ni

exigía y, sin embargo, siempre estaba ahí y la adoraba por ello. Porque me entendía sin necesidad de

palabras, porque me conocía aun sin saber mi historia ni cómo llegué hasta aquí, hasta ella. Lo que le

dije antes a Sullivan era cierto, por primera vez en mi vida estaba experimentando el sentido de

pertenencia, el saber que estás donde debes y con la persona correcta. Incluso, a pesar de la mierda

con la que tenía que lidiar en el trabajo, era feliz. Ella me hacía feliz y aunque no tenía la menor idea

de lo que el futuro nos deparaba, estaba ansioso porque lo descubriésemos juntos.

Estaba a punto de ponerle uno de aquellos ridículos pijamas suyos —que por otra parte me

volvían loco—, pero en el último segundo decidí dejarla solo con las bragas

de encaje. No pensaba

intentar nada, pero eso no significaba que quisiera alguna barrera entre nosotros. Solo quería sentir

su piel mientras la abrazaba por detrás. El agotamiento que arrastraba los últimos días me golpeó con

fuerza y, casi sin darme cuenta, me quedé dormido escuchando su suave respiración e inhalando

aquel dulce olor a jazmín.

Abrí los ojos de golpe. Cada músculo de mi cuerpo en tensión y listo... hasta que parpadeé y

sentí lo que me había despertado.

Levanté la cabeza de la almohada y miré hacia abajo. El oscuro cabello de Mia caía en una

cascada de ondas y, aunque no podía ver su rostro, era muy consciente de su boca trabajándose,

lamiendo y succionando aquella parte de mi cuerpo que despertó incluso antes de hacerlo yo mismo.

Vi cómo su cabeza subía y bajaba mientras yo me encendía cada vez más. Con una de sus manos

masajeó mis testículos mientras que con la otra arañaba suavemente mi vientre; al mismo tiempo,

succionó con fuerza.

Joder.

Con un gruñido dejé caer la cabeza y enredé los dedos en su cabello, ni empujando ni tirando,

solo haciéndole saber que estaba muy, muy despierto. Ella continuó tomándome en su boca con el

mismo entusiasmo con el que un hambriento se daría un festín el día de Navidad.

Poco después sentí que no aguantaría mucho más. Me incorporé y la sujeté por los hombros para

que se detuviera, pero no hubo manera. No parecía dispuesta a parar.

—Mia —gruñí, enredando de nuevo los dedos en su cabello—, detente o me voy a correr.

Me soltó con un audible *pop* y levantó la cabeza lo suficiente como para encontrarse con mi

mirada.

—De eso se trata, cariño.

La visión de su hermoso rostro, tan solo iluminado por la plateada luz que se colaba por la

ventana, y de sus labios hinchados y brillantes, que me sonrieron con perversión, casi me volvieron

loco.

Me dedicó un descarado guiño, tomándome otra vez en su boca.

Cerré el puño agarrando con fuerza las sábanas o de lo contrario no respondería de mí mismo.

Lamía, succionaba e incluso raspaba con los dientes haciéndome saltar de placer.

No sabía si era por la magnífica forma en la que me despertó, por la sorpresa inicial que de

inmediato dio paso a un incendio en mi interior o si era porque se trataba de ella, pero aquella noche

experimenté la mejor mamada de toda mi maldita vida.

—Joder... sí —mascullé con los dientes apretados. Sentí cómo se construía una insoportable

presión en mi ingle y poco después, incapaz de contenerme más, me corrí con un gruñido de

satisfacción en su perfecta y deliciosa boca. Mantuve los ojos cerrados mientras ella seguía lamiendo

algún tiempo después, como si no quisiera permitir que mi polla se pusiera flácida, como si hubiera

convertido en su particular misión conseguir que permaneciese erecta; sonreí y la dejé con su

empeño. Cuando se sintió satisfecha, escaló por mi cuerpo y, al abrir los ojos, vi su resplandeciente

y dulce sonrisa frente a mí. Que me condenen si aquella no era la mejor de las visiones que uno

podría tener.

»Hola —murmuré con voz ronca. Aparté con gentileza el cabello, enmarqué su rostro entre mis

manos y la atraje hacia mí para besarla profundamente. A muchos hombres les asquea besar a una

mujer que les acaba de hacer una mamada, en mi opinión son todos unos malditos cretinos hipócritas,

¿está bien que ella se saboree en tu boca, pero no a la inversa? Gilipolleces.

—Buenos días —respondió cuando nuestros labios quedaron a escasos centímetros. Enarqué las

cejas y di una breve mirada a la ventana que, claramente, mostraba que aún era de noche.

—Todavía falta mucho hasta que amanezca y tengamos que salir de la cama.

—Bueno —sonrió con picardía y mordisqueó mi labio inferior arrancándome un gruñido—, yo

ya he desayunado.

Reí, la abracé y, en un rápido movimiento que ella no esperaba, nos giré e invertí nuestras

posiciones, dejándola entre mi cuerpo y el colchón.

—Yo también estoy hambriento. —Acompañé mis palabras presionando mis caderas contra las

suyas.

Fue un aviso. Una promesa en la que trabajé a conciencia durante gran parte de la noche. La

devoré y saboreé hasta que rogó y suplicó, hasta que dijo que no podía soportarlo más. Entonces, me

enterré en ella, dejé que nuestros cuerpos se unieran y sincronizaran tan a la perfección como la

primera noche que tuvimos sexo, como si estuviesen hechos el uno para el otro y todo lo demás, todo

el sexo casual, las mujeres... todo quedó atrás, como si no hubiera existido.

Aquella sensación que por lo general me habría hecho salir corriendo en dirección contraria,

con Mia me hacía sentir seguro, satisfecho.

En casa.

Tenía el día libre en el trabajo y aunque disfruté del pequeño cuerpo de Mia acurrucado junto a

mí, apenas aguanté en la cama hasta las ocho de la mañana. Es curioso que una persona que en un

punto de su vida tuvo tan poco aprecio por las normas acabara convirtiéndose en alguien incapaz de

abandonar los hábitos adquiridos cuando trataba de reformarse, de hacerlo mejor. Algo irónico, si

me lo preguntas. Como también lo era el hecho de terminar en una relación con una mujer que trataba

de salvar a chicos en los que perfectamente me podría ver reflejado. Lo cual me recordó que tenía

que localizar al tal Ben y tener una seria conversación con él, pues no puedes ir jodiendo por ahí a

alguien tan puro como Mia y salir indemne cuando ella solo trata de ayudarte, independientemente de

si los métodos utilizados son más o menos acertados. Acción y reacción, así es la vida. Él tomó una

elección, sin duda equivocada, y ahora tendría que lidiar con las consecuencias entre las que, por

supuesto, me encontraba yo; estábamos hablando de mi chica y de su trabajo, algo que amaba, de

manera que no pensaba quedarme de brazos cruzados.

Le di un último beso en la cima de su cabeza, con cuidado de no despertarla, y salí de la cama.

Otro punto en el que diferíamos, ella era extremadamente dormilona, creo que solo su necesidad de

café era lo que conseguía arrancarla de la cama por las mañanas, de lo contrario probablemente no

llegaría jamás a tiempo al trabajo. Yo, por otro lado, si se me hacía demasiado tarde sentía como que

estaba perdiendo el tiempo cuando podría estar haciendo algo más importante que vagar sin

sentido; ese sentimiento fue mitigado casi por completo por la sensación de su cuerpo desnudo junto

al mío, porque no sentí que estuviese desperdiciando algo, de hecho, no había nada más importante

para mí que ella, pero mi mente no paraba de trabajar y de dar vueltas a temas importantes que de

algún modo podían afectarnos. Aunque primero, por supuesto, tenía que hablar con ella.

Puesto que mi último intento de sorprenderla con un desayuno fue un jodido fracaso que acabó

con ella dándome con la puerta en las narices, decidí intentarlo de nuevo teniendo la certeza de que

esta vez no me echaría a patadas. O eso esperaba. Por suerte para mí, la cocina de Mia estaba bien

surtida por lo que no tuve mucho problema en preparar algo decente, aunque sencillo. Zumo de

naranja, café, huevos revueltos, tostadas y esos *brownies* de chocolate que encontré en la encimera y

que me hacían perder la razón. Me disponía a poner el pan en la tostadora cuando sus brazos me

rodearon desde atrás antes de depositar un suave beso en mi espalda desnuda. Joder, solo ella era

capaz de hacer que me estremeciera con algo tan sencillo. Frotó la mejilla contra mi piel en una

caricia y necesitando más, giré en sus brazos. Sin darle tiempo a reaccionar o a protestar, enmarqué

su hermoso y somnoliento rostro entre mis manos y la besé. Lo hice con la necesidad y la pasión que

ya no necesitaba reprimir, con la ternura que ella merecía y que a su vez me inspiraba, y con la

tranquilidad que jamás creí sentir en un territorio inexplorado como en el que me encontraba con

ella. Ambos estábamos sin aliento para el momento en el que nos separamos, sonrió y acarició mi

mejilla.

—Buenos días —susurró. No se me escapó el hecho de que tenía las mejillas sonrosadas y sus

ojos brillaban con lujuria. Podría perderme durante horas en aquellos ojos casi dorados que me

miraban con devoción. Sin duda, me ocuparía de eso más tarde.

—Buenos días. —Incapaz de reprimirme volví a besarla, esta vez fue rápido, casi brusco, antes

de girarla y enviarla con una palmada en dirección a uno de los taburetes—. Siéntate, esto casi está.

—Sí, señor —ronroneó y tomó asiento.

Joder, dos putos minutos con ella y ya estaba duro de nuevo. Ignorando lo que mi cuerpo exigía

que solucionase, dispuse los platos que ya tenía preparados en la barra mientras se hacían las

tostadas. Habría tiempo para otra ronda más tarde, ahora teníamos temas más apremiantes de los que

ocuparnos.

Permanecí de pie frente a ella con solo la barra de desayuno entre nosotros. Gimió cuando tomó

un bocado de huevos que ayudó poco a bajar mi erección. Se disponía a beber un sorbo de café

cuando mis siguientes palabras hicieron que se detuviera en seco.

—Tenemos que hablar.

Capítulo 24

Me detuve con la taza en el aire justo antes de tomar un sorbo y achiqué los ojos.

—Eso no suena muy alentador —murmuré intentando adivinar algo por su expresión, pero esta

no me decía absolutamente nada. Bajé la taza y me aclaré la garganta—. Muy bien, pues hablemos.

Lo señalé con la mano para que tomase la palabra. Quise aparentar tranquilidad, algo que en el

fondo no sentía pues ninguna conversación amigable comienza con esas fatídicas palabras que, por lo

general, son la antesala de una bronca, una ruptura, un ultimátum o cualquier otra situación tan nefasta

como las anteriores.

—¿Qué puedes decirme acerca de Peter? —Hizo la pregunta con brusquedad, casi como si se

hubiese forzado a pronunciar las palabras. Pude imaginar muchas conversaciones sucediendo entre

nosotros, diversos temas de los que podríamos hablar, pero eso, sin duda alguna, me cogió por

sorpresa.

—¿Peter? —Fruncí el ceño, confusa—. Quieres decir, ¿mi Peter?

Apoyó los brazos sobre la barra a cada lado de mí y se inclinó hacia delante hasta que nuestros

rostros quedaron a escasos centímetros. Vi que apretaba la mandíbula con fuerza y me fijó en el lugar

con una intensa mirada de aquellos ojos azules que tanto amaba.

—¿Tu Peter? —Si antes pensé que habló con brusquedad, no era nada comparado con la

hostilidad que percibí en el bajo tono con que preguntó ahora. Lo miré en silencio tratando de

dilucidar el porqué de aquel cambio de actitud, cuando momentos antes estábamos bien, relajados y

tranquilos. Oh, por Dios, no podía ser...

—¿Estás celoso? —pregunté, tanto sorprendida como emocionada por la situación.

—No.

—¡Estás celoso! —Sonreí, aunque él no parecía compartir mi diversión. Acaricié su rasposa

mejilla y le di un suave beso en los labios antes de tomar un bocado de aquellos deliciosos huevos

revueltos que preparó—. Cariño, no tienes nada que temer, sabes lo que quería decir.

—No estoy celoso, maldita sea. —Se irguió poniendo distancia entre nosotros de nuevo y cruzó

los brazos.

Jesús, era difícil no distraerse con la vista de aquel tonificado y tatuado pecho.

—Ethan, solo era una forma de hablar. Quería asegurarme de que hablábamos del mismo Peter.

—¿A cuántos más conocemos los dos? —Enarcó las cejas. Ahí tenía razón.

—Bueno, sí, es cierto —medité—. Sin embargo, me sorprendió que me preguntases por él, por

eso dije «mi Peter», no porque...

—Por el amor de Dios, Mia, céntrate —exigió con un pesado suspiro.

—¿En qué? —Sí, era cierto que me dispersaba con facilidad, pero Ethan se puso celoso, aunque

fuese durante un breve momento, y esa muestra de emociones por su parte no era algo que viese todos

los días.

Se frotó la cara y peleó con la necesidad de ser yo quien pasara las manos por su fuerte

mandíbula. Desapareció y un momento después volvió vistiendo su camiseta. Una pena, la verdad.

—Empecemos de nuevo, Peter Wachowsky, ¿qué puedes decirme acerca de él? —Hizo la

pregunta con tal seriedad, que sentí cada vello de mi cuerpo erizarse y erguí la espalda. Él no me

estaba preguntando como mi actual pareja, conocía aquel tono, la postura, la inflexión en su voz... mi

padre la utilizó conmigo infinidad de veces mientras crecía, Ethan me estaba hablando como policía.

Poco sabía él que aquel camino era el equivocado a tomar cuando quería obtener algo de mí, no es

que en ese caso en concreto tuviese algo que aportar, pero aun así, se equivocaba.

—Me temo que tendrás que ser un poco más específico acerca de lo que necesitas que te diga.

—¿Qué sabes acerca de su trabajo? —preguntó en modo profesional—. ¿Solía hablarte de los

casos que llevaba, clientes...? Ese tipo de cosas.

Aparté el plato, ya con el apetito perdido, y fruncí el ceño por el extraño giro que estaba

tomando nuestra mañana juntos.

—No, no tengo ni idea. Solo sé lo básico acerca de eso, Ethan.

—Erais pareja, imagino que hablaríais sobre ciertos temas.

—Sí —respondí molesta, mirándolo de forma significativa—, eso es lo que se supone que

hacen las parejas, hablar.

Captó perfectamente el significado de mi declaración, sin embargo, decidió ignorarla.

—¿Estás segura? —continuó indagando—. ¿Alguna vez viste algo extraño en su

comportamiento? Imagino que compartiríais cuentas también, ¿movimientos de dinero fuera de lugar?

Sobra decir que, del mismo modo que nuestro domingo tomó un giro de lo más extraño, lo

mismo sucedió con mi humor que, a medida que las preguntas abandonaban los labios de Ethan, se

tornaba más y más oscuro.

—¡No lo sé! —Levanté las manos en el aire, exasperada—. ¡No tengo ni la más remota idea!

Peter es un hombre joven, atractivo y que, además, hasta donde yo sé, se está labrando un exitoso

futuro en el bufete de abogados en el que trabaja. —Me aseguré de mirarlo a los ojos para que viese

la verdad en ellos—. Solo me contaba cosas triviales acerca de su trabajo, pero nada

comprometedor o extraño, del mismo modo que jamás percibí algo fuera de

lo normal en cuanto al

dinero. Sí, compartíamos cuentas. Fue mi pareja durante más de dos años y confiaba en él, pero... —

Mi tono se volvió amargo—. Teniendo en cuenta que lo encontré en mi cama con otra mujer, está

claro que debo ser una estúpida que no ve la realidad hasta que le golpean en la cara con ella. —Me

levanté e imité su postura, pues no me gustaba la posición de poder en la que pareció situarse en

cuestión de segundos—. Y ahora, dime por qué siento que me estás interrogando como si fuese una

criminal.

De inmediato, su expresión se ablandó para dejar paso al arrepentimiento.

—Joder. —Se pasó la mano por el cabello dejándolo más revuelto—. Lo siento mucho. —

Rodeó la barra y me envolvió en un abrazo a la vez que apoyó la barbilla en la cima de mi cabeza—.

No pretendía que te sintieras de ese modo, pero necesitamos toda la información que podamos reunir.

En cualquier otro momento me habría dejado estrechar entre sus brazos, pero no después de lo

sucedido. Puse la mano en su pecho y lo aparté antes de cruzarme de brazos y enfrentarlo.

—Necesito que me expliques qué está sucediendo. —Me miró en silencio—. Ahora.

Se acomodó en uno de los taburetes y me observó expectante, quizás esperando a que imitase su

gesto, pero preferí permanecer de pie. Suspiró y rascó su rasposo mentón antes de comenzar a hablar.

—Conoces a los Chicago's Splinter Gangs —aseveró. Asentí, por supuesto que había oído hablar

del CSG, era la banda que a más chicos trataban de atraer a sus filas—. Llevamos tiempo tras ellos y,

aunque en teoría debería ser fácil trincar a unos delincuentes de poca monta, por unas u otras razones

siempre acaban escurriéndose de entre nuestros dedos. Incluso si tenemos las suficientes pruebas

como para ponerlos en la sombra una buena temporada, sus jodidos abogados siempre encuentran

algún resquicio legal para ponerlos en libertad. —Su voz se profundizó y las siguientes palabras

fueron prácticamente un gruñido enojado—. Se agarran a cualquier maldita cosa, hace unos días nos

acusaron a tu hermano y a mí de trato discriminatorio y brutalidad policial después de que

detuviéramos a dos de ellos.

Jadeé con incredulidad, no comprando esa mentira ni por un segundo.

—Pero eso no es...

—Una jodida mentira, eso es lo que es —espetó—. Pero fue suficiente para que quedasen en

libertad con cargos a la espera de juicio.

Me senté en un taburete frente a él, entendiendo ahora mejor su estado de ánimo en los últimos

días.

—Nunca pensé en los abogados de oficio como esa clase de tiburones sin escrúpulos. Siempre

creí que eran algo más... fáciles de manejar, por así decirlo —medité y luego pensé en algo que me

molestaba—. ¿Por qué no me contaste lo que sucedía?

—¿De qué habría servido?

Dios, me volvía loca.

—Habría estado aquí para ti, Ethan. —Sé que percibió la frustración en mi voz, de hecho, ni

siquiera traté de ocultarla—. Eso es lo que se supone que hacen las parejas, hablan, comparten y se

apoyan sin importar qué. Cuando sucedió lo de Ben, la primera persona en la que pensé y a quien

necesitaba ver eras tú. Nadie más.

Me perdí durante un instante en aquellos orbes azules que normalmente me decían lo que sus

labios se negaban a expresar. Me observaba con intensidad, reflexionando sobre lo que le acababa

de decir y supuse que contemplando las posibilidades que se abrían ante él al lanzarse de cabeza en

una relación como la que teníamos. Esperé, en silencio, a conocer la conclusión a la que había

llegado.

—La cuestión es que no han recurrido a abogados de oficio, que es lo que se espera de estos

tipos. —Volvió al tema anterior y mentiría si dijera que no sentí a mi corazón contraerse con una

punzada de dolor—. A pesar de que con el tráfico de drogas y sus otras actividades cuentan con los

medios suficientes, por lo general no recurren a abogados conocidos o con demasiada reputación. —

Movió la mano en el aire al explicarlo y comenzó a pasearse de ida y vuelta mientras se pasaba la

mano por el cabello—. Por supuesto, eso se debe más a una cuestión de apariencias que a un

problema económico.

Agradecí la aclaración, aunque eso era algo que ya suponía, del mismo modo que intuía hacia

dónde se dirigía todo aquello. Aun así, necesitaba escuchárselo decir.

—Bien, ¿qué tiene esto que ver conmigo? —Detuvo su caminar y se posicionó frente a mí de

brazos cruzados.

—Los abogados que los representan trabajan en Leyman, Marwell y Asociados. —Por muchos

avisos que mi mente me hubiera dado, no estaba preparada para aquello—.

De hecho —continuó,

consciente de la conmoción que me embargaba—, el abogado que en más ocasiones se ha personado

en comisaría para sacarlos de problemas es alguien cuyo nombre estoy seguro de que te suena. Peter

Wachowsky.

Jesús.

No podía estar hablando en serio. Sí, podía reconocer que Peter era un imbécil, infiel,

mentiroso y mujeriego, pero de ahí a acusarlo de...

—¿De qué lo estás acusando exactamente? —inquirí porque, si bien aquello no sonaba bien,

estábamos hablando de un tema muy delicado.

—Yo no lo estoy acusando de nada —gruñó, apretando la mandíbula—. Te estoy exponiendo los

hechos como son. Esos cabrones se han vuelto descuidados y les importa una mierda todo porque

saben que acabarán exculpados de un modo u otro.

—Bien. —Me encogí de hombros—. Han dejado de simular desamparo en el aspecto

económico y no les importa lo que penséis al respecto. Más que eso, os restriegan por la cara los

medios de que disponen al contratar a buenos abogados que, de no ser por los delitos que

supuestamente cometen, no podrían costearse. —Ethan me miraba como si me hubiese crecido una

segunda cabeza en el transcurso de la conversación—. Peter es abogado, uno bueno y esos chicos...

delincuentes o lo que sean, lo contratan. No entiendo q...

—No, no tienes ninguna jodida idea —espetó. Su estallido me sorprendió hasta tal punto, que no

lograba articular palabra—. ¿Acaso no lo entiendes? No se trata de que se regodeen en el dinero que

tienen a su alcance, la cuestión es que se han vuelto descuidados. Atrevidos. Esa imprudencia solo

puede deberse a la tranquilidad que sienten por sentirse respaldados, que es la misma razón por la

que cada vez que los tenemos acabamos chocándonos contra un jodido muro. Estamos seguros de que

tienen alguna especie de mecenas o benefactor, llámalo como quieras, y quien quiera que sea esta

persona u organización, se mueve por las altas esferas. De otro modo no conseguirían escapar cada

vez que estamos cerca de trincarlos.

Estábamos a menos de un metro de distancia y sentía la furia y la frustración emanar de él en

oleadas. Lo entendía, de veras que sí. Sabía lo que era luchar y sortear obstáculos para que al final

todos tus esfuerzos no obtuviesen resultado alguno. Era enloquecedor de la peor forma posible.

—Muy bien —asentí y hablé con voz suave—. Digamos que tienes razón y detrás de todo esto

hay algo más grande de lo que suponíais en un principio. Sigo sin comprender cómo es que habéis

relacionado a Peter con todo esto, lo que quiera que sea.

Con un gruñido, se frotó el rostro con fuerza y después se revolvió el cabello antes de volver a

clavar sus azules ojos en mí.

—¿Por qué ha estado intentando contactarte Peter?

¿Qué?

—¡No lo sé! —Levanté las manos en el aire, una vez más, porque no íbamos a ninguna parte—.

Lo echasteis del bar la última vez que lo vi y ni si quiera pude hablar con él, pero fuimos pareja y...

—No me vengas con esa mierda, Mia. —Rio sin humor y sacudió la cabeza como si yo fuese

una pequeña y estúpida niña—. No le importaba en absoluto que fueseis pareja cuando utilizaba

vuestro apartamento como picadero y no creo que esté tratando de recuperar tu amor. —

Prácticamente escupió las últimas palabras y, por alguna absurda razón, sentí como si me hubiese

dado un puñetazo en el estómago—. Sin embargo, es curioso que sea tan perseverante, cuando resulta

que eres la hermana de uno de los agentes al cargo de la investigación y te

estás follando a otro.

Lo miré en shock, con la esperanza de no haber escuchado sus últimas palabras.

Aquello dolió.

Que simplificara nuestra relación de aquella forma, haciendo que sonara como algo vulgar y

vacío de emociones, como nada más allá de un simple intercambio de sexo... eso fue algo que jamás

vi venir. Quise abofetearlo. Deseé ver la enrojecida huella que mi mano dejaría en su mejilla, así

como la conmoción en su rostro al saberse golpeado por esta ingenua, confiada y enamoradiza mujer

a la que, sin él saberlo, acababa de noquear. Aunque intenté por todos los medios controlar mi

expresión, algo debió vislumbrar en mi rostro, pues su mirada no tardó en perder parte de la dureza y

la hostilidad que momentos antes reflejaba. Me levanté, queriendo descubrir de una vez por todas

qué era exactamente lo que esperaba conseguir de mí.

—¿Qué es lo que quieres, Ethan? —La pregunta era sincera y la hice abarcando todo, tanto lo

personal como lo profesional. Él debió percibir algo en mi voz, quizás entendió el significado tras

mis palabras, pero temía arriesgarse al anteponer una faceta que resultase ser la equivocada a la otra

—. Me refiero al caso —aclaré—, sin duda pretendías conseguir algo al traer a Peter a colación, así

que solo... —Moví la mano en el aire como si no importase, cuando, de hecho, me sentía drenada—.

Solo di lo que quieres y deja de dar rodeos de una vez.

Aquel ceño fruncido que siempre quería borrar con una caricia de mis dedos aún permanecía

dibujado en su fuerte y hermoso rostro mientras me observaba. Buscando qué, no lo sé. De lo que sí

estoy segura es de que no esperaba las siguientes palabras que abandonaron sus labios tras dejar

escapar un pesado suspiro.

—Necesito hablar con Ben —dijo con voz profunda y grave. Lo miré, no muy segura de haberlo

escuchado bien. Seguramente estaba equivocada, no podía hablar en serio.

—¿Perdón? —Necesitaba asegurarme. Él no me pediría eso.

—Necesito contactar con ese chico —explicó dando un paso en mi dirección—. Si ha llegado a

estar lo suficientemente involucrado en la organización, quizás podamos conseguir más pruebas para

incriminarlos. Debemos conseguir todo cuanto podamos reunir, empezando por los de arriba.

En un principio solo lo miré mientras mi cerebro trataba de procesar sus palabras. Después me

reí sin humor y decidí que no sería mala idea que mi trasero volviese a estar

en el taburete. Sí,

necesitaba sentarme. Sacudí la cabeza y lo observé.

—Tú... ¿Hablas en serio? —Él permaneció impassible. Se cruzó de brazos y eso, junto con el tic

en la mandíbula, me dijeron que se estaba preparando para una pelea—. Te das cuenta de que por el

momento estoy suspendida de empleo, ¿verdad? —Volví a levantarme, demasiado alterada como

para permanecer quieta—. Te das cuenta de que, al intentar ayudar a ese chico, al tratar de evitar que

se relacionara con esa gente de la que hablas, quizás haya perdido mi trabajo y todo mi esfuerzo haya

sido en vano.

—Jamás prescindirían de ti, eres demasiado valiosa —replicó con una seguridad que consiguió

enfurecerme más.

—¡Esa no es la cuestión! —¿De verdad podía ser tan obtuso?—. No puedo creer que hayas

sugerido eso, ¿cómo se te ocurre? —Me tapé el rostro con las manos y tomé una respiración profunda

antes de volver a mirarlo—. ¿Qué? ¿Acaso pretendes que haga de intermediaria entre vosotros y

organice un encuentro? —Ni siquiera se inmutó, pero su silencio fue toda la respuesta que necesité

—. ¿Te has vuelto loco? Estoy siendo investigada por tratar de seducir a ese

chico. —Hice comillas

en el aire con esas palabras—. No te entiendo Ethan, de veras que no.

—Nos estamos quedando sin opciones aquí, Mia —replicó molesto. Si conmigo o con la

situación, aún estaba por verse—. Y puede que ese chico sepa algo. Necesitamos estar seguros y

agotar todas las vías.

—Es solo un niño —objeté, tratando de hacerme entender.

—No, no lo es. Ese chico...

—¡Es mi chico! —estallé, acercándome más a él—. Es uno de mis chicos. Me comprometí a

formarlo, a ayudarlo y a protegerlo en todo cuanto pueda, y eso es lo que pienso hacer, incluso si ello

implica mantenerlo alejado de ti.

—¡Así no lo ayudas! —protestó furioso y nuestros rostros apenas quedaron a un palmo—.

Dejando que esos animales continúen libres, no le estás haciendo ningún bien, te lo aseguro.

Sacudí la cabeza, derrotada y consciente de que jamás llegaríamos a un acuerdo.

—No solo estaría poniendo en riesgo mi trabajo, sino que además probablemente también lo

pondría en peligro a él. Eso, considerando que accediera a verse contigo. —  
Tragué antes de seguir

hablando porque esto era algo que necesitaba decirse—. No puedes pedírmelo, Ethan. No tienes

derecho a pedirme eso cuando tú me das tan poco que apenas encuentro algo a lo que aferrarme sin

sentir que de un momento a otro me perderé.

—Esto no tiene nada que ver con nosotros —respondió sinceramente confundido. Una muestra

más de lo entumecido que estaba en lo que concernía a las emociones.

—Tiene todo que ver —expliqué. El enfado anterior dejó paso al cansancio o, quizás, se trataba

de resignación—. Siento que mientras yo me estoy dando en cuerpo y alma, tú te limitas a ese

espacio seguro que has creado a tu alrededor. Sigues parapetado tras un muro y yo obtengo apenas

migajas... las pocas que parece dispuesto a darme.

—Te estoy dando más de mí que a cualquier otra persona, te lo aseguro.

Reí. Pero era un sonido vacío y carente de humor. Sacudí la cabeza.

—Lo siento, pero no es suficiente. —Tragué el nudo en mi garganta, ese que apenas permitía

que pasara el aire—. ¿Qué te ocurrió? ¿Qué pasó que te hizo perder la fe en las personas? Sé que, en

algún momento de tu adolescencia, mi padre te ayudó, pero ni siquiera sé cómo lo hizo, aunque soy

consciente del profundo aprecio que sientes hacia él. Dame algo con lo que trabajar. —Apretó la

mandíbula y giró el rostro con la vista clavada en la ventana donde se vislumbraba otra gris y fría

mañana de otoño en la ciudad de Chicago. No pensaba responder, lo sabía—. ¿Sabes qué? Eres

policía, investiga a Peter cuanto creas necesario, no me importa en lo más mínimo, pero ni se te

ocurra poner en peligro a Ben.

Eso me ganó su atención y volvió a clavar su firme mirada en mí.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Se trata solo de una petición. —Me encogí de hombros—. O de un aviso, tómalo como

prefieras.

Se mantuvo en silencio. Apartó la mirada y resopló con fuerza antes de pasarse la mano por el

cabello.

—Escucha, Mia... —Extendió el brazo y dio un paso hacia mí, pero me aparté. Necesitaba

pensar y valorar, y si él me tocaba sabía que acabaría rindiéndome. No podía permitirme eso. No

debía hacerlo, por el bien de ambos, en especial, de mi corazón. La sorpresa se reflejó en su apuesto

rostro a causa de mi rechazo, algo que sin duda no esperaba.

—Ahora... —Me aclaré la garganta—. Ahora me gustaría estar sola. Tomar un baño y

relajarme, si no te importa.

El significado de mis palabras era obvio. Quería que se marchase o, más bien, lo necesitaba.

Se mantuvo en silencio, escrutándome intensamente con aquellos ojos que jamás me cansaría de

admirar, buscando por alguna respuesta, alguna indicación de dónde nos dejaba aquella inesperada

petición de espacio. Mucho me temía que no podía ayudarle, al menos de momento, pues ni yo misma

estaba segura de en qué desembocaría aquel absurdo desencuentro. Su silencio, su negativa a abrirse

y a confiar en mí. Tras varios agónicos segundos en los que ninguno dijimos nada, asintió y al pasar

junto a mí se detuvo y me besó con dulzura en la frente. El silencio era ensordecedor, tan solo roto

por sus firmes pisadas y el chasquido de la puerta al cerrarse tras él me indicó que había conseguido

mi deseo.

Estaba sola.

Me dejé caer de nuevo en el taburete y me cubrí el rostro con las manos resistiendo a duras

penas las ganas de llorar. No habíamos terminado, no de ese modo y no de momento, pero mucho me

temía que, de no cambiar la situación, me vería obligada a tomar una decisión que, con toda

probabilidad, rasgaría mi corazón en dos.

Pero aún no.

Necesitaba pensar o, quizás, relajarme y liberar mi mente durante unos minutos. De todo. De

Ethan, de Peter, de Ben, de la investigación, del CSG y de mi trabajo que, temporalmente, estaba en

el aire. Necesitaba tiempo para mí misma, nada más.

De manera que encendí el equipo de música y, con el sonido de *All I Need* de WithinTemptation ,

me encaminé hacia el baño.

Capítulo 25

Reed

—¡Joder! —Pateé la puerta para cerrarla tras de mí y lancé con fuerza las llaves, sin mirar. El sonido

metálico cuando chocaron contra el suelo y el posterior arrastre me indicaron que fueron a parar bajo

el sofá. Jodidamente perfecto.

Comencé a pasear de ida y vuelta por la sala con las ideas corriendo a toda velocidad por mi

mente, entremezclándose y convirtiéndose en un confuso remolino sin el menor sentido. Me detuve un

momento, cerré los ojos, moví los hombros y roté el cuello antes de percibir un satisfactorio crujido

que destensó algunos de mis rígidos músculos. Pero no todos. Estaba

inquieto, agitado. Me sentía

como un animal enjaulado listo para atacar. Frustrado. Echar un polvo, sin duda, habría ayudado a

relajarme, pero viendo que eso estaba fuera de la ecuación, decidí que una buena carrera ayudaría a

despejar mi mente. Me cambié de ropa, cogí el *ipod* y me largué.

Hora y media después, volví al edificio algo más relajado, además de calado hasta los huesos, y

cuando llegué al rellano de Mia, dudé por un momento, pero decidí seguir mi camino. *FakeIt* de

Sheether resonaba con tal fuerza por los auriculares que, cuando me deshice de ellos, necesité un

momento para adaptarme al silencio de mi apartamento. Una vez en la ducha, analicé las

conclusiones a las que había llegado durante mi carrera por las grises y lluviosas calles de Chicago.

La primera fue que, tal como ella dijo, era injusto por mi parte haberla puesto en aquella

posición al mencionar el tema de Ben. Conocía de primera mano lo importantes que eran tanto su

trabajo como sus chicos. Ella no era otra profesora más. Se implicaba, se preocupaba por conocerlos

lo suficiente como para ser consciente de todo lo que les angustiaba, de sus miedos e inquietudes; se

entregaba en cuerpo y alma. Era dedicada en el más amplio sentido de la palabra y la admiraba por

ello. Sin embargo, yo también necesitaba que ella viera que, por más que luchase por ellos, había

batallas que los propios chicos deberían librar por su cuenta. Puede que mi error fuese haberle dado

el enfoque equivocado, no lo sabía, pero era un tema que sin duda retomáramos. Respetaría su

decisión, fuera cual fuese ésta, pero me haría escuchar sin que Mia sintiera que de algún modo

trataba de imponerme a ella.

La segunda era que estaba cansado. Tan jodidamente harto de las trabas y muros que

continuamente teníamos que sortear que incluso llegué a plantearme la posibilidad de mandarlo todo

a la mierda. Pero ¿qué conseguiría con eso? Sí, ya sabía que nadie era imprescindible y que, de

marcharme, otro ocuparía mi lugar. Afortunadamente, del mismo modo que los malos se reproducían

como hongos, también aumentaba el número de personas que trataban de combatirlos con los medios

de que disponían, el problema radicaba en que parecían insuficientes. Yo no fui ningún iluso que

entró en el cuerpo con el propósito de marcar una diferencia; desde el principio fui consciente de que

no sería un camino de rosas, precisamente porque, en cierta manera, ya había estado en el otro lado

de la barrera. Supuse que esa especie de derrotismo era algo para analizar en

otro momento, después,

por supuesto, de haberle pateado el culo a Peter *Imbécil* Wachowsky.

La tercera y más importante... Quería a Mia. De hecho, si era sincero conmigo mismo, la quise

y la reclamé desde el mismo momento en el que puse mis ojos en ella. No sabía por qué, joder. Si me

ponía a analizar todos los pormenores de nuestra relación era posible que me volviese loco, pero por

alguna extraña razón sabía que teníamos que estar juntos. Era una de esas pocas certezas que rara vez

sientes en la vida y a la que sabes que debes aferrarte con todo tu ser. Luchar contra ello era tan inútil

como pretender impedir que saliera el sol y el simple hecho de pensar... de sentirme así, fue todo lo

que necesité para ponerme en movimiento.

Poco después, hice uso de la llave que me dio en su momento y me senté en el sofá de su sala de

estar a esperarla. Ya que había entrado después de que solo unas horas antes me invitase a

marcharme, tampoco pretendía tentar demasiado mi suerte adentrándome en su dormitorio, de donde

provenía el sonido de cajones que se abrían y cerraban. Miré a mi alrededor y reconocí que, desde

hacía algún tiempo, sentía su casa como la mía propia. Incluso más. El aroma del café y del

chocolate aún perduraban en el aire mezclándose con su perfume de jazmín, esencias que siempre

identificaba con ella y que hablaban de hogar, de comodidad y de buenos momentos compartidos.

Como siempre, la música sonaba en la estancia a un suave volumen; Evanescence cantaba en aquel

momento y, si bien coincidíamos en gustos, algo en lo que éramos opuestos era que mientras que ella

siempre necesitaba estar rodeada de ruido, música, lo que fuese... yo valoraba enormemente mi

silencioso apartamento. Sin embargo, supongo que la costumbre, me hizo apreciar esa necesidad de

escuchar, de sentir. Emociones que mucho tiempo atrás aparqué a un lado con el propósito de

mantenerme seguro, llegaron a mi vida cuando la conocí con la arrolladora fuerza de un tsunami,

destrozando todos los muros tan cuidadosamente contruidos a lo largo de los años. Debía reconocer

que durante un tiempo estuve cabreado, conmigo, con Mia y con la situación. Con el hecho de no

saber gestionar esos sentimientos, porque mientras mi cuerpo demandaba una cosa, mi cabeza me

advertía de otra y mi corazón... Mi corazón, inseguro por primera vez en mucho tiempo, regresó a la

vida exigiendo más. Y, joder, me volvía loco.

Nervioso, apoyé los brazos en mis piernas entreabiertas y froté las manos

necesitando hacer

algo con ellas. El sonido de la puerta al abrirse precedió el suave sonido de sus pisadas y levanté la

cabeza para mirarla. Ella se detuvo en seco, sorprendida de encontrarme allí. Era preciosa, del tipo

de belleza suave y atrayente, con sus rasgos mediterráneos, ojos como el caramelo y piel olivácea.

Cada vez que la veía todas y cada una de las células de mi cuerpo rugían a la vida, y aquel instante

no fue diferente, lo que sí cambió fue la razón. Me henchí orgulloso y en cierto modo reconfortado, al

ver que vestía una de mis camisetas, sin embargo, la furia se abrió paso con rapidez al ver que tenía

los ojos hinchados y enrojecidos. Apreté la mandíbula y me restregué el rostro sabedor de que yo fui

el causante de sus lágrimas.

Momentos después, inhalé aquel olor que tan loco me volvía cuando ella se sentó en la pequeña

mesita frente a mí. Poniendo distancia entre nosotros, muy bien. Era un hombre adulto y no tenía

sentido que me sintiera inseguro o nervioso, pero lo hacía. Me froté las manos e, incapaz de mirarla,

clavé la vista en la pulsera de cuero que tan fascinada la tuvo desde que nos conocimos y tracé sus

gruesas costuras antes de comenzar a hablar.

—Pese a que mi madre provenía de una familia con pocos medios, consiguió hacer su camino y

terminar la universidad, aunque de poco le sirvió, a menos que, por supuesto, cuentas como un logro

terminar trabajando de interina para otra familia. Claro está que Glencoe fue un cambio importante

considerando que vivió toda su vida en Englewood, y no hace falta que te diga que ese es un barrio

de mierda. —Mia asintió; me observaba sin perder detalle, atenta a todo, hasta tal punto que ni

siquiera parecía respirar. Me pasé la mano por el pelo. No me gustaba hablar de aquello—. Para

acortar una larga historia, se enamoró de su muy casado jefe y cuando quedó embarazada dejó el

trabajo a petición de él, que, muy amablemente, se ofreció a pagarle un apartamento. En resumen, él

continuó con su buena vida mientras mi madre se las arreglaba sola. Las visitas se espaciaron cada

vez más en el tiempo hasta que al final desapareció del mapa por completo, lo cual dejó a mi madre

con el corazón destrozado y sin dar una mierda por nadie más.

—Pero ¿qué hay de ti? —preguntó con una adorable y confusa expresión. Tan inocente...

—Digamos que fui una especie de daño colateral en todo ese asunto. —Reí sin humor y sin

querer recordar aquella época—. Pasé mis primeros años adorando a un

imbécil que aparecía

únicamente cuando quería obtener algo de mi madre y que nos tiró a la basura en cuanto se aburríó.

Después, la vi a ella caerse en pedazos... —Y aquí venía lo complicado—. La única constante en mi

vida era Mike. —Sonreí y sacudí la cabeza—. Para que lo entiendas, nuestra relación era

equiparable a la que tú tienes con Jen. —No aparté mis ojos de los suyos, tratando de transmitirle la

importancia de lo que sucedió—. Era mi amigo, mi hermano, la única persona que siempre estaba ahí

para mí sin importar lo complicadas que fueran las cosas. —Suspiré y me di cuenta de que retorcía el

brazalete en mi muñeca—. Lo jodí. Le di la espalda a una de las personas que significaba para mí

más que ninguna otra.

—Hablas de él en pasado —comentó con voz suave, dubitativa, casi como si temiera la

respuesta o de algún modo intuyera que lo que se avecinaba no era bonito. Estaba en lo cierto, no lo

era.

—No voy a justificar lo que hice, pero cuando creces apenas sobreviviendo gracias a los vales

descuento, con una madre ausente, primero porque antepuso sus problemas emocionales y después

porque se mataba a trabajar para conseguir un sueldo que mantuviera un techo sobre nosotros... —

Sacudí la cabeza con disgusto—. Aprendí a ignorar las burlas por la ropa que usaba, me importaba

una mierda lo que la gente tuviera que decir sobre mí, pero estaba cansado, hartado de no ver una

salida o, más probablemente, solo quería una solución a corto plazo.

La miré, agitado. Como si percibiera lo complicado que me resultaba aquello, se sentó junto a

mí en el sofá, apoyó la mano en mi pecho y me instó a relajar un poco la postura y a apoyarme en el

respaldo, evitando que comenzara a pasear de ida y vuelta por la sala. De alguna inexplicable forma,

su toque me resultaba más calmante que cualquier otra cosa y me había serenado lo suficiente como

para continuar.

»Tenía diecisiete y estaba a punto de acabar el instituto, cuando empecé a relacionarme con la

gente equivocada; Mike me advirtió, trató de mantenerme con los pies en la tierra, pero yo me negaba

a escuchar. Incluso ignoré todo lo que sabíamos acerca de aquellas personas, de lo que hacían, y me

dejé cegar por lo que podía conseguir para mí. Para él y para mi madre, para salir de aquel agujero

de mierda. —Dejé caer la cabeza hacia atrás y cerré los ojos. No podía mirarla—. Al principio todo

iba bien, pequeños hurtos aquí y allá, todos éramos colegas. Excepto Mike, él se negó a tener algo

que ver con ellos y, por ende, también conmigo; aquello me jodió y tuvimos varias discusiones hasta

que acabamos convirtiéndonos en casi dos extraños. Una noche... —Me aclaré la garganta—. Una

noche dijeron que era el momento de demostrar mi lealtad hacia ellos, de convertirme en un miembro

de pleno derecho. En Englewood había un pequeño descampado al que solían ir muchas parejas a

follar y a pasar el rato. —Me erguí y clavé mis ojos en los suyos. Me enfurecí con el recuerdo—.

Atacaron a una pareja que se encontraba en un viejo y destartado Ford y me dijeron que me la

follara. —Ella retrocedió espantada y mi voz se convirtió en un gruñido—. Querían que violase a

una chica inocente que pasaba el rato con su novio. Me negué, les dije que se fueran a la mierda y

que, si no retrocedían, yo mismo avisaría a la policía.

—¿Qué...? —comenzó con voz temblorosa. Sentí su pequeña y cálida mano agarrar la mía,

tomando y dando consuelo, todo a la vez—. ¿Qué ocurrió después?

Me pasé la mano por el pelo y me froté el rostro con fuerza como si así también fuesen a

desaparecer los recuerdos.

—Me golpearon. También al chico del coche. Nos dieron una buena paliza a los dos, lo

suficiente como para incapacitarnos, pero no como para que no escuchásemos los gritos de auxilio de

ella mientras se turnaban para violarla.

Jamás, mientras viviera, conseguiría deshacerme de aquellas desgarradoras súplicas que nada

consiguieron contra aquellos malditos animales. Me levanté. No podía permanecer sentado ni un

minuto más.

—No fue tu culpa —dijo, adelantándose a mí. Era como si adivinase lo que pasaba por mi

mente.

—Lo fue —espeté. Me detuve para mirarla—. De no ser por aquella jodida prueba de

iniciación, no habríamos ido allí, no habrían atacado a aquella pareja, ni habrían...

—Iba a pasar. —Elevó el tono y habló con firmeza, plenamente convencida de las palabras que

brotaban de sus labios—. Quizás no aquella noche, puede que no a esa chica, pero sí a otra, en otro

momento o en otro lugar. Tu prueba solo era una excusa porque eso es lo que son, eso es lo que

hacen.

Agradecía su confianza en mí. Ella no imaginaba hasta qué punto, pero aún

no había terminado.

—Lo mataron, Mia. —Ella se congeló y me observó con los ojos muy abiertos—. Fue el primer

rostro que vi en el hospital cuando desperté con varios huesos rotos y lleno de contusiones. —Sacudí

la cabeza y, por primera vez desde que murió, sentí unas inmensas ganas de llorar—. Mientras mi

madre peleaba en admisiones por alguna mierda relacionada con el seguro, Mike estaba allí

esperando a que despertara y rezando para que no me enviaran a casa en aquel estado. —Sonreí al

recordar lo furioso que estaba—. Me insultó, ¿sabes? Me dijo que era un egoísta hijo de puta y que

más me valía recuperarme y no volver a meterme en otra mierda así de nuevo. —Me giré hacia la

ventana y me froté la cara por millonésima vez—. Joder...

—Lo echas de menos —adivinó ella con voz trémula.

—Era mi mejor amigo, mi hermano... —Negué furioso y me volví para mirarla—. Sí, lo echo

de menos, pero más que nada, odio saber que fui yo quien lo mató.

—¿Cómo puedes decir eso?

—¡Digo la verdad, maldita sea! —Di un paso en su dirección—. Si no me hubiese involucrado

con esa gente, nada de aquello habría ocurrido. No habría terminado en el hospital, Mike no habría

golpeado a uno de ellos y no lo habrían asesinado dos días después cuando se marchó de mi casa. —

Gruñí frustrado porque ella no parecía entenderme—. Yo fui el denominador común en toda la

historia: el ataque, la violación, el hospital y la necesidad de Mike de vengarme de alguna manera.

Lo asesinaron por ello, Mia. Se topó con uno de esos imbéciles y le rompió la nariz. Dos días

después, cuando salió de mi casa lo asaltaron, habían estado esperándolo. — Me acuclillé frente a

ella—. Lo golpearon hasta que no quedó nada de él, lo destrozaron. El único modo de reconocerlo

fue por lo que quedaba de su ropa y por esta pulsera.

Giré el brazo y ella acarició con dulzura mi muñeca y el brazalete de piel que me acompañaba

desde que lo perdí a él. Colocó las manos a cada lado de mi rostro y me obligó a mirarla a los ojos;

los suyos estaban anegados de lágrimas, las mismas que yo mismo me negaba a derramar por muchas

emociones que hubiesen resucitado al relatar esa parte de mi vida.

—Estoy segura de que te quería —susurró con fiereza—. Tomó la decisión de pelear por

alguien importante para él y lo entiendo, de veras que sí. Preferiría mil veces caer peleando por

aquellos a quienes amo que pasar toda una vida sobreviviendo a escondidas. Pero no fue tu culpa,

nada de aquello lo fue, solo eres responsable de ti mismo, Ethan. Sigues aquí, fuerte, vivo y luchando

contra gente como la que te arrebató a tu mejor amigo.

Ella seguía sin verlo y yo no quería su simpatía. No la merecía.

—Eso no es...

Acalló mi protesta cuando me besó con dulzura en los labios. Joder, su sabor, su olor... lo eran

todo.

—Gracias —musitó apoyando su frente contra la mía... y había tanto significado detrás de

aquella pequeña y simple palabra que decidí no responder. ¿Qué más podía decir? Sí, aún tenía que

contarle mucho más acerca de mi vida, pero tras abrir la caja de los truenos aquella tarde, estaba

convencido de que tendríamos tiempo de ir desentrañando todo poco a poco.

Tampoco podía soltarlo todo de golpe, joder, necesitaba mi tiempo para procesar, hacerlo a mi

propio ritmo. Además, con esa pequeña píldora de información tuve la certeza de que Mia se

convenció de que estaba en aquello a largo plazo y no como un simple pasatiempo. Jamás la

consideraría a ella de esa forma y no solo porque Chuck me cortaría las pelotas, sino porque ella era

más. Era todo.

Poco después, nos tumbamos en el sofá, ella con la espalda contra mi pecho y mis brazos

envueltos con firmeza a su alrededor. El sonido de la lluvia golpeando con fuerza y la suave música

de fondo acompañaban a nuestras voces mientras hablábamos de temas más banales. También nos

besamos, nos acurrucamos y, en definitiva, nos mantuvimos conectados de alguna manera.

Con el sueño reclamándome y cobrando su peaje por toda la tensión de los últimos días, me

encontraba casi a la deriva cuando dos palabras, pronunciadas con suavidad, hicieron que abriera los

ojos de golpe y me olvidase del cansancio. Mi cuerpo en alerta máxima.

—Te amo.

## Capítulo 26

¿Cuánto poder contienen dos sencillas palabras?

No es hasta que asimilas y reconoces la profundidad de lo que verdaderamente sientes, que te

das cuenta de la fuerza y el impacto que todo lo que dices puede tener en una persona. Lo mismo

sucede con lo que callas y también con aquello que anhelas escuchar. Es por eso que, incluso en el

supuesto de haber podido retractarme o retroceder en el tiempo para sellar mis labios, jamás lo

habría hecho. Esa confesión no fue fruto de algún torpe impulso; no

consideré que fuese precipitado

ni tampoco algo que debería haber meditado, no. Mi *nonna* siempre me dijo que cuando llegase el

indicado, lo sabría, lo ubicaría entre un millón y lo reconocería por pequeños detalles que fuesen

solo él y, después de eso, no habría escapatoria. En aquel momento recuerdo que pensé lo fácil que

lo hacía sonar, más teniendo en cuenta que había personas que pasaban toda su vida buscando a su

otra mitad sin resultado. ¿Sabes lo que me dijo? Que da miedo, que es aterrador entregar todo de ti,

sin restricciones, saber que, ya sea que lo desees o no, estás otorgando a otra persona tal poder sobre

ti y que hay quienes huyen despavoridos en otra dirección al no saber enfrentar esas sensaciones, sin

ser conscientes de que probablemente estén dejando atrás al amor de su vida.

Nunca he medido los sentimientos en relación con el tiempo y con Ethan no iba a hacer una

excepción. Puedes pasar diez años conociendo a una persona y cuando esta se marche quedará poco

más que un grato recuerdo, del mismo modo, solo cinco minutos, un cruce de miradas, un tropiezo o

un beso, pueden suponer un punto de inflexión en tu vida. Ten la seguridad de que eso fue todo cuanto

necesité para que la mía cambiase tomando un rumbo inesperado pues, desde aquella noche en el

club, nada volvió a ser igual. Comencé a desear a alguien que encarnaba lo opuesto de lo que

siempre creí querer. El olor de su piel pasó a ser mi perfume favorito y su ronca y profunda voz se

convirtió en la banda sonora que no podía pasar un día sin escuchar. Sus secretos, anhelos y

sueños... bueno, ellos eran mi particular piedra filosofal, esa que estaba resuelta a encontrar con el

temple, la paciencia y la comprensión como armas. Era terco, frustrante y hermético. Su larga lista de

conquistas tampoco era algo en lo que quisiera pensar, sin embargo, también era leal, protector,

pasional y tierno. No cambiaría absolutamente nada de él. Nada.

Tras varios segundos de tenso silencio, sentí que debería ser yo quien lo rompiera.

—No es necesario que digas nada —hablé en voz baja y suave tratando de aquietar la rigidez

que sobrecogía cada uno de sus músculos. Su brazo, que tras mi anterior confesión se había tensado

notablemente alrededor de mi cintura, relajó su agarre de forma gradual—. No... no importa que no

sientas lo mismo. —Silencio. Mentiría si dijera que no escocía el hecho de que no rebatiera mis

palabras, pero todo llegaría, me dije—. Solo necesitaba decírtelo. —Giré el rostro, así él podía ver

mi perfil aunque yo no fuese capaz de observar su expresión—. Que supieras

que estoy en esto al

cien por cien. No me importa lo que ocurriera en el pasado, lo que hicieras o lo que vayas a

contarme cuando estés listo, estoy aquí y nada cambiará eso. Te amo, Ethan.

Su cálido aliento abanicaba mi mejilla al tiempo que sentía el latido de su corazón golpear

contra mi espalda. Una suave caricia de su nariz en mi cuello consiguió que se me erizase la piel y a

duras penas logré contener un estremecimiento.

—Nuevos recuerdos —murmuró.

—¿Qué? —Intenté darme la vuelta para poder mirarlo de frente, pero apretó su agarre en mi

cintura para mantenerme en aquella posición.

—Continuaremos creando nuevos recuerdos. —Cerré los ojos y sonreí por la referencia al día

en el que le di una sorpresa de cumpleaños.

—Exacto.

Acaricié el brazo que me mantenía prisionera y entrelacé nuestros dedos al llegar a su mano. Él

me respondió con un ligero apretón antes de abrazarme con fuerza y esconder el rostro en el hueco de

mi cuello.

—Gracias —susurró antes de exhalar un satisfecho suspiro.

No estaba segura de por qué me estaba agradeciendo algo. Quizás lo hizo al recordar su no

fiesta de cumpleaños o puede que fue por no presionar intentando obtener más información.

También pudo deberse a mi confesión de amor o al hecho de no haber enloquecido cuando él no me

correspondió, al menos no en palabras. En cualquier caso, me sentía dichosa, plena y... en casa. No

había otro lugar en el que prefiriera estar más que allí, rodeada por su fuerza y su calor.

Los días pasaban y, mientras que mi relación con Ethan continuaba avanzando y afianzándose,

mi futuro laboral permanecía en el limbo. No lo negaré, estaba asustada. Preocupada por perder el

terreno que con tanto esfuerzo logré ganar desde que conseguí, no solo mi plaza como profesora, sino

entrar a formar parte del programa *Second Chance*. Después de todo, era mi palabra contra la de

Ben, y aunque yo lo considerase una locura y un flagrante abuso de autoridad, ¿cuántos casos en los

que un profesor aprovechaba su posición de poder sobre un alumno seguían apareciendo en las

noticias? Además, estaba el hecho de que yo trabajaba con jóvenes que se consideraban

desfavorecidos a ojos de la sociedad y, por ende, se daba por supuesto que eran más débiles y

fáciles de manipular. Poco sabía esa bien llamada decente sociedad lo fuertes, leales y honrados que

podían ser mis chicos. Incluso después de que Ben me pusiera en esa delicada y difícil situación no

podía odiarlo. De ninguna manera pensaba justificar lo que había hecho, pero sí entendía dónde se

encontraba su lealtad, con su familia, con una niña pequeña que dependía de él. Estaba asustado,

nada más, y fue ese miedo lo que lo movió a actuar de la peor forma posible. Habría quien me

consideraría una pusilánime o, sencillamente, una absoluta tarada, pero no me podría importar menos

la opinión de los demás.

Aproveché aquellos días para desembalar algunas cosas que aún permanecían en cajas —sí, era

un desastre en lo que al orden se refiere—, pero, sobretodo, pinté. Esboqué, tracé y dibujé como hacía

tiempo y volví a estar en sincronía con mi parte más artística. Quizás fue el trabajo, las obligaciones

o solo el convertirme en adulta, pero de algún modo olvidé el amor y la pasión que era capaz de

poner en cada cuadro y boceto, además de cuánto me relajaba en el proceso. Me sentía en paz. Dejé

de hacerlo poco después de ir a vivir con Peter. Él siempre se quejaba del olor de la pintura y del

disolvente y, cuando no era eso, gruñía por mis caballetes, telas y cuadernos,

siempre en medio,

siempre rompiendo el orden del que era tan entusiasta; de modo que mis trabajos comenzaron a

espaciarse en el tiempo hasta el punto de desaparecer. Ahora estaba molesta conmigo misma por

permitir que alguien más dictaminase mi forma de vivir, incluso si lo hizo de forma subrepticia.

Gruñí y aceleré el paso con la irritación como motor cuando estaba a punto de llegar a mi

edificio. Aquella era otra de las cosas que hacía mucho esos días, correr. Quizás fui una inepta

cuando estuve con Peter, pero no volvería a ceder ante ningún hombre que pretendiera acabar con la

esencia de quien yo era y, así, como si hubiese accionado un interruptor, sonreí al pensar en la

reacción de Ethan ante mis despistes o mi desorden: una mirada en derredor y un arqueado de cejas

acompañado de una burlona curva adornando sus carnosos labios. No solo no le molestaba, sino que

lo encontraba gracioso. Esos éramos nosotros. Sacudí la cabeza y volví a sonreír al pensar que

quedaba menos para poder verlo aquella noche.

Sin embargo, la sonrisa murió de inmediato cuando, como si mis pensamientos lo hubiesen

invocado, vi a Peter parado ante la puerta de mi edificio. Reduje la marcha a un suave trote hasta

detenerme a varios metros de él.

—Hola, Mia.

¿En serio?

—¿Qué haces aquí, Peter? —Tal vez fui demasiado brusca y probablemente mi *nonna* me

regañaría por olvidar mis modales, pero me impactó encontrarlo ahí, como si nada.

—Bueno, llevo tiempo pensando en ti y la última vez que intenté hablar contigo no tuve

demasiado éxito que digamos. —Metió las manos en los bolsillos de su caro abrigo y sacudió la

cabeza—. Si ese imbé... —Lo miré entrecerrando los ojos—. Si tu hermano no se hubiese

inmiscuido, podría haberte invitado a salir hace un tiempo.

Me dedicó una sonrisa de mil vatios que fue muriendo a medida que asimilaba la expresión de

shock en mi rostro. ¿Invitarme a salir? ¿En serio?

—¿Te has vuelto loco? —inquirí con voz chillona.

—¿Por qué? —Caminó en mi dirección, pero levanté una mano para que no se acercase más—.

No he podido dejar de pensar en ti, Mia. El apartamento no es el mismo desde que te marchaste y te

echo de menos.

—¿Te refieres a ese apartamento en el que te descubrí follando con otra

mujer en nuestra cama?

—Sí, dije la palabra con F, algo que nunca hacía, pero su descaro era de lo más inaudito.

Se estremeció como si lo hubiera golpeado, pero poco me importaba cómo se sintiera su infiel

trasero.

—Fue una equivocación. Un error, solo eso.

—El error fue que yo te descubriera —murmuré.

Tenía la certeza de que aquella no fue ni de lejos la única vez que me engañó, pero ya no podía

importarme menos. Miré sus ojos marrones, aquellos que en algún momento me contemplaron con el

mismo amor que yo también sentía hacia él y... nada. No había nada. Algunos buenos recuerdos,

claro. Pero no había atracción, pasión, deseo y, ni mucho menos, amor. Podía reconocer que Peter era

un hombre atractivo, pero tras conocer a Ethan, después de poseerlo en todas las formas posibles e

importantes... este hombre frente a mí palidecía en comparación. No hablo solo de algo físico, sino

de valores, y si lo que me contó unos días atrás, si sus sospechas acerca de tratos ilegales se

confirmaban, bueno, eso únicamente me hacía recelar más de las razones que lo habían traído a mi

puerta. Hablando de lo cual...

—Cuando estábamos juntos éramos perfectos el uno para el otro, solo te pid...

—¿Cómo sabías dónde vivo? —lo interrumpí. No me apetecía escuchar lo que tuviese que decir

con respecto a un pasado que ya jamás volvería, estaba segura. Sin embargo, sentía curiosidad

acerca de cómo me encontró pues sabía que ni mi familia ni Jen le dieron mi dirección. Peter no era

alguien a quien tuviesen demasiado aprecio.

Mi pregunta lo pilló por sorpresa. Me miró y tuve la certeza de que sopesaba sus siguientes

palabras, pero, cuando abrió la boca para responder, el chirrido de unos neumáticos seguido por un

portazo hizo que se detuviera y endureciera su expresión. Me giré y vi a Ethan caminar hacia

nosotros con largas y poderosas zancadas. Decir que estaba furioso probablemente sería un

eufemismo pues, aunque ya lo había visto más que enfadado en otras ocasiones, no eran nada en

comparación con la rabia que sentía emanar de él en oleadas.

—¿Qué coño estás haciendo aquí? —Enlazó el brazo en torno a mi cintura y me atrajo hacia sí

con una fiera mirada clavada en Peter. Percibí la tensión en su cuerpo y, queriendo tranquilizarlo,

devolví el gesto y pasé mi brazo tras su espalda. Tampoco aparté la vista de Peter y este, ignorando a

Ethan, me miró.

—¿Estás con él? —Lo señaló, burlón. Enganché mis dedos en la pretina de sus pantalones

cuando amagó con avanzar hacia Peter.

—No creo que eso sea de tu incumbencia.

—No lo repetiré otra vez, imbécil. ¿Qué mierda estás haciendo aquí? —gruñó Ethan sin

paciencia.

—No te duró mucho el duelo, ¿verdad? —Habló con sorna y con cualquier rastro de simpatía o

cordialidad olvidado. Además, de forma premeditada, continuó ignorando a Ethan como si no

estuviera allí a punto de saltarle a la yugular.

—Bueno... —Enarqué una ceja y sonreí, ladina—. Es gracioso que seas tú quien diga eso,

teniendo en cuenta que tenías más compañeras de cama cuando aún seguíamos juntos.

—Esto es demasiado bajo incluso para ti. —Sacudió la cabeza como si lo hubiera

decepcionado de algún modo.

Lo siguiente ocurrió en un borrón de movimientos que de ningún modo vi venir, aunque

probablemente debería haberlo esperado, porque cuando quise darme cuenta, Ethan tenía agarrado a

Peter por el frente del abrigo y lo elevaba del suelo dejándolo de puntillas.

—No sé qué cojones crees que estás haciendo, pero mantente jodidamente alejado de ella —

gruñó a centímetros de su rostro—. Sé lo que estás haciendo y te voy a atrapar, pedazo de mierda.

—Ethan... —Me acerqué a ellos tratando de mediar en la situación. Era policía y Peter

abogado, si lo agredía de cualquier forma podría meterse en graves problemas, tendría a asuntos

internos sobre su espalda en un suspiro.

—¡Estoy aquí, cabrón! —rugió cuando Peter me miró—. No la toques, no la mires y ni siquiera

respire en su dirección. Déjala fuera de esto o te juro por Dios que no habrá piedra que deje sin

levantar hasta dar contigo. —Lo sacudió con fuerza y bajó el tono de voz convirtiendo sus palabras

en algo aún más peligroso—. Ella no tiene nada que ver con esta historia, así que no creas que

podrás utilizarla de alguna forma para salvar tu tramposo y fraudulento culo, hijo de puta.

—Quítame las manos de encima —exigió mirándolo a los ojos. Hizo la demanda con voz

estable, fría y nivelando la mirada de su adversario, pero yo lo conocía mejor. Estaba nervioso,

incluso puede que preocupado por mucho que intentase ocultarlo.

—¿Has escuchado alguna maldita palabra de lo que he dicho? —Ethan hervía de furia.

—Por favor, para —rogué. Puse una mano en su fuerte antebrazo y admiré su perfil. Dios,

incluso tan enojado como se encontraba en aquel instante era algo digno de admirar.

—¡He dicho que me quites tus sucias manos de encima! —demandó de nuevo. Lo soltó con

fuerza y de forma tan abrupta que Peter se tambaleó sobre sus pies; trató de recomponerse con

rapidez, alisó y enderezó las solapas del abrigo como si no tuviera ante sí a un metro noventa de

hombre muy, muy furioso con él. Se disponía a marcharse sin más cuando las siguientes palabras de

Ethan hicieron que se detuviera en seco y se girara para encararnos.

—Me das asco —escupió. Dio un paso en su dirección, pero volví a colocar la mano en su

brazo. Se detuvo, no es que con mi fuerza hubiese podido detenerlo, pero esperaba que mi toque

consiguiera apaciguarlo—. Se supone que defiendes la ley, que estás de nuestro lado y te dejas tentar,

¿por qué? ¿Unos cuantos de miles de dólares? —Sacudió la cabeza y se tensó aún más, si es que eso

era posible—. Estás de mierda hasta el cuello y lo voy a demostrar. No te escaparás tan fácilmente,

te lo aseguro.

—Eso quizás ocurriría en tu mundo ideal, poli —replicó con sorna—. No tienes ni puta idea de

con quién te estás metiendo.

Lo miré en shock. No lo negó.

Oh, Dios. Ni siquiera se molestó en refutar de alguna manera las acusaciones de Ethan, no solo

eso, sino que la velada amenaza que le dirigió tampoco me pasó desapercibida. ¿Quién diablos era

ese hombre? ¿Estaba ya metido en esto cuando aún vivíamos juntos?

—En un mundo ideal estarías entre rejas —espetó Ethan sacándome de golpe de mi estupor.

—Sí, bueno... —Se encogió de hombros y sonrió con crueldad—. En mi mundo ideal la escoria

como tú jamás conseguiría una placa, pero así son las cosas. —Ladeó la cabeza ligeramente—. ¿Le

has contado ya cómo conociste a su entrañable padre? —Fruncí el ceño y miré entre ellos, confusa

por aquella pregunta. Todavía no había procesado sus palabras cuando dirigió su aguda mirada hacia

mí—. Ten cuidado.

—¿La estás amenazando, hijo de puta? —Ethan se envaró y apreté mi agarre. Dios, quería que

Peter se marchase de una maldita vez. Sabía que lo estaba provocando, tal vez a la espera de recibir

un golpe y así poder denunciarlo y quitárselo de encima.

—Le estoy dando un consejo. —Agitó la mano en el aire y continuó hablando con tono

condescendiente—. Tómalo como un pequeño obsequio por lo que alguna vez fuimos. O no, haz lo

que te plazca.

Sin otra palabra o mirada en nuestra dirección, caminó hasta un nuevo y reluciente BMW que

jamás había visto antes y poco después se marchó. Estaba atónita. Petrificada.

¿Qué, en el nombre del cielo, acababa de suceder? Sentía como si estuviera en una dimensión

desconocida. Nada de lo acontecido tenía el menor sentido para mí y no sabía por dónde comenzar a

desentrañar todo lo que se dijo allí. ¿Peter, un delincuente? ¿Un abogado corrupto? Dios, incluso tras

haber sido testigo de aquel intercambio, a pesar de haber escuchado la advertencia de labios de

Ethan días atrás, me resultaba increíble. Imposible de creer. Sí, por supuesto que Peter tenía sus

defectos, como todos, pero hasta ese momento lo consideré un hombre íntegro. Al menos en lo que al

desempeño de su trabajo se refería, porque en el aspecto personal era otra cuestión totalmente

diferente y en la que ni siquiera quería o podía centrarme. Me froté las sienes, convencida de que se

avecina un temible dolor de cabeza. No podía ser verdad. No quería creer que durante dos años

compartí mi vida con alguien así, con un hombre que incluso se atrevió a amenazarme.

Ethan permanecía a mi lado tan quieto como una estatua y con la mirada clavada en el lugar

donde momentos antes estuvo aparcado el coche de Peter. Un tenso e inquietante silencio nos

envolvía, tan solo roto por el sonido de las ramas de los árboles al mecerse con el frío aire de

noviembre y por sus fuertes y pesadas inhalaciones. Con un brusco tirón, se deshizo de mi agarre y

me aparté sorprendida.

—¡Joder! —bramó con furia e, incapaz de contenerse más, se encogió sobre sí mismo y volvió a

gritar aún más fuerte—. ¡Hijo de perra! ¡¡Joder!!

Me llevé las manos a la boca conmocionada al verlo en tal estado. Quería apaciguarlo,

necesitaba hacer algo, lo que fuese, pero no sabía qué. De repente, se dirigió al árbol más cercano y

comenzó a golpearlo con saña, probablemente visualizando en él todo aquello que lo carcomía.

Pequeñas astillas saltaban con cada golpe y de pronto vi con horror cómo sus nudillos comenzaban a

sangrar.

—¡Ethan! —Corrí hacia él—. ¡Ethan, para! —Ni siquiera supe si era capaz de escucharme, tan

perdido como se encontraba en su particular espiral de odio—. Por favor...  
—rogué desesperada—.

Por favor, Ethan... tienes que parar. —Se me rompió la voz. Me dolía en lo  
más profundo ser testigo

de aquello y no poder hacer algo para mejorarlo.

Mis súplicas finalmente surtieron efecto y por fin detuvo su ataque. Apoyó la  
frente contra la

corteza del árbol con los ojos cerrados; su pecho se elevaba y caía con  
brusquedad debido a sus

fuertes ingestas de aire. Con cautela, me acerqué por detrás y envolví mis  
brazos alrededor de su

cintura, pues necesitaba consolarlo a él tanto como a mí misma y no se me  
ocurría un mejor modo de

hacerlo que mediante el contacto. Apoyé la frente contra su espalda cuando  
estuve segura de que no

rechazaría mi toque y también cerré los ojos. Dios, ¿qué estaba ocurriendo?

Pasaron unos segundos durante los cuales ninguno habló, nos limitamos a  
permanecer en aquella

postura hasta que, con cuidado, sujetó mis manos y se deshizo de mi agarre.  
Cuando se giró hacia mí,

busqué sus preciosos ojos azules pero él no me miraba, de hecho, solo podía  
ver su perfil y sentí que

por alguna razón evitaba enfrentarme.

—Ethan, ¿qué...?

—Vete a casa, Mia.

—¿Disculpa? —No sé qué esperaba escuchar, pero desde luego no era eso—. Explícame qué...

—¡Necesito que te vayas a casa, maldita sea!

Retrocedí, sorprendida por su estallido. No por miedo, sabía con todo mi corazón que él jamás

me haría daño ni en un millón de años, pero tampoco le permitiría desquitarse conmigo por algo

sobre lo que ni tenía control ni era parte activa. Le di espacio, me crucé de brazos en un intento de

luchar contra el frío que sobrecogía cada parte de mí y giré el rostro clavando la vista en la fachada

de nuestro edificio. Una maldición murmurada después, sentí nuevamente su calor cuando se acercó a

mí.

—Lo siento mucho. —Frotó mis brazos con suavidad hasta que los dejé caer a los lados y

apoyó su frente contra la mía—. Lo siento, nena. Yo, solo estoy... —Suspiró antes de envolverme en

un abrazo. No tardé en rodear su cintura y aspirar su reconfortante y delicioso aroma—. Joder, eres

quien menos se merece toda esta mierda.

—Lo entiendo —musité. Y de verdad lo hacía, pero me sentía perdida, además de preocupada.

No entendía lo que estaba sucediendo; sí, sabía acerca del caso en el que trabajaban los chicos, pero

eso no explicaba qué quería Peter de mí, cómo consiguió mi dirección o por qué se presentó en mi

casa. Decidí no mencionar aquello con tal de no volver a alterar a Ethan más de lo que ya lo estaba.

Ahucó mi rostro y me besó, con suavidad al principio, pero, tal y como siempre ocurría, pronto

se tornó en algo más. En calor, en la necesidad de sentirnos el uno al otro, en fuerza y, en definitiva,

en amor. No importaba que él aún no me hubiese devuelto las palabras que días atrás le dediqué,

porque yo lo sabía. Así de sencillo.

Con cierta reticencia, fue él quien finalmente rompió el beso y, tras unos segundos que

aprovechamos para recuperar el aliento, me miró a los ojos.

—Escucha, no tengo ni la menor idea de lo que pretendía ese imbécil presentándose aquí, pero

necesito que te quedes en casa.

—¿Qué? —No podía marcharse ahora—. ¿Adónde vas?

—Tengo que informar de lo sucedido al capitán, no confío en que ese cabrón no haga algún

movimiento para intentar joderme —respondió con voz profunda y enojada—. También debo llamar

a tu hermano y a los muchachos, porque tengo la sospecha de que esto va a explotar de un momento a

otro y no quiero que nos cojan desprevenidos.

Aquello parecía de lo más surrealista, estábamos hablando de Peter, por el amor de Dios.

Seguía sin dar crédito a lo sucedido, incluso aunque fui testigo de primera mano. No quería que se

marchase, lo necesitaba allí conmigo.

—Pero yo no...

—Mia —interrumpió y la seriedad tanto en su voz como en sus ojos me dejó clavada en el lugar

—. No tienes idea de lo que es capaz de hacer esta gente. Necesito saber que estás a salvo hasta que

averigüemos qué demonios están tramando, así que, por favor... —Apoyó su frente contra la mía de

nuevo y colocó ambas manos en mis caderas—. *Por favor*, espérame en casa.

Él no era un hombre que soliera pedir las cosas, sino que por lo general demandaba, exigía.

Tomaba. Con el paso de los días, aprendí que necesitaba controlar de algún modo todo cuanto le

rodeaba, así que no pude más que estar conforme con lo que solicitaba en ese momento. Una vez que

asentí en acuerdo, exhaló con fuerza como si realmente le hubiese quitado un peso de encima y,

quizás, en cierto modo así fue. En el siguiente instante, sus labios rozaron los míos con una ternura

que rivalizaba con la tensión y la furia que sabía que en ese momento bullían en su interior. Tanteó mi

boca como si lo hiciera por primera vez, como si estuviera explorando un territorio desconocido y no

fuesen los mismos labios que ya había besado cientos de veces antes y que le pertenecían desde

aquella primera noche en la que nuestros caminos se cruzaron. Enrosqué los dedos en su sedoso y

revuelto cabello, embriagada por aquella dulzura que tan raras veces dejaba salir a la superficie y

que, por alguna extraña razón, hacía que las lágrimas acudieran en tropel a mis ojos. Si los primeros

momentos hablaban de afecto, delicadeza y aprecio, una vez que sus brazos rodearon mi cintura, el

beso se tornó feroz, posesivo y demandante. Dos caras de una misma moneda, una dicotomía que me

exasperaba, pero que también me tenía rendida a él. A sus luces y a sus sombras, a su ternura y a su

pasión, a su fuerza y a su entrega.

Después de lo que pudieron ser segundos, o quizás minutos, nos separamos, ambos con las

respiraciones entrecortadas.

—Joder —gruñó con los ojos cerrados—. Volveré lo antes posible y retomaremos esto.

La promesa implícita en sus palabras, así como el brillo en aquellos preciosos orbes azules,

hicieron que me estremeciera de placer anticipando lo que ya sabía que se avecinaría esa noche y

relegando a un segundo plano la preocupación por lo ocurrido. Con un último beso en la frente, se

despidió y lo observé subir a su coche, pero no arrancó hasta que me vio entrar en el portal, siempre

el preparado policía atento a todos los detalles.

Una vez en casa no tenía ni idea de qué hacer. Estaba inquieta, confundida, preocupada y, por

primera vez en mi vida, asustada. Era esto último lo que llevaba peor, y además me enojaba. Sí,

todos en algún momento de nuestras vidas nos asustamos, sentimos miedo ante la posibilidad de

perder a alguien amado, te preocupas cuando tu economía o tu estabilidad laboral se tambalean,

temes lo desconocido, enfrentar nuevas situaciones que no sabes dónde te llevarán o qué deparará el

futuro. Pero aquello no estaba relacionado con lo que yo sentía.

Después de tomar una ducha y de ordenar un poco, más por inercia y por la necesidad de

mantenerme ocupada con algo que por otra cosa, mi mente no paraba de retroceder a la escena vivida

en la calle. Traté de recordar distintos escenarios y situaciones con Peter en busca de alguna señal

que hubiera pasado por alto y que quizás hubiese sido un indicativo de en qué se estaba convirtiendo;

algo que no quise o no pude ver en su momento, pero nada vino.

Cuando estaba nerviosa, inquieta o enfadada, cocinaba. Cuando mi *nonna* y yo comenzamos a

pasar incontables horas en la cocina, poco sabíamos ambas que no solo me estaba inculcando el

amor que ella sentía hacía esa actividad, sino que también me estaba proporcionando un escape para

momentos como este. Ella siempre decía que la calmaba porque cuando cocinas estás tan

concentrada que no hay cabida para nada más. No hay problemas, ni discusiones, solo tú, los

ingredientes y los aromas. Llevaba toda la razón. El problema radicaba en que tenía que hacer

algunas compras para poder cocinar algo medio decente y que me mantuviera ocupada el tiempo

suficiente hasta que Ethan regresara. Sé que le prometí que lo esperaría en casa y que estaba

preocupado, pero cuando al pensar en salir sentí temor y un nudo de aprensión, me enfurecí. Jamás

tuve miedo de salir a la calle y no permitiría que nadie cambiase eso. Además, la tienda estaba

cerca, ¿qué podría ocurrir?

Apenas había llegado a la acera cuando me detuve en seco. Tal vez mi mente pudo evocar

muchos y distintos escenarios, pero lo que jamás imaginé fue encontrar a Ben ahí parado y encogido

por el frío. No sabía qué podría querer de mí después del problema en el que

nos metió a ambos,

pero tras varios segundos de silencio durante los cuales nos sostuvimos la mirada, abrí la boca

dispuesta a exigir alguna explicación cuando un movimiento llamó mi atención. Una pequeña niña

abandonó la protección que las piernas de Ben le proporcionaban y, aferrada a ellas, se colocó junto

a él mirándome con unos grandes y curiosos ojos. Rizos rubios sobresalían bajo un gorro rosa de

lana y era... era la viva imagen de su hermano. Aún en silencio observé a Ben con una clara pregunta

colgando en el aire entre nosotros y me percaté de algo más, y es que en el rostro del chico, en sus

ojos, no había rastro alguno de la desconfianza y del recelo que por lo general llevaba como escudos.

No, esa noche vino a mí mostrándose vulnerable, dejándome ver el temor y la preocupación en su

rostro.

—No sabía a quién más acudir.

Oh, Jesús.

Capítulo 27

Lógicamente, mis planes para ir a la tienda fueron cancelados. Era de noche, hacía frío y por la

mirada suplicante que me dirigió Ben, supe, sin lugar a dudas, que realmente necesitaban mi ayuda,

de modo que con una sonrisa los invité a acompañarme a casa. Podría  
apañármelas para cocinar una

cena decente con lo que tenía, el hecho de ir a comprar era solo una excusa  
para mantenerme más

tiempo ocupada en tanto que Ethan regresaba.

Mi cerebro iba a toda velocidad, tenía mil preguntas que quería hacer, pero  
debería esperar

hasta estar a solas con Ben pues no consideré oportuno hacerlas delante de  
una niña pequeña. Cada

uno de ellos se encaramó a un taburete observándome con atención, mientras  
yo me movía por la

cocina. Resultó que Sadie —que así se llamaba— era todo lo contrario a su  
hermano. Donde él era

cauteloso y reservado, ella se mostraba curiosa y pizpireta. La adoré de  
inmediato, imposible no

hacerlo. Cada vez que tomaba un ingrediente, cogía algo, aderezaba o  
rebanaba, ella siempre

preguntaba queriendo conocer cada paso, lo que daría lugar a la cena que  
después tomaríamos.

Tomamos unos sándwiches de queso a la parrilla y patatas, Ben y yo en un  
amigable y contemplativo

silencio mientras escuchábamos a su pequeña hermana parlotear acerca de  
esto y aquello. Me

emocioné al ser testigo del cariño con el que la trataba, de la paciencia al  
responder a sus dudas y

preguntas, de las tiernas sonrisas que le dedicaba y aprecié, no por primera

vez, lo joven que era en

realidad, sin importar que por decisión propia o por avatares del destino  
llevase sobre su espalda

una carga que no le correspondía ni lo tipo duro que tratase de aparentar ser.  
No tenía dudas de que

era un chico fuerte, pero quería que experimentara, que viviera su propia vida  
y no lo que él creía

que le tocaba para mantener a su familia. Fuera cual fuese el problema que lo  
llevó hasta mi puerta,

estaba convencida de que encontraríamos una solución. Desgraciadamente,  
aquella cuestión fue la

primera de las varias que se resolverían aquella noche y vino de unos  
inocentes labios. Miré a la

pequeña Sadie, que había dejado de hablar y con expresión compungida  
jugueteaba con una patata en

su plato.

—¿Qué ocurre, cariño? —Me apoyé sobre la barra y tomé su mano en un  
gesto de consuelo. Se

encogió de hombros, aún sin mirarme—. Puedes decírmelo y seguro que  
después te sentirás mejor —

animé. De inmediato, percibí cómo Ben se tensaba a su lado.

—Echo de menos a la abuela —respondió apenada. Cuando me miró, sus  
dulces ojos verdes

brillaban a causa de las lágrimas—. ¿Tu abuelita también está en el cielo?

Se me rompió el corazón.

Es curioso cómo las personas damos prioridad a según qué asuntos, nos preocupamos y

convertimos en un problema algo que si evaluáramos como lo que realmente es, nos daríamos cuenta

de que es una nimiedad, que no tiene tanta importancia como en un principio creímos. Esa noche miré

a dos chicos, a dos niños que en ningún momento de sus cortas vidas lo tuvieron fácil, que vivían con

lo poco que tenían a su alcance tratando de mantenerse a flote y quienes, mientras el resto de nosotros

avanzábamos, ellos lloraban la pérdida de un ser querido, del vértice de su pequeña familia y del

único referente materno que alguna vez habían conocido. Quería gritar, llorar y exigir un trato justo

porque nada en todo aquello lo era. Pero eso es la vida, ¿cierto?

—Solo una de ellas está en el cielo, cariño. —Me aclaré la garganta—. Mi otra abuela, mi

*nonna*, sigue aquí con nosotros.

—¿Tienes dos? —preguntó sorprendida y con los ojos bien abiertos.

—Sadie —reprendió Ben con suavidad. Pasó un brazo por sus pequeños hombros y la acercó a

él.

—Sí, cielo, tenía dos, pero ¿sabes qué? —Me incliné hacia delante y ella imitó el gesto

interesada en lo que tenía que decir—. No debes estar triste porque ahora tu

abuela te va a estar

cuidando desde el cielo y también seguirá viviendo aquí. —Toqué con el dedo el lugar donde se

encontraba su corazoncito.

Ben me sonrió y articuló un silencioso gracias. Después de eso, decidí que un cambio de

conversación y un poco de postre ayudarían a aligerar el ambiente. No me equivoqué, en absoluto.

Puede que no fuese recomendable dar chocolate a un niño por la noche, pero me importaba un bledo

si con ello conseguía aliviar la pena que la acompañaba. Quería hablar con Ben desesperadamente,

saber qué había sido de sus vidas durante aquellos días, cómo enfrentaron el fallecimiento de su

abuela y lo más importante, quién se ocupó de ellos desde entonces, aunque he de decir que ya sabía

la respuesta a esto último. Una vez más, todas aquellas cuestiones debían esperar. Recogí la cocina y

los chicos me echaron una mano, ninguno protestó cuando Sadie quiso ver dibujos animados en la

tele y después de eso, con el beneplácito de Ben, ayudé a la pequeña a bañarse y le presté algo de

ropa antes de llevarla a mi cama para que durmiera. Estaba agotada y no tardó mucho en caer

rendida. Salí de mi habitación y dejé la puerta entreabierto para escucharla en caso de que despertara

asustada al encontrarse en un lugar extraño. Solo había dado un paso cuando me di cuenta de que Ben

no estaba solo, de hecho, lo primero que escuché fue la profunda y ronca voz de Ethan y, al contrario

de lo que yo hubiese imaginado, no sonaba enojado sino calmante y determinado. Con sigilo, me

asomé y la escena que vi hizo que permaneciera donde estaba, oculta en las sombras, como el

silencioso testigo de un intercambio que nunca pensé que presenciara. Al menos, no a corto plazo.

Ambos se encontraban sentados, Ben en el sofá con la espalda recta y los hombros tensos mientras

que Ethan se situaba en una postura un tanto más relajada en la pequeña mesita de centro, justo frente

a él. Me apoyé en la pared y los observé, no queriendo perderme ni un solo detalle de esta nueva

faceta del hombre al que amaba.

—Tienes una ventaja —le dijo al chico—. Creciste con poco o nada de lo que mucha gente

disfruta.

—¿Cómo puedes decir que eso es algo bueno? —inquirió Ben confundido y con tono frustrado.

—Porque quienes nacen con todo, por lo general, no dan importancia a las más básicas

necesidades, se limitan a darlas por sentado. No se dan cuenta de lo inalcanzables que parecen

algunos sueños, incluso si estos consisten en vivir una vida normal. Tú lo sabes, al igual que yo. —

Se irguió en su improvisado asiento y lo señaló con un dedo—. Utiliza ese conocimiento, aprovecha

la ventaja de quien ha nacido con poco y pelea duro para hacerlo posible. — No podía ver el rostro

de Ben, pero quise imaginar que miraba a Ethan con la misma admiración y fascinación con la que yo

lo hacía—. Olvídate de lo que debes o no debes hacer según esta jodida sociedad en la que vivimos.

—Ondeó una mano en el aire—. Piensa en ti. —Volvió a señalarlo—. ¿Qué es lo que realmente

quieres?

—Quiero que mi hermana...

—Confía en mí —interrumpió con impaciencia al chico—. Tú y tu hermana vais a estar bien,

has venido al lugar correcto. No es eso de lo que estoy hablando. —Entrelazó las manos y unió los

índices para señalarlo con ellos—. Deja de pensar en los demás, incluso si se trata de tu hermana.

*¿Qué quieres tú?* —Hizo especial énfasis en esa pregunta—. ¿Cuál es tu sueño?

Largos segundos de silencio transcurrieron antes de que Ben respondiera.

—Quiero pintar —dudó y sacudió la cabeza—. No, no es eso exactamente —resopló y vi cómo

se pasaba la mano por el cabello—. Quiero que la gente lo vea, que lo aprecien.

—Mia ya me ha comentado que eres bastante bueno —asintió Ethan. En realidad, le dije que

tenía muchísimo talento, pero supuse que no quería regalarle los oídos.

—Ya, bueno... gracias. —Dejó caer la cabeza antes de erguirse como si hubiese tomado una

decisión—. Lo que quiero decir es que me gustaría que mis dibujos hagan una diferencia para las

personas, que cuenten. No sé si me explico.

—Perfectamente, chico y creo que sé cómo conseguirlo. —Medio sonrió—. Te diré lo que

haremos. —Puso una mano en su hombro y lo miró con fijeza—. Compórtate como es debido, estudia

y gradúate en el instituto, de momento ese es tu trabajo.

—¿Y después?

—Después hablaremos acerca de tu futuro, tanto si decides ir a la universidad o como si no.

—Nunca vi eso como una posibilidad —murmuró.

—Bueno, ahora lo es. —Se levantó y Ben imitó el gesto—. Pero céntrate en el ahora, ya tendrás

tiempo de pensar en el resto más adelante.

—Sí, señor. —Enarqué las cejas y apenas reprimí la risa a tiempo, convencida de que Ethan

estaría disfrutando de lo lindo al ser tratado con tal deferencia.

—Una última cosa. —Aunque Ben era bastante alto, Ethan lo sobrepasaba por más de media

cabeza, de modo que bajó esta para mirarlo fijamente a los ojos. También su voz se redujo varias

octavas y yo entorné los ojos con sospecha—. Mia es una de las mejores personas que he conocido

en mi vida, te aprecia y se preocupa por ti. Solo quiere hacer lo mejor por vosotros.

—De acuerd...

—No he terminado —atajó—. Me importa una mierda cuánto se enfade después, pero si se te

ocurre volver a joder a mi mujer, responderás ante mí. ¿Entendido? —Tensos segundos pasaron en

silencio y observé cómo Ben asentía—. No te oigo.

Muy bien, supuse que el momento de confraternización había llegado a su fin, lo que significaba

que se acabó para mí permanecer en las sombras. Ya me dirigía hacia ellos, estaba segura de que

aunque no me mirase, Ethan era más que consciente de mi presencia y, aun así, no apartó los ojos del

chico hasta que obtuvo una respuesta.

—Sí, señor —murmuró este compungido—. Entendido.

—Está dormida. —Miré entre ellos, como si no hubiera presenciado todo el intercambio—.

¿Todo bien por aquí?

—Todo perfecto —aseguró Ethan.

—Sí, genial —convino el otro. Noté que rehuía mi mirada y sospechaba que la principal razón

era la vergüenza. Puede que también la culpa.

Miré a Ethan en busca de confirmación, me dedicó esa sonrisa ladeada que tanto amaba y me

relajé. Aunque no por mucho.

—Muy bien. —Indiqué con un gesto de la mano que tomaran asiento. Yo lo hice en el sofá, junto

a Ben, mientras que Ethan volvió a ocupar su anterior lugar en la mesita, frente a nosotros—. Hay

mucho que resolver. —Me dirigí al tenso chico junto a mí—. ¿Podrías contarnos qué ha sucedido

exactamente?

Inquieto y aún sin mirarme, se revolvió el cabello y exhaló con fuerza.

—Lo siento mucho. —Lo miré hasta que él giró sus torturados ojos hacia mí—. Ya he... ya he

contado la verdad y lo siento si te he causado problemas. Sé que solo querías ayudarme y lo jodí.

Quise corregirlo, era algo inherente a mi persona escuchar según qué tipo de lenguaje y reñir

por ello. Pero no era el momento. Llámame necia si quieres, pero por mucho que se lo mereciera, me

vi incapaz de recriminarle algo viéndolo tan compungido y desamparado. Claro que Ethan no tenía

problema alguno en hacerlo.

—¿Contaste la verdad porque te arrepentías o porque necesitabas su ayuda?

Ben sacudió la cabeza y clavó la vista en él.

—Lo hice porque me sentí como una mierda, ¿de acuerdo? —Miró entre los dos—. Podéis

creerme o no, pero en cuanto vi a ese cabrón de Endelson y cómo te trató, quise retirar lo que había

dicho.

En el silencio que reinó tras su confesión, podía palpase la tensión en el ambiente así que,

rápidamente, quise cambiar de tema.

—Muy bien, no te preocupes ahora por eso. —Palmeé su rodilla con afecto.

—¿Quién es Endelson? —Por supuesto que Ethan no lo dejaría pasar.

—Ese tío es un pedazo de mier...

—Nadie de quien merezca la pena hablar. —Sonreí mirando entre ambos. Ellos me observaban

con sendos ceños esculpidos en sus rostros. Por Dios, parecían clones.

—Si ese tipo te está causando problemas, igual sí merece la pena hablar de ello. —Miró al

chico, sin duda encontrando en él un aliado—. Háblame sobre este tal Endelson.

Feliz al resultar útil, y por si además con eso conseguía fastidiar al subdirector, Ben abrió la

boca para responder, pero lo interrumpí.

—Tenemos problemas más apremiantes de los que ocuparnos. —Miré a Ethan a los ojos con

intención, haciéndole saber que no pensaba retroceder.

—Muy bien —asintió—. Pero hablaremos de este tema antes o después, no lo dudes.

Sí, no lo dudaba. Pero había otra conversación que no podía posponerse más.

—Estoy segura de que todo se solucionará, aunque es posible que te enfrentes a una expulsión.

Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé —afirmó y se frotó las manos—. Supongo que lo merezco después de lo que te hice.

—No te preocupes, ya cruzaremos ese puente más adelante. —Sonreí queriendo tranquilizarlo

—. Ahora necesito que me cuentes qué ha ocurrido.

Y lo hizo.

Ethan se mantuvo en un contemplativo silencio, a veces observándolo directamente y otras

desviando la vista hacia el suelo. Realmente no miraba algo en concreto, sino que más bien parecía

sumido en sus recuerdos, y me mataba no saber todo lo que me pudiera ayudar a entenderlo más. Yo,

por mi parte, apenas hice algunas pocas preguntas para tener claros ciertos conceptos pero, por lo

demás, permití que Ben se expresara y dejase salir todo cuanto escondía en su interior. Lo cual

resultó ser una carga demasiado pesada para un chico de su edad.

Más para el beneficio de Ethan —puesto que eso era algo que yo ya sabía—, volvió a explicar

cómo siempre habían sido solo él, su pequeña hermana y su abuela. Una buena mujer que siempre

hizo lo posible por proporcionarles todo lo necesario para que llevaran una vida decente al margen

de lo que su madre hiciera en sus pocas apariciones, acabando con los pocos recursos de que

disponían. Desde algún tiempo a esa parte, su abuela prohibió que volviera a aparecer por su casa y

ella, decidida a velar por dos niños inocentes, se mató a trabajar hasta que la artritis se lo impidió.

Aquejada de diversos problemas de salud, sufrió lo indecible al ser testigo de cómo su nieto se

desviaba del camino correcto para mantener a su pequeña familia a flote hasta que, finalmente, una

neumonía unida a algunos problemas de corazón se la llevaron mientras dormía. Lo que mataba a Ben

era creer que de algún modo la decepcionó, que no fue el nieto que ella merecía teniendo en cuenta

todo lo que en vida hizo por ellos cuando nadie más se preocupó por su

bienestar. Ni siquiera su

propia madre.

A duras penas contuve las lágrimas al imaginar por todo lo que ese fuerte chico atravesó por su

cuenta, sin ayuda de nadie. No solo eso, sino que además se encargó de proteger a la pequeña y dulce

niña que en ese momento descansaba en mi habitación. Miré a Ethan y, si bien yo estaba reprimiendo

el llanto, él hervía de furia; no había más que ver el modo en que apretaba la mandíbula, cada

músculo de su cuerpo estaba en tensión y quieto... tan quieto, que parecía a punto de saltar a la

yugular de alguien de un momento a otro.

—No debes pensar así —consolé a Ben—. Ella estará orgullosa de ti, siempre. Eras su niño y

te amaba, jamás olvides eso.

—¡Ni siquiera pude conseguirle ayuda médica! —espetó. Aunque luchaba contra ellas, las

lágrimas no derramadas brillaban en sus ojos—. ¡No tenéis seguro médico! Nos dijeron —habló

enmascarando su furia con un tono burlón—. ¿Podéis pagar de algún modo por su ingreso? —

Sacudió la cabeza y apartó la mirada—. Nos echaron de allí sin miramientos. Les importó una

mierda que mi abuela estuviese enferma. Creo que, de haber estado

muriéndose en aquel momento,

habrían mirado hacia otro lado por el hecho de no tener una maldita tarjeta de crédito.

De verdad necesitaba llorar por lo injusto que resultaba todo para según qué personas. ¿Qué

podía decirle? No quería que se quedase con la errónea impresión de que para hacer una diferencia,

para realmente contar, debías tener una tarjeta oro, pero, por desgracia, eso fue lo que le hicieron

creer desde bien pequeño. Y esa era la principal razón por la que buenos chicos como él acababan

tomando el camino equivocado. No porque pensarán que era lo más fácil, sino por pura y cruda

desesperación. Por el abandono, el desamparo y la soledad con la que chocaban cuando estaban en

busca de una muleta que les ayudase a recorrer el a veces complicado y pedregoso camino que es la

vida.

—No estuvo sola, cariño. Os tenía a vosotros y eso es lo importante, ella no querría que te

culparas por algo que escapa a tu control.

Palabras vacías que pretendían infundir consuelo, pero cuando chocas con la dura realidad que

tiene que enfrentar un chico tan joven, cualquier explicación que quieras dar carece de sentido. No la

hay. No existe justicia en dejar a su suerte a alguien enfermo solo porque no dispone de medios

económicos, no podía darle justificación o disculpa alguna sabiendo lo que habían vivido. Lo que

aún tendrían que enfrentar.

—Ya, bueno —murmuró con furia apenas contenida—, seguro como el infierno que esos jodidos

médicos no escucharon cómo se ahogaba con cada golpe de tos.

—¿Dónde está ahora? —inquirió un taciturno Ethan. Ben se frotó el rostro, con los hombros

encorvados como si sobre ellos llevase todo el peso del mundo.

—En el depósito de Cook. No puedo... —Se le rompió la voz y tragué el nudo en mi garganta

—. Si no la reclamamos, la enterrarán como si... —Se pasó la mano por el cabello antes de mirarme

con la desesperación dibujada en su hermoso y joven rostro—. No puedo reclamarla, ni siquiera

puedo costear su funeral. Además, si lo hago y me presento allí, los servicios sociales se nos echarán

encima y se llevarán a Sadie. No puedo perderla a ella también, no dejaré que se la lleven, es todo lo

que tengo.

No pensé en las normas, tampoco en lo que hizo en su momento y, en ese instante, ni siquiera me

importaba si mi trabajo pendía de un hilo. Lo atraje hacia mí y lo abracé con

fuerza tratando de

infundirle parte de la seguridad que sabía que necesitaba. Intenté transmitirle la calidez y el cariño de

los que, para empezar, jamás debió sentirse privado. Tardó unos segundos, pero finalmente se relajó

y envolvió los brazos a mi alrededor. Se estremeció a causa de los silenciosos sollozos que intentaba

ocultar a toda costa, pero, por Dios, necesitaba dejarlo salir. Tenía que liberarse de la pesada carga

de la que durante tanto tiempo fue responsable pues, antes de lo debido, dejó de ser un niño para

convertirse en el cabeza de familia, para cuidar de las dos mujeres más importantes de su vida.

Ahora, de pronto, se vio desprovisto de una de sus extremidades, de una esencial parte de su vida y

sin estar aún legalmente capacitado para ocuparse de la otra, entendí que el miedo y la desesperación

tomasen las riendas dejándolo prácticamente al borde del abismo.

Mientras Ben continuaba aferrado a mí, miré de soslayo a Ethan, pero él parecía perdido en sus

pensamientos y todavía con la mirada clavada en el suelo. Tras unos segundos, que bien pudieron ser

minutos, rompimos nuestro abrazo. El chico se frotó el rostro con fuerza y carraspeó, probablemente

en un intento de borrar cualquier rastro de las lágrimas que ambos sabíamos que había derramado,

pero que ninguno mencionaríamos en pos de salvaguardar su dignidad y aquel papel de hombre fuerte

que él mismo se autoimpuso en algún punto del camino. Cuando me miró, ya sabía lo que iba a decir

incluso antes de que las palabras salieran de sus labios.

—¿Puedes ayudarnos? —Dudó—. ¿Hay... podríamos quedarnos aquí? —  
Abrí la boca para

responder, pero se apresuró a interrumpirme con las manos en alto—. No seríamos una carga, lo

prometo. —Apartó la mirada y se mesó el cabello—. Incluso estaría bien si solo dejase que ella se

quede, yo puedo apañármelas durante unos meses hasta que cumpla los dieciocho y a partir de ahí me

ocuparé de todo lo necesario y no seremos más un problema.

No sabía si sentirme halagada por la muestra de confianza que aquellas palabras implicaban o

absolutamente horrorizada por el hecho de que él siquiera contemplase la posibilidad de que lo

dejase a su suerte por considerarlo una carga. No hubo ninguna parte fácil en lo que se habló aquella

noche, pero ahora nos adentrábamos en la cuestión más espinosa y complicada. Estaba convencida de

que, sin importar el tacto con el que dijese lo que necesitaba, mis palabras no le gustarían en lo más

mínimo.

—En primer lugar, jamás vuelvas a decir que sois una carga. Ni siquiera lo pienses —reprendí

con suavidad y asintió, aunque no se veía convencido—. En segundo lugar... —Me aclaré la garganta

y miré entre ellos ahora que los ojos de ambos estaban clavados en mí—. Estaría encantada, más que

eso, me sentiría muy feliz por dejar que os quedaseis aquí, pero mucho me temo que eso no es

posible.

Sacudió la cabeza y se levantó, enojado.

—Ni siquiera sé por qué me molesto, debí verlo venir. —Me levanté y cuando traté de tocar su

brazo se apartó con brusquedad—. La misma mierda, distinto día. Gracias por tu tiempo de todas

formas.

—Ben, siéntate un momento —llamé sin levantar la voz para no despertar a la niña. Él iba

directo hacia el dormitorio a buscarla—. Las cosas no son tan simples.

—Nunca lo son —replicó a punto de abrir la puerta, pero, antes de que tuviese tiempo, la mano

de Ethan sujetando su brazo se lo impidió.

—Siéntate —ordenó con rostro severo.

—Tú no me das órdenes.

Pasó junto a mí y se puso frente al chico con una intimidante postura que

habría hecho

retroceder a cualquiera, pero no a Ben. A él, no.

—He dicho que te sientes. —Cuando no se movió, redujo la voz a un amenazante gruñido—. No

lo repetiré otra vez, mueve tu obstinado culo al sofá y escucha lo que tiene que decir si no quieres

que te lleve yo.

Tras un interminable y desesperante pulso de miradas, el chico finalmente pareció llegar a la

conclusión de que le convenía obedecer de modo que, con los hombros tensos y arrastrando los pies,

volvió a sentarse. Agradecí su intervención a Ethan con una sonrisa y volvimos a ocupar nuestros

anteriores lugares. Un espeso silencio cargaba el ambiente en la sala y procedí a explicarme con

tacto, con la precaución como bandera.

—No es una cuestión de que no os quiera aquí, Ben. —Bufó y sacudió la cabeza.

—Compórtate de una maldita vez —espetó Ethan. Le pedí calma con la mirada antes de

continuar.

—Lo que trato de explicarte es, que por mucho que me gustaría acogeros, hay unos canales

oficiales que debemos seguir para no meternos en problemas y dar con una solución que nos satisfaga

a todos.

—Querrás decir que no te meterás tú en problemas —replicó con sorna. Ethan gruñó y yo hice

acopio de paciencia, pues sabía que estaba asustado y que ese era su mecanismo de defensa, pero de

continuar con esa actitud terminaría por darle una buena tunda.

—Deja de ser tan combativo y escúchame de una vez. —Mi tono autoritario por fin captó su

atención y me miró—. No somos el enemigo, así que relájate. Viniste aquí por una buena razón, de

modo que confía en mí cuando te digo que haremos lo mejor por vosotros. No estáis solos, ya no

más.

Suspiró, entrelazó las manos y apoyó los codos en las rodillas, ahora sí, atento a todo cuanto

decía. Seguro que fue algo inconsciente, pero ambos, tanto él como Ethan, permanecían en la misma

postura y supuse que se parecían en muchos aspectos más de lo que ellos mismos estaban dispuestos

a admitir.

Aunque Ben no quería oír nada acerca de hogares de acogida, aquel del que yo necesitaba

hablarle distaba mucho de la imagen que él se había formado en su mente. *SecondKid'sHome* estaba

dirigido por Nicola Dummond, quien no solo era una mujer maravillosa, sino una de las principales

precursoras del programa *Second Chances* del que yo misma formaba parte. En su hogar encontrabas

a niños de todo tipo y edad, no había límite, al menos no hasta que alcanzaban los dieciocho, pero

incluso entonces ella jamás se desentendía de sus chicos. Básicamente se ocupaba de lo que el

gobierno y servicios sociales calificaban como casos especiales, que consistían en niños

severamente traumatizados por sus anteriores condiciones de vida, chicos con problemas de actitud,

con una edad más avanzada por lo que su adopción o acogida era algo prácticamente inviable o,

como podría ser el caso de Ben, hermanos que no debían ser separados si se presentaba la

oportunidad de una posible adopción.

No le hablé del complejo sistema de acogidas temporales en el que un gran número de familias

—aunque no todas— cuentan con pocos medios y solo ven a esos chicos a los que acogen como un

medio para conseguir un cheque del estado a final de mes. Cada vez son más los casos en los que se

aprecia que dichos niños son sometidos a malos tratos y abusos por parte de esas personas que en

teoría se han ofrecido a velar por ellos y a brindarles un hogar. Tampoco mencioné los múltiples y

cada vez más evidentes fallos en el sistema de acogida de nuestro país. La red de canales, puentes,

destinos, trabajadores y supervisores era tan enorme que los únicos perjudicados resultaban ser los

niños y chicos jóvenes; los mismos a los que debíamos cuidar, aquellos a quienes teníamos la

obligación legal y moral de proteger. Una vez, durante una conversación con la señora Dummond, le

pregunté cómo surgió la idea del programa y de hacerse cargo de un hogar de acogida como el que

ella dirigía. Me habló de una niña, una joven chica de dieciséis años a la que conoció una noche

mientras trabajaba como voluntaria en un comedor social en una gélida noche de invierno en la

ciudad de Chicago. Aunque la chica se mostraba desconfiada, tras verla por allí en distintas

ocasiones, finalmente consiguió que se abriera. Estaba sola, no tenía a nadie ni tampoco un lugar al

que ir y no hacía mucho que había escapado del tercer hogar de acogida en el que, al igual que le

ocurrió en los anteriores, acabó convirtiéndose en una víctima más.

*No hay nada que me puedan quitar que me vaya a doler y nada que me puedan ofrecer que me*

*vaya a ilusionar.*

Esto fue lo que alguien que apenas comenzaba a vivir le respondió cuando la señora Dummond

le preguntó por qué no buscaba ayuda, alguien que le brindase una oportunidad, un hogar.

Aquello le rompió el alma tanto como a mí cuando me lo contó. Esa fue toda la señal que

necesitó para ponerse a trabajar y conseguir hacer una diferencia y, del mismo modo, marcó un antes

y un después en mi visión del sistema, porque resulta imperdonable que hablemos de niños olvidados

cuando nadie se ha preocupado realmente por ellos. No lo suficiente. No como merecen.

Confiaba en la señora Dummond y sin duda la admiraba, pero mirando al desesperado rostro de

un joven chico que acudió a mí en busca de ayuda, una idea comenzó a tomar forma en mi mente.

Tendría que hacerlo bien, siguiendo las normas y los canales adecuados, pero siempre podíamos

moldearlos un poco y adecuarlos a nuestras necesidades si no resultaba demasiado obvio. No sería

fácil y quizás debería acudir a cierta ayuda externa, pero confiaba en conseguirlo. Tenía que hacerlo.

—¿Sabes qué? —Ben me miró y no sabía muy bien cómo interpretar su expresión. Creo que

estaba asustado por lo siguiente que saldría de mis labios—. Este jueves es Acción de Gracias y

cenaremos con mi familia. Todos, sin excepción. —Miré a Ethan que me dedicó su media sonrisa

canalla y asintió—. También te prometo que nos ocuparemos de tu abuela, tienes mi palabra. Creo

que tengo una solución, pero debo hablar con algunas personas y pedir unos cuantos favores...

mientras tanto, os quedaréis aquí conmigo.

Me miró sorprendido por el giro de los acontecimientos cuando él, seguro, ya se veía en el

hogar de la señora Dummond. Una reticente sonrisa se dibujó en sus labios al igual que ocurrió con

los de Ethan.

—¿Estás segura? —inquirió a pesar de estar feliz.

—Estoy segura.

—Gracias, joder —murmuró.

—Cuida esa boca en mi casa —reprendí y lo señalé—. Y aún más cuando tu hermana esté

presente.

Abrió mucho los ojos y miró a Ethan.

—Habla en serio, chico —confirmó este con sorna.

—Muy bien, lo siento, lo siento. —Levantó las manos en señal de rendición —. No volverá a

ocurrir.

—Entonces creo que nos llevaremos muy bien. —Sonriente, palmeó su rodilla.

—Esto va a ser divertido —farfulló Ethan mientras sacudía la cabeza.

Sí, lo sería, estaba convencida de ello.

No sabía lo que nos depararía el mañana. Tampoco las consecuencias que podría acarrear mi

decisión de aquella noche y, aunque un aleteo nervioso se instaló en mi estómago, me sentía segura

de estar haciendo lo correcto.

Eso era lo más importante.

Lo único que contaba.

Capítulo 28

Reed

No podía recordar la última vez que tuve un banquete de aquella magnitud. Ni siquiera si, de hecho,

en alguna ocasión disfruté de algo semejante. Siempre había escuchado hablar acerca de la

hospitalidad de los italianos, de que, en lo que a comida se refería, solían hacerlo todo a lo grande y

a decir verdad en alguna ocasión ya fui beneficiario de ello por parte de las mujeres de aquella

familia, en especial de Mia.

Nadie osaría acusarlas jamás de hacer las cosas a medias.

No voy a mentir y a decir que desde el principio todo fue como la seda. Aunque ya había estado

en el hogar de los Sullivan con anterioridad, e incluso quería y respetaba a Chuck casi como a un

padre, me llevó algún tiempo ajustarme a estar en esa casa. No estaba allí como esa especie de

rebelde pupilo, tampoco como el mejor amigo y compañero de Luke, sino que aquella noche fui a

cenar, a celebrar Acción de Gracias como la pareja oficial de Mia. Y, joder, mientras esperábamos

en el porche a que su madre nos abriese la puerta, incluso sentí un sudor frío recorriéndome de pies a

cabeza. A mí, que siempre me importó una mierda lo que el resto del mundo opinase, me preocupaba

no ser aceptado, que no me considerasen digno de ella. Esto último era algo que ya sabía y tenía

asumido, pero ¡qué cojones! Me debía a mí mismo ser un poco egoísta y también supuse que era

alguna extraña y macabra broma del karma hacer que me volviese jodidamente loco por una mujer

que era todo lo opuesto a mí, que encarnaba algunas de las mejores cualidades que una persona debe

poseer y que, en definitiva, me tenía envuelto alrededor de su dedo meñique sin ni siquiera

esforzarse en ello. A mí, un hombre cuyas relaciones con el sexo femenino consistían en unas copas y

un polvo. Pero merecía la pena. Cada puto segundo que pasaba con ella, cada momento en el que

podía aspirar su delicioso aroma o recibir una de sus sonrisas, lo merecía.

—¿No te gusta? —Me erguí en el asiento y dejé de desnudar a mi chica con la mirada al darme

cuenta de que su abuela hablaba conmigo.

—Sí, señora. —Me aclaré la garganta—. Está todo delicioso.

Mia me guiñó un ojo y le devolví el gesto. Sentadas juntas las tres mujeres de la familia, era

incuestionable el increíble parecido físico entre ellas, especialmente entre Mia y su abuela. Eran

como la versión de una misma persona en diferentes etapas de la vida y además era muy divertido

ver cómo conversaban y se relacionaban entre ellas; la facilidad y la familiaridad con las que todo

fluía, algo que siempre quise experimentar y que ahora vivía de forma indirecta.

—Mi nieta me dijo que eras un loco de los dulces. —Entornó sus ambarinos ojos y tragué—.

Apenas has probado lo que con tanto amor preparé para esta noche.

Joder, ahora me sentía como una mierda. Después del pavo asado con salsa de arándanos, las

verduras al vapor, las papas, crema de calabaza y no recuerdo qué más, estaba al borde del colapso.

Si bien la cena fue la típica de cualquier hogar americano, para el postre decidieron hacer algunos

dulces propios de la navidad italiana: *panettone*, almendras confitadas, el *¿buccellato?* Ese era una

especie de roscó relleno con fruta confitada, pero, aún bajo la curiosa y atenta mirada de aquella

mujer, me serví lo que la señora Sullivan llamó *mostaccioli*... chocolate. Esa era la esencia y lo que

de verdad atraía con más fuerza mi atención.

Cohibido al saberme observado, probé un bocado y... ¡Joder! Aquello era el cielo convertido

en postre; no tenía ninguna duda de que las dotes culinarias de Mia provenían de las enseñanzas de su

*nonna* y, por supuesto, le pediría que me cocinase más de *aquellas* cosas. Algo en mi expresión

debió satisfacerla, ya que la señora Moretti sonrió complacida y regresó a la conversación con su

nieta. Comí una, dos y me encontraba en la tercera, cuando unas risas femeninas acapararon mi

atención. Tragué y tomé un poco de agua al percatarme de que todos los ojos estaban clavados en mí.

Chuck tenía las cejas enarcadas, Jen, Mia y su madre me observaban divertidas, incluso Luke y la

pequeña Sadie me miraban sonrientes.

—¿No te sacias nunca o qué? —Mi compañero me palmeó la espalda con fuerza. Apreté los

dientes y resistí las ganas de golpearlo en su propia casa y en presencia de su familia.

Iba a responder, pero otra voz a mi derecha me interrumpió.

—Joder, tío, ¡qué manera de comer! —Rio Ben, ese pequeño cabroncete. Lo miré con ojos

entrecerrados.

—¡Cuida esa boca! —regañó Mia, que no dejaba pasar ni una.

—Come cuanto quieras, hijo —me animó la señora Moretti—. Hice de sobra y puedo traer más

de la cocina.

—¡Oh, por supuesto que sí! —coincidió Chuck, aunque había un cierto deje burlón en su voz—.

Esta mujer cocina como si no hubiera un mañana, no hay ni una maldita superficie en esa cocina que

no esté repleta de comida.

La dulce sonrisa que momentos antes exhibía en su semblante, rápidamente se transformó en un

ceño fruncido cuando miró a su yerno. Antonella Moretti era, sin lugar a dudas, una fuerza a tener en

cuenta. Olvídate de su edad o de su pequeña estatura, no me sentía ansioso por convertirme en el

objetivo de sus... afectos, tal como lo era el cabeza de familia.

— *Asinovecchio non prende lezioni* —murmuró traspasándolo con la mirada. Acto seguido,

sonrió beatífica—. Los hice especialmente para ti, querido yerno.

—¡Mamá! —La señora Sullivan la miró escandalizada.

El resto observábamos el intercambio con una mezcla de entretenimiento y expectación. Chuck

entrecerró los ojos y habló entre dientes.

—Tengo el azúcar por las nubes.

—Y ahí exactamente quería yo llegar —respondió la otra satisfecha.

—Joder, abuela... —Rio Luke a mi lado mientras sacudía la cabeza, divertido.

Chuck la llamó «vieja bruja», aunque se guardó mucho de decirlo en voz baja. Mia y Ben se

reían mientras la señora Sullivan reñía a su madre por estar siempre en pie de guerra con su marido,

incluso en una noche para la familia como era aquella.

—¿Qué es un imbécil? —inquirió de pronto la pequeña Sadie.

—Eso es una palabra fea, cariño —aclaró Chuck.

Jen miraba a la pequeña con los ojos muy abiertos y sacudiendo de forma casi imperceptible la

cabeza, pero la niña, absorta en lo que le había dicho el padre de Mia, fruncía el ceño, confusa.

—¿Por qué llamas a Lucas con una mala palabra? —preguntó con la inocencia propia de su

edad, sin ser consciente de que estaba a punto de desatarse otra guerra en el lado oeste de la mesa.

Y ahí, justo en ese preciso momento, siendo el mudo testigo de los diferentes intercambios que

tenían lugar a mi alrededor, me di cuenta. La realidad me golpeó con la fuerza de un *Mack*.

Familia.

Esto era una familia. Una cena de Acción de Gracias como las que tantas veces soñé con tener a

lo largo de mi infancia. Con sus roces y sus discusiones, pero también con risas, afecto, anécdotas y,

por encima de todo, con amor. Con complicidad y lealtad. Y esta vez no era un observador, sino otro

protagonista más. Me había convertido en parte de esa familia a la que tanto admiraba y quería.

Quizás, de algún modo, ya lo era desde el mismo instante en el que Chuck me rescató y cambió mi

vida, pero fue solo entonces, durante esa cena, que me volví realmente consciente de ello.

Precisamente porque hacía mucho tiempo que aquel niño había quedado atrás y porque no dudaba en

darme la vuelta ante la menor exigencia de cualquier tipo de compromiso,

esperé sentirme inquieto o

incluso alarmado. Dejé de escuchar lo que ocurría a mi alrededor y me centré en mí mismo, en todas

las sensaciones y emociones que me embargaban, todo ello, sin apartar la mirada de una

resplandeciente Mia que sonreía a algo que había dicho su *nonna*. La silla no chirrió cuando

abruptamente me levanté, mi corazón no bombeaba con la fuerza suficiente como para salirse de mi

pecho, nadie me observó sorprendido ni horrorizado mientras abandonaba aquella casa cerrando la

puerta con fuerza tras de mí.

Nada de eso ocurrió.

Porque, por primera vez desde que podía recordar, me sentía en paz. La sensación es algo

difícil de describir, pero fue como si me encontrase justo donde debía estar, como si después de años

vagando en solitario hubiese dado con algo que, aún sin saberlo, siempre había estado buscando.

Mirando a Mia, a la mujer que poco a poco se había metido bajo mi piel, que ahora era una esencial

e imprescindible parte de mi vida, me sentí en casa. Hogar, eso era ella para mí. Saboreé

mentalmente la palabra, con miedo a pronunciarla, a darle voz, como si el hecho de hacerlo supusiera

el catalizador para que todo se fuese a la mierda de un momento a otro.

Ella me miró y no sé qué debió ver en mi expresión, pero su sonrisa se atenuó un poco.

—¿Estás bien? —No se escuchó su voz, apenas articuló la pregunta mientras yo jugueteaba con

el tenedor sin dejar de contemplarla.

—Perfectamente —confirmé. Ladeó ligeramente la cabeza mientras me escrutaba con la mirada,

como si tratase de descifrar hasta qué punto estaba siendo sincero y quise tranquilizarla—. Estoy

bien, nena —respondí también en voz baja, sabiendo que ella me entendería a la perfección.

Sonrió y me lanzó un beso. Jen dijo algo para llamar su atención y, con reticencia, rompió el

contacto visual. Sonreí a medias planeando todas las formas en las que pensaba disfrutar de su

pequeño y curvilíneo cuerpo a la menor oportunidad. Necesitábamos un poco de intimidad.

Urgentemente. Gruñí y me reacomodé en mi asiento cuando, al apartar la mirada, me vi observado

por su abuela, quien lucía una pícara sonrisa en su rostro. De verdad que aquella mujer me

despertaba tanta ternura por su aspecto y por el cariño con el que nos trataba, como pavor al no saber

nunca qué podría estar pensando o tramando. Le devolví la sonrisa y me sumergí con Ben en una

conversación acerca de los tatuajes.

Estaba terminando un *brownie* de chocolate, cuando Mia emergió de su dormitorio tras acostar a

la pequeña Sadie en su cama. La informé de que subiría a mi apartamento a por algo de ropa y estaría

de vuelta enseguida. Ella, por supuesto, protestó.

—Quédate en casa, Ethan. —Puso los brazos en jarras como siempre que iba a comenzar algún

tipo de discusión—. No tiene sentido que los dos durmamos en ese sofá cuanto tienes tu apartamento

justo arriba.

Enarqué una ceja y me acerqué un paso.

—¿Me estás diciendo que no me quieres aquí?

Frunció el ceño y su dura fachada pareció desmoronarse un poco.

—Por supuesto que quiero que te quedes, no seas ridículo.

—Entonces estamos de acuerdo. —Ahuequé su nuca y la besé en la frente antes de que colocase

sus pequeñas manos en mi pecho y me apartase.

—No, no lo estamos —refunfuñó—. Tergiversas todo lo que digo.

—No lo hago. —Me gustaba sacarla de quicio.

—Sí, lo haces y sabes perfectamente que, aunque te quiero aquí, creo que lo mejor será que

duermas en tu apartamento. No tiene sentido que apenas puedas conciliar el

sueño por querer pasar la

noche conmigo en el sofá. —Colocó las manos a cada lado de mi cintura y me miró suplicante—.

Tienes que descansar y eso solo podrás hacerlo en tu cama, no aquí. Al menos de momento.

Joder, tenía razón. Estaba destrozado y sentía cada músculo de mi espalda y cuello

completamente agarrotados. Una vez decidido que Ben y su hermana se quedarían con Mia, al menos

de forma temporal, ella insistió en que ambos compartiesen su cama y ella se quedaría con el sofá. El

chico protestó, de hecho, lo hizo hasta el agotamiento, tratando de convencer a Mia de que fuese ella

quien se quedase en la cama con su hermana. El argumento que ella ofreció y que Ben ya no se vio

con fuerzas para rebatir, fue que su hermana ya había sufrido una pérdida importante y los suficientes

cambios en su vida como para, además, tener que compartir cama con una total desconocida. Cuando

esa primera noche vi la derrota y la impotencia adueñarse de él, me solidaricé, porque Mia tenía la

capacidad no solo de conseguir que cedieses a sus peticiones, sino de, además, hacerte sentir

culpable por siquiera haber discutido con ella en primer lugar.

Por más que me insistió, hasta esa noche no cedí cuando me rogó o incluso demandó que fuese a

mi propia cama a dormir. Si no se callaba, me quitaba la camiseta, la invitaba a acompañarme y se

acabó la discusión. También le pedí que subiera conmigo y se negó, alegando que no podía dejarlos

solos. No señalé el hecho de que Ben pronto sería considerado mayor de edad y de que el chico era

más que capaz de cuidar de ambos... mientras dormían. No insistí, consciente de su aprensión por

dejarlos solos ya que se consideraba responsable de ambos y no se perdonaría si cualquier cosa

ocurría y ella no se encontraba allí. Nos hallábamos en mitad de un duelo de miradas y voluntades —

aunque yo estaba a punto de ceder—, cuando Ben salió del baño y miró entre ambos. Sin duda, había

escuchado nuestra anterior conversación.

—Escucha, Mia —habló con voz segura y me apostaba un huevo a que estuvo ensayando ante el

espejo para no dejarse liar por ella. Otra vez—, si no quieres dejarme a mí el sofá, al menos ve con

él a su casa.

—No puedo dejarlos solos —arguyó ella con el ceño fruncido. Era terca como una mula.

—Sí que puedes —replicó y cruzó los brazos. Ah, típica postura defensiva, él también se

preparaba para la batalla—. Me siento como la mierda ocupando tu casa y tu cama sabiendo que

pasáis cada noche en ese sofá. Te estoy muy agradecido por todo lo que estás... estáis haciendo por

nosotros, pero soy perfectamente capaz de no meternos en líos durante unas horas, creo que eso ha

quedado más que demostrado, de manera que no me trates como a un niño indefenso. No lo soy.

—Pero es que no...

—¿Acaso no confías en mí? —la interrumpió él.

—¿Qué?

—¿Crees que te voy a robar o algo así? —Mia jadeó horrorizada. Satisfecho, imité la postura

del chico y escondí una sonrisa cuando ella me miró en busca de ayuda.

No pensaba dársela y, para enfatizar mi intención de mantenerme al margen, me aparté y me

apoyé en la barra de la cocina. Me crucé de brazos y sonreí socarrón. Ella gruñó y volvió su atención

hacia el chico.

—Sabes muy bien que no pienso eso, Ben. —Suspiró y suavizó la voz—. Me preocupo por ti,

por ambos y no me perdonaría si algo sucediera mientras no me encuentro aquí.

—Es imposible que pases todo el tiempo con nosotros, igual que no puedes protegernos de lo

que nos rodea —razonó él—. Mira... —Dio un paso hacia ella—. De verdad te agradezco todo lo

que estás haciendo por nosotros, es... —Se aclaró la garganta y tuve que apartar la mirada—. Nadie

excepto mi abuela dio nunca una mierda por lo que nos sucediera, nadie hasta ti. Pero también tienes

tu vida y además estaréis justo arriba, nada va a suceder mientras dormimos.

Mia se mordió el labio, indecisa. Entendía sus reservas; esto era algo completamente diferente a

ocuparse de los chicos en clase y puede que hablar de que se hubiera convertido en alguna especie

de figura materna suene a exageración, de modo que dejémoslo en una muy responsable hermana

mayor. Tras meditarlo unos instantes, pareció llegar a un acuerdo consigo misma y asintió.

—Muy bien, iré con Ethan a dormir arriba. —Lo señaló con el dedo a modo de advertencia—.

Pero si sucede cualquier cosa o necesitáis algo, lo que sea, me llamarás de inmediato.

—Sí, señora —convino él, tratando de esconder una triunfante sonrisa sin éxito.

—Muy bien, iré a recoger algo de ropa.

—No creo que la necesites —repliqué.

—¡Ethan! —Miró al chico y después a mí, regañándome por decir aquello ante una criatura

inocente.

—¡Oh, vamos! —Se carcajeó el otro—. No seas tan remilgada, señorita Mia,

ya sé todo lo

necesario, no me voy a escandalizar.

—Tú no... —Lo que fuese a decir, prefirió sellar sus labios. Miró entre ambos antes de girar

sobre sus talones refunfuñando—. Iré a por mis cosas.

Sonreí satisfecho y choqué los cinco con Ben. Joder, no solo iba a dormir por fin en mi cama,

sino que lo haría con ella. Antes de que el chico pudiese reaccionar, sujeté su brazo y lo retuve en el

lugar.

—Espero que, ya que dices ser tan experimentado en el tema, estés teniendo cuidado.

—Claro que sí, tío —confirmó con un brillo divertido en los ojos—. Siempre lo tengo.

Trató de apartarse, pero no lo solté.

—Y más te vale tratar a las chicas con el respeto que se merecen.

Dejó de sonreír al percatarse de que hablaba totalmente en serio. Sí, pensé mientras Mia y yo

nos dirigíamos a mi apartamento, puede que durante años hubiese tenido mi cuota justa de sexo y

seguro que salté en demasiadas camas para aventuras esporádicas, pero jamás falté al respeto a

ninguna de ellas. Nunca las engañé ni di falsas esperanzas, y ni mucho menos las pisoteé cuando

estaban haciendo exactamente lo mismo que yo.

Cerré la puerta con una patada y, sin darle tiempo a reaccionar ni a encender la luz, agarré a

Mia por la cintura y la levanté en el aire. De inmediato, rodeó mis caderas con sus piernas y nos giré

hasta que su espalda quedó contra la puerta. Me tragué su jadeo sorprendido y estrellé mi boca contra

la suya necesitando sentirla, amando la sensación de su pequeño y curvilíneo cuerpo envuelto a mi

alrededor. Me convertí en una insaciable bestia cuyo único objetivo era devorarla. Saborear cada

parte de ella, cada centímetro de piel a mi alcance. No éramos más que lenguas batallando por el

control, dientes raspando piel en un dulce castigo al que ambos nos entregábamos más que dispuestos

y labios ansiosos por sentir, por explorar. Mordí su labio, gimió y quise más. Necesité mucho más.

—Joder. —Se frotó contra mí con un excitado gemido que me volvió jodidamente loco y me

hizo cerrar los ojos con fuerza. Su bolso, las llaves, la chaqueta... todo quedó desparramado por el

suelo, pero me importaba una mierda. Había demasiada ropa cuando yo únicamente la quería a ella.

Tiré de su jersey y ella, muy presta, levantó los brazos para ayudarme a deshacernos de él. Ahuequé

su nuca enredando mis dedos en su cabello mientras mi otra mano vagaba

libremente, complacida, al

sentir por fin su cálida piel. Apreté su pecho y lo liberé para, acto seguido, succionar con fuerza el

pezón.

—Oh, Dios... —gimió. Dejó caer la cabeza hacia atrás y un ruido seco resonó al golpear la

puerta con ella—. Oh, Dios mío.

—Dios no tiene nada que ver aquí. —Lo liberé únicamente el tiempo justo para hablar—. Solo

soy yo.

Dejó escapar una risita —aunque yo hablaba totalmente en serio— que se convirtió en gemido

cuando volví al ataque. Liberé el otro pecho en mi afán por prodigarles a ambos la misma atención y

ella arqueó la espalda en un silencioso ofrecimiento. Pero no era suficiente y de ninguna manera

podría deshacerme de los malditos pantalones en aquella posición. Además, la cama nos llamaba a

gritos porque tras tantos días de sequía, de contenernos a causa de los niños y de la total falta de

intimidad, me negaba en rotundo a un polvo rápido contra la puerta. Eso vendría después. Y

probablemente en la cocina. En la ducha. De hecho, cualquier superficie me parecería bien siempre y

cuando Mia fuese la ofrenda en aquella especie de ritual de apareamiento que

mi mente no paraba de

dilatar de cualquier manera posible. Pero primero quería disfrutarla.  
Necesitaba tomarme mi dulce

tiempo con ella, sin prisas, sin miedo a ser sorprendidos. Solo nosotros.

—Ethan, por favor...

—Cama. —Por mucho que me gustase, no era necesario que volviera a rogar  
pues yo me

encontraba tan ansioso como ella—. Ahora.

—Sí —murmuró de forma apenas ininteligible—. Cama.

Volvimos a besarnos como si estuviésemos poseídos, sin romper el contacto  
entre nuestros

labios o cuerpos, nos giré y me encaminé decidido hacia el dormitorio. Puede  
que de algún modo así

fuera y hubiésemos entrado en alguna especie de frenesí inducido por la falta  
de sexo y contacto

íntimo. No mentiré, era alentador saber que ella se sentía tan ansiosa como  
yo, pero en esos últimos

días me di cuenta de que no era tanto el sexo en sí lo que necesitaba, sino la  
intimidad que todo lo

demás conllevaba. Casi me sentí celoso de los chicos y, joder, era absurdo e  
incluso estuve a punto

de decirle a Luke que me diese un puñetazo a ver si de esa forma espabilaba.  
Pero el problema era

que ahora que había descubierto una forma nueva de compartir, de vivir y de  
experimentar con una

mujer, con Mia, me costaba mucho asumir que sus atenciones se encontraban divididas. Pueril, lo sé.

Soy lo suficientemente hombre como para admitirlo.

—¡No! —gritó, al tiempo que plantaba sus pequeñas manos en mi pecho con la suficiente fuerza

para hacerlas parecer látigos. Joder, a punto estuve de dejarla caer al suelo ante su repentino

arrebato—. ¡A la cama no! ¡Retrocede, retrocede!

—¿Qué? —¿Se había vuelto jodidamente loca?

—Ethan, no podemos ir a la cama —susurró mirándome a los ojos. La plateada luz de la calle

que entraba por la ventana incidía en su rostro haciéndola parecer un ángel. Me centré en lo que

acababa de decir y apreté el agarre en su culo.

—Y un infierno que no podemos —repliqué. Quería llevarla a la cama. A mi cama.

Me palmeó los hombros y comenzó a retorcerse como una culebra de modo que, para nada

contento con el giro de los acontecimientos, finalmente la liberé y la dejé en el suelo con suavidad.

Arqueó una ceja y se cruzó de brazos, lo cual nunca era una buena señal.

—No, no podemos —repitió con terquedad.

—Pues explícame por qué demon... —Me pasaba la mano por el pelo, frustrado y excitado,

necesitando desabrocharme de una maldita vez los pantalones, cuando sus siguientes palabras

hicieron que me detuviera a medio movimiento.

—¿Acaso has olvidado ya cómo nos conocimos? —Me miraba a los ojos. Retrocedí en el

tiempo a aquella noche; una en la que decidí salir solo porque sí, por aburrimiento, para encontrar a

alguien con quien pasar un buen rato y acabé con mucho más de lo que jamás imaginé. Abrí la boca

para responder, pero me interrumpió—. No me refiero al club —dijo, como si me hubiese leído la

mente—. Hablo de después de eso. —Se acercó un paso más—. Cuando Jen y yo subimos porque...

porque no podíamos dormir con el... ruido. —Sacudió la cabeza—. Me niego a traumatizar a esos

chicos con una maratón de sexo desenfrenado.

—Joder —murmuré al recordar la situación a la que se refería.

—Eso pretendo. —Sonrió, pero le faltaba el brillo que normalmente acompañaba aquel gesto.

Por primera vez, me sentí avergonzado. Después de perder de vista a Mia en el club, me cabreé,

para qué negarlo. Me gustó ella, su sabor, la inocencia que desprendía y el beso que compartimos me

encendió dejándome deseoso de más. De modo que, cuando no conseguí dar con ella, me largué y,

¿qué hice? Recurrí a la persona que jamás se negaba a mis necesidades, a aquella que siempre estaba

más que dispuesta. Vivian.

Tenía la disculpa en la punta de la lengua, quería borrar de algún modo aquel violento

encontronazo en el que descubrí que la chica escurridiza del club era en realidad mi vecina. Pero no

podía retroceder en el tiempo, no podía deshacer aquel nudo, ni borrar lo que sabía que la dañaba.

Las cosas eran lo que eran. Aquella opresión en el pecho y la extraña necesidad de justificarme

cuando jamás di explicaciones acerca de mis relaciones a nadie eran solo otro indicativo más de lo

diferentes que eran las cosas desde que Mia se instaló en mi vida, en mi corazón y en mi mente. Se

adueñó de todo sin ni siquiera intentarlo y puede que eso fuese una de las cosas que más me

acojonaba.

—Lo siento. —La abracé, cerré los ojos y besé la cima de su cabeza aspirando aquel dulce

aroma a jazmín.

—Ya te lo dije —respondió con voz amortiguada al tener los labios pegados a mi pecho—, te

quiero. Con luces y sombras, con o sin pasado. —Se separó lo suficiente como para mirarme a los

ojos—. Te quiero a ti y no importa lo que ocurriese antes, solo te pido que no me hagas daño. No

seas como él. Si tú me hicieras lo mismo, creo que no podría superarlo.

Apreté los dientes. Sabía que no me estaba comparando con Peter y puede que fuese

considerado un cabrón por algunas mujeres, pero jamás la engañaría. No a ella y seguro como el

infierno que no así, en nuestra casa o nuestra cama. Quería devolverle las palabras, decirle que la

quería, pero por algún desconocido motivo no salían, no podía dar voz a algo que ya sabía desde

algún tiempo atrás. Lo sentía, en el fondo era consciente de que estaba profunda e irremediabilmente

enamorado de ella, pero no conseguía expresarlo. Al menos, no como ella esperaba, de forma que

traté de hacerlo del único modo que conocía. Ahuequé su rostro entre mis manos y, mientras con los

pulgares acariciaba sus mejillas, por un instante me permití perderme en aquellos dulces ojos del

color de la miel. Siempre, desde el mismo instante en el que nos conocimos, fuimos capaces de

comunicarnos sin necesidad de palabras y esperaba que aquella ocasión no fuese distinta. Traté de

transmitirle con la mirada el profundo amor, respeto y admiración que sentía hacia ella. Dejó escapar

un tembloroso suspiro y aproveché la oportunidad para sumergirme en ella,

en sus labios, en su

aroma y en su sabor. Todo junto. Porque había tanto de ella que, joder, me abrumaba. Era diferente.

Intenso. Era Mia.

Aparqué a un lado la urgencia que momentos antes me guiaba y me entregué a ella y a aquel

beso del modo que mi corazón exigía. Nuestras lenguas ya no batallaban, sino que se acariciaban con

ternura, sin prisas, transmitiendo todo lo necesario para hacerle saber que no solo estaba ahí, sino

que era suyo. Era difícil no dejarme llevar por la pasión y arrancarle el resto de la ropa para, como

un neandertal, cargarla al hombro y llevarla al dormitorio. Eso era lo que mi cuerpo exigía que

hiciera. La deseaba, tanto, que dolía. Pero, ya que no era muy hábil con las palabras o, más bien,

expresando en voz alta lo que sentía, me prometí que se lo diría con mi cuerpo. Adorándola del modo

en que ella se merecía.

Fui dejando una estela de besos por su piel desnuda hasta quedar de rodillas ante ella, literal y

figuradamente, pues, tanto si era consciente de ello como si no, me tenía rendido a sus pies. Coloqué

las manos a cada lado de sus caderas y hundí la nariz en su ombligo; aspiré su aroma una vez más y

tracé con la lengua un húmedo camino de lado a lado de su cintura justo antes de desabrocharle los

pantalones. Ella enredó los dedos en mi pelo y disfruté la sensación de sus uñas raspando mi cuero

cabelludo. Me tomé mi tiempo despojándola de las botas y del resto de ropa continuando con mi

anterior ritual de besos y caricias. Cuando miré hacia arriba, la imagen que encontré estuvo a punto

de tumbarme. Mia tenía la cabeza hacia atrás, su piel oliva resplandecía bajo el tenue baño de luz

plateada que se colaba por la ventana y su pecho se elevaba y caía movido por su acelerada y

excitada respiración. Sonreí, me levanté y, mientras volvía a apoderarme de aquellos dulces labios,

me deshice del sujetador dejándola completamente desnuda. Con reticencia, rompí el beso el tiempo

justo para hacer lo propio con mi ropa, esta vez sin tanta ceremonia. Se trataba de ella. Aquello era

por y para Mia, aunque, por supuesto, lo disfrutaría tanto como ella.

Ahuequé su nuca y anclé mi otra mano en su cintura antes de atraerla hacia mí para otro

profundo e intenso beso. Me tragué su jadeo y la guie hasta el sofá donde, una vez que sus piernas

chocaron contra el cojín, se dejó caer tal como quería que hiciese. Me incliné para que nuestros

rostros quedasen a la par, apoyé mi frente contra la suya y ella respondió

rozando nuestras narices en

una dulce caricia mientras liberaba una respiración temblorosa.

«Te quiero», pensé cerrando con fuerza los ojos.

—Te quiero —susurró ella antes de enroscar las manos en mi cabello.

Me enojé conmigo mismo por no ser capaz de responder de la forma en que sabía que ella

anhelaba. Me molestó estar tan atrofiado en ese sentido, independientemente de si sentía por ella lo

mismo o no. Que lo hacía, a nadie ayudaba negar la evidencia. De modo que una vez más le respondí

del único modo en que sabía, con la certeza de que ella me entendería y como siempre hacía, se

mostraría comprensiva.

Aquella noche la adoré. Acaricié, besé, palpé y lamí cada valle, elevación y curva de su

cuerpo. No hubo una parte de ella que quedase desatendida. Primero lo hice con mis manos, labios,

lengua y dientes... cualquier cosa que me garantizase más de esos gemidos excitados, desesperados y

satisfechos que salían de su boca. Después lo hice con mi cuerpo; cada parte de mí estuvo a su

disposición. No importaba si lo hacíamos en la sala de estar, la ducha o, demonios, en el mismísimo

infierno, porque con ella todo era diferente. Nuevo. Más. Más intenso, más profundo y más

significativo que cualquier otra cosa que hubiera existido en mi vida.

Fue solo cuando ya nos encontrábamos satisfechos, saciados y agotados que hicimos uso de la

cama y no del modo en el que había imaginado esa noche. Cerré los ojos con los brazos envueltos a

su alrededor, proporcionándole calor, protección y seguridad.

Y fue ahí, en ese preciso momento, cuando sentí la necesidad de compartir con ella algo que,

incluso si aún no era consciente de ello, formaba tanto parte de mi vida como de la suya. Puede que

por el miedo a ser juzgado por ella, me resultaba más fácil contarle ciertas cosas si no me miraba a

los ojos, de modo que con su pequeño cuerpo pegado al mío, comencé a hablar.

—Tu padre me salvó la vida. —Se quedó muy quieta y, antes de que preguntase, continué—.

Fueron a casa a avisarme de que habían encontrado el cuerpo de Mike, ni siquiera había llegado la

policía cuando lo vi, de hecho, gracias a que tardaron en personarse allí, tengo su pulsera. De otro

modo puede que no hubiese podido rescatar nada de él. —Suspiré y cerré los ojos—. No tengo ni

puta idea de lo que ocurrió, pero alguien me señaló como el culpable, así que me detuvieron.

Intentó girarse entre mis brazos, pero apreté mi agarre para permanecer en la misma postura.

—Pero si estabas...

—Convaleciente, lo sé —atajé—. En cierto modo fue mi culpa, pero era imposible que en mi

estado le hubiese hecho aquello —gruñí cuando los recuerdos me asaltaron—. Era mi hermano,

joder. Una de las personas más importantes de mi vida y habría destrozado a quienquiera que le

hubiese puesto la mano encima.

Besé su hombro cuando entrelazó nuestros dedos en torno a su cintura.

»La cuestión es que tu padre fue uno de los agentes que acudió a la llamada. —Sonreí al

recordar lo que hizo—. Le dijo al agente que me esposó que si además de imbécil era un puñetero

ciego incapaz de ver más allá de su jodida nariz.

—Suenas como mi padre. —Rio ella entre dientes.

—Fue increíble. —Sacudí la cabeza—. Él ya me conocía, me habían detenido alguna vez por

hurtos menores y siempre tenían que liberarme. Aun así, fue la primera vez que, a pesar de todo,

alguien me defendía de aquella manera y jamás podré pagárselo.

—Hizo lo que supo que era justo.

Hizo mucho más que eso.

—Tu padre me salvó la vida, Mia —aclaré—. No solo dio con los culpables del asesinato de

Mike, sino que me tomó bajo su ala y me guio. Me defendió y me dio una oportunidad cuando nadie

daba una mierda por mí, cuando el resto del mundo esperaba a que cayese de un momento a otro. Fue

entonces cuando conocí a Terry y a tu hermano. Nos hicimos amigos y lo demás es historia. Acabé

queriendo ser como el mejor hombre al que había conocido en mi vida y me convertí en aquello

contra lo que luchaba cuando me uní a la gente equivocada. Agradezco cada día a quien puso a tu

padre en mi camino porque no solo me salvó, sino que te trajo a mí.

No fue hasta entonces, que la permití girarse y en sus ojos no había juicio ni crítica alguna. Al

contrario, incluso en la oscuridad de la habitación pude ver el brillo del respeto, el amor y la

admiración. Quizás no lo merecía, pero, de momento, durante el tiempo que ella albergase esos

sentimientos hacia mí, los disfrutaría. Me aferraría a ellos.

No se dijo palabra alguna. Solo me besó con suavidad en los labios antes de apoyar su rostro

sobre mi pecho y suspirar satisfecha.

Cuando desperté, lo hice respirando aquel embriagador aroma que se había vuelto mi droga

particular y con su pequeño cuerpo envuelto alrededor del mío, como si ella de alguna forma quisiera

ofrecerme la misma sensación de seguridad.

Cuando desperté, lo hice junto a la persona más importante de mi vida.

## Capítulo 29

Había algo diferente en él.

No sabría muy bien explicar el qué exactamente, pero no tenía la menor duda de que algo

cambió en Ethan desde la noche que dormimos en su apartamento. Él no era un hombre muy dado a

las muestras de afecto y esto no es una crítica, lo conocía y estaba bien con ello, de modo que jamás

pretendí convertirlo en alguien que no era. Sí, me besaba y acariciaba, pero siempre había un tono

más pasional que romántico en dichas interacciones. Sin embargo, los tres últimos días lo sorprendía

mirándome con una intensidad tal, que casi conseguía hacer que me ruborizase; aprovechaba cada

oportunidad para robarme un beso, una caricia, un roce de manos... era como si no pudiera evitar el

contacto mientras estuviésemos compartiendo espacio, sin importar que los chicos fuesen testigos de

ello o no.

Mis labios se curvaron al recordar cómo la otra noche, en un intento de imitar nuestra postura,

la pequeña Sadie se acurrucó contra él en el sofá viéndose diminuta rodeada por su gran brazo.

—Llevas tres días con esa sonrisa bobalicona. —Jen me estudió con los ojos entrecerrados

mientras mordía ruidosamente una zanahoria—. Ese hombre debe ser un dios en la cama si consigue

mantenerte en ese estado permanentemente.

De hecho, no volvimos a tener sexo desde esa noche y, aunque me sentía satisfecha y plena con

el giro que parecía haber tomado nuestra relación hacia algo más profundo y significativo, la

abstinencia comenzaba a hacer estragos en mí. Pero eso era lo que él me provocaba.

—¿Dios está en tu cama? —La inocente y perturbadora pregunta provino de Sadie, que miraba

entre nosotras con los ojos abiertos por la sorpresa.

Reprendí a Jen con la mirada antes de responder.

—No, cariño. —Me incliné sobre la barra—. Lo que quiere decir es... es...

—Que Dios está con nosotros —interrumpió ella señalando a nuestro alrededor con la

zanahoria.

La pequeña frunció el ceño sin verse convencida con la respuesta.

—Pero has dicho que está en su cama —replicó observando a mi amiga—. Yo duermo ahí todas

las noches y no lo he visto. —Se reclinó hacia atrás en el taburete y levantó la voz—. Ben, ¿tú lo has

visto?

El chico, que esbozaba algunos dibujos en su cuaderno, soltó una carcajada sin levantar la vista.

—No, enana, no lo he visto —respondió divertido—. De todas formas, es mejor que sean ellas

quienes te lo expliquen. —Aunque bajó el tono de voz, no me perdí sus siguientes palabras—. De

ninguna jodida manera pienso entrar en esa conversación.

—¡Ben!

Levantó las manos a modo de rendición y se mantuvo en silencio, aunque sus hombros

temblaban al reprimir la risa. Afortunadamente, Sadie no nos consideraba lo suficientemente

interesantes y volvió a su libro de colorear. Suspiré agradecida y le di a Jen otra zanahoria a ver si,

mientras estaba comiendo, no volvía a meter la pata delante de los chicos. Continué cortando

verduras para la cena y sabía que algo rondaba por la mente de Jen, pues no era normal que se

mantuviese en aquel extraño silencio con la mirada clavada en mí. Pasados unos minutos, no pude

soportarlo más.

—¿Qué?

—Nada. —Se encogió de hombros, pero yo la conocía mejor.

—Suéltalo, Jen —apremié sin levantar la vista.

—Es solo... —Dudó y lanzó una mirada a la niña que continuaba inmersa en su tarea. Resopló y

se inclinó hacia delante para estar más cerca de mí—. Creo que está deprimida.

Me detuve con el cuchillo en el aire y la miré.

—¿Quién está deprimida?

—¿Qué es deprimida?

Por Dios, no podía olvidar a la pequeña detective junto a nosotras.

—Significa que está un poco triste —aclaré con una sonrisa. Ella giró el rostro hacia mi amiga.

—¿Por qué estás triste? —Jen abrió la boca para responder, pero la niña levantó un dedo como

si hubiese dado con la respuesta—. ¿Es por culpa del imbécil?

Jen abrió los ojos como platos, Ben soltó una carcajada desde su posición en el sofá y yo la

reprendí con la mirada por no cuidar su lenguaje delante de los chicos. Bueno, de Sadie, porque Ben

podría competir con el mismo Mick y resultaría ganador.

—Cariño, ya te dije que esa es una mala palabra y no se dice —reñí con suavidad. Iba a

responder, pero me adelanté—. ¿Por qué no vas con Ben a ver algunos dibujos en la televisión?

Con esos nuevos planes, sonrió y, de un pequeño salto, se bajó del taburete y

se fue con su

hermano, que la acomodó junto a él. Suspiré y volví a mirar a mi amiga que se limitó a encogerse de

hombros. Le animé con la mano para que hablase ahora que teníamos una cierta intimidad.

—Ya sabes... —continuó con su explicación, pero yo no tenía la menor idea de a lo que se

refería—. Está deprimida. —Hizo un gesto exagerado con la cabeza y miró hacia abajo.

—¿Qué? —Estaba hambrienta, así que me metí un trozo de zanahoria en la boca y proseguí con

la tarea. Ella resopló molesta.

—¡Que mi vagina está deprimida, maldita sea!

Casi me atraganté al escucharla; ella me palmeó la espalda con una estúpida sonrisa en el rostro

y las siguientes palabras que escuchamos hicieron que nos quedásemos congeladas.

—Ben, ¿qué es una vagina?

Jesús, esa niña no se perdía nada.

—Eh... —Su hermano parecía querer salir corriendo.

—Luego te lo explico, nenita —la apaciguó una sonriente Jen—. Sigue con los dibujos y en otro

momento tendremos una charla de mujer a mujer, te lo prometo.

Me asustaba dicha conversación.

—¿Qué quieres decir con que tu vagina está deprimida? —inquirí en voz baja.

¿Era eso posible?

—Es que no... —Dudó y se mordió la uña del pulgar. Le di un manotazo, odiaba esa manía—.

Ya has visto a Jeremy. —Asentí—. Es decidido y fuerte y... ¡es sexy como el demonio!

Sí, físicamente era bastante atractivo, pero no quise decirle que desde el principio había algo en

él que no me gustaba. Ni yo misma sabía bien qué era.

—¿Cuál es el problema?

—El sexo —declaró, sin más.

—¿No se le da bien? —me burlé, pero no esperaba sus siguientes palabras.

—No lo sé.

—¿Qué quieres decir con que no lo sabes? —La miré sin creer lo que acababa de decir—.

Lleváis varias semanas saliendo, yo cr...

—¡Que no hemos tenido sexo aún! —espetó en voz baja—. No puedo, ¿vale?  
—Señaló,

molesta, hacia su entrepierna—. Me pasa algo ahí abajo y no puedo... no puedo hacerlo. Es solo

que... no lo sé, no puedo.

Se la veía realmente angustiada y me sentí mal por ella. Sabía cuánto le costaba expresar ciertas

emociones. Ella nunca tenía problemas en decir lo que pensaba, sin embargo, enfrentar ciertos

sentimientos para que los demás lo viesen era algo que la abrumaba, desde siempre. Lo que fuese que

le ocurría la tenía realmente acongojada. Cuando sujeté su mano entre las mías y le di un pequeño

apretón de consuelo, me miró, y pude ver que un brillo de dolor se apoderó de su hermoso rostro.

Aquello no se trataba solo de sexo y ambas lo sabíamos.

—Puede que tu cuerpo te esté diciendo lo que tu mente y corazón ya tenían más que asumido.

—¿Y eso es...? —preguntó en voz baja y temblorosa. Ella conocía la respuesta, pero aun así se

la di, sabiendo que necesitaba escucharlo de labios de alguien más.

—Que Jeremy no es el indicado. —Cogí un mechón de cabello que cubría uno de sus rasgados y

oscuros ojos, y lo metí con cariño tras su oreja—. Si quieres acostarte con él porque realmente lo

deseas, me parece perfecto, sabes que jamás te juzgaría. —Apartó la mano que sujetaba y se limpió

con furia una solitaria lágrima que recorría su mejilla—. Pero no fuerces la situación, no tengas sexo

con él porque necesitas demostrarte algo. Lo que sea que te ocurre debes resolverlo de una forma que

no te dañe ni conlleve arrepentimientos y, si no es él, el indicado llegará. Te lo aseguro.

Permaneció con la vista clavada en la barra, asimilando mis palabras y rumiando algo más que

la tenía intranquila.

—Y si... —dudó. Abrió la boca para decir algo más, pero finalmente sacudió la cabeza cuando

el sonido de la puerta al cerrarse la distrajo—. Olvídalo, no importa.

Vi a Ethan por el rabillo del ojo, escuché el emocionado chillido de Sadie, que se abalanzó

sobre él, sin embargo, mi atención permanecía en ella. Mi amiga, mi hermana.

—¿Jen?

—No te preocupes, lo resolveré. —Sacudió la mano en el aire restando importancia al asunto y

giró en el taburete, inclinó la cabeza a un lado y se embebió de la vista que teníamos frente a

nosotras.

—Ahora, ese es un buen trasero que no me importaría probar.

Sabía que solo pretendía provocarme, así que reí y la golpeé en el hombro.

—Puedes mirar cuanto quieras —me acerqué y susurré para que solo ella me escuchase—,

porque ese trasero es todo mío.

—Cabrona afortunada —refunfuñó, pero sabía cuánto se alegraba por mí.

Seguí con la cena y momentos después, lo sentí a mi espalda. Me enjauló entre sus brazos y la

barra de la cocina, de espaldas a Jen y los chicos, acarició mi cuello con la nariz, con el más leve

roce, haciendo que cada vello de mi cuerpo se erizase y un escalofrío me recorriera de pies a cabeza.

—Hola —murmuró con los labios pegados a mi piel.

—Hola —musité con apenas un hilo de voz.

—Mmm... huele delicioso.

—Sí, es... —Comenzó a mordisquear mi cuello de forma sensual y me aclaré la garganta—. Es

un salteado de verduras y pollo con... con soja y...

—Suenan bien, pero yo me refería a ti, cariño. —Acompañó sus palabras con un movimiento de

caderas, haciéndome ser más que consciente de lo excitado que estaba.

Jesús.

Jen estaba tras nosotros, sin duda, disfrutando del espectáculo, y los chicos...

—Ethan... —protesté sin convicción.

—Necesito tu ayuda con algo.

Se enderezó, me cogió de la mano y me giró para encararlo. Me perdí en aquellos ojos que

refulgían de deseo, en su mandíbula cuadrada sin afeitado y en el hoyuelo que apareció en su mejilla

izquierda a causa de aquella medio sonrisa canalla que me volvía loca. Conocía sus intenciones.

Quería ir con él... ¡Dios, cómo quería! Sin embargo...

—Pero estoy... —dudé—. ¿Ahora?

—Sí, ahora —respondió tajante.

—¡Yo me ocupo! —canturreó Jen. Llegó a nuestro lado, me palmeó el trasero con fuerza y

prácticamente nos echó de la cocina—. Y tranquila, de los chicos también, por supuesto. —Eso era

lo que más me preocupaba. Me guiñó un ojo con picardía.

—Jen, sabes que te adoro, pero, por el amor de Dios —dirigí la mirada hacia los niños—, ten

cuidado con lo que les dices.

Ella, lejos de ofenderse, sonrió aún más.

—Sí, sí, sí. —Hizo aspavientos con las manos y nos echó—. ¡Adelante *woodpecker!* ¡Mantén el

listón bien alto! —animó cuando estábamos casi en el rellano y me tapé el rostro mortificada. No

quería ni pensar en lo que podría pasar por la mente de Ben en ese momento. Acabábamos de cerrar

la puerta cuando su jovial voz hizo que nos detuviéramos un segundo.

—Muy bien, chicos, ¿quién quiere fiesta con la tía Jen?

No, mejor no pensar en eso.

Ethan me llevó prácticamente a rastras hasta su apartamento y, una vez dentro, cerró de un

puntapié y no perdió el tiempo antes de lanzarse y devorar mis labios.  
Gustosa, le di la bienvenida a

su asalto, necesítándolo tanto como él a mí. Nuestras aceleradas respiraciones resonaban con fuerza

en la silenciosa estancia, tan solo interrumpidas por el sonido de nuestros pies al arrastrarse por el

suelo con pasos torpes y atropellados, el de la hebilla de su cinturón al abrirse y el de mis gemidos

provocados por el deseo de sentirlo en mi interior de una vez por todas.

Fue un beso feroz, que hablaba de pasión, conexión y necesidad. Una vez más, cuando sentí su

lengua deslizarse entre mis labios, Ethan reclamaba cada parte de mi ser para sí y yo, más que feliz,

me entregaba a él sin desconfianza ni recelo. Lo hacía segura, tranquila al saberme correspondida,

aunque las palabras que tanto anhelaba escuchar aún no habían abandonado sus labios. Lo hacía con

la certeza de que jamás podría sentirme con alguien más como lo hacía con él. Me entregaba porque

sí, porque no conocía otra forma de amar. Comenzó a moverse sin romper en ningún momento nuestra

conexión y yo, a ciegas, me dejé guiar hasta que mi trasero topó con una superficie dura, una mesa.

Su erección se clavaba en mi bajo vientre y creí volverme loca si no lo tenía en mi interior lo antes

posible; jamás ningún hombre me hizo sentir de aquella forma en la que la

excitación, el amor, la

pasión y la confianza armonizaban de tal forma, con tanta naturalidad, que no podía concebir la una

sin las otras. Todas convergiendo en la más perfecta comunión.

—Te necesito —murmuró con voz ronca. Besó y mordió la piel entre mi cuello y mi hombro

mientras sus manos amasaban mis pechos con rudeza. Me contoneé contra él buscando más y un

necesitado murmullo escapó de mis labios—. Dios, cómo te necesito.

De repente, me giró y me inclinó hacia delante hasta que mis pechos quedaron aplastados contra

la fría y dura superficie de la mesa. Gemí cuando, con ansia, bajó mis pantalones y mi ropa interior

dejando mi trasero expuesto, lo cual pareció encenderlo aún más si es que eso era posible. Poco

después lo sentí presionar contra mi húmeda entrada y me eché hacia atrás instándolo a que se

moviera de una buena vez por todas. Me detuvo colocando las manos en mis caderas, haciéndome

consciente de quién tenía el control; arrastró las manos hacia arriba, acariciando mi piel al tiempo

que se deshacía del jersey hasta sacarlo por mi cabeza, mientras, continuaba con su intrusión con una

lentitud que me resultaba casi dolorosa. Se deshizo del sujetador con una maestría en la que prefería

no pensar. Ambos emitimos un quejido cuando por fin se instaló en mi interior. Estaba desnuda,

excepto por los pantalones enrollados alrededor de mis tobillos, de modo que cuando lo sentí

presionar contra mi espalda con la camiseta aún puesta, esa pequeña sensación de vulnerabilidad que

me embargó quedó relegada al olvido y fue reemplazada por una de seguridad y abrigo cuando sus

manos descendieron en una caricia desde mis hombros hasta enlazar nuestros dedos a ambos lados de

mi cabeza. Lo sentía por todas partes, dentro de mí, a mi alrededor, protegiéndome, guardándome...

adorándome.

Con una indescriptible dulzura, me besó en la nuca y sentí cómo aspiraba con fuerza justo antes

de salir de mí, para comenzar a embestir con dureza, arrancándonos a ambos gemidos del más puro y

maravilloso éxtasis.

—Mia... —Su voz sonó ronca y forzada mientras continuaba con el implacable asalto a mi

cuerpo—. Joder, te... —Calló y gruñó. Sentí su cálido aliento acariciando mi mejilla—. Eres todo...

todo, maldita sea.

Alcé un poco el rostro y, cuando musité un «te amo» proveniente de lo más profundo de mi

corazón, con una mano sujetó mi mejilla y asaltó mi boca con la misma implacabilidad que prodigaba

a mi cuerpo. Las embestidas se tornaron casi frenéticas y no estoy segura de cuánto tiempo pasó, pero

no mucho después me deshice en un orgasmo que me dejó extenuada y a merced de un enardecido

Ethan que parecía no tener suficiente. Lo sentía como si quisiera llegar al orgasmo y al mismo tiempo

estuviera tratando de detenerlo, de alargar en el tiempo aquella maravillosa conexión entre nosotros.

Se incorporó y el aire golpeó la sudorosa piel de mi espalda al tiempo que él sujetaba mis caderas,

clavando con fuerza los dedos en mi sensibilizada piel para, instantes después, dejarse ir dentro de

mí con un gruñido de satisfacción.

Me envolvió con su cuerpo, enlazando de nuevo nuestras manos y escondió el rostro en el hueco

de mi cuello. Solo era consciente de él, de nuestras respiraciones aceleradas, del rítmico golpeteo de

su corazón contra mi espalda, de su cuerpo guardándome del resto del mundo. A pesar de que me

sentía feliz por el mero hecho de estar con él, tenía la sensación de que tras aquel encuentro había

algo más que la necesidad de estar juntos. Me besó y salió de mi interior arrancándome un pequeño

quejido de protesta; percibí su sonrisa mientras depositaba un tierno beso en

mi espalda y, todavía en

la misma posición, lo vi caminar por la estancia.

—Vuelvo enseguida.

Murmuré algo en acuerdo y sintiéndome aún algo temblorosa, me incorporé.  
Escuché su teléfono

cuando comenzó a sonar e, incapaz de ubicarlo, miré a mi alrededor. Ni  
siquiera me di cuenta de

cómo o cuándo ocurrió, pero su chaqueta estaba hecha un montón en el suelo  
y al no ver señales del

aparato, supuse que el sonido provenía de ahí. Me disponía a subirme los  
pantalones para acercarme

y recogerlo, cuando reapareció ya compuesto, como si momentos antes no  
hubiésemos compartido un

sexo increíble y traía en la mano una pequeña toalla.

—Espera un momento —murmuró. Se arrodilló ante mí y, con una  
delicadeza que pocos

asociarían con él, se entregó a la tarea de limpiar los restos de su esencia que  
ahora resbalaba por

entre mis muslos. Cerré los ojos y pasé ambas manos por su cabello, dejando  
que los sedosos y

oscuros mechones resbalasen entre mis dedos, disfrutando de su tacto, de su  
contacto, de aquel

extraño ritual postsexo que, lejos de resultar incómodo, suponía otra pequeña  
y preciosa muestra de

intimidad.

Abrí de golpe los ojos cuando el estridente sonido del teléfono rompió el silencio.

—Deberías responder, es la segunda vez que te llaman.

—Estoy con algo importante entre manos. —Me sujetó por las caderas y besó mi monte de

venus. Suspiré temblorosa. Ascendió, apoyó el rostro en mi vientre y envolvió los brazos con fuerza

en torno a mi cintura. No sabía qué, pero estaba segura de que algo ocurría.

—Ethan, ¿estás b...? —El teléfono volvió a sonar, pero él no pareció inmutarse—. Cariño,

podría ser importante, están siendo bastante insistentes.

Gruñó, reí con suavidad y me incliné para besar la cima de su cabeza. Yo tampoco quería que el

momento acabase, de hecho, tenía intención de hablar con él para averiguar qué era aquello que

parecía molestarlo de alguna manera, sin embargo, quienquiera que lo estuviese llamando lo hacía

con la suficiente insistencia como para no poder ignorarlo. Me di cuenta de que había dejado mi

teléfono en casa y de inmediato me preocupé pensando que algo podría haber sucedido a alguien de

mi familia, mis padres... Lucas. Me aparté de Ethan, re Coloqué mi ropa y me abalancé sobre la

chaqueta palpando en busca del teléfono. Él no dijo una palabra, pero lo sentí colocarse a mi

espalda. Por fin, di con el dichoso aparato en uno de los bolsillos interiores.

Esperaba ver muchos nombres reflejados en el identificador de llamadas: el de mi hermano,

Terry, Tucker, su capitán o cualquier otro compañero de trabajo, no sé, cualquier cosa, cualquier

persona. Lo que desde luego no se me pasó en ningún instante por la cabeza, era ver destellando el

nombre de Vivian en la pantalla. Aún en el suelo, me senté con pesadez sobre mis talones con la

mirada clavada en el teléfono, como si se tratase de algún extraño objeto que no lograba identificar,

como si esa mujer pudiera salir de él en cualquier momento. No estaba segura de si quería estrellarlo

contra el suelo o devolverlo a su sitio, como si aquella interrupción nunca hubiera sucedido en

primer lugar.

—Mia —llamó, aunque sonó más a pregunta.

El silencio volvió a instalarse entre nosotros cuando la llamada se cortó. Quería hablar, decir

algo, lo que fuese; quizás exigir una explicación, algo que me tranquilizase y que resultara tan lógico

como convincente. Algo que pudiese apaciguarme y acabar con la inquietud que de forma repentina

se apoderó de mí.

En ese momento me di cuenta de algo que muchas veces obviamos a pesar de

que, de algún

modo, en el fondo somos conscientes de ello. Los seres humanos somos naturalmente inseguros. No

importa que tengas un físico imponente capaz de detener el tráfico, da igual que goces de una

magnífica posición social o de una mente privilegiada. Puesto que la perfección no existe, todos

tenemos alguna carencia, ya sea en el plano físico, emocional o intelectual, algo que tratamos de

contrarrestar o maquillar resaltando aquello de lo que sí nos sentimos seguros. Puedes decirte a ti

mismo que te sientes bien, que conoces tu valía y que quien no pueda apreciarlo, mejor que

permanezca alejado; repítete ese mantra hasta la saciedad y dondequiera que vayas, hazlo con la

espalda recta y la cabeza en alto, sin embargo, es en momentos como este cuando las dudas emergen.

Es aquí cuando te asaltan los por qué. ¿Por qué lo llama? ¿Por qué con tanta insistencia? ¿Sigue

viéndola? ¿Soy suficiente? ¿Es esto real o lo que siento por él me ha convertido en una ciega?

Confiaba en él, quería hacerlo, Dios... ¡Necesitaba creer en él! No podía no hacerlo porque

tenía la seguridad de que lo contrario supondría la devastación más absoluta a la que hubiese hecho

frente en toda mi vida, y no estaba segura de poder reponerme de algo así.

Clavé la vista en el aparato cuando volvió a sonar. Ni siquiera sabía qué diantres estaba

ocurriendo y ya sentía un nudo en la garganta a causa de la angustia, el corazón golpeaba en mi pecho

con tal fuerza, que probablemente Ethan era capaz de escucharlo. Sin mediar palabra, sin girarme y

todavía en la misma posición en el suelo, le ofrecí el teléfono por encima de mi hombro. Lo tomó, e

incluso sin ver su rostro, percibí su duda y el ceño fruncido al que tan aficionado era.

Gruñó, espetó una maldición y un golpe seco resonó en la estancia. Me levanté y me giré para

encararlo; sintiéndome demasiado expuesta, me cubrí con el brazo, alcancé mi sujetador y mi jersey

que estaban en la mesa, a la espalda de Ethan, quien, efectivamente, emanaba tensión en oleadas.

Continué sin mirarlo y evité cualquier contacto con él mientras aún continuara desnuda de cintura

para arriba, vulnerable. Cuando pasaba el jersey por mi cabeza, por fin rompió el silencio que hasta

ese momento se mantuvo, quizás porque él trataba de evaluar mi reacción y mi estado de ánimo tras

conocer quién lo llamaba.

—Mia... —Suspiró y se pasó las manos con fuerza por el rostro y el cabello, dejándolo

deliciosamente revuelto—. No quiero que te montes alguna extraña película,

no significa nada y no

tengo ni la menor idea de por qué demonios ha llamado.

¿Qué no me montase películas? Tenía que estar de broma.

—Aún no me he montado nada —respondí con sequedad mientras terminaba de ajustar la ropa

—, sencillamente es algo que no entiendo, de modo que estoy segura de qué pensar al respecto.

Se apoyó en la mesa y cruzó los brazos, traspasándome con aquellos preciosos orbes azules.

—Te lo estoy diciendo, nena, no hay algo en qué pensar en lo que a Vivian se refiere. Solo nos

unía el sexo y hace tiempo que se terminó.

—Pues para no haberlo, es bastante insistente —murmuré por lo bajo y aparté la mirada.

Giré sorprendida hacia él, al escuchar su ronca y profunda risa. Algo tan raro como precioso

que continuaba arrancándome estremecimientos cuando ocurría.

—¿Celosa?

—No. —Incluso para mis oídos, la respuesta sonó precipitada.

Me agarró por la cintura y me atrajo hacia él sin darme apenas tiempo para reaccionar. Ahuecó

mi nuca, como siempre hacía, enredando los dedos en mi cabello y acariciándome la mejilla con el

pulgar. Sus ojos hablaban por él, y en ellos podía ver todo el amor al que aún

no había puesto voz,

también determinación y franqueza. No habría podido apartar la mirada incluso si así lo hubiese

querido.

—Sé que mi trayectoria no dice mucho a mi favor, pero todo eso está en el pasado. Esto, lo que

hay entre nosotros... —Exhaló y tensó de forma casi imperceptible los dedos en mi nuca—. Es algo

que no buscaba y ni mucho menos quería. No tengo relaciones, no me gusta la idea de estar atado a

una mujer ni tener que dar explicaciones a cada paso que doy.

—No creo qu... —Traté de apartarme, pero me retuvo y afianzó su agarre.

—Déjame acabar —exigió, anclándome al lugar con sus ojos azules—. Sin embargo, te has

convertido en todo cuanto necesito para avanzar cada día. Hasta ahora, el trabajo era mi motivación,

lo único a lo que me sentía realmente ligado. Pero, joder, has puesto todo mi maldito mundo del

revés. Has conseguido que me sienta parte de algo más importante que yo o mi deber, de algún modo,

me has dado una familia. Te has dado a mí. —Apoyó su frente contra la mía y cerró los ojos. Hice lo

mismo inhalando su aroma, sintiendo su calor, dejándome envolver por él—. Te has convertido en

todo cuanto quiero, lo único en lo que pienso, eres la luz cuanto el resto del

mundo a mi alrededor

parece estar yéndose al carajo. —Retrocedió y me miró a los ojos—. Nunca cambiaría lo que

tenemos por un polvo que me deja sintiéndome después tan vacío como antes de empezar. Eres

mucho más, eres todo. Jamás te mentiría, no nos haría eso.

Dios... se suponía que no era bueno expresando sus sentimientos, pero si aquello no era una

declaración de amor, no sabía qué más podría ser.

—Ethan... —Acaricié su rasposa mejilla. Sentía un nudo en la garganta, esta vez por una razón

completamente diferente.

—¿Me crees? —Me interrumpió necesitando confirmación. Asentí antes de rozar nuestros

labios en un dulce beso. Apenas un toque, poco más. Suficiente.

—Te creo. —Suspiré y enmarqué su rostro entre mis manos—. Te amo.

No respondió, pero no lo necesitaba. Ya había dicho suficiente. Consiguió acallar mis dudas y

temores, acabó con ese pequeño atisbo de inseguridad que, por un instante, tomó el control de mi ser.

Con el brazo firmemente envuelto en torno a mi cintura, me izó y profundizó el beso con un sexy

gruñido reverberando en su pecho. Y, gustosa, me entregué a él. Me olvidé del resto.

Porque nada más importaba.

Nada, excepto ese momento.

Nada, excepto nosotros.

## Capítulo 30

Volvía con mis chicos.

A pesar de que Ben confesó que todo cuanto dijo con respecto a nosotros y a mis supuestas

insinuaciones no eran más que fruto de un berrinche adolescente, eran temas lo suficientemente

delicados como para que la investigación siguiera su curso. Me molestaba que mi integridad fuese

puesta en tela de juicio, pero lo entendía y en cierto modo me alegraba de que ese tipo de situaciones

se tomaran con toda la seriedad y prudencia que cabe esperar de las personas que velan por el

bienestar de los chavales.

Tuve una reunión con el director Harris, quien, con pocas palabras me hizo saber que en ningún

momento dudó de mi honestidad y que se sentía feliz al tenerme de vuelta al trabajo. A pesar de que

Endelson se veía molesto a medida que los minutos pasaban y mi reincorporación se volvía una

realidad, eso no fue nada comparado con el tono remolacha que adornó su rostro cuando solicité

quedarme a solas con el director para tratar algunos temas delicados y de naturaleza más personal.

De haberse tratado de otra persona, alguien más amable, comprensivo o, sencillamente, humano, no

me habría importado que estuviera presente; no se trataba de algo que quisiera ocultar, pero sí debía

ser tratado con prudencia y tacto hasta que todo quedase resuelto. Nicola Dummond no lo dudó ni un

instante y, cuando se lo pedí, cogió el asunto en sus manos, pues nos conocíamos desde hacía tiempo,

en alguna ocasión colaboramos juntas en algún proyecto y la admiración era mutua. Aunque ella

misma supervisaba la trayectoria de los chicos que salían de su hogar para ser adoptados, ninguna

queríamos que los hermanos corriesen el riesgo de ser separados, menos, cuando ya había una

familia más que dispuesta a cuidar de ellos. Era muy consciente de que las posibilidades de obtener

su custodia eran más bien escasas, porque a pesar de las cartas de recomendación, era muy joven,

tendría que buscar otra casa que se adaptase a nuestras necesidades y la denuncia de Ben ante la junta

escolar no nos ayudaba en absoluto, sin importar que hubiese quedado en una falta en su expediente.

Jamás se me habría ocurrido poner a mi familia en aquella tesitura si hubiese visto alguna otra salida.

Cuando les expuse las circunstancias de los chicos y les hablé de su madre — o la ausencia de ella—,

el fallecimiento de su abuela, el riesgo a ser separados y el sentido de responsabilidad de Ben para

con su hermana, no lo dudaron ni un segundo. De hecho, se mostraron más que felices ante la

perspectiva de que formasen parte de nuestra extraña, aunque amorosa familia, y más tras haberlos

conocido aquella misma noche. Mamá de inmediato comenzó a hacer planes y papá se limitó a

sacudir la cabeza mientras la observaba con el mismo amor y ternura que recordaba desde niña. Aún

no le había dicho nada a los chicos, no quería alimentar sus esperanzas en caso de que las cosas se

torcieran por cualquier motivo, pero, con toda probabilidad, pronto estarían viviendo en el hogar de

Chuck y Alda Sullivan. Y de Antonella Moretti, por supuesto.

Conviviendo con ellos, me di cuenta del gran hombre en el que se convertiría Ben. Sabía desde

el principio que era un buen chico y, con el transcurrir de los días, aquella apreciación no hizo más

que confirmarse. Solo era un joven que, al no saber cómo gestionar su miedo, desconfianza y

sensación de abandono, enfrentaba el mundo tornándose hostil y rebelde. Era un mecanismo de

defensa, nada más. En el instante en el que le ofrecías el menor atisbo de

seguridad, confianza y

cariño, todo lo anterior desaparecía para dejar paso a alguien honesto, divertido, protector e

increíblemente talentoso y perspicaz. No tenía la menor duda de que sería una de esas personas que

marcarían la diferencia, independientemente de lo que escogiese hacer en lo referente al trabajo o los

estudios. Me preocupaba un poco el hecho de que, quizás, quisiera independizarse y hacerse cargo de

su hermana al alcanzar la mayoría de edad, pero deseaba con todas mis fuerzas que pudiera ser capaz

de ver lo que más les convenía a ambos y eso era permanecer en el seno de una buena familia

mientras ellos crecían y se labraban un futuro. Nadie trataría de deshacerse de él por el hecho de ser

considerado legalmente un adulto; aunque no me lo hubiese dicho, estaba segura de que ese era uno

de sus mayores temores.

Faltaban apenas dos semanas para las vacaciones de navidad cuando ambos, Ben y yo, nos

reincorporamos a las clases. El mismo día. No mentiré, sentía cierto desasosiego al pensar en cómo

tomarían el resto de los chicos su vuelta. Después de todo, fue el causante de mi baja temporal y,

aunque apreciaba su lealtad y cariño hacia mí, por nada del mundo consentiría que convirtieran a Ben

en el blanco de su enfado. Sentí cómo el chico que caminaba junto a mí se tensaba a medida que nos

acercábamos a clase y el sonido de las voces procedentes del interior aumentaba. Cuando nos

detuvimos ante la puerta cerrada, puse una mano en su brazo hasta que me miró.

—Todo va a estar bien —lo tranquilicé.

—Por supuesto que sí. —Se irguió y me miró como si hubiese dicho algo absurdo.

Claro que él no pensaba reconocer la inquietud que sentía. Suspiré y abrí. Tardaron unos

segundos, pero pronto se dieron cuenta de que no era Marc ni ningún otro profesor sustituto, sino yo.

Los silbidos y efusivos saludos no tardaron en llegar. ¡Dios! Se sentía bien estar de regreso, los

había extrañado. Miré hacia el pasillo, a Ben, y le insté a que entrase en el aula. Lo hizo con paso

firme, la espalda erguida, no permitiendo que en ningún momento los demás percibieran la inquietud

que sabía que sentía. Aparté la vista de él para poder observar las reacciones del resto de chicos

que, por supuesto, lo hicieron tal como esperaba. Las sonrisas fueron inmediatamente reemplazadas

por ceños fruncidos y muecas de desagrado. Algunos permanecieron en silencio escrutándolo con

mirada desafiante, algún insulto voló hacia él y diversas maldiciones

también.

—¡Silencio todos! —Tuve que levantar la voz para hacerme oír—. No pienso tolerar ese

lenguaje en mi aula, ya conocéis las normas. —Me acerqué a Ben sintiéndome protectora. Él

probablemente no lo apreciaría considerando que aquello le haría ver débil, pero no podía

importarme menos lo que tuviera que decir al respecto—. Ahora se trata de vuestro compañero y

como tal, lo trataréis con respeto.

—¿Cómo puede defenderlo después de lo que hizo? —Jonas se veía realmente molesto con la

situación.

—Cometió un error —expliqué mirándolo a los ojos—. Lo reparó y pagó por ello. Vosotros

mejor que nadie sabéis lo fácil que resulta tener un tropiezo, lo sencillo que es equivocarse cuando

no entiendes lo que sucede a tu alrededor y, también, lo complicado que es conseguir que no te miren

con reproche cuando metes la pata. —El silencio se extendió en el aula. Ellos, mejor que nadie,

entendían de lo que estaba hablando—. Todos merecemos una segunda oportunidad y no voy a

permitir que le neguéis el derecho a redimirse, del mismo modo que tampoco dejaría que os lo

arrebatasen a ninguno de vosotros.

Rafe, que hasta el momento había permanecido en silencio, miraba entre nosotros que, en ese

instante, constituíamos un frente unido de cara a ellos. Tenía el ceño fruncido mientras nos analizaba,

probablemente no muy seguro de qué ocurría, de por qué lo defendía tras lo sucedido. Además, entre

ellos siempre existió una latente rivalidad desde que pasaron a compartir espacio; ambos eran chicos

fuertes, testarudos e independientes, líderes, en cierto modo. No eran buenos siguiendo órdenes y ni

mucho menos mostrando sumisión frente a otro, pero si te entregaban su lealtad, si confiaban en ti, te

defenderían con todo cuanto tuvieran a su alcance. Es por eso por lo que fue precisamente Rafe quien

con más ardor y vehemencia enfrentó a Ben tras esparcir aquellos rumores acerca de mí. También,

supuse, esa era la razón de que permaneciese en ese estado contemplativo. El chico se levantó y

caminó hacia nosotros, lo cual provocó que Ben se tensara a mi lado, preparado para combatir

cualquier muestra de hostilidad dirigida hacia él. No sería la primera vez que se enfrentaban. Ambos

se sostuvieron la mirada sin titubear en ningún momento. La verdad, estaba preocupada, pero, por el

momento, decidí no interferir. El silencio era tan pesado y la tensión en el

aula tan espesa, que casi

podía palparla. Largos segundos pasaron sin que nadie dijera una sola palabra, ambos midiéndose,

manteniendo la mirada con alguna especie de conversación silenciosa. Finalmente, Rafe asintió antes

de que chocaran las manos con un golpe seco y me mirase con una medio sonrisa dibujada en su

joven y apuesto rostro.

—Bienvenida a clase, señorita Mia. —Sonreí con el pecho henchido de orgullo hacia ese chico

por el que no mucha gente apostaría, basándose únicamente en sus humildes orígenes. Poco sabían la

mayoría de las personas cuántas lecciones podrían aprender de jóvenes como ellos.

Tras superar aquel primer momento de tensión y una vez recibida su cálida bienvenida, el resto

del día transcurrió sin más problemas. Tan solo Endelson con su rubicundo rostro y deplorable

actitud conseguía ensombrecer un poco mi vuelta, pero no pensaba permitir que su amargura nublaste

mi jornada. Ponerme al día con Marc y el resto de los compañeros, conocer los avances de mis

chicos y cuánto me habían extrañado, compensaba todo lo demás. Por primera vez en mucho tiempo,

todo, tanto en el plano personal como en el laboral, parecía estar encauzándose de forma correcta.

Únicamente necesitábamos el informe favorable de la asistente social encargada del caso para que

Ben y Sadie pasaran a formar parte de nuestra familia; legalmente hablando, porque en el plano

sentimental no había la menor duda de que esos niños ya pertenecían al clan Sullivan. Sabía que de

un modo u otro no habría problemas para conseguirlo con la intervención de la señora Dummond en

el caso, pues era una mujer muy conocida y respetada en la comunidad dada la maravillosa labor que

desempeñaba con los niños más necesitados. No mentiré, quería a esos chicos y por algún motivo,

desde el primer instante en el que nuestros caminos se cruzaron, los sentí parte de mí, de mi presente

y de mi futuro, quería que se quedasen conmigo, ayudarlos a crecer y a encontrar su propio camino.

No sabía cómo se sentía Ethan al respecto, más allá de que estaba orgulloso por lo que intentaba

hacer por ellos y sin duda, en el caso de obtener su custodia, nuestra relación se vería afectada ya sea

que lo quisiéramos o no. Empezando por el hecho de que tendría que mudarme a otro apartamento

más grande y que, por supuesto, ya no gozaríamos de la intimidad de tiempo atrás ni probablemente

nos veríamos cada día. Pero todo sacrificio que debiera hacer merecería la pena. Suspiré al pensar

en ese incierto futuro. Me sentía ansiosa, quería saber algo ya, quería poder darles alguna buena

noticia a los chicos ya sea que se quedasen conmigo o en casa de mis padres, no importaba, sabía

que serían amados y felices.

Ben caminaba a mi lado con los auriculares puestos, incluso a distancia podía escuchar la

atronadora música rock con una meridiana claridad, sería un milagro que no destrozase sus tímpanos.

Me bajé más el gorro de lana, hacía muchísimo frío y teniendo en cuenta que ya no se trataba sólo de

mí, íbamos al instituto en mi viejo Volkswagen. Creo que Ben no sabía bien si reír o llorar cuando

vio el aparato que nos llevaría a clases. Lo vi aparcado a solo unos metros de distancia cuando mi

teléfono comenzó a sonar y, rebuscando en mi bolso, pesqué tanto el aparato como las llaves del

coche. Cuando vi el nombre en la pantalla, no daba crédito.

—Por Dios... —murmuré molesta y detuve mis pasos. Me debatía entre responder o no. Tras

nuestro último encuentro y las sospechas de Ethan con respecto a su implicación con la banda

criminal a la cual estaban investigando, no estaba segura de hasta qué punto sería contraproducente

hablar con Peter. No porque me apeteciese hacerlo, sino porque él sabía bien que la policía andaba

tras sus pasos, de modo que debía haber una buena razón para que estuviera tratando de ponerse en

contacto conmigo.

—¿Está todo bien? —Casi me había olvidado de Ben, que me observaba con el ceño fruncido.

Asentí y respondí a la llamada mientras reanudaba el paso.

—¿Qué quieres, Peter?

—¿Es esa forma de saludarme después de lo que compartimos? —Percibí la risa en su voz, lo

cual me irritó más y me hizo apretar los dientes.

—No le veo sentido a fingir cuando ambos sabemos que no tengo el más mínimo interés en

hablar contigo.

—Parece que estar con ese poli de mierda te ha vuelto tan grosera como él.

—¿Qué quieres? —repetí. No estaba dispuesta a escuchar sus insultos ni tampoco pensaba

entrar en su juego.

—Tengo entendido que ahora tienes a tu cuidado a dos lindos chicos. —Cada vello de mi

cuerpo se erizó. Me detuve y clavé la mirada en Ben. Algo debió percibir en mi expresión, porque

sus ojos marrones me miraban interrogantes mientras daba un paso hacia mí —. Tú y tus jodidas

obras de caridad, ¿de verdad crees que podrás salvarlos de lo que son? ¿De

los peligros que acechan

en cada esquina?

—¿Mia? —Ben parecía inquieto.

No quería que lo viera, pero estaba furiosa. Asustada.

—Ni siquiera tú caerías tan bajo como para amenazarlos —repliqué,  
deseando estar

entendiendo mal la situación. Sus insinuaciones—. Mantente alejado de  
nosotros.

El corazón me latía a toda velocidad cuando escuché su risa al otro lado de la  
línea. No podía

creer lo que estaba sucediendo, no podía ser cierto.

—Creo que no lo entiendes, cariño. —Escucharlo llamarme de aquel modo  
me causó repulsión

—. Intenté advertirte, traté de hacer esto con la mayor discreción posible, sin  
embargo, os gusta

complicarlo todo. —Cerré los ojos y me tragué los insultos que quería decirle  
—. Tú y esos malditos

polis, tan íntegros e incorruptibles, no podíais quedaros en vuestro lado de la  
línea. —Elevó la voz a

un furioso gruñido. Ni siquiera lo reconocía—. Tenían que seguir metiendo  
las narices en nuestros

asuntos, pues bien, debes saber que lo que ocurra de aquí en adelante se  
escapa a mi control.

—¿Qué quieres decir con eso? —Seguro que no quería oír la respuesta, sin  
embargo, lo

necesitaba.

—Exactamente lo que estás escuchando. —Rio—. Aunque no me guste reconocerlo, yo solo soy

un eslabón más en la cadena, no doy las órdenes, ese no es mi cometido, al menos, no del todo.

Pretendéis saberlo todo, os empeñáis en complicar las cosas, pues bien, ahora tendréis que hacer

frente a las consecuencias de haber hecho enfadar a las personas equivocadas.

—Mia... —me urgió Ben.

—Peter, espera... —La línea quedó en silencio. Uno que hizo que helados dedos de temor se

enroscasen en cada parte de mi ser.

—Mia. —Cuando lo miré, Ben emanaba tensión a raudales y tenía la vista clavada en el otro

lado de la calle donde tres hombres nos observaban con ladinas sonrisas que no presagiaban nada

bueno. Eso y su aspecto. Probablemente también tomé como indicación el bate de beisbol que uno de

ellos balanceaba de lado a lado—. Son miembros del CSG.

—Entra en el coche, Ben. —Estábamos a apenas cinco metros del vehículo, podríamos

ponernos a salvo antes de que nos dieran alcance.

—No, vienen a por mí.

—No es momento para hacerse el valiente —gruñí. Estaba aterrorizada—.

Entra en el maldito

coche de una vez, esto no se trata de ti.

Nos pusimos en movimiento, pero desgraciadamente ellos también. Corrí para abrir la puerta,

pero la maldita cerradura estaba atascada, como siempre. No tenía tiempo para eso, no podía no

abrirse, necesitábamos salir pitando de allí. Chillé cuando uno de ellos me agarró por detrás y me izó

en el aire. Intenté patearlo, pero era más rápido y, sin duda, mucho más fuerte.

—¿Qué tenemos aquí? —ronroneó. Quise deshacerme de su agarre, pero solo conseguí que sus

brazos se apretasen en torno a mí hasta el punto de dejarme sin respiración—. ¿Te estás follando a

esta gatita, Lee?

—Habéis cabreado a las personas equivocadas, imbécil —espetó uno de los otros dos, mientras

lo acechaba.

—¡Suéltala, hijo de puta! —Ben trató de llegar hasta mí, pero se lo impidieron y lo golpearon

en el estómago haciendo que se doblara por la mitad. Se irguió y el siguiente golpe fue directo a su

rostro. Peleó, no se amilanó en ningún momento, pero eran dos contra uno y las probabilidades de

salir ileso eran nulas.

—¡No! ¡Ben, no! —Me sacudí con más fuerza, pero era en vano—. ¡Dejadlo en paz! ¡Suéltame,

maldita sea!

Lágrimas de desesperación e impotencia nublaron mi visión al ser testigo de cómo lo

golpeaban. Sin piedad, sin dudar. Eran soldados en el cumplimiento del deber y además disfrutaban

enormemente de ello. Pero él no se rendía, no se acobardaba, se defendía y seguía tratando de llegar

hasta mí. De repente, alguien más entró en la pelea y, gracias a Dios, lo hacía para ayudarnos.

Rafe.

Sentí alivio al saber que la pelea estaría un poco más igualada y un profundo temor por que otro

de mis chicos resultase herido. No se trataba de cualquier trifulca callejera, aquello era un aviso, una

pequeña muestra de poder. Querían hacernos saber no solo que estaban furiosos, sino que iban tras

nosotros por algo en lo que ni siquiera estábamos involucrados, no de forma directa.

El tipo que me sujetaba me liberó y caí al suelo golpeándome con fuerza contra el asfalto, pero

estaba tan centrada en lo que ocurría frente a mí, que apenas lo sentí. Jamás olvidaré el sonido de

carne golpeando carne, los gruñidos de dolor, los insultos y maldiciones, los pequeños regueros de

sangre que ahora corrían por el rostro de mis chicos. De ninguna manera me mantendría al margen,

eran míos para cuidar, míos para proteger y no me quedaría sentada viendo cómo peleaban por sus

vidas. Y por la mía.

Desesperada, miré a mi alrededor y vi que en algún momento el bate quedó olvidado en el

suelo. Con piernas temblorosas me levanté y lo cogí. Tenía que hacer algo, pero por otro lado me

aterrorizaba golpear a la persona equivocada. Segundos después, uno de aquellos tipos estaba a mi

alcance y era un blanco claro. Balanceé el bate y con toda la fuerza que fui capaz de reunir, lo golpeé

en la espalda haciendo que se arqueara y emitiera un grito de dolor.

—¡Hija de perra! —Giró hacia mí y unos furiosos ojos negros me miraron—. ¡Te vas a

arrepentir de esto, zorra!

Se abalanzó sobre mí y volví a golpear, aunque esta vez solo conseguí darle en el hombro

debido al mal ángulo y a que se encontraba demasiado cerca. Me golpeó en el estómago y me agarró

con fuerza del pelo arrancándome un quejido de dolor. Gracias al cielo, comenzaron a escucharse las

sirenas de la policía en la distancia, alguien debía haberlos avisado de lo que estaba sucediendo.

—¡Host, tenemos que largarnos de aquí!

Uno de ellos llamó al que me tenía sujeta. Este espetó una maldición y me agarró con fuerza la

mandíbula.

—Tú y yo volveremos a vernos muy pronto —siseó furioso—. Veamos si son capaces de

protegerte siempre.

—¡Host! ¡Muévete, joder!

Parecía que quería decir algo más, pero finalmente siguió a los otros dos, se subieron a un

Camaro negro que se encontraba aparcado al otro lado de la calle y salieron de allí a toda prisa.

Me llevé una mano al pecho cuando la realidad de lo sucedido me golpeó. La adrenalina aún

corría por mi sistema y probablemente esa era la única razón de que todavía estuviera en pie y no

hecha un tembloroso montón en el suelo.

—¿Señorita Mia? —Me giré y vi que Rafe ayudaba a Ben a mantenerse erguido. Me acerqué a

ellos—. ¿Se encuentra bien?

Asentí y luché por mantener mi voz estable.

—¿Y vosotros? ¿Estáis heridos? —La pregunta resultaba absurda viendo el golpeado aspecto

de Ben. Rafe se veía bastante mejor. De cualquier forma, ambos estaban de

una pieza y eso era todo

cuanto me importaba en aquel momento.

Sin pensarlo, me abalancé sobre ellos y estreché a ambos en un abrazo. La imagen debía resultar

curiosa teniendo en cuenta que apenas les llegaba por la barbilla y a que en un primer momento se

quedaron rígidos por la sorpresa. ¡A la porra! Estaba asustada, aliviada y conmocionada, necesitaba

ese contacto con ellos mientras lágrimas de angustia recorrían mis mejillas. Sentí el brazo de Ben

envolverme por el lado izquierdo y, cuando Rafe emitió un carraspeo a mi derecha y me palmeó con

suavidad la espalda, supe que era el momento de liberarlos. Di un paso atrás.

—Gracias por la ayuda, colega. —Ben se enderezó cuanto pudo, pero no se me escapó la mueca

de dolor en su rostro por más que tratase de ocultarla. Chocaron las manos en ese típico gesto de

hermandad.

—No tiene importancia. —Desestimó el asunto, aunque nos había salvado de algo mucho peor

—. ¿Quiénes eran esos tipos?

—Del CSG —respondió Ben con la vista clavada en mí.

—Joder...

Sí, exactamente eso.

## Capítulo 31

Reed

Jamás, en toda mi maldita y jodida vida me había sentido tan furioso. Y aterrizado.

De hecho, estaba lívido.

Crucé los brazos y me apoyé contra la barra en la sala de estar de Mia, observándola con ojos

de halcón mientras permanecía de espaldas a mí sentada en el sofá. Jen estaba junto a ella, hablando

en voz baja, y Ben se encontraba en otro sillón junto a su hermana, distrayéndola de todo lo que

sucedía.

Cerré los ojos y volví a contar hasta cien mentalmente en un vano intento de calmarme para no ir

a buscar a esos hijos de puta. Los golpearon. Los acecharon y atacaron, a dos personas vulnerables e

inocentes que nada tenían que ver con la investigación, independientemente de si el chico estuvo

cerca de formar parte de sus filas y ahora se había convertido en un testigo en potencia. A Mia, una

de las mejores personas que había conocido, la más compasiva, bondadosa y honorable con la que

me hubiese cruzado nunca. A mi mujer.

Sabía lo que estaban haciendo. Esto no era más que una señal, un aviso para hacernos

conscientes de que no solo iban tras nosotros, sino a por todos aquellos a quienes amábamos.

Pretendían asfixiarnos del mismo modo que nosotros cerrábamos más y más el cerco en torno a ellos,

lo cual solo significaba que estaban preocupados. Estábamos más cerca. Sentían nuestro aliento en

sus malditas nuca y el único modo de distraernos o hacernos retroceder era atacando a nuestras

familias.

—Sabes lo que esto significa. —Luke se colocó a mi lado y se veía tan sombrío y furioso como

yo me sentía. No me miró, imitó mi postura y clavó la vista en Mia y Jen.

—Tenemos que hacer algo —concordé. No quería pensar en lo que podría haber sucedido de no

intervenir aquel otro chico.

Por mi parte, lo único que quería era encontrarlos y rasgarlos uno por uno con mis propias

manos, tomándome mi dulce tiempo para hacerles comprender que nadie jugaba con los míos sin

enfrentar las consecuencias. Comenzaría con ese cabrón de Peter, cobarde de mierda. No tenía la

menor duda de que fue él quien puso en el punto de mira a Mia, probablemente consideró una jugada

inteligente de cara a sus empleadores el utilizarla como carnada. Por más que nos estuvieran

acechando —y no dudaba de que así fuera—, sospechaba que, de no ser por ese malnacido, ella

nunca se habría visto en una situación semejante, pero lo ocurrido aquella tarde lo cambiaba todo.

—El capitán acaba de llamar —me informó—. Tenemos que presentarnos en comisaría lo antes

posible. —Joder, no quería dejar a Mia fuera de mi vista. Como si leyera mis pensamientos, aclaró

—. Todos, sin excepción.

Gruñí. Por supuesto, sabía que estaba siendo ilógico, no podría estar con ella las veinticuatro

horas del día y los siete días de la semana, pero aún tenía que aprender a gestionar todos esos

sentimientos que tanto me abrumaban últimamente. Jamás experimenté esa feroz necesidad de

proteger a alguien a toda costa sin importar nada más hasta que la conocí.

—¿Qué vamos a hacer con ellos? —Señalé al pequeño grupo con la cabeza.

—¿Qué coño pretendes que hagamos, Reed? —Me erguí ante su tono. Lo último que necesitaba

era que me tocara las pelotas—. No podemos encerrarlos en una caja fuerte, tampoco llevarlos a

cuestas con nosotros.

—Relaja el puto tono, Sullivan —espeté, encarándome con él—. También estamos hablando de

mi familia, mi mujer. —Señalé hacia la sala sin dejar de mirarlo—. Esos

niños son parte de mi vida

ahora también, de modo que no creas que eres el único afectado, porque te aseguro que no pienso

permitir que nadie les vuelva a poner una mano encima.

Agradecí que se mantuviera en silencio. Furioso, sí. Con la mandíbula fuertemente apretada y la

vista clavada al frente, también. Pero bienvenido al club, compañero. Luke era una de las personas

que mejor me conocía, mi historia, mi turbulento pasado, de modo que valoraba lo que acababa de

decir por lo que realmente era. Una declaración. La promesa de que no pensaba ir a ninguna parte y,

sin importar sus reparos iniciales con respecto a mi relación con Mia, él era tan consciente como yo

de lo esencial que se había convertido para mí. No me abría a la gente, no entregaba mi confianza a

nadie que no hubiese demostrado ser merecedor de ella, él mejor que nadie lo sabía. A ella se lo

estaba dando todo, cada parte de mí, lo mejor y lo peor. Despacio, a mi propio ritmo, sí, pero, joder,

lo ocurrido aquel día era sólo una muestra del porqué acojonaba tanto darse a otra persona. Si lo

hacías corrías el riesgo de sufrir la pérdida que de otro modo jamás habrías tenido que enfrentar.

Volví al presente cuando Mia enroscó los brazos alrededor de mi cintura y me observó con la

preocupación dibujada en su hermoso rostro. Pasé el pulgar por una pequeña magulladura en su

barbilla. Aquella marca no debería estar ahí, no deberían haberla tocado siquiera.

—¿Te encuentras bien?

No sabía si reír o enfadarme.

—¿En serio me estás preguntando eso cuando eres tú a quien han asaltado esta tarde?

Suspiró y depositó un beso en mi pecho, justo sobre mi corazón, algo que sentí incluso a través

de las capas de ropa. Apretó los brazos a mi alrededor.

—Estoy bien. —Miró hacia la sala—. Ambos lo estamos, gracias a Dios.

—Gracias a ese otro chico —puntalicé.

—A Rafe, sí —convino. Frunció el ceño y bajó la voz—. La cuestión es que estoy más

preocupada por lo que sucederá a partir de ahora.

—No debes pensar en eso, nena. —Ahuequé su nuca y rocé su frente con los labios. Apenas un

toque. Un pequeño contacto que apaciguase mi ánimo—. Sabes cómo funciona esto, la investigación

seguirá su curso. No difiere demasiado de cualquier otro caso.

Mentira. Solo necesitaba tranquilizarla.

—Estás furioso. —Por supuesto que lo estaba, joder—. Es que no quiero que te lances sin

paracaídas porque lo sientas como un asunto personal.

—Ellos lo convirtieron en algo personal en el mismo instante en el que decidieron atacarte para

llegar a nosotros. —Enrosqué los dedos en su cabello y atrapé su mirada—. Tengo algunos límites

infranqueables y, por desgracia para ellos, tú eres uno.

En el momento en el que abrió la boca para replicar, la acallé con un beso. Me importaba una

mierda quiénes estuvieran presentes, necesitaba sentirla después de lo ocurrido.

—Mueve el culo, Reed —espetó Luke desde algún lugar a mi derecha—. Y aparta tus jodidas

manos de mi hermana.

Lo ignoré a él y a su maldito tono. Tenía a Mia entre mis brazos con la respiración acelerada.

Miró a su hermano con el ceño fruncido.

—No es necesario ser tan tosco, Lucas.

Bueno, he ahí otro punto donde diferíamos. Yo lo habría llamado imbécil. Él suspiró y se acercó

haciendo que nos separásemos, la abrazó y la besó en la frente.

—Lo siento mucho, *piccola*. —Colocó las manos en sus hombros y la enfrentó con la mirada—.

Estoy con los nervios crispados y no mereces que me desquite contigo.

Observé a Jen que, con expresión indescifrable, no apartaba los ojos de mi

compañero. Esos

dos tendrían que solucionar sus asuntos en algún momento, más pronto que tarde a poder ser. Dejé a

los hermanos hablando y me despedí de los chicos. En un principio, cuando Chuck vino, acordamos

que se trasladasen a su casa por una cuestión de seguridad. Mia se mantuvo firme negándose en

rotundo a abandonar su apartamento por un «pequeño altercado», lo cual llevó a una interminable

discusión, que no sé muy bien cómo, zanjó convenciendo a su padre de que todo estaría bien.

Finalmente, los chicos pasarían allí la noche, al igual que Jen. Era demasiado tarde para recoger sus

pertenencias y trasladarse, eso fue lo que alegó Ben. ¿Mi opinión? El chico se sentía de algún modo

responsable y protector con Mia, lo cual estaba más que bien para mí porque al menos así seguro que

jamás se le ocurriría jugársela otra vez. Pequeño cabrón. Volví a despedirme de mi chica como es

debido y cuando salía por la puerta escuché a Jen y a Luke discutiendo. De nuevo.

—Hoy no, Jen. —Ella estaba de brazos cruzados y ni siquiera lo miraba—. Es el peor jodido

momento para esto, así que... —Cerró los ojos y se pellizcó el puente de la nariz—. Por favor, por

una vez, no discutas.

Me largué. Aquello no me concernía en absoluto, así que los dejé y esperé abajo. Salió,

viéndose tan feliz como la última vez que lo miré, y nos dirigimos a mi coche.

—¿Todo bien? —pregunté antes de arrancar. Que no quisiera inmiscuirme en según qué asuntos,

no significaba que no me preocupase por él. Era mi amigo, mi compañero y si necesitaba hablar, me

tendría allí para todo lo que necesitara.

—Genial —espetó y miró por la ventanilla.

Sin conversación entonces. Encendí la radio y comenzó a sonar *Burnittotheground* de

Nickelback a todo volumen. La anticipación y la furia al pensar en lo que podría haber sucedido,

tenían la adrenalina corriendo por mis venas, y estaba ansioso por dar con aquellos cabrones, por ver

desmoronarse su castillo de naipes.

Cerré la taquilla con tanta fuerza que sentí las vibraciones en cada hueso de mi cuerpo. Apoyé

la frente contra el frío metal y cerré los ojos; tenía que calmarme, joder. Tenía que centrarme, pensar

con claridad o de lo contrario no serviría de ninguna ayuda. De todas formas, ya conocía el

procedimiento, por lo que resultaba irracional actuar de esa manera cuando en realidad era algo que

debería haber esperado. Supuse que a eso se referían aquellos a los que en algún momento calificué

de moñas cuando decían que el corazón no entiende de razones, porque me sentía incapaz de actuar

de forma coherente o lógica cuando la persona más importante de mi vida estuvo en peligro tan solo

unas horas antes. La placa estaba quemando un maldito agujero en mi chaqueta, no podía recordar

nada acerca del reglamento y tampoco quería pensar en mi promesa de acatar y hacer cumplir la ley.

—Tienes que calmarte. —Vino la voz de Sullivan a mi espalda.

Lo sabía, lo cual me cabreaba aún más al no ser capaz de templar mi genio.

—¿Cómo coño puedes estar tan tranquilo? —Cuando me giré, permanecía impasible, con los

brazos cruzados y la espalda apoyada contra otra hilera de taquillas.

—¿Te sientes mejor? —No respondí, ambos conocíamos la respuesta—. Créeme, estoy furioso,

estamos hablando de mi hermana pequeña, de modo que puedo imaginar cómo te sientes ahora

mismo. Pero lanzar golpes no va a ayudar en nuestra causa y si comienzas a dar problemas, el capitán

no se lo pensará dos veces antes de apartarnos del caso.

Me froté el rostro con fuerza. Tenía razón, lo sabía, pero eso no significaba que debiera estar de

acuerdo con no hacer algo cuando teníamos lo necesario para atrapar a

algunos de esos cabrones. No

es que el capitán estuviera demasiado feliz cuando llegamos a su despacho, ya que Chuck mismo se

encargó de hacerle una visita horas antes exigiéndole que moviera el culo de una maldita vez.

Comprensible, teniendo en cuenta que su hijo formaba parte de la investigación y su hija fue atacada

a causa de ello. Y de mí. Estaba convencido de que si íbamos a por el picapleitos y algunos de los

más bajos en la cadena de mando, estos no tardarían en cantar hasta que consiguiéramos desmontar el

resto de la organización. Pero teníamos que esperar. Tener amplitud de miras, lo llamó el jefe. No

centrarnos en encerrar a los pequeños objetivos, sino llegar a ellos para conseguir a los peces

gordos. Necesitábamos la orden del juez para pinchar el teléfono de Peter, al parecer el testimonio

de Mia no sería suficiente puesto que hasta hace no mucho habían estado sentimentalmente

involucrados y su defensa podría alegar algún tipo de venganza personal. Despecho, lo llamó el

capitán. Pura mierda, fue mi respuesta. ¿Su réplica? Si no me calmaba no solo estaría fuera del caso,

sino que también suspendido de empleo y sueldo hasta nueva orden. Tuve que hacer un esfuerzo

titánico, pero logré controlarme pues era consciente de que el mejor modo de

ayudar era estando

dentro y al tanto de todo cuanto sucedía.

Continuaríamos con los seguimientos, esperaríamos a la luz verde para las escuchas y

buscaríamos más testigos que nos ayudasen a esclarecer todo.

—¿Qué pasa con el abogado?

Sullivan enarcó las cejas.

—¿Qué pasa con ese mierda?

—No, joder. No hablo de Peter. —Imité su postura y quedamos frente a frente—. Ese testigo

potencial del que hablamos ayer con Tuck y Terry.

—No se trata de un él. —Sacudió la cabeza—. Es una ella y tampoco es abogada como el otro

imbécil, sino una pasante del bufete. Y escucha esto... —Sonrió irónico—. Es la misma que se

estaba follando Peter cuando mi hermana rompió con él.

—Joder —murmuré. Esto se ponía cada vez mejor.

—Exacto. Justo así es como los descubrió en su cama.

Obvié esto último y lo miré con gravedad y un propósito en mente.

—Tenemos que hablar con ella.

—¡Maldita sea! —Se enderezó y yo hice lo mismo—. ¿Acaso has escuchado alguna palabra de

lo que he dicho? ¿O el capitán? —Apuñaló mi sien con su maldito dedo y reprimí las ganas de

retorcérselo—. Piensa, Reed. No puedes ir tras ella como un lunático porque sí, o saldrá espantada y

no habremos conseguido absolutamente nada. Utiliza la cabeza y actúa con racionalidad. Tuck ya está

en conversaciones con ella... está haciendo uso de todo su encanto y, lo que sea que le haya dicho,

parece que está funcionando. —Abrí la boca, pero me interrumpió y levantó la mano para

silenciarme—. No preguntes, porque ni siquiera yo quiero saber qué demonios le habrá dicho. Solo

sé que funciona y que está a punto de hablar, solo tenemos que tener un poco de paciencia y esperar.

Bueno, joder.

No me caracterizaba por ser paciente, pero él tenía razón.

—Muy bien —gruñí, dirigiéndome ya hacia la salida—, lo haremos a tu manera.

—Así me gusta.

—Por ahora —aclaré.

No podía prometer nada.

Capítulo 32

Resultaba tremendamente complicado volver a la normalidad cuando todos los hombres que

formaban parte de mi vida no me permitían olvidar lo ocurrido. De forma inconsciente sí, pero al

actuar ellos como si el peligro acechase en cada esquina, tú también acababas volviéndote un poco

paranoica. No pretendía restar importancia al asunto, no podría hacerlo de ninguna manera, pero eso

no significaba que debiera esconderme por el temor a que algo sucediera. Todos debíamos continuar

con nuestra rutina, aunque lo hiciésemos con un poco más de prudencia.

—¿Cómo te encuentras?

Marc se colocó a mi lado y Ben se adelantó para entrar en clase y darnos algo de privacidad.

Además, sabía que estaba en buenas manos y que allí era imposible que sucediera algo.

—Si alguien vuelve a hacerme la misma pregunta, te prometo que voy a gritar.

Y lo haría. Por pura desesperación. Se detuvo, sorprendido por mi respuesta.

—Bueno, perdóname por estar preocupado. —Sacudió la cabeza y me sentí mal. Lo detuve

colocando la mano en su brazo.

—Lo siento —me disculpé. Él no merecía pagar mis frustraciones—. Pero han pasado varios

días y siento que me asfixio, me están volviendo loca.

—Aunque creo que puedo imaginarlo, ¿quiénes, exactamente, te tienen en ese pésimo estado de

ánimo?

No sabía que fuese tan obvio lo molesta que me sentía.

—¡Todos! ¡Sin excepción! —exclamé alzando los brazos exasperada. El río. Yo no le veía la

gracia—. Mi padre, Ethan e incluso Ben que, por alguna razón, se siente responsable de mí cuando

debería ser al contrario. Yo soy la adulta aquí.

—Vaya, eso es un cambio, desde luego.

Sí, lo era.

Convencimos a los chicos para que se trasladasen a casa de mis padres, no solo por una

cuestión de seguridad —recelos de Ethan—, sino porque con toda probabilidad, en muy poco tiempo,

ese se convertiría en su hogar definitivo por lo que era mejor que se fuesen adaptando a estar allí.

Los quería conmigo, pero era muy consciente de que las cartas no estaban a mi favor por distintos

factores, sin embargo, me sentía feliz sabiendo que continuarían formando parte de mi familia. Cada

mañana recogía a Ben e íbamos juntos al instituto, algo que no me importaba en absoluto, en primer

lugar, porque disfrutaba mucho de su compañía; era un chico inteligente, divertido, con un enorme

sentido de la responsabilidad e increíblemente talentoso. Por otro lado, tampoco querían que cogiera

el autobús o caminase sola por la zona, y no le vi sentido a discutir el asunto cuando, en realidad, me

sentía bien con dicho arreglo.

Entendía que desde niño Ben tuvo que, de alguna forma, hacerse cargo de su pequeña familia ya

que sin importar sus buenas intenciones y el amor que sentía por ellos, su abuela era una mujer mayor

y además enferma. También supuse que al casi haber entrado en las filas del CSG, el chico se sentía

de algún modo culpable y en cierto sentido se responsabilizaba de lo ocurrido unos días atrás. No

importaba cuántas conversaciones hubiéramos mantenido con él al respecto, no escuchaba. De modo

que ahora contaba con un guardaespaldas más y, aunque era un gesto muy dulce por su parte el querer

protegerme, yo quería... *necesitaba* que, por una vez en su joven vida, él se dejase cuidar y proteger

por los demás. Pero ese era Ben y resultaba inútil tratar de convencerlo de actuar en contra de todo

lo que sentía y creía. Me gustase más o menos, esos eran sus principios, la esencia de quien era,

pequeños atisbos del magnífico hombre en el que sabía que acabaría convirtiéndose con el

transcurrir del tiempo, de modo que, aunque su terquedad me desesperaba, también estaba muy

orgullosa de él por mantenerse firme y no flaquear. Por defender aquello en

lo que creía.

La nota positiva era despertarme cada mañana, en mi cama, con el cálido y fuerte cuerpo de

Ethan envolviéndome desde atrás. Sus brazos siempre firmemente anclados alrededor de mi cintura,

acercándome tanto a él que parecíamos uno solo, como si temiera que pudiera desaparecer de un

momento a otro. Teniendo en cuenta la completa ausencia de una relación que no estuviera basada en

un aspecto puramente sexual, resultaba cuanto menos curioso que, cuando dormíamos juntos, tuviera

la necesidad de estar en constante contacto conmigo. Aún no me había dicho que me amaba y

escuchar esas palabras salir de sus labios se estaba convirtiendo en una necesidad casi vital. Sabía

lo que sentía por mí porque cada acto, roce o mirada lo gritaba en silencio, pero necesitaba oírsele

decir. Ansiaba escuchar esas palabras dichas con aquella profunda y ronca voz que tan a menudo me

hacía estremecer, como si eso convirtiera lo que estábamos viviendo en algo todavía más real

asentando los cimientos que lentamente íbamos forjando. No quería que las dudas y reservas que se

reflejaban en sus hermosos ojos cada vez que yo expresaba mis sentimientos hacia él, acabasen

nublando la fuerte e innegable conexión que nos unía, pero, de forma

inevitable, cada ocasión en la

que recibía el silencio como respuesta u optaba por acallarme con un beso, mi confianza menguaba

un poco más.

—¿Y cómo llevan que trabajes hasta la madrugada en el bar? —La voz de Marc me devolvió al

presente.

Gruñí recordando la noche anterior.

—Lo llevan de maravilla —respondí mordaz. Me detuve con los brazos en jarras—. ¿Te puedes

creer que anoche Mick me envió a casa en cuanto puse un pie en el bar?

—¿Volviste a olvidar tu camiseta? —Rio.

—No tiene gracia. —Lo golpeé en el brazo. Suspiré—. En realidad, mi padre fue lo que pasó.

Al parecer, según palabras de Mick, amenazó con... —Bajé la voz para asegurarme de que ningún

alumno me escuchase—. Cortarle las pelotas si se le ocurría permitirme trabajar allí hasta que todo

este asunto se solucionara. —Levanté los brazos exasperada—. Es absurdo. Completamente

irracional. No pueden interferir en mi vida de esa manera y además, lo que tenga que suceder lo hará

de una u otra forma.

Además, Mick siempre me acompañaba hasta el coche para asegurarse de que

no me ocurría

nada. Sí, es cierto que no podía controlar lo que sucediera de ahí en adelante, pero aun así...

—Te entiendo, créeme. —Pasó un brazo por mis hombros—. Pero debes ponerte en su lugar,

está preocupado y es mejor no facilitarles las cosas a esos cabrones. — Sacudió la cabeza como si se

deshiciera de algún recuerdo desagradable—. Cuando se fijan un objetivo, pocas cosas son capaces

de detenerlos. Morirán antes de dar una impresión de debilidad o ineptitud. Harán cualquier cosa

para lograr lo que se proponen y no dudarán en deshacerse de lo que sea que se interponga en su

camino.

A veces olvidaba de dónde provenía Marc. Al igual que Ethan y Ben, tuvo unos comienzos

complicados. Gracias a Dios supo redirigir su vida, porque no podía imaginar a una mejor persona

para guiar a nuestros chicos.

—Lo sé, lo sé —concordé—. Pero no deja de ser frustrante que traten de controlarlo todo y que,

además, lo hagan a escondidas sin ni siquiera tratar de hablar del tema en primer lugar.

—¿Habrías escuchado? —No respondí, pues ambos conocíamos la respuesta—. Me lo

imaginaba.

Llegamos a la puerta de mi clase.

—Bueno, la cuestión es que no lo intentaron antes de hacerlo a su manera. —  
Le guiñé un ojo

antes de entrar a clase—. Además, pienso volver a Mick's esta noche.

Sacudió la cabeza y su risa fue lo último que escuché antes de cerrar la  
puerta.

Se deshizo de mí en cuanto traspasé el umbral. Sin miramientos. Sin dudar ni  
hacer caso,

primero de mis exigencias, después de mis razonables argumentos y, en  
última instancia, de mis

ruegos.

Sí, rogué y no me avergonzaba de ello en absoluto.

Parece ser que tanto papá como Ethan lo pusieron al día en lo que a la  
gravedad de la situación

se refería.

—Te quiero como si fueses mi propia hija y no pienso poner tu seguridad en  
riesgo ni cargar

con ello en mi conciencia por una cuestión de poder.

¿Poder?

—No se trata de eso —repliqué.

Me miró como quien debe reprender a un niño pequeño, que es exactamente  
como me hizo

sentir.

—Sí, lo es. Tu padre pretende demostrar que de algún modo aún puede controlar ciertos

aspectos de tu vida, incluso si es por seguridad. No olvides que sigues siendo su niña. Tu novio deja

claro que es más que capaz de cuidar de ti incluso si su forma de hacerlo te enfurece, y tú... —

Sacudió la cabeza—. Tú te limitas a llevarles la contraria reclamando tu parcela de independencia.

—Abrí la boca para protestar, pero levantó la mano y me silenció—. Te respeto por ello más de lo

que crees, pero asume que esta es una batalla que no vas a ganar y que, para empezar, ni siquiera

deberías luchar.

Tras escuchar sus palabras, me rendí, sabedora de que no iba a llegar a ninguna parte. También

me pregunté si llevaba razón, si yo estaba resultando ser tan terca como ellos y eso me impedía ver la

gravedad de la situación, ser consciente del peligro que nos rodeaba. Los chicos estaban furiosos,

frustrados y con los nervios crispados, lo cual debería ser todo el aliciente que necesitaba para

retroceder un paso y no complicarles más las cosas haciendo que se preocupasen por mi seguridad.

Incluso Jen claudicó y comenzó a ser más prudente. Después de todo, era parte de nuestra familia, de

modo que no resultaría descabellado que aquellos tipos atasen cabos y decidieran convertirla en un

objetivo.

En la última conversación que mantuve con mi padre el día anterior, no me contuve a la hora de

hacerle saber lo molesta que me sentía por interferir en mi vida. No lo llamaría discusión, pues eso

rara vez ocurría entre nosotros, pero resultó suficiente para hacerme sentir culpable mientras, sentada

en mi coche, las palabras de Mick se repetían en mi mente.

Tampoco olvidaba la conversación con Marc. De diferente forma, con distintos argumentos,

pero ambos coincidían en lo mismo: el peligro era lo suficientemente real como para empujarlos a

actuar de una determinada manera, aun sabiendo que eso me molestaría. Me pregunté, no por primera

vez, qué más no me habían contado en pos de no alterar mi vida. El que estuvieran reteniendo

información no solo tendría sentido, sino que justificaría todo aquello que yo les reprochaba al

sentirme coartada. Pensar en ello, algo a lo que cuantas más vueltas le daba más lógico me parecía,

hizo que me sintiera más culpable aún.

Mi jefe permanecía de pie, parado a un lado del coche hasta estar seguro de que me marchaba

sin incidentes. Levanté el teléfono indicando que haría una llamada, a lo que respondió con una

mueca que probablemente pretendía ser una sonrisa, antes de dar media vuelta y volver al trabajo.

Cerré las puertas con seguro. Podría haber hablado con papá una vez hubiese llegado a casa, pero

decidí hacer una visita a Jen para pasar algún tiempo juntas y asegurarme de que se encontraba bien.

Últimamente la notaba extraña. Más distante y apagada, y aquello me preocupaba.

Mamá respondió al tercer timbrado y de fondo podía escuchar las risas de Sadie y la abuela. Se

me hinchó el corazón al saber a los chicos felices, seguros. Le pedí que le pasara el teléfono a mi

padre y, aunque al principio de la conversación se mostraba cauteloso, pronto todo volvió a la

normalidad, se relajó y, como siempre, comenzó a quejarse de la abuela, de Lucifer y acerca de

cualquier otra cosa que se le ocurriera. Estaba encantado con el hecho de tener allí a los chicos,

Sadie se había ganado su corazón y Ben... él dejó de ser ese chico taciturno y hermético, para dejar

ver a todos a su alrededor el responsable, cariñoso y noble joven que en realidad era. Estarían bien,

no tenía ninguna duda.

Cuando colgué, decidí llamar a Ethan. No por algo en especial, aunque en un

principio me

molestó saber que se entrometió en mi trabajo, comprendí que probablemente la situación era más

complicada y peligrosa de lo que ellos me dejaban ver, de modo que estaba lejos de mi intención

discutir con él. Puede que jugase un poco la carta de mujer indignada cuando llegase a casa, pero no

por teléfono.

Tardó varios tonos en responder y cuando lo hizo fruncí el ceño por el absoluto silencio tan solo

interrumpido por un extraño zumbido de fondo. Escuché su voz ahogada, como si hubiese tapado el

auricular mientras hablaba con alguien más.

—¿Ethan? —Tardó algunos segundos.

—Sí, Mia, ¿qué ocurre? —Él nunca respondía de esa forma, sino que por lo general lo hacía

con un «Dime, nena».

—Eh... —dudé—. En realidad, nada. Solo quería hacerte saber que acabo de salir de Mick's y

que le haré una visita a Jen antes de volver a casa —murmuró algo en acuerdo, pero parecía

distraído—. ¿Está todo bien?

—¿Qué? —Repetí la pregunta, extrañada por su actitud—. Sí, sí, está todo perfecto. Escucha,

estoy con algo importante entre manos ahora mismo, pero hazme saber cuándo llegas a casa, ¿de

acuerdo?

Me dio la impresión de que trataba de deshacerse de mí, pues lo normal habría sido que

preguntase por el hecho de que no estuviese en el bar esa noche, aunque él era en cierto modo

responsable de aquello.

—Sí, por supuesto. ¿Estás seguro de que está todo bien?

—Sí, claro, no te preocupes. Está todo perfecto.

—Muy bien. —Aún tenía mis dudas—. Te llamaré más tarde entonces.

—Claro, nena. Hablamos después.

—De acuerdo. Te q... —La llamada se cortó y miré el aparato con el ceño fruncido—. Te

quiero —murmuré para mí misma en el silencio del coche.

Cuando fui a ver a Jen, ella se estaba preparando para salir con Jeremy, de modo que no

tuvimos mucho tiempo para hablar antes de que él llegase. A decir verdad, no se la veía muy

entusiasmada con aquella cita. Era casi como si se estuviera obligando a salir con él por alguna

razón que yo aún no alcanzaba a comprender. Me dolía y preocupaba que no compartiera conmigo lo

que fuese que la tenía en aquel extraño estado de ánimo. Siempre, desde

pequeñas, nos lo

contábamos absolutamente todo e incluso en ocasiones, era tal la conexión que teníamos que ni

siquiera eran necesarias las palabras para saber cómo se encontraba la otra. Sabía que ya no éramos

niñas, tampoco las adolescentes que entre risas y susurros conspiraban y compartían secretos, pero

eso no implicaba que no me dañase la distancia que ella había interpuesto entre nosotras y que con

cada día que pasaba se volvía más evidente. Quizás fue culpa mía por estar tan absorta en mi vida y

en mis propios problemas que, de algún modo, la desatendí.

Pensé en ello durante el trayecto a casa y me prometí hablar con ella largo y tendido. Solo Jen y

yo. Sin prisas, sin citas, sin pensar en nada más que nosotras. Una de nuestras noches de chicas con

comida mexicana y margaritas. Las echaba de menos y me propuse recuperarlas.

Aparqué y cogí el teléfono para llamar a Ethan. Me mordí el labio dudando. Quería hablar con

él, pero si volvía a encontrarme con su anterior actitud distraída y esquiva, me volvería loca

barajando posibilidades, las dudas me comerían viva hasta que llegase a casa y pudiera hablar con

él. Puede que parezca extremista, pero en cierto sentido, seguía esperando que un día se diese cuenta

de que la relación que teníamos no era lo que quería y acabase dejándome. Su pasado, sus dudas y la

incapacidad para expresar lo que sentía por mí se habían convertido en una oscura nube que parecía

estar siempre planeando sobre nuestras cabezas. Ni yo misma sabía bien qué esperaba, qué más

necesitaba. Pero continuaba sintiéndome insegura con respecto a lo que teníamos, aun teniendo la

certeza de que me quería.

Pero le prometí que llamaría y eso hice.

Una vez, sin respuesta.

La segunda vez tampoco respondió.

Volví a intentarlo una tercera y obtuve el mismo resultado. Nada.

De inmediato me preocupé, pues siempre llevaba el teléfono encima y con todo lo que estaba

sucediendo nunca se perdería una llamada en caso de que algo importante o urgente sucediera.

Tamborileé los dedos en el volante barajando posibilidades.

Probablemente estaría trabajando. Habían intensificado las operaciones de vigilancia en su afán

de reunir pruebas con las que poder condenar a quienes los tenían en jaque y tratando de cogerlos

infraganti en algún descuido. Sabía que en esos momentos solo se concentraban en el objetivo en

cuestión, así que puede que no escuchase el teléfono. Pero él me dijo que esperaba mi llamada. No

tenía sentido que ignorase mis intentos de contactarlo, más sabiendo lo preocupado que estaba

después de que nos atacasen a Ben y a mí. ¿Y si algo había ocurrido? Recordé las noches en vela de

mi madre, su inquietud y preocupación. La llamada de madrugada informando de que mi padre

resultó herido durante un asalto. El corazón comenzó a bombear con fuerza y, con dedos temblorosos,

tecleé un mensaje de texto con la esperanza de obtener respuesta.

*¿Te encuentras bien? Estoy en casa. Por favor, llámame cuando lo leas.*

Esperé un par de minutos, pero ni respondió ni lo leyó. Con un suspiro, cogí el bolso y me

encaminé hacia mi edificio. No quería convertirme en ninguna neurótica que necesitase estar

continuamente al tanto de cada paso que daba Ethan, pero me preocupaba. Esa era la razón por la que

años atrás me prometí que jamás entraría en una relación con un policía, la incertidumbre se

convertía en una asfixiante y enloquecedora desazón que apenas te permitía respirar. Entendía que

todos podemos tener un accidente o vernos envueltos en situaciones peligrosas independientemente

de a qué nos dediquemos, pero, por supuesto, es indiscutible que ellos están mucho más expuestos al

peligro. Es lo que son, lo que hacen. Ponen su vida en juego velando por que el resto de nosotros

podamos llevar una existencia lo más pacífica y segura posible.

Admirable, sin duda alguna.

Arriesgado, por supuesto.

El principal problema radicaba en que estaba absoluta e irremediabilmente enamorada de él y

no había forma humana o divina de que renunciase a lo que teníamos, a lo que éramos, movida por

unos miedos que, justificados o no, no podrían actuar como algo preventivo. Aprendería, no a vivir

con ellos, sino a combatirlos, no solo porque de otro modo sería imposible que nuestra relación

avanzara, sino por el propio bien de mi salud mental.

Pese a que su proteccionismo podía resultar enloquecedor en ciertos momentos, sabía que me

acusaría de estar exagerando en un intento de mitigar mis preocupaciones. Sonreí sin poder evitarlo.

Estaba buscando las llaves cuando, de repente, fui lanzada con fuerza hacia delante. Ni siquiera

tuve tiempo de evitar el impacto o protegerme con las manos de alguna forma. Mi cabeza golpeó

contra la fachada del edificio y de inmediato todo comenzó a dar vueltas a mi alrededor.

Desorientada, no tuve tiempo para nada más cuando un brazo rodeó mi

cintura y otra mano envolvió

con fuerza mi cabello y tiró hacia atrás obligándome a arquear el cuello en una dolorosa postura.

—Ya te dije que volveríamos a vernos, zorra.

Solo había escuchado esa voz una vez antes, pero incluso con toda la confusión de aquel día, la

reconocería en cualquier parte. Host, si recordaba bien su nombre. Helados dedos de pánico me

mantuvieron estática.

—Suéltame. —La exigencia carecía de fuerza por el temblor de mi voz.

—¿Por qué debería? —Cerré los ojos cuando, aprovechando la postura vulnerable en la que me

mantenía, le sentí lamer mi garganta en sentido ascendente hasta posar los labios junto a mi oreja.

Ronroneó—. Sabes bien... creo que tú y yo vamos a tener mucha diversión esta noche.

Luché contra el pánico que a cada segundo que pasaba intentaba tomar el control de cada parte

de mí. Apenas podía moverme, pues su cuerpo presionaba contra el mío por detrás dejándome entre

él y la pared, pero no pasaría un segundo más sin al menos intentar defenderme. Me revolví cuanto

pude y tiró aún más de mi cabello, probablemente arrancando algunos mechones en el proceso; con

todo el impulso que pude reunir dada la poca capacidad de maniobra de la

que disponía, doblé el

brazo y lo llevé hacia atrás hundiendo el codo en su estómago. Apenas se inmutó por el golpe y, si

acaso, aquello pareció excitarlo todavía más. Grité cuando mordió con saña mi expuesta garganta al

tiempo que me clavaba su más que evidente erección, me removí cuanto pude, pero era como un

perro sometiendo a su presa, dejando claro quién tenía el dominio de la situación; después, con el

agarre que aún mantenía en mi cabello guio mi cabeza hacia delante haciendo que me golpease de

nuevo contra la pared y segundos después, con todo girando a mi alrededor, sentí un cálido líquido

descender por mi rostro. Sangre. Probablemente, a causa del golpe se abrió una herida en mi frente y

el sangrado parecía suficiente como para preocuparme de entrar en shock si no conseguía ayuda lo

antes posible.

—Cuanto más peleas, más dura me la pones. —Envolvió una mano alrededor de mi garganta y

con la otra pellizcó con fuerza uno de mis pechos. Sentí el dolor como si no hubiera varias capas de

ropa de por medio, me punzó y asqueó como si su piel estuviera en contacto directo con la mía. A

duras penas logré retener las lágrimas de rabia e impotencia que nublaban mi visión.

—Por favor... para. —Llegados a ese punto no me importaba rogar viendo que cualquier otro

esfuerzo resultaba inútil.

Su oscura risa me dijo todo cuanto necesitaba.

—¿Eso es lo que le dices a ese poli de mierda al que te estás follando? —No respondí y dejé

escapar un quejido cuando me hizo arquear más el cuello—. Te he hecho una pregunta, puta.

—Él... —Comenzaba a sentirme mareada y confusa—. Él es un hombre, no un pedazo de

mierda como tú.

Host era muy superior a mí en el plano físico, incluso así y pese a sentirme algo desorientada,

no le dejaría salirse con la suya sin oponer resistencia. Me removí, traté de golpearlo, de recordar y

ejecutar alguna de las maniobras de defensa personal que Luke y Terry nos enseñaron a Jen y a mí.

Pero nada parecía surtir efecto, en todo caso sentí cómo el agotamiento ganaba terreno a causa de los

golpes recibidos.

—Pues veamos si ese hombre tuyo sigue queriéndote cuando acabe de divertirme contigo —

siseó junto a mi oreja—. Ahora tú y yo nos vamos a ir a dar un paseo, y te vas a portar bien o te

rajaré la garganta aquí mismo.

Manteniendo el agarre sobre mí, retrocedió llevándome con él y nos separó de la pared. No sé

muy bien cuándo lo hizo, pero apenas me estremecí cuando sentí la afilada hoja de metal clavándose

en mi cuello. El helado aire de la noche golpeaba mi fría y húmeda piel como si de un millón de

alfileres se tratase contrastando con la calidez de la sangre que cubría parte de mi rostro y cuello.

—¡Suéltala, malnacido! —escuché el grito de mujer, pero no logré identificarla—. ¡He llamado

a la policía!

—¡Ocúpate de tus asuntos, vieja! —Apenas podía caminar, de modo que me llevaba

prácticamente a rastras. Tropecé y el arma se clavó más en mi piel.

—¡Suéltala! —Ruido de algo rompiéndose cerca de nosotros—. ¡Suéltala! ¡Déjala en paz! —

Más gritos, más fuertes—. ¡Ayuda! ¡Que alguien nos ayude!

Pese a que gritaba aquello como una exigencia, la femenina voz estaba enlazada con un pánico

que percibí incluso en mi estado de confusión. Sirenas comenzaron a aullar en la distancia y el

hombre que me sujetaba maldijo. No sabía adónde me llevaba o dónde se encontraba su coche, pero

teniendo en cuenta que a cada momento me resultaba más y más difícil mantenerme erguida, supongo

que barajó las posibilidades de sacarme de allí con él y finalmente decidió que lo mejor sería

abandonarme a mi suerte. Gruñó algo junto a mi oído, pero fui incapaz de discernir las palabras.

Acto seguido me sentí caer, como si fuese a cámara lenta, pero ni así pude amortiguar el golpe contra

la acera. Gemí dolorida, pero no me moví. Mis extremidades pesaban, todo mi cuerpo lo hacía.

Cansada, cerré los ojos. Tan cansada... solo necesitaba dormir un poco y todo estaría mejor. Sin

embargo, como si el cielo conspirase en mi contra, las nubes comenzaron a descargar una helada y

fuerte lluvia sobre mi maltrecho y agotado cuerpo.

—¡Oh, Dios mío! —Pasos apresurados. Sirenas que se escuchaban cada vez más cerca—. ¡Oh,

cielo santo! Niña... Mia, abre los ojos, la ayuda está en camino.

—S... Se... Señora Walcott... —balbuceé e intenté hacer lo que me pedía.

Posó su cálida mano en mi mejilla y con delicadeza me acarició el rostro. Estaba acostumbrada

a verla siempre tan fuerte, tan erguida e inalterable que sentí la necesidad de sonreír, aunque no sé a

ciencia cierta si lo conseguí. Incluso a pesar de que la lluvia arreciaba con fuerza, la calidez de su

cuerpo cuando se arrodilló a mi lado resultaba reconfortante, un delicado y bienvenido contraste con

el frío que me embargaba.

—Abre los ojos, niña —rogó con voz temblorosa—. Ábrelos y mírame, por favor. Oh, Dios

mío... Es mucha sangre. ¿Por qué hay tanta sangre?

Quise tranquilizarla, decirle que todo estaba bien. Estaría bien. Pero no conseguí pronunciar una

sola palabra. Golpes de puertas cerrándose, pasos, voces amortiguadas. Más sirenas. Más frío. Mis

párpados pesaban demasiado y era incapaz de mantenerlos abiertos.

Me sentía exhausta. Solo quería dormir, pero me faltaba algo, lo más importante.

Ethan.

¿Dónde estaba?

Lo quería a él. Necesitaba su fuerza y su calor. La seguridad que únicamente él era capaz de

proporcionarme. Ese fue mi último pensamiento, mi único deseo antes de que el agotamiento me

venciera.

Después... nada.

Capítulo 33

Reed

La jodí.

Así de simple.

Lo hice más de una vez y en más de un sentido. Lo sabía y el ser consciente de que sería yo el

causante del dolor de Mia, era algo que me estaba matando. Intentaría arreglarlo como fuese, de

cualquier manera y sin importar lo que ella pidiera, lo que fuera, lo haría. Ya había dado el primer

paso hacia la redención incluso antes de meter la pata hasta el fondo esa misma noche más temprano

porque, aunque ella no lo supiera, no se me escapaba el hecho de que el brillo en sus hermosos ojos

se atenuaba un poco más con cada palabra no dicha y sentimiento no expresado por mi parte. Con

aquello solo pretendía mostrarle que era suyo en cada forma posible e imaginable. Sin limitaciones

ni excusas, cada parte de mí le pertenecía a la mujer que me lo dio todo sin pedir nada a cambio, a la

que me amaba incluso cuando yo la instaba a retroceder, a la que se había convertido en todo mi

mundo.

La tarde iba bien. Hice lo que pretendía, pero, como siempre ocurre, las cosas no tardaron en

irse a la mierda. Cada vez peor y peor.

Lo último fue que, cuando hacía una vigilancia no autorizada, me topé con algo de vital

importancia. Con una escena que necesitaba ser grabada aun a riesgo de que después no fuese

admitida a trámite. Mi puta suerte quiso que no encontrase mi teléfono por ninguna parte. Una vez

convencido de que no estaba en el coche, maldije al destino y retrocedí sobre mis pasos en un intento

de encontrarlo.

Entré ceñudo y con largas zancadas en comisaría, en primer lugar, furioso por la oportunidad

perdida de obtener algún material tan jugoso como importante para la investigación y por otro lado,

no queriendo pensar dónde podría estar el maldito aparato. Fui hacia mi escritorio, me senté y

comencé a revolver todo el contenido tanto de la superficie como de los cajones. No estaba allí, lo

sabía, pero no cejé en mi empeño.

—¿Reed? —Levanté la vista y allí estaba García. Me miraba como si no pudiese creer que

estuviera allí. No respondí y seguí a lo mío—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—No es de tu maldita incumbencia —murmuré.

—¿Qué?

—He dicho que te metas en tus propios asuntos —espeté traspasándolo con la mirada.

Probablemente no merecía aquel trato, pero no quería ni necesitaba socializar en aquel momento.

—Eh, amigo. —Levantó las manos, pacificador—. Entiendo que estés furioso, pero pensé que

estarías en el hospital, no aquí. Me sorprendió, eso es todo.

Me detuve, cerré uno de los cajones y lo miré.

—¿En el hospital? —No quería escuchar la respuesta, lo sabía. Simplemente lo sabía—. ¿Por

qué debería estar en el hospital?

García frunció el ceño mientras me estudiaba. Mi inexistente paciencia se estaba agotando con

cada segundo que se mantenía en silencio. Cuando se percató de que no tenía ni la más remota idea

de lo que estaba hablando, maldijo y dio un paso en mi dirección.

—Joder, ¿no lo sabes?

—García, no tengo ni puta idea de lo que estás hablando, así que suéltalo ya.

—Es... —Se aclaró la garganta—. Joder, tenía que tocarme a mí... hace un par de horas varios

de los chicos se volvieron locos cuando recibimos el aviso de un asalto a mano armada.

No.

—¿Dónde? —Dudó antes de responder y perdí los papeles—. ¿Dónde coño fue el ataque? —

vociferé poniéndome en pie.

—En West Hoyne Avenue, la víctima era la hermana de Sullivan.

No.

Joder, no.

—¿Dónde está? —Ni siquiera le di tiempo a responder cuando ya lo tenía agarrado por el frente

de su camisa—. ¡¿Dónde demonios está?!

—No podían tratarla en el lugar de los hechos. La trasladaron en ambulancia al hospital de...

No necesitaba escuchar más. Sabía cuál era el hospital más cercano. Eché a correr desesperado

por llegar a ella.

Ella estaba bien. Tenía que estarlo.

Maldije y me enfurecí aún más preguntándome por qué nadie me había avisado hasta que

recordé que no tenía mi jodido teléfono.

Golpeé el volante. No importaba cuánto corriera, no parecía ser lo suficientemente rápido.

Las ruedas chirriaron cuando me incorporé al tráfico en una carrera contrarreloj. Estaba

impaciente, furioso, encolerizado... demonios, ni siquiera puedo describir cómo me sentía. Mil

emociones diferentes se batían en duelo, luchaban por el dominio, y por el momento el miedo y la

furia iban en cabeza. Todo pasó en un borrón. Apenas recuerdo el trayecto. Cuando atravesé las

puertas del hospital, fui al mostrador y la enfermera comenzó a pedirme datos y mi relación con la

paciente.

—Aquí está mi placa. —Con un golpe seco la puse en el mostrador para que la viera—. Soy

policía y ahora dígame dónde demonios está Mia Sullivan o juro por Dios que pondré del revés todo

el maldito hospital.

Todos los allí presentes me miraban con cautela, incluso vi de reojo cómo un guardia de

seguridad se acercaba lentamente hacia nosotros, probablemente augurando problemas. Eso fue hasta

que vio mi placa y se detuvo. Con la información que necesitaba, eché a correr, ni siquiera me detuve

a esperar al ascensor y opté por subir por las escaleras. No tenía tiempo que perder. Cuando llegué a

la planta, pude ver al final del pasillo a la familia de Mia al completo; sus padres, su *nonna*, Terry,

Tucker, Jen e incluso los chicos se encontraban allí.

—¿Cómo se encuentra? ¿Está bien?

—Reed, hijo, cálmate... —Chuck dio un paso hacia mí, pero Luke se interpuso en el camino.

—¿Dónde demonios estabas? —gruñó encarándome y agarrando en puños mi cazadora.

—Quítame las putas manos de encima, Sullivan.

—Luke, basta —terció Chuck. Lo hizo a un lado y después me miró—. Está golpeada y algo

magullada, pero, en general, se encuentra bien teniendo en cuenta lo que

podría haber ocurrido. El

médico está revisándola y ahora saldrá a hablar con nosotros.

Asentí, incapaz de hablar. Observé los rostros a mi alrededor y todos se veían tan preocupados

como yo mismo me sentía. Les di la espalda y me froté la cara con fuerza sin poder mirar a ninguno a

los ojos. Me sentía culpable. Mi instinto llevaba días avisándome de que algo estaba a punto de

ocurrir, de que el anterior ataque no sería un hecho aislado. Pero lo ignoré, por ella, porque no quería

asfixiarla ni que viviera con miedo. Porque quería ofrecerle la normalidad que sabía que necesitaba.

Creí que podría resolverlo sin que se viera afectada. Obviamente, me equivoqué.

Minutos después, un médico de mediana edad salió de la habitación y cerró la puerta tras él. De

inmediato, todos lo rodeamos ávidos de información, necesitando que apaciguase nuestras almas ya

que el corazón de esa familia se encontraba herida en una cama de hospital. Varias preguntas fueron

lanzadas al mismo tiempo en su dirección y él levantó las manos, pidiéndonos calma.

—La familia de la señorita Sullivan, supongo.

Todos concordamos y la madre de Mia se acercó más, retorciéndose las manos, nerviosa,

mientras que Chuck rodeaba sus hombros con un brazo y la atraía hacia él.

—¿Cómo se encuentra mi hija, doctor?

Este se quitó las gafas y las guardó en el bolsillo de la bata.

—Veamos, afortunadamente su hija padece una hemofilia leve de tipo A y, a pesar de la leve

convulsión cerebral y del abundante sangrado, ha sido suficiente con administrar un tratamiento de

antifibrinolíticos y algunos puntos de sutura para cerrar la herida en el nacimiento del cuero

cabelludo.

—¿Quiere decir que ya está todo bien? —Di gracias a que Chuck hiciese la pregunta porque no

conseguía encontrar mi voz. Apenas podía apartar la vista de la puerta sabiendo que ella se

encontraba al otro lado.

El doctor suspiró.

—Teniendo en cuenta que pudimos tratarla con bastante rapidez después de ser atacada, yo diría

que sí, está fuera de peligro. También le administramos antibióticos para prevenir posibles

infecciones a causa de sus otras lesiones.

—¿Otras lesiones? —Me acerqué con el ceño fruncido.

—Sí. —Me miró directamente a los ojos—. Ella tenía un arañazo superficial en la base de la

garganta provocado, probablemente, por algún tipo de arma blanca. —Pensé que eso era todo, pero

me equivoqué—. Sin embargo, también tuvimos que tratar una profunda marca de mordedura situada

en la misma zona, a solo unos centímetros de la anterior.

Me giré y cerré los ojos, tenía que calmarme de alguna manera, no podía perder el poco juicio

que me quedaba en un hospital mientras que Mia se encontraba a escasos metros de mí, herida.

Escuché a Luke maldecir y a Chuck intentando calmar a su esposa cuando esta dejó salir lo que

podría ser algo a medio camino entre un jadeo horrorizado y un sollozo. La señora Moretti parecía

mantener la calma al tiempo que permanecía junto a los chicos, y tanto Jen como Ben se veían tan

furiosos y preocupados como el resto de nosotros.

»Miren... —El médico levantó las manos y habló con voz serena, paseando la mirada entre

cada uno de nosotros—. Les aseguro que entiendo su preocupación, pero puedo garantizarles que la

señorita Sullivan se encuentra bien y fuera de peligro. Solo está un poco confusa a causa de los

medicamentos que le administramos para mitigar el dolor. La mantendremos esta noche en

observación para asegurarnos de que no surge ninguna complicación o lesión que haya pasado

desapercibida en un primer examen. —Suspiró y miró a los padres de Mia, probablemente en busca

de aliados teniendo en cuenta sus siguientes palabras—. Sin embargo, mi recomendación sería que

permaneciese ingresada durante un período de al menos cuarenta y ocho horas.

—Bien, pues que así sea entonces —aseveró Chuck.

El médico sacudió la cabeza.

—No lo comprenden —explicó—, esto es algo que ya he hablado con su hija, pero se niega a

permanecer ingresada más tiempo del estrictamente necesario. Supongo que la lógica y el

agotamiento por todo lo acontecido se han impuesto y entiende que, como mínimo, esta noche deberá

quedarse aquí. Pero más allá de eso, si nosotros no le damos el alta mañana, ella misma la solicitará

de forma voluntaria como tan amablemente me hizo saber.

—Tan terca como una mula, igual que su abuela —refunfuñó Chuck.

—Gracias a Dios, prevalece la herencia italiana.

—¡Mamá!

Desconecté de todo lo que ocurría a mi alrededor mientras la descripción de las lesiones de

Mia me perforaba en todos los sentidos imaginables. Me debatía entre ir a verla, tocarla y sentirla

para asegurarme de que se encontraba bien, o largarme para encontrar a los responsables de que

resultara herida. Porque lo haría, sin importar el costo, daría con ellos.

Antes de marcharse, el doctor nos dio permiso para pasar a verla, no sin antes advertirnos de no

alterarla ni atestar la habitación entrando todos al mismo tiempo. Sus padres, su abuela y la pequeña

Sadie fueron los primeros en pasar. Me apoyé contra la pared y crucé los brazos mientras mi mente

trabajaba a mil por hora barajando posibilidades, ubicaciones, contactos, definiendo una estrategia...

algo, lo que fuese. De momento, y hasta que lograra tranquilizarme un poco, lo único que tenía claro

era que no pensaba quedarme quieto. A la mierda el capitán, el reglamento o el protocolo de

actuación; esto sucedió porque no supe protegerla, porque no me encontraba donde debería, ocurrió

por seguir los canales oficiales, por la interminable espera aun cuando éramos más que conscientes

de a por quiénes teníamos que ir. Bien, pues eso se acabó.

Observé cómo, mientras Ben permanecía sentado y cabizbajo, Jen y Luke aparcaban a un lado su

antagonismo para ofrecerse consuelo y fuerza el uno al otro. Sullivan la envolvió en un abrazo antes

de murmurar algo junto a su oreja y dirigirse hacia donde me encontraba, mientras ella se sentaba

junto al chico.

Me erguí preparado para la pelea que mi compañero tuviese en mente. Se colocó junto a mí e

imitó mi postura.

—¿Cómo lo llevas? —Fruncí el ceño. ¿Acaso había perdido la maldita cabeza? Unos minutos

antes se abalanzó sobre mí y, aunque me lo merecía, no entendía este repentino cambio de actitud.

—Dilo. —Sentí su inquisitiva mirada clavada en mi perfil—. Solo di lo que tengas que decir,

Sullivan. No te lo guardes.

Suspiró con pesadez.

—¿Qué demonios ha ocurrido, Reed? —Fijó la vista en la pared frente a nosotros—. ¿Es por

nuestra culpa que la han convertido en un objetivo o se debe a algo más? Y algo que necesito saber,

¿por qué no estabas con ella? —Incluso aunque no tenía ninguna intención de defenderme contra sus

acusaciones, levantó la mano con el propósito de que me mantuviese en silencio—. Créeme, sé que

es completamente injusto e irracional culparte de lo sucedido, pero se suponía que para prevenir esto

ella no trabajaría más en Mick's. Al menos, de momento. —Volvió a mirarme—. Se suponía que la

cuidarías, que protegerías a mi hermana.

Lo encaré mirándolo directamente para que mis siguientes palabras calasen.

—Lo siento. —No solía disculparme muy a menudo, pero era todo lo que podía decir, pues

merecía todas y cada una de sus palabras. Le relaté lo ocurrido aquella noche hasta que descubrí lo

sucedido cuando me encontraba en comisaría—. Es mejor para ti que no entre en detalles, pero debes

saber que pienso solucionar esto de un modo u otro. Ya hemos esperado lo suficiente y mira adónde

nos ha llevado.

—¿Qué estás diciendo? —Se irguió con el ceño fruncido. Debí esperarlo, ya que Sullivan eran

un acérrimo partidario de cumplir las normas a rajatabla—. No se te ocurra hacer ninguna estupidez,

¿me oyes, Reed?

Reí sin humor y también me enderecé, señalando hacia la puerta cerrada.

—Es la segunda vez que atacan a tu hermana en el lapso de una semana y, ¿qué hemos

avanzado? ¿A cuántos de esos hijos de puta tenemos entre rejas? —Mi voz salió con un gruñido y

apreté los puños—. Esta noche han estado a punto de arrebatarme a lo mejor que me ha pasado en la

vida y que me condenen si me siento a esperar su siguiente movimiento.

—Estamos hablando de mi hermana, de modo que sé cómo te sientes. —Me puso una mano en el

hombro—. También estoy cabreado y quiero cogerlos, créeme. Entiendo que la amas y...

—Es más que eso —espeté. Me miró por largos segundos, calibrando mi estado de ánimo,

asimilando mis palabras. Suspiró.

—Piensa hombre, no puedes ir por ahí impartiendo tu propia ley como si fueras el llanero

solitario. —Me dio con el dedo índice en la sien—. Utiliza la cabeza, Reed. Cuando vayamos a por

ellos debemos hacerlo con la seguridad de que podremos golpearlos donde más les duele. Si vas por

tu cuenta, si te permito hacerlo, te meterás en problemas y mi hermana se cabreará conmigo.

Sacudí la cabeza y me froté la mejilla ocultando la reticente sonrisa que consiguió sacarme. Iba

a responder cuando la puerta de la habitación se abrió y la familia de Mia salió. Luke me indicó que

yo debería ser el siguiente y tener mi tiempo a solas con ella antes de que el resto entrase. Me llamó

cuando me disponía a entrar.

—Este no es el momento más indicado para hacerlo, pero habla con ella. Lo entenderá.

No respondí. Sabía que cuando se recuperase debíamos tener una conversación y solo esperaba

que no se crease ningún daño irreparable entre nosotros.

Tenía los ojos cerrados y una intravenosa conectada a su brazo, pero eso no fue lo que más me

llamó la atención. No podía apartar los ojos de la herida con puntos de sutura en la parte alta de su

frente ni de la marca de mordedura en el cuello. El tono purpúreo de un hematoma ya comenzaba a

formarse en ambos sitios y tuve que luchar por mantener mi furia bajo control. No hice ruido alguno,

sin embargo, como si percibiera mi presencia, abrió aquellos ojos del color del caramelo líquido

que me cautivaron desde el primer momento en que los vi y me encontré acercándome a ella sin ni

siquiera haberlo pensado.

Acuné su rostro entre mis manos y, aunque se encontraba un poco pálida, era la criatura más

hermosa que había visto en toda mi maldita vida. Colocó sus manos en mis muñecas y, con un

suspiro, cerró los ojos como si se estuviera alimentando de ese pequeño contacto entre nuestras

pieles, como si ese fuese todo el sustento que necesitaba para mantenerse entera. Me sentía culpable,

me atormentaba no haber estado ahí para ella cuando más me necesitó sabiendo lo aterrorizada que

debió sentirse, pero me tragué la amargura queriendo transmitirle únicamente la paz que sabía que

ella necesitaba.

Me senté en el borde de la cama a su lado.

—Hola —musitó con voz suave.

No respondí. Me limité a rozar mis labios con los suyos en algo que apenas podría considerarse

un beso y fue mi turno para cerrar los ojos sin romper ese simple, aunque necesario, contacto. Mia

era capaz de leerme mejor que ninguna otra persona que hubiese conocido y, sin importar lo mucho

que intentase enmascarar mis emociones, ella siempre me leía sin esfuerzo.

»No es culpa tuya —dijo con nuestras bocas aún tocándose—. No había forma de saber que esto

pasaría, Ethan.

—Pudo haberse evitado.

—No. —Apartó el rostro y apoyó la cabeza en la almohada con la determinación reflejada en

sus ojos—. No permitiré que te culpes por algo que habría sucedido de una u otra forma, ¿me oyes?

No es responsabilidad tuya garantizar la seguridad de cada persona a tu alrededor, es imposible y no

puedes martirizarte por ello. No te dejaré hacerlo.

Nunca me sentí lo suficientemente unido a otra persona como para sentirla mía. No dejaba entrar

a la gente. Sí, muchas de ellas creían conocerme y entender las razones por las que actuaba de una u

otra forma, pero ni siquiera se acercaban a la superficie. Jamás me abrí o dejé entrar a alguien

basado en el convencimiento de que, al final, todos acababan defraudándote; por lo tanto, cuanta

menos implicación emocional hubiese de por medio, menor sería el daño. Siendo niño fui testigo de

cómo mi madre se entregó a un hombre, la vi sostener su corazón entre sus manos solo para que

acabase aplastado sin miramientos por la patética excusa de hombre que resultó ser mi padre. Desde

ese momento, ella quedó tan devastada que fue como si ya no hubiese sitio para amar a alguien más,

ni siquiera a su propio hijo. Con el tiempo, me prometí que nunca me colocaría de forma voluntaria

en semejante posición vulnerable, pero parece que la vida tiene un extraño sentido del humor. No

puedes elegir cuándo, cómo o de quién enamorarte. Sucede, sin más.

Llega en forma de encuentro fortuito. Te saca una sonrisa al recibir una nota adhesiva, ocupa tu

mente tras cada desayuno y café compartido, oler su aroma se convierte en una necesidad al igual que

escuchar su tintineante risa; su generosidad y entrega pasan a ser objeto de admiración, una íntima e

improvisada fiesta de cumpleaños rompe tus barreras y hace que tu endurecido corazón lata más

rápido, más fuerte. Más.

Porque todo era más con ella.

Porque llegó a mi vida y se convirtió en todo cuanto necesitaba y en algo que jamás creí querer.

Mia y yo éramos tan diferentes como dos personas pueden serlo. Éramos acero contra ternura,

ella se guiaba por el corazón mientras que yo lo hacía con la lógica y la determinación. Pero puede

que eso fuera lo que nos hacía perfectos el uno para el otro, lo mismo que convertía nuestra conexión

en algo raro y único, haciéndonos parecer dos piezas de un puzle creadas para encajar a la

perfección.

—Te llamé. —Su suave voz interrumpió mis pensamientos—. Estaba preocupada por ti al ver

que no respondías, así que insistí varias veces e incluso te envié un mensaje.

Cerré los ojos y apreté la mandíbula, que ella acariciaba con esa ternura que la caracterizaba y

que yo no merecía recibir. Pasó los dedos por mi pelo de aquel modo que tanto le gustaba, pero yo

continuaba sin poder mirarla. Me necesitó, me llamó y ni siquiera fui capaz de responder al puto

teléfono.

Tenía que largarme de allí y comenzar con lo que necesitaba ser hecho. Cuanto antes. Le cogí la

mano y deposité un beso en el centro de su palma antes de levantarme.

—Tengo que irme, nena.

—¿Qué? —Trató de incorporarse e hizo una pequeña mueca—. ¿Qué quieres decir con que te

vas? ¿Adónde?

—Tengo trabajo que hacer. —No necesitó más explicación. Ella sabía que me resultaría

imposible sentarme y no hacer algo después de lo ocurrido, incluso si una parte de mí deseaba

quedarse con ella en esa cama de hospital, la otra gritaba por retribución, por justicia.

Supongo que, consciente de que pedirme lo contrario no surtiría efecto, se limitó a observarme,

a pasear la mirada por cada parte de mi rostro como si no quisiera perderse detalle alguno.

—Prométeme que tendrás cuidado —exigió, aunque lo hizo con temblor en la voz—. Dame tu

palabra de que volverás a mí de una pieza.

La miré y me embabí de su belleza, una que ni siquiera sus heridas o hematomas consiguieron

deslucir, pero que, sin embargo, continuaban allí como brillantes luces de neón en la noche.

Recordándome el diferente y trágico final que podríamos haber vivido esa noche, lo que podría

haber perdido por ser un imbécil. Exigiéndome hacer algo, instándome a aplicar el ojo por ojo sin

importar que mi honor estuviese enlazado a una placa de policía.

No podía prometerle aquello, así que no lo hice. No le mentiría, aunque, por supuesto, yo era el

primero que no quería salir herido. Me acerqué y la besé. Algo que comenzó como un toque tierno y

tentativo, pronto se convirtió en más. Deslicé mi lengua entre sus labios hasta dar con la suya y Mia

se entregó a mí sin pensarlo dos veces. Nuestras lenguas se enredaron y acariciaron, ahuequé su nuca

para acercarla más a mí, puesto que nunca parecía tener suficiente de esa mujer. Cuando gimió en mi

boca supe que era el momento de detenernos.

—Volveré lo antes que pueda, ¿de acuerdo?

Asintió con los ojos cerrados y rozó su nariz con la mía.

—Te amo.

Quise devolverle las palabras. Necesitaba hacerlo tanto como ella escucharlas. Lo sabía y, sin

embargo, aún no pude hacerlo. Sujeté su barbilla entre mi pulgar e índice y deposité un último beso

en sus labios.

Sin querer pensar más, sin poder mirarla de nuevo, giré sobre mis talones y abandoné la

habitación en la que se encontraba la persona que se había convertido en todo mi mundo.

## Capítulo 34

Entendí perfectamente aquello que decía Dorothy de que no hay nada como el hogar. Jamás se dijo

una verdad más grande.

Mis lesiones no eran tan graves como aparentaban, sin embargo, al doctor le preocupaban un

poco los golpes recibidos en la cabeza, de modo que, con cierta reticencia, finalmente me dio el alta

a condición de tomarlo con calma y de que en caso de observar cualquier síntoma como mareos,

vómitos, pérdida de conocimiento o somnolencia, acudiese de inmediato al hospital. Después de eso

vino la discusión acerca del alojamiento.

Eso era algo que ya me esperaba, por supuesto.

Tenía claro que en esa cuestión no daría mi brazo a torcer por más insistencia que mostrasen mis

padres. Entendía su temor y preocupación, podía ponerme en su lugar, pero donde realmente quería

estar era en mi casa, con Ethan. Sabía que él no podría pasar demasiado tiempo conmigo, pero Jen

salió en mi ayuda alegando que ella se quedaría haciéndome compañía lo que fuera necesario.

Además, en casa ya estaban mis padres, *nonna* y los chicos. No había sitio para más, ya quisieran

reconocerlo o no.

Con un suspiro, me acomodé y me cubrí con una manta. No llevábamos ni diez minutos a solas

cuando llamaron a la puerta.

—¡Voy! —anunció Jen desde la cocina. Estaba segura de que a mamá se le habría ocurrido

alguna otra indicación que darnos.

—Oye, se me ha ocurrido que podría comprarme una de esas campanillas para poder llamarte

cuando requiera de tus servicios —dije en voz alta solo para irritarla.

Escuché la puerta abrirse.

—¡Alice! —Me incorporé y miré sobre el respaldo del sofá cómo mi vecina recibía con una

sonrisa el abrazo de mi amiga—. Me alegro de verte, pasa.

La señora Walcott dirigió la mirada hacia mí. Creo que, por primera vez, sus ojos reflejaron

calidez y no irritación como normalmente ocurría cuando nos encontrábamos.

—No quise molestar antes, ya vi que tenías visita. —Encogí las piernas para hacer sitio en el

sofá y ella aceptó la silenciosa invitación—. ¿Cómo te encuentras?

—En realidad, me siento bien. —Jen le ofreció algo para tomar, pero ella lo rechazó

amablemente—. Mejor de lo que ellos creen.

—Dolorida o no, pienso quedarme aquí —advirtió mi amiga antes de volver a la cocina—.

Órdenes de los Sullivan.

Las tres reímos. Miré a mi vecina, quien a su vez me observaba con las manos entrelazadas

sobre el regazo y una genuina preocupación reflejada en su rostro.

—Gracias. —No había palabras para describir todo lo que quería decirle—. Gracias por... por

salvarme la vida.

Parecía insuficiente, pero nada más se me ocurría en ese preciso instante. ¿Por qué nos fallan

las palabras en los momentos más importantes? Sentí un nudo en la garganta y, por más que traté de

aguantar, fue inevitable que las lágrimas comenzasen a caer cuando vi que también sus grises ojos se

anegaban en lágrimas.

—Estaba aterrorizada —explicó con voz trémula sin dejar de mirarme a los ojos—. Leo junto a

esa ventana y escuché algo. No sé muy bien por qué me asomé. —Se limpió una lágrima errante—.

No suelo hacer caso, después de todo en una calle siempre hay ruidos. Gracias a Dios que lo hice. —

Sacudió la cabeza y le agarré la mano que mantenía en el regazo. Estaba temblando—. Vi cómo te

atacó. Lo vi golpearte y... y también cómo te defendías. —Calló unos segundos—. Lo siento. Lo

siento de veras.

—¿Por qué se disculpa? —Fruncí el ceño y me limpié una lágrima. Supuse que, dada la

experiencia, era normal estar más sensible—. De no ser por lo que hizo, bueno, probablemente no

habría sido tan afortunada.

—No pude hacer más. Ojalá hubiese...

—Hizo más que muchas personas cuando son testigos de situaciones similares y se lo

agradeceré toda la vida.

Sonrió y apretó mi mano. Resultaba llamativo que hubiésemos tenido que vivir esa experiencia

para que se diese un acercamiento entre nosotras o, mejor dicho, para que ella accediera a

conocerme. Jen se nos unió y cuando la conversación se tornó más ligera, por fin reuní el valor para

preguntarle el porqué de su fría actitud hacia mí en nuestros escasos, breves, pero intensos

encuentros. Apretó los labios, observándome, supongo que calibrando la mejor manera de responder.

—Supuse que eras como las demás. —Ambas, Jen y yo, enarcamos las cejas—. Las he visto

desfilar por esas escaleras como gatas sumisas necesitadas de atención y, cuando vi el modo en el

que lo mirabas, di por sentado que serías otra más de la colección. Sin embargo, he sido testigo de

cómo lo dejabas sin palabras y de su expresión cuando le diste con la puerta en las narices. —Se

encogió de hombros con una sonrisa de disculpa—. Es evidente que me equivoqué. No me

malinterpretes, ya sé que ahora nadie espera al matrimonio para tener sexo, y yo misma disfruté de un

montón de buen sexo en mi juventud, pero ese constante ir y venir...

Dejó la frase en el aire. Ya sabía que hablaba de Ethan y de sus conquistas y, a decir verdad,

podría haber continuado con mi feliz vida sin que nadie me restregase por la cara ese dato.

—Lo echo de menos —suspiró Jen mirándose las uñas. Alice y yo la miramos—. Pero solo lo

justo, por supuesto. Aunque, ¿quién mide cuánto sexo es suficiente? Alice —inclinó la cabeza a un

lado—, ¿has escuchado hablar alguna vez acerca de vaginas deprimidas?

La señora Walcott se llevó una mano al pecho, sin duda alguna sorprendida por la pregunta.

Poco después las tres prorrumpimos en carcajadas. Resultó que mi vecina fue todo un descubrimiento

en el mejor de los sentidos y estaba segura de que nos convertiríamos en buenas amigas. Pasamos un

rato agradable charlando y escuchando algunas de sus anécdotas de juventud y si algo nos quedó

claro, fue que aquella mujer siempre fue de armas tomar. Se amilanaba ante pocas cosas.

Hacía rato que nos quedamos Jen y yo solas y decidimos ver una buena película mientras nos

relajábamos en el sofá, sin prisas y sin nada más que hacer. Volvieron a llamar, lo cual me extrañó

puesto que Ethan tenía copia de la llave y no esperaba a nadie más. Me incorporé necesitando estirar

las piernas, pero mi amiga se me adelantó y ordenó que no me moviese del sitio.

—No estoy inválida, ¿sabes? —Me irrité—. Soy perfectamente capaz de abrir una puerta,

además, eso no altera el hecho de que tenga que hacer reposo.

No me dignó con respuesta alguna y me crucé de brazos enfurruñada cual niña. Ni siquiera me

asomé para ver quién llamaba cuando escuché la puerta abrirse.

—¿Quién eres tú? —Creí reconocer la voz y ese tono altivo.

—No, la pregunta aquí es, ¿quién demonios eres tú?

—Fui al apartamento de Reed, pero no hubo respuesta, ¿sabes dónde puedo encontrarle?

Esas palabras consiguieron toda mi atención, especialmente porque, incluso sin mirar, ya sabía

de quién se trataba. Que estuviese allí, en mi casa y buscando a mi novio no auguraba nada bueno,

pero me correspondía a mí encargarme de ella y dejarle claro de una vez por todas que Ethan ya no

estaba en el mercado. Si no entendía las explicaciones de él, esperaba que se

dignase a escucharme a

mí y de paso mostrase algo de amor propio desapareciendo de nuestras vidas.

Aparté la manta y me levanté. Cuando la miré, ella estaba tan perfecta como siempre, hermosa y

llamativa con el largo y ondulado cabello caoba enmarcando su rostro. Frunció el ceño y me

inspeccionó a conciencia antes de arrugar la nariz. Ya sabía el deplorable aspecto que presentaba y

aquello no ayudaba.

—Hola, Vivian.

—Vaya, tienes un aspecto horrible. —Entró sin haber sido invitada, aún examinándome de pies

a cabeza—. ¿Qué te ha pasado?

No había preocupación en su pregunta, sino una morbosa curiosidad. No mostré hasta qué punto

me molestaron sus palabras y el desdeñoso tono con que las pronunció, sino que avancé para evitar

que se adentrase más en mi casa. Quería que se largase de allí lo antes posible. Jen la miraba con una

mueca feroz y, cuando abrió la boca para responder con alguna grosería, me adelanté.

—¿En qué puedo ayudarte?

Por fin dejó de repasar mi ropa y me miró a la cara.

—Bueno, fui a casa de...

—Sí, ya te escuché antes —interrumpí. No me interesaba lo que tuviera que decir—. Y, aunque

es más probable que lo encuentres aquí que allí, puesto que estamos juntos, en este momento está

trabajando.

—¿Disculpa?

Dios, me molestaba incluso su voz.

—¿Cuál es la parte que no has entendido? —espetó Jen a sus espaldas.

—¿Dices que estáis juntos? —ignoró a mi amiga descaradamente. No me gustaba su tono ni

tampoco el modo en que me observaba. Solo la había visto un puñado de veces, pero, aun así, tenía

la certeza de que estaba actuando. Por supuesto que sabía que estábamos juntos e incluso de no ser

así, ¿eso era lo que más le importaba de todo cuanto le dije? No me lo creí ni por un segundo.

—Sí, eres más que consciente de la relación que mantenemos porque sé que Ethan te lo ha dicho

cada vez que has llamado molestando, puesto que en la mayoría de esas ocasiones yo me encontraba

con él. Y, ahora, ¿hay algo en lo que pueda ayudarte?

No se trataba de una persona con la que quisiera interactuar más de lo estrictamente necesario.

Sin importar cuánto me molestasen su pasado con Ethan o las llamadas para volver a conectar con él,

eso era algo de lo que siempre procuré mantenerme al margen, máxime cuando me aseguraba que

jamás hubo nada relevante entre ellos, solo sexo, dos personas que se acostaban juntas cada vez que

les apetecía, nada más. Aunque sus palabras me tranquilizaban, no evitaban que sintiera un

aguijonazo de celos siempre que veía su nombre reflejado en la pantalla del teléfono.

Dos veces hice hincapié en el hecho de que Ethan —o Reed como ella lo llamaba— y yo

estábamos juntos, sin embargo, pareció que mis palabras lejos de molestarla la divirtieron.

—¿En serio? —Ladeó la cabeza y me miró con curiosidad—. Supuse que no eráis más que

amigos.

Esa mujer había perdido el juicio definitivamente. Yo misma escuché cómo Ethan le hablaba de

nosotros.

—Imagino que no prestas demasiada atención a los detalles. —No pude disimular mi irritación

—. Estamos juntos, somos pareja y, si por un instante crees que voy a mantenerme en silencio

mientras tratas de interponerte en nuestra relación, te aseguro que te equivocas.

Levantó las manos como si pretendiera apaciguarme, con una astuta sonrisa en los labios.

Cuando vi lo que sostenía en una de ellas, me quedé petrificada; de hecho, creo que incluso dejé de

respirar y fui incapaz de apartar la mirada de ese punto, incluso cuando ella comenzó a hablar.

—No es necesario que te pongas a la defensiva —respondió con una voz melosa que, desde mi

experiencia, no auguraba nada bueno—. Quizás lo malinterpreté ayer cuando estuvimos juntos.

No podía ser. No era posible.

Intenté prepararme e hice la siguiente pregunta, aun cuando no quería conocer la respuesta, sin

embargo, era necesario.

—¿Dónde? —conseguí graznar.

La miré. Quería ver sus ojos cuando respondiera.

—Anoche vino a mi casa. —Dio un paso en mi dirección—. Es por eso que vine. Supuse que

estaría volviéndose loco sin el teléfono y como sois vecinos y sé que suele pasar por aquí, pensé que

igual no te importaría devolvérselo.

Me tendió el aparato y yo solo pude mirarlo antes de, finalmente, cogerlo. Agaché la cabeza y

observé la oscura pantalla.

No sé el sonido que hace un corazón al romperse, ni tampoco si alguien más fue capaz de oírlo,

pero justo allí, en ese preciso instante, sentí cómo el mío se hacía añicos; el pecho se me encogió y el

nudo de mi garganta apenas permitía la entrada de aire. Muchas veces escuché aquello de que no hay

que mostrar debilidad ante el enemigo, y no tenía la menor duda de que eso era exactamente Vivian,

puesto que no tuvo ningún reparo en dejarlo claro. Sin embargo, en aquel momento me importaba muy

poco la patética imagen que pudiera estar ofreciéndole, yo solo podía pensar en sus palabras, en una

declaración que destilaba verdad en cada sílaba. Precisamente, esa fue la razón de que nos

encontrásemos en mi sala de estar, porque ella vino a mí armada con una verdad que no admitía

discusión y que, por otro lado, sabía que me destrozaría de la peor forma posible. Fue a mi casa con

la intención de hacer daño y eso fue justo lo que consiguió, de hecho, es probable que ella no

alcanzase a imaginar hasta qué punto cumplió su objetivo.

No levanté el rostro, no podía dejar de mirar ese maldito teléfono. No es que el aparato en

cuestión fuese el culpable de todo porque en realidad solo fue lo que consiguió que abriera los ojos a

una realidad que de otro modo no habría visto. Me sentía más dolida de lo que las palabras alguna

vez podrían llegar a describir, también engañada, humillada y terrible e

irremediablemente triste.

En definitiva, me sentía estúpida.

—Vete de aquí —espetó Jen desde la puerta.

—Por supuesto, ya he acabado con lo que vine a hacer aquí. —Escuché el repiqueteo de sus

tacones al dirigirse hacia la salida, sin embargo, se detuvo. Aún no había dado el golpe de gracia—.

Oh, por cierto... se apagó debido a las incesantes llamadas que recibió anoche. ¿Sabes? A los

hombres como él, no suelen gustarle las mujeres que necesitan controlarlos continuamente para

sentirse seguras.

—¡Lárgate de aquí de una puta vez antes de que yo misma te saque! — Segundos después,

escuché el fuerte golpe de la puerta al cerrarse—. ¿Mia?

Levanté el rostro hacia su preocupada voz. La veía acercarse a mí y también la escuchaba, sin

embargo, todo parecía algo emborronado, como cuando experimentas un sueño en el que tú misma

eres la protagonista, pero no puedes hacer nada más que observar cómo se suceden las cosas. Era

consciente de lo que acababa de ocurrir, sabía que las palabras que salieron de su boca no eran otra

cosa más que la verdad, pero supongo que aún no había acabado de asimilarlo realmente. La realidad

de mi situación no tardaría en golpearme y sabía que cuando eso ocurriera quería desmoronarme

sola. No quería testigos de mi derrumbe, ni siquiera a la que a todas luces era prácticamente una

hermana para mí.

—Creo... ya no me apetece demasiado ver la película, Jen. —Me giré sin mirarla. No podía—.

Me duele la cabeza, será mejor que me acueste un rato.

Sujetó mi mano para detener mi huida.

—Mia, por favor, habla conmigo.

—No puedo —respondí con lágrimas en la voz—. Ahora mismo no puedo.

—Seguro que hay una explicación razonable para esto —alegó convencida de lo que decía—.

Esa mujer es una víbora y no creo q...

—Ahora no, por favor.

Tras mi súplica, se hizo el silencio en la estancia tan solo interrumpido por el sonido de la

televisión. Se acercó a mí por detrás y me besó en un lado de la cabeza.

—Estoy aquí si me necesitas, ¿de acuerdo? —Asentí—. Intenta descansar un poco, quizás luego

puedas verlo todo desde otra perspectiva.

Dudaba que así fuera, pero no se lo dije.

Cerré la puerta y me tumbé en la cama. La misma en la que habíamos

dormido juntos casi cada

noche desde que iniciamos lo que yo consideraba la relación más real y auténtica que podía existir

entre dos personas. La cama en la que compartió conmigo las vivencias y temores que no se permitió

mostrar al mundo hasta ese momento. El mismo lugar en el que me sentía cálida, segura y en paz por

el simple hecho de tenerlo allí, envolviéndome con su calor; donde bajaba la guardia y, durante un

breve tiempo, se permitía ser vulnerable junto a otra persona.

Me tumbé de lado, mirando hacia la ventana, observando cómo el sol se ponía y el cielo de

Chicago se pintaba en tonos rosáceos y púrpuras para ir dejando paso a la noche. Se me desdibujó la

visión a causa de las lágrimas y no sé por qué aún trataba de impedir que escapasen de mis ojos;

quizás era una forma de retrasar lo inevitable, porque en el momento en el que eso sucediera, tendría

que admitir que me equivoqué al pensar que el nuestro era el tipo de amor que muchas personas

pasan la vida buscando y que solo te llega una vez en la vida. Ese del que *nonna* me habló en

innumerables ocasiones y que todavía sentía por mi abuelo, el mismo que existía entre mis padres y

acerca del cual leías en los libros. Eso fue lo que creí que teníamos, lo que sentí en lo más profundo

de mi alma. Nunca me pregunté si Ethan podría ser el hombre de mi vida, simplemente lo supe, sin

más. Sin importar que en ciertos momentos mi cabeza tratase de luchar contra ello, mi corazón y mi

alma jamás lo dudaron y convirtieron esa afirmación en una certeza en la que no había cabida para

las dudas.

Hundí la cara en la almohada y me abracé a ella, inhalando su aroma, bebiéndolo con cada fibra

de mi ser y utilizándolo como consuelo o castigo, no sabía cuál puesto que ambos sentimientos

estaban presentes mientras lo sentía envolviéndome. Fue entonces cuando pasó, me rompí. Lloré y

lloré rogando que, de alguna forma, aquellas lágrimas se llevaran mi dolor, que aliviasen la pesada

carga que no estaba segura de poder soportar y, cuando pensaba que no podrían quedar más, seguían

llegando en tropel haciendo que me ahogase más en la pena.

En un momento dado, comencé a sentir los párpados cada vez más pesados, de modo que me

rendí al cansancio que con cada segundo hacía más mella en mi cuerpo; cerré los ojos y me dejé ir a

la deriva a un mundo de sueños donde las últimas horas jamás hubiesen sucedido, a un lugar en el

que su amor por mí fuese tan fuerte que nada podía quebrarlo, a uno en el que las únicas lágrimas que

me haría derramar serían de felicidad.

Hay momentos en los que el llanto —al igual que sucede con la risa— puede resultar catártico.

Este no fue el caso puesto que me desperté con la cabeza palpitando y los ojos hinchados, y es que la

resaca emocional puede ser incluso peor que la ética.

El cielo estaba oscuro y permanecí acostada en la misma postura de cara a la ventana, aunque

sin ver realmente algo. Tampoco mis pensamientos iban hacia alguna parte, solo estaba triste.

Muchísimo. Más de lo que lo estuve alguna vez en mi vida.

Tan perdida estaba en ellos que no estoy segura de en qué momento me percaté de las voces

provenientes de la sala de estar. Aunque hablaban en un tono moderado no tenía ninguna duda de que

allí se estaba desarrollando algún tipo de discusión, del mismo modo, también sabía quién estaba con

Jen. La sola idea de verlo, de hablar con él y de enfrentarlo después de descubrir dónde estuvo el día

anterior hizo que el corazón comenzase a golpear a ritmo de tambor contra mi pecho, las manos me

sudaban y sentía las piernas como dos bastones de gelatina que cederían en cualquier momento.

Pegué la oreja a la puerta tratando de entender lo que decían, pero fue inútil, además, solo escuchar

la profunda y ronca voz de Ethan tuvo lágrimas anegando mis ojos en cuestión de segundos. Me

permití llorar una última vez antes de abandonar mi santuario porque, a pesar de que quería hacerlo

consciente del terrible daño que me había causado, no quería llorar ante él. No, si podía evitarlo.

Tomé varias respiraciones profundas y traté de recomponerme; me limpié todo rastro de lágrimas de

la piel y recogí su teléfono del lugar en el que quedó abandonado en mi cama. Abandonado, aunque

no olvidado.

Cuando entré en la sala de estar no tardaron en volverse conscientes de mi presencia y, de

inmediato, ambos se quedaron en silencio, observándome. Jen estaba molesta con los brazos

cruzados y, en cuanto echó un vistazo a mi rostro, desvió la mirada mientras sacudía la cabeza. A

sabiendas de que, aunque permaneciese allí como mi amiga, esto era algo entre Ethan y yo,

retrocedió y se sentó en uno de los taburetes junto al mostrador, ofreciéndonos así una cierta

sensación de intimidad.

—Mia, ¿se puede saber qué demonios está ocurriendo? —Dio un paso en mi dirección, pero me

aparté. Eso hizo que se congelase—. ¿Por qué has estado llorando?

Aún no podía mirarlo a la cara, no quería ver los ojos azules pertenecientes al hombre que en

cuestión de horas pasó de ser mi mundo a convertirse en mi verdugo.

—Creo que habías perdido esto.

Le tendí el teléfono con la vista clavada en su amplio y fuerte pecho. No hizo amago de cogerlo,

de hecho, no se movió ni un ápice.

—Mia, mírame. —No hice caso de su exigencia, no podía—. ¡Mírame!

Cerré los ojos y me estremecí. Bajé el brazo que todavía mantenía extendido y lo miré.

—¿Qué? —grazné. El nudo en mi garganta estaba de vuelta.

—¿Qué? Solo eso... ¿Qué? —Se pasó las manos por el cabello y giró sobre sí mismo antes de

enfrentarme de nuevo—. ¡Háblame, maldita sea! Llego aquí y, en primer lugar, Jen no me permite

pasar de la entrada y después te encuentro en este estado. Has estado llorando, ¿por qué?

Durante algunos segundos nos sostuvimos la mirada sin que ninguno de los dos dijera una sola

palabra. Era consciente de que él podía ver perfectamente el dolor reflejado en mis ojos, pero estaba

de acuerdo con eso, después de todo, fue el causante de todas y cada una de las lágrimas que derramé

ese día.

—Toma tu teléfono. —Volví a tendérselo. No desvió la mirada ni una sola vez.

—Mia —suspiró—, creo que sé lo que puede haber ocurrido desde la última vez que te vi, al

menos me hago una idea, pero quiero que me lo cuentes. Háblame y dame la oportunidad de

explicarme.

—Cógelo. —Ignoró mi exigencia y perdí los estribos. Avancé hacia él y le estampé el aparato

en el pecho—. ¡Toma tu maldito teléfono!

En cuanto colocó su mano sobre la mía, la aparté y retrocedí como si su solo contacto me

quemase. Vi el dolor reflejado en su apuesto rostro, aunque traté de ignorarlo.

—¿Cómo lo conseguiste? —inquirió a pesar de que todos en esa habitación conocíamos la

respuesta.

—¿Dónde estuviste ayer? —solté yo, sin tan siquiera procesar las palabras.

Apretó la mandíbula antes de encararme nuevamente.

—No sé qué demonios te habrá dicho esa maldita arpía, pero no es lo que parece.

No pude evitarlo, pero esa frase era tan cliché que me eché a reír. No le pegaba en absoluto y

jamás imaginé que la escucharía salir de sus labios, pero ahí estaba, una más de las miles de

personas que habían utilizado esa excusa alguna vez. Ver para creer.

—Seguro que no lo es —coincidió aún riéndome y sacudí la cabeza—. Gracias por eso, lo

necesitaba.

—Estoy hablando completamente en serio, joder —espetó frustrado—. Las cosas no sucedieron

como crees.

—¿En serio? —pregunté con ironía—. Estamos hablando de Vivian, la misma mujer con la que

te has estado acostando durante meses. La misma que continúa llamándote a pesar de que le has

dejado claro que lo que había entre vosotros terminó, esa Vivian, ¿verdad? —Asintió con los labios

apretados en una fina línea y se cruzó de brazos—. Y ahora corrígeme si me equivoco... Ayer,

mientras yo te llamé varias veces y me preocupé porque algo hubiese ocurrido al no tener respuesta y

también en el momento en el que estaba siendo atacada y a punto de ser violada, en esos momentos,

¿estabas en su apartamento?

—No es así.

—Cierto —chasquéé la lengua—. Estabas trabajando después de haber estado en su casa. —

Sacudí la cabeza al recordar las palabras de ella y con ese movimiento también desapareció la

entereza que había mostrado hasta entonces. Se me rompió la voz cuando volví a hablar—. ¿Sabes?

Solo te pedí que fueras sincero y me lo prometiste, me aseguraste que jamás me harías esto.

—Mia, tienes que escucharme...

—No, no tengo que hacerlo porque creo que ya escuché suficiente por hoy.

—Decidí dejarlo

salir absolutamente todo—. Te he querido desde el primer momento en que te vi y comencé a

enamorar de ti aun sabiendo que esto podría pasar, consciente de que no eras un hombre que se

atara. Te he amado incluso en los momentos en los que no quería hacerlo. — Las lágrimas

comenzaron a recorrer mis mejillas—. Si encontraba una razón por la que no debería amarte, otras

cien aparecían que indicaban todo lo contrario. Sobrellevé tu hermetismo porque entendía que

necesitabas tiempo. —En este punto me temblaba la voz—. He rogado y deseado cada maldito día

escucharte decir que me amas porque, de algún modo, quizás así se volvería más real. Porque,

aunque a veces no son necesarias las palabras, así sentiría que me querías tanto como yo a ti, hasta

tal punto que parece una completa locura, que él... —puse el puño sobre mi corazón—, solo se

mantiene latiendo gracias a la otra persona, que por fin había encontrado

aquello que muchos sueñan

y pocos viven. —Sacudí la cabeza, ahora llorando sin control—. Creí que lo había encontrado,

¿sabes? Solo pensé que necesitabas más tiempo, la forma en que me mirabas a veces... pensé que

había conseguido mi amor de cuento de hadas. Algo épico. —Sonreí temblorosa y con tanta pena que

sentí que me ahogaba—. Infantil, ¿no?

No me dio tiempo a reaccionar cuando, en dos zancadas, se plantó frente a mí y enmarcó mi

rostro entre sus manos.

—Por favor... —Cerró los ojos y apoyó su frente contra la mía—. Nena, por favor... me está

matando verte así. No lo soporto.

Sollocé y cerré los ojos. No importaba lo absolutamente desolada que me sintiera, lo amaba con

cada fibra de mi ser y, si algo tenía claro, era que Ethan siempre sería una esencial parte de mí. Rocé

mis labios con los suyos en una caricia tan suave como el aleteo de una mariposa, apenas una brisa,

un suspiro; él dejó escapar algo parecido a un gemido de dolor, como si lo disfrutase y al mismo

tiempo pareciera insuficiente. Podía entenderlo puesto que cuando se trataba de él, de nosotros, yo

siempre quería y necesitaba más. Probablemente ese fue mi error, exigirle

más de lo que estaba

dispuesto a entregar y aferrarme a la esperanza y a un absurdo sueño infantil.  
Por suerte, sabía

cuándo retirarme y reconocer la derrota.

—Márchate, Ethan —susurré con nuestros labios todavía tocándose.

Se congeló y se echó hacia atrás; me perdí en la intensa mirada con la que me observaba,

traspasándome, analizando mi expresión, no muy seguro de haber escuchado bien.

—¿Qué?

—Necesito que te marches. —Sujeté sus muñecas y retrocedí antes de que las dejase caer a los

lados. Apretó la mandíbula mientras se debatía en silencio sobre qué hacer.

—Muy bien —asintió—, entiendo que necesitas tiempo y te lo daré. Puedo volver mañana y...

—No, no lo entiendes. No es necesario que vuelvas mañana, ni pasado... ni ningún otro día.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó con voz ronca y parecía atormentado.

—Estoy diciendo que se acabó. No pretendo sacarte de mi vida, porque sé que eso sería

imposible, pero lo que sea que hubiera entre nosotros ha terminado.

—No se ha terminado. —Parecía determinado, pero eso no nos favorecía a ninguno de los dos.

—Por favor... —rogué al punto de la ruptura—. Por favor, Ethan.

—Mia...

Intentó acercarse a mí, pero planté las manos con fuerza en su pecho y lo empujé.

—¡Márchate! —Volví a golpearlo, pero él no se movía—. ¡Vete!

—Ethan... —Jen, que hasta el momento se había mantenido en silencio, dio un paso en nuestra

dirección. Ella me conocía mejor que nadie y supo ver que no aguantaría mucho más.

Él continuó mirándome, traspasándome con aquellos ojos azules que perdurarían en mi memoria

sin importar el tiempo o la distancia que hubiese entre nosotros. En aquel momento no pude leerlo, ya

que cerró por completo su expresión antes de dar media vuelta y salir dando un portazo.

En cuanto la puerta se cerró, envolví los brazos alrededor de mi estómago y me dejé caer de

rodillas en el suelo. No sentí el golpe, pero la pena que me embargaba era tal que resultaba

físicamente doloroso. Al siguiente instante, Jen estaba conmigo, protegiéndome en su abrazo,

prestándome un hombro en el que derramar las más amargas lágrimas que hubiese llorado jamás. En

silencio, sin juzgar ni opinar. Solo se limitó a dejarme ser, a permitirme caer y llorar por perder al

amor de mi vida para, acto seguido, ayudarme a ponerme en pie.

—Estarás bien, cariño —susurró junto a mi pelo mientras nos mecía en un suave balanceo—.

Mejorará con el tiempo, ya lo verás.

No, no lo haría.

## Capítulo 35

Reed

Permanecí de brazos cruzados atento a lo que aparecía en la pantalla. Al día siguiente de que todo se

fuera a la mierda con Mia, hablamos con el especialista informático del departamento para que se

pusiera manos a la obra y revisara las cámaras de seguridad de la zona en la que tuvo lugar la

reunión entre Wachowsky y algunos de sus socios. Afortunadamente, hoy en día podías encontrar y

localizar casi cualquier cosa. La mayoría de las personas rara vez se paran a pensar en ello, pero la

intimidad se convierte con cada día que pasa en algo que no deberíamos dar por sentado. Satélites,

cámaras de vigilancia, el GPS de un coche o incluso un teléfono móvil, pueden servir para desmontar

una coartada, localizar a una persona e incluso conocer el recorrido y los lugares exactos en los que

alguien ha estado.

—He tratado de aclarar y agrandar las imágenes todo lo posible —explicó Rosswell, aunque ni

Sullivan ni yo lo miramos—, pero son de una pésima calidad. También apliqué un desenfoque

*gaussiano* para... —Cuando solo le enarqué una ceja como respuesta, dejó lo que estaba diciendo—.

Cierto, bien. —Se aclaró la garganta—. Estad atentos porque ahora viene lo bueno.

Vi a ese abogado de pacotilla hablando con otro tipo. El vídeo avanzó y otro coche llegó, uno

que no reconocí.

—Probablemente ya me había largado de allí —murmuré, seguro de no haber visto eso.

—Hijo de puta —espetó Sullivan acercándose más a la pantalla.

—¿Qué?

—Sabía que ese tipo me resultaba familiar. —Sacudió la cabeza y palmeó el hombro del

técnico—. Ross, congela la imagen y sácame una copia. —Cuando la tuvo en la mano, me la pasó—.

El tipo que está con Peter, lo conozco. Se llama Thomas Endelson y es el subdirector de North

Grand.

—¿El instituto de Mia? —Fruncí el ceño al reconocer su nombre—. Ben mencionó que

últimamente le ha estado dando algunos problemas a tu hermana.

—¿Y por qué coño no me lo dijiste?

No teníamos tiempo para eso, joder.

—Porque pensaba encargarme yo mismo. —Lo reté con la mirada.

—¿Qué demonios pinta en todo esto? —Hizo en voz alta la misma pregunta que me rondaba la

mente—. Me habló de él alguna vez. —Cuando no lo miré, aclaró—. Mi hermana. —Ya sabía a quién

demonios se refería por mucho que pretendiese ignorarlo. Suspiró—. Parece ser que el tipo es un

cretino y no so...

—Mierda. —Me incliné hacia delante y miré fijamente la pantalla—. Ross, congela justo ahí.

No había duda de quién acababa de bajarse del otro coche. Por más que mirase, la imagen

continuaba siendo la misma.

—Joder... —Sullivan acababa de ver lo mismo que yo.

—Ese es... —comenzó Ross. Parecía atónito.

—El ayudante del fiscal del distrito —terminó mi compañero por él.

Uniendo ciertas conexiones, también la alusión a personas importantes por parte de los testigos

e informantes, las continuas trabas con las que siempre nos topábamos, el hecho de que parecieran ir

un paso por delante de nosotros... todo ello ya me hacía suponer que este asunto era más grande que

un simple caso de narcotráfico y delincuencia entre bandas. Pero descubrir

que el ayudante del fiscal

del distrito también estaba implicado en esa mierda lo complicaba todo.

Joder.

—Ross saca una copia de la grabación e imprime las imágenes de todos los que aparecen ahí.

Hazlo como quieras, pero que no haya ninguna duda en cuanto a la identidad de cada uno de ellos. —

Miré a mi compañero—. Llama a Terry y a Tucker —asintió con el teléfono ya en la mano—. Avisaré

al jefe.

Decir que el capitán estaba cabreado sería el puto eufemismo del siglo. De hecho, todos nos

sentíamos igual de estúpidos puesto que tanto el fiscal como su ayudante eran dos de las personas

que más información tenían acerca de los avances del caso. Eran de los principales interesados en

que todo se resolviese lo antes posible para así llevar a los implicados ante la justicia, o al menos

eso se suponía. De modo que descubrir que durante todo el proceso nos estuvieron tomando el pelo,

nos hizo sentir como unos putos inútiles.

Las imágenes suponían indicio suficiente como para poder actuar, así que una vez conseguimos

la orden de detención, decidimos comenzar por el eslabón más débil de la cadena: Endelson.

Quería poner mis manos sobre ese pedazo de mierda, pero al no querer levantar sospechas, el

capitán decidió que el mejor modo de actuación sería que fuesen Terry y Tucker quienes lo trajeran a

comisaría con la mayor discreción posible puesto que Sullivan y yo éramos más fácilmente

reconocibles. También consideró que, dada nuestra implicación personal, lo más conveniente sería

que tampoco estuviésemos presentes durante el interrogatorio. Por más que me cabrease no tenerlo

frente a frente, no podía discutir con él. Así que ahí estábamos, después de casi una hora parapetados

tras el cristal de visión unilateral que nos separaba de la sala de interrogatorios, estaba a un suspiro

de irrumpir ahí y sacarle la información a golpes. Terry me sorprendió porque, aunque jamás dudé de

su valía como policía, esa tarde vi una faceta suya muy diferente. Supuse que el hecho de que nos

hubiesen tomado por estúpidos, que atacasen a nuestra familia... a Mia, todo ello, sacó nuestra

necesidad de atacar, proteger y defender lo nuestro y aquellos a quienes amábamos.

Apreté la mandíbula al recordar lo que le hicieron, cómo la hirieron. No estuve ahí entonces y

seguía sin estarlo porque ahora ella no me quería cerca. Su rechazo, la negativa a verme y

escucharme me estaba matando; algo que jamás creí que ocurriría, lo que en otro tiempo habría

considerado una utopía, se había vuelto una realidad.

—¿Estás bien? —No me di cuenta de que me frotaba el lado izquierdo del pecho hasta que

Sullivan habló.

—Sí, todo bien —asentí hacia el cristal—. Si lo escucho lloriquear una vez más, voy a entrar

ahí y...

—No harás nada. —Se apoyó en la pared con los brazos cruzados—. Déjasele a Terry, le

sonsacará lo que necesitamos.

Fijé la mirada en el cristal y atendí a lo que sucedía en la sala adyacente.

—Quiero hacer un trato —anunció Endelson con la vista clavada en las imágenes que Tucker le

puso ante sus narices.

Terry se sentó sobre la mesa junto a él, pero quedando en una posición, sin duda, muy superior.

Lo recompensó con una oscura risa y sacudió la cabeza.

—Creo que aún no lo has entendido. —Se inclinó hacia él—. No estás en posición de negociar

o de hacer cualquier tipo de petición. Lleváis meses jodiéndonos —gruñó cabreado—, pensasteis

que nos teníais por las pelotas, que no os cogeríamos... y, sin embargo, aquí

estás.

—No podéis negaros a negociar conmigo sin saber a qué tipo de información tengo acceso. —

Ese cabrón quería aparentar tranquilidad, aunque todos sabíamos que estaba de mierda hasta el

cuello.

—Oye, Tuck... —llamó Terry, mientras el otro se apoyaba contra la pared de brazos cruzados,

estando sin estar, dejándose a su compañero—. ¿Cómo suelen recibir a los soplones en la cárcel?

—Creo que, junto a los pederastas y los violadores, son los más cotizados. —Ladeó la cabeza

con una ladina sonrisa y escaneó a Endelson—. Además, estamos hablando de carne fresca en forma

de oso blandito... creo que te saldrán muchos novios en la trena, amigo.

Le guiñó un ojo y el detenido palideció. Bien, que se acojonase cuanto más mejor. Sin duda lo

merecía.

—Dígame una cosa, señor Endelson —retomó la palabra Terry—. ¿A cuántos de los chicos que

han utilizado como chivos expiatorios cree que se encontrará en la cárcel? Si es afortunado, puede

que comparta celda con algún miembro del CSG. —Se encogió de hombros con una sonrisa y el otro

tipo parecía a punto de mearse en los pantalones—. Claro que no creo que los

muchachos que

captaron para hacer el trabajo sucio estén muy felices con usted. —Suspiró y se levantó para

comenzar a recoger los papeles que había sobre la mesa—. Pero no se preocupe, tendrán mucho

tiempo para reconciliarse en los veinte años que pasarán juntos.

—Como mínimo —señaló Tucker.

—Como mínimo —coincidió Terry antes de empezar a enunciar los cargos de los que se le

acusaba—. Abuso de autoridad, soborno, tráfico de drogas, conspiración...

—Acoso —añadió Tucker.

—¡No he acosado a nadie! —Gracioso que de todos los cargos tan solo se le ocurriera rebatir

ese.

—Mia Sullivan. —La voz de Terry salió en forma de gruñido.

No necesitó decir más ya que todos sabíamos que ese imbécil estaba de algún modo relacionado

con lo ocurrido a mi mujer. También, según Ben, llevaba tiempo hostigándola en el instituto y ahora

podía entender el porqué: mientras que él se aprovechaba de la desesperación de algunos de esos

chicos, Mia se encargaba de aplastarla y convertirla en esperanza. Ella era la antítesis de todo lo

negativo que personas como Endelson representaban; tal como siempre supe,

llevaba luz allá donde

solo parecían habitar las sombras. Por eso necesitaban quitársela de encima, además de por el hecho

de estar relacionada en todas las formas posibles con los principales agentes al cargo de la

investigación, siendo amiga, hermana y pareja.

Apreté la mandíbula y cerré los ojos, conté hasta cien antes de entrar ahí y aplastar la cabeza de

ese cabrón contra la mesa.

Tal como predijimos, no tardó en soltar todo lo que sabía. No es que el tipo fuese alguien

importante y ni mucho menos el cabecilla de todo el entramado, pero tenía la información suficiente

como para presentar ante el juez una causa probable e ir cazándolos uno por uno. En vista de la

notoriedad de algunos de los involucrados, deberíamos actuar con precaución, algo que me costaría

muchísimo esfuerzo ya que solo podía pensar en arrasar con todos ellos, pero aquí primaba el bien

común y eso suponía trabajar en equipo y acatando las leyes.

Por supuesto, en el momento en el que llegó a comisaría, lo primero que solicitó fue la

presencia de su abogado, sin embargo, la urgencia por llamarlo desapareció en el instante en el que

vio las imágenes que Ross consiguió de las cámaras de seguridad.

No solo nos proporcionó datos y nombres de muchos de los implicados en el asunto, sino que el

muy cretino tenía grabaciones en su teléfono móvil de algunos de los encuentros que se habían

llevado a cabo hasta el momento. También nos facilitó la fecha de la próxima cita que tendría lugar

justo al día siguiente; no se esperaba que él acudiera a ese encuentro, pero puesto que se concertó en

su presencia no dudó en darnos lo que sabía con tal de rebajar los cargos en su contra todo lo

posible.

Esa noche llegué a mi edificio con una mezcla de sensaciones difíciles de descifrar. Por un lado,

estaban la adrenalina y la emoción de la caza tras dejar preparada la redada que se llevaría a cabo al

día siguiente; no veía el momento de cogerlos, de atacarlos cuando menos se lo esperaban y mientras

se creían vencedores en una batalla que llevaba un largo tiempo gestándose. La rabia por lo que le

hicieron a Mia estaba en continua lucha con mi sentido del deber porque quería destrozarlos con mis

propias manos y, sin embargo, el juramento que hice años atrás me impedía dar rienda suelta a mis

más bajos instintos.

Y, por el otro lado... por el otro lado estaba Mia, siempre ella. Ocupando cada pensamiento,

movimiento y acción de mi vida. Cuando subía las escaleras me paré ante su puerta debatiéndome

sobre si debería llamar o, por el contrario, respetar sus deseos y mantenerme alejado. Apoyé la

frente contra la madera que en ese instante nos separaba y cerré los ojos necesitando sentirme

conectado a ella de alguna manera. Tres días... tres putos días hacía que no me sentía en casa; solo

pasaba el tiempo justo en mi apartamento para ducharme y dormir, el resto, corría o estaba en

comisaría porque era un maldito tormento saber que estaba a solo unos metros de distancia y no

poder tocarla. Extrañaba su sonrisa, nuestros cafés, sus ojos del color del caramelo fundido, nuestras

conversaciones sin palabras, los cómodos silencios que ninguno necesitaba llenar con palabras

vacías, su aroma... lo echaba todo de menos, joder. Mi incapacidad a la hora de hablar sobre ciertas

cosas me llevó a perder a la única persona que de verdad me conocía, a la mujer que me amó incluso

cuando traté de apartarla. Porque ella me quiso más de lo que yo mismo lo hice, me amó cuando le di

ciertas partes de mí y también cuando se las negué; me lo dio todo sin pedir nada a cambio.

La extrañaba como un puto loco.

Aunque me mataba el hecho de no haberla protegido cuando más me

necesitó, ahora sabía que

ningún otro hombre en la tierra la querría del modo en el que yo lo hacía. No sé ni cómo ni cuándo

ocurrió, pero en algún momento esa mujer pasó a convertirse en mi todo. No se trataba de una

cuestión de suplir alguna carencia de mi niñez, tampoco de necesitarla... la quería. Sin más. No voy

a decir que me complementaba ni nada de ese estilo, es que la quería conmigo, en mi cama, en mi

casa... en mi vida. No cambiaría ni un solo cabello de su cabeza; porque seamos claros, Mia no era

perfecta, nadie lo es, pero estaba hecha para mí, encarnaba todo lo que cualquier hombre podría

desear tener en una compañera y de ninguna maldita manera la dejaría escapar.

No sabía cómo, pero la recuperaría. Era la única certeza que me acompañaba estos miserables

días.

Por suerte, y para mi sorpresa, Jen se encargó de mantenerme al tanto de su estado físico y

anímico. El porqué decidió apiadarse de mí en ese sentido era algo que no entendía y que, sin

embargo, agradecía más de lo que ella podía imaginar.

Joder, ni siquiera pude estar presente cuando Mia fue a comisaría para revisar las fichas

policiales e identificar al cabrón que la atacó. Me habría encantado tenerla cerca incluso en esas

circunstancias, pero traté de ponerme en su pellejo cuando Sullivan me trasladó sus deseos de no

verme.

Ella trataba de cuidar su corazón, quería mantener las distancias para intentar sanar y, de

momento, respetaría sus deseos.

Pero no la dejaría mantener las distancias para siempre.

Pronto, la recuperaría.

Pronto, volveríamos a ser nosotros.

## Capítulo 36

Aquellos fueron los peores días de toda mi vida.

No se trata de una exageración fruto del dolor propio de una ruptura sentimental. Dolía, dolía

muchísimo. Más que cualquier otra cosa que hubiera experimentado antes; era algo equiparable a

estar de duelo, con la diferencia de que la persona a la que has perdido se encuentra a tan solo unos

metros de distancia. Algo que multiplicaba el dolor de una forma que no se puede poner en palabras

puesto que, saber que está ahí, justo a tu alcance, tan cerca que casi puedes sentir su aroma, su

presencia y, aun así, no poder tocarlo, sentirlo... Dios, ni siquiera podía

respirar con normalidad.

Me faltaba el aire. Me faltaba él.

Pasaba las horas sin hacer nada, mirando el cambiante cielo de Chicago a través de la ventana,

pero en realidad sin ver. Todo lo que era, lo que pensaba y lo que sentía... todo, siempre volvía a él

y me estaba matando.

Incluso Jen me miraba con la pena reflejada en su hermoso rostro. No hablaba con ella acerca

de lo sucedido, no me sentía capaz de hacerlo porque, aunque nuestra ruptura era ya un hecho, no

podía poner en palabras lo que sentía. Cuánto me dolía. En un momento dado me recriminó el no

haberle dado siquiera la oportunidad de explicarse, que no hubiera querido escuchar lo que tenía que

contar acerca de lo sucedido y que hubiese dado por cierto todo cuanto Vivian me dijo esa noche.

Pero ¿qué más había que decir o explicar? Ella lo dijo y él no negó que hubiesen estado juntos en su

casa. Lo que más me costaba asimilar era que, dado su sentido del honor y la lealtad que mostraba

hacia aquellos que le importaban, me hubiese traicionado de aquella forma. Una que él sabía que yo

jamás sería capaz de perdonar y ni mucho menos olvidar.

Era el cuarto día que pasaba sin verlo ni oír nada de él; en algunos momentos

escuché los

sonidos provenientes de su apartamento y me costó una ardua batalla interna no subir a buscarlo, así

de estúpida era.

Cuando tuve que ir a comisaría para revisar las fichas policiales e identificar a mi atacante, tan

solo hice una petición: que Ethan no estuviese presente durante aquel proceso. Probablemente estaba

siendo infantil y ridícula al retrasar un encuentro que antes o después se produciría, pero aún no me

sentía preparada. Necesitaba un poco más de tiempo para reponerme y sanar, para que mi corazón y

mi cuerpo entendieran que ya no estábamos juntos. Luke debió percibir lo absolutamente devastada

que me sentía, ya que no insistió ni replicó cuando solicité aquello; habría entendido si se hubiera

negado puesto que estábamos hablando de su compañero y uno de los principales agentes al cargo de

la investigación, pero supongo que en esa ocasión antepuso mi bienestar emocional y el amor que

sentía por mí al compromiso que tenía como policía.

No nos llevó mucho tiempo dar con Host y con los otros dos que nos atacaron a Ben y a mí a la

salida del instituto puesto que todos pertenecían a la misma banda y, por lo tanto, los tenían

identificados y bajo una estrecha vigilancia; tan solo necesitaban el testimonio de testigos y víctimas

para reunir más pruebas de cargo que presentar ante el juez y la fiscalía.

Cuando Luke me acompañó a casa, intentó hablar conmigo acerca de lo sucedido con Ethan,

pero en el momento en el que mencionó que él también se veía destrozado no quise escuchar más. Sí,

ya sé que resultaría imposible ignorarlo para siempre, pero me conformaba con eludir el tema todo lo

posible.

Pasé el día en una relativa calma y no fue hasta primera hora de la tarde que unos suaves golpes

en la puerta me sorprendieron. Jen tenía llave y a Luke lo había visto esa misma mañana; también

hablé con mamá poco antes del almuerzo, así que no tenía ni idea de quién podría ser. Abrí la puerta

con una sincera sonrisa tras haber comprobado la persona que se encontraba al otro lado.

—¡Terry!

—Hola, Mia. —Me envolvió en un afectuoso abrazo que le devolví rodeando su cintura con mis

brazos. Me sentí reconfortada por ese pequeño y simple contacto, ya que provenía de un hombre al

que quería como a un hermano. Además, Terry irradiaba ese tipo de calma de la que era muy fácil

embeberse, algo complicado de poner en palabras, pero que experimentabas casi sin ser consciente

de ello siempre que te encontrabas cerca de él.

Nos separamos y cerró la puerta antes de acompañarme hacia el sofá.

—¿Te apetece tomar algo?

—Nah, muchas gracias —desestimó con una sonrisa—. ¿Cómo te encuentras, pequeña Mia?

Sonreí por el afectuoso calificativo con el que me llamaba desde que era pequeña, su propia

versión del *piccola* Mia de Luke. Sus dulces ojos castaños irradiaban ternura cuando hizo la pregunta

y tuve que apartar la mirada, pues me sentía demasiado expuesta.

—Bien. —Me encogí de hombros no queriendo tocar ciertos temas—. Aburrida, desesperada

por volver a la rutina.

Ladeó la cabeza y me observó con una sonrisa que parecía un poco triste.

—Ya, es lógico que te sientas así teniendo en cuenta las circunstancias, pero... —Sacudió la

cabeza y se inclinó ligeramente hacia mí hasta entrecostar nuestros hombros con un ligero toque—.

Creo que ambos sabemos que no me refería solo a eso.

Aparté la mirada y tragué el maldito nudo que estaba de vuelta en mi garganta. Jesús, era como

si las lágrimas no parasen de llegar, peleando por salir, por dejarse ver.

—Solo... estoy. —Me limpié la mejilla, pero, por supuesto, él vio la humedad allí, del mismo

modo que percibió el temblor en mi voz.

Sin mediar palabra, rodeó mis hombros con uno de sus brazos y me atrajo hacia él

proporcionándome el consuelo que tan desesperadamente necesitaba. Hundí el rostro en el hueco de

su cuello y lloré, lo hice con la misma pena y dolor que me acompañaban desde la última vez que vi

a Ethan y terminé con lo que había entre nosotros; también resultó ser el preciso momento en el que

sentí que me arrebataban una parte de mi alma. No sé cuánto tiempo pasamos así, pero incluso

cuando noté los ojos pesados y las lágrimas ya habían cesado, me quedé en la misma postura... hasta

que comenzó a hablar.

—Si te sirve de consuelo, Reed parece tan miserable y destrozado como tú.  
—Algo si ayudaba

saberlo, aunque no se lo dije. Rio con suavidad—. Claro que, a diferencia de ti, él no llora, sino que

se pasa el día gruñendo y golpeando cualquier objeto a su alcance.

Lo miré.

—¿Pero él ha...? —¿Qué quería preguntarle exactamente?

Aunque me negué a hablar con Luke acerca de él, en el fondo necesitaba saber. Era como un

drogadicto en fase de rehabilitación necesitando una pequeña dosis con la que sobrellevar su día.

Quería saber si se encontraba bien, si hablaba con ellos acerca del asunto, si me mencionó en algún

momento... algo. Todo.

—Mira. —Sujetó mis manos entre las suyas y se sentó de forma que nos mirásemos de frente—.

Sabes que yo jamás me he inmiscuido en tu vida ni en tu forma de hacer las cosas, solo he procurado

estar aquí para ti cuando sea que me necesitaras, pero creo que hay algo que necesitas escuchar.

—Dime —pedí con temor a lo que pudiera decir.

—Has metido la pata.

—¿Qué? —Desde luego eso no era lo que esperaba oír.

—Que te estás equivocando. —Se encogió de hombros. Abrí y cerré la boca incapaz de

pronunciar palabra alguna—. Y por culpa de no querer escuchar lo que tiene que decir, os estás

haciendo sufrir a los dos y de paso nos haces miserables a los demás al tener que aguantarlo.

—Pero... —Dios, no conseguía decir algo.

—Sin peros, habla con él. —Medio gruñó una risa—. De no ser porque sabemos que está

sufriendo tanto como tú, ya le habríamos pateado el culo más de una vez en los últimos días, te lo

aseguro. Por supuesto, él jamás reconocería que lo está pasando mal por lo sucedido con vuestra

relación, pero incluso un ciego podría verlo.

—Yo... eh... —Sacudí la cabeza—. Terry, agradezco tu preocupación, pero no sabes lo que ha

pasado para llegar a este punto.

—Creo —me rodeó el cuello con su brazo y nos echó hacia atrás hasta descansar en una

cómoda postura contra el respaldo del sofá—, que eres tú quien no sabe toda la historia. Hazme

caso, Mia, habla con él y escucha lo que tiene que decir. No le niegues eso.

Las dudas me asaltaron y el corazón se me aceleró. Por supuesto, de sus palabras solo podía

deducir que había una importante parte de la historia que me estaba perdiendo. El hecho de que

Terry, alguien que tal como él mismo reconoció jamás se metía en los asuntos de los demás a menos

que fuese absolutamente necesario, me estuviese diciendo aquello era suficiente para hacerme pensar

que tal vez me había equivocado con Ethan. ¿Pudo ser todo un malentendido? ¿Vi solo lo que quise a

causa del profundo temor a que en algún momento me engañase? Es cierto que no le di la oportunidad

de explicarse, de que me dijera por qué estuvo con Vivian y qué fue lo que pasó exactamente para

llegar a esa situación. Únicamente lo juzgué y crucifiqué basada en lo que aquella mujer dijo. No

hice honor a la confianza que supuestamente sentía hacia él y dejé que mis miedos se hicieran cargo

de la situación. Hice exactamente aquello que tanto odiaba y que en cientos de ocasiones censuré:

tomé una decisión basada únicamente en su pasado, en su trayectoria. En ningún instante aquella

noche me planteé que en realidad las cosas no fueran lo que parecían, lo que esa mujer me quería

hacer ver con sus insinuaciones.

»Sin embargo —interrumpió Terry mis pensamientos como si pudiera ver mis dudas—, tendrás

que esperar hasta después del operativo de esta noche.

—¿Qué operativo? —No tenía ni la menor idea de lo que estaba hablando, pero cuando vi la

solemne expresión de su apuesto rostro, supe que se trataba de algo importante.

Pareció dudar unos segundos, tras los cuales me puso al corriente de todo lo sucedido durante

los últimos días. Y debo decir que, mientras estaba sumida en esa especie de estado catatónico, me

había perdido muchas cosas. Muchísimas.

Me habló de la reunión de la que Ethan fue testigo y que les llevó a conseguir ciertas imágenes

comprometedoras gracias a las cámaras de vigilancia de la zona. Aunque no dio nombres, supe a

quién se refería cuando mencionó a una de las testigos principales en el caso; la conocía, no

íntimamente, pero sí puedo decir que la vi tal como su madre la trajo al mundo el día que interrumpí

su maratón de sexo con Peter en mi cama. Ya sabía que llevaban tiempo tras el CSG, de modo que

nada de eso fue una sorpresa, pero sí hubo una parte de su explicación que me dejó con la boca

abierta.

—¿Endelson? —Asintió, pero yo seguía sin dar crédito a lo que escuchaba—. ¿Thomas

Endelson? —Volvió a asentir, sonriendo a causa de mi estupefacción—. Para que quede claro,

estamos hablando del mismo Thomas Endelson que trabaja como subdirector en el instituto North

Grand, ¿verdad?

—El mismo —confirmó.

Me llevé la mano a los labios y con un resoplido me dejé caer junto a él. No podía creérmelo.

Sí, es cierto que en muchos sentidos era un hombre despreciable, pero eso y el hecho de que utilizase

su posición de autoridad para atraer a chicos jóvenes al mundo de las drogas... Dios, estaba furiosa.

Muchísimo.

¿Cómo no lo vi? ¿Cómo pude pasar por alto semejante despropósito?

Estaba en el sitio perfecto para alguien sin escrúpulos, tal como era su caso.

Según me contó Terry, de la información que pudieron conseguir de Endelson averiguaron que,

tal como Ethan sospechaba y temía, todo el asunto iba más allá de la delincuencia entre bandas y el

tráfico de drogas. La ambición, la venganza y la necesidad de demostrar su superioridad llevaron a

personas de las más altas esferas a involucrarse en asuntos que, no solo jamás habrías asociado con

ellos, sino que en teoría deberían estar combatiendo con todos los medios a su alcance. De la misma

forma que lo estaba haciendo la policía.

Por eso se topaban con tantas trabas. Esa era la razón de que los delincuentes a los que

intentaban atrapar siempre parecieran ir un paso por delante de ellos. Tenían ayuda y, de hecho, esta

provenía del lugar más insospechado.

John Nelson, el ayudante del fiscal del distrito, ponía a sus colaboradores al tanto de las vías de

investigación, las escuchas, los seguimientos, las pistas... todo. De este modo resultaba casi

imposible que la policía los atrapase, puesto que ya sabían dónde y cuándo estarían. Sin embargo,

necesitaban chivos expiatorios, personas que hicieran el trabajo sucio y que cargasen con la culpa,

dando así algo de carnada para que las autoridades se sintieran de algún modo satisfechas al atrapar

a parte de la organización. Y ahí es donde entraba Endelson quien, aprovechando su posición, se

encargaba de captar o apuntar hacia chicos desesperados que harían casi cualquier cosa con tal de

escapar de la situación en la que vivían. ¿Qué pintaba Peter en toda esta historia? No importa lo bien

montado que creyesen tener aquel entramado, siempre, en algún momento, alguno de los más

esenciales miembros del CSG acababan siendo atrapados y, en connivencia con Nelson, él se

encargaba de que quedasen en libertad. De ese modo era un ganar-ganar para todos los implicados.

Nelson hacía quedar como un estúpido incompetente a su jefe directo que, en este caso, era el

fiscal del distrito. Peter ascendía puestos dentro del bufete de abogados en el que trabajaba al

continuar invicto en lo referente al número de casos que ganaba sin apenas despeinarse. El CSG

continuaba en la cima en lo que a delincuencia, poder y tráfico de drogas se refería. Todos,

incluyendo a Endelson, se movían por lo mismo: dinero. Poder.

No había más. Ninguna otra razón o justificación para hacer lo que hacían.

Largo rato después de que Terry se marchase, no podía dejar de sentirme una estúpida por no

haber sido capaz de ver lo que sucedía en mis propias narices. Afortunadamente, pronto caerían

algunos de los responsables.

Jen se ofreció a preparar la cena.

Mientras tanto, yo permanecía sentada en un taburete junto a la barra y observaba el vaso de

agua que tenía ante mí como si en él pudiese encontrar todas las respuestas y el consuelo que

necesitaba. No solo no paraba de darle vueltas a lo que Terry me dijo con respecto a haber juzgado

mal la situación con Ethan, sino que eso batallaba con la preocupación que me carcomía al pensar en

el peligro que podría estar enfrentando esa noche. No era ninguna ingenua, sabía perfectamente que

ese era su trabajo, lo que él era y, con suerte, en cuestión de horas toda la investigación daría por fin

sus frutos y podrían llevar ante la justicia a los responsables. Eso no significaba que el desasosiego y

el temor por su bienestar no me estuviesen comiendo viva.

Traté con todas mis fuerzas de no pensar, de no imaginar los peores escenarios posibles, pero

eso resultaba hartamente difícil cuando la otra mitad de tu alma arriesgaba su vida a cambio del bienestar

común.

Solo la música interrumpía el silencio en el que ambas permanecíamos, cada una por sus

propias razones. Supongo que Jen se cansó o, sencillamente decidió romperlo al no poder guardar

más lo que tenía que decirme.

—¿Piensas darle la oportunidad de explicarse en algún momento?

El tono mordaz con el que hizo la pregunta me hizo fruncir el ceño. Que ella viniera a

recriminarme aquello no ayudaba en nada a mi ya pésimo estado de ánimo.

—¿Desde cuándo eres admiradora suya? —inquirí yo a mi vez con sorna.

—Desde que no eres capaz de ver más allá de tus propias narices. —Se giró para encararme

sacudiendo un cuchillo en una de sus manos—. Le estás negando algo que, a mi modo de ver, ha

demostrado con creces que se merece.

No entendía esa especie de repentina animosidad hacia mí y, por supuesto, el hecho de que

sostuviera un cuchillo de considerables dimensiones mientras me increpaba no es que fuese de gran

ayuda.

—Haz el favor de soltar eso.

Lo miró como si ni siquiera se hubiese dado cuenta de lo que sostenía en la mano y lo soltó.

Después me encaró y, por primera vez desde que podía recordar, parecía realmente enfadada

conmigo.

—¿Acaso sabes por qué estaba con ella? —Abrí la boca para responder algo, lo que fuese, pero

me interrumpió—. ¿Te has preocupado en conocer todos los pormenores de la historia?

—Jen... —Quería decirle que llevaba razón, que tras hablar con Terry me di cuenta de que

quizás había sido injusta con Ethan y lo prejuzgué y condené basada únicamente en su trayectoria y en

mis experiencias pasadas. Pero no me lo permitió.

—¡No, no lo has hecho! —espetó señalándome—. Es mejor autoproclamarte víctima cuando en

realidad eres la única culpable de toda esta maldita situación. —Sacudió la cabeza y apartó la

mirada. Sus siguientes palabras fueron un bajo murmullo, sin embargo, las escuché—. Joder, con los

hermanos Sullivan.

Fruncí el ceño, me levanté y me acerqué hasta donde estaba. Ahora también yo me sentía

molesta.

—¿Se puede saber qué te pasa? —Algo no andaba bien.

—Me pasa —me taladró con una dura mirada—, que la única razón por la que Ethan estaba con

esa maldita zorra es porque es un buen hombre. Uno de los mejores que he conocido.

—¿Qué? —Ahora necesitaba saber.

—Sabes que ella no paraba de llamarlo. —Asentí y continuó—. Para resumir, te diré que el día

que te atacaron, ella fue más persistente de lo habitual y él contestó. Fingió un ataque —explicó con

una mezcla de furia y tristeza en su voz—. Le dijo que el tipo con el que se estaba viendo la había

amenazado y golpeado. —Me quedé atónita—. Por eso estaba en su casa —susurró—. Perdió el

teléfono en algún momento mientras discutían al darse cuenta de que todo era una farsa. Antes de eso

él estuv...

—¿Cómo...? —Me aclaré la garganta, que sentía repentinamente seca—. ¿Cómo sabes todo

esto?

Por Dios... ¿Cómo pude ser tan tonta?

En ningún momento se me ocurrió pensar que, tal como él dijo, las cosas no eran lo que

parecían. No, ni siquiera me lo planteé, ¿qué hice yo? Me reí, me burlé de él y de lo que en aquel

instante consideré una patética excusa utilizada para salvar su trasero.

Estaba tan cegada por el dolor al creerme traicionada de la peor forma posible, que no vi a

Ethan por lo que realmente era: un hombre leal y honesto que, pese a sus defectos, jamás me

engañaría de ese modo.

Jamás.

—Cómo lo sé es lo menos importante aquí —respondió. Observé cómo sus rasgados ojos se

aguaban a la par que ella apretaba los labios con fuerza—. La cuestión es que aún estás a tiempo de

reparar el daño, Mia. Tienes que hacerlo —pidió con voz temblorosa—, tienes que arreglarlo.

Y lo haría. Aún no sabía cómo, pero solucionaría el problema que yo sola había creado por ser

tan ciega y obstinada.

Pero ahora, en ese preciso momento, mi mejor amiga se estaba desmoronando frente a mis ojos

y no tenía ni idea del porqué.

—Jen, ¿qué es lo que te ocurre? —Coloqué un mechón de cabello tras su oreja y la observé con

atención. Hacía mucho tiempo que se comportaba de un modo extraño y ya era hora de que

hablásemos al respecto. Me necesitaba, lo sabía.

—Nada —negó. Se limpió una lágrima errante y giró el rostro hacia otro lado.

Abrí la boca para replicar, para exigirle que dejase de ser tan terca y me contase de una vez qué

le ocurría y por qué parecía siempre tan afligida, pero el sonido de mi teléfono nos interrumpió.

—Déjate de excusas —me dirigí hacia la mesita junto al sofá para responder la llamada—, me

vas a explicar qué está pasando en tu vida de una vez por todas.

—Oblígame, Sullivan —replicó con humor. Reí, porque así es cómo me retaba desde que

éramos niñas.

—¿Sí? — respondí sin mirar quién llamaba, pero de inmediato reconocí el sonido de mi madre

mientras sollozaba—. ¿Mamá?

—Mia... —Sorbió y la escuché respirar hondo.

—Mamá, ¿qué pasa? —El corazón comenzó a latir de forma frenética.

—Mia... es... —Sorbió de nuevo—. Escucha, cariño, ha habido un tiroteo.

No.

—¿Qué? —Me llevé una mano al corazón. Jen estaba junto a mí en un santiamén.

—Mia, ¿qué pasa?

—¿Dónde están? —pregunté. Mi voz temblaba, mi cuerpo también y mi corazón... no sabía si

seguir latiendo desenfrenado a causa del miedo o detenerse—. Mamá, ¿dónde están?

En cuanto me dijo el nombre del hospital, colgué sin más preámbulos y sin darle tiempo a decir

nada más. No tenía un segundo que perder. Cogí mi chaqueta, las llaves y el teléfono con una Jen

desesperada siguiéndome sin tener ni la menor idea de lo que ocurría. Estaba a punto de salir cuando

me detuvo, agarrándome con fuerza por el brazo.

—Dime ahora mismo qué demonios está pasando —exigió con voz firme—. Me estás asustando,

Mia.

—Ethan... —Las lágrimas comenzaron a caer y apenas podía verla a través de ellas—. Luke...

no lo sé. —Sacudí la cabeza—. Mamá dice que ha habido un tiroteo y que están en el hospital, pero

no sé nada más. —La sujeté por los brazos y la miré desesperada—. Tengo que ir con ellos, Jen. —

El llanto tomó el control—. Tengo que llegar hasta él.

Se puso completamente pálida.

Sin decir una sola palabra giró sobre sus talones, apagó todo en la cocina, cogió su abrigo y el

bolso y se dirigió hacia la puerta.

—Vámonos. —Estaba petrificada. Aterrorizada y mis piernas no respondían—. ¡Ahora, Mia!

¡Muévete!

Y así, en mitad de la noche y en silencio, con el sonido de nuestros pasos y agitadas

respiraciones como única compañía, abandonamos la tranquilidad de mi apartamento mientras

rogábamos porque estuvieran bien.

Que se encontrasen a salvo.

Cerré los ojos en el taxi al recordar el llanto de mi madre.

Estaban bien.

Tenían que estarlo.

Capítulo 37

Gracias a Dios, Jen estaba conmigo porque, incluso a día de hoy, me resulta imposible recordar el

trayecto desde casa hasta el hospital.

Muchos y muy diferentes escenarios destellaban en mi mente y cada uno era peor que el anterior.

Sabía que no me hacía ningún bien pensar así, pero me resultaba tan inevitable hacerlo como

respirar; un sudor frío me recorría de pies a cabeza, estaba helada y el corazón latía a mil por hora,

golpeando con la fuerza de un mazo en mi contraído y maltratado pecho. Ni siquiera podía llorar,

estaba tan absolutamente aterrorizada que únicamente podía escuchar los sollozos de mi madre al

teléfono cuando me informó acerca del tiroteo.

Disparos.

Dios.

Tenían que estar bien, ¿verdad? No podría enfrentar cualquier otra posibilidad que no implicase

tenerlo conmigo sano y salvo. A todos ellos porque, aunque Ethan era mi corazón, el resto eran mi

familia, mis chicos.

Una vez llegamos al hospital fue Jen quien, con una entereza admirable y de la que yo por

supuesto carecía en ese momento, se hizo cargo de la situación y nos llevó hasta donde estaban.

Frenética, miraba a todas partes, pero sin ver; solo necesitaba encontrar su oscuro y revuelto cabello,

su rasposo mentón, los ojos que vivían conmigo cada segundo del día.

Pasamos unas puertas dobles y accedimos a un largo pasillo y allí, al final, por fin lo vi.

Apoyado contra la pared, brazos cruzados y cabeza gacha... pero estaba vivo, en pie. A salvo.

Las lágrimas que tanto rato llevaba conteniendo comenzaron a caer mientras, sin ni siquiera

detenerme un segundo a pensar, aceleré el paso hasta el punto de que prácticamente estaba corriendo.

Levantó la cabeza y dirigió la vista hacia mí como si en el mismo instante en el que atravesé esas

puertas hubiese percibido mi presencia, como si esa conexión que siempre sentía continuase tirando

de nosotros con más fuerza que nunca, sabedora de mi desesperación por llegar hasta él. Se apartó de

la pared y aún no había dado tres pasos, cuando me abalancé sobre él y envolví mis brazos alrededor

de su cuello, llorando sin consuelo. Cuando me izó en el aire, mis piernas actuaron por propia

voluntad y se enroscaron en torno a su cintura; no me importaba si le estaba apretando demasiado

porque, sentirlo a él, su cuerpo, su fuerza y calor... a Ethan, solo a él, era suficiente. Era todo.

Creí que lo había perdido y, aunque no necesité que eso ocurriera para ser consciente de hasta

qué punto lo amaba, jamás me habría perdonado si algo le ocurriera y lo último que hubiera recibido

de mí fuesen reproches y una injusta condena. No un beso. No un «te amo». No, lo último que él

habría visto de mí serían lágrimas, la puerta de mi apartamento y mi negativa a escucharlo.

Me abrazó con fuerza y sentir sus brazos alrededor de mi cintura, notar cómo hundía el rostro en

el hueco de mi cuello y aspiraba con fuerza... como si aquello fuese todo cuanto necesitaba, *lo único*

*que necesitaba* para continuar en pie... ¿Cómo pude pensar que habíamos terminado? ¿Cómo no vi

lo que en realidad ocurría? Jamás me perdonaría el haberlo juzgado de aquella manera. Jamás.

Pasaría el resto de mi vida compensándoselo si era necesario.

Lo imité y hundí el rostro en el hueco de su cuello, respirándolo. Sintiéndolo.

—Ssschhh... —Acarició con ternura mi cabello y espalda mientras yo sollozaba sin control—.

Está bien, Mia. —Apreté mi agarre por el temor de que aquello no fuese más que una ilusión y

podiera esfumarse de entre mis brazos de un momento a otro—. Todo está bien, nena.

Pasados unos minutos, por fin logré calmarme lo suficiente como para aflojar y mirarlo.

Necesitaba ver sus ojos.

—¿Estás...? —Enmarqué su rostro entre mis manos y respiré hondo—. ¿Te encuentras bien?

Aquellos orbes azules que había extrañado hasta la locura durante los últimos días me

observaban con atención, con amor. Como si nada más existiera, nada, excepto nosotros.

—Estoy bien —respondió en voz baja sin apartar sus ojos de los míos en ningún segundo.

—¿Estás seg...? —Al echarme un poco hacia atrás, fue cuando lo vi—. Oh, Dios mío...

Sangre.

Dios, había mucha sangre.

Frenética, me deshice de su agarre y cuando por fin mis pies tocaron el suelo, comencé a

palparlo con cuidado.

—Mia...

—Hay mucha sangre, Ethan... —Me estaba volviendo loca. ¿Cómo podía decir que todo estaba

bien? —¡Oh, Dios...! ¿Dónde está?

Buscaba la herida. Tenía que haber una en alguna parte. Me permitió quitarle la chaqueta y

tampoco se resistió cuando seguí palpándolo con cuidado.

—Nena, tienes que tranquilizarte. —Me sujetó por los hombros y me inmovilizó con su firme,

aunque tranquilizante, mirada—. Estoy bien, no estoy herido.

—Pero... ¿Entonces quién...?

El sonido de pasos apresurados a mi espalda hizo que me girase en esa dirección y, por primera

vez, le diera la espalda a Ethan.

El señor y la señora White caminaban hacia nosotros, agarrados de la mano. Él, con el rostro

desencajado por el dolor y la preocupación. Ella, con la otra mano sobre su corazón y ríos de

lágrimas recorriendo sus mejillas.

No.

No fue hasta entonces que miré en derredor y me fijé en quiénes se encontraban junto a nosotros

en aquel pasillo y permanecían en un lúgubre silencio.

Tucker, Lucas, Jen, mi padre y un pequeño grupo de compañeros de comisaría...

—¿Dónde está Terry? —Se me rompió la voz al pensar en las posibilidades. No podía ser...

Me perdí en aquellos ojos que siempre me decían todo cuanto necesitaba saber, incluso cuando

ni yo misma quería verlo.

—Está... —Se pasó una mano por el pelo y sacudió la cabeza—. No voy a mentirte, está mal.

Aún están con él en el quirófano y no sabremos más hasta que el médico salga a hablar con nosotros.

—Estás lleno de sangre —musité mientras observaba sus manos, su ropa.

Terry.

El bueno de Terry.

—Intentamos contener la hemorragia en la medida de lo posible, pero... —suspiró derrotado—.

No lo sé. No tengo ni puta idea de nada, joder.

Se frotó el rostro con fuerza y lo abracé, reconfortándolo tanto como él a mí, incluso si no lo

hacía a propósito. Terry no solo era alguien importante para mí. También lo era para Ethan, su amigo,

su compañero. Alguien que intercedió por él cuando el resto prefirió mantenerse al margen de una

historia que a sus ojos no les incumbía y en la que él se entrometió cansado de ver a dos personas a

las que quería sufrir cuando no había motivos para ello.

Me sentí como la peor persona del mundo al darme cuenta de que, en mi afán y desesperación

por llegar hasta Ethan, ni siquiera reparé en cómo se encontraba el resto.

Tucker estaba sentado en una silla con la cabeza entre las manos y parecía atormentado. Papá ya

se dirigía hacia los señores White y Luke...

—Lucas...

Traté de ir hacia él, pero Ethan me detuvo agarrándome de la mano.

—Déjalos.

—Pero tengo que...

—Déjalos —repitió lanzando una mirada en su dirección.

Fue entonces cuando me di cuenta de que no estaba solo. Jen y él estaban inmersos en un abrazo

y, la forma de tocarse, el modo en el que mi hermano hundía el rostro en el hueco del cuello de ella...

—Oh, Dios mío.

¿Podría ser verdad? Me llevé una mano al pecho tan conmovida por la posibilidad como

emocionada porque dos de las personas más importantes de mi vida albergasen esos sentimientos el

uno por el otro.

—Vamos a sentarnos.

Obedecí a su solicitud y me obligué a apartar la mirada de aquel íntimo y tierno abrazo entre

dos personas que también buscaban consuelo en medio del caos y del dolor.

Permanecimos en silencio largo rato; yo no dejaba de mirar nuestras manos unidas y en algunos

momentos observaba al resto de personas a nuestro alrededor, cada uno sumido en sus propios

pensamientos, luchando contra la aflicción y el miedo por el riesgo de perder a un buen hombre al

que todos queríamos y admirábamos.

Algún tiempo después, mi padre se sentó a mi otro lado.

—¿Qué ocurrió?

Lamenté la pérdida de contacto cuando Ethan se inclinó hacia delante. Sin mirar a nadie y con

los codos apoyados en las rodillas, entrelazó sus manos.

—No tengo ni la menor idea. —Sacudió la cabeza—. Lo teníamos todo, joder. Establecimos un

perímetro de seguridad, apostamos agentes en distintos puntos estratégicos para no dejar ningún cabo

suelto, teníamos la hora, la ubicación... Joder... —Se frotó el rostro con fuerza y acaricié su espalda

tratando de calmarlo, de consolarlo—. No lo sé, no tengo ni idea de cómo

todo se fue a la mierda tan  
rápido.

—No se puede prever todo, hijo. —Papá alargó un brazo y le palmeó la rodilla—. Créeme, sé de lo que hablo.

Volvió a instalarse el silencio en nuestro pequeño grupo hasta que, largo tiempo después, las

puertas que daban a la zona de los quirófanos se abrieron y un médico con aspecto cansado se dirigió

hacia nosotros mientras se deshacía de la mascarilla y el gorro quirúrgicos.

—¿La familia del señor White? —De inmediato los padres de Terry se identificaron,

desesperados por obtener buenas noticias acerca del estado de su hijo. El resto nos acercamos

también—. Hemos logrado contener la hemorragia y de momento está estable. La bala rompió el

fémur y en su trayectoria también seccionó parcialmente la arteria femoral. —Sacudió la cabeza y

nos miró a todos con semblante preocupado—. No les mentaré, casi lo perdimos en la mesa de

operaciones y, aunque intervinimos a tiempo, las próximas horas son cruciales. Solo puedo decirles

que, por el momento, deberá permanecer en cuidados intensivos y bajo estrecha vigilancia. Sin

visitas, hasta nuevo aviso.

—Pero se pondrá bien, ¿verdad? —La desesperada pregunta provino de un atormentado Tucker

que no dio tiempo a que el doctor respondiera—. Ese hombre —señaló hacia las puertas—, me ha

salvado la vida esta noche. No estaría vivo de no ser por él, así que no pueden permitir que muera.

Lágrimas anegaron mis ojos. Papá pasó un brazo por mis hombros, reconfortándome, mientras el

resto también buscaba consuelo. Ethan se apartó para responder una llamada y poco después palmeó

a mi hermano en el hombro e hizo un gesto al resto de los chicos.

—Era el capitán —informó, con esa voz profunda que tanto extrañé—, nos esperan en

comisaría.

Todos se pusieron en movimiento, todos, excepto Tucker que volvió a ocupar su anterior lugar

en una de las sillas y se negó a moverse de allí. Nadie le pidió que hiciese lo contrario, lo

entendieron. Por supuesto que lo hicieron.

Cuando vi que Ethan se marchaba sin un adiós, sin una mirada, corrí hacia él y lo retuve

cogiendo su mano. Había tantas emociones destellando en sus hermosos ojos azules que no sabía cuál

predominaba, quizás la furia, la preocupación. El temor.

—Sé... —Me aclaré la garganta. Tenía que decirlo—. Sé que me equivoqué,

te juzgué y te

condené sin razón cuando tú solo tratabas de hacer lo correcto. Solo espero que puedas perdonarme.

—Mia... —Suspiró y apartó la mirada.

—Dios... ya sé que no es momento para hablar de esto. —Debí haber esperado hasta estar en

casa—. Pero espero que me des la oportunidad de explicarme después.

Sacudió la cabeza con la vista clavada en la pared frente a él antes de observarme con

intensidad. Rompió el contacto entre nuestras manos y un latigazo de dolor me traspasó al escuchar

sus siguientes palabras.

—Como tú dices, no es el mejor lugar para hablar de esto. Creo que hay un momento para todo.

—Se acercó, ahuecó mi nuca en aquel gesto nuestro que tanto amaba y rozó mi frente con sus labios

en una suave caricia. Cerré los ojos, alimentándome con aquel tierno contacto —. Nuestro momento

para las palabras y las explicaciones ya pasó. —Abrí los ojos de golpe y me eché hacia atrás para

mirarlo—. Adiós, Mia.

Con una última e intensa mirada, giró sobre sus talones y se marchó con el resto de los chicos.

Lo observé caminar con paso firme y decidido, con esas largas zancadas que en otro momento habría

admirado pero que en esa ocasión me atormentaron porque lo alejaban de mí en el más amplio

sentido de la palabra. Busqué una pared contra la que apoyarme mientras las lágrimas acudían en

tropel a mis ojos; ni siquiera traté de disimular, no podía hacerlo cuando la otra mitad de mi alma

acababa de salir por aquellas puertas con mi corazón entre sus manos.

Lo había perdido.

Lo perdí definitivamente.

Ni siquiera me daría la oportunidad de excusarme, de disculparme por ser una estúpida ciega

que no fue capaz de ver más allá de su propio dolor. Pero, claro, ¿por qué debería hacerlo? Él solo

me estaba brindando la misma cortesía con la que yo lo obsequié en su momento. No lo dejé hablar.

No le di la oportunidad de explicarse y aclarar lo sucedido.

Ethan.

Me cubrí el rostro con las manos y lloré.

Cuando desperté a la mañana siguiente me sentía absolutamente drenada en todos los sentidos.

Tras varias horas, papá finalmente me trajo a casa alegando que nada podíamos hacer en el hospital

por el momento y que sería mejor descansar un poco después de una noche tan intensa. Los padres de

Terry se quedaron y también Tucker, que se negó a moverse de allí hasta tener más noticias acerca de

su amigo; Jen también se quedó, no quiso dejar a un atormentado amigo sin consuelo ni hombro en el

que apoyarse.

Algo extraño sucedió cuando abrí la puerta del dormitorio.

El aroma del café inundaba todo el apartamento.

—¿Jen?

Aunque apenas logré conciliar el sueño, sí hubo un momento en el que finalmente me rendí y

puede que fuese entonces cuando ella llegó a casa. Quizás en el último segundo decidió pasar la

noche en mi apartamento en lugar de en el suyo, tal como me dijo que haría.

Cuando llegué a la cocina, me congelé.

Sobre el mostrador había café recién hecho y un plato con *bagels* de queso fresco y arándanos;

también había de salmón, me di cuenta. Fue entonces cuando la vi.

Una nota adhesiva de color amarillo estaba pegada en la taza.

Con manos temblorosas la cogí.

*Vale por un desayuno.*

*Disfrútalo, sin prisas.*

Oh, Dios.

Me llevé la mano en la que aún sostenía la nota al pecho y cerré los ojos. El corazón parecía

querer salirse del cuerpo, tal era la fuerza con la que latía. Esto era cosa de él, de Ethan. No podía

tratarse de otra persona.

Comencé a preguntarme cómo y cuándo lo hizo, hasta que me di cuenta de que en ningún

momento tras nuestra «ruptura» llegó a devolverme la llave de mi apartamento que le di en su

momento.

¿Que disfrutase del desayuno?

Jamás podría hacerlo por más que lo intentase. La noche anterior pensé que todo se había

terminado entre nosotros, eso fue lo que deduje de las últimas palabras que me dirigió y, parece ser

que tal como venía sucediendo en los últimos días, una vez más, me equivoqué.

Porque lo hice, ¿verdad? Esto... esto era importante. Significativo.

Nuestro.

Tenía que verlo.

No pensé en mi aspecto y ni mucho menos me molesté en cambiarme o adecentarme un poco,

mis piernas se movían guiadas por la urgencia de encontrarlo y mirar esos ojos azules de los que era

prisionera.

Al llegar a la puerta del apartamento me congelé de nuevo.

Otra de esas notas adhesivas estaba pegada allí. La cogí y una sonrisa asomó a mis labios en

cuanto leí sus palabras.

*Lo sabía.*

*Tan impaciente como siempre.*

Con la sangre rugiendo a la vida en mis venas y el corazón desbocado y henchido de esperanza,

abrí la puerta sin ni siquiera molestarme en cerrarla tras de mí y, con pasos apresurados, comencé a

subir las escaleras que me llevaban a su apartamento.

A él.

Había otra nota más y, además, me di cuenta de que su puerta no estaba del todo cerrada, tan

solo lo suficientemente entornada para que diese esa sensación. Despegué el papel amarillo de la

madera y leí.

*¿De verdad pensaste que ese sería nuestro final?*

*Recuerda Mia:*

*Épico.*

Sí, de verdad pensé que aquel sería nuestro final. Que él jamás podría perdonarme por haberlo

juzgado tan injustamente como lo hice, que no merecía que me escuchase ni me perdonase por más

que lo amara. Que no lo haría.

Cerré los ojos y lágrimas de temor, de alivio y, sobretodo, de amor comenzaron a recorrer mis

mejillas. Clavé la mirada en la puerta y, tan asustada como emocionada, la empujé con cuidado antes

de entrar y quedarme clavada en el sitio debido a la vista que me recibió.

Ethan, que hasta el momento había permanecido de pie, apoyado contra el respaldo del sofá con

los brazos y tobillos cruzados, se enderezó y me enfrentó. Pero apenas pude mirarlo, pues toda mi

atención estaba puesta en el cuadro que ahora colgaba en la pared frente a mí. No podía creerlo.

—¿Qué...? —Lo miré antes de devolver la vista al cuadro. No podía articular una frase

coherente—. ¿Cómo...?

Dio un paso en mi dirección, pero dejó al menos un par de metros de distancia entre nosotros.

—Digamos que tuve un poco de ayuda. —Volví a posar los ojos en él al percibir la sonrisa en

su voz. El hoyuelo estaba de regreso mientras me escaneaba de pies a cabeza —. Ben.

Cielo santo.

Éramos nosotros.

En aquel apartamento en el que faltaban la calidez y el sentido de hogar,  
donde no había fotos y

apenas muestras personales que hablasen de la persona que allí vivía, allí, en  
ese mismo lugar, ahora

había un enorme y precioso retrato de nosotros dos.

Era el mismo dibujo que hice aquel día en la lavandería. Lo vio, me di cuenta.  
No hizo mención

alguna al respecto cuando encontró mi cuaderno de bocetos abierto, pero de  
algún modo se hizo con

él y consiguió esta perfecta y aún más hermosa réplica.

Ethan, con los brazos cruzados y ese eterno ceño fruncido en su rostro, con su  
rasposo mentón e

inseparables pulseras de cuero en las muñecas y yo, con mi largo y ondulado  
cabello castaño, con

una apacible y tierna expresión en mi rostro, con unos ojos que reflejaban  
todo el amor que sentía por

él mientras situaba una de mis manos justo sobre su corazón.

Dios, lo amaba. Al retrato. A él.

Era perfecto.

—Pero anoche —por fin lo miré y no pude evitar que mi voz temblase—,  
pensé que... dijiste

que ya no teníamos nada más que hablar.

—Dije que el momento para las palabras ya pasó —aclaró.

Con un grácil movimiento se deshizo de la camiseta. Al principio no entendí

por qué hacía

aquello, hasta que me percaté de que había un nuevo tatuaje en su pectoral izquierdo. Justo sobre su

corazón.

—Ethan...

Di un paso hacia adelante y él hizo lo mismo, de modo que ahora apenas nos separaban unos

centímetros. Con delicadeza, acaricié los nuevos trazos de tinta que ahora adornaban su piel mientras

los ojos se me llenaban de lágrimas.

Dios, no podía parar.

Entendí el significado del dibujo incluso antes de que me lo explicase.

Una gruesa y enredada cadena de hierro que terminaba en un fuerte candado. Algo que se podría

considerar prácticamente irrompible, se hallaba rodeado y atravesado por una delicada y hermosa

enredadera de jazmín. Unas suaves y bellas flores consiguieron romper las barreras que mantenían

prisionero a un corazón que hasta entonces se negaba a amar. A ser amado.

—Sabes que no soy bueno con las palabras. —Ahuecó mi nuca con una mano y, cuando levanté

el rostro hacia él, limpió con delicadeza la lágrima que recorría mi mejilla—. Hablaba en serio

cuando dije que ya no era momento para hablar, porque ahora toca demostrar

todo con hechos.

—Creí que me estabas dejando —musité, hipnotizada por su mirada.

—Estoy aquí. —Apoyé la frente contra su cálido pecho cuando se hizo eco de mis palabras—.

He estado corriendo durante años y escondiéndome de cualquier emoción, pero ahora no pienso ir a

ninguna parte a menos que tú estés a mi lado. —Tiró con suavidad de mi cabeza hacia atrás y,

sujetando mi barbilla entre su pulgar e índice, elevó mi rostro hasta que nuestras miradas se

enlazaron—. Te amo, Mia. —Se me paró el corazón—. He tardado demasiado en decírtelo, aunque

creo que te he amado desde la primera noche que nos vimos, cuando no podía ver nada más que tus

ojos de caramelo. Te amo más de lo que jamás creí que sería posible amar a otra persona.

Esas palabras eran todo. Más de lo que esperé escuchar de él alguna vez.

—Te amo, Ethan. —Enmarqué su rostro entre mis manos y, con un medio sollozo de alivio

emergiendo desde lo más profundo de mi alma, lo besé.

Nuestros labios chocaron, nuestras lenguas danzaron y los alientos se entremezclaron en un

frenético baile que hablaba de amor, de desesperación, de anhelo y de angustia. Todo lo que teníamos

y lo que nos embargó a ambos durante los últimos días.

Cuando nos separamos para tomar aire, apoyó su frente contra la mía con la respiración agitada

y los ojos cerrados.

—No tengo mucho que ofrecerte —habló con voz profunda—, no soy más que un terco y

sobreprotector policía, pero si me quieres, todo cuanto tengo es tuyo y, si me dejas, pasaré el resto de

mi vida amándote como mereces.

Fue mi turno para echar su cabeza hacia atrás cuando lo agarré por el cabello.

—Yo soy tuya y tú eres mío —aclaré—. Te amo y nada va a cambiar eso.

Escaneó mi rostro durante algunos segundos antes de sujetarme por el trasero y elevarme en el

aire.

—Joder.

Sus labios volvieron a estrellarse contra los míos con fuerza y yo, gustosa, lo recibí. Tomaría

todo lo que estuviera dispuesto a darme.

No fue un sexo tierno ni lento.

Fue rápido, feroz, pasional y, de hecho, ni siquiera llegamos al dormitorio.

Algún tiempo después estábamos en el suelo, con su espalda apoyada contra el respaldo del

sofá mientras yo permanecía a horcajadas sobre él con su miembro aún en mi interior. Necesitaba esa

conexión y me negaba a romperla.

Sin embargo, había algo que necesitaba saber.

—¿Qué pasa con Vivian?

Gruñó y sentí cómo sacudía la cabeza.

—¿De verdad me estás preguntando por ella ahora? —Iba a responder, pero se me adelantó—.

No te preocupes, no volverá a molestarnos.

Elevé el rostro hacia él para mirarlo a los ojos.

—¿Qué has hecho?

—¿Yo? —Rio entre dientes—. Nada.

Fruncí el ceño.

—Pero, entonces...

—Entonces... —me interrumpió rozando sus labios con los míos—. Creo que después de la

visita que le hizo nuestra querida Jen, no volveremos a saber de ella.

—¿Jen? —Asintió con aquel maldito hoyuelo haciendo acto de presencia. Jesús, solo podía

imaginar lo bien que pudo resultar aquel encuentro.

—Pero se acabó hablar de eso. —Con una mano me sujetó y con la otra se agarró al respaldo

para levantarse con más facilidad—. Ahora solo quiero compensar los últimos días y pienso

tomarme un dulce y largo tiempo disfrutándote.

Y lo hizo.

Por supuesto que sí.

Ya sabía que Ethan era un hombre no solo que cumplía su palabra, sino además muy

concienzudo, y ese día volvió a demostrármelo.

Y yo, más que dispuesta, me ofrecí a él. Lo hice ese día y lo haría todos y cada uno del resto de

mi vida.

Porque lo amaba.

Porque volvíamos a ser nosotros, más fuertes.

Uno solo.

Porque no éramos perfectos, pero estábamos juntos.

La más perfecta composición de luces y sombras jamás creada.

Epílogo

*Algunas semanas después...*

Entré en casa y de inmediato el sonido de la música y el aroma de la comida me envolvieron.

Atrás quedaron los días en los que el silencio y la tranquilidad actuaban como mi única

compañía. Ni siquiera puedo decir que me costase acostumbrarme a este nuevo ritmo de vida y aún

menos cuando...

Cuando vi a Mia de espaldas a mí, sacudiendo el trasero al ritmo de *The sex is Good* de Saving

Abel mientras observaba el cuadro en el que llevaba días trabajando. Admiré la vista que se me

ofrecía, no era para menos ya que vestía únicamente una de mis camisetas que le llegaba hasta la

mitad de sus perfectos y torneados muslos.

Gruñí y me reacomodé la entrepierna. Joder, parecía que nunca podía tener suficiente de ella.

No, no lo parecía, es que era así como me sentía.

No sé muy bien cómo ocurrió ni cuándo se decidió, pero pocos días después de nuestro

reencuentro, se acabaron las idas y venidas, las duchas en mi apartamento y el tener que estar

subiendo y bajando para conseguir ropa. De repente me encontré viviendo allí, con mis cosas

invadiendo su armario, el dormitorio y el baño, y eso, lejos de hacerme salir corriendo en dirección

contraria, supuso un alivio como jamás había sentido antes.

Estaba en casa.

Hogar, familia, amor... porque ella era todo eso y más.

Más de lo que alguna vez pensé que querría y todo lo que jamás dejaría escapar.

Chilló cuando envolví los brazos alrededor de su cintura desde atrás.

—¡Dios, me has asustado! —Giró para encararme—. Eres muy silencioso para ser un tipo tan

grande.

Reí por nuestra pequeña broma privada y la besé.

Tracé con mis labios el lugar de su cuello donde había quedado una pequeña y casi

imperceptible marca de la noche en la que Host la atacó. Jamás me he alegrado por la muerte de otra

persona, a veces porque ocurre de una forma injusta y otras —como era el caso— porque supone un

leve castigo si lo comparas con lo que en realidad merecen teniendo en cuenta sus delitos. Sin

embargo, ese cabrón fue afortunado al morir aquella noche durante el tiroteo sin que yo tuviera la

oportunidad de ponerle las manos encima.

Endelson no obtuvo la misericordia que esperaba por parte del juez tras haber colaborado, lo

cual estaba más que bien para mí puesto que tipos como él, que enredaban y se aprovechaban de la

desesperación de chicos jóvenes para enriquecerse merecían que todo el peso de la ley recayese

sobre ellos.

Nelson y Wachowsky por otro lado... aún no había sentencia en firme para ellos, pero todo nos

hacía pensar que tendrían tiempo más que suficiente para recapacitar y aprender a defenderse a sí

mismos de un modo muy diferente al que estaban acostumbrados. Tras los muros de la prisión en el

condado de Cook, por supuesto.

Éramos conscientes de que solo ganamos una pequeña batalla, no habíamos desentrañado todo y

la lucha debía continuar. Al fin y al cabo, la delincuencia nunca dormía, pero tampoco nosotros

habíamos acabado.

—Es imposible que puedas escuchar incluso tus propios pensamientos con la música tan alta.

Por cierto... —Miré alrededor confundido—. ¿Dónde demonios está el gato?

—¿Qué gato? —Frunció el ceño sin tener ni la menor idea de lo que hablaba. Tan adorable...

tan inocente...

—Creí escuchar a un pobre gato berrear cuando abrí la puerta de casa.

Tardó unos segundos, pero finalmente se dio cuenta de que, en realidad, me refería al sonido de

su voz mientras cantaba. Jadeó indignada y me golpeó el brazo.

—Arrghh... eres... eres...

La acallé con un beso y me embebí de su sabor, de su olor, de todo lo que representaba y que

tanto amaba.

—Tranquila, gatita —murmuré dejando un sendero de besos por su expuesto cuello. Ella, por

supuesto, no tardó en rendirse y ofrecerme un mejor acceso—. Guarda las uñas para el dormitorio y

hagamos honor a la canción.

Gimió cuando volví a besarla y, colocando ambas manos en su trasero, la levanté en el aire para

que rodease mi cintura con sus piernas.

Y no, como decía el título, el sexo no era bueno.

Era mejor.

Porque era ella. Porque había intimidad. Porque había amor.

Porque éramos nosotros.

Porque, a veces, la vida te regala lo que ni tú mismo sabes que necesitas.

Porque, a veces, la rendición no es un signo de debilidad sino otra forma de ganar.

A veces, tienes que rendirte para poder tener un nuevo comienzo.

Yo me rendí a lo inevitable.

Y gané.

**FIN**

Playlist

Elle King: Ex's&Oh's

Blur: Song 2

Love Hurts: Nazareth

Eagle—EyeCherry: Burning up

Shinedown: Second Chances

The Material: Life Vest

Overscene: Thunder Rolls

Halestorm: Private Parts

Greenday: Holiday

Rolling Stones: Satisfaction

Cher: The Shoopshoop song

Dropkick Murphys: I'm shipping up to Boston

Karmin: Walk You Home

Theory of a Deadman: Bitch Came Back

Aleksander Denstad: It's about time

Ana Johnsson: We are

The Letterblack: My Disease

Within Temptation: All I Need

The Fray: Over My Head

Saving Avel: The Sex is Good

Natasha Bedingfield: Soulmate

The Calling: Keep Your Hands to Yourself

Nirvana: Come as you Are

Agradecimientos

Muchas veces escuché decir lo difícil que resultaba esta parte, y ahora lo entiendo.

Tengo que empezar por las dos personas que, sin saberlo, sostienen cada día mi corazón en sus

manos; también a mi otra mitad, por alentarme, por apoyarme y, en definitiva, por creer en mí y en mi

sueño. Por no dudar incluso cuando yo lo hacía. A vosotros tres, gracias por todo. Por ser, por estar y

por soportar mis ausencias mientras me encerraba a escribir. Os quiero.

A toda mi familia, por vivir esto con tanta ilusión como yo, porque desde supieron lo que estaba

haciendo no dudaron ni un segundo en darme el empujoncito que me faltaba. No somos perfectos,

nadie lo es, pero no habría elegido a ninguna otra en la que crecer. Los sois todo.

A mis dos *critifriends*, porque durante este año hemos vivido mucho; cada día ha estado lleno

de risas, confesiones y charlas que no cambiaría por nada. Nos embarcamos en un proyecto que nos

ha unido y nos ha hecho ver de lo que somos capaces juntas. Esto no acaba aquí, estoy segura de que

no ha hecho más que empezar.

Marien, eres una de las personas más generosas y desinteresadas que he

conocido en mi vida.

Gracias por hacerlo incluso cuando no te lo pedí, solo por el hecho de saber que lo necesitaba.

Porque sí, esa eres tú y creo que no hay palabras suficientes para decirte cuanto te agradezco todo lo

que has hecho por mí.

Carol, sin duda has sido un descubrimiento. Gracias por querer a mis chicos tanto como yo. Por

disfrutarlos y mimarlos. Ten por seguro que después de esta, habrá más (o eso espero)

Bea, gracias, mi malagueña linda. Eres todo corazón y sé que los quieres, pero pronto habrá

más, te lo prometo.

Mónica, por tu paciencia y por entenderme, por hacer una portada que es todo lo que yo quería y

mucho más, gracias.

A ti, que me estás leyendo, gracias por darle una oportunidad a mis chicos. Espero de corazón

que hayas disfrutado.

Y ahora, hay muchas personas que desde el principio me han apoyado y animado. Muchísimas

que desde que supieron que empecé esta historia me preguntaban que cuando podrían conocerlos, que

han demostrado casi tanta ilusión como yo en este proyecto y, como no quiero dejarme a ninguna

atrás, no os voy a nombrar, sabéis quiénes sois y que os tengo muy presentes.  
Gracias, sin más.

## **Table of Contents**

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Epílogo](#)

[Playlist](#)

[Agradecimientos](#)

# Document Outline

- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [Capítulo 11](#)
- [Capítulo 12](#)
- [Capítulo 13](#)
- [Capítulo 14](#)
- [Capítulo 15](#)
- [Capítulo 16](#)
- [Capítulo 17](#)
- [Capítulo 18](#)
- [Capítulo 19](#)
- [Capítulo 20](#)
- [Capítulo 21](#)
- [Capítulo 22](#)
- [Capítulo 23](#)
- [Capítulo 24](#)
- [Capítulo 25](#)
- [Capítulo 26](#)
- [Capítulo 27](#)
- [Capítulo 28](#)
- [Capítulo 29](#)
- [Capítulo 30](#)
- [Capítulo 31](#)
- [Capítulo 32](#)
- [Capítulo 33](#)

- [Capítulo 34](#)
- [Capítulo 35](#)
- [Capítulo 36](#)
- [Capítulo 37](#)
- [Epílogo](#)
- [Playlist](#)
- [Agradecimientos](#)